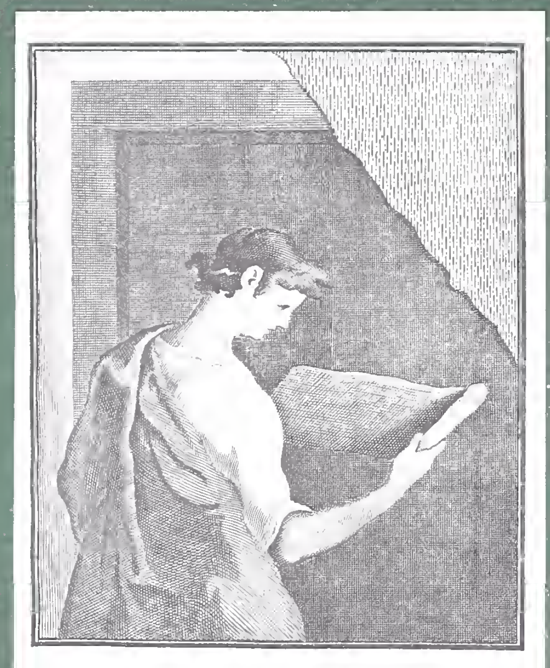

HISPANIA
:LITERATURA: Y :ARTE:
CRONICA: QUINCENAL:
HERMENEGILDO: MIRALLES:
59: BAILÉN: BARCELONA:



HISPANIA

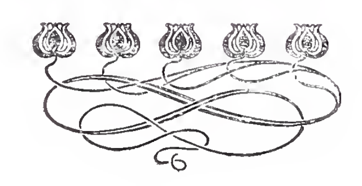
LITERATURA Y ARTE.-CRÓNICAS QUINCENALES

Tomo III.-Año 1901

Típ. de HISPANIA
Hermenegildo Miralles: Calle de Bailén, 59
BARCELONA

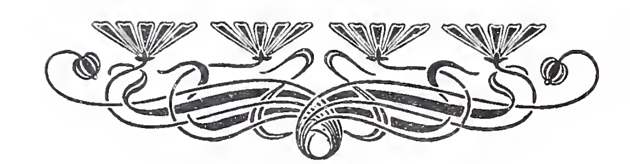
ÍNDICE

por orden alfabético de autores, de los trabajos literarios contenidos en este tomo



ÍNDICE

por orden alfabético de autores, de los grabados que contiene este tomo




HISPANIA



L. BONNIN.—MÚSICA SINFÓNICA

CALENDARIO PARA 1901
INTERVIEW CON CAGLIOSTRO

Desnudándose para meterse en el lecho y tiritando de frío — ¡ cómo que estábamos en Diciembre ! — José Palomares, el *reporter* más diligente y sagaz de toda la prensa de la villa, daba vueltas en su magín á una revista de teatros. ¡Qué drama aquel!... En su ya larga vida de revistero, muchas, muchísimas obras malas había él visto desfilar por la escena; como aquella, ninguna. Pero ¿cómo decirlo, cómo proclamarlo en letras de molde, siendo el autor nada menos que primo carnal del propietario del periódico ?

Mientras, sentado á la orilla del lecho, se descalzaba, aquel problema le torturaba el meollo. Porque el conflicto era enorme, y la cuestión de vida ó muerte...: de un lado, la verdad, la austera diosa que debe regir todas las conciencias y cuya devoción es un deber para todo *reporter* que se estima; de otro lado, el sueldo, el mezquino sueldo de treinta duros, ganado con tanta fatiga y con el que pagaba — ó no pagaba, — al sastre, á la patrona, al zapatero... Y este último, sobre todo, ya no quería esperar...

— ¡ Sálvese el zapatero y perezca la crítica !... — dijo, arrojando al suelo las botas y metiéndose luego entre las sábanas.

¡ Dormir ! No era empresa fácil... Cagliostro, protagonista del drama que acababa de ver, ahuyentaba el sueño de sus párpados. Era preciso madrugar para ir á la redacción y consultar el diccionario enciclopédico; porque sería de buen efecto dar principio á la revista teatral con un estudio erudito sobre la nigromancia en los tiempos pasados y en los presentes. Eso siempre *viste*. Además ¿qué mejor manera de sortear los defectos, las barrabasadas de la obra? Nada, lo dicho: él haría desfilar ante el lector á todos los brujos que conocía, desde el mago Merlin, hasta el conde de Saint Germain, sin olvidar, por supuesto, á Calmer y á Mapah, y á Catalina Theor y al fraile cartujo Dom Gerle... Á docenas conocía él los nigromantes; y si eran pocos inventaría más. En día de escasez de noticias ¿ no había él inventado muchas cosas ?

Sí: era un *reporter* de valer, de los que entran pocos en libra, de los que ganan lo que quieren — no pasando de treinta duros — en las redacciones. Por eso, Cagliostro, que sabía esto, ganoso de estar bien con él y de buscarse, de paso, un reclamo, le dijo :

— ¿ Quieres que rabien, quieres que se peguen un tiro, es decir, un tiro cada uno, los redactores de *El Blanco* ?

— Como redactor de *El Negro,* no deseo otra cosa.

— Pues bien: vas á hacer una cosa que no se ha hecho nunca en España.

— ¿ Trabajar ?

— No, no es eso... Hasta ahora has celebrado mil *interviews* con personajes de guardarropía que te han desmentido al día siguiente y que no te han dicho, después de todo, más que frivolidades... Sobre todo en materia de profecías, que es en lo que se prueba el cacúmen, no han salido de lo vulgar. Cuando has hablado con un ministro ¿ qué ideas le has sacado ? Que España es feliz y que hay gobierno para rato. Si te has dirigido á un político de la oposición, no te ha dicho más que una cosa: que España se hunde, y que el gobierno no dura un mes.

— Es verdad, señor.

— Pues hay que hacer algo nuevo, y una *interview* conmigo, lo será... ¿ Sabes con quien estás hablando ?...

— No tengo el honor...

— ¡ Con Cagliostro!

— ¡Cagliostro ! ¡ Ah ! sí, el del drama...

— No, el verdadero, el legítimo. ¡Cagliostro en carne y hueso! Ya me habrás oído nombrar... Soy el que leo en el libro del porvenir, el que vaticino, sin equivocarme jamás, lo futuro... ¡Que fortuna para tí la de interrogarme, y la de que yo

te conteste! Te concedo quince minutos, quince no más de palique... ¿Qué hora tienes?

—¡Vaya usted á saberlo!... Con esta novedad de las veinticuatro horas de los relojes, nadie se entiende.

—Ya os acostumbraréis. Á todo se acostumbra el mortal. En vez de entrar en la redacción á las diez de la noche, entrarás á las veintidos. Eso será todo... Por lo demás, á despecho de los relojes, la humanidad, aunque madrugue para la astucia, para la perfidia, para la ambición, para el odio, llegará siempre tarde á tres cosas: á la dicha, á la gloria, á la fortuna. ¿Eres cristiano?...

—De nombre, como todos.

—En ese caso, el año que empieza para ti es el de 1901 de la era cristiana. Si fueses judío...

—¿Judío yo?...

—Quiero decir que si prestases dinero al doce por ciento, el año de 1901, aunque empieza en martes y acabará en martes, no sería aciago para ti...

—Soy periodista, señor.

—Ya lo sé. Por eso voy á hacerte el calendario que necesitas para el mundo en que vives. Á la obra, pues. Saca el lápiz y las cuartillas, y empieza, si quieres, á preguntar.

—Épocas célebres.

—Y eso ¿qué te importa? Es el año tercero de la era que os trajeron los yankis y el segundo de los presupuestos de Villaverde...

—Fiestas movibles.

—Son las que no tienen fecha fija, las que dependen del acaso: las fiestas de Santa Credencial, de Santa Cartera, de Santa Acta, de San Ascenso...

—Comienzo de las estaciones.

—Ríete en esto de las profecías... Las estaciones entran cuando les place, sin previo anuncio. Y para algunos, como los ricos, no hay estaciones; es cuestión de cambiar de clima. Por lo demás, hay una regla que no falla. ¿Eres rico, poderoso, influyente? Pues, aunque tengas sesenta años, estarás siempre en primavera. ¿Estás cesante y sin un cuarto, y abandonado por tus amigos, y en guerra con tu esposa y tu suegra? Pues, aunque tengas veinte años, estarás en invierno.

—Vigilias y ayunos...

—Para el maestro de escuela, para el artista, para el literato, para el que viva, como tu, de su inteligencia, todo el año será de vigilias y ayunos; que España es España y no hay que darle vueltas.

—Días en que se gana indulgencias...

—Todos los días en que adules al poderoso, en que disfraces la verdad, en que llames guapas á las feas, inteligentes á los tontos...

—Santos tutelares de los pueblos...

—¡Los caciques, hombre, los caciques!...

—Eclipses...

—En esto no habrá variaciones... Todo el año estarán eclipsados el patriotismo, la sinceridad, el sentido común.

—Observaciones meteorológicas...

—Lluvias, muchas lluvias... Lloverán palos, contribuciones, motines, calamidades de todo género...

—Me asustáis, señor, me asustáis.

—No te asustes. Sigue, por el contrario, mis consejos, y te irá bien. Ahora, en Enero, la víspera de la festividad de los Reyes, deja tus zapatos en el balcón, á ver si Melchor y Comp.ª te traen la libertad de imprenta; en Febrero, por el carnaval, disfrázate de burro, y verás como ante ti se destoca la gente; en Marzo, el día de San José...

—Ese es mi santo.

—Lo sé. Ese día debes dar de comer y de beber á amigos y allegados, que para dominar y ser grande hombre no hay como rodearse de estómagos agradecidos; en Abril, puedes hacer lo que quieras, menos casarte, porque, en ese mes, allá por el 20, entrará el sol en Tauro, y... ¿me entiendes?; en Mayo, que es el mes de las flores, échale muchas á la mujer de tu principal, y verás como mejoras de sueldo; en Junio, el día dos, festividad de la Santísima Trinidad, no olvides felicitar á la trinidad Silvela-Sagasta-Azcárraga, que es la que manda en la tierra é influye en el cielo...; en Julio y Agosto, ¡á veranear!...



F. Domingo

. . . .

Abrióse una puerta y entró á raudales la luz del día. Una voz de mujer, voz bien timbrada, salida de una boca hechicera—que no siempre han de ser tarascas las patronas de huéspedes—llenó la alcoba del periodista con un alegre y jovial «¡Buenos días!», seguido de esta reconvención:

—¡Las once... y aun en la cama!

NIPORESAS



ESTUDIO AL CARBÓN DE DIONISIO BAIXERAS



I

Sus voces descompuestas, estridentes, verdaderos alaridos, hacían detenerse á los transeuntes sorprendidos por aquellos acentos guturales, y bien pronto los innúmeros vagos, apoderados de los escalones de la gran fuente en la plaza del Quirinal, se lanzaron graderías abajo y le rodearon, con la tendencia eterna de la chusma á corear todo lo que alborota. Era un hombre maduro, seco de rostro, escuálido, con una maleza de barba canosa que le comía la cara, de fosca pelambre y ojos extraviados y movibles. Las risas, las palabrotas, las cuchufletas del pueblo, comenzaron á estallar en torno del andrajoso mendigo; siguiéronse los silbidos, y mientras los surtidores lanzados al espacio producían con una fresca solución de continuidad ese rumor sonoro de agua que choca al caer sobre agua, el menesteroso gritaba reclamando silencio, tratando de conseguirlo extendiendo en cruz sus brazos, dos pingos, en la actitud solemne de los que profetizan algo á una multitud.

Y algo profetizaba y muy grave. De su boca sin dientes, que se abría como una sima entre las vegetaciones de su rostro de mendigo, caía una maldición, un anatema, un presagio apocalíptico que alcanzaba á la ciudad entera. Roma iba á ser destruída en breve y deshechas aquellas maravillas de mármol que constituían su orgullo. Unos nuevos bárbaros venían á marchas forzadas sobre la capital, soñando con los tesoros cardenalicios, excitada su codicia con las resonancias de las fastuosidades papales. La augusta mano que excomulga, no sería capaz de pararlos, de detenerlos. Ya la corte pontificia conocía el peligro, sabía que la plaga se echaba encima, pero nadie se aprestaba á la defensa: el manto purpurado de los consejeros áulicos no se extremecía. «¡Ah! ¡Oid, oid el ruído de las herraduras de sus caballos! ¡Están ahí, en las Sontinas!» Y el visionario se arrojaba al suelo, pegaba á las losas de mosaico la faz y escuchaba un segundo, levantándose luego con el ademán de un poseído, agitando sus guiñapos y gritando con desolado acento: «¡Es tarde! ¡Es tarde! ¡Sucumbiréis todos!» La silueta astrosa se agigantaba, sus harapos parecían convertirse en una protesta contra el ambiente de suntuosidad del lugar, las terribles palabras chocaban contra el jaspe de las columnas y de las tazas como si las abofeteasen...

De pronto, apartando el corro de gente que azuzaba al viejo profeta, surgió un esbirro pontificio que le echó bonitamente mano por provocar escándalo. Isaías declaró entonces ser un paisano del condado de Sena y haber venido á predicar la salvación de Roma, desatándose en denuestos contra la Sede Pontificia, que la misma autoridad que los escuchaba no podía consentir. Llevósele, pues, á la cárcel entre el vocerío de la plebe, que gritaba: «¡Es un loco!» y que se disolvió, pesarosa del inusitado término del espectáculo.

II

Está amaneciendo, pero el alba es pálida y los rayos de la aurora, siempre rojos de áscua en los primeros días del buen tiempo, no esparcen su abanico de lumbre en el vivo horizonte turquí de la península italiana, sino que se abren sobre una bruma caliginosa que entolda el espacio. A su extraña luz cernida surge Roma, con su río mate por la tibieza solar, resbalando entre palacios de mármol, con su mole vaticana de piedra. Mas, ¡horrible despertar el de la población! Apenas despunta el crepúsculo matutino, rompen la quietud de la hora silenciosas descargas de arcabucería y ecos de cañonazos, disparados desde lo alto, que caen de las almenas del castillo de San Angelo. Adentro de murallas vése una tropa abigarrada, pronta á la defensa; trajes de menestral, libreas de servidumbres cardenalicias, las franjas grana, amarillo y azul de los uniformes de la guardia papal imaginados por Miguel Angel, los coletos de los suizos; á la parte allá de los muros, en la campiña, un ejército regular, en el que brillan corazas y mosquetes, con pocos caballos y ninguna artillería, y desde el que hace fuego una línea nutrida de tiradores que mantiene flotando sobre sus cabezas, blanca nube de humo. Son las huestes imperiales, llegadas la víspera á Monte Mario, al mando del condestable de Borbón.

Ahí está el primero, al frente de sus tropas, expuesto al fuego enemigo, al descubierto y bien al descubierto, porque no sólo se destaca á caballo recorriendo la línea



de combate, sino que, para ser mejor visto del ejército entero, cubre su coraza con una sobrevesta blanca. Es un traidor á su país, un desdeñoso de Luisa de Saboya, la madre de Francisco I, pero es un valiente, es el héroe de Marignan. Sus huestes le vitorean con enardecimiento terrible. Se hallan hambrientas, desnudas, miserables, sin un ducado; y amotinadas por el espolique de la codicia, que las hace soñar con los tesoros de los prelados pontificios, recuerdan aún las palabras de su caudillo, brindándolas con la conquista de la sacra ciudad. Millares de ojos furiosos se clavan en él, esperando la orden de ataque. Ante ellos se alzan á vanguardia las pendientes del Vaticano, las débiles murallas del Burgo. Sólo que de sus troneras cae una lluvia de proyectiles. De pronto, levántase una densa niebla, extraña en la florida estación. El ojo estratégico de Borbón comprende la oportunidad. «¡Ahora!» Rompen las cajas en el toque de carga y los tercios parten á la carrera con las escalas en ristre. Algunos llegan y las sujetan, pero muerden el polvo, abrasados por la certera puntería de los veteranos papales. Instantes supremos. Entre las puertas de Torrione y Sancto Spirito, hacínanse los infantes, empujándose unos á otros para trepar y salir de aquel diluvio de hierro. Los peldaños son barridos, ruedan los hombres al foso, vacilan... El condestable se ha percatado del chispazo de terror que acaba de prender en los soldados; adelanta temerariamente, olvidándose de que es el general, y de improviso se desploma, inundándosele de sangre la alba vestidura. Cien manos se le tienden en la zanja á que ha sido precipitado. Arráncanle el casco, y en su rostro se refleja la lividez de la muerte. Apenas si puede pronunciar dos palabras, encargando que le cubran con una capa, con el fin de que se ignore, por el momento, la pérdida, y exhala el último suspiro.

Las huestes españolas hánse corrido hacia un flanco y he ahí que se tropiezan con cierta casucha empotrada en el muro, la que muestra á sus ojos, una sobre otra, una tronera de cañón abandonada y una ventanita, con reja de madera. Descubrir el punto flaco, correr por picos y transformar ambos huecos en uno solo, lo bastante capaz para que por él pase un hombre, es obra de minutos para los asaltantes. La brecha cuesta sangre, se abre bajo el fuego enemigo, pero se abre, y soldado á soldado, penetran las primeras cuatro compañías veteranas de la guarnición de Milán, dirigiéndose en columna á la iglesia de Sancto Spirito, luego de rechazado el trompeta parlamentario, que acaba de enviar el príncipe de Orange, sustituto del Condestable, á Renzo de Ceri, el general de las tropas pontificias Aquel boquete es la sangría hecha en la presa, que determina la inundación. La mayor parte del ejército imperial salva las fortificaciones por la inesperada abertura, y, roto el freno de la disciplina, al considerarse al cabo con la planta en la urbe católica, atropellando al oficial que no le secunda, se desgrana por las calles en pelotones frenéticos que blanden las armas gritando venganza, matando á cuantos paisanos encuentran en su marcha de fieras, invadiendo los palacios y los templos.

En una cámara del Vaticano, que tapizan hermosas telas de los Gobelinos, con los rostros pegados á los cristales de las ventanas, acechan el exterior medrosos grupos de magnates pontificios. Todos rodean á una figura blanca, suave, enjuta, que señala con su mano hacia fuera y con su temblor produce las irisaciones de la amatista simbólica ceñida á uno de sus dedos. Es un anciano de mirada penetrante, que aún enmedio del terror que la obscurece, tiene en sus pupilas relámpagos altivos que contrastan con la patina de austeridad de su tez, reveladora de la penitencia. De pronto se abre violentamente la puerta y aparece un guerrero con la coraza abollada por las balas, sin yelmo, sudando, cubierto de sangre y de polvo, jadeante. Tras él asoma otro pelotón de ropillas negras de terciopelo, de sotanas de seda, de caras horrorizadas, que casi penetra en la estancia sin acordarse de la etiqueta ante lo crítico de las circunstancias. Es el general Renzo, y sus palabras, balbuceadas por la no repuesta fatiga del combate, hacen estremecer hasta á la oleada de desnudos de los frescos del techo, obra de Miguel Angel. El enemigo ha entrado en Roma, entregándose al saqueo, al pillaje, sembrando de cadáveres las calles, sin respetar á nadie ni á nada. Es preciso que Su Santidad huya, que se refugie en el castillo de Sant-Angelo, pero ahora mismo, en seguida; van á venir: las turbas armadas llegaban ya al Quirinal. Y con el ademán estimula á Clemente VII, que, el único sereno, mueve la venerable cabeza con resignación, considera las actitudes suplicantes de los prelados y sale seguido de ellos, quedándose la ámplia habitación desierta, de par en par, como rendida de antemano á las imperiales hordas.

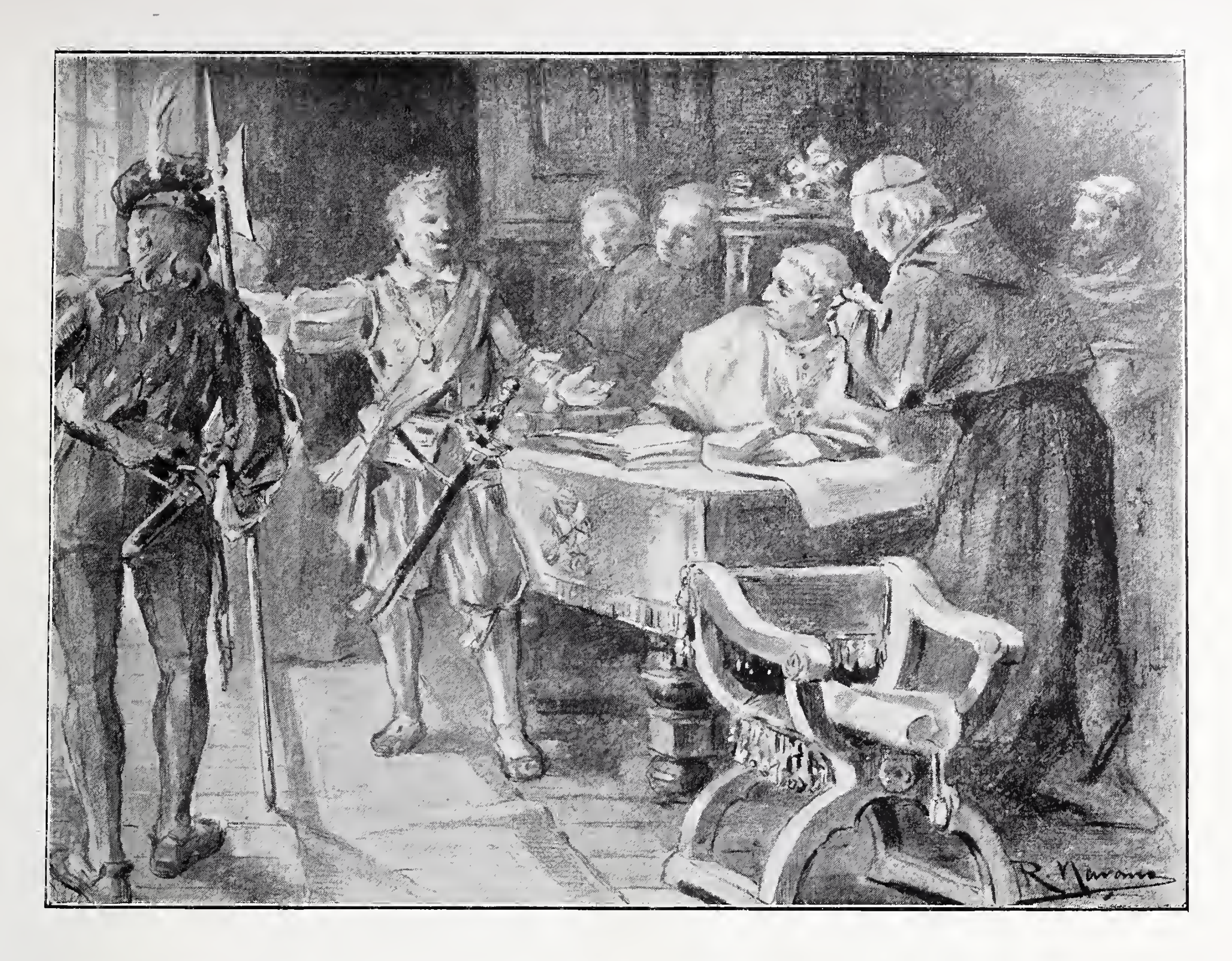
Mientras, acontece una escena horrible bajo las bóvedas vaticanas. Doscientos suizos se han refugiado en la iglesia de San Pedro, cerrando sus puertas, con la esperanza de encontrar un seguro refugio que detenga los desbordamientos de los imperiales. La claridad del día, que cae á raudales de las altas ventanas, ilumina un hacinamiento de hombres con los uniformes en girones, negros por el humo de la pólvora, unos armados sólo con el arcabuz, otros con la espada, la mayoría sin armas y muchos sin municiones. Su actitud es de pánico. Corren de aquí para allá, escondiéndose detrás de las pilastras al más leve rumor. Es una tropa vencida, los leones trocados en corderos. De pronto estalla próximo un salvaje vocerío, y las restantes entradas del templo vomitan lansquenetes alemanes y veteranos españoles, un aluvión de fieras, ébrias con el fragor del combate y rabiosas de haber sido detenidas ante los muros que defendían las soñadas riquezas por aquella milicia clerical. Y sin considerar que los pobres suizos hállanse punto menos que indefensos, acométenlos espada en mano hasta no dejar uno vivo, enracimándose los cadáveres al pie de los altares entre charcos de sangre que corre en arroyos por los pulimentados mosáicos, y salta de las heridas salpicando los jaspes de la santa mesa, á la que ofrecieron arrodillados el obscuro martirio que acaba de consumarse.

Pero no era bastante profanación la del asesinato bajo las naves de paz consagradas al rezo. Súbitamente se escucha un canto llano burlón, de voces destempladas, entre las que á lo mejor ladra un perro ó maya un gato, y por la puerta principal sale á la plaza un extraño y horrible cortejo: dos filas de alemanes y españoles, con sobrepellices, sotanas ó capas pluviales sobre las corazas, y mitras en la cabeza, presididos por un sargento pelirojo vestido de Papa, con la tiara encasquetada, dejando asomar las guedejas de azafrán entre sus caídas de seda. Dos tambores agitan incensarios de plata y dos pífanos yerguen ciriales con sus velas encendidas. Una carcajada estruendosa acoge á la brutal mascarada; los imperiales forman calle, rindiendo sarcásticamente las armas, y el fingido Pontífice simula la augusta bendición infalible, mientras que algún desalmado remata allá dentro á los heridos que se quejan. La orgía sigue á la muerte. Un grupo de soldados aparece apostando un barrilito y llevando cada hombre un cáliz ó un copón en la mano.

En la ciudad entera reina igual desenfreno. Las bandas imperialistas recorren en pelotones las calles, saqueando los templos, vestidas con las ropas sacerdotales, llevando á cuestas sacos repletos de vasos sagrados, de candeleros de plata, de custodias de oro. Algunos grupos tiran ya de un obispo, ya de un simple sacerdote, al que conducen como á un perro, con una cuerda al cuello. Unos ingeniosos pasean un asno, al que han acicalado con un manto de cardenal y una mitra, en la que van ocultas las orejas del burro. En todas las graderías de los palacios, alternan sobre los marmóreos escalones los muertos y los borrachos. Aquí algunos soldados preséntanse en el coro de un convento ante las aterradas monjas, reunidas para comunicarse valor, rezando, sin que las místicas y suaves figuras les detengan; allí otros asaltan la cámara de una morada señorial y asesinan al marido en presencia de su esposa y al hermano delante de su hermana. A lo mejor un velo de religiosa, un traje de brocado en el aire y un cuerpo que se estrella en el suelo... Una mujer que acaba de arrojarse por una ventana para salvar su honra... Un extraño trofeo es enseñado por un lansquenete. Lo consti-




R. Navarro



tuye un dedo de ser humano, chorreando sangre, con un anillo episcopal. El autor de la hazaña no se entretuvo en sacar la sortija: le pareció más cómodo y breve cortar el dedo. El incendio concluye de cuando en cuando con lo que escapó al pillaje, y el cansancio de la soldadesca, molida por el pelear y el libertinaje, que no la noche, trae una calma pesada y siniestra, una quietud lúgubre sobre la ciudad.

III

Sentado en una poltrona de baqueta, con los codos sobre la mesa y la frente entre las manos, en actitud de abatimiento, Clemente VII medita profundamente. Por su frente de augusto ambicioso pasan todos los terribles acontecimientos que le tienen sepultado en aquella prisión sacra del castillo de Sant-Angelo. Está en uno de esos momentos de la vida en que se ilumina el pasado y, á la luz de la memoria, ve la traición del duque de Urbino, la del de Ferrara, la de Malatesta; ve las espantosas escenas del asalto de Roma, y se ve él, el omnipotente, prisionero de los españoles, bajo la custodia del famoso Hernando de Alarcón, perdidas sus plazas pontificias y recluído hasta que concluya de pagar su rescate. Un ugier, llamando á la puerta, le arranca á su meditación. Clemente VII levanta la cabeza y mira un momento por la ancha ventana, por la que penetra la claridad deslumbradora del mediodía. Montes coronados de pinos que enciende el sol, cierran la campiña.

Dado el permiso, el ugier anuncia:

—El «signore» que Su Santidad aguarda.

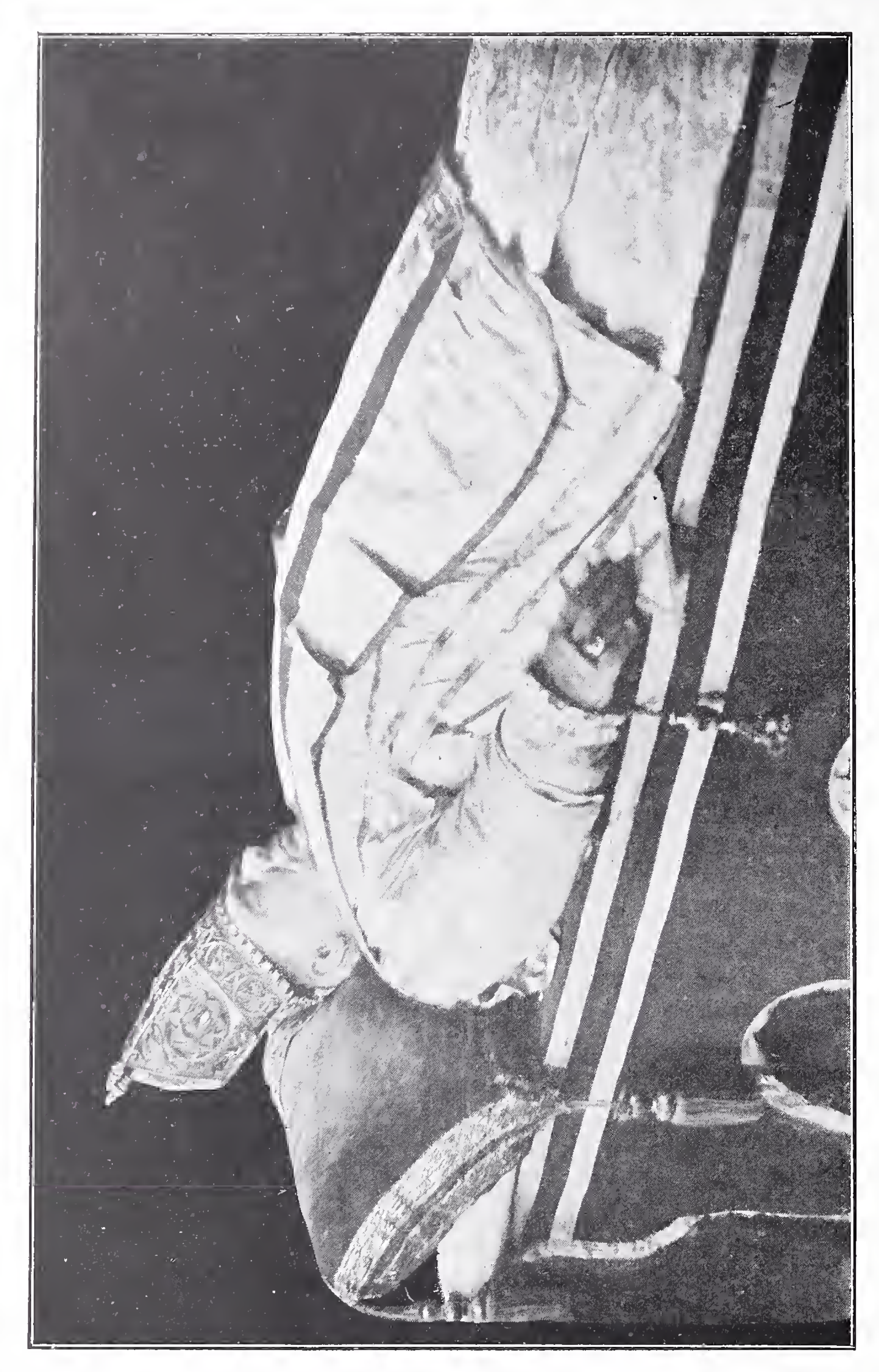
¡Ah, sí! Para él está visible. Es el único de los artistas que se ha batido. Caravaggio huyó á Nápoles, Miguel Angel no salió de su estudio. Y entra un joven en la plenitud de sus mocedades, de pupilas ardientes, con prematuros cansancios amorosos. En su traje de rica seda, algo extravagante, se revela al estético exquisito en el vestir aunque rebelde á la moda. Lleva en la mano un gorro, en el que luce una medalla de oro cincelada según la costumbre de la época.

Aquel mancebo significa para el Santo Padre la única nota consoladora de la terrible hecatombe. Sólo ese artífice bravo y generoso, no vacilando en mezclarse en las filas de los *capironi,* ha sabido vengar la afrenta al Papa, metiendo la bala de su mosquete en el costado del Condestable de Borbón. Y levantando al recién llegado, que se arrodilla para besarle la sandalia, le dijo con su gangosa voz de septuagenario:

—¡Oh Benvenuto Cellini! ¡No he querido que partas de nuevo junto á Francisco I, sin darte mi bendición! En el asalto de nuestra ciudad santa, Dios te escogió á tí, hijo mío, como ejecutor de su justicia. ¡Vé, pues, á Francia, á alcanzar la gloria que tu talento artístico merece y que yo pediré desde aquí al que todo lo otorga!

Alfonso Pérez Nieva

Ilustraciones de Román Navarro



Cadáver del Dr. Morgades en la capilla ardiente del palacio episcopal de Barcelona

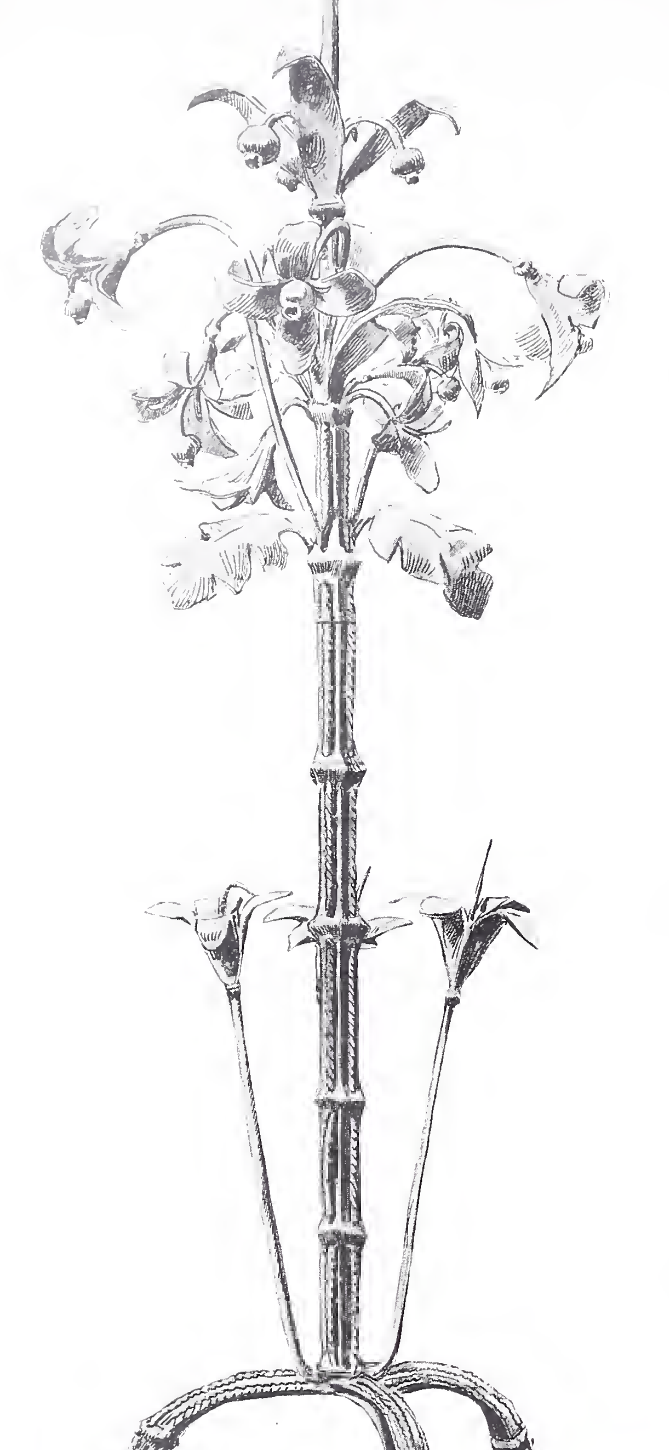
ENTIERRO DEL DOCTOR MORGADES

El cortejo fúnebre al salir del palacio episcopal

El cortejo fúnebre al pasar por la Plaza de San Jaime

ARTE ANTIGUO

El Hierro forjado en Cataluña



N.º 1
Candelabro catalán. (Siglo XIII)
Ilustración de Labarta

Difícil nos sería tratar de este artístico oficio, que de tantas consideraciones gozó en otros tiempos entre las artes del metal, sin conocer en gran parte la producción de los antiguos maestros catalanes, artistas, en muchas ocasiones, más que obreros, pues supieron esculpir el hierro, no con el cincel—que casi siempre desdeñaron—sino con el áspero trabajo del martillo, como si éste se adaptase más á su carácter y temperamento artístico de ruda franqueza en los medios de exteriorizar su pensamiento, nota característica en la mayoría de los trabajos de forja en Cataluña, como creemos demostrar en una obra de esta especialidad que tenemos actualmente en prensa.

Esta industria tan eminentemente artística, fué ya conocida de griegos y romanos, y tuvo, desde los primeros siglos medioevales, importancia capital en Cataluña, como lo prueban las ferradas puertas que existen aun en muchos lugares de ambas vertientes del Pirineo, procediendo algunas de ellas de los siglos XII y XIII, como la de la Abadía de Mascevols, en el Rosellón, las del convento de San Juan de las Abadesas, la de la iglesia de Molló, y tantas otras, dignas de ser admiradas por la habilidad extraordinaria de su confección y el buen gusto de su forma.

Aparte de tan curiosas obras y para bien de la historia de nuestras artes suntuarias en los siglos XIV, XV y XVI, se conservan en varias y valiosas colecciones particulares, gran número de objetos diversos, entre ellos varios aldabones ó llamadores, en cuyo ramo fué en el que se mostraron acaso más personales y artistas los forjadores catalanes de aquellos tiempos.

También, en la confección de los varios aparatos para la iluminación de los templos, supieron demostrar aquellos artífices originalidad y distinción, como lo prueban, á nuestro entender, los ejemplares adjuntos, que estimamos dignos en todos conceptos de ser conocidos y admirados en todas partes donde se rinda culto al arte.

Hoy sólo nos ocuparemos de dos notables candelabros, tipos de escogidas formas entre los más generalmente conocidas en Cataluña, en los siglos XII al XVII.

El primero, el más genuinamente catalán, pues hasta hoy no hemos sabido ver en otra parte otros ejemplares de su forma, es para nosotros el más antiguo, por carecer aún de todo intento de tubo ó boquilla para sostener el blandón ó hacha. Sabido es que el sabio arquitecto francés Viollet le Duc, atribuye esta invención al siglo XIV; por consiguiente, ha de ser anterior á dicha época, aún supo-



N.° 3
Candelabro gótico-catalán (Siglo XV)
Ilustración de Labarta

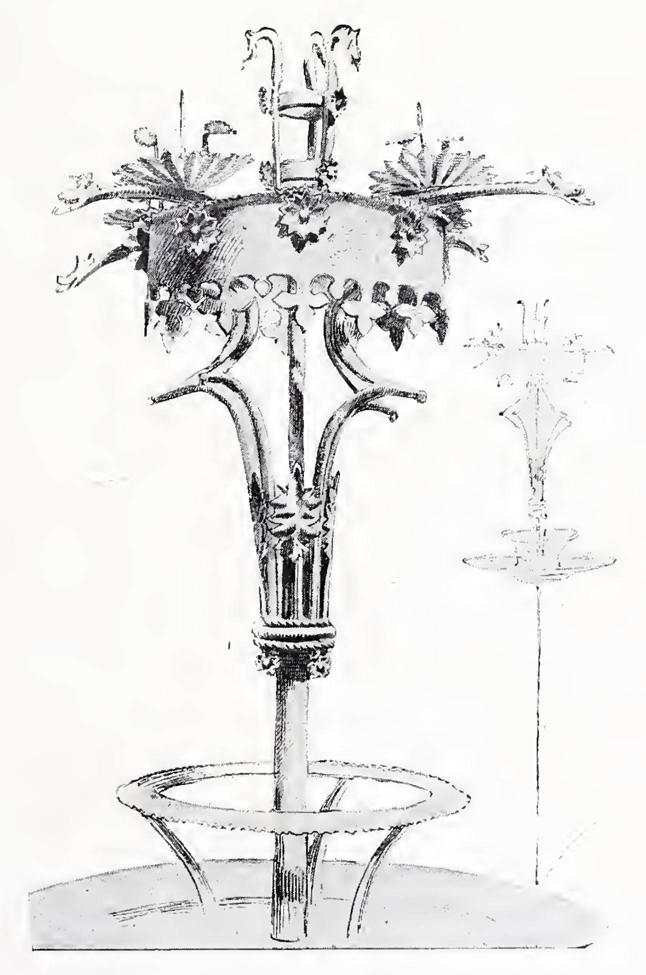
niendo que entre nosotros tal modificación viniera mucho más tarde. Por la forma del candelabro, tan diferente, como concepción y detalles, de los del siglo XV, lo creemos del siglo XIII.

No sólo resulta notable por su artística forma, sino que acaso lo es más por la habilidad técnina de su confección, que esplica bien cómo supieron aquellos anónimos artífices vencer las dificultades del forjado, trabajando tan grandes piezas y soldando en caliente todas sus partes, sin emplear para nada el remartilleo en frío, como hicieron más tarde, dificultades que aumentan, al considerar que tiene el candelabro 2'60 metros de alto. Por otra parte, significa en su desconocido autor una buena fe digna de encomio, pues lo merece seguramente, proponerse copiar con tan rebelde materia, las más esbeltas formas del reino vegetal, y aún más, atendiendo á los pocos recursos técnicos que en aquellos lejanos tiempos tendrían á su disposición, para convertir el candente metal en obra de arte. La lima y el buril brillan por su ausencia en tan hermosas piezas, al menos en apariencia; sólo el martillo y el mazo, dirigidos por la inteligencia del artista, producen tan bello resultado; las sinuosidades que aquéllos dejan visibles, les rodean de cierto ingénuo encanto, que es para nosotros una de sus mejores cualidades, característica, como antes dijimos, de este ramo del arte en Cataluña.

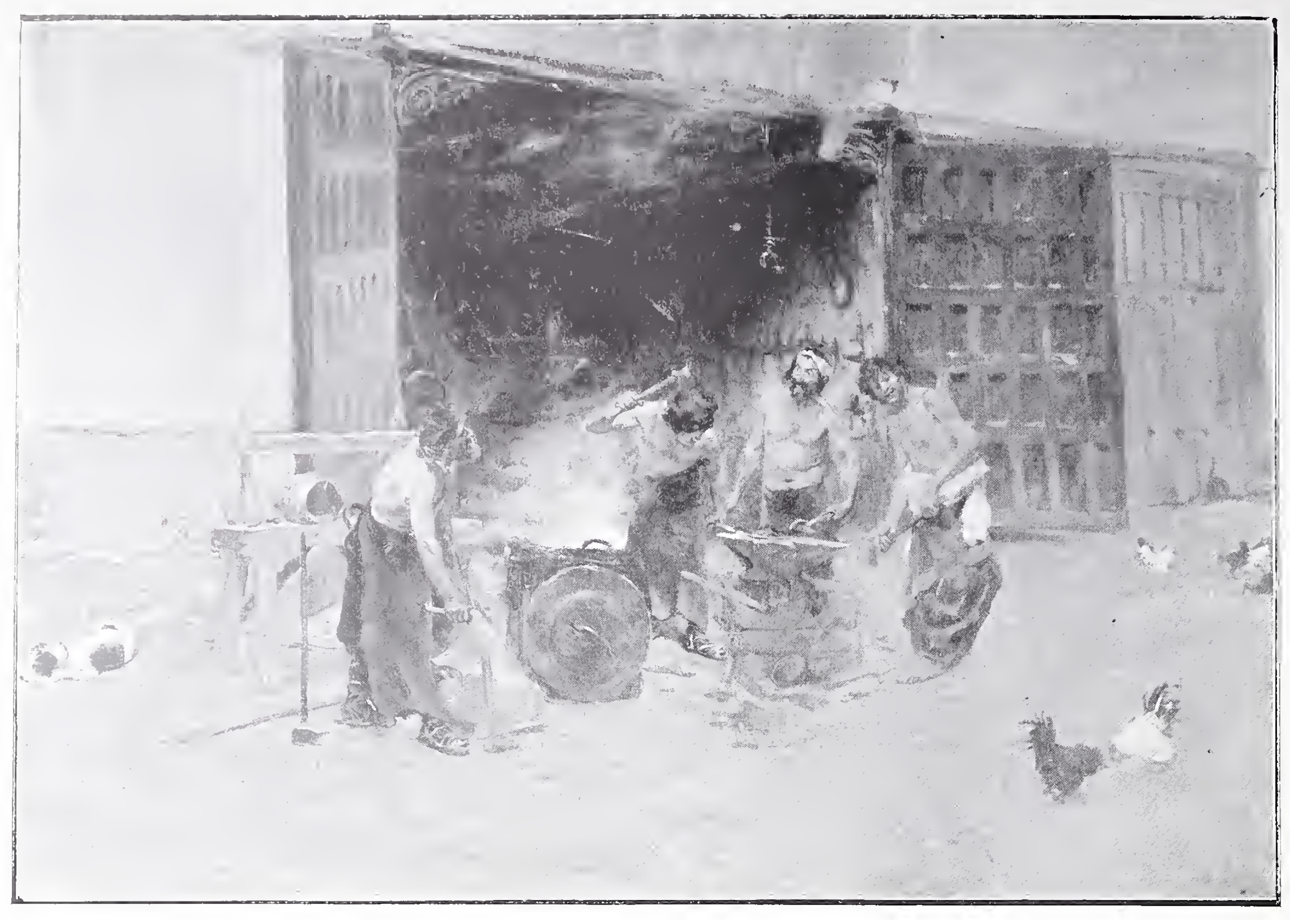
Constituyen estas grandes piezas en que venimos ocupándonos (de las cuales existen un par en el *Cau ferrat,* en Sitges,) un tronco cuadrado, cóncavas sus caras, con siete nudos, á través de los cuales pasa una soga por cada uno de sus cuatro planos; el tronco se levanta sobre un trípode, también con nudos y cuerdas, y del punto de unión del tronco con el trípode arrancan tres esbeltos lirios, con una espiga central donde clavar el cirio; del nudo superior salen cuatro elegantes hojas y cuatro granadas inclinadas hacia abajo; del segundo nudo salen también hojas y flores, del centro de las cuales arranca un vástago terminado en una granada; del tercer nudo salen hojarasca y flores con largos vástagos, que suben hasta la altura del primer nudo, formando en conjunto, llegando á su tercio superior, un ramo de gran belleza y de una elegancia sin afectación, verdaderamente artística. A los candelabros de esta forma los llamamos de «Lirio» para distinguirlos de los de la forma que llamaremos de «Corona».

El segundo, espléndida obra de arte del siglo XV, es, en nuestro concepto, una preciosidad, por lo bien compuesto y lo decorativo que resulta. Este hermoso par (pues, como del anterior, existen dos ejemplares casi iguales,) no terminaba en trípode, como casi todos, sino en pie derecho fijo en el suelo; su confección no tiene indudablemente las dificultades técnicas del anterior, lo que se explica teniendo en cuenta que en aquella época los cerrajeros, como dice el citado Viollet le Duc, habían sentido ya la necesidad de producir más rápidamente para darlo á menos precio y servir con mayor prontitud los encargos.

De esta forma, no menos escogida, se encuentran ya similares en el extranjero, no iguales ni mucho menos, sino parecidos en su conjunto; acaso viniera informada por influencias de otros países, en particular de Francia, lo que es difícil para nosotros determinar de un modo concreto. La elegancia de la corona superior del plato ó



N.° 2
Candelabro gótico-catalán. (Siglo XV)
Ilustración de Labarta



LOS FORJADORES — CARLOS VÁZQUEZ

bandeja de cobre y algunos de sus más característicos detalles reunidos, tampoco los hemos visto en otros ejemplares que en los catalanes.

Los de dicha forma abundan más que los de la anterior, como si los construyeran por docenas; el de que tratamos tiene de alto m. 2'10; los demás de forma parecida, como puede verse por el tercero, descansan sobre elegante trípode, para poder, en iglesias y mansiones señoriales (que en esa época también los usaron), ser trasladados con facilidad al sitio que conviniera.

Constituyen estos hermosos candelabros de estilo ojival un tronco octavado ó cilíndrico que se eleva sobre el trípode; á la mitad proximamente de su altura tienen una bandeja de cobre, sobre la cual se levanta un sencillo aro plano sobre tres apoyos; compone el remate, formado de dos cuerpos, una anilla, de la que arrancan cuatro hojas y cuatro soportes doblados en ángulo agudo, con el vértice hacia afuera, y en éstos, pequeñas anillas, sobre las que se levanta una decorada corona con crestería en la parte inferior y puntas para fijar cerillas en los ofertorios, en la superior. Sobre el plano lateral de la corona, se ven equidistantes ocho elegantes rosetones. Los soportes dan vuelta por encima de la corona, terminando en cabezas de animales quiméricos, que sostienen platillos ó arandelas, saliendo del centro de ellas espigas para blandones ó cirios y dos hojas punteadas para cerillas. El tronco remata en cuatro vástagos, también con cabezas de animales sujetas en sentido horizontal por dos aros formando tubo, con rosetones remachados en la unión de vástagos y aros. El conjunto es elegante, bien equilibrado de composición y de amplia y sencilla factura.

Los dos primeros ejemplares, tipos los más escogidos del arte catalán en este género, no los hemos visto hasta hoy publicados en ninguna revista ni obra de arte decorativo, siendo esto más de notar, cuando es indudable que lo merecían más que otros muchos objetos publicados repetidas veces, lo cual dice bien claro lo desconocidos que son, por lo general, los importantes ejemplares del arte catalán en el resto de España y en el extranjero, sin que podamos achacar la culpa de ello más que á nosotros mismos, que tan apáticos nos hemos mostrado para dar á conocer el valioso caudal de obras maestras que nuestros padres nos legaron.

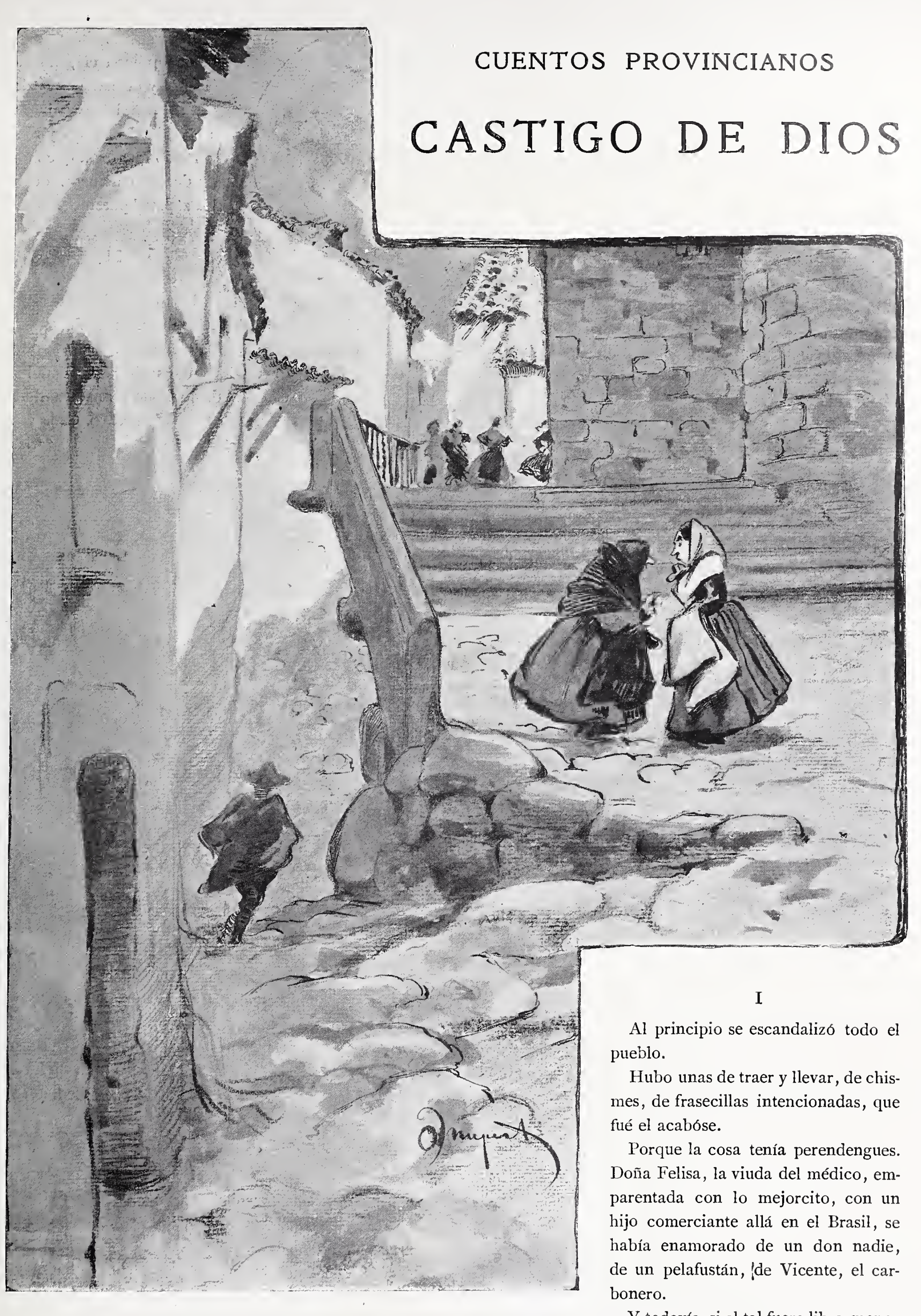


Luis Labarta



CUENTOS PROVINCIANOS

CASTIGO DE DIOS



I

Al principio se escandalizó todo el pueblo.

Hubo unas de traer y llevar, de chismes, de frasecillas intencionadas, que fué el acabóse.

Porque la cosa tenía perendengues. Doña Felisa, la viuda del médico, emparentada con lo mejorcito, con un hijo comerciante allá en el Brasil, se había enamorado de un don nadie, de un pelafustán, ¡de Vicente, el carbonero.

Y todavía, si el tal fuera libre, menos mal, puesto que en amor es donde se ven las barbaridades más de á folio; pero, casado y con un familión... ¡Jesús, Jesús!...

Al morir el médico, la casa dió un bajón y la estrechez se vino encima; por lo cual, doña Felisa, saltando por los



miramientos y dengues de sus cuñadas, se decidió á abrir panadería, negocio que fué el de sus padres y que entendía admirablemente, como de haberse criado con él. Además, al hijo del Brasil parecía habérsele tragado la tierra, y ya iban dos meses enteros sin recibir carta suya, ni la *ayuda* acostumbrada de veinte duros al mes. De suerte que, entre morirse de hambre ó volver á amasar, optó por lo último, sin hacer caso de las cuchufletas con que la gente recibió la noticia.

Particularmente su cuñada Carmen, que era una señoritinga remilgada y peripuesta, no dejó de soltarle el consabido refrancejo:

«Mira cómo subo, subo
de pregonero á verdugo.»

Pero á ella, á la viuda, como si nó. Al revés, se había criado entre gentuza y tenía metido en los tuétanos el amor á lo rufianesco y á lo bajo. A poco de casada, lo notó ella misma, se dió cuenta el pobre marido, se apercibió la gente de la calle. No se había hecho el señorío para aquella hembra agitanada y flamencota, pagada de su cuerpecito salado y de sus andares malagueños, hecha al fandangazo y á la *bronca*, acostumbrada á andar á silletazo limpio por la menor disputa.

Así es que, al verse de nuevo en su panadería, libre y á sus anchas, entre mujeres pendones y tíos borrachos, se puso loca de alegría. Estaba en su elemento.

Vino el tal Vicente de un pueblecillo cercano, donde tenía mujer é hijos, y, buscando mejor suerte, se estableció allí, donde, como suele decirse, cayó de pies, pues hasta pasaba por soltero y libre.

Era un pillo de siete suelas, como de haber rodado por los cuarteles; buen mozo, jáque, vividor y con más *fantasía* que el duque de Osuna. Comenzó á frecuentar el tenducho, y, con sus mañas de jaleador y oficioso, tan pronto piropeando á la viuda, tan pronto «echando una mano» para cargar las tablas del pan á los horneros, llegó á ser el indispensable y nada se hacía allí sin él. La misma doña Felisa solía decirlo, como dándose tono:

—Vicente es mi mano derecha.

Cierto es—y conviene poner los puntos sobre las íes—que la frescachona viuda tenía el pensar más honesto del mundo, pues sus cuentas eran de casarse como Dios manda, en la creencia de que el carbonero era libre.

De manera que no se recataba poco ni mucho de aquellas relaciones, sino que las tenía á gran honra, y entraba y salía con Vicente, «pasándoselo por los hocicos» á sus cuñadas.

Las *médicas*, dicho se está que ponían el grito en el cielo y decían pestes de doña Felisa, llegando hasta á negarla el «adiós» y asegurando que tenía que morir de mala manera, «con los zapatos puestos».

II

Una tarde, Vicente, con algunos amigachos, jugaba un tute *habanero*, en la trastienda de la panadería.

La viuda estaba en sus glorias, viéndolos empinar el codo de lo lindo y regodeándose con sus mil ordinarieces de dichos y de hechos. Cada vez que se fallaba un ás, se oían un taco rodando y varias risotadas groseras; siempre que se echaba una *ronda* de vino, los escupitinajos cubrían las losas y las manos mugrientas se restregaban contra las bocas, ulceradas por los cigarros.

Percibíase un tufillo de taberna, que tiraba de espaldas; olor á hombruno, á tabaco de contrabandista, á demonios. Y la viuda, aferrada á la silla del carbonero, sonreía con orgullo de gitana en su cueva, tan en ello, tan ancha, como si estuviera en el más ameno jardín, respirando aire fresco y sano, oliendo rosas y azahares.

De pronto, el cartero dejó un sobre en el mostrador: —Carta de Paco, del Brasil.—Fué como un jarro de agua fría. Los hombres soltaron los naipes en la mesa; doña Felisa hizo un mohín de disgusto, que ya, ya... ¡Claro, señor!... Como que la dichosa carta venía á aguar la fiesta, la hacía pensar *que quieras que nó*, en el hijo ausente, en el pobre marido enterrado, que fué tan bueno, tan bueno... Eran cosas que la daban «reconcomio», disgusto de sí misma, fatiga, inquietud. Parecía que lo hacía el diablo; cuando estaba tan ajena, tan tranqnila, tan feliz...—*¡Jinojo* con los hijos!—decía, como rebelándose contra la carta.

Al fin, Vicente la leyó. Todos callaban, como en misa. Escribía el hijo desde Cádiz, lugar de su desembarco. Se había hartado ya de rodar por esos mundos y volvía á su tierra. *Á tu tierra, grulla...* «No he hecho gran suerte—añadía—y me he jugado la salud. Estoy en los huesos, pero traigo cinco mil duros.»

Aquí, el lector hizo un alto, y los oyentes comentaron la cifra.

—Cinco mil duros... ¡Qué dineral!...—decía un hombrecillo, todo cara, con barba de quince días y camisa de dos meses.

—Cinco mil duros... ¡Qué *jartá* de dineros!...—añadía otro.

—¡Ha *jecho* suerte! ¡Cinco mil duros!...

La viuda no despegó sus labios. Vicente siguió leyendo, sin dar importancia al asunto. Pedía el emigrante que,

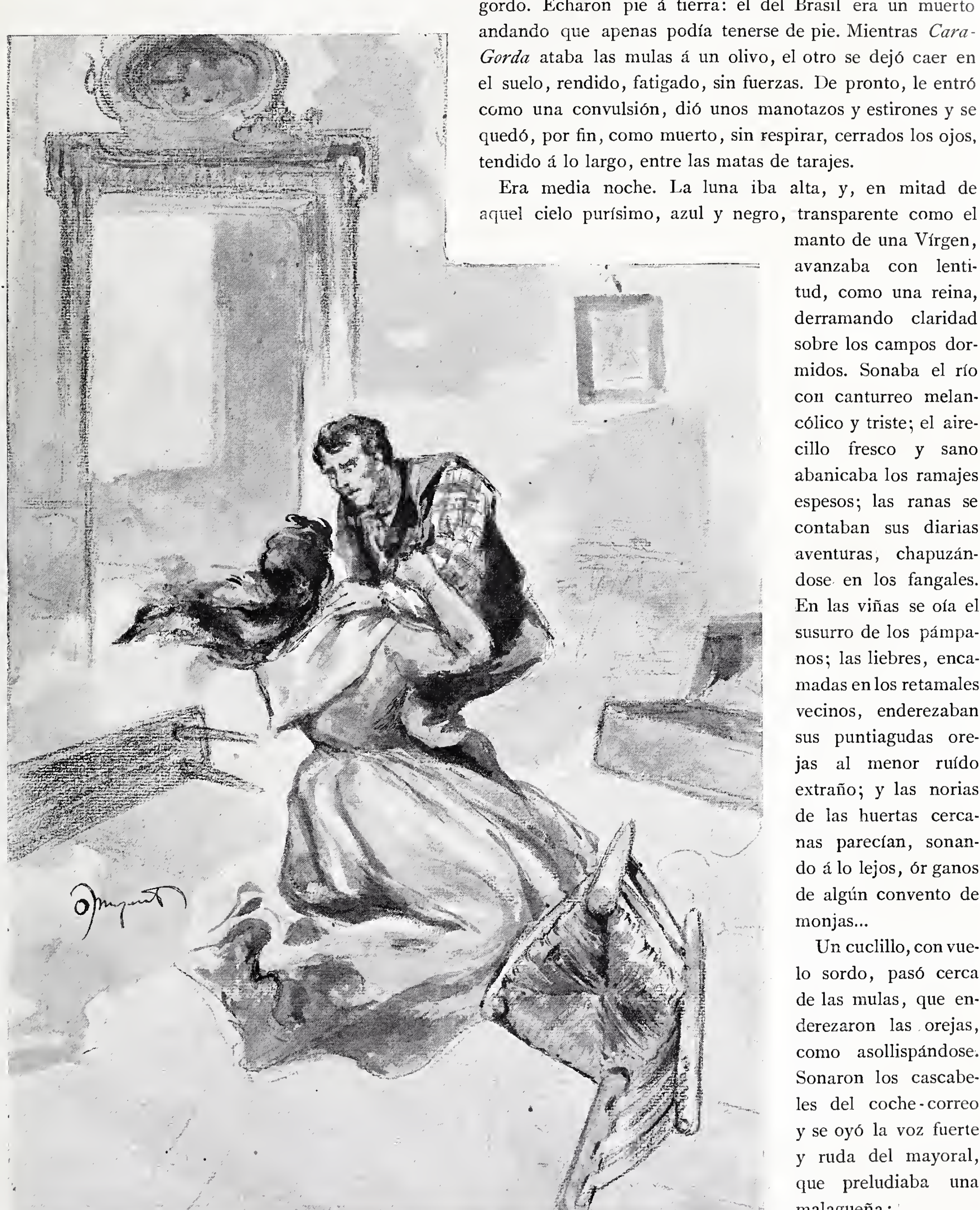
en la estación inmediata, le aguardara uno, con tres bestias para los baúles. Llegaba al otro día. Lo demás de la carta eran cábalas, sueños y combinaciones para el porvenir.

Se convino en que á la estación iría el hombrecillo, *Cara-Gorda*. Á la salida del pueblo debían ir los dos, la viuda y el amante. Pero esto no se decidió en firme.

III

Llevaban andado poco más de una legua, cuando á Paco, el emigrante, le dió un ahogo y hubo que hacer un alto, entre los árboles, cerca del río.

Cara-Gorda gastó poca conversación durante el camino; vino todo él cavilando, serio, como si tramara algo gordo. Echaron pie á tierra: el del Brasil era un muerto andando que apenas podía tenerse de pie. Mientras *Cara-Gorda* ataba las mulas á un olivo, el otro se dejó caer en el suelo, rendido, fatigado, sin fuerzas. De pronto, le entró como una convulsión, dió unos manotazos y estirones y se quedó, por fin, como muerto, sin respirar, cerrados los ojos, tendido á lo largo, entre las matas de tarajes.



Era media noche. La luna iba alta, y, en mitad de aquel cielo purísimo, azul y negro, transparente como el manto de una Vírgen, avanzaba con lentitud, como una reina, derramando claridad sobre los campos dormidos. Sonaba el río con canturreo melancólico y triste; el airecillo fresco y sano abanicaba los ramajes espesos; las ranas se contaban sus diarias aventuras, chapuzándose en los fangales. En las viñas se oía el susurro de los pámpanos; las liebres, encamadas en los retamales vecinos, enderezaban sus puntiagudas orejas al menor ruído extraño; y las norias de las huertas cercanas parecían, sonando á lo lejos, ór ganos de algún convento de monjas...

Un cuclillo, con vuelo sordo, pasó cerca de las mulas, que enderezaron las orejas, como asollispándose. Sonaron los cascabeles del coche-correo y se oyó la voz fuerte y ruda del mayoral, que preludiaba una malagueña:

«El querer que puse en [tí
tan firme y tan verda- [dero...»

Entonces *Cara-Gorda* se echó encima del emigrante. Lo creyó muerto. Registró, le anduvo en todos los bolsillos, sacó una gran cartera, desató una mula, y montando en ella y espoleándola, desapareció entre los olivares.



Al pasar el coche-correo, las mulas relincharon. El mayoral dió voces, y, viendo que nadie contestaba, echó pie á tierra. Vió sin sentido al emigrante, lo metió en la berlina, cargó los baúles en la *baca*, dió aviso en el primer ventorro para que recogieran las mulas y, arreando de firme, se plantó en el pueblo en un decir Jesús.

La justicia no tuvo que quebrarse la mollera en averiguaciones, pues todos á una dijeron:

— Esto es cosa de Vicente.

Y le colgaron el mochuelo, sin andarse en chiquitas.

IV

La viuda estaba ya lista, enlutada de pies á cabeza, para ir á esperar al hijo. Vicente tenía aquella noche un humor de perros, que peleaba solo. Ya habían tenido varias agarradas, porque ella quería, con muchísima razón, que los dos fueran á esperar á Paco. Lo encontraba muy natural. ¿No iban á casarse como Dios manda?... ¡Pues, entonces!...

Y él, como se veía cogido en el cepo y sin poder salir, y miraba aquella *canongía* por el aire, resistía á más no poder.

Estando así, oyeron unos aldabonazos secos, récios, dados sin temor alguno.

Vicente asomó la cabeza y, desde la ventana, vió los tricornios de los civiles, en medio de un corro de gente. Se entró, buscando á doña Felisa. Pero ya no estaba allí. Entonces confirmó sus sospechas de un lazo, de una traición; y loco, fuera de sí, corrió á la sala, tras la viuda.

Doña Felisa estaba de rodillas delante de un gran baúl abierto. Decidida á no ir sola, había empezado á despojarse de sus galas.

El carbonero fué á ella, se le echó encima, la pateó, la mordió, la arrancó puñados de cabellos y, por último, sujetándola el cuello con ambas manos, apretó cuanto pudo, con sus fuerzas de gañán.

* * *

Cuando llegó la justicia y la gente invadió la sala, ante el cadáver de doña Felisa no se rezó más responso que este:

—¡Castigo de Dios!... ¡Castigo de Dios!...

Cristóbal de Castro
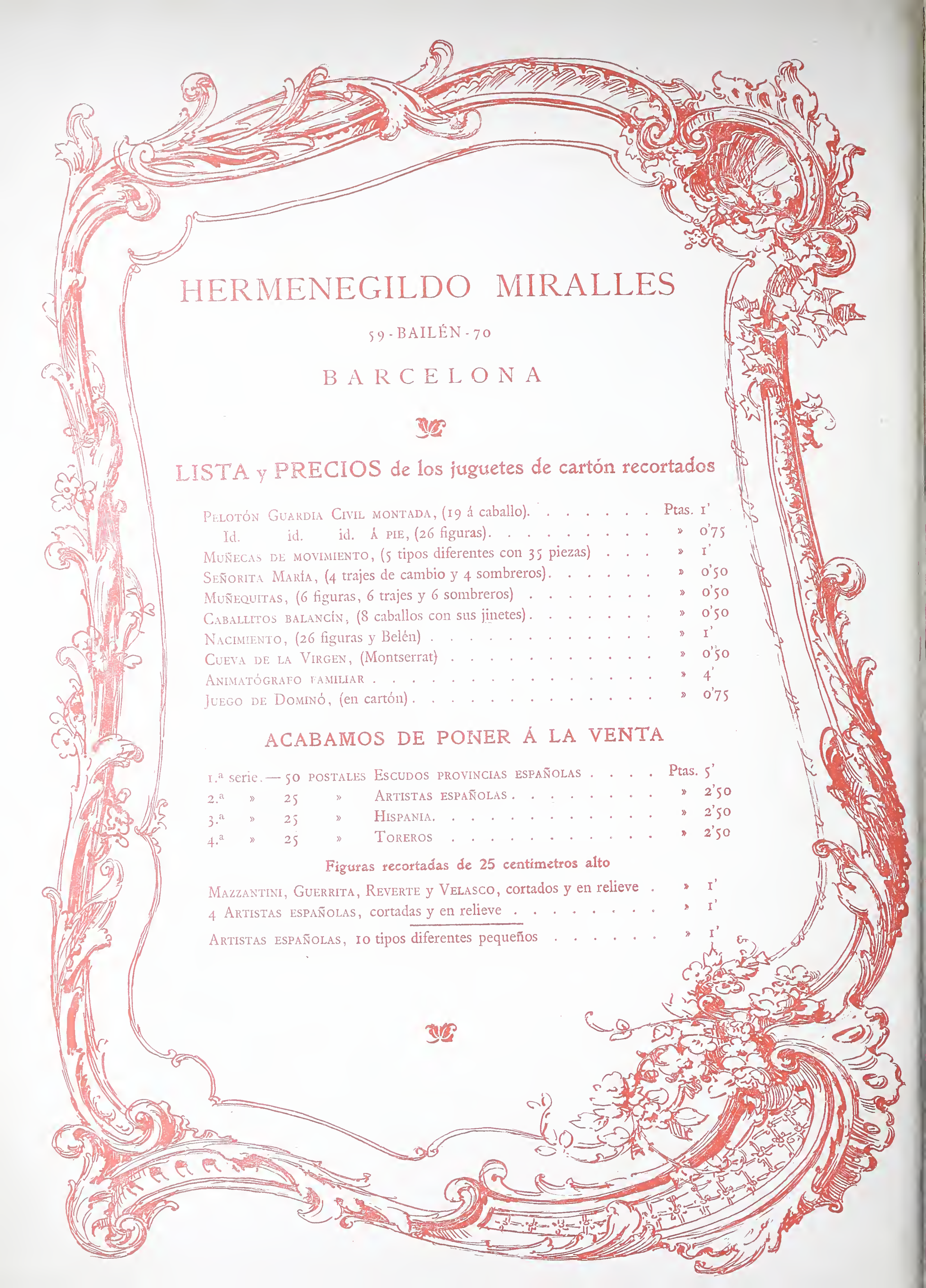
Ilustraciones de O. Junyent



CAZA MENOR.



DE LAS ÚLTIMAS FERIAS

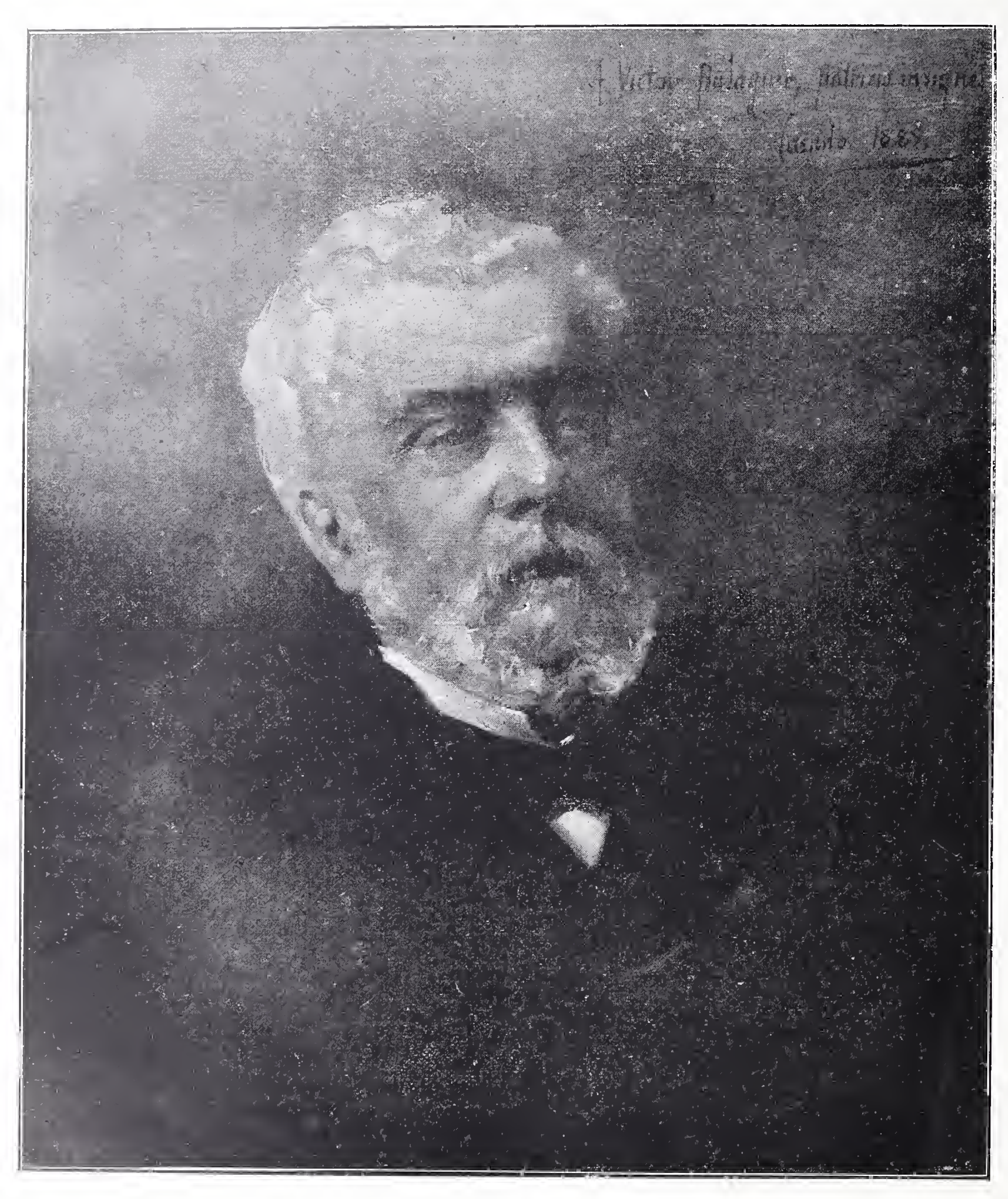


HERMENEGILDO MIRALLES
59-BAILÉN-70
BARCELONA
LISTA y PRECIOS de los juguetes de cartón recortados
Pelotón Guardia Civil montada, (19 á caballo). . . . . . . Ptas. 1'
Id. id. id. á pie, (26 figuras). . . . . » 0'75
Muñecas de movimiento, (5 tipos diferentes con 35 piezas) . . . » 1'
Señorita María, (4 trajes de cambio y 4 sombreros). . . . . . » 0'50
Muñequitas, (6 figuras, 6 trajes y 6 sombreros) . . . . » 0'50
Caballitos balancín, (8 caballos con sus jinetes). . . . . . . » 0'50
Nacimiento, (26 figuras y Belén) . . . . » 1'
Cueva de la Virgen, (Montserrat) . . . . » 0'50
Animatógrafo familiar . . . . » 4'
Juego de Dominó, (en cartón). . . . . » 0'75
ACABAMOS DE PONER Á LA VENTA
1.ª serie. — 50 postales Escudos provincias españolas . . . . Ptas. 5'
2.ª » 25 » Artistas españolas . . . . » 2'50
3.ª » 25 » Hispania. . . . . » 2'50
4.ª » 25 » Toreros . . . . » 2'50
Figuras recortadas de 25 centímetros alto
Mazzantini, Guerrita, Reverte y Velasco, cortados y en relieve . » 1'
4 Artistas españolas, cortadas y en relieve . . . . » 1'
Artistas españolas, 10 tipos diferentes pequeños . . . . » 1'


HISPANIA

NÚMERO EXTRAORDINARIO: 4 REALES

En el próximo mes de Febrero repartiremos el aparato estereoscópico que ofrecimos como regalo á nuestros suscriptores



D. VÍCTOR BALAGUER, POR CASADO



Las bodas de Salomón y de la reina de Saba

según las leyendas árabes

I

Manantial inagotable de bellezas y maravillas son las leyendas árabes. En ellas hay que ir á recoger la historia peregrina de los amores del sabio Salomón y de la hermosa reina de Saba, aquella de quien habla la Biblia con motivo de su visita al autor del *Cantar de los cantares* y fundador de Tadmour ó Palmira.

Ya llegaremos á esa reina, de cuya belleza van llenas las historias y cuya vida fué una série de encantos y prodigios.

Veamos antes lo que las leyendas nos cuentan de Salomón, á quien los árabes llaman Soleiman.

De los dieciocho hijos del profeta David, Salomón fué el único que recibió de Dios el privilegio de la omniciencia y de la omnipotencia, el único que fué profeta. Ningún elegido de Dios tuvo jamás poder igual al suyo. Sujetos vivían á sus mandatos los hombres y los elementos, los animales, los espíritus y los genios. Le obedecían los silfos que vagan invisibles por los aires, los gnomos que vigilan los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra, los demonios, las aves y los cuadrúpedos; hablaba su lenguaje, era dueño de sus pensamientos, mandaba en su voluntad. Todos eran humildes siervos suyos, y hasta los mismos vientos, obedientes y sumisos, iban á contarle al oído cuánto de él se decía y cuánto en el mundo pasaba y podía interesarle.

Ocupaba Salomón un suntuoso palacio, donde tenía su serrallo de ochocientas mujeres, trescientas de las cuales eran esposas legítimas, y concubinas las otras. Todo era grandeza en este palacio. El mundo no tenía otro que le superase, ni siquiera se le pareciese en lujo, en magnificencias y en riquezas de todas clases. La alfombra que llevaban los silfos en sus viajes, para colocar y tender allí donde el profeta se paraba á descansar, era de tisú de oro y de seda y cubría una superficie de una legua cuadrada.

En el centro de ella levantaban el trono resplandeciente del hijo de David, y en círculo á su alrededor se colocaban macizos asientos de oro y de plata. Sentábanse en los de oro los profetas de la corte de Salomón y en los de plata los sabios y los doctores. En agrupación detrás de ellos, asomaba la muchedumbre de silfos, gnomos y demonios. Sobre el trono aparecían los pájaros suspensos en el aire, inmóviles, con las alas abiertas en vuelo, formando como una bóveda de plumas, especie de parasol viviente y esmaltado de colores brillantes, para resguardar del sol al autor inmortal del *Cantar de los cantares*. Al levantarse el campo, los vientos se lo llevaban todo como en andas, y así se viajaba por caminos aéreos.

De esta manera partió Salomón para la Arabia. Se detuvo en Medina, lugar destinado para futuro sepulcro del que había de ser el último de los profetas, y de allí se dirigió á Taif, que está en el valle de la Grande Hormiga, ó sea la reina soberana de las hormigas. Á tres leguas de distancia se hallaba, cuando los vientos mensajeros llevaron á sus oídos ciertas palabras pronunciadas por la gran Hormiga llamada Takhiah, quien ordenaba á sus súbditas que se mantuvieran recogidas al acercarse la poderosa hueste de Salomón, para no ser destrozadas por las plan-



—Con mucho gusto. ¿Sabes por qué se llamaba David tu padre?

—No.

—Porque curaba las heridas y los dolores del alma. Así le apellidaron David, cuyo nombre deriva de *daoua*, que significa medicinar, curar. ¿Y sabes por qué á tí te llaman Salomón?

—No.

—Porque eres de corazón puro, de alma clara y sincera, pues que *Soleiman* es derivado de *Selim*, que quiere decir puro, sano, sin mistificación ni mezclas. ¿Y sabes por qué Dios pone los vientos á tus órdenes?

—No.

—Porque este mundo es una ventolera, un golpe de viento que pasa con la misma rapidez con que llega. ¿Y sabes por qué Dios ha puesto tu poder y tu fuerza en la piedra preciosa que te sirve de sello?

—No.

—Pues lo ha hecho para enseñarte que este mundo no vale lo que una simple piedrecita.

—Y dime, interrumpió entonces Salomón, para pasar á otro orden de ideas: ¿es cierto, como dicen, que las huestes de tus hormigas son más numerosas que mis huestes?

—Ya se ve que sí, contestó Takhiah sencillamente.

—¿Puedes demostrármelo?

—Nada más fácil.

Y Takhiah dió orden para que se presentara en el acto una sola especie de sus hermanas. Por espacio de setenta días redondos, desfilaron en batallones cerrados á la vista de Salomón. Llegaron á inundar llanuras y montes.

—¿Esto es todo? — preguntó el profeta después del desfile.

—No, por cierto, contestó Takhiah. Lo que viste es una parte de una sola especie, y tengo setenta de estas. ¿Quieres verlas todas?

—No, se apresuró á contestar Salomón. Me basta.

Y partió, despidiéndose de Takhiah.

Prosiguió el gran rey su peregrinación con su hueste de hombres, silfos, gnomos, demonios, pájaros y cuadrúpedos, hasta llegar á la Meka, á cuyas puertas acampó por algún tiempo. Cada día se mataban en su campa-

tas de tanto soldado y tanta caballería como en su séquito llevaba el profeta.

Llegó Salomón á la entrada del valle y descendió, llamando á su presencia á la gran Hormiga Takhiah.

—Ya conozco, le dijo, las órdenes que has comunicado á tus hormigas, para prevenirlas contra nosotros. Hiciste mal. Tú no puedes ignorar que soy un profeta de equidad y de justicia.

—Es muy cierto. Lo hice sólo para que mis hermanas supieran tu poder y se preparasen á conocer y admirar tu grandeza.

—Dime algo de lo que sepas ¡oh sabia Hormiga! acerca de religión y de piedad.

mento, para el abasto, cinco mil camellos, cinco mil bueyes ó toros y veinte mil carneros.

Decidió, por fin, Salomón proseguir su viaje hacia la parte del Yemen. Partió una mañana temprano, y al mediodía estaba ya en los valles de Saná, bastándole pocas horas para un trayecto en que se emplea un mes. Seducido por el aspecto de aquellas comarcas risueñas y florecientes, descendió para cumplir con sus habituales preces y solazarse con los encantos de aquella campiña hermosa. Así que sentó su pie en la tierra, las aves volaron á colocarse sobre su cabeza en umbrosa cúpula.

Salomón pidió agua, y se llamó entonces á la abubilla de dorada pluma y garzota bizarra, para que indicara el sitio donde encontrarla, ya que la abubilla ve el agua, con su mirada penetrante, aunque se oculte en lo más profundo de la tierra. Pero la abubilla no pareció. Durante el trayecto de la Meka á Saná, acertó á distinguir unos jardines allá, en el fondo del Yemen, y se lanzó á la aventura de ir en descubierta á visitarlos. Eran los jardines de Balkamah ó Bilkis, la bella y poderosa reina de Saba.

La abubilla de Salomón, que se llamaba Yafour, encontróse en los jardines con Anfir, la abubilla de Bilkis.

—¿De dónde sales tú?—preguntó Anfir á Yafour.—¿De dónde vienes y á dónde vas?

—Vengo de Siria, contestó Yafour, y sigo á Salomón mi señor.

—¿Y quién es ese tu señor Salomón?

—Es el rey de los hombres, de los silfos, de los gnomos, de los demonios, de las aves, de los cuadrúpedos y de los vientos. Y tú, ¿de dónde eres?

—Yo soy de aquí, de este país.

—¿Y qué país es este y quién lo gobierna?

—Es reina de este país una mujer llamada Bilkis, y sus estados son, de seguro, superiores á los de tu señor Salomón. Bilkis es reina del Yemen y tiene á sus órdenes doce mil capitanes de ejército, que cada uno tiene á las suyas doce mil combatientes. ¿Quieres venir conmigo á visitar su imperio?

—No, porque estoy en retardo. Temo que mi señor necesite agua para sus abluciones antes del rezo, y pueden hallarme en falta.

—Es un momento, insistió Anfir. Ven conmigo. Verás muchas cosas que acaso convenga dárselas á conocer á tu señor.

Dejóse convencer Yafour y se fué con Anfir, retardándose hasta el punto de que no pudo partir sino tres horas después de mediodía.

Mientras tanto, Salomón, que se había sentado en medio de su corte, sintióse repentinamente molesto por un rayo de sol. Levantó en seguida los ojos para ver si los pájaros estaban en su puesto de costumbre, y vió desierto y vacío el lugar destinado á la abubilla.

—¿Dónde está la abubilla? — preguntó.

—Lo ignoro,— se apresuró á contestar el águila que gobernaba aquella alada hueste.— Yo no la mandé á parte alguna.

Irritado Salomón, juró que ordenaría matar á la abubilla en cuanto regresara, como no le diera una explicación satisfactoria. En seguida dió al águila la orden de ir en busca de la fugitiva, trayéndosela á su presencia. Partió el águila y fué subiendo hasta llegar á una altura en que la tierra tan sólo se le aparecía como un puñadito de arena amontonado en un rincón del espacio. Comenzó desde allí á mirar á todos lados, registrándolo todo, y por fin alcanzó á ver á la abubilla que avanzaba desesperada á todo escape de alas. Dejóse caer sobre ella y la dijo:

—¡Que Dios te maldiga! Tu madre debiera haberte ahogado al nacer. Nuestro profeta ha jurado tu muerte.

Cuando llegaron al campo, todos, dirigiéndose á la abubilla, le decían:

—¿Dónde has ido? El profeta ha resuelto matarte.

—¿No ha puesto ninguna restricción? — preguntó la pobre.

—Á menos, ha dicho, que no dés una razón satisfactoria.

—Entonces, estoy salvada.

El águila condujo á la abubilla ante Salomón. La infeliz se acercó muy sumisa y humilde, baja la cabeza y la cola, con las alas á rastras por el suelo. El profeta la agarró bruscamente por el cuello y

—¿Á dónde fuiste? — la dijo.— Voy á castigarte como mereces.

—Príncipe, — le dijo tranquilamente la abubilla — te veo montado en cólera. Acuérdate que un día has de aparecer ante Dios.

Estas palabras impresionaron á Salomón, que ya entonces dijo con más reposado acento:

—¿Por qué te has apartado hoy de mí? ¿Dónde fuiste?

—He salido y recogido cosas y nuevas que tú ignoras. Vengo del Yemen y he visto la gran ciudad de March, donde fijaron su capital los descendientes de Saba. El gobierno está en manos de una joven reina, tesoro de belleza y portento de encantos, incomparable como mujer y como soberana, llamada Bilkis, de la posteridad de Malek, hijo de Rayan. Su reino es más extenso que el tuyo ¡oh hijo de David!, su belleza no tiene rival, sus riquezas no tienen cuenta, sus estados y poder no tienen fin...

—Bueno, bueno,—interrumpió Salomón, á quien parecía muy interesante lo que oía, aunque sintiéndose algún tanto mortificado.—Bueno, bueno, no tardaremos en saber si es verdad lo que me cuentas.

Y en seguida se puso á escribir una carta, que decía así:

«De parte del servidor de Dios, Salomón, hijo de David, á Bilkis, reina de Saba.



»En nombre de Dios misericordioso y clemente, salud al que marcha por la derecha vía.

»No te glorifiques ni te eleves sobre mí. Ven, y sigue mi palabra.»

Dobló Salomón el pliego, extendió sobre él un pan de almizcle, al que aplicó su sello, y dijo á la abubilla:

—Toma esta carta, vuela á dejarla en poder de Bilkis y aléjate en seguida, aunque quedándote á recaudo para saber lo que pasa y puedas venir á avisarme en el acto.

La abubilla cogió el pliego con el pico y partió.

II

Hay que decir ahora quien era la reina de Saba, la de tanto poder y grandeza tanta.

El padre de Bilkis se llamaba Zou-Chark. Tuvo cuarenta hijos, pero de tanta familia sólo conservó á Bilkis, que fué la última de sus hijas, nacida de su matrimonio con Rihanah, hija de Sakan y de una djinah, ó sea de un silfo hembra.

Un día que Zou-Chark se hallaba de caza, vió dos gruesas serpientes, una blanca y otra negra, que se peleaban con furiosa saña. Iba ya la blanca á ser vencida, cuando se interpuso el rey y mató á la negra, llevándose la blanca, que parecía muy abatida. Regresó Zou-Chark á su palacio, roció con agua el reptil por él libertado y lo dejó en una habitación para que se repusiera y recobrase fuerzas. Volvió algo más tarde, y fué grande su asombro cuando, en vez de la serpiente, se encontró con un hombre.

—Nada temas—se apresuró á decir éste al rey.—Soy la serpiente blanca á quien has salvado la vida. La negra, muerta por tí, era un miserable esclavo, criminal infame, que cometía toda clase de atentados y delitos. Te debo la vida y estoy dispuesto á darte cuantas riquezas ambiciones. Pídeme lo que quieras.

—No necesito riquezas; me sobran—contestó Zou-Chark;—pero si tienes una hija, te la pido por esposa.

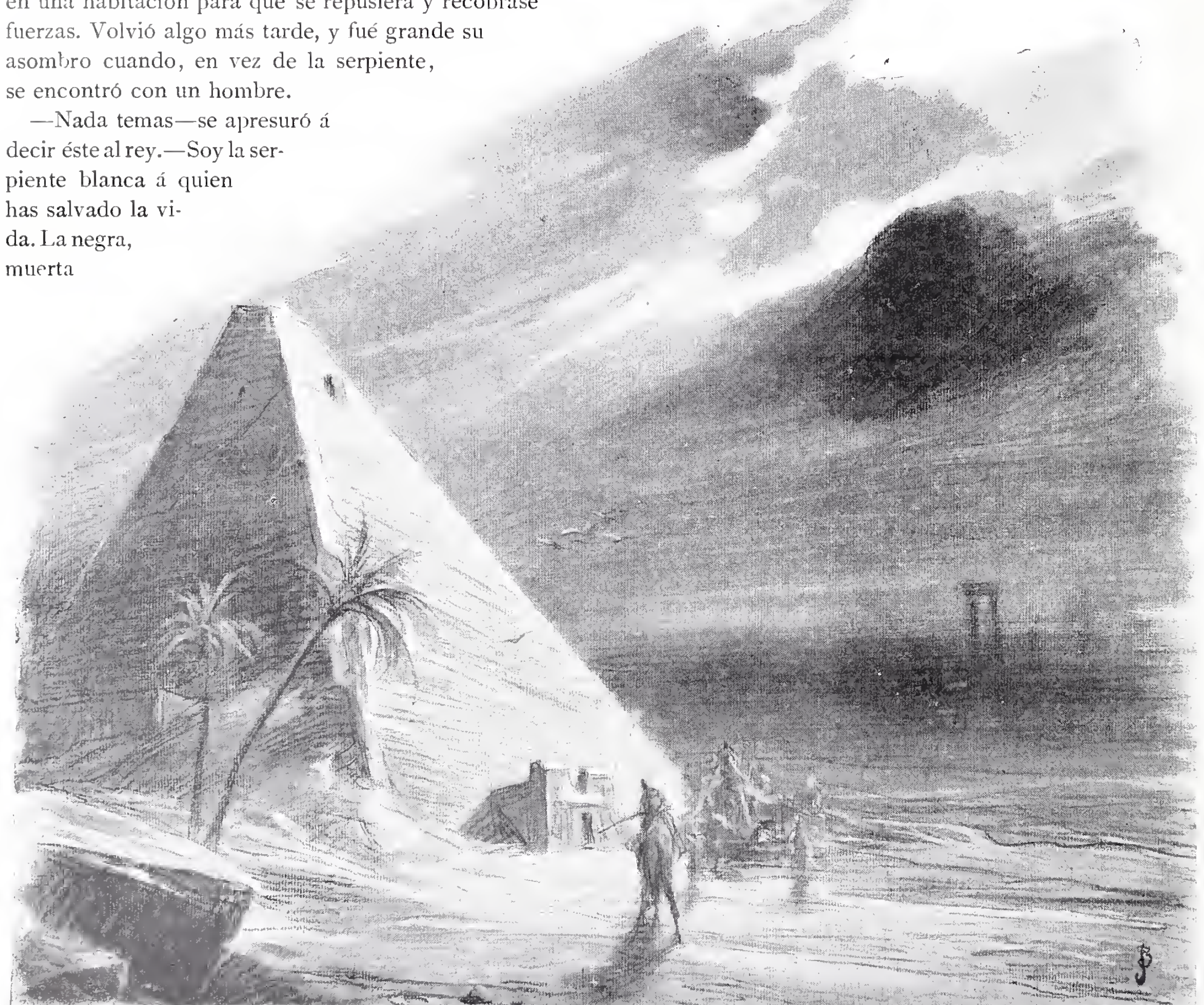
—Una tengo, que es de una gran belleza, y te la doy. Pero oye bien: si un día, por cualquier causa que sea, le diriges un *por qué,* cuenta con que al tercero que le repitas te abandonará para siempre.

Aceptó el rey la condición, y casó con la hija de aquel hombre, que se llamaba Sakan. La nueva esposa, apellidada Riahanah, quedó en cinta y dió á luz una hija. En cuanto ésta hubo nacido, brotó una gran llama en la cámara de la reina, y ésta entonces arrojó al fuego la recién nacida, desapareciendo inmediatamente la hoguera y la niña.

—¿Por qué has hecho esto?—preguntó el rey con ira.

—Uno,—se apresuró á decir la reina Rihanah.—Sólo puedes ya dirigirme dos *por qué.* Recuerda nuestras condiciones.

La reina dió á luz segunda vez. Tuvo un hijo. En el momento de nacer apareció un perro. La madre le pre-



sentó el niño, lo cogió el perro entre sus dientes, y desapareció con él.

El rey, fuera de sí, se dirigió á su esposa.

—¿Por qué...

—Dos, — interrumpió su esposa.—Ten presente que sólo te queda uno.

Poco tardó en llegar la ocasión que dió motivo al tercero. Hacía ya tiempo que Zou-Chark andaba enemistado con otro rey, vecino suyo, llamado Zou-Aouan, habiéndose enzarzado los dos en una guerra cruel y sangrienta. Llegó, sin embargo, el momento de entenderse y hacer las paces. Para celebrar éstas y afirmarlas con un lazo de amistad verdadera, Zou-Aouan quiso dar un festín, siendo invitado Zou-Chark, que aceptó y fué á él, acompañado de su esposa.

Al servirse el primer plato, cuando Zou-Chark se disponía á comer, levantóse de pronto la reina y llenó de tierra y de inmundicias el plato que su marido tenía delante. Airado el rey, se dirigió á su mujer con ademán descompuesto.

—¿Por qué has arrojado...

—Y van tres,—dijo la reina, sin dejarle terminar la pregunta.—Roto, pues, nuestro pacto, ha llegado el momento de contestar á tus tres preguntas y abandonarte para siempre. El fuego y el perro que se presentaron al nacer nuestros hijos, eran dos nodrizas, á quienes confié la lactancia de ellos y también su educación. Cuando estarán educados te los traerán. Por lo tocante á lo de hoy, he llenado de tierra tu manjar porque estaba envenenado. Te he salvado la vida. Adiós para siempre.

Y desapareció, sin que jamás en la vida su esposo volviera á tener noticia alguna de ella.

El hijo de Zou-Chark murió en la infancia. En cuanto á la hija, llegó á cierta edad y fué devuelta á su padre. Era Bilkis.

Fué Bilkis de belleza maravillosa, de rara sagacidad, de penetración é inteligencia extraordinarias. Á la muerte de su padre, subió al trono y se proclamó soberana, pero sólo fué reconocida por una parte de la nación. La otra parte proclamó rey á Bnon-Akh-el-Melik, hombre sin pudor ni conciencia, de instintos aviesos y perversas costumbres. No tardó en abusar de su poder. Tirano sin freno, ultrajaba á las mujeres, robándoselas á sus súbditos, que gemían además bajo el peso de los impuestos y gabelas con que les oprimía. El pueblo se sublevó varias veces, dispuesto á echarle del trono. Nunca pudo conseguirlo. Bilkis, indignada ante tanto crímen, decidió libertar al Yemen de este príncipe.

Bnon-Akh había ya una vez solicitado la mano de Bilkis, siendo rechazado. Un día, sin embargo, hízole ella saber que consentía en ser su esposa. Celebróse el matrimonio con grandes fiestas y magnificencia. Por la noche, en el banquete de boda, Bilkis cuidó que el príncipe se embriagase, y al retirarse á su cámara nupcial, se aprovechó del estado en que se hallaba para cortarle la cabeza. Al siguiente día convocó á los visires y magnates de la corte de Bnon-Akh, y cuando les tuvo reunidos, les reprochó sus vergonzosas complacencias con el rey, su cobardía en soportar los ultrajes y despotismo del monarca, y acabó por decirles que eligiesen otro soberano.

— No queremos más soberanía que la tuya, le dijeron, y desde este momento te juramos fidelidad y obediencia.

Bilkis reinó con gloria y su pueblo fué feliz. Destinaba un día por semana á la administración de justicia. Recibía los memoriales, oía las quejas, repasaba los agravios, castigaba los delitos. Sentada detrás de una cortina de leve tela, veía á todos sin ser vista de nadie, y á todos contestaba y atendía, guiada por los altos y eternos principios de rectitud y de justicia.

Cuando había cumplido con los deberes y ceremonias de su cargo, se retiraba á las habitaciones interiores de su palacio, encerrándose, pasadas siete puertas, en la séptima cámara. Allí, á este retiro, fué á buscarla la abubilla mensajera, que en muy poco tiempo había salvado el espacio que separa la ciudad de March de la de Saná, para lo cual el hombre emplea tres días de camino, al menos.

Bilkis estaba recostada sobre lujosos almohadones en su séptimo departamento, con las siete puertas cerradas y las llaves bajo el cojín que le servía de cabecera, según era su costumbre. En lo alto de la estancia, junto al techo, había una abertura que daba á Oriente, y en cuanto brillaban los primeros rayos del sol, Bilkis abandonaba el lecho, postrándose de hinojos para adorar al astro naciente.

Por esta abertura se deslizó la abubilla, que fué á depositar suavemente la carta de Salomón sobre el seno de la dormida Bilkis. Al despertar ésta se asombró de encontrarse con aquel pliego y más aun con su lectura. En seguida convocó á los magnates de su corte, les refirió el suceso y les leyó la carta, decidiéndose que la soberana debía visitar á Salomón.

La reina de Saba se hizo preceder por un gran presente de esclavos y esclavas, de joyas, de tapices, alfombras y muchas cosas ricas, que demostraban en grado sumo la magnificencia y liberalidad del donante, y algunos días después se puso en camino con todo aparato régio, con una escolta brillante y una numerosa hueste.

Salomón, advertido previamente por la abubilla, desplegó para recibir á Bilkis todo el esplendor y magnificencia de su pompa oriental. Desde una hora antes de llegar al campo, la reina de Saba fué pisando tapices, cada uno de los cuales representaba un tesoro. No puede darse idea de la esplendidez y ostentación con que fué recibida la gallarda reina de Saba, á cuyas inmediatas



órdenes se pusieron en seguida silfos, gnomos, aves y cuadrupedos, todo cuanto dependía de Salomón, quien, al verla, quedó ciego de amor por ella, tales eran la impresión y el encanto que producía Bilkis con su hermosura maravillosa.

III

Llevaba ya Bilkis un mes de permanencia en la corte de Salomón, marchando de sorpresa en sorpresa y de prodigio en prodigio con los festejos del profeta, cuando en una noche de luna hermosa y clara se encontró paseando con él por los esplendorosos jardines de su palacio.

La reina iba diciendo:

—De todas cuantas maravillas y sorpresas has inventado para festejarme ¡oh hijo de David! ninguna que más asombro me haya causado como la declaración de tu amor.

—Verte es amarte, contestó dogmáticamente Salomón.

—Pues bien, aun á trueque de ser la ochocientos una de tus mujeres, consiento en acceder á tus ruegos. Aceptaré, mediante una condición.

—¿Hay que hacer la guerra al rey más poderoso del mundo? ¿Hay que cubrir de templos y palacios toda la vasta extensión del desierto? Pide. Estoy pronto.

—Nada, nada de esto; la cosa es sumamente sencilla. Se trata sólo de enhebrar esta perla.

Y al decir esto le presentó una hermosa perla de Gohonda caprichosamente agujereada, aunque no por un agujero recto, sino tortuoso, curvo y ondulado.

—Halla manera, le dijo, de pasar un hilo por este conducto, á fin de que pueda yo colgar la perla de mi cuello, y tuyos son entonces mi corazón y mi mano.

Nunca sintió el profeta mayor contrariedad, ni tuvo nunca momentos de más honda consternación. Juzgaba que era buenamente imposible lo que la reina deseaba.

Comenzó por convocar á sus sabios y doctores, maestros en ciencias, á cuyo talento sometió la resolución del problema. En vano. Apeló al portentoso ingenio de sus *djins* ó silfos, que vuelan invisibles por los aires y conocen todos los secretos. En vano. Recurrió á sus *ins* ó gnomos, que descubren los tesoros más ocultos y recónditos en las entrañas de la tierra. En vano. Acudió hasta á sus aves y cuadrúpedos, que tienen instintos y conocimientos á que nunca llegaron los humanos. Todo en vano.

Así fueron pasando los días, y convencida ya por fin la reina de que era inútil esperar más tiempo una solución que no llegaba, anunció para un próximo día su partida.

La víspera del día señalado, Salomón, triste y afligido, con el dolor en el alma, se salió á pasear por sus jardines, como en demanda de algún lenitivo para sus penas, y cada vez más amargado de ver que sus sabios y doctores, con todo el poder y orgullo de la ciencia humana, no acertaban á dar solución á un problema que tan fácil parecía, se dejó caer con gran desconsuelo en un asiento rústico, pronunciando en alta voz estas palabras, que más tarde debía recoger el Eclesiástico y esparcir por todo el universo mundo:

—*¡Oh vanidad de vanidades! Todo es vanidad.*

Y no bien hubo desahogado su oprimido espíritu con estas palabras, cuando llegó á sus oídos una voz apagada que decía:

—¡Oh gran profeta! ¿Cómo varón tan sabio se preocupa y abate por tan leve causa?

Atónito Salomón, miró á todos lados y no vió á nadie.

—Aparezca á mi vista el que habla—dijo—y bendito sea por estas palabras de consuelo.

—Aquí estoy—contestó la voz,—á tus plantas. Inclina la cabeza y bájate, si quieres conocerme.

Así lo hizo Salomón: se inclinó y no vió á nadie.

—Más, más,—dijo la voz.—Inclínate y baja más, si quieres verme. Á los poderosos de la tierra os ciega la soberbia. ¿No me ves aún?

—Sólo veo un miserable gusano de la tierra, que se mueve á mis pies.

—Con los cuales puedes aplastarme si no andas cauto, porque yo soy este miserable que te dirige la palabra.

Salomón se quedó asombrado mirando al gusano.

—Sí, continuó éste con voz de más aliento. Yo soy este humilde gusano, oruga miserable de la tierra, que te enseñará la manera de enhebrar la perla, lo cual no sabe hacer toda tu aduladora corte de sabios y doctores. Vas á verlo. Presenta la perla á mi alcance, pon en mi boca el hilo para que no pueda soltarse, y voy yo mismo á introducirlo.

Y así fué. Extendiéndose unas veces, replegándose otras, el gusanillo entró por el agujero, y, sin abandonar el hilo, fué venciendo todos los obstáculos y tropiezos del revuelto y caprichoso conducto. Á su salida, la perla quedaba enhebrada.

Tomóla en sus manos Salomón, radiante de júbilo y

voló á presentársela á la reina de Saba, sin acordarse ya más del gusano bienhechor, que hasta corrió peligro de perecer bajo las plantas del profeta, al partir éste tan descompasadamente.

El gusanillo permaneció un rato mirando al hijo de David, que se alejaba sin dedicarle una sola palabra de gratitud, y dijo para sus adentros:

—Todos son lo mismo, hombres, pueblos, reyes: todos olvidadizos é ingratos.

Y el gusano filósofo tomó tranquilamente el camino de su agujero, murmurando las palabras mismas que oyera poco antes á Salomón:

—*¡Oh vanidad de vanidades! Todo es vanidad.*

El profeta entretanto fué á presentar la enhebrada perla á Bilkis, que se quedó atónita.

La reina de Saba cumplió su palabra empeñada. El matrimonio se realizó y el profeta enseñó á su nueva esposa los principios de la verdadera fe, la fe en un verdadero Dios único. Después, Bilkis regresó á March, la capital de su reino, y Salomón le dió por guardia de honor una legión de silfos y de gnomos. Todos los meses el profeta dejaba sus estados para ir á visitarla y permanecer tres días con ella en March ó Saba. Bilkis tuvo de este matrimonio un hijo, que vivió poco tiempo.

Más tarde murió Salomón. Al sobrecogerle la muerte, se hallaba de pie, apoyado en su bastón, y así se quedó. Sus facciones no se descompusieron, su cuerpo se mantuvo lo mismo, y nadie le creyó muerto, imaginando todos que se hallaba en estado de éxtasis. Así permaneció cerca de un año, siempre de pie; pero, al cabo de este tiempo, quebróse su bastón, el profeta cayó y sólo entonces se convencieron de que estaba muerto.

Siete años y siete meses después murió Bilkis, que fué enterrada en Tadmour (Palmira). El lugar de su sepultura quedó ignorado hasta los tiempos del califa El-Oualid, que sucedió á su padre Abd-el-Melik el año 86 de la hejira, ó sea á los comienzos del octavo siglo de la era cristiana. El-Oualid envió á su hijo Abbás á Palmira, acompañado de Abou-Mouza, y he aquí, para terminar esta relación, unos párrafos de la crónica que Abou-Mouza escribió refiriendo su viaje:

«Durante nuestra estancia en aquellos sitios, estuvo siempre lloviendo copiosamente y en torno de Palmira se formó á modo de un torrente, cuyas aguas impetuosas removieron terrenos y descalzaron montículos, ocasionando grandes hundimientos. Esto hizo que apareciese al descubierto un sepulcro cerrado por una piedra amarilla, de color azafranado, en la que se leía esta inscripción:

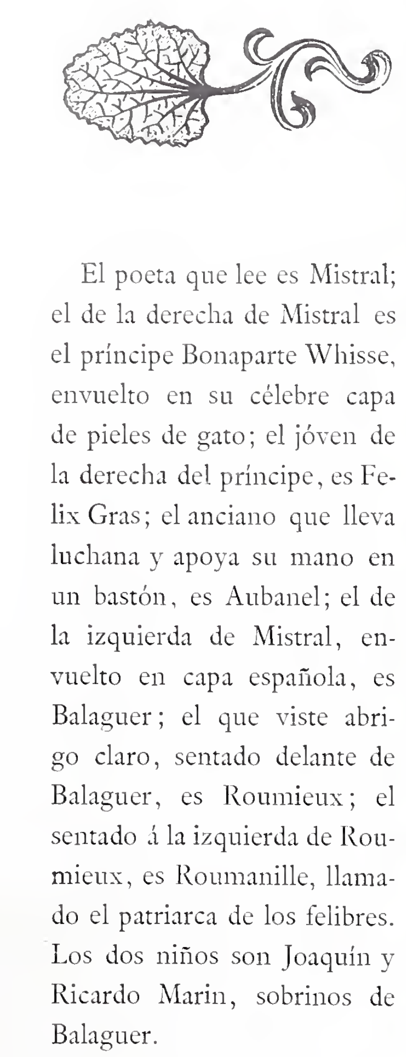
«*Aquí descansa la virtuosa Bilkis, esposa de Salomón, hijo de David. Abrazó la verdadera fe la última noche del año veinte del reinado de este profeta, quien se había casado con ella el día dos del mes de Rabí, y fué sepultada de noche, al pie de los muros de Tadmour. Nadie sabe el sitio de su sepultura, sino aquellos que la enterraron.*»

»Levantamos la cubierta del sepulcro y vimos un cadáver tan bien conservado, que parecía estar allí sólo de pocas horas. Dimos parte del descubrimiento al kalifa, el cual nos contestó que debíamos dejar el sepulcro en el sitio mismo donde se había encontrado, y dió orden de elevar sobre el enterramiento un mausoleo de piedra dura y mármol.»

Víctor Balaguer

Ilustraciones de Julio Borrell

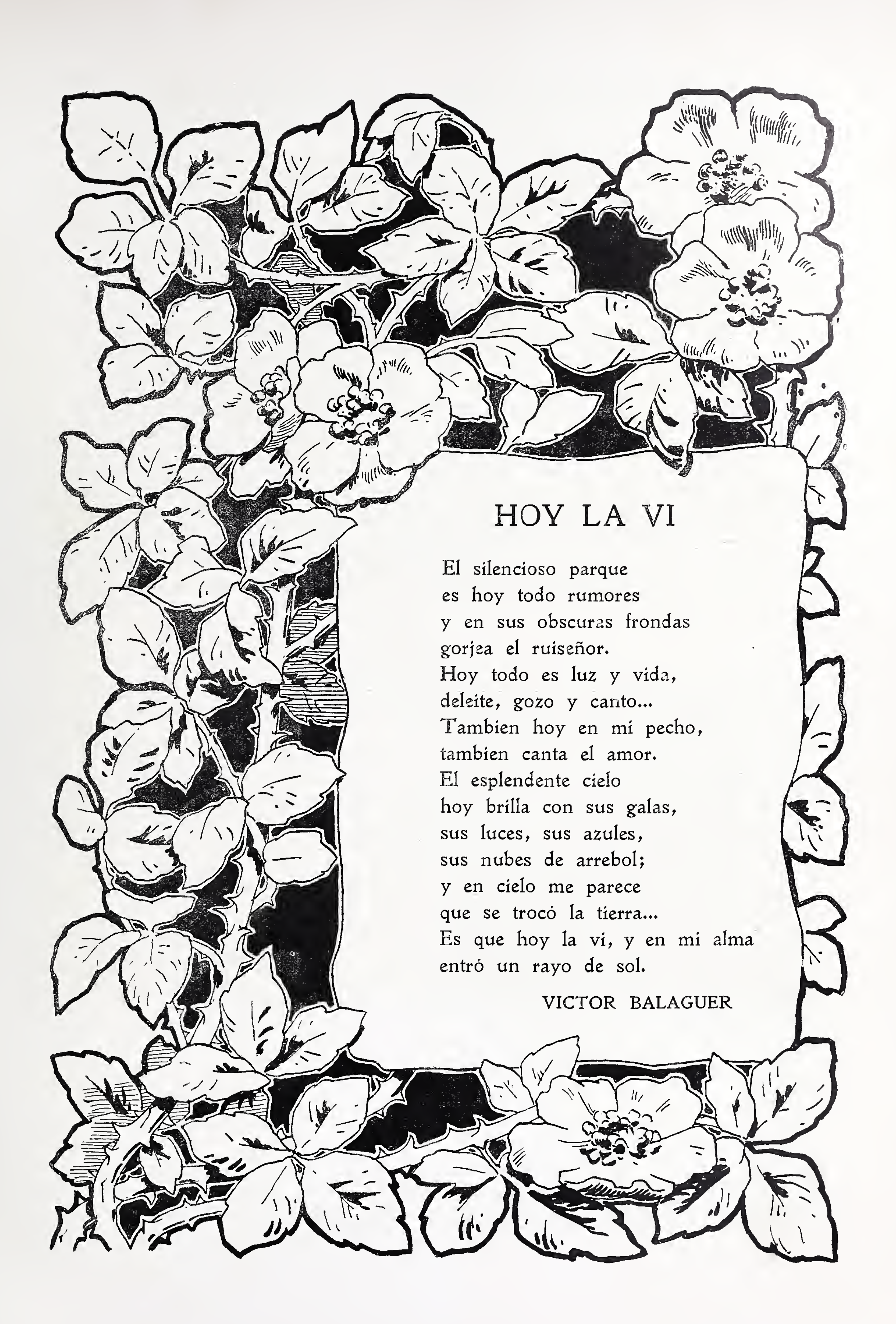




El poeta que lee es Mistral; el de la derecha de Mistral es el príncipe Bonaparte Whisse, envuelto en su célebre capa de pieles de gato; el jóven de la derecha del príncipe, es Felix Gras; el anciano que lleva luchana y apoya su mano en un bastón, es Aubanel; el de la izquierda de Mistral, envuelto en capa española, es Balaguer; el que viste abrigo claro, sentado delante de Balaguer, es Roumieux; el sentado á la izquierda de Roumieux, es Roumanille, llamado el patriarca de los felibres. Los dos niños son Joaquín y Ricardo Marin, sobrinos de Balaguer.



LOS POETAS PROVENZALES



HOY LA VI

El silencioso parque
es hoy todo rumores
y en sus obscuras frondas
gorjea el ruiseñor.
Hoy todo es luz y vida,
deleite, gozo y canto...
Tambien hoy en mi pecho,
tambien canta el amor.
El esplendente cielo
hoy brilla con sus galas,
sus luces, sus azules,
sus nubes de arrebol;
y en cielo me parece
que se trocó la tierra...
Es que hoy la vi, y en mi alma
entró un rayo de sol.

VICTOR BALAGUER

VISTA GENERAL DE



Matorrodona, fot.

D. Victor Balaguer en 1899

D. VICTOR BALAGUER

¿Quién era Balaguer?

Si se lo preguntáis á muchos, á la mayoría de los que alcanzaron el movimiento revolucionario del 68, os contestarán de fijo con estas ó parecidas palabras: «Un progresista furibundo, que figuró al frente de su partido en Barcelona por espacio de muchos años; que renunció á ir á Málaga de gobernador civil, (cargo que el *Gobierno provisional* le ofrecía,) prefiriendo quedarse en Barcelona de presidente de la Diputación; que fué, bajo el reinado de Amadeo, Director general de Comunicaciones, pasando en el año 71 á ser ministro de Ultramar; que en 1872 ocupó la vicepresidencia del Congreso, estando Sagasta al frente del poder; que pasó más tarde al ministerio de Fomento; que se distinguió por su ruda oposición al advenimiento de la República cuando la renuncia de Amadeo á la Corona...»

Y así os iríais enterando de quien fué D. Víctor, de los movimientos políticos en que tomó parte, de las distinciones de que se le hizo objeto, etc., etc.

Con todo lo cual llegaríais en conocimiento de que, después de los sucesos de 3 de Enero del 74, provocados por Pavía al disolver la Constituyente república y dignos de ser recordados por los barceloneses, pues marcan para

.ANUEVA Y GELTRÚ

nuestra ciudad la época en que se vieron alzar en ella las últimas barricadas del pasado siglo, aceptó Balaguer por segunda vez la cartera de Ultramar, que abandonó en 13 de Mayo, para pasar en 26 de Junio á la presidencia del Tribunal de Cuentas, á la cual renunció, cuando, con el advenimiento de Alfonso XII, empezó la época llamada de la Restauración.

Dicha renuncia y los discursos pronunciados por Balaguer en las Cortes del 76 al 78 combatiendo la Constitución, no le impidieron que, más adelante, siguiendo las evoluciones de su partido, se declarase dinástico, ocupando bajo Alfonso XII elevados cargos, entre los cuales debe mencionarse el de presidente del Consejo de Instrucción Pública y el de ministro de Fomento.

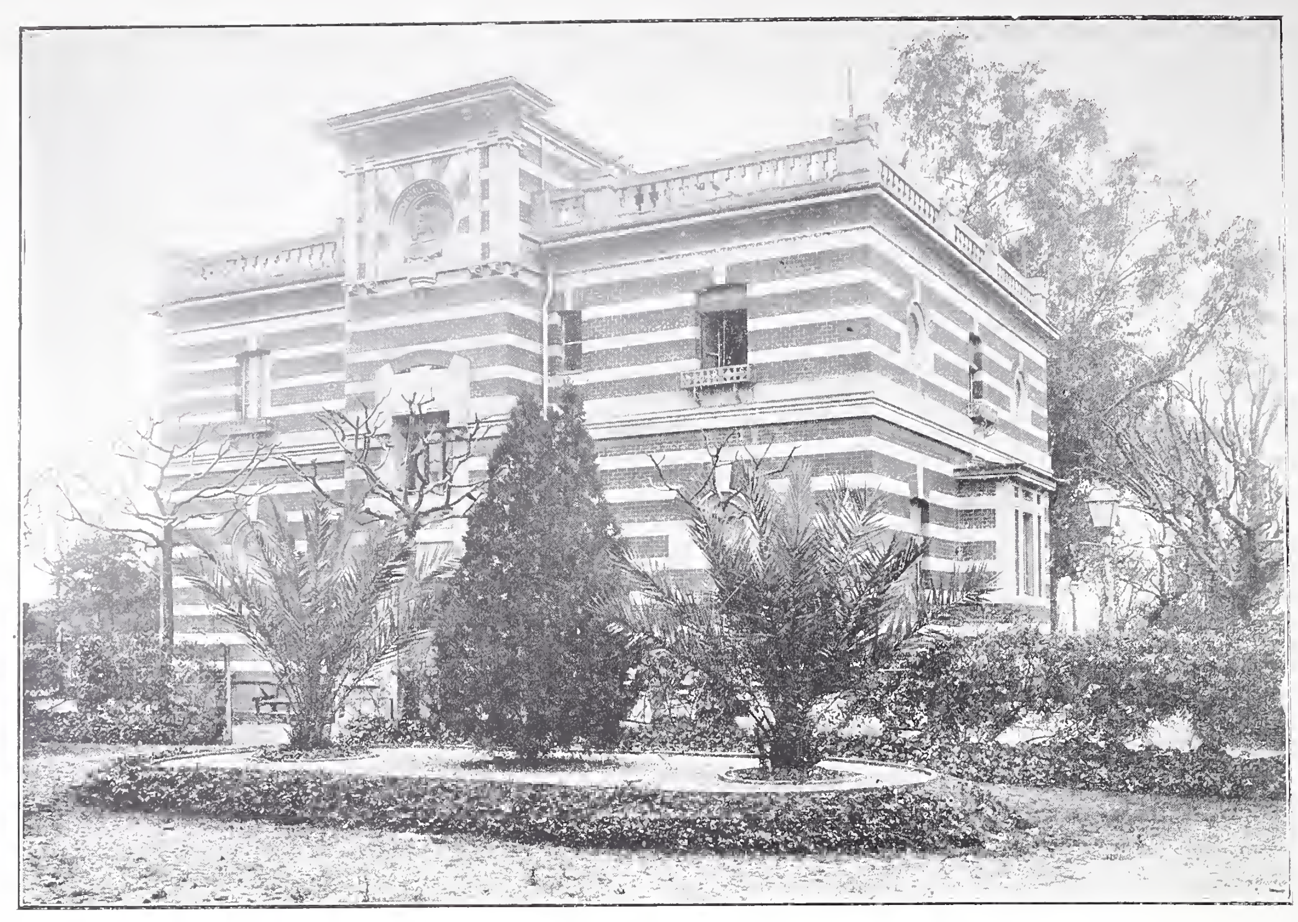
Si á todo lo dicho se añade que fué representante en Cortes de diversos distritos de Cataluña y especialmente del de Villanueva y Geltrú, que lo reeligió por espacio de cerca veinte años, se tendrá una idea del papel que hizo D. Víctor Balaguer dentro la *política española*, en cuyo seno no llegó nunca á ejercer una influencia positiva.

* * *

Á lo menos tan positiva como la ejerció, acaso inconscientemente, en la *política catalana*, ó mejor, catalanista. Él fué quien, después de cooperar á la restauración de los Juegos Florales de Barcelona, lanzó en poesías premiadas ó discursos leídos en la poética fiesta, las ideas que, ger-



D. Víctor Balaguer en 1867



Casa de Santa Teresa

minando en los cerebros de los que las escucharon ó leyeron, cambiaron la faz de aquella institución, á la cual encaminaron por la senda que debía conducirnos poco á poco al hoy día impetuoso movimiento particularista que se observa en Cataluña y en el que toman parte gentes de todas clases y condiciones.

Por todo lo cual es evidente que la labor de Balaguer no puede ser echada en saco roto por los catalanistas, ya que, sin ella, se hubiera tardado mucho más tiempo del que con ella ha sido preciso para llegar donde se ha llegado.

Entre lo mucho que le debe el renacimiento político catalán, debe figurar en primera línea su voluminosa *Historia de Cataluña,* en cuyas páginas y haciendo gala de su temperamento poético, nos presentó el esplendoroso pasado de nuestra tierra, aunque preocupándose mucho más de la verdad artística que de la verdad científica. Casi todos los capítulos de su obra pueden considerarse como cuadros de estimable valor, en los cuales palpita el alma de un patriota y de un poeta. Algunos de ellos recuerdan á Tito Livio, con la diferencia de que, así como los de este autor reproducen la verdad comprobada ó *vista,* los de Balaguer reproducen en ocasiones la verdad *fantaseada.*

Con todo, debe considerarse que, entre los escritores del moderno renacimiento catalán, fué Balaguer el primero que llevó á cabo la nunca bastante alabada empresa de escribir la historia de su país, para decir á sus compatriotas, abriendo delante de ellos los gruesos volúmenes de su obra: —Eso fuimos, de eso nos formamos, con eso tomó cuerpo nuestra personalidad.

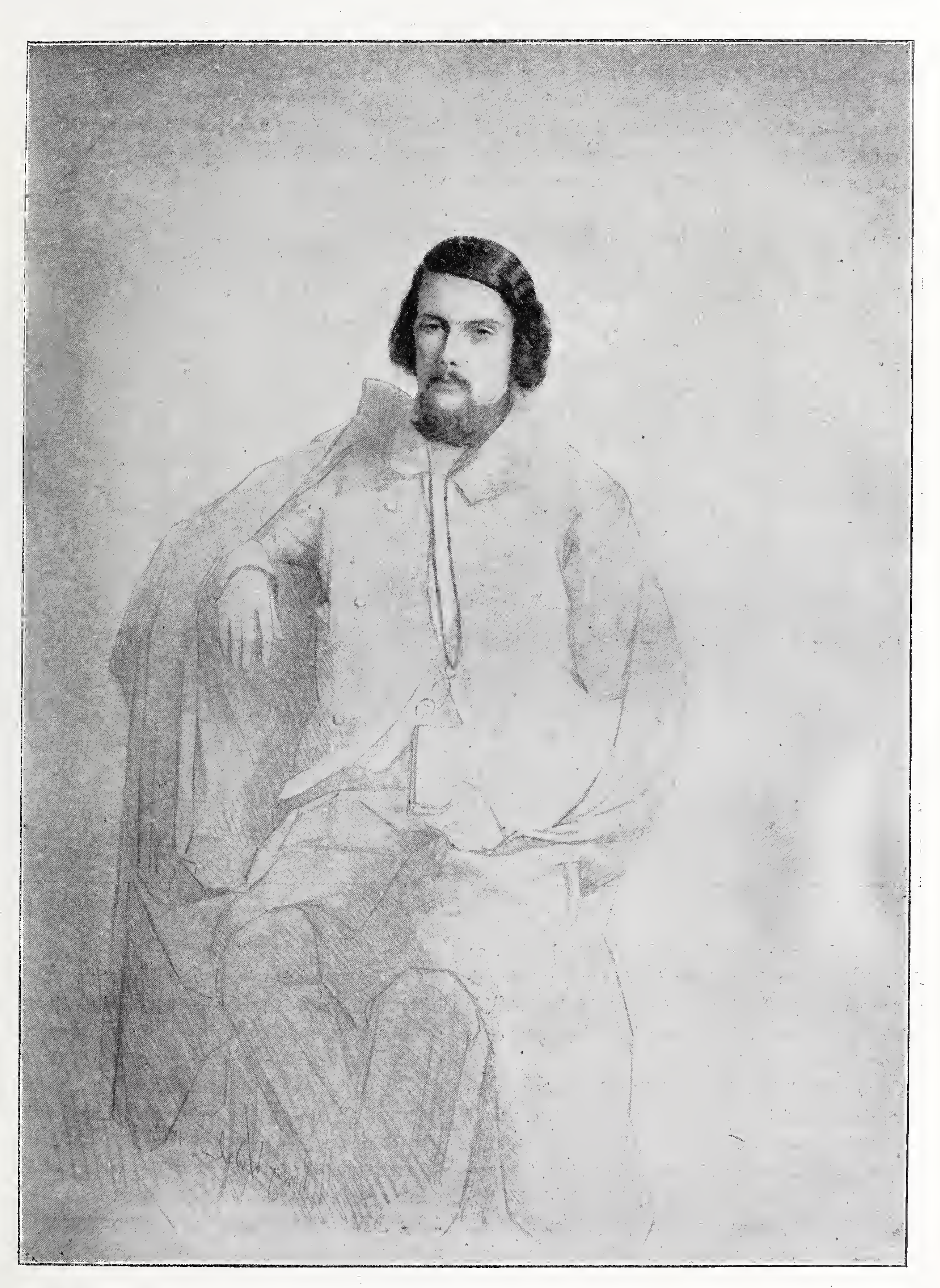
Y de allí vino todo. Las flores que echara años antes el renacimiento, se trocaron en fruto; el fruto, al llegar á su madurez, se desgajó de las ramas y quedó depositado en el suelo; éste se abrió para recoger las semillas con que el fruto le brindaba, guardolas en su seno y las comunicó nueva y exuberante vida,... y así, de paso en paso, fué evolucionando el particularismo, hasta tomar en esos últimos años diversas formas, que no viene al caso definir.

Además de la historia general de Cataluña, escribió Balaguer otras de interés más limitado, en cuyas páginas hizo gala de la misma fuerza descriptiva y el mismo temperamento poético que animan los pasajes de aquélla. Quien lea su *Historia de los Trovadores,* sus *Bellezas de la Historia de Cataluña* y otras obras suyas de la misma especie, se convencerá fácilmente de la verdad de esa afirmación, cuya certeza queda probada además por un hecho á que han dado lugar los muchos certámenes poéticos celebrados en Cataluña desde la restauración de los Juegos Florales. Ha habido *poetas* aficionados á esas luchas de la inteligencia, que, cuando han querido optar á algún pre-

mio cuyo tema tuviese que basarse en algún punto de la historia del Principado, no han hecho más que recurrir á las obras de Balaguer, poner en verso lo que él escribió en prosa y mandar la poesía ó lo que fuese al Certámen.

* * *

Pero si haciendo historia se mostraba Balaguer ante todo como un poeta, en poesía no quiso desdeñar nunca los inmensos caudales que poseía como historiador. Así



D. VICTOR BALAGUER, POR HENRY VIDAL

le vemos siempre, para escribir sus tragedias ó sus dramas, sus romances ó sus poemas, inspirarse en hechos ó personajes sacados de la Historia y especialmente de la de Cataluña. Por eso, en su trilogía *Els Pirineus*, canta las proezas y hazañas, los amores y odios de la noble familia de Foix, mezclando con los episodios verídicos, los hechos imaginados, intercalando entre unos y otros los sueños de la tradición y de la leyenda, tomando de la musa popular, con el objeto de prestar al cuadro el debido color, los cantos sencillos y arrulladores, de cuyas estrofas parece desprenderse perfume de romero y olor á

Las «Obras completas» de Balaguer constituyen una biblioteca en la que pueden adquirirse conocimientos de casi todos los ramos más nobles del saber humano.

Y lo más notable es que la portentosa fecundidad de Balaguer no impide que, entre las obras que dió al público, las haya—y esas son la mayoría—verdaderamente notables y dignas del mayor encomio, aun teniendo en cuenta la época en que fueron escritas y la circunstancia de serlo las catalanas en el período de formación de una literatura. Lo cual aumenta de un modo considerable su valor.



Casa de Sta. Teresa.-Salón de la casa de D. Víctor Balaguer

tomillo... Y eso que sucede en *El Compte de Foix*, en *Raig de lluna* y en *La venjansa dels Pirineus*, sucede asimismo en sus producciones *El guant del degollat*, *Las esposallas de la morta*, *La tragedia de Llivia* y tantas otras como salieron de su pluma.

Como poeta lírico, dió al público Balaguer gran número de composiciones, algunas de las cuales, como *El romiatge de l'ánima*, le valieron el alto honor de ser traducidas á diversas lenguas. Desde que, en 1859, fué nombrado *Mestre en Gay saber* por el Consistorio de los Juegos Florales, las poesías y poemas que publicó alcanzan un considerable número, como lo alcanzan sus novelas, sus dramas, sus estudios sociales y críticos, sus narraciones de viajes y sus monografías históricas.

* * *

Que Balaguer fué un hombre de singular valía y que su labor merece el más profundo agradecimiento por parte de sus compatriotas, no hay ni entre sus más encarnizados enemigos quien se atreva á ponerlo en duda. Claro que, como hombre, tuvo sus defectos. Pero, ¿quién no los tiene? ¿Y qué son ellos, comparados con el bien que hizo describiendo en sonoros versos las gestas de los héroes de nuestra historia, cantando en sentidas endechas nuestro glorioso pasado, mostrándonos, en fin, lo que fuimos, para animarnos á emprender la senda de la regeneración é inculcarnos la idea de recobrar las pasadas grandezas?

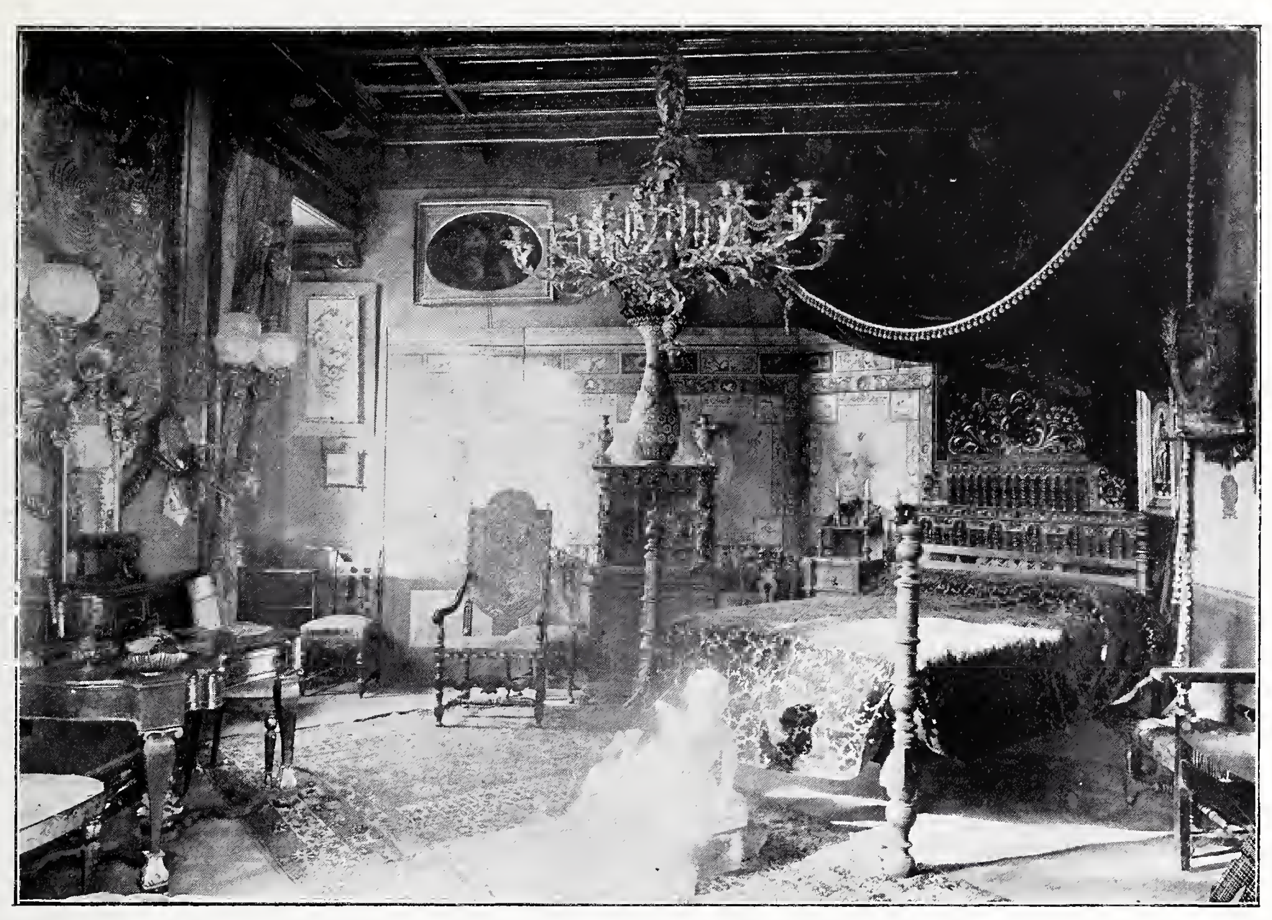
Como si eso no fuese bastante, completó Balaguer su

labor social con la creación en Villanueva y Geltrú de una de las instituciones más notables que en su género tiene Cataluña. ¿Qué mayor monumento para inmortalizar el nombre de tan notable escritor, que la Biblioteca-Museo con que dotó á los que por espacio de cerca veinte años le tuvieron como representante en las Cortes?

Instituciones como la que nos ocupa, son de las que honran á la población que las posee y admiran al extranjero que las visita. Por eso los hijos de Villanueva conservan y conservarán siempre para Balaguer un agradecimiento profundo; por eso se sienten dichosos, en medio del desconsuelo que á todos les ha causado la muerte de su paisano adoptivo, al considerar que sus restos mortales descansarán para siempre entre ellos; por eso, al hablar de Balaguer, lo hacen con loable veneración y con noble orgullo.

La planta del monumento con que obsequió á Villanueva aquel hombre eminente, forma una gran cruz, sobre la que se alza el soberbio pórtico, dos grandiosas salas, una esbelta torre de 25 metros de altura y una casa de 14. Su estilo es griego-egipcio, figurando en su decoración exterior dieciocho cuadros esgrafiados, cuyos asuntos representan las Letras, las Artes, las Ciencias... Las estatuas del Arzobispo Armanyá y del gran poeta Cabanyes adornan el pórtico, que es de una belleza sobria y elegante, y en el centro de la rotonda que forma la base de la torre, figura, sobre artística columna, el busto de Balaguer.

Tanto el archivo como la biblioteca, el museo artístico como el arqueológico y las colecciones de objetos curiosos, revisten una gran importancia, de la que se tendrá tan sólo una pobre idea, sabiendo que las escuelas antiguas están representadas en la Sala de pintura por cuadros de Viladomat, del Greco, de Flauger, Boucher, Alonso del Arco y otros notables artistas; que en la sección de pintura moderna figuran, entre otros autores, Sorolla, Luna y Richart; que en el archivo se conservan el acta de consagración de Santa María de Amer por el conde Borrell en el año 949, un sinnúmero de documentos importantes para Villanueva y 200 volúmenes manuscritos, notables todos; que la biblioteca, iluminada por nueve grandes ventanas, consta de más de 40,000 volúmenes; que...



Casa de Sta. Teresa.—Dormitorio de invierno de D. Víctor Balaguer

Pero, ¿á qué seguir enumerando pieza por pieza todo cuánto contiene de notable la Biblioteca-Museo Balaguer?... ¿Á qué consignar que entre las 2,000 piezas de que se compone la colección de cerámica, las hay notabilísimas; que la de grabados la constituyen más de 3,000 ejemplares; que los objetos chinos y japoneses, así como los procedentes de todas las partes del mundo, for-



Biblioteca-Museo Balaguer

man una colección tan rica como interesante; que en la sección de escultura figuran reproducciones de los bustos y estatuas más notables del clasicismo y valiosas obras modernas de Fuxá, Snnyol, Campeny, Alsina, Nicoli y Querol?... ¿Á qué entretenernos en dar una idea de la importancia de tal institución, si no hay en nuestro país quien se preocupe de Ciencias y Artes, que no sepa á qué atenerse sobre el particular?...

En medio de arboledas y jardines, al lado mismo del Mnseo, se había hecho construir Balaguer la casa donde vivía durante las largas temporadas que pasaba en Villanueva. La designaba con el nombre de casa de Santa Teresa, bajo el cual la conoce todo el mundo. Más que situada junto al Museo, puede decirse que constituye una dependencia del mismo, ya que sus salas y habitaciones están materialmente llenas de cuadros de nuestros mejores artistas, habiéndolos de Fortuny, Rusiñol, Llimona, Pellicer, Rigalt, Caba, Apeles Mestres, Galofre, etc., etc. También figuran en la Casa de Santa Teresa curiosidades de todo género, tanto pertenecientes á las diversas ramas de las Artes como de las Ciencias.

* * *

Y ahora que, en términos generales, hemos dicho algo relativo á lo mucho que debe á Balaguer la cultura de nuestro país, permítasenos, volviendo á nuestro punto de partida, recordar otra vez al político, para hacer notar la doble personalidad que había en él y que fué la causa de que el mismo hombre que tomó parte activa en la política general española, fuese el que mayor impulso dió á la particular catalana. Si; Balaguer, aun sufriendo persecuciones durante su juventud en aras de la salvación de España entera, no llegó nunca á olvidarse de Cataluña, á la cual amaba de todo corazón. Pruébanlo, entre otras cosas, el derroche de actividad que desplegó cuando, emigrado á Francia allá por los años de 1866 á 1868, asistía á fiestas y reuniones de los felibres provenzales, animados, como él, del mismo sentimiento hacia la patria á la cual se ha dado en llamar chica, siendo precisamente la que mayor sitio ocupa en el corazón de todos los hombres... Y la misma doble personalidad que había en Balaguer como político, la había también en Balaguer como literato. Prosista y poeta castellano, indivíduo de número de la Real Academia Española, no dejó nunca de componer obras en la lengua que le enseñara su madre desde la cuna.

Tal fué el hombre por cuya muerte lloramos todos, tal fué el historiador notable, el inspirado poeta, el novelista fecundo que, nacido en Barcelona en 13 de Diciembre de 1824, murió en Madrid el 14 del presente mes y fué sepultado en Villanueva y Geltrú, su patria predilecta, el día 18, después de una vida laboriosa, dedicada en su mayor parte al enaltecimiento de su patria.

Acto emocionante, acto sublime fué el que realizó Villanueva con la manifestación de luto que tributó al ilustre muerto, y á la cual dió lugar la llegada de sus restos mortales á la población. Preparábase ésta para organizar una de tantas fiestas como celebran durante el año todos los pueblos de Cataluña, cuando se recibió la noticia de la muerte de Balaguer... Las sociedades recreativas adornaban sus locales, alfombraban sus salones, lo disponían todo para pasar unas cuantas horas de júbilo. Pero la llegada á Villanueva de los restos de Balaguer, junto con los de su esposa, trocó las fiestas en imponente manifestación de duelo y de pesar. En lugar de serlo por las harmonías juguetonas de las danzas, los aires fueron heridos por los melancólicos acordes de las marchas fúnebres; en lugar de verse rasgadas las sombras al anochecer por los resplandores de los fuegos de artificio, lo fueron por las llamas de las hachas y de los cirios del cortejo fúnebre; en lugar del bullicio y la algazara de las fiestas, reinó en la población la triste seriedad de los grandes pesares. Una sociedad, sacando del salón de baile la alfombra que debían pisar en rápido torbellino las parejas de danzantes, tendióla en medio de la calle al paso de la apiñada multitud, que seguía, camino del cementerio, los restos de Balaguer y de su esposa.

De los balcones y ventanas, en cuyos antepechos veíanse ondear negras colgaduras, caían sobre el coche mortuorio del ilustre difunto centenares de coronas de laurel que embalsamaban el aire con su penetrante aroma, y que iban á chocar con las de flores que cubrían materialmente el féretro, y de entre las cuales salían las ocho gasas, que eran llevadas por otros tantos patricios, amigos ó admiradores de Balaguer.

Y no fué solamente Villanueva que honró en tan solemne ocasión la memoria de su hijo adoptivo. La presencia en la comitiva de literatos y artistas como Narciso Oller y Santiago Rusiñol, como Fernando Agulló, representante de los *Mestres en Gay Saber*, como Conrado Roure, de la Biblioteca Arús, y tantos otros venidos de diversos puntos del Principado, prueban que Cataluña ó, cuando menos, que una parte de la Cataluña intelectual, sintió con la muerte de Balaguer el profundo pesar que debe sentir todo pueblo á la muerte de uno de sus hijos ilustres.

* * *

LA MIEL DE TUS LABIOS

Dijéronme que ayer, adormecida,
una abeja te vió,
y los rubís de tus cerrados labios
por un clavel tomó.

Libó la miel, y ansiosa desde entonces
vaga de flor en flor por el verjel,
sin encontrar ni flor de más aroma
ni más sabrosa miel.

CUENTO

Cuentan que en Grecia un orador famoso,
con su elocuencia y portentoso ingenio,
á todos asombraba y conmovía,
maravillando al pueblo.

Oyole cierto día un ciudadano
desarrollar sus planes de gobierno
con viril entereza y desenfado
y dijo desde luego:

«Eso no sabe hacerlo quien lo dice,
aunque lo dice bien y con talento.
En cambio yo, sin genio y sin palabra
yo... no lo sé decir, pero sé hacerlo.»

EL RAYO DE SUS OJOS

Hallábame yo á solas
esta tarde en tu estancia,
á tiempo que del cielo descendían
las sombras vespertinas á poblarla.

Sobre la mesa había
expuestas y en parada,
las joyas de brillantes con que anoche
realzar te vieron tu beldad gallarda.

De pronto y cuando en ellas
fijé mi vista vaga,
las ví, no lo soñé, las vi que, heridas,
por un rayo de luz, centelleaban.

Era que, de improviso,
entraste tu en la sala
Acertando á caer sobre las joyas
el rayo de tu fúlgida mirada.

VÍCTOR BALAGUER





Biblioteca.-Sala de lectura



Museo.-Sala de pintura



MI CASITA BLANCA

Era una blanca casita
de un verde monte á la falda.
Entre un bosque de naranjos,
copo de nieve se alzaba,
con dos esbeltas palmeras,
que eran de su puerta guarda,
con el murmurante arroyo
que á sus pies se deslizaba,
con la mar que á pocos pasos
movía sus olas bravas,
y con la niña más bella
de la costa catalana.
Gozaba el primer aroma
de las flores y las plantas,
gozaba el primer aliento
de la fresca marinada,
y era nido de una hermosa
doncella, la más gallarda,
á quien rendían tributo
murmullos, aromas y auras.
¡ Ay, mi casita, mi casita blanca!

Cada tarde, del crepúsculo
al descender la hora casta,
sentados sobre una alfombra
de césped, nos encontraba.
Nos ofrecía un naranjo,
para abrigarnos sus ramas;
nos envolvía el incienso
con que el espacio poblaban,
de las flores de azahar
las invisibles oleadas.
Yo la miraba á ella solo
y ella miraba á la playa,
que las olas de la mar,
con sus espumas bordaban.

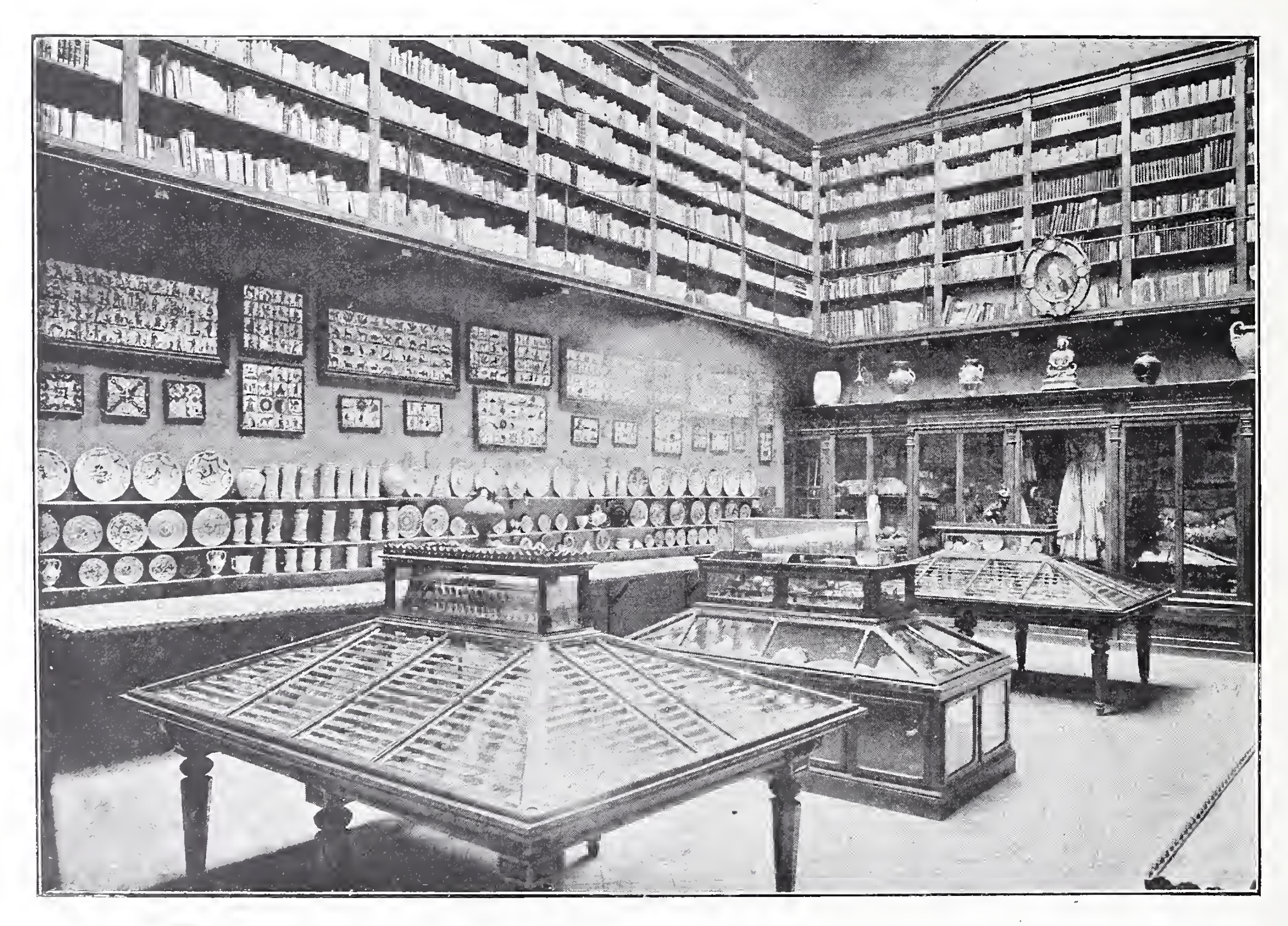
El cielo era azul y puro
y la brisa tibia y blanda;
efluvios de amor había
en el murmullo del agua,
en el rumor de las frondas,
en las flores y en las ramas,
en el canto de las aves,
en la brisa que pasaba,
en las olas de la mar
al estrellarse en la playa;
los había en nuestros ojos
y también en nuestras almas.
¡ Ay, mi casita, mi casita blanca!

Las horas tiernas y dulces
por el amor perfumadas,
¡ ay! con qué tardanza llegan
y con qué presteza pasan.
Hora bella del crepúsculo,
para mi siempre sagrada,
hora para mi de goce,
de conhorte y de esperanza:
siempre yo á tu luz dudosa
veía á mi dulce amada,
clara estrella de mi vida,
puerta y salud de mis ansias,
y cada vez la decía
con voz al alma arrancada:
« Es hora de amar. Amemos. »
Y cada vez mis palabras,
naufragaban en el beso
que nuestras almas se daban.
¡ Ay, mi casita, mi casita blanca!

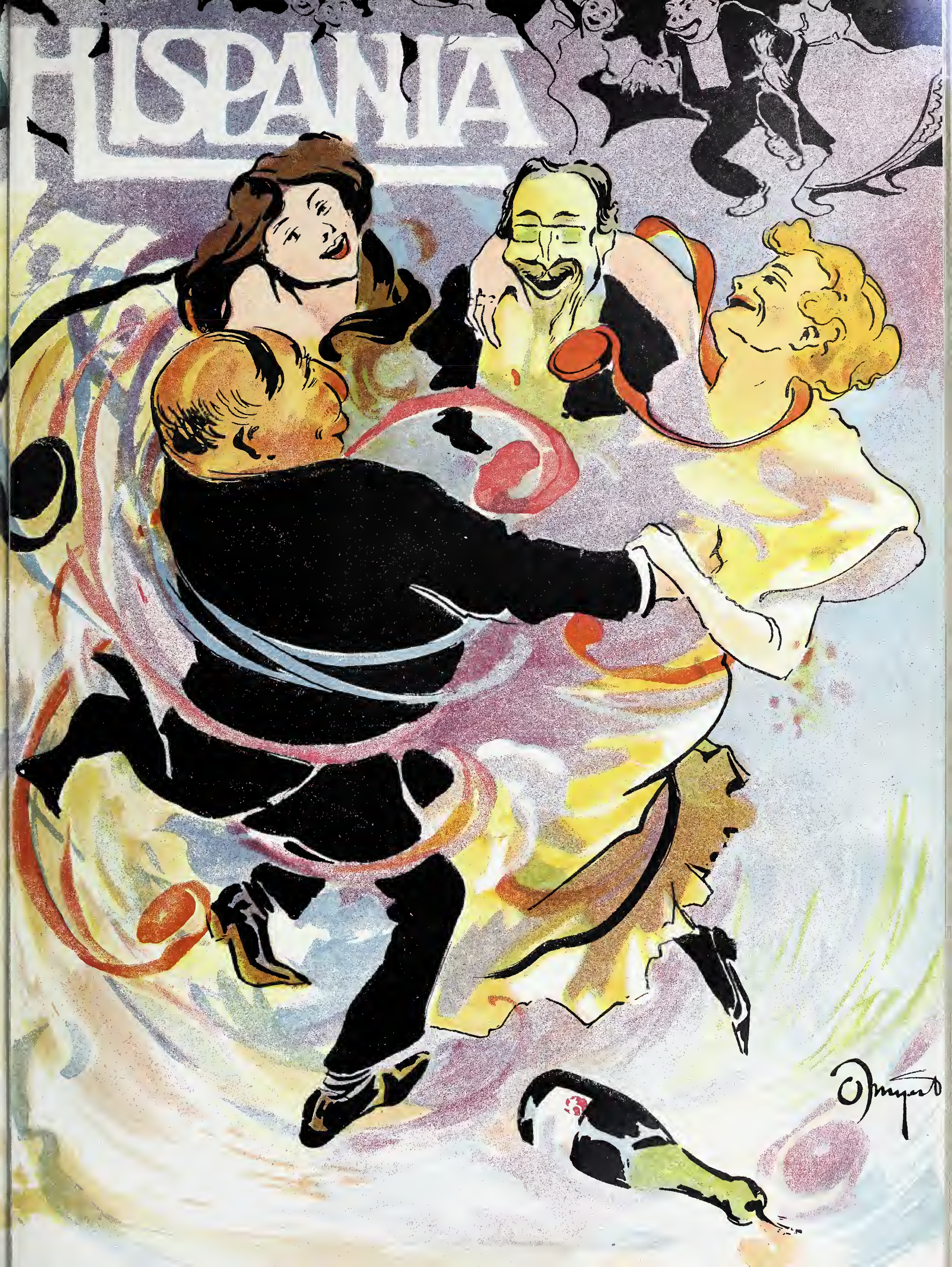
VÍCTOR BALAGUER

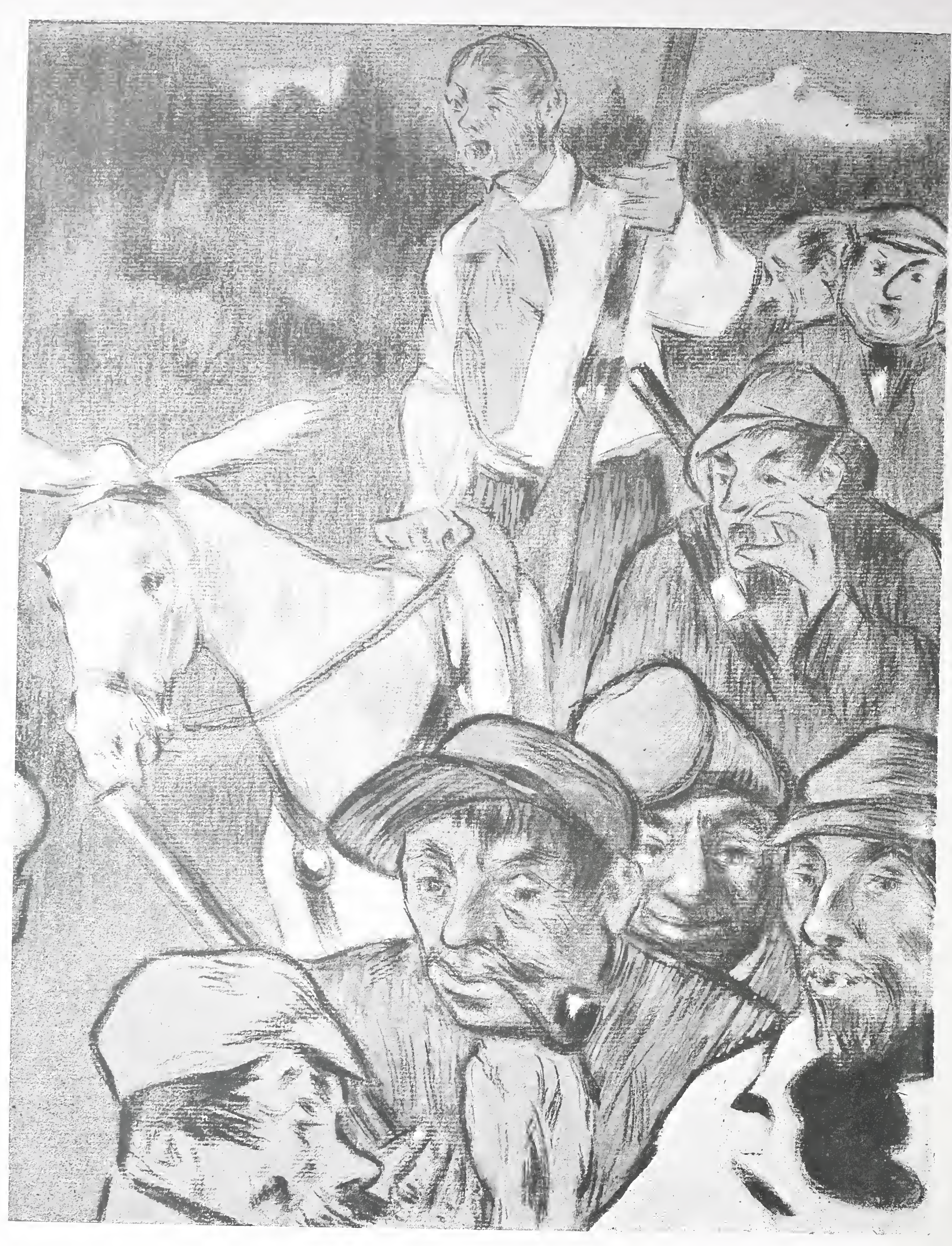


Museo.-Sección de escultura



Museo.-Sección arqueológica


HISPANIA



R. PICHOT.—DE VUELTA DEL ENTIERRO DE LA SARDINA



Los rayos del sol entraban oblicuamente por la estrecha ventana del cuarto de criados situado en el piso superior de la casa. Serían las cinco de la tarde.

Margarita había tenido mucho que hacer en la cocina. Sus amos solían tener á comer todos los domingos á una tía anciana y á un joven sobrino, novio en puerta para su hija Clarita.

El angosto cuartito, en el que apenas cogían una cama de hierro, una silla y un palanganero, olía á pomada y á jabón. En la encalada pared algunos vestidos pendían de unos clavos, no así el de las fiestas, extendido sobre la cama. Era éste de color verde claro, salpicado de grandes flores rosa y amarillas; Margarita pensaba no haber tenido jamás otro igual. Junto al vestido ostentaba su gracia un sombrerito blanco de alas levantadas, adornado con una guirnalda de nomeolvides y un grupo de plumas.

Empezó su tocado la muchacha dándose una buena mano de jabón y restregándose después el rostro con la áspera tohalla, hasta que sus rojas mejillas se pusieron amoratadas. Peinó luego la abundante y lacia cabellera, de un rubio rojizo, esforzándose en vano en rizar el cerquillo con los hierros. Su cabello se resistía al rizo y solo consiguió torcerle las puntas hacia fuera.

Listo el peinado, se pasó el vestido verde, cuyas costuras crugieron al ceñírselo delante del espejo.

¡Qué figura! Embebecida estaba contemplándose y pensando: «¡qué hermosa voy á parecerle!» cuando un silbido en el patio la sacó de sus vanidosas reflexiones. «Él es» dijo Margarita, asomándose á la ventana. Al mismo tiempo oyóse una voz de tiple casi aniñada que le gritaba: — ¿Estás lista al fin, Margarita?

Era esta voz la de su amiga Agustina la del banquero. Largo rato hacía que aguardaba, pues como solo servía de doncella, tenía mucho menos trabajo que Margarita, que estaba en la casa para todo.

— Voy enseguida — contestó Margarita poniéndose el sombrero de los nomeolvides. Cojió la capita de color claro sobre el brazo y, esforzándose en meter sus gruesos dedos dentro de unos guantes de cabritilla, bajó corriendo la escalera de servicio, feliz, con la llave del piso en el bolsillo que le golpeaba la cadera á cada salto. ¡La tarde y aún parte de la noche tenía para holgar! Hasta las doce le había concedido su señora, diciéndole: — Disfrute V. de la belleza de una noche de estío.

Tres meses hacía que Margarita salía con el mismo joven: era su primer novio, á pesar de que contaba ya veinte años, y pensaban casarse pronto. El corazón le saltaba dentro del pecho al bajar de dos en dos los últimos peldaños de cada tramo de la escalera, hasta llegar al patio, donde le aguardaba su novio en toda su elegancia, con el sombrero torcido sobre la cabeza, el bastoncito debajo del brazo y una gruesa sortija de sello en el índice. Con él estaba Agustina, la doncella de casa del banquero. La pobrecilla no tenía á nadie con quien salir, por cuyo motivo la invitó Margarita, además de la satisfacción que sentía en hacer testigo de

su felicidad á una tercera persona.

— Buenas, Margarita, ¿cómo sigue V.? — preguntóle el jóven, alargándole la mano, y no atreviéndose todavía á tutearla delante de la gente.

Margarita se puso muy colorada ó, mejor dicho, el rojo intenso de sus mejillas y frente subió todavía de punto, sonrió amable y avergonzada á su amado y echaron á andar, él jugando con el bastoncillo, ella arrastrando con orgullo el largo vestido á su lado.

Agustina seguía á algunos pasos de distancia, verdaderamente disgustada. De otra manera había ella imaginado aquella salida y ninguna gracia le hacía el papel que representaba. Llevaba los dos brazos colgando y movía indolentemente el esbelto talle. En su sombrero negro erguíase un mazo de amapolas, mezclando su vivo color rojo con los hermosos rizos de sus cabellos castaños.

— Dime, ¿cómo has traído á esta? — preguntóle Carlos en voz baja á su novia. — ¡ No podemos hablar!

— Deja, hombre — contestóle también en voz baja, Margarita. — La pobre no conoce á nadie aquí, y además, ¡ sólo tiene diecisiete años! — añadió con un gesto de lástima.

— ¿ Diecisiete años? ¿ estás segura? — Y Carlos volvió la cabeza para observar á Agustina, la que, fingiendo no advertir que la miraban, seguía andando sin leventar los ojos.

Carlos, empero, notó que cuantos pasaban por la calle reparaban en la joven y exclamaban: — ¡ Linda muchacha, pálida, muy pálida, pero muy bonita! — Pálida era en efecto: sus mejillas parecían vaciadas en cera, llenas, mórbidas pero sin color; el rojo brillante de las amapolas sentaba bien á aquella palidez de cera. Indudablemente el tipo de la joven era especial y distinguido, así como el de una señora.

— ¿Qué miras? — preguntó Margarita á su novio, tirándole de la manga. — ¿ Á dónde vamos?

— ¿ Dónde? Agustina, — dijo Carlos parándose para que les alcanzara la joven.— Agustina, ¿ qué le parece á usted? ¿ Dónde desea usted que vayamos?

— Me es indiferente — contestó Agustina sin levantar la vista.

— Podemos ir al « Águila Negra » ó quizás mejor al « Soto de las Liebres. » En el « Mundo nuevo » hay gran baile, música militar y ¡ qué sé yo cuantas cosas!

— ¡ Ah! — exclamó súbitamente Agustina con un tembloroso suspiro; y levantando los ojos, pudo leerse claramente en ellos « ¡ Baile!... ¡ un baile! » Dilatósele la naríz, miró fijamente al joven y volvió á suspirar.

— Vaya pues, iremos al Soto de las Liebres, que también á mi me gusta, — dijo Carlos, riendo.

Margarita, decididamente, no tenía ganas de ir al Soto de las Liebres ni tampoco le gustaba el baile; y luego, ¡ habría allí tanta gente! Mejor hubiese querido errar por el bosque solitario, la mano dentro de la de su amado, ó sentarse á su lado sobre el verde césped. Con un suspiro contenido recordaba aquel domingo de primavera en que por primera vez se conocieron en el bosque y pasearon juntos debajo de los pinos. ¡ Las lágrimas se le asomaban á los ojos al pensar en aquel día! Pero nadie le preguntaba ahora su parecer.

El sol ardiente de verano reverberaba en el arroyo de la interminable calle; los tres jóvenes andaban ahora juntos, Carlos en medio, hablando por los codos y de excelente humor; sus compañeras hablaban poco.

Multitud de transeuntes discurrían en todas direcciones. Honradas familias de artesanos, el padre con la americana negra de los días de fiesta y en el bolsillo el biberón para el chiquitín que lleva la madre de la mano. Los demás hijos delante, alineados como tubos de órgano, llevándose todos apenas un año de diferencia, y peleándose por llevar la cesta de la merienda. Cocineros acompañados de soldados, camareras sin novio todavía, en grupo de dos ó tres, cogidas del brazo, y mozos cuyo pasatiempo consistía en mirar á las chicas.

— ¡ Diantre, aquella larga es preciosa! ¡ La pálida, la de las amapolas! Preciosa muchacha, — Carlos oyó decir á uno que pasaba. Furioso volvió la cabeza para mirar quien era el atrevido. Sentíase molestado por el requiebro dirigido á la joven. ¿Qué les importaba aquella muchacha á los demás? ¡ Si solo contaba diecisiete años!

Miróla á hurtadillas para ver si ella había oido algo. Un ligero rubor cubría la palidez de Agustina que, sonriendo, volvía la cabeza hacia el lado de donde había partido el piropo.

— ¡ Diantre ! Agustina, ¿ por qué rie V. ? — preguntóle con severidad. — ¡ Pícaros desvergonzados ! ¡ Insolentes ! ¿ Cómo es eso, Agustina ? — añadió, realmente incomodado.

Por toda respuesta, Agustina le miró fijamente con aquellos ojos de un gris penetrante y larguísimas pestañas.

—¡Qué especial es esta mujer! — pensó Carlos, mirando luego involuntariamente á su novia.

En esto llegaron al *Soto de las Liebres*. Allí música de baile, organillos, tío vivo, á derecha y á izquierda entoldados, barracones, mesas, sillas, puestos de cerveza y por todas partes gran muchedumbre.

El aire, calentado por un sol ardiente y enrarecido por el polvo, no bastaba á la respiración. Los viejos pinos del *Soto* no enviaban ni un leve soplo refrigerante.

En el «Mundo Nuevo» es donde había mayor afluencia, y trabajo les costó á nuestros jóvenes encontrar tres puestos. Era ya algo tarde, había largo rato que las mesas estaban ocupadas, y en el salón de baile daban vueltas las parejas.

— ¿ Quiéres que vayamos, chica ? — preguntóle Carlos á su novia.

— No — contestó ésta secamente.

Quedáronse pues en el jardin. El joven pidió cerveza y Margarita sacó de bajo de su capa un bizcocho que le habían mandado de su tierra.

— Pruébalo Carlos, me lo ha enviado mi madre — dijo ofreciendo un pedazo á su novio.

El bizcocho, que tenía alguna fecha, se iba todo en migas, á pesar de lo cual lo comía Margarita con un apetito y un sentimiento de amor al terruño conmovedores. Carlos no compartía ninguno de estos dos sentimientos y solo se atrevió á comer dos bocados. Agustina no hizo más que hincar el diente en su porción.

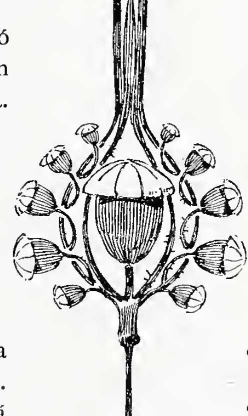
Una chiquilla que vendía flores se acercó á ofrecérselas. Carlos compró galantemente dos ramitos de á diez céntimos y dejó la elección á sus compañeras.

Margarita escogió un apiñado ramilletito, mientras Agustina separaba para ella algunas amapolas sueltas.

— Mis flores favoritas — dijo colocándolas en su esbelto cuerpo.

— Producen muy buen efecto, Agustina — exclamó Carlos contemplando con admiración el hermoso talle. — ¡ Qué buen gusto tiene V. !

Poco á poco íbase despoblando el jardin. Solo quedaban allí algunas madres de familia con sus chiquillos; los demás habían entrado en el salón de baile ó lo contemplaban desde las ventanas.



Los tres jóvenes permanecían silenciosos. El aire había refrescado y jugueteaba en sus frentes; de tiempo en tiempo, una hoja tempranamente agostada caía dentro de los vasos vacíos, y detrás de ellos, en la espesura, empezaba á cantar un pajarito.

Margarita le escuchaba embelesada. Hija del campo, no había perdido en medio del bullicio de la ciudad la afición á la naturaleza. Con ojos soñadores miraba fijamente hacia lo lejos, mientras apretaba la mano de su novio, que tenía entre las suyas.

Carlos también miraba con fijeza, aunque no vagamente, sino con suma atención y de hito en hito á Agustina que, fastidiada, daba golpecitos con los dedos en la mesa.

Tenía los párpados bajos, mas, á pesar de ello, el joven sentía la magnética mirada de sus ojos. De pronto aguzó ella el oido. El viento traía más distintamente los sonidos de la música del baile, que se escapaban por una abierta ventana.

— ¡ La la, la la la ! — canturreaba entre dientes Carlos, moviéndose impaciente en su silla. Agustina se levantó de repente y, lenta pero resueltamente, se alejó sin que apenas crugiera la arena bajo sus leves pisadas. Vióse que miraba por una de las ventanas del salón, ditinguióse por entre las ramas el color claro de su vestido, y luego desapareció.

— ¿ Me quieres ? — murmuró Margarita al oido de su amado, y quitándose el sombrero de la corona de nomeolvides, apoyó la cabeza sobre su espalda. — ¿Me quieres de verdad ? ¡ Ah Carlos, que felices vamos á ser ! ¿ Sabes que tengo ahorrados unos doscientos duros y que mi madre me dará la cama y un cerdo cuando nos casemos ?

— Sí, sí, — contestó distraidamente el joven. Su pensamiento estaba con Agustina. La imaginaba bailando, — quizás con aquel desvergonzado que la requebró en el camino. Sus pálidas mejillas se habrían coloreado y, sonriendo, luciría aquel hoyito. — El joven en tanto le murmuraría al oido palabras de amor.

Carlos se levantó bruscamente, sin cuidarse de la sacudida que daba á la pobre cabeza de su novia.

— ¿ Qué te pasa, Carlos ? — le preguntó ésta asombrada.

— Nada — contestó Carlos. — Aguarda aquí un momento, mientras entro en el salón de baile. Puesto que la has convidado es preciso ocuparse de ella, ya que solo tiene diesiciete años. Vuelvo enseguida.

Margarita quedó sola y pensativa, apoyada la barba en el

puño dorado del bastoncillo que dejó su novio. De muy distinta manera había imaginado ella pasar aquella tarde.

Unos jóvenes alborotados que por allí pasaban le gritaron: — ¿Qué haces aquí sola, chica? — Y uno de ellos añadió riendo: — ¿Estás de centinela? ¿Te es infiel el novio? Consuélate, que otros quedan.

Margarita se hechó á reir también, pero con risa forzada. Los dos jóvenes no hicieron ademán siquiera de querer sentarse á su lado, lo cual le pareció un desprecio. Por vez primera comprendió que no era hermosa.

Con un sentimiento de indecible amargura, Margarita se arregló los pliegues de su hermoso vestido y se puso el sombrero. «Aguárdame hasta que vuelva» le había dicho Carlos. Bastante rato hacía que le estaba aguardando y no volvia: ahora iría ella en su busca. Y levantándose resueltamente, se dirigió al salón de baile.

Grande era el bullicio que allí dentro reinaba y el calor sofocante. Margarita, medio mareada, contemplaba con asombro tanto adorno blanco, azul y rosa, tanto uniforme y vestido de fiesta. Multitud de alegres parejas se entregaban á la danza, sujetando ellos sus pañuelos al talle de las jóvenes para no dejar en los vestidos la huella del sudor de sus manos.

«¡Qué bonito!» pensó Margarita. Á Carlos y Agustina, por más que miró, no pudo encontrarles. Ni un rincón dejó por escudriñar.

¡No cabía duda: se habían marchado los dos!

Descorazonada salió del salón, con gran sorpresa del revisor de billetes, que la dijo: — ¿Cómo se va V. tan pronto? ¿No se divierte V.?

Margarita sacudió negativamente la cabeza.

— ¿Ha visto V. por casualidad á un joven alto, guapo, con bigote castaño?

El hombre reflexionó. «¡Hay tantos que responden á estas señas!»

— Pues entonces quizás habrá V. reparado en una joven con vestido claro y rojas amapolas en el sombrero negro. ¡Es muy pálida!

— Sí, hace poco que estaba aquí todavía — dijo el hombre. — ¡Un vestido claro y amapolas... ¡Sí, sí, eso es!... Me miraba sonriendo... Hará como un cuarto de hora que salió con un joven; pero lo que es pálida, no lo estaba mucho. ¡Es muy jovencita! Él la llevaba del brazo y lucía en el índice un anillo de sello.

Pareció que á Margarita se le traspasaba el corazón. ¡Ellos eran!

— Ah, ¿podría V. decirme hacía donde se han encaminado?

— ¡Cómo! ¿va V. á llorar? — díjole el hombre, mirándola fijamente. — Esto sucede con frecuencia. Se han dirigido al Soto. Vaya usted en esta dirección, y si les alcanzá...

Margarita no oyó más. Una sola idea ocupaba su cerebro: — ¿Dónde estarán? ¡Te han dejado sola, sola! — Corrió á la mesa y recogió el bastón. Éste le pertenecía, no debía dejarlo, era una prenda de su amado. Lanzóse luego en busca de los dos fugitivos. Detrás de los pinos brillaba el sol en su ocaso. Margarita metióse en la espesura, deslumbrada por el color intenso del cielo. «Estoy cierta que es él quien ha inducido á Agustina á marcharse» dijo hablando á media voz consigo misma y apretando los puños. Su airada mirada se fijó en el bastón de Carlos, cuyo puño dorado iluminaba el último rayo del sol. ¡Con qué elegancia sabía manejarlo su amado! «No es posible» murmuró Margarita, «Carlos es bueno, me ama y no me engaña.»

Margarita se levantó presurosa y se dispuso á volver atrás.

El canto de una codorniz hizo comprender á Margarita que estaría cerca de un campo, y torciendo á la derecha, se encontró con uno de trigo y, á su borde, con un caminito por el cual se notaba que había pasado alguien recientemente. Mas ¡qué sería aquello! La joven se bajó para ver mejor. Una, dos, tres, cuatro amapolas: sin duda un ramo perdido inadvertidamente. Margarita podía distinguir el color rojo de la flor, á pesar de la semi-obscuridad.

La tierra pareció faltarle y tuvo que apoyarse en el bastón para no caerse. La sangre se le subió del corazón á la cabeza y lo veía todo rojo. Rojas amapolas en las ramas, en los senderos que cruzaban el campo; rojas amapolas por todos lados y, finalmente, rojas amapolas que la miraban burlonas, oscilando desde lo alto de un sombrero negro.

Luego un suave cuchicheo y el ruido de las ramas al apartarse para dejar paso á una pareja que amorosamente enlazada iba alejándose.

* * *

Cuando Margarita llegó á su casa, se quitó el vestido de las fiestas delante del espejo.

— ¡Oh! los hombres — exclamó clavando con fijeza una selvática mirada en la luna, y amenazando con los puños. — ¡Jamás volverá ninguno á engañarme! — Dejóse caer luego medio desnuda sobre la almohada de su cama y, ocultando el rostro entre las manos, lloró amargamente.

¡Amapola, roja amapola, inconstante como el amor! El más leve soplo te deshoja. Ó bien: ¡Amor, inconstante amor: fugaz y ligero como la amapola que el más leve soplo deshoja!

* * *

De PETRARCA á BARTRINA

Dejad que me ría de eso que llaman originalidad de los pensamientos y que os diga: dadme buenos versos que por ser buenos tendrán por añadidura la originalidad. Poco importa que eso ó aquello lo haya dicho antes aquel ó el otro poeta, lo importante es la manera, el arte con que lo haya dicho. Cojed un libro moderno, de reciente publicación, el que pase por más original y no hallaréis quizás ni un solo concepto que anteriormente, en una forma ú otra no haya sido expuesto ya. Lo que pasa, es que si aquel pensamiento ha sido vestido con el ropage de una obra maestra, si ha quedado fijado en la mente de los hombres que del arte se preocupan, si ha contribuído á extender la fama de un gran genio, entonces la repetición de aquel pensamiento en cualquier forma que sea, resulta un plagio inexcusable, un robo manifiesto que en vez de aquilatar el mérito del escritor contribuye á su desprestigio. Pero si el pensamiento aquel ha sido lanzado ó expuesto sin particularidad alguna que le preste trascendencia, sin que se le espere otro destino que su desaparación sin que para nada influya en el intelecto humano ni nadie lo recuerde para nada, si el pensamiento ha volado con la palabra ó ha desaparecido con el papel en que se consignó porque la obra no tenía trascendencia para más, entonces el artista puede recogerlo y desarrollar sobre él una obra de grandes y hermosas proporciones sin que deban concederse importancia á los reproches con que algún criticastro discuta su originalidad. Sirva de ejemplo la originalidad discutible y la indiscutible grandeza de los dramas de Shackespeare. Como dice Lamartine, en estas ó parecidas palabras, el corazón del poeta debe ser como una urna de oro que la más humilde moneda que cae dentro la hace resonar como si hubiese caído en ella todo un inmenso tesoro. La moneda en este caso es el pensamiento, la áurea urna el corazón del artista que le da forma; si ese corazón es de oro poco importa el pensamiento. Así la flecha no resulta mortífera por solo ser flecha, sinó por la fuerza del arco y por la destreza del que la dispara. En arte, más que otra cosa, lo indispensable es la forma, porque el arte es forma, y aún me atreveré á afirmar que no hay fondo sin forma, porque para realizar la forma es necesario la substancia, y las creaciones intelectuales solo resultan grandes por la sublimidad con que se formulan.

Jamás en arte alguna he podido observar tan frecuentemente esos casos de discutible originalidad como en la poesía mística y en la pesimista, sobre todo en esta última, tal vez y aún seguramente, porque esos dos géneros de literatura á fuerza de querer ser sentida divaga eternamente alrededor de una sola idea fija, objeto y finalidad único é invariable: la fe para el primero, la negación para el último. Y no obstante en muchos casos, el misticismo y el pesimismo, lejos de repelerse entre sí, se confunden y se mezclan coloreando de esperanza las notas negras y oscureciendo con las amarguras del dolor y del desengaño los celestiales esplendores del místico visionario; solo que en éste el dolor y el desengaño suele ser el de las cosas terrenas, con objeto de avalorar más los dones celestiales. He aquí pues, como el místico creyente puede servirse para su obra de los mismos elementos que el pesimista incrédulo, resultando también en este concepto un pesimista.

Esa poesía del dolor, en sus dos aspectos, podemos decir que es tan vieja como el dolor humano, casi tanto como el mundo. Cuando el hombre ha sufrido se ha quejado, ha suspirado, y esa queja, ese suspiro, ha sido poesía pesimista, más ó menos fugaz, según se ha desvanecido con el aire ó se ha consignado en piedras, en *pápiros,* en pergamino, ó la han impresa en miles de hojas las modernas prensas.

Muchos y grandes son los poetas que han cantado á impulsos del dolor, más entre ellos, como hemos observado, hay diferencias esencialísimas. Consoladores resultan los cantos elegíacos del libro de *Job* ó del de *Jeremias*, ya que en el fondo de los dolores humanos que cantan ó deploran, descúbrese la presencia de la Justicia divina que promete grandes recompensas al que ha sabido sobrellevar con resignación las contrariedades de la vida. Consolador también, aunque bajo un aspecto del todo terreno, sin la sublimidad del creyente, resulta la poesía de Alberto de Glatigny, ya que un perfume de humana resignación y humilde alegría por los pequeños bienes de la vida, perfuma sus sentidas composiciones poéticas, que resultan de una dulce tristeza, y consolador también, en cierta manera, es el pesimismo de Leopardi, ya que no entrevé remedio ni lenitivo posible á la *infelicità* humana, y no esperando, no desespera; toma como norma de la vida el mal, nada le sorprende y habla así á su corazón:

T'acqueta omai. Dispera
L'última volta. Al gener nostro il fato
Non donó che il morire. Omai disprezza
Te, la natura, il brutto
Poter che, ascoso, a comun danno impera,
E l'infinita vanità del tutto.

Esto, ese sublime desprecio de todo lo existente, también, como hemos dicho, es consolador á su manera. Mas existe otro pesimismo del cual parece dar la norma nuestro Bartrina, de una crueldad extrema para el corazón humano, porque en el fondo no alimenta más que la serpiente de la duda, que se enrosca en el corazón y lo extrangula. Hay pues, cuatro clases de pesimismo: el que tiene un fondo religioso, de esperanza en la Justicia divina, como el de los profetas y el de nuestro Verdaguer en una época bien reciente; el que se conforma con los sufrimientos de la vida y goza con las pequeñas alegrías, como el de Glatigny; el que lo desprecia todo, prescinde de todo y solo espera descansar en la nada, como el de Leopardi, y el pesimismo de la duda, como el de Bartrina, Campoamor y Espronceda. Confieso que compadezco á los que sufren este último, á los espíritus atormentados por la duda, que viendo el mal presente no aciertan á entreveer una paz futura, bien sea en un paraíso ó en un nirvana, porque no tienen en su miseria cierta ni el consuelo de una esperanza gloriosa como los místicos, ni la conformación necesaria para sobrellevar una existencia fugaz que en el conjunto del universo no tiene ni la importancia de una flor de retama, según canta el descreído poeta italiano.

Estas disquisiciones nos llevan á demostrar una cosa: que un mismo concepto sugiere diferentes ideas y les lleva á sentar diferentes y opuestas concluciones á los diversos poetas pesimistas, según su carácter, lo que perjudica en mucho su originalidad. Bartrina tiene una poesía que se encuentra en este caso, la que tal vez le ha dado más popularidad y que todavía anda en boca de sus admira-

dores como una aplastante prueba de su ingenio. Se trata de aquella composición en la cual se pinta con subidos colores á un perfecto católico, más bien fanático, que cumple excrupulosamente con todos los preceptos de la Iglesia y además se rodea de todas las privaciones imaginables que trasciendan de cerca ó de lejos á cosa mundana, todo para alcanzar el cielo una vez muerto; y el poeta formula esa conclusión tan intensamente amargada por la duda :

...para hallar en el cielo su consuelo.
¿ Y si luego resulta que no hay cielo ?

Grande pena debe ser pues, soportar tantas y tales privaciones y sufrimentos en esta vida terrena, ya miserable de por sí, para vivir constantemente atormentado por el roedor reptil de la duda que nos recuerde todos los instantes que pueden resultar en vano tantos sacrificios, que nos puede faltar el premio ganado á costa de tanto trabajo. Este pues, es el más cruel de los pesimismos, y este es el pensamiento de que más se han amparado los poetas pesimistas de nuestros tiempos.

Este pensamiento, por lo tanto, no pertenece á Bartrina; vamos á recogerlo en su origen y á estudiarlo brevemente en su desenvolvimiento.

Petrarca era un poeta creyente, aunque muy presimista para las cosas mundanas, y dijo :

Dapoi che sotto il ciel cosa non vidi
Stabile, e ferma, tutto sbigottito
Mi volsi e dissi : Guarda, in che ti fidi ?
Risposi : Nel Signor; che mai falluto
Non ha promessa a chi si fida in lui:
Ma veggio ben, che'l mondo m'ha scarnito.

(Trionfo della Divinitá)

Más tarde, en el «Trionfo della Morte», haciendo ver lo fugaz de los bienes terrenos ante la vida eterna, exclama :

U'son'or la ricchezze ? u'son gli onori,
E le gemme, e gli, scetri, e le corone,
Le mitre con purpurei colori ?
Miser chi speme in cosa mortal pone :
(Ma chi non ve la pone ?) e s'ei si trova
A la fine ingannato, e ben ragione.
. . . .
O umane speranze cieche e false !

Leopardi, al leer á Petrarca, le impresionó esta idea é interpretándola en opuesto sentido escribió inspirándose en ella su famosa poesía *Il Sogno,* en la cual, al revés del cantor de Laura, niega la vida futura y aún el alma humana:

Nostre misere mente e nostre salme
Son digiunte in eterno. A me non vivi
E mai più non vivrai...

Más tarde, comentando el «Trionfo della Morte» con aviesa mala intención llegó hasta á reproducir tres versos enteros de Petrarca, queriendo con ellos demostrar lo vano de las cosas de la otra vida, cuando Petrarca los sacó de su inspirada mente para menospreciar las cosas del mundo:

O ciechi, tanto affaticar che giova ?
Tutti tornate alla gran madre antica;
E'l nome vostro appena si retrova.

Es muy probable que Bartrina se inspirase en Petrarca y Leopardi para formular su duda, de que pueda resultar en vano el sacrificio de una vida cierta para alcanzar después un galardón que pueda resultar ilusorio. El poeta reusense había leído á ambos poetas italianos, á los dos admiraba, y aun de Leopardi tomó por lema á su célebre *Epístola á un amigo* dos versos de la poesía *A se stesso:*

Amaro e noia
la vita, altro mai nulla; e fango e il mondo.

Mas otro pesimista, Alfredo de Musset, antes que Bartrina, vino á dar ya forma definitiva á la duda que en Petrarca empezó siendo esperanza. En la poesía del poeta francés *L'espoir en Dieu,* se pinta magistralmente al hombre tal y como le quiere la religión católica (si bien con cierta exageración) que dándose cuenta de la gran importancia de sus sacrificios, pregunta á los que le han prometido la gloria del cielo como galardón á los mismos: «Si me habéis engañado, ¿ me volveréis la vida ? Y si me habéis dicho la verdad, ¿ me abriréis las puertas del cielo?»

Además, el cuerpo de la poesía, el conjunto, es casi igual á lo que más tarde escribió Bartrina. Véase un fragmento final del texto para que el lector pueda hacer sus curiosos cotejos y observaciones: « Yo quiero creer y esperar-dice-¿ cuál será mi destino ? ¿ qué querrán de mi ?»

Me voilà dans les mains d'un Dieu plus redoutable
Que ne sont à la fois tous les maux d'ici-bas;
Me voilà seul, errant, fragile et misérable,
Sous les yeux d'un témoin qui ne me quitte pas.
Il m'observe, il me suit. Si mon cœur bat trop vite
J'ofense sa grandeur et sa divinité;
On gouffre est sous mes pas, si je m'y précipite
Pour expier une heure il faut l'eternité.
Mon juge est un bourreau qui trompe sa victime,
Pour moi tout devient piège et tout change de nom,
L'amour est un peché, le bonheur est un crime,
Et l'œuvve des sept journs n'est que tentation.
Je ne garde plus rien de la nature humaine;
Il n'existe pour moi ni vertu ni remord,
J'attends la recompense et j'évite la peine,
Mon seul guide est la peur, et mon seul but la mort.

On me dit cependant qu'une joie infinie
Attend quelques élus. — On sont-ils, ces heureux ?
Si vous m'avez trompé, me rendrez-vous la vie ?
Si vous m'avez dit vrai m'ouvrirez-vous les cieux ?

Después de este fragmento léase la poesía del tomo *Algo* titulado *Una duda,* y se verá el mismo pensamiento revestido con un ropage menos artístico, con una forma menos bella. Creo que puede aplicarse aquí el pensamiento de La Harpe: «Il est toujours dangereux de redire ce qu'on a bien dit.»

En mi concepto, esa poesía que tanto ha contribuído á extender la popularidad de Bartrina, débese tomar como una de sus peores caídas en el afán de querer ser pesimistas *á outrance,* como uno se esos lunares que afean las obras de casi todos los autores pesimistas, así místicos como impíos, que en su afán de dejar asombrados á sus lectores con el fruto de su númen, quieren levantar sus conceptos á regiones superhumanas, olvidando que la poesía llega más al fondo del corazón humano cuanto más de su fondo sale.

José Aladern



J. SOROLLA.—ESTUDIO



J. SOROLLA.—EL ABUELO



¡ IMPOSIBLE !

En las salobres ondas cristalinas
del insondable mar,
para ver sus riquezas peregrinas,
quisiera penetrar.

Quisiera ver las grutas de corales
de rosado color,
las conchas y las perlas orientales
de supremo valor;

y los ágiles peces irisados
de aletas como tul,

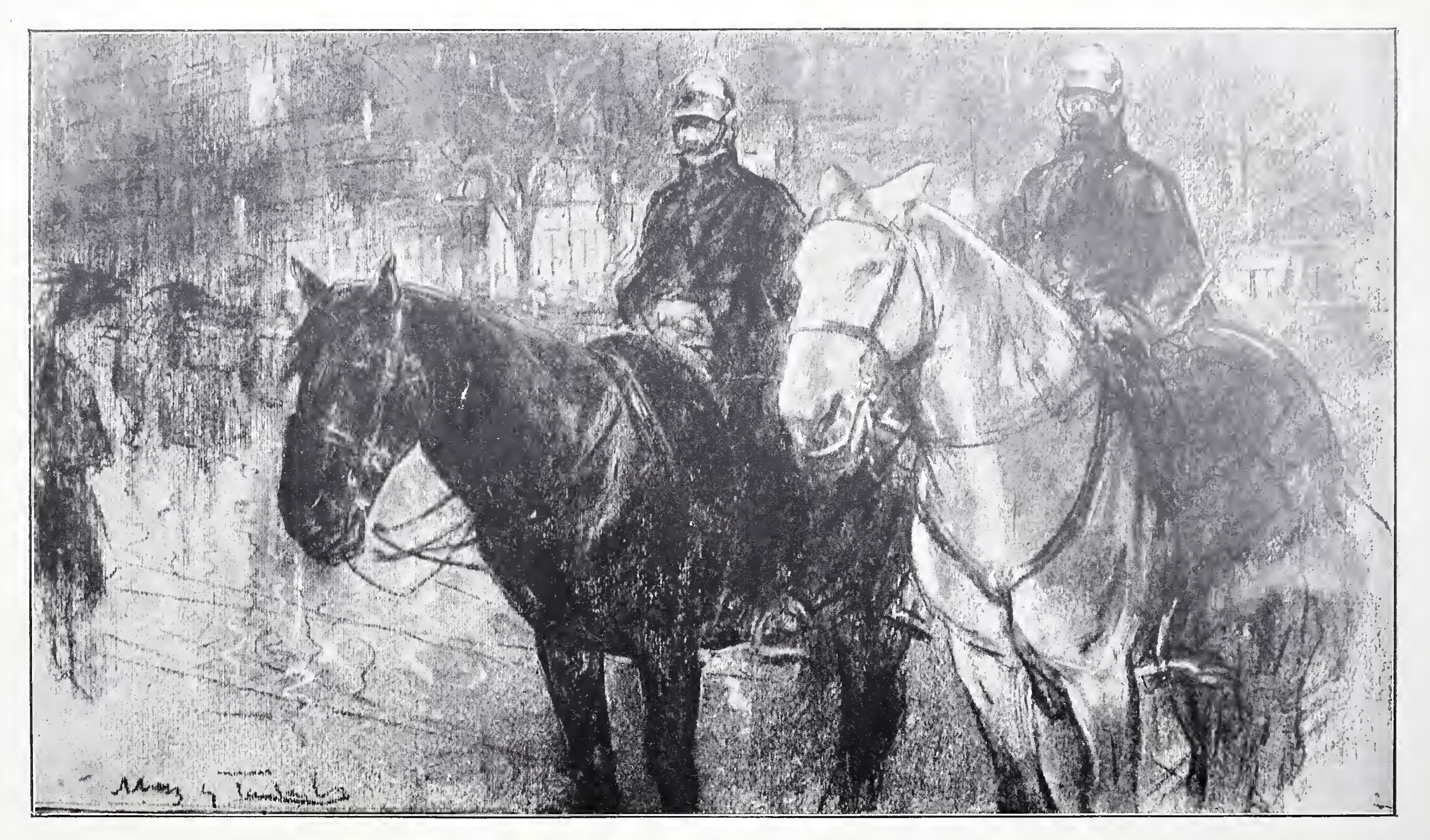

en el profundo azul.

Y con afán más íntimo quisiera
los espacios hender,
y el infinito hueco de la esfera
celeste, recorrer;

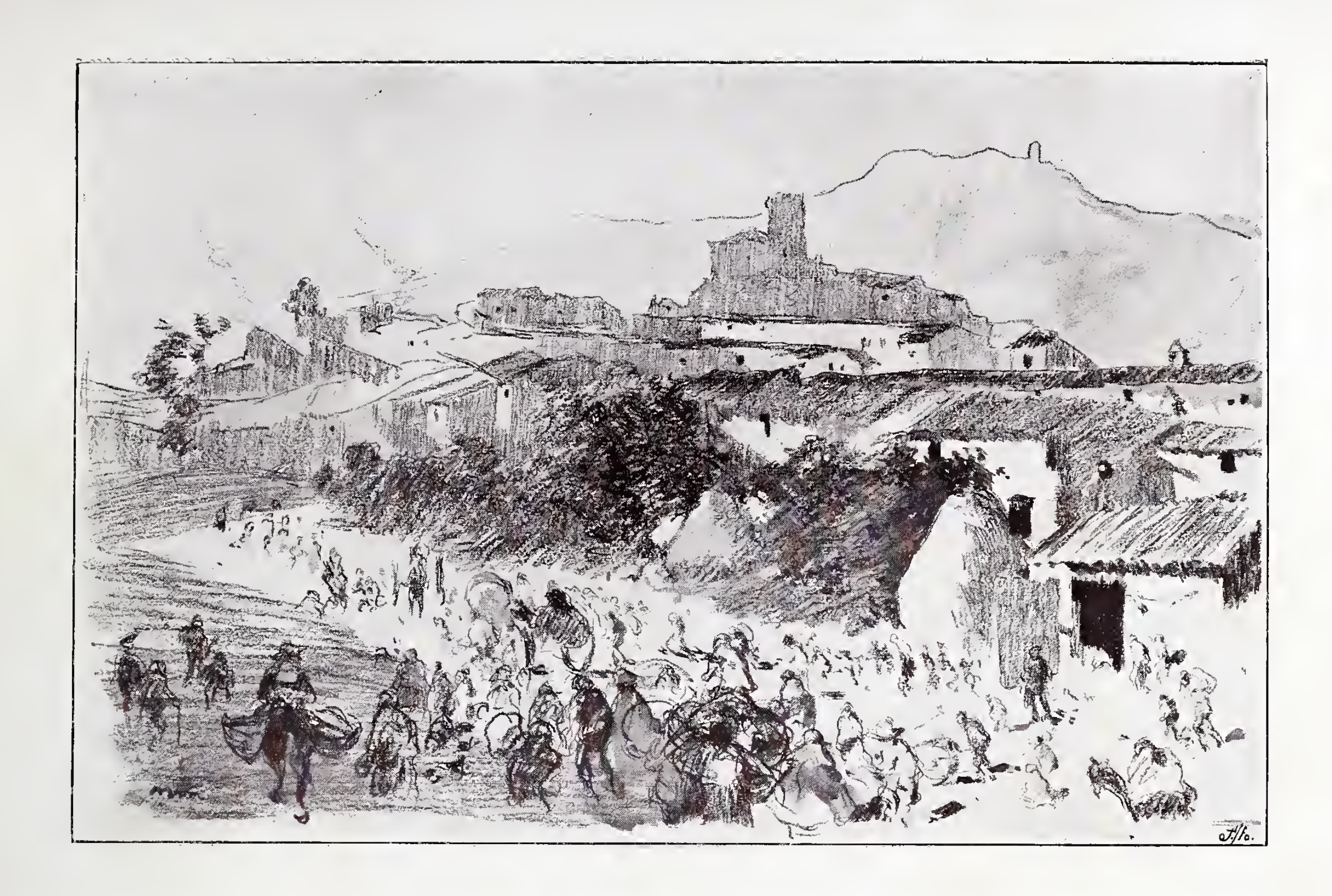
y los remotos astros rutilantes
de fúlgido lucir,
y la *vía* de polvo de brillantes
explorar y medir.

Mas todo cuanto anhela, aunque lo oculta
mi ardiente corazón,
por ideal purísimo, resulta
imposible ilusión!

Angel Avilés



A. MAS Y FONDEVILA.—GUARDIA MUNICIPAL MONTADA



LOS IMPOSIBLES

En el pueblo de Valmelones reinaba inusitada animación.

El diputado por aquel distrito había obtenido en el congreso, no sin vencer grandes dificultades, que la línea férrea en proyecto pasara por el término jurisdicional, á poca distancia de la población.

En lo sucesivo, la capital de la provincia y varios pueblos importantes de ella se verían favorecidos con los productos del pueblo de Valmelones, y en este pueblo entraría un río de pesetas, á cambio de melones, pepinos y calabazas.

El alcalde, tan luego supo la noticia, convocó á sesión extraordinaria, y después de dar cuenta al concejo del éxito obtenido por el diputado, manifestó que... pero mejor es que oigamos al mismo alcalde.

— Señores concejales: — dijo — Hay que hacer una que sea *soná* en diez leguas á la redonda. El *diputao* señor Brócoli, merece que le levantemos una *estauta*, un altar, un... en fin; merece que le levantemos algo.

— Lo levantaremos en vilo cuando venga — interrumpió un concejal.

— Eso, eso; y como no ha de tardar mucho en venir, bueno es que acordemos aquí algo de lo que se ha de hacer *pa* cuando llegue.

— Pido la palabra.

— ¿ *Pa* qué la la quiere V., tío Cerezo ?

— ¡ Toma !... ¿ Pues *pa* que la he de querer sino *pa* hablar ?

— Pues en ese caso, tiene V. la palabra.

— Á ella me agarro, señor alcalde, y allá va lo que yo pienso. El *diputao* es merecedor de *tóo*, y yo creo que debemos hacer *los imposibles pa* recibirlo como Dios manda.

— ¿ Qué dicen los señores concejales de lo que dice el tío Cerezo ?

— Que ha *hablao* como un libro, señor alcalde — dijo el albeitar — y que debemos hacer *los imposibles pa* recibir al *diputao*.

— Eso, eso — exclamaron los demás.

— Bueno hombre, bueno — dijo el alcalde — así pienso yo también, conque... *aprobao* por unanimidad, y no habiendo más asuntos de que tratar, se levanta la sesión.

Una hora después, todo el pueblo de Valmelones sabía que el concejo había acordado hacer *los imposibles* para

recibir al que tan alto iba á poner en el pueblo el precio de las hortalizas.

Al dia siguiente se supo que el señor Bróculi llegaría al pueblo tres semanas más tarde, y el escribano, el médico y el boticario, coreando al tio Cerezo, decían á todo el mundo que habia que hacer algo que fuese muy *sonao*, y todos abundaban en aquella idea, porque, á la verdad, el diputado se merecia aquello y mucho más.

El verano empezó á dejarse sentir con todos sus rigores, y con el sol de Julio empezó la desbandada de los padres de la patria. El congreso era una sartén en la que se freían á un tiempo los diputados y los buñuelos que estos confeccionaban, y la comezón por un lado, y por otro el afán de respirar aires menos calientes, precipitó la discusión de los presupuestos, que se votaron á paso de carga, como sucede siempre.

Ocho días antes se sabía ya el de la clausura y el de la probable llegada del señor Brócoli á Valmelones, y toda la gente de este pueblo esperaba con ansiedad conocer aquellos *imposibles* indicados quince días antes por el alcalde y por el tío Cerezo.

Ayuntáronse, por fin, los munícipes la antevíspera de la llegada del diputado, y...

— Señores — dijo uno de ellos — Ya llegó la hora, ó mejor dicho, va á llegar pronto, de que *tóo* el mundo sepa quien es Calleja. Propongo que se nombre una comisión del concejo que vaya á la capital de la provincia á contratar una música, á comprar damasco de colores *pa* hacer *colgauras* y banderas, y *pa* traerse un polvorista que venga á construir un castillo de fuego que meta mucho ruido.

— Conformes, conformes — dijeron á coro todos los del concejo.

— Una observación — exclamó el alcalde — *Tóo* eso está muy bien; pero *pa* eso se necesitan á lo menos ocho días, y el *diputao* llegará *pasao* mañana según el aviso que tengo, y estará aquí antes de la hora en que apriete el calor, de manera que ya no hay tiempo *pa* tanto requilorio. Por lo demás, ya se sabe que nuestra *voluntá* es muy grande.

— Tiene razón el alcalde — replicó uno.

— ¿Y qué vamos á hacer ahora? — interrogó el tío Cerezo.

— Pues... haremos *tóo* lo que se pueda.

— Conformes.

— Conformes.

Y se levantó la sesión, sin más explicaciones.

Llegó la mañana del día subsiguiente, y en lo alto del cerro que domina á Valmelones, se levantó gran humareda: era la señal convenida para anunciar la proximidad del huésped, el arribo del bienhechor del pueblo; pero se dió el caso de que la gente se distrajera; que no distinguiese la señal en tiempo oportuno, y que el diputado llegase solito hasta la posada en que determinó hospedarse.

Todo fueron entonces carreras: el alcalde se dejó olvidada en casa la vara, distintivo de su autoridad; un concejal acudió sin caperuza; otro, con la precipitación, se vistió la chaqueta del revés; el boticario, que estaba preparando un cocimiento, por pronto que quiso acudir, llegó tarde; el médico soltó el pulso del paciente, que tenía entre manos, y en lugar de propinarle un reconstituyente, le recetó lavatibas; el sacristán mandó repicar las campanas, y los monaguillos, entendiendo que el repique era por haberse agravado la tía Úrsula, que estaba para estirar la pata de un momento á otro, empezaron á tocar *agonía*.

— ¿Qué es eso? — preguntó con extrañeza el señor Brócoli al escuchar los primeros tañidos.

Es por VS. — se apresuró á decir el alcalde.

Al padre de la patria no debió de parecerle muy correcto aquel proceder del pueblo para con él, porque sonriendo equívocamente, dijo hallarse muy fatigado, y se retiró á descansar.

Y estos fueron todos *los imposibles* que hizo el pueblo de Valmelones para recibir dignamente á su favorecedor.

PERO NUÑO



María Tubau de Palencia



C. VAZQUEZ.—ABRA V. LA PUERTA, SEÑORA CASERA...



MUÑOZ DEGRAIN.—ROCAS Y AGUA

PAISAJES



Á pocos kilómetros de la Coruña, no lejos del Burgo, se halla la pequeña aldea de X., donde pasé algunos días huyendo del mundanal ruído, mientras los coruñeses se disponían á celebrar las fiestas en honor de María Pita. Siguiendo el consejo del gran pagano Gœthe, ávido de gozar la solemne calma de la naturaleza, pidiendo á ésta el bálsamo para las contusiones recibidas en el duro bregar de la existencia, me refugié en la aldea con ánimo decidido á dedicarme al *Dolce far niente* y á no abandonar el campo aunque me ofreciesen la silla episcopal de la diócesis, vacante en aquellos días...

Días para mi inolvidables, en los que tan sólo eché de menos la compañía de alguna poetisa ó hembra de pluma —aunque hubiese sido de la clase de sombrereras,—para contemplar juntos, rodeando con mi brazo su cintura, el grandioso panorama que se descubría desde el balcón de mi vivienda. El pueblo del Burgo, con sus casitas blancas, como palomas dormidas sobre los álamos, con su hermoso río, que parece, cuando el sol brilla en el zenit, lago de hirviente plata ó espejo donde coquetean las nubes; la playa del *Pasaje* — famoso criadero de ostras — siempre alegre y diáfana, á la cual arriban, al caer la tarde, las lanchas pescadoras, surcando un mar que recuerda la *gruta azul* de Sicilia; la via férrea serpenteando allí cerca, no lejos de nuestra vista, y la locomotora, con su penacho de humo, que es el incienso de la civilización y su estridente resoplido, despertando á estos pueblos, dormidos aun, á pesar de su vejez, con el sueño de la infancia; el pintoresco lugarejo de *Vilaboa*, jardín creado espontaneamente por la naturaleza en victorioso alarde de su fecundidad; el campo, vestido siempre de verdura y sembrado de maíz ó de árboles frutales, sin el más pequeño erial en toda la extensión que abarca la vista, todo esto y mucho más que la pluma no acierta á describir, contemplan embelesados los ojos desde aquel sitio plácido, en el cual yo, viajero errante y mísero, envidiaba el pincel de los Murillos coruñeses que en la capital de la región se pasean por la calle Real ó politiquean á la puerta de *El Suizo*, sin que se les ocurra trasladar al lienzo las bellezas de aquel país privilegiado.

* * *



Los que vivimos habitualmente en las grandes poblaciones, inmensos campos de batalla donde todos somos perseguidores ó perseguidos, hormigueros de odios, de ambiciones y de hipocresías falaces, en los cuales los tormentosos días se deslizan uniformes, entre una y otra decepción, entre una y otra derrota, sin esperanza y sin estímulo, sin fe en el corazón ni en la mente, necesitamos más que nadie recibir el beso que la naturaleza nos manda en la ráfaga del aura vespertina, en el rayo del sol, en el gorgeo del pájaro errante, en la gota de rocío que, como lluvia del cielo, cae sobre nuestra frente para borrar de ella la sombra de la tenaz congoja. ¡Cuántas veces envidié al aldeano que, jinete en su pollino, iba un día y otro á la ciudad á vender los frutos de su huerta, ó miré con igual sentimiento al pescador que, á la vuelta del trabajo, secaba sus redes en la playa de *Riazor!*... Para el primero, el universo termina detrás de la montaña que cierra el horizonte; el segundo no conoce otras tempestades que las del oceano engañador...

No peco yo ¡líbreme Dios!... de beato; y, sin embargo, pocas veces me he conmovido tanto en presencia de espectáculo alguno, como la mañana en qne penetré en la iglesucha de la aldea de X. Cuando visité en otro tiempo *Nuestra Señora* de París y *Santa Genoveva*, no encontré, no, entre la pompa y el esplendor del arte cristiano, nada que me recordase la religión del Nazareno; y, en cambio, allí, en el interior de aquel mezquino edificio, entre aquellos muros grietados, ante aquel ara casi desnuda, contemplando á los aldeanos, que, de hinojos sobre el pavimento de ladrillo, oían la misa con verdadero fervor, comprendí que la fe sencilla tiene también su encanto y su consuelo misterioso, y recordé el Sermón de la Montaña, en el cual se llamó bienaventurados, porque ellos poseerían la tierra, á los mansos, á los pobres de espíritu, á los limpios de corazón. El incienso que se elevaba entre las naves del templo tenía algo del aroma de la flor silvestre nacida al pie de la montaña; había allí mucho de religioso y bendito; la aspiración ideal de un alma pura, lleva siempre la bendición consigo.

Junto á la iglesia se ven las tapias del cementerio de la aldea, mansión humildísima donde duermen en paz, bajo la tierra avara, los que sobre ella pasaron obscuros, como el ciervo en la ergástula, regándola con el sudor fecundo. El ciprés no extiende allí sus ramas funerarias. Ni una lápida ni una inscripción recuerdan el nombre de los que, ignorados para el mundo, sólo supieron ser honrados y sencillos. Alguna que otra cruz,

construída con ramas de árbol y vestida de enredadera silvestre, parece, más que signo religioso, despojo de guerra: recuerdo acaso de la cruz que arrastrara en el sendero áspero el que duerme allá abajo, en su lecho de tierra; como deja el combatiente, al caer vencido, la coraza, la espada y la lanza, así deja el espíritu la cruz de su infortunio sobre el sepulcro donde la materia se transforma.

¡Silencio! Dejadles reposar eternamente con el regalado sueño de los monarcas, bajo ese cielo sin nubes, en la misma tierra donde nacieron, arrullados voluptuosamente por las palomas que vienen á posarse todas las tardes en las tapias del cementerio. Breve fué su camino desde la cuna al sepulcro. No sintieron en vida la mordedura de la torpe ambición, ni les deslumbró la vanidad frívola. No llevaron la pesada careta de la hipocresía en el rostro. Su cerebro, débil é inofensivo como el brillo de la luciérnaga de sus valles, no aspiró con altivez satánica á la conquista de estériles verdades. Su corazón, educado por la Naturaleza en la soledad, maestra de los animosos y de los justos, no latió á impulsos de ningún absurdo idealismo. No se llevaron á la fosa hambrienta ninguno de esos sueños de perfección humana que la ambición dibuja en la mente de cuatro poetas desahuciados por la patrona. ¡Oh, felices, muy felices! Si en su tumba no pusieron el amor ó la amistad la piedra que guarda el recuerdo mucho más tiempo que el corazón; si sobre ella no escribió la estulticia diplomas de sabios ó de héroes; si murieron con esperanza después de haber vivido sin desaliento, en cambio, ninguna lengua maldecirá su nombre, y el mismo silencio que envolvió como una capa de abrigo las frías horas de su existencia, protege ahora la quietud de su larga noche, haciéndoles iguales por la única justicia, que es la de la muerte, al magnate trajeado, en su sarcófago, con el pintoresco uniforme del besamanos. Recordé la gemidora narración de un poeta y el acento envidioso de la heroina, cuando exclamaba, al contemplar desde la ventanilla del tren un cementerio de aldeanos: *Los que duermen allí no tienen frío.*

* * *

¿Te acuerdas, Rosario? Á tí te enamoraban las auroras tristes, los días nublados, las noches de luna, y la lluvia, al caer sobre los campos, te parecía llanto materno de la creación, avergonzada por las infamias de sus hijos. Tú llorabas también entonces... y al anochecer, en esa hora celeste del día moribundo, en ese instante contemporáneo de tu alma que descendía, con las alas rotas, á prematuro ocaso, ¡cuán viva, dulce y pura era tu emoción, sentada conmigo sobre el tronco de un árbol caído, oyendo el vago murmullo de las tiernas ramas que se doblaban y volvían á levantarse, ó siguiendo con los ojos soñadores las espirales del humo que surgía de los molinos inmediatos! Rescatada de la mancilla terrenal, absuelta del delito de haber amado mucho, tú emprendiste, de allí á poco, el viaje sin regreso, acostando tu cabecita, nunca lastimada por la corona de espinas de la desilusión, sobre la fría almohada del sepulcro, donde reposas con tu vestido blanco, como la paloma herida por la envenenada flecha del salvaje; y yo me quedé solo y triste donde me dejaste, atado á mi roca, al pie del negro abismo insondable, sin fe en nada ni en nadie, cargando, como el indio las cenizas de sus muertos, la pesadumbre de una joventud marchita, de una vida estéril, aguardando en mitad de la arena, con la ociosa resignación del árabe, *lo que está escrito;* pero aun escucho, á despecho del tiempo marchito, del desamor helado, cuando, á semejanza del hijo pródigo, vuelvo á buscar en el regazo de la Naturaleza perdón y consuelo y olvido, aun escucho, Rosario, las palabras que me dijiste aquella tarde de otoño, sentados los dos sobre el tronco del árbol caído: «¡Á la hora del anochecer, acuérdate de mí, acuérdate siempre!...»

¡El anochecer! Es el instante sublime en que la Naturaleza se adorna con sus más opulentas vestiduras, como la virgen desposada al anuncio de la misteriosa noche nupcial. Como brillantes prendidos al manto de la noche, las luciérnagas empiezan á brillar entre los maizales. El follaje de floresta diríase movido por el hálito de una religiosa plegaria. Es acaso el *Ave María* rezada por las aldeanas que regresan de la labor campestre, deteniéndose al oir la campana de la iglesia, que toca á vísperas con una voz que parece llorar al día que muere. Hora dulcísima en que el alma, audaz aventurera, reposa un momento para recordar sus desvaríos; instante solemne y *saudoso* en que sentimos la nostalgia de la fe perdida y escuchamos la procesión lejana, la danza fúnebre de las ilusiones muertas. ¡Cómo habla el silencio! Solo turban el eco el canto de la cigarra, habitante de los pinos, que solo vive para cantar; el sonido melancólico de la campana, que con su lengua metálica invita á la oración, y el ruído que hace el lagarto resbalando entre la hierba; y, sin embargo, yo escucho siempre, en medio de este silencio del campo, á la hora del anochecer, un mensaje que el viento me trae, murmullo de invisible ola gemidora que balbucea bajito, muy bajito: *¡Acuérdate siempre!*

ANTONIO CORTÓN


L. Bonnin
HISPANIA



SUMARIO

GOSÉ.—MEDITACIÓN

EL BAILE DE MÁSCARAS

I

Era un capricho de niña voluntariosa, pero de tal naturaleza, que ni ruegos, ni súplicas, ni regaños, ni nada, en fin, podía apartar de la linda cabecita de la joven aquel deseo tenaz. Quería ir al baile...

¡ Un baile ! Era para Laura algo así como el paraíso, un espectáculo encantador, nunca visto, apenas soñado... ¡ Un baile ! ¡ Cuántas veces se había figurado ver aquel magnífico salón, apenas vislumbrado en las noches de ópera, convertido en vasta sala de baile!... ¡Oh! No había más remedio... Aunque solamente fuera para dar un vistazo al baile y salir... ¡ No quería más !

Laura, huérfana desde los cinco años, educada por su anciana abuelita con el mimo y cuidado que es de suponer, jamás había tenido deseo que no fuera inmediatamente satisfecho, ni capricho que no viera cumplido.

La abuela, asustadísima al conocer la pretensión de su nieta, se esforzaba en convencerla, á fin de hacer que desechara aquella idea loca. Agotó en cien discursos cuantos razonamientos se la ocurrieron, primero suplicante, cariñosa, después poniéndose seria y últimamente negando á Laura el permiso que solicitaba, de la manera más rotunda y categórica.

Cuando Laura vió á su abuela incomodada seriamente, temiendo, sin duda, no ver satisfecho aquel loco capricho, sintió aún más vivos deseos de satisfacer su curiosidad, y desesperada lloró largas horas, se negó á salir de paseo, juró no probar bocado y hasta hizo el formal propósito de morirse... Lo de los chicos que para probar que tienen coraje se acuestan sin cenar...

Pero ya sabía ella lo que hacía. Conocía de sobra lo que aquella determinación iba á influir en el ánimo de la cándida abuela, y esperó pacientemente los acontecimientos.

Aquella mañana Laura no quiso almorzar... Al llegar la hora de la cena, negose en redondo á salir al comedor. Las diferentes veces que la abuela se acercó á la habitación de la niña, halló á ésta llorando á lágrima viva y dando muestra de la desesperación más grande...

¡ Ver llorar á su nieta !... Era esto un suplicio para la anciana, una tortura angustiosa que no podía resistir, y convencida, por fin, de que ni amenazas, ni ruegos, ni súplicas, ni engaños, conseguirían otra cosa que exaltar más aún aquel deseo manifestado por Laura, consintió... ¡ Oh ! Pero consintió después de imponer mil condiciones y no sin antes haber hecho prometer á Laura que sólo cinco minutos, cinco minutos nada más, había de permanecer en el Baile, sin separarse un solo momento de las dos doncellas de la casa que la acompañarían.

Laura, loca de alegría, prometió cuanto su abuela quiso, y desde aquel momento comenzó á buscar figurines y patrones para elegir el traje con el que había de disfrazarse.

Arduo problema era este y de resolución difícil, casi imposible. Laura hubiera querido lucir veinticinco ó treinta trajes que en los figurines que tenía ante su vista resultaban lindísimos. Pero era preciso decidirse y la pobre estaba sumida en una mar de confusiones, sin saber á *qué figurín quedarse.*

La abuela no consentía de ningún modo que el traje fuera llamativo ni descocado. Prefería un capuchón sencillo, y de colores oscuros, pero Laura se oponía tenazmente y, por fin, después de innumerables dudas y vacilaciones, adoptó el disfraz de *Colombina.*

II

Y *Colombina* entró en el salón en el momento en que el baile brillaba en todo su esplendor. La sala resplandecía de luces y colores; la multitud apiñábase en los pasillos; era materialmente imposible dar un paso por el salón ni por el *foyer.*

Pero Laura quería verlo todo, enterarse, curiosear, y á





fuerza de empujones, codazos y pisotones, logró por fin penetrar en el salón y contemplar á su gusto aquel magnífico espectáculo. Las risas, los murmullos, las disputas, las conversaciones, las bromas de las máscaras, todo aquello producía un rumor constante como de mar embravecido, impidiendo oir la orquesta, formada por cien instrumentos, que en uno de los extremos de la sala ejecutaba *galops* y *quadrilles* desenfrenados, locos...

Las criadas, cubiertas con sendos capuchones, no se separaban un punto de Laura, obedeciendo las categóricas y rígidas órdenes de la abuela, que había quedado intranquila esperando el regreso de su nieta y que contaba los minutos que habían de parecerla siglos.

La niña había visto ya un baile. Estaba satisfecho su deseo, cumplido su capricho, y la pareja de guardias de vista que llevaba al lado, la recordaba constantemente el ofrecimiento hecho á su abuela, invitando á Laura á abandonar el baile.

Muy contrariada y con disgusto grande, se dispuso, por fin, á acceder á aquellas indicaciones, y nuevamente comenzaron las tres máscaras á abrirse paso en aquel mar de carne humana. Hasta entonces no habían tenido que lamentar encuentro alguno: solamente dos ó tres jóvenes, al pasar *Colombina* por su lado, habíanse permitido ligeras bromas, á las que la niña apenas prestó atención... Uno la preguntó por *Pierrot,* otro se ofreció á servirla de caballero, diciéndola que era *Arlequín*... vestido de *frac* y con bigotes á la *borgoñona*... Nada en suma... Bromas inofensivas, y hasta cierto punto inocentes...

Llegaban ya á la puerta de salida, cuando, de pronto, una disputa entre varias máscaras que querían pasar al salón y otras que se proponían salir al *foyer,* se tropezaron quizá sin intención, se pidieron explicaciones y, pasando de las palabras á los hechos, se propinaron algunos golpes. El barullo y la confusión fueron indescriptibles... La gente, asustada, retrocedió dejando un ancho espacio á las máscaras que reñían, y hubo tumbos, carreras, gritos y desmayos... Aquella avalancha de gente separó á Laura de su acompañamiento, y la niña se encontró otra vez en medio del salón, pero sola... Al principio no pensó que aquello pudiera tener nada de particular... Creía que sería facilísimo dar con los dos capuchones negros y esperó pacientemente á que se calmaran las gentes alborotadas por aquella disputa.

Pero desgraciadamente el conato de riña había servido para levantar los ánimos de los alegres, y desde aquel momento el Baile entró ya en el período de desenfreno que todos estos espectáculos tienen... Los más alborotadores se montaban en las barandillas de los palcos; otros subían desde el salón á los proscenios, apoyándose sobre dos ó tres amigos que los sostenían y agarrándose fuertemente á los aparatos de luz eléctrica, que casi siempre estropeaban y algunas veces rompían... Varios jóvenes alegres á las cuales el *champagne* barato se les había subido á la cabeza, daban bromas de mal gusto á los concurrentes y paseaban por el salón corriendo y saltando, dando chillidos y cantando los *couplets* de la última zarzuela... En un extremo del salón, un joven, completamente embriagado, pronuncia discursos de moralidad y buen sentido... Todos ríen, pero no importa: continúa *en sus trece*, improvisando períodos que él cree son grandilocuentes y que producen la hilaridad general... En otro lado una pareja se entrega á un bonito discreteo amoroso...

Laura, solitaria en medio del baile, vé pasar á las máscaras y se desvive buscando á las criadas que fueron con ella... Pero en vano... Cuantos capuchones discurrían por el salón, parecían á la pobre niña las personas encargadas de su custodia, y dábanla tentaciones de acercarse, de llamar por sus nombres á las criadas de su casa, pero aquellas pasaban por su lado, la miraban curiosamente y continuaban su camino.

Era imposible permanecer allí en aquella situación sin llamar la atención de los concurrentes... Desalada recorrió todas las dependencias inútilmente... Por fin, rendida, dejóse caer en uno de los divanes del *foyer*, decidida á esperar allí sin moverse... La pobre niña, sola, abandonada, sentía tantos deseos de llorar que, poco á poco, las lágrimas, saltando precipitadamente de sus ojos, corrieron abundantes empapando los encajes del antifaz que cubría su rostro...

Aquel llanto calmó un poco la agitación que la consumía y sin darse cuenta apenas de su situación, mareada por tantas emociones, inclinó la linda cabecita sobre el pecho y se quedó dormida...

Se quedó dormida profundamente en medio de aquel desorden, de aquella gritería espantosa, blandamente arrullada por las suaves melodías de un vals que la orquesta comenzaba á preludiar...

III

Despertó sobresaltada y apenas podía creer que estuviera despierta... Laura pensaba más bien que era presa de una pesadilla cruel...

Diez ó doce jóvenes, poseídos del vértigo, de la locura, reina y señora de estas fiestas, cogidos de las manos y formando corro al rededor de Laura, daban vueltas chillando y gesticulando como energúmenos.

Laura se puso en pié de un salto y rompió á llorar amargamente, diciendo entre sollozos:

—¡Abuelita!... ¡Abuelita!... ¡Yo quiero ir con mi abuelita...

El estado de aquellos locos no era el más apropósito para fijarse en el llanto de la niña. Creyéndola una vulgar pecadora, redoblaron los gritos, entonando canciones y corriendo vertiginosamente cogidos por las manos, dando saltos, arrojando los sombreros por el aire, atropellándose los unos á los otros...

Laura sufría horriblemente... Se encontraba en un estado imposible de describir... No sabía lo que la pasaba y, llorando amargamente, repetía con la tenacidad de un niño pequeño:

—¡Quiero ir con mi abuelita! ¡Que me lleven con mi abuelita!

Y destrozaba los encajes de su vestido, arrancándolos con rabia, pateando furiosa sobre la alfombra...

De pronto, rompiendo el corro formado por aquellos locos, un joven llegó hasta el sitio donde Laura se encontraba y, cogiéndola de una mano, la sacó de allí... Laura, obediente, se dejó conducir mansamente... Al llegar al vestíbulo fijóse en su acompañante... Era el mismo caballero que, al entrar en el baile, se la había presentado como *Arlequín*... disfrazado de hombre de mundo... La joven, recordando las palabras que aquel la dijera, le preguntó entonces con la ingenuidad más encantadora, mientras enjugaba las lágrimas que surcaban su rostro:

—Diga V... Señor *Arlequín*... ¿Me lleva V. con mi abuelita? ¿De veras?...

El *Señor Arlequín*, hondamente impresionado, la consoló dulcemente y condujo á la joven á su casa, llevando la tranquilidad á aquella anciana que no recuerda haber sufrido tanto como la noche de aquel baile...

* * *

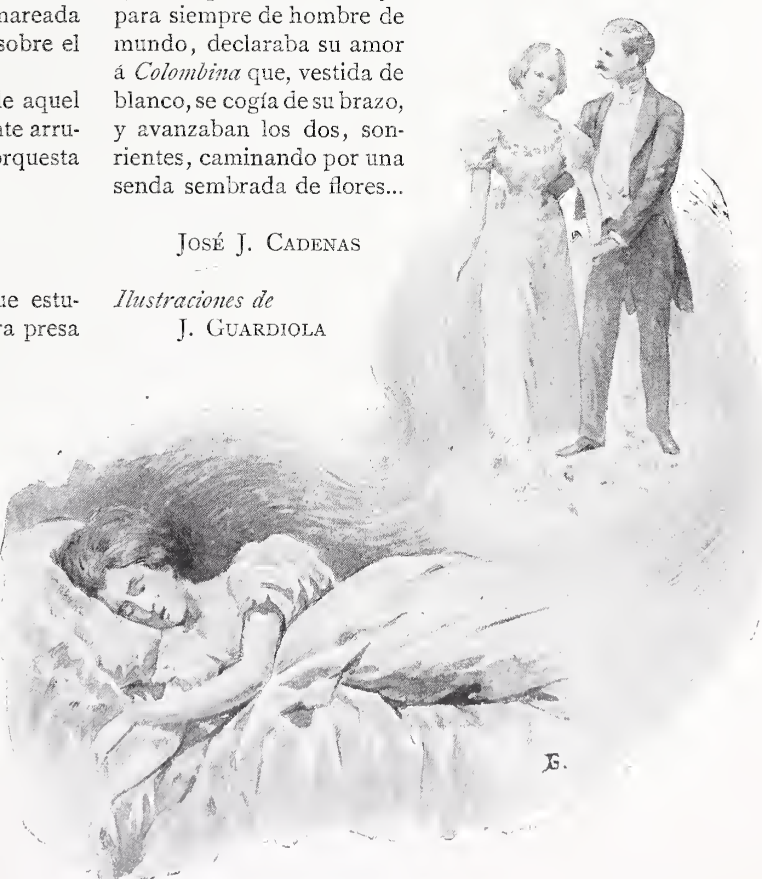
Un rayo de sol penetraba en la estancia de Laura cuando ésta, rendida por las emociones de aquella noche de baile, se quedó dormida.

Las galas que la niña luciera aquella noche, aparecían esparcidas aquí y allá entre los muebles de la habitación... Las blondas, los encajes, la bolsa de los dulces, los guantes, un ramo de flores ajadas ya... un zapatito en medio de la estancia... Era aquel un desorden encantador...

Laura dormía... dormía y soñaba... ¿En qué?... Soñaba que *Arlequín*, disfrazado ya para siempre de hombre de mundo, declaraba su amor á *Colombina* que, vestida de blanco, se cogía de su brazo, y avanzaban los dos, sonrientes, caminando por una senda sembrada de flores...

José J. Cadenas

Ilustraciones de
J. Guardiola





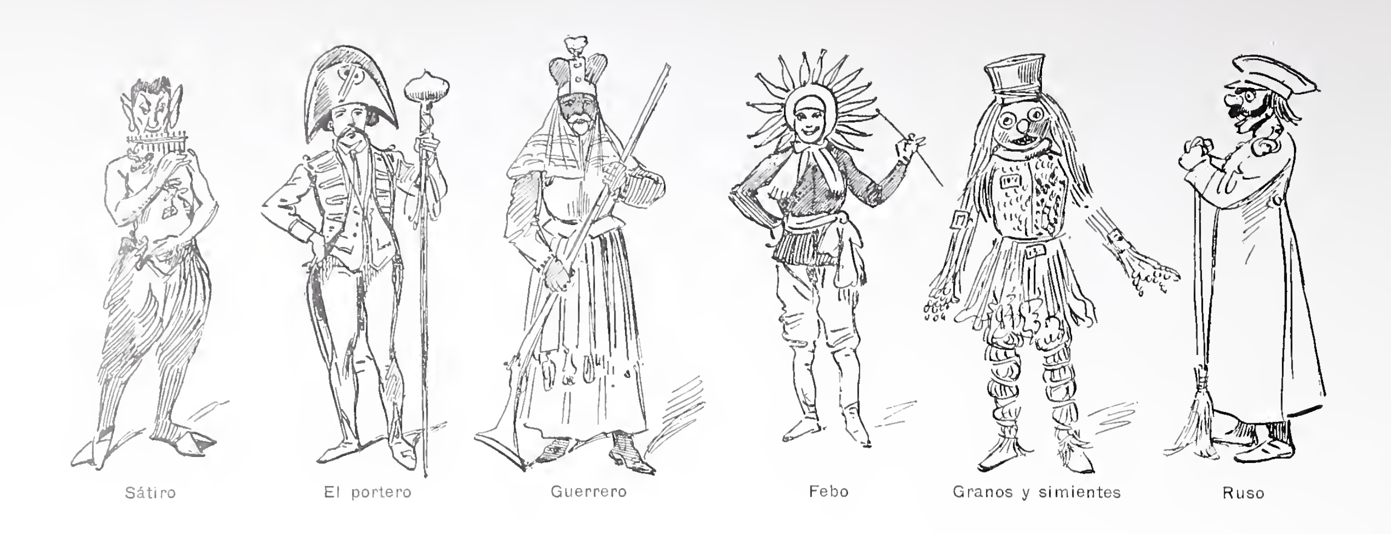
Des Racontars Illustrés

EL EX-PRÍNCIPE DE GALES CON LAS INSIGNIAS DE FRACMASÓN



Del Black & White

SS. MM. BRITANICAS EL REY EDUARDO VII Y LA REINA ALEJANDRA



Sátiro — El portero — Guerrero — Febo — Granos y simientes — Ruso

EL CARNAVAL EN BARCELONA

de mediados á últimos del pasado siglo

Una de las notas más características de aquellos carnavales, fueron sin duda los bailes de máscaras que el Taller Rull dió en la platea del teatro del Odeón, con el nombre de bailes de la Paloma. (1) La juventud de entonces, capitaneada por un plantel de jóvenes artistas que alcanzaron posteriormente justa fama, dió con tales bailes á Barcelona, una nota nueva, simpática y alegre, donde el ingenio, el buen gusto y el buen humor rivalizaron á la par que la inagotable fantasía é inventiva humorística para disfrazarse y decorar el local.

Aquella sociedad, domiciliada modestamente en un quinto piso de la calle de Rull, fué la primera que puso de moda en Barcelona el coleccionar antigüedades, convirtiendo el local social en un pequeño museo arqueológico.

Las bromitas con que aquella culta juventud divertió á nuestros austeros y sencillos burgueses, fueron innumerables, siendo algunas de ellas beneficiosas, puesto que lograron desterrar los muchos disparates que menudeaban en anuncios, letreros y otras manifestaciones públicas de nuestra ciudad.

En el edificio en que hoy está instalada la fonda de San Agustín, había en el primer piso una sala de espectáculos con un pequeño escenario; para el baile, la sala se decoraba humorísticamente con verduras, objetos de esparto, papel recortado, etc., formando guirnaldas y plafones, combinando con elegancia formas y colores. La nota culminante eran sin embargo los trajes bien pensados y mejor combinados que la mayoría vestían, improvisados los más, sin que en ellos tuvieran nada que ver sastres ni modistas, para optar á los premios humorísticos que un jurado competente concedía á los que los merecían por cualquier concepto.

El traje ó disfraz era para todos obligatorio, no dispensándose de tal obligación, ni á las autoridades, si intentaban asistir. Esto último, más de una vez, dió lugar á escenas altamente cómicas.

Era casi un deber para todo joven de la buena sociedad, la asistencia al baile y aun para otros que, estando ya en la edad madura, no querían perder la ocasión de echar una cana al aire, viéndose en aquellos bailes gran cantidad de tapadas y encapuchados que nadie supo jamás quienes eran. Bien es verdad que tampoco importaba á nadie el saberlo, puesto que se divertía todo el mundo grandemente, sin llegar jamás á la bacanal ni á la borrachera, dicho sea en honor de sus organizadores y concurrentes. (2)

Algunos de los trajes que allí se vistieron, de las ideas que se realizaron, merecen ciertamente los honores de la publicación, para que no se pierda en absoluto su memoria, como hemos intentado hacer, escuadriñando en nuestros ya borrosos recuerdos de muchacho y remirando algunas pálidas fotografías, memorias de aquel tiempo.

El año 61 se dió el primero de estos bailes y el 64 se celebró el último, con el título de *muerte de la Paloma*. Compárese la viril juventud de aquel tiempo con una parte de la de nuestros días, que tan á maravilla sabe vestir el traje femenino sin avergonzarse de ello.

Otras dos sociedades fundadas en aquel tiempo recogieron la herencia, procurando continuar los bailes carac-

(1) Excepto el primero, que se dió en un primer piso de la calle del Conde del Asalto.

(2) En el café del local se servían gratuitamente chocolates y horchatas á la concurrencia.



Húsar — Chicar — Guerrero

terísticos que el Taller Rull había puesto en boga: fueron estas sociedades el Taller Embut y el Taller Baldufa.

Los celebrados por la primera de estas dos sociedades con el título de Bailes del Gavilán, causaron sensación entonces por el lujo y esplendor con que se llevaron á cabo. A partir del 69, antes del baile del domingo de Carnaval, tenía lugar una lucida Cabalgata. El lujo en ellas desplegado fué extraordinario, eclipsando cuanto se había visto antes. La presentación en ellas de Hernán Cortés, Marco Antonio y Cleopatra, el Príncipe de Gales en la India, y otros personajes, llamó en grande la atención de todo el pueblo de Barcelona, que se había congregado en las calles para presenciar el desfile.

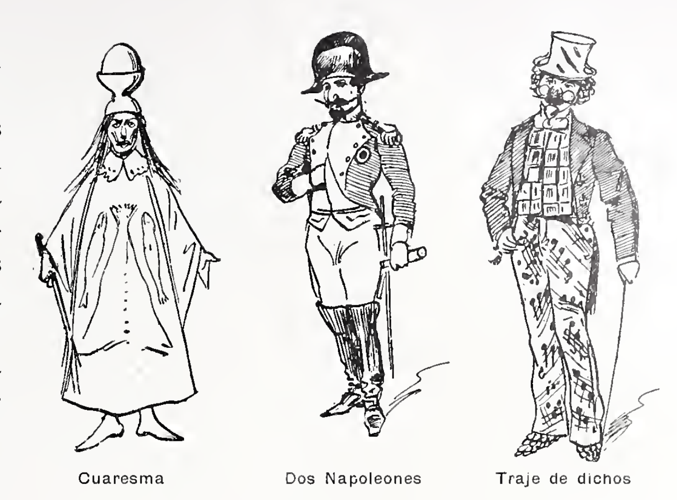
En el adorno de los salones del local social, sito en la calle del Olmo, se empleó asimismo tanto arte y buen gusto, que fué inusitado en Barcelona, no destinando tanto gasto á fiestas reales como se había hecho á principios del siglo XIX y á últimos del anterior, con las visitas de reyes ó príncipes á Barcelona.

Ese taller, desde su fundación, contó con un escogido grupo de artistas, aunque éstos estaban en minoría, pues la masa de los socios la componían jóvenes pertenecientes al comercio y la industria, médicos y letrados. No obstante, la prueba de que todos ellos tuvieron aficiones artísticas, es patente, ya que el Taller Embut, siguiendo el ejemplo del Taller Rull, se convirtió en un valioso museo como hoy no hay otro en Barcelona. En dicho local se instaló también una academia de acuarela, como ya había hecho el Taller Rull, que fué la base del actual Círculo Artístico y que subsistió hasta la disolución de la sociedad.

Fué también la primera asociación que estableció en su local un grandioso Skating-Ring, en el que más de una vez se dieron alegres fiestas, entre ellas una corrida de toretes á media noche. La plaza estaba completamente llena, pues los tendidos laterales tenían el público pintado en la pared, público el más morigerado que hemos visto en plaza de toros, pues no se permitió arrojar ni una naranja, y eso que los toreros lo merecieron. El 78 celebró el último de sus bailes, con el título de «muerte del Gavilán», disolviéndose luego. Algunos de los socios, en el año 81 organizaron una cabalgata y baile, con el nombre de « Sociedad L'Eura ». Fué el último chispazo de aquel fuego ya resueltamente apagado.



El decapitado — Joguina de cartró — Mosquetero



Cuaresma — Dos Napoleones — Traje de dichos

El Taller *La Baldufa*, sociedad más modesta en sus aspiraciones, siguió también la tradición de dar bailes de máscara con disfraz obligado para ambos sexos, decorando también el local, confiando la dirección de los trabajos á un pequeño grupo de artistas, socios de mérito de dicha sociedad, jóvenes que allí se dieron á conocer, procurando emular á sus maestros que tanto habían hecho en la Paloma y en el Gavilán. *La Baldufa* ocupaba desde el 69 un local ya célebre por los bailes en él celebrados, el de la *Patacada*, en la calle de las Tapias, rival de la Lonja en el primer tercio del siglo XIX. Parece que los bailes de la Patacada fueron, por lo general, más de rompe y rasga que los de la Lonja, á los que asistía la buena sociedad barcelonesa; mas alguna excepción debía tener esta regla, cuando el general Fernández de Córdoba, en sus memorias íntimas, da noticia de un bromazo que dió personalmente al general Espartero, que estaba en el baile acompañado de su esposa y de su ayudante. *La Baldufa* continuó dando bailes hasta el 86, arrastrando lánguida vida hasta su muerte por consunción, pues había pasado su tiempo, y á otros tiempos otras costumbres.

Desde los primeros años de la segunda mitad del siglo, la *Societat del Born*, presidida por el popular alpargatero Sebastián Junyent, y compuesta de vecinos y vendedores del mercado del mismo nombre, dió gran animación al Carnaval de Barcelona, celebrando todos los años fiestas, organizando comparsas y cabalgatas como la titulada *llegada y entierro de S. M. Carnavalesca*, que recorrían el domingo anterior á Carnaval y el martes del mismo respectivamente, gran número de calles de la ciudad, siendo en todas ellas numerosísima, tanto la concurrencia de comparsas como la multitud que acudía á presenciar el curso. La sociedad tenía por lema *Filantropía y Diversió*, y el producto de las cuestaciones que efectuaba se destinaba á fines benéficos. El alma de dicha sociedad fué el joven y malogrado patricio D. Rosendo Arús y Arderiu, creador de la Biblioteca pública del mismo nombre.

Un particular, el célebre Canonge, desde su modesto puesto de limpiabotas (antes de ser conocido como hábil prestidigitador), supo elevarse á personaje durante los tres días del Carnaval, paseando en carroza vestido de rey, y precedido de una ruidosa banda de tambores formada


Neptuno Muestra de Chocolatería Angel

por los mozos á sus órdenes que, batiendo marcha delante de la carroza ó carro alegórico que ocupaba él, contribuían á aumentar el ruido y algazara característicos en aquel tiempo durante los días del Carnaval.

También nos parece recordar que en el mismo período del 60 al 65, la aristocrática sociedad Círculo Ecuestre dió en sus elegantes salones un baile de trajes, que resultó de lo más espléndido y brillante.

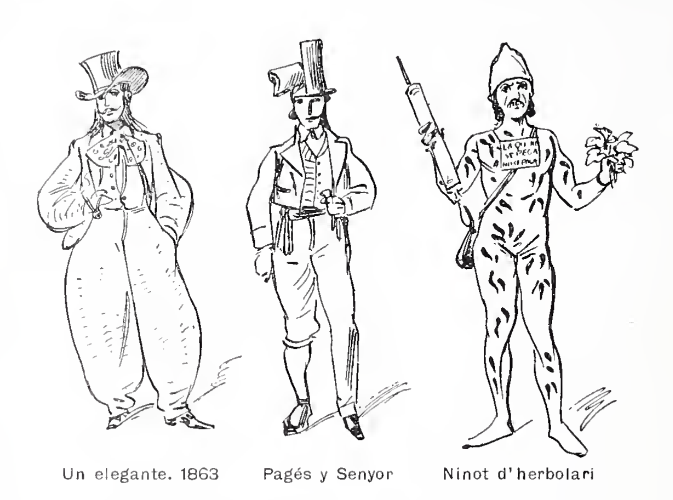
Cuando se edificó el actual Liceo, la junta de propietarios organizó bailes de máscara, que se daban, como hoy, de Enero á Carnaval, los sábados, excepto el llamado de la Candelaria, que se celebraba invariablemente la víspera de este día. La asistencia á estos, para evitar abusos que se habían hecho patentes antes, en los bailes públicos en que se tomaba la entrada en la taquilla, se hizo por suscripción á todos ellos, para que fueran bailes de socios y propietarios y no bailes públicos. La juventud barcelonesa, tanto la alta como la de la clase media, aceptó con entusiasmo la idea, creyendo con estos bailes eclipsar los que se daban en la célebre Ópera de París en tiempos de Gavarni y Mabille. La junta, nombró una numerosa comisión de jóvenes de la buena sociedad, con representación en ella de todos los Círculos y Talleres humorísticos de Barcelona, encargada de velar y evitar la entrada de ciertas personas indignas, á juicio de ésta, por su traje ó modales, de alternar con la buena sociedad, sin escluir ciertos elementos indispensables en un baile de máscara. Hace unos treinta años que esta costumbre cayó en desuso. ¡ Así anda ello !

Algunas sociedades lírico-dramáticas como «Julián Romea», «Latorre», «Cervantes» y otras, celebraron también concurridos bailes de máscaras en la platea del teatro Romea, concediendo premios á las señoras ó señoritas que lo merecieran, por la idea ó el buen gusto de los trajes que vestían, sirviendo de invitaciones tarjetas al cromo, en las que se veían elegantes figurines dibujados por Planas, Soler y Rovirosa, Gaspar y Labarta, con lo que consiguieron en gran parte desterrar el llamado traje *de capricho*, ó mejor, el vacío de sentido común, y á más, dar cierto carácter peculiar y original á los bailes, por lo que resultaron altamente agradables, con el verdadero estímulo que se notaba por parte de la concurrencia femenina para alcanzar los premios que el jurado se veía verde para otorgar con justicia. ¡Tantas eran las que los merecían: á lo menos así nos lo parece hoy, como exjóvenes y exjurados á 25 años de distancia!

Reunidas más tarde dos de estas sociedades con el único objeto de dar un baile anual en la platea del Gran Teatro, fueron estos de los más concurridos que se han celebrado en el Liceo.

Una empresa particular organizó bailes de niños, hará unos 20 años, en la platea del teatro Principal. Desde el principio se redujo á ellos la única y más simpática nota que queda hoy del Carnaval de Barcelona en el siglo XIX. Hace pocos años se trasladó este baile al teatro de Novedades.

Más tarde, en 1889, el Círculo Artístico organizó un espléndido baile de trajes que dió en él teatro Lírico y que, gracias á la comision que entendió en la elección de las personas que deseaban asistir y la de arreglo del local, resultó una fiesta digna de Barcelona y de la sociedad organizadora. También en este baile el traje de otra época ó de otros países era obligatorio para todos, excepto para las personas mayores de 60 años.


Un elegante. 1863 Pagés y Senyor Ninot d'herbolari

El mismo Círculo, dos años después (por haberlo impedido una epidemia de dengue el siguiente), dió otro baile más espléndido que el anterior. Celebróse éste en el salón de contrataciones de la Lonja, habiendo vencido de un modo brillante las dificultades que naturalmente se presentan siempre cuando sólo se dipone del local horas antes de la indicada para el espectáculo para decorarlo. La decoración, espléndida y lujosa, costó á la modesta sociedad un déficit de cerca 40,000 pesetas, orgulloso y generoso alarde que no logró sirviera de estímulo para los poderosos, para aprender como debían hacerse estas cosas, como ya antes no había logrado enseñárselo don Evaristo Arnús (Q. E. P. D.).

Hemos de decir que aún por la década del 60 al 70, que tan animados estuvieron los carnavales en Barcelona en el mayor apogeo de la sociedad del *Born*, no era la nota artística la característica en ellos. La afición popular ha sido siempre al disfrazarse, vestirse de mascarón, de mamarracho, de algo extraño y asqueroso, que fuese cómico sin ser pornográfico, en una palabra, de *poca solta*, como decimos en catalán, llegando á veces á provocar la

risa por la originalidad de la idea, especial carácter del genio popular, que más de una vez ha seguido la juventud dorada que debiera haberlo evitado, teniendo en cuenta su educación superior á la del pueblo. Una de las cosas que nos hacen sonreir aun hoy al recordarlas, es la ridícula caricatura del elegante figurín ó tipo creado por el joven dibujante francés Gavarni para las picarescas *grisettes parisiennes* que se llamaba el *Titi*. Nuestra pollería de la clase media lo adoptó, modificándolo á su manera, conservando de él sólo el nombre. La modificación consistió en un pantalón blanco de dril, cuerpo de camisa y gorra de cuartel forrada de tela blanca, adornado todo con lazos de seda de color. Efectivamente, era horrible aunque limpio: casi estamos por decir que preferimos el sucio mascarón. ¡Al menos éste nos hacía reir! ¡Y qué diremos de aquellas interminables comparsas de hombres con camisa de mujer y gorro de dormir, con un farolillo encendido en la mano! De tonterías de este calibre recordamos muchas, que suprimimos en honor á la brevedad y al buen gusto de nuestros lectores.

La tradición artística de las alegres comparsas del siglo XVIII se habría perdido por completo en nuestra ciudad sin los bailes y cabalgatas á que antes nos hemos referido, y que prepararon el terreno para las notables manifestaciones del Círculo Artístico, dignas de la más culta ciudad de Europa, y que fueron, sino otra cosa, muestra del estado de las industrias artísticas de Barcelona para coadyuvar á esta clase de espectáculos, que honran y enaltecen á las sociedades que los llevan á cabo.


Granadero   Mefistófeles   Guerrero galo

En estos últimos años, otras sociedades humorísticas, las tituladas *Niu Guerrer* y *Antichs Guerrers*, contribuyeron por su parte á animar el Carnaval barcelonés, organizando comparsas, cabalgatas y otros festejos con vís cómica y cierto instinto artístico, del que en general tan faltada está Barcelona; por este concepto son de alabar los esfuerzos hechos por ambas sociedades en pro de nuestra ciudad, intentando reanimar su decaído Carnaval.

El 97 una nueva sociedad carnavalesca trató también de reanimarle, mas, sea por falta de medios materiales ó por no haber suficientemente preparado el terreno, hizo fiasco tan laudable esfuerzo, cabiendo igual suerte á otra que el último año del siglo intentó lo mismo, aun con menos medios que la anterior. Por lo que nos ocurre preguntar: ¿Es que la generación actual no gusta de divertirse como lo hicieron sus padres, ó es que, creyéndose más seria y formal, desdeña y le repugna rendir tributo á la tradición en este particular?

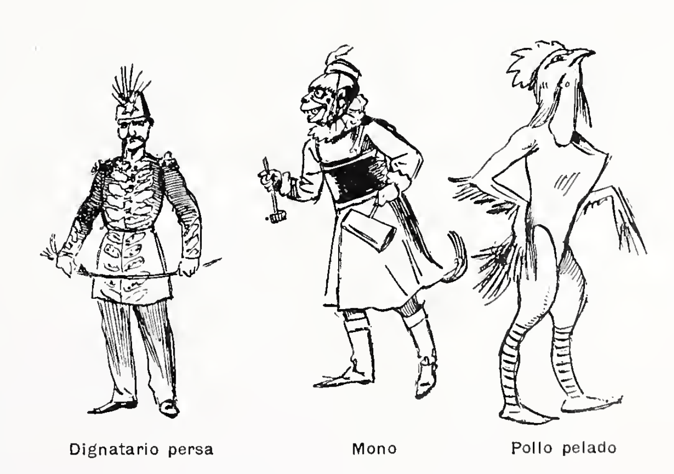
La rúa ó paseo de carruajes se celebraba durante las tardes de los tres días por la Rambla, con más razón que ahora, pues entonces no existía el Parque, y el paseo de Gracia era sólo un paseo sin edificios á ambos lados. Se introdujo aquí, por los años 60 al 62, la costumbre de arrojar cáscaras de huevo rellenas de harina desde algunos de los vehículos que transitaban á los balcones, y viceversa.

La animación en el paseo central era extraordinaria y las risotadas de la multitud que lo poblaba, servían de aplausos al buen tirador que daba en el blanco y para enardecer á los combatientes... mas, como los proyectiles costaban á una peseta la docena, y no todos, entonces como hoy, la tenían, proporcionáronse pronto de otra clase, como patatas y piedras, y entonces la alegre batalla de los primeros años degeneró en riña, en la que se repartieron garrotazos y silletazos, causando algunas contusiones y la rotura de muchos vidrios. Y así, tristemente, acabó la broma que á tan poca costa había divertido al público de buena fe que asistía á la Rambla.

Sólo queda hoy del pasado siglo, como hemos dicho, el baile «Paré et Travesti», que se da en la platea de Novedades, y el de niños, en el mismo local, la tarde del jueves lardero; para terminar, pues viene por la mano, nos permitiremos dar un consejo á las señoras mamás de los hermosos niños que asisten al baile disfrazados.

Creemos debería haber pasado ya la época de copiar, para vestirles, la obra de la temporada; basta, por Dios, de Ottelos y Viejecitas, Cabos primeros y Chulas: recuérdese que siempre y en todos los países ha habido niños que han vestido sus trajes propios, y, finalmente, que su tierno cutis y risueña cara debe ser algo sagrado para todos, para que nadie se atreva alevosamente á pegarles con barníz, crepée en forma de bigote y patillas, que es un martirio para los pobres niños, digno de ser inventado por un inquisidor, y á más, un adefesio repugnante para todas las personas de buen gusto.

L. LABARTA


Dignatario persa   Mono   Pollo pelado



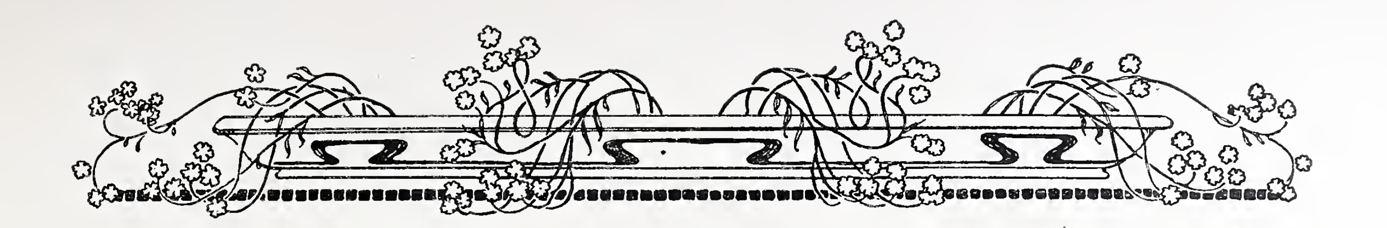
García Valencia, fot.

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

EMINENTE NOVELISTA Y AUTOR DEL DRAMA «ELECTRA» ESTRENADO RECIENTEMENTE EN MADRID



Maria Montes



ARTE ANTIGUO

JARRA DE BRONCE DEL SIGLO XV

De la Edad Media conservamos muchas antigüedades de carácter religioso y litúrgico; pero de carácter profano, objetos destinados á cualquiera de los diversos usos de la vida civil, pocos son los que han llegado hasta nosotros. Por otra parte, los bronces de aquellos tiempos son raros, al contrario que los de tiempos y civilizaciones más remotas, como son las de Grecia y el Lacio. De suerte, que por su mérito arqueológico y por su materia, es importante el objeto que motiva estas líneas. Se contó entre las escogidas piezas del Gabinete de Antigüedades de la Biblioteca Real, de la cual pasó al Museo Arqueológico Nacional, donde se conserva.

Basta examinar este curioso bronce, para comprender que es una de las pocas jarras de metal, representando figuras fantásticas y destinadas por los siglos XIII y XIV á calentar el agua ó contenerla caliente, para lavarse las manos en la mesa, y tal vez para facilitar en ésta á personas delicadas, el poder beber agua templada. Estas jarras, *aquamanile,* que las llamaban los franceses, eran fabricadas en Flandes y en Alemania. Víctor Gay, que se ocupa de ellas en su *Glossaire Archéologique,* pág. 39, no cree que se emplearan para el agua caliente; apoyándose en un inventario de la iglesia de San Martín de Maguncia, del año 1252, pretende demostrar que la mayor parte de esos objetos, de cobre ó de bronce, pertenecen al mueblaje eclesiástico, y que no se emplearon, como los platos esmaltados llamados *gemellions,* al servicio de los altares, sino que tenían su lugar marcado en las sacristías, para las abluciones. He aquí el texto del citado inventario: *Erant urcei diversarum formarum quos manilia vocant, eo quod aqua sacerdotum manibus fundertur ex eis, argentei, quedam habentes forman leonum, quedam draconum, avium et griphonum vel aliorum animalium quorumqumque.* Pero es lo cierto que ni este texto, ni el exámen de los objetos mismos, se opone á que en la Edad Media, como hoy, el jarro del lavabo

doméstico y el del aguamanil eclesiástico participen de la misma forma, por tratarse de un uso corriente en la iglesia y fuera de ella.



Si nos fijamos en la jarra que motiva estas líneas, luego se advierte que las paredes de su receptáculo son delgadas, y, en cuanto á la capacidad, calcúlese por el tamaño total del objeto, que mide de alto 0'36 metros. El bronce es de color obscuro, casi negro, dorado por las partes salientes que abrillantó el roce. En cuanto á su forma, representa un ser híbrido, un centauro; pero aquí el cuerpo humano no es aquel de torso desnudo semihercúleo que nos representó la Mitología: es el de un músico, vestido de jubón y pulsando una especie de violín, que forma el pitón de la jarra. El asa de la misma es otra figura, de mujer, al parecer una juglaresa, vestida de luenga ropa, por bajo de cuya orilla asoman las agudas puntas de sus zapatos, y con toca y joyel al cuello. Apoya los pies en la grupa del bruto y la cabeza en la espalda del hombre, manteniendo el cuerpo arqueado, como si hiciese títeres al compás de la música. Falta la tapadera del vaso, que acaso fué un birrete, cuyo borde coincidiese con la cinta que ciñe la melena del violinista. Como se ve, estas imágenes ninguna relación tienen con la Iconografía eclesiástica, aunque en ésta se hallen no pocas fantasías.

Hemos dicho que esta clase de objetos son raros, y, por lo mismo, vale la pena de mencionar sus semejantes.

El más antiguo de que tenemos noticia, es uno que reproduce C. Drury E. Fortnum, en su obra *Bronzes (South Kensington Museum Art handbooks):* representa un león, con un hombre desnudo, caballero en él. Es pieza de trabajo alemán, clasificada como del siglo x, y no será ciertamente muy posterior, á juzgar por lo bárbaro de su estilo. El conocido y magnífico *Catalogue* (t. IV, planch. I y II,) ilustrado de la colección Spitzer, contiene las reproducciones y noticias de cinco ejemplares, bajo el nombre de «coquemar» del latín *cucuma* (escalfador ó jarra para calentar agua), los cinco de latón y dorados, pertenecientes á los siglos XII y XIII. El más curioso de estos utensilios es uno en que un hombre puesto á gatas sostiene á una mujer sentada, representación tomada del poema cantado por los trovadores bretones *Le lai d'Aristote.* Otro figura un león y otro una sirena. Los otros dos, que son los posteriores en fecha, representan, el primero un león y el segundo un caballo, con un lagarto por asa. Son todos ellos piezas excelentes y en tres hay un largo pitón con su llave, que convierte las tales jarras en utensilios parecidos á la moderna cafetera. Ignoramos á qué museo ó coleccionista fueron á parar, en la venta de la colección Spitzer, estas interesantes piezas.

Cronológicamente, hay que colocar después las que hace pocos años poseía ya el Museo de Cluny, en París. Son tres: la primera, del siglo XIV, de cobre repujado y grabado, formada por una cabeza de hombre, con un animal quimérico por asa y en el pecho un escudo con las lises de Francia. Las otras dos son de bronce, una en forma de caballo fantástico, de trabajo alemán, de principios del siglo VI; otro en figura de unicornio, con una quimera por asa y de la misma centuria.

El citado compilador, Gay, reproduce tres ejemplares: uno del siglo XIV, con una mujer sentada sobre un hombre *(Le lai d'Aristote),* de la colección Chabrieres de Arlés; un grifo, del siglo XV, de la misma colección, y, por último, un hermoso león, del siglo XV.

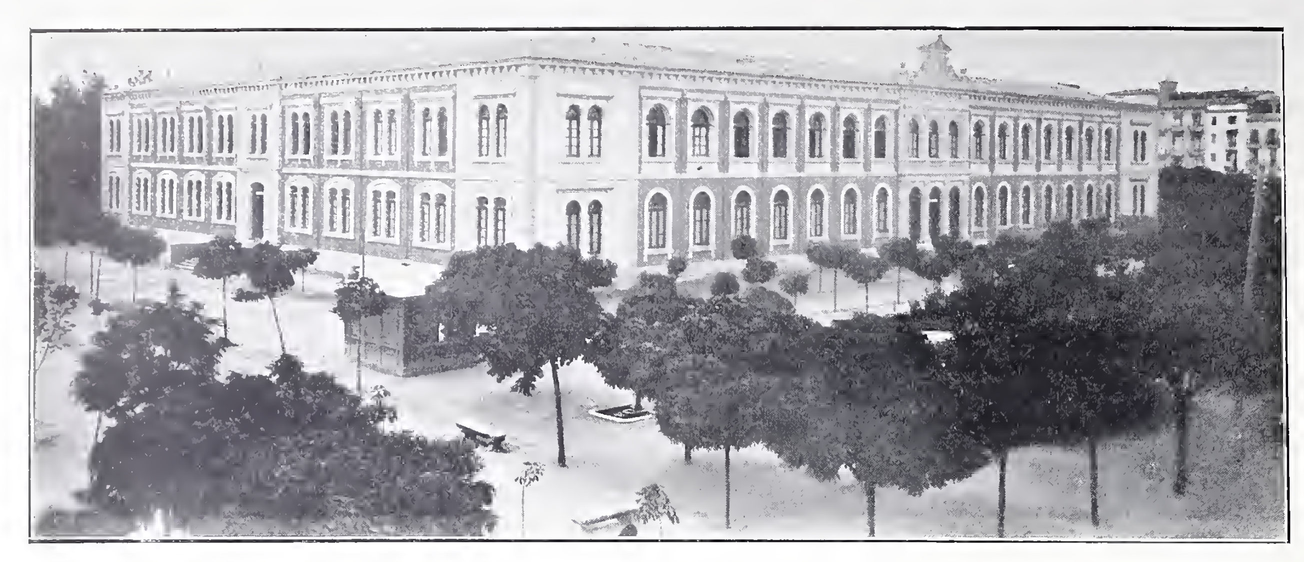
En antiguos inventarios se hace mención de preciosas jarras figurativas. Por ejemplo y por lo que hace á Francia, en el testamento de Juana de Borgoña (1353), en el inventario de las joyas de Luis, duque de Anjou (1368), y en el de Carlos V (1380); pruebas evidentes de que estas jarras eran también, si no lo eran con preferencia, utensilios del ajuar doméstico.

Deben examinarse estos objetos y en particular el que reproducimos, desde un punto de vista que acaso es el principal. Viollet-le-Duc hace sobre este propósito una observación muy acertada y profunda. Al hacerse cargo de esas figuras de animales y de mónstruos con cabeza humana, dice así: «El mismo gusto se halla en todos los pueblos en una cierta época de sus artes, desde los egipcios hasta la Edad Media». No esplana la idea, pero claramente se ve la referencia al hieratismo oriental y al arcaismo griego, que dieron vida á esfinges, centauros, harpías, tritones y tantos otros mónstruos, que la Edad Media reprodujo y fantaseó, y que son en ella respecto del arte moderno lo que los tipos originales respecto del antiguo arte clásico: meros vocablos del lenguaje simbólico que precede al lenguaje claro y corriente de la Edad de oro. El centauro es una de esas creaciones mitológicas que se siguió reproduciendo en los siglos medios. En no pocas orlas de códices aparecen centauros, que podríamos llamar demoniacos, pues en las tenebrosas regiones por las cuales volaba la fantasía de los artistas de entonces, esas imágenes paganas monstruosas se confunden con los demonios y ellos las acomodan á la representación de los mismos. Otras veces, como en la presente jarra, es simplemente un elemento decorativo.

José Ramón Mélida



CARLOS VAZQUEZ.—PIERRETTE



Instituto Provincial de Logroño, inaugurado con la fiesta de los Juegos Florales

Firmes en nuestros propósitos de estimular toda manifestación noble que tienda á perfeccionar la cultura de nuestro país, publicamos hoy algunos grabados referentes á la última fiesta de los «Juegos Florales» celebrada en Logroño. Tanto el grupo de la Corte de amor y los mantenedores de la poética fiesta, como la vista del Instituto Provincial de aquella ciudad, donde se celebró, creemos que tendrán interés suficiente para que sean bien recibidos por los lectores de HISPANIA. Igualmente esperamos que será vista con gusto la publicación del retrato del poeta Don Salvador Aragón, así como la de su «Sátira moral» distinguida con el premio de honor y cortesía en dicho certamen, que fué organizado y celebrado en honor del eminente hombre público D. Práxedes Mateo Sagasta. Como nuestros lectores podrán juzgar por si mismos de los méritos que reune la poesía del Sr. Aragón, nos abstenemos de hacer de ella el elogio que se merece por el sentimiento que la inspira, por la galanura de su forma y por la brillantez de sus pensamientos.



D. SALVADOR ARAGÓN

poeta premiado en los Juegos Florales, y Presidente de la Diputación Provincial



Grupo de la Corte de amor, mantenedor é iniciadores de los Juegos Florales



REGENERACIÓN

SÁTIRA MORAL

Poesía premiada con la «Flor natural» en los Juegos Florales de Logroño

¿Por qué tanto atronar nuestros oídos
con palabra que á diario nos mancilla?
¿Es España una pátria de bandidos?
Pues, aunque fuera así, callar nos toca,
que á nadie vi azotarse en su mejilla
ni deshonrarse con su propia boca.
Hora es ya de arrojar nueva semilla,
Sursum corda; elevad los corazones,
que Dios ensalza al pueblo que se humilla.
Fuertes ó humildes, viven las naciones,
si la paz y el trabajo son su lema
y en la honradez se inspiran sus acciones.
Olvidemos nuestro épico poema.
No nos ofusque la pasada gloria,
que la blanca ceniza ya no quema.
Cerremos el gran libro de la historia;
sea de hoy más modesto nuestro vuelo
y á conquistar la nueva ejecutoria.
En la labor de nuestro fértil suelo,
en explotar cuanto en su seno encierra
y en sacar los tesoros del subsuelo:
esa ha de ser nuestra incruenta guerra.
Comience con el siglo esta cruzada:
para vencer á nuestra madre tierra,
sean moderno arado y vieja azada
las armas que han de usarse en la pendencia
en lugar del fusil y de la espada.
En el hermoso campo de la ciencia
ponga la nueva España su esperanza
y borrará el desastre en su conciencia
¿Por qué ha de amilanarnos la mudanza?
¿brios no tiene aun el pueblo hispano
para mostrar de nuevo su pujanza?
¿Que ayer fué omnipotente soberano
y hoy su fuerza y dominios ha perdido?
Flujo y reflujo del poder humano
al cual tan fuertemente se halla unido
como se hallan placeres y dolores
en lo que es y será y en lo que ha sido.
¿Quién duda que vendrán tiempos mejores,
si vuelve á renacer la fe cristiana,
esa fe que inspiró á nuestros mayores?
Y aquella caridad, luz meridiana,
verbo divino, celestial venera,
orgullo un tiempo de la tierra hispana.
Vuelva aquella igualdad, la verdadera,
que obedece al virtuoso y sigue al sabio,
la que enseñó Jesús por vez primera.
No esa igualdad que no pasó del labio,
falsa fraternidad populachera
que no perdona ni el menor agravio.
Dejad esa mania asaz ligera
de imitar lo peor del extranjero,
que antes nadie en España la sintiera.
El pueblo más sencillo es más entero.
Respeto al superior, sea quien fuere,
eso es lo que hace falta al pueblo ibero.
Una nación que no obedece, muere.
La ley que fiel se observa es soberana:
cuanto más se respeta, más se quiere.
Paz, trabajo, honradez y fé cristiana
son la base, el firmísimo cimiento,
en que hemos de asentar la patria hispana.
No nos domine mujeril lamento:
Plus ultra; España vivirá con gloria
mientras el sol alumbre el firmamento.



J. BORRI.—EL ÚLTIMO BAILE


HISPANIA

SUMARIO



DÍPTICO DE MARFIL.—MUSEO EPISCOPAL DE VICH



LAS APARIENCIAS

Don Lucas, el padre Capellán, solía asistir todas las tardes á la tertulia que armaban en el cuarto de banderas media docena de viejos oficiales á cual más avinagrado de rostro y violento de genio.

La sotana raída del sacerdote, su sombrero de teja completamente pelado de puro viejo, sus zapatos torcidos y sin lustre, su manteo remendado, y, sobre todo, la expresión de bondad que se notaba siempre en su rostro, de nariz fina y puntiaguda, de frente anchurosa y arrugada y de ojos dulzones y expresivos, contrastaban notablemente con los vistosos uniformes y el bélico accionado de aquellos sus contertulios del cuarto de banderas, ocupados por lo común en discutir los más embrollados problemas de táctica, ó en narrar hechos y episodios de su vida militar.

* * *

Precisamente aquella tarde la habían dado los tertulianos en evocar recuerdos de la guerra civil, en la que todos habían tomado parte activa, y algunos de ellos, como el coronel, entre las huestes del pretendiente. El padre capellán oía y callaba, como de costumbre, notándose, sin embargo, en su rostro cierta expresión de contrariedad, que pasó inadvertida de todos, á excepción de su viejo amigo el coronel, que no le quitaba los ojos de encima.

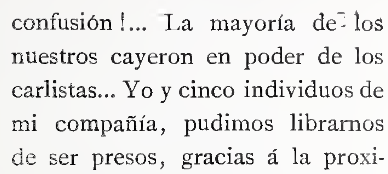
Después de la narración de innumerables hazañas espeluznantes y acciones heróicas, acompañadas de amargas quejas y censuras contra la poca equidad del Gobierno en la recompensa del valor, tomó la palabra el comandante Soto, hombre sencillo y franco según sus pocos amigos, pero de muy cortos alcances en opinión de la mayoría de sus compañeros.

—¡Ea, señores! basta ya de heroicidades... Cualquiera diría que ninguno de los presentes sabe lo que es miedo.

—¡Líbreme Dios de asegurarlo!—observó el mayor de plaza con cierto retintín.

Á lo que añadió Soto, haciendo oídos de mercader:





—Por lo que á mí se refiere, puedo afirmar que lo he sentido, llegando en cierta ocasión á cometer un acto de cobardía manifiesta y hasta si se me apura vergonzosa. Si ustedes me lo permiten, voy á contarles en qué circunstancias.

Y como nadie se negase á ello, prosiguió:

—«Fué en la acción de... en fin: el nombre poco importa. Basta con que sepan ustedes que se dió la batalla á la falda de los Pirineos, en un llano cerrado por un círculo de montes... Yo era entonces sargento segundo de ese mismo regimiento, que formaba parte de la columna del general Pazo, hombre verdaderamente excepcional por su temeridad, que corría parejas con... con su ineptitud ¡retoño!: no hay para qué negarlo.

»Entramos en el llano con el propósito de plantar cara desde allí á la columna del endemoniado *Periquillo*, que nos seguía los pasos desde el día anterior. Pero no bien hubimos tomado las primeras posiciones, cuando caímos en la cuenta de que nos hallábamos en un callejón sin salida, pues no tenía otras el llano que algunos desfiladeros angostos y casi inaccesibles.

»Con decirles que al aparecer las fuerzas de Periquillo, más pronto de lo que esperábamos, se nos vino encima por el lado opuesto otra columna, saben ustedes bastante para suponer que la acción fué para nosotros un verdadero desastre, sobre todo teniendo en cuenta que la impericia y la temeridad del general rebasaron los límites de lo increíble...»—

Á medida que el comandante Soto avanzaba en su relato, D. Lucas y el coronel iban cambiando á hurtadillas ciertas miradas de inteligencia. Los ojos del segundo relucían con extraño relampagueo, pareciendo como que tratasen de infundir ánimos al padre capellán, en cuyo rostro crecía por momentos la expresión de contrariedad que notó aquél desde un principio. Los demás circunstantes estaban pendientes de los labios del narrador, que prosiguió después de retorcer las guías de su bigote cano:

—«Como no tienen nada que ver con mi historia, les hago á ustedes gracia de los mil y mil incidentes del combate, durante el cual hicimos todos prodigios de valor.

»Después de algunas horas de resistir heróicamente y cuando empezábamos ya á desfallecer, una bala hizo botar de la silla al valiente y loco general.

»Perdida la única fuerza que nos alentaba, un pánico inmenso se apoderó de nosotros: aquella muerte nos produjo el efecto que produce una racha de viento en una llanura cubierta de hojarasca... ¡Retoño! ¡aquella sí que fué confusión!... La mayoría de los nuestros cayeron en poder de los carlistas... Yo y cinco individuos de mi compañía, pudimos librarnos de ser presos, gracias á la proximidad de un barranco que protegió nuestra fuga.

»Pero no habíamos andado un centenar de metros por aquel terreno accidentado y cubierto de matorrales, cuando vimos enfrente de nosotros, á la distancia de un tiro de fusil, un oficial carlista medio tendido encima de la hierba... Entonces nos paramos, avanzando después con grandes precauciones uno de los nuestros, mientras los demás nos agachábamos entre la espesura.

»Un estampido que hizo temblar el suelo nos hizo salir de nuestro escondrijo... Nuestro compañero estaba tendido á corta distancia, con el pecho manchado de sangre á la altura del corazón. El oficial de D. Carlos continuaba en su mismo sitio, pero incorporado y disponiéndose á cargar por segunda vez el arma que tenía entre sus dedos, humeante aun... Me parece que le estoy viendo: llevaba unas barbas de á palmo, negras y espesísimas y tenía vendada una pierna... Su actitud era la de un lobo herido.

»Con el ánimo de vengar á nuestro compañero, avanzamos hacia él los cinco restantes... Pero no bien hubimos andado la tercera parte del camino, cuando cayó otro individuo con el pecho atravesado de un balazo.

»Como obedeciendo todos á un mismo impulso, descargamos á un tiempo nuestros fusiles, quedando envueltos por un instante entre una nube de humo. Al disiparse, vimos otra vez al faccioso en su misma actitud...—¡Ríndete!—gritamos entonces... Pero ahogó nuestras voces otro estampido y cayó otro camarada...

»Desalentados y mudos de terror, quedamos los tres restantes inmóviles en medio del barranco, sin saber que partido tomar...—¡Ea! sálvese quien pueda ¡retoño!—exclamé al cabo de unos segundos. Y me escabullí por entre unas peñas, seguido de un solo individuo, pues el que quedaba cayó herido de muerte, también con el pecho atravesado, según supimos después...»—

. . . .

* * *

Aquella noche, al disolverse la tertulia, llamó aparte el coronel al comandante Soto, y le dijo por vía de ruego, pero en un tono que no admitía réplica:

—Por el bien parecer de la clase y por la amistad que le une á usted con el oficial carlista, le aconsejo que no haga jamás mención de esa historia.

—Acaso usted...—balbuceó el comandante, mudo de sorpresa.

Pero el coronel le atajó la palabra:

—Para que no dé usted proporciones de orden á lo que no es más que una súplica, voy á referirle en pocas frases el final de su caso.

Y continuó después de un corto silencio:

—«El oficial carlista fué hallado sin sentido en el mismo lugar donde le descubrieron usted y sus camaradas. Transportado al hospital de sangre de *** estuvo en cama una porción de tiempo, curando de su herida en la pierna y de un tremendo balazo en la tetilla... el único que le alcanzó en la descarga de ustedes.

»Pasó tantos días viendo la muerte cara á cara y luchando con ella, que, al salir del hospital, desertó de las huestes de D. Carlos, refugiándose en un pueblecillo del Pirineo francés, donde había emigrado su familia desde el principio de la guerra.

»Los cuidados de los suyos y sobre todo los de su madre, le hicieron recordar que también los soldados muertos por él debían tener una familia que les echaba de menos, reflexión que le produjo un remordimiento y un ansia tal de expiación, que estuvo meses y meses sin gozar de un instante de reposo.

»Por último, concluída la guerra y obtenidos el indulto del Gobierno y la dispensa del Papa, se repatrió y entró en el Seminario para continuar sus estudios de Teología, abandonados, según creía él, en defensa de la Religión.»—

Al llegar á este punto de su relato, se calló el coronel, esperando que Soto adivinase el final. Pero viendo que el comandante continuaba prestándole atención, acabó por decir:

—Á los dos años el faccioso era un curita hecho y derecho... Y puso tal refinamiento en su expiación, que no paró hasta entrar en el ejército y en el mismo regimiento á que pertenecían sus últimas víctimas.

—¡Retoño!—exclamó pegando un brinco el comandante:—¡fíese usted de las apariencias!

. . . .

* * *

Á los dos días, habiendo salido el regimiento en masa para efectuar ejercicios de tiro, causó gran estupefacción el empeño del comandante Soto, que pretendía probar la habilidad del padre cura en el disparo del fusil.

—¡Ánimo don Lucas!—repetía el viejo soldado presentando el arma al buen señor.—Á ver como deja usted tamañitos á nuestros tiradores... ¡Venga de ahí, retoño!



Chocó tanto la pretensión, que el padre se vió acosado al punto por la mayoría de la oficialidad, que unió los suyos al ruego del comandante.

El cura se resistió durante un buen espacio de tiempo. Pero fué tal el empeño de los oficiales, que, por fin, se iluminó su semblante taciturno y, cogiendo súbitamente el fusil, se lo echó á la cara y disparó. Casi al mismo tiempo, flotó cerca del blanco el banderín, señalando que el disparo era bueno, lo cual sucedió al segundo y al tercer tiro... y así hasta llegar á los diez.

...Y desde aquella ocasión, no salió una sola vez al blanco la tropa, que el bueno de D. Lucas no se viese precisado á demostrar su destreza, con la cual alcanzó tan justa fama, que muchos años después de su muerte aun se sacaba á relucir su memoria, como la del mejor tirador que había pertenecido al regimiento.

J. Morató

Ilustraciones de R. Navarro

Al que dijo que

> sólo la poesía es buena
> hecha á moco de candil

hay que recordarle que el poeta de que se trata hizo poesías inmortales con todo el *confort* del que puede gastarlo.

Pero don Ramón no fué nunca vanidoso, ni avaro, ni egoista. De lo suyo han disfrutado sus amigos, y con tal de que le dejaran leer con aquel acento quejumbroso, que iba muy bien á su modo de ser, un poemita que había escrito en un par de noches, ya era feliz. No tuvo jamás envidia del que empieza, que es el gran defecto de los viejos; y en cuanto á amigo de sus amigos, lo era tanto, que una vez, cuando le preguntaban por donde era diputado, contestó: «¡Por Romero Robledo!»

Toda su vida fué comunicativo y expontáneo; lo mismo en el rincón de su despacho, envuelto en su bata, que en la librería de Fé, entre seis y siete de la tarde, rodeado de admiradores y amigos fieles, atraía á todo el mundo por su conversación amena y sus oportunidades tan pronto pensadas como dichas. Exento de rencores, en cierta ocasión iba á saludar á un personaje, cuando le detuvo un amigo diciéndole:

—¿Pero no estaban ustedes reñidos?

—¡Ay, es verdad! ¡Mire usted, no me acordaba!

Hacía algunos años que no se le veía por ninguna parte. Encerrado en su casa, llevando resignadísimo los años y las enfermedades, cortó toda relación con el mundo, porque al ver á los amigos de siempre se afligía y la aflicción le agravaba las dolencias.

Coronarle en público, á toda solemnidad, hubiera sido matarle: no hubiera resistido á la emoción; pero, aunque no hubiese estado enfermo, se habría negado. Las apoteósis en vida son muy *cursis*, valiéndonos de una vulgarísima palabra. ¿Ni para qué necesitaba de esas ceremonias teatrales un hombre que no dejará de vivir en la memoria de los españoles?

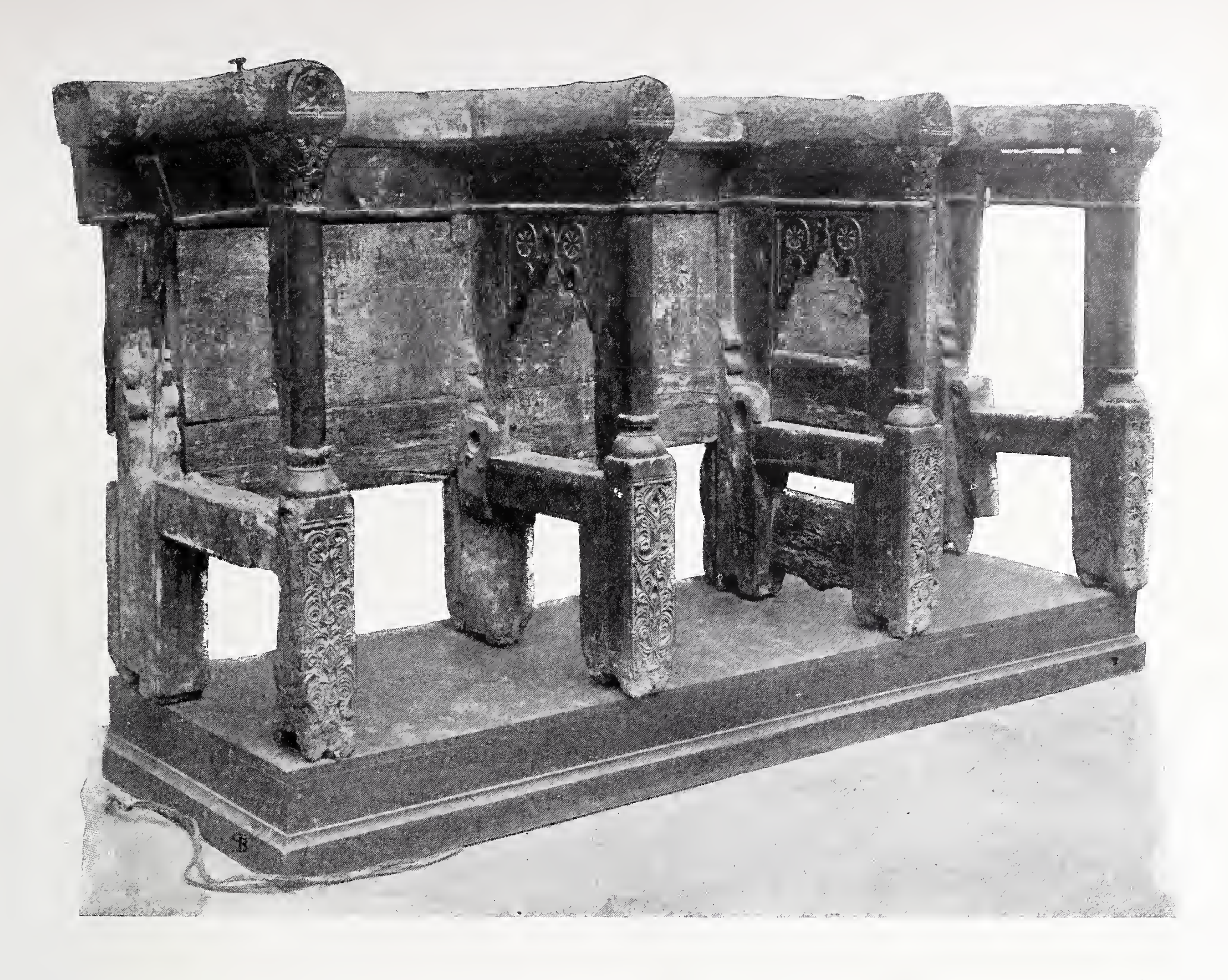
Eusebio Blasco

Ilustraciones de M. Pedrero





O. JUNYENT.—CATEDRAL DE BURGOS



ARTE ANTIGUO

Trozo de una antigua Sillería de Coro

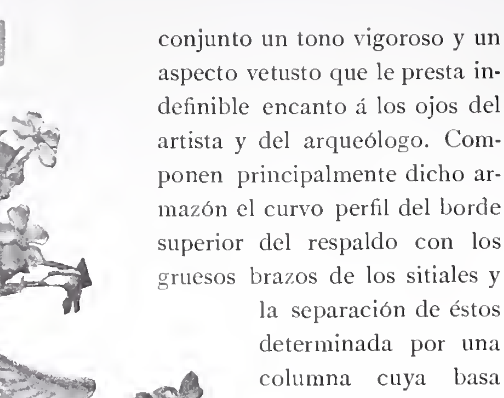
El monumento que motiva estas líneas es uno de los más raros que posee el Museo Arqueológico Nacional: como que se trata del resto más antiguo de sillería de coro que se conserva en España, donde ese género de trabajos de talla y carpintería artística adquirió un carácter especial y gran importancia cuando el coro se situó enmedio de la nave mayor de nuestras catedrales.

Porque en un principio, en las primitivas iglesias, el coro ocupaba solamente el ábside, en cuyo fondo se apoyaba la *cathedra* ó silla del obispo, de la cual partían los bancos corridos de la *exedra,* formando un hemiciclo, en cuyo medio se alzaba el altar.

Todos estos asientos eran de mármol ó de piedra. Pero llega el siglo XIII, aparecen los grandes retablos, cambia la liturgia y el coro se traslada á la nave central, donde ya aparece en antiguas basílicas como la de San Clemente en Roma, que data del siglo XII. No precisaremos aquí si en los ábsides llegaron á hacerse sillerías de madera, pero es lo cierto que las que se conservan en las naves de nuestros catedrales todas son de obra de talla y lo mismo las que ponían en los coros de los conventos de clausura, como debió estar la sillería cuyo fragmento motiva éstas líneas, que parece datar del siglo XIII, si no es un poco más vieja.

Procede este trozo de sillería del coro del Convento de religiosas de Gradefes en la provincia de León, y comprende tan sólo tres sillas. Pero lo particular es que su estilo nada tiene que ver con el Arte cristiano, sino con el árabigo, por donde se deja comprender que el trabajo de sillería cuyo resto tenemos ante los ojos fué obra de *mudéjares,* esto es de moros sometidos al rey de León, ó de artistas moros que fueron á trabajar á los reinos cristianos. De todos modos, lo que no puede admitirse para esta pieza, como para otras muchas análogas, es la denominación de *mudéjar,* si esta ha de tomarse por denominación del gusto arábigo con mezcla del cristiano, pues no hay, por cierto, un sólo elemento del dicho arte de los reconquistadores de nuestra Península. Puramente arábigo es el gusto en que fué trazada y ejecutada esta peregrina sillería.

Todo su armazón está tallado en madera de nogal, pintada de rojo, lo cual, unido á la patina del tiempo, da al



conjunto un tono vigoroso y un aspecto vetusto que le presta indefinible encanto á los ojos del artista y del arqueólogo. Componen principalmente dicho armazón el curvo perfil del borde superior del respaldo con los gruesos brazos de los sitiales y la separación de éstos determinada por una columna cuya basa recuerda las de construcciones arábigas del tiempo del califato cordobés y cuyo capitel exornado con tallos entrelazados y su peregrina hojarasca, guarda relación con los de la famosa sinagoga toledana, conocida hoy por *Santa María la Blanca*, donde también hay un friso de arquería que pertenece á la misma familia de los arcos de caprichoso perfil, abiertos en las tablas que completan la separación de los dichos sitiales de esta sillería. Cada columna descansa sobre un miembro arquitectónico de lo que podemos llamar cuerpo inferior ó basamento del conjunto, formando el expresado miembro un paralelepípedo cuyo frente está tallado con idéntica labor que los capiteles. Faltan los asientos, los cuales debieron estar formados por tableros, cuyo juego, para levantarlos ó bajarlos á voluntad, según costumbre observada en todas las sillerías, se adivina fácilmente por los agujeros en que entraron los pibotes correspondientes. El tono rojo es general á todos los dichos miembros principales de este conjunto arquitectónico y con él debieron formar peregrino contraste los colores de algunos detalles, como es la lacería blanca que forma los indicados arcos, el fondo azul de sus enjutas y los rayos azul y blanco, alternativamente, de las estrellas que aparecen en ellas dentro de círculos rojos. El fondo de cada respaldo es un tablero de pino en el que, pintado al temple sobre fondo rojo, destaca la arrogante figura de un león, que heráldicamente llamaría león *pasante*, con la cara vuelta de frente al espectador. En los tres respaldos la figura es la misma y está como hemos dicho pintada de rojo con puntos blancos y perfiles negros. Este león, aunque no aparece *rapante*, como le vemos en monedas é infinitos escudos, desde luego se nos ofrece como el timbre heráldico de la monarquía leonesa, y acaso sea este el más antiguo de sus ejemplares. No nos interesa por el momento este aspecto de la cuestión, que merece ser tratada muy despacio, pero aparte de que el león, como enblema, en un país en que nunca se produjo tal fiera, parece simbolizar la fiereza de nuestra raza en su lucha secular con el invasor ogareno, hay un hecho por nadie consignado, que sepamos, y de sumo interés. Este hecho es que estas representaciones del león, como las de monedas, relieves, lozas, miniaturas, bronces, marfiles y demás producciones artísticas españolas, son, sin excepción, de estilo árabe. Un león árabe—artísticamente hablando—parece que había de ser la antítesis del león heráldico de los cristianos del NO. de la Península; pero es un hecho patente, que puede comprobar con sus ojos toda persona conocedora de las cosas de arte. El león medioeval español, es árabe. Sin disputa se trata de un elemento introducido en nuestro arte de aquel tiempo por los árabes, los cuales le importaron de Oriente. No podemos detenernos aquí á tratar este nuevo tema, no ya heráldico, sino artístico, y por lo mismo de mucha importancia. Pero no podemos dejar de decir que el orígen de ese león arábigo está en el tipo especial y decorativo del león creado por el arte de los asirios, que con esa figura llegaron, por cierto, á su más alta expresión estética, y de quienes debieron tomarlo, al propio tiempo que otros muchos elementos artísticos, los mahometanos, impropiamente denominados árabes. La interpretación regular y decorativa de la melena, juntamente con otros caracteres, que se ven en los leones de la famosa fuente de la Alhambra y en otros muchos ejemplares, modelados ó pintados, es la misma de los leones creados por el arte asiático de la antigüedad.

Como se ve, el peregrino trozo de sillería de coro de Gradefes, con que hoy se enriquece nuestro Museo Arqueológico Nacional, tiene importancia en la historia del mueble, en la que responde á un modo de sentarse puramente occidental y distinto del de los árabes; tiene importancia asimismo en la historia del Arte y en la de la simbología.

José Ramón Mélida



Proyecto de D. José Puig y Cadafalch



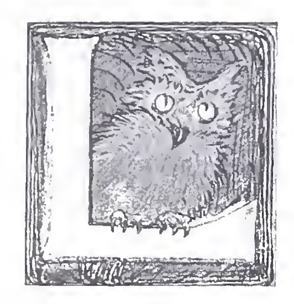
MURILLO.—LA SAGRADA FAMILIA

LOS NIBELUNGOS

POEMA ALEMÁN

I

EL SUEÑO DE CRIMILDA



Las tradiciones de los antiguos tiempos, nos refieren maravillas, nos hablan de héroes dignos de alabanza, de audaces empresas, de fiestas alegres, de lagrimas y de gemidos. Ahora podréis escuchar de nuevo la maravillosa historia de aquellos guerreros valerosos.

Vivía en Borgoña una joven tan bella, que en ningún país podría encontrarse otra que la aventajara en hermosura. Se llamaba Crimilda y era una hermosa mujer; por su causa, muchos héroes debían perder la vida.

Muchos valientes guerreros se atrevían á pretenderla en mente, como se debe hacer con una virgen digna de amor; nadie la odiaba. Su noble cuerpo era notablemente bello, y las cualidades de aquella joven, hubieran sido ornamento de cualquier mujer.

La guardaban tres poderosos reyes, nobles y ricos: Gunter y Gernot, guerreros ilustres y el joven Geiselher, un guerrero distinguido. La joven era hermana de ellos y sus mayores tenían que cuidarla.

Estos príncipes eran buenos y descendían de muy ilustre linaje: héroes probados, eran sumamente fuertes y de una audacia extraordinaria. El país á que pertenecían se llamaba Borgoña y habían realizado prodigios de valor en el reino de Etzel.

En el tiempo de su poder, residían en Worms, sobre el Rhin: muchos nobles y valientes caballeros les sirvieron con honor hasta su muerte, mas perecieron tristemente á causa de los celos de dos notables mujeres.

Uta se llamaba su madre, reina poderosa; y el padre Dankrat, que al morir les dejara una cuantiosa herencia, estaba dotado de grandísima fuerza; también en su juventud había conquistado inmarcesible gloria.

Como he dicho ya, los tres reyes eran valerosos, por lo que tenían á su servicio los mejores guerreros de que se había oído hablar, todos muy vigorosos y sumamente intrépidos en el combate.

Se llamaban Hagen de Troneja y su hermano el muy hábil Dankwart; Ortewein de Metz y los dos margraves Gere y Eckewart y Volker de Alceya, dotados de un indomable valor.

Rumold, el intendente de las cocinas, era un guerrero distinguido; Sindold y Hunold debían dirigir la corte y las fiestas como vasallos de los tres reyes, los cuales tenían también en su servidumbre muchos héroes que no pueden enumerarse.

Dankwart era mariscal: Ortewein de Metz, su sobrino, sumiller del rey. Sindold, el guerrero escogido, era copero, Hunold camarero: dignos eran todos de servir los más elevados empleos.

La verdad es que nadie podrá decir con exactitud cuan grande era el poder de aquella corte.

Véase lo que Crimilda soñó: el halcón salvaje que domesticara empleando tantos días, lo vió estrangulado entre las garras de dos águilas y nada en la tierra podía causarle pesar tan grande.



Cuando refirió el sueño que había tenido á su madre Uta, ésta no pudo dar á su sencilla hija más que la explicación siguiente: «El halcón que tú domesticabas es un noble esposo, que si Dios no te lo conserva, habrás de perder muy pronto.»

«¿Qué me dices á mí de esposo, querida madre mía? Quiero vivir siempre sin el amor de un guerrero, á fin de que por ningún hombre pueda sentir la menor pena. Así, pues, permaneceré doncella toda mi vida.»

«No hagas votos tan anticipadamente, le respondió su madre; si en este mundo experimentas alguna vez la felicidad del corazón, ésta te vendrá por el amor de un esposo. Te vas haciendo una hermosa mujer; quiera Dios unirte á un buen caballero.»

«Dejad esa manera de hablar, madre muy querida: muchas mujeres pueden presentarse como ejemplo de que el



amor tiene por continuación el sufrimiento. Quiero evitar los dos, para que nunca me pueda suceder una desgracia.»

Crimilda vivió feliz pensando de este modo, sin conocer á nadie á quien quisiera amar; pero después y muy dignamente se hizo esposa de un noble caballero.

Aquel era el halcón que viera en el sueño que le explicara su madre. ¡Cuando lo mataron extremó su venganza en sus próximos parientes! Por la muerte de uno solo, perecieron los hijos de muchas madres.

II

SIGFRIDO

Por aquel tiempo vivía en el Niderland, el hijo de un rey poderoso; su padre se llamaba Sigemundo, su madre Sigelinda y habitaban en una ciudad muy conocida situada cerca del Rhin: esta ciudad se llamaba Xanten.

¡No os diré cuan hermoso era aquel héroe! Su cuerpo estaba exento de toda falta y con el tiempo se hizo fuerte é ilustre aquel hombre atrevido. ¡Ah! ¡cuán grande fué la gloria que conquistó en el mundo!

Aquel héroe se llamaba Sigfrido, y gracias á su indomable valor, visitó muchos reinos; por la fuerza de su brazo dominó á muchos países. ¡Cuántos héroes encontró entre los Borgoñones!

Lo educaron con todos los cuidados que merecía, pero por naturaleza tenía más sobresalientes cualidades; el reino de su padre adquirió fama por él, pues en todas las cosas se mostró perfecto.

Llegado que hubo á la edad de presentarse en la corte, todos deseaban verle; muchas mujeres y hermosas vírgenes anhelaban que su voluntad se fijara en ellas; todos le querían bien, y el joven héroe se daba cuenta de ello.

Muy pocas veces permitían que el joven cabalgara sin acompañamiento; riquísimos vestidos le dió su madre; hombres instruídos que sabían lo que el honor vale, cuidaban de él: de esta manera pudo conseguir hombres y tierras.

Cuando llegó á la plenitud de la edad, y pudo llevar las armas, le dieron todo lo necesario: gustaba de las mujeres que saben amar, pero en nada se olvidaba del honor el hermoso Sigfrido.

He aquí que su padre Sigemundo hizo saber á los hombres que eran amigos suyos, que iba á dar una gran fiesta; la noticia circuló por las tierras de los demás reyes; daba á cada uno un caballo y un traje.

Donde quiera que había un joven noble, que por los méritos de sus antepasados pudiera ser caballero, lo invitaban á la fiesta del reino, y más tarde todos ellos fueron armados al lado de Sigfrido.

Cuatrocientos porta-espadas debían recibir la investidura al mismo tiempo que el joven rey; muchas hermosas jóvenes trabajaban con afán, pues querían favorecerlos y engarzaban en oro gran cantidad de piedras preciosas.

Querian bordar los vestidos de los jóvenes y valerosos héroes y no les faltaba que hacer. El real huésped, hizo preparar asientos para gran número de hombres atrevidos, cuando, hacia el solsticio de estío, Sigfrido obtuvo el título de caballero.

Muchos ricos de la clase media y muchos nobles caballeros, fueron á la catedral: los prudentes ancianos hacían bien en dirigir á los jóvenes como en otro tiempo lo habían hecho con ellos; allí gozaron de placeres sin número y de no pocas diversiones.

Se cantó una misa en honor de Dios. La gente se agolpaba en numerosos grupos cuando llegó la hora de armar caballeros, según los antiguos usos de la caballería, á los jóvenes guerreros, y se hizo con tan ostentosos honores, como nunca hasta entonces se había visto.

Inmediatamente se dirigieron ellos al lugar en que se hallaban los corceles ensillados. En el patio de Sigemundo el torneo era tan animado, que las salas y el palacio entero retemblaban. Los guerreros de gran valentía hacían un ruído formidable.

Podían escucharse y distinguirse los golpes de los expertos y de los novicios, y el ruído de las lanzas rotas qne se elevaba hasta el cielo; los fragmentos de muchas de ellas, despedidos por las manos de los héroes, volaban hasta el palacio. La lucha era ardiente.

El real huésped les mandó cesar; retiraron los caballos y sobre el campo pudieron verse rotos muchos fuertes escudos; esparcidas sobre el verde césped brillaban muchas piedras preciosas, así como también las placas de las bruñidas rodelas.

Los convidados por el rey tomaron asiento en el órden señalado de antemano. Sirviéronse con profusión ricos manjares y vinos exquisitos, con lo que dieron al olvido sus fatigas. No fueron pocos los honores que se hicieron lo mismo á los extranjeros que á los hijos del país.

El rey dió al joven Sigfrido la investidura de las ciudades y de los campos, de la misma manera que él la había recibido. Su mano fué pródiga para los demás hermanos de armas, y todos se felicitaron del viaje que habían hecho hasta el reino aquel.

La fiesta se prolongó durante siete días: Sigelinda la rica, perpetuando antiguas costumbres, distribuyó oro rojo por amor de su hijo, al que deseaba asegurar el cariño de todos sus súbditos.

En el país no volvieron á encontrarse pobres vagabundos. El rey y la reina esparcieron por doquier vestidos y caballos, lo mismo que si no les quedara más que un día de vida. Creo que en ninguna corte se desplegó tanta magnificencia.

Los festejos terminaron con ceremonias dignas de general alabanza.

Por mucho que vivieron Sigemundo y Sigelinda, nunca el hijo querido de ambos ambicionó ceñir la corona; aquel guerrero bravo y atrevido, quería ser solo el jefe, para afrontar todos los peligros que pudieran amenazar al reino de su padre.

Nadie se atrevió á insultarlo nunca, y, desde que tomó las armas, apenas si se permitió reposo aquel ilustre hé-

roe. Los combates eran su alegría, y el poder de su brazo le hizo adquirir nombre en los paises extranjeros.

III

DE COMO SIGFRIDO LLEGÓ HASTA WORMS

Ningun pesar de amor torturaba al novel caballero, mas oyó decir que vivia en Borgoña una hermosa joven que parecía hecha á deseo, y esto le hizo experimentar muchas alegrías y muchas calamidades.

Hasta muy lejos había llegado el conocimiento de aquella extraordinaria belleza, así como también el de los altaneros sentimientos de que más de un héroe había encontrado poseida á la joven: por esto llegaron muchos extranjeros al país de Gunter.

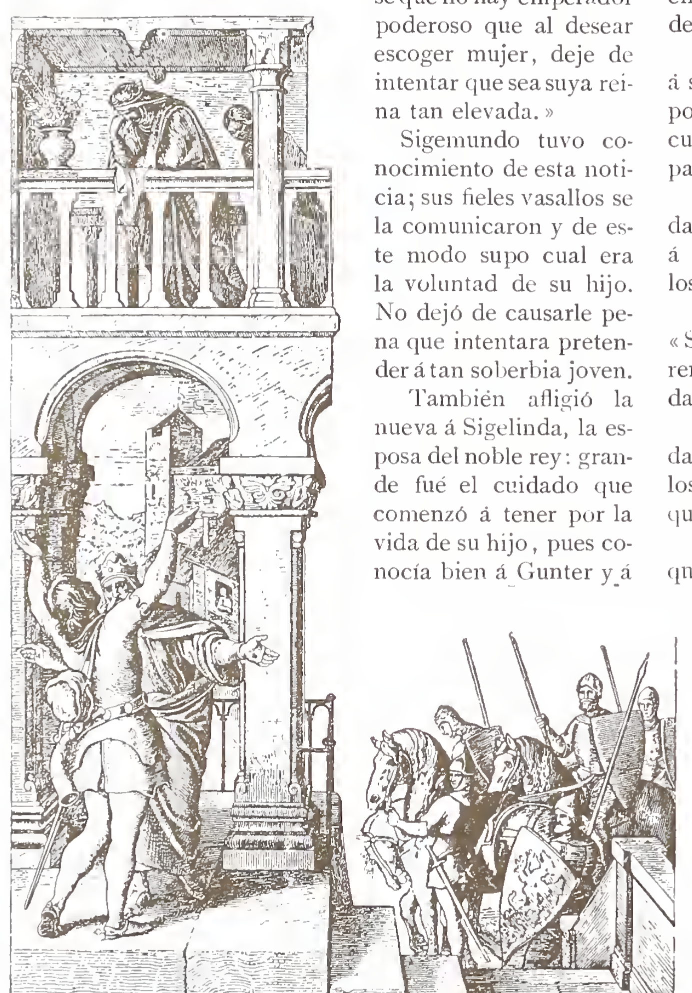
Por más que gran número de ellos había solicitado su amor, Crimilda no podía resolverse á elegir uno para hacerlo dueño de su corazón. Todavía le era desconocido aquel á quien más tarde devía someterse.

El hijo de Sigelinda pensó en aquel amor elevado. Ante lo que era la suya, las pretensiones de los demás le parecían aire, pues él era muy digno de conseguir el afecto de una hermosa mujer. Algún tiempo después la noble Crimilda fué esposa del atrevido Sigfrido.

Como sus padres y sus caballeros le aconsejaran que por cuanto aspiraba á un fiel amor, se dirigiera á una mujer que le pudiera convenir, el noble Sigfrido dijo: «Quiero por esposa á Crimilda, la hermosa joven del país de los Borgoñones, por su sin igual hermosura. Demás sé que no hay emperador poderoso que al desear escoger mujer, deje de intentar que sea suya reina tan elevada.»

Sigemundo tuvo conocimiento de esta noticia; sus fieles vasallos se la comunicaron y de este modo supo cual era la voluntad de su hijo. No dejó de causarle pena que intentara pretender á tan soberbia joven.

También afligió la nueva á Sigelinda, la esposa del noble rey: grande fué el cuidado que comenzó á tener por la vida de su hijo, pues conocía bien á Gunter y á



sus bravos. Todos hicieron esfuerzos para que el héroe abandonara su empeño.

Entonces el atrevido Sigfrido habló de esta manera: «Padre muy querido: prefiero vivir siempre sin el amor de ninguna noble mujer, si no consigo el de aquella por la que siento una afección tan grande.» Todos los consejos que le dieron para hacerle desistir, fueron inútiles.

«Ya que no quieres renunciar á tu proyecto, le dijo el rey, te ayudaré activamente y haré todo lo que me sea posible para que puedas conseguir lo que deseas. Sin embargo, el rey Gunter, dispone de muchos hombres esforzados.

Y aun cuando tuviera no más que á Hagen, el de la fuerte espada, es tan altanero en su arrogancia, que temo salgamos mal librados, si nos empeñamos en obtener la soberbia joven.»

«¿Qué peligro nos puede amenazar? preguntó Sigfrido. Lo que de él no pueda conseguir amistosamente, lo podré conquistar con la fuerza de mi brazo; no hay nadie que por la fuerza pueda conquistar á tan hermosa joven.

»Mis designios no son en modo alguno aventurarme seguido de mis guerreros, como un ejército en marcha; grande sería mi pena, si tuviera que conquistar á la altanera virgen.

»Solo mi brazo será bastante para conseguirla; yo el duodécimo, quiero ir al país del rey Gunter y vos me ayudaréis para ello, padre Sigemundo.»

Diéronles á sus guerreros vestidos de colores forrados con pieles grises.

La noticia llegó á oídos de su madre Sigelinda y comenzó á temer por su hijo querido, que debía morir, según ella, á manos de los guerreros de Gunter. La noble esposa del rey rompió en lamentos.

Sigfrido, el joven capitán, fué adonde ella estaba y dijo á su madre, en tono cariñoso: «Señora, no debéis llorar por mis deseos, pues ningún enemigo me inspira el menor cuidado. Ayudadme para que pueda realizar mi viaje al país de los Borgoñones.

«Ya que no quieres renunciar, le dijo Sigelinda, te ayudaré para que puedas hacer tu viaje; mi hijo único, á tí y á los que te acompañan daré trajes que mejores jamas los hayan llevado caballeros; tendréis todo lo necesario.»

Se inclinó respetuosamente el joven Sigfrido, y dijo: «Solo quiero llevar conmigo doce guerreros; que preparen los trajes para ellos. Quiero saber lo que hay de verdad con respecto á Crimilda.

Desde entonces mujeres hermosas permanecieron sentadas dia y noche, sin descansar un momento, hasta que los trajes de Sigfrido estuvieron terminados. Por nada quería desistir de realizar su viaje.

Su padre le mandó hacer una armadura de caballero, que debía llevar desde el momento en que abandonara los dominios del rey Sigemundo.

Se aproximaba el tiempo del viaje hacia los Borgoñones. Hombres y mujeres se preguntaban con cuidado si volverían de nuevo al país. Llevaban las armas y los vestidos en bestias de carga.

Hermosos eran los caballos y los arreos iban guarnecidos de oro rojo: podía asegurarse que nadie habia obrado con tanta audacia como el guerrero Sigfrido y los hombres que lo acompañaban.

Teniéndolo abrazado, lloraron sobre él la reina y el rey, y, consolándolos á ambos, les dijo: «No debéis llorar por mi causa, no tengáis cuidado por mi vida.»

Triste era aquello para los guerreros, y muchas mujeres lloraron también. Pienso que el corazón les

decía, que gran número de sus amigos debían encontrar la muerte y se lamentaban con razon; presentían la catástrofe.

Al séptimo día, hacia Worms, por la arena, cabalgaban los bravos; sus vestidos eran de oro rojo, los arneses primorosamente trabajados. Los caballos avanzaban majestuosamente, llevando á los hombres del intrépido Sigfrido.

Nuevos eran sus escudos, fuertes y brillantes sus yelmos magníficos, cuando el atrevido Sigfrido se dirigía á la corte del rey Gunter. Jamás ningún héroe, había llevado tan suntuoso equipo.

Las conteras de las espadas rozaban con las espuelas, y los caballeros escogidos llevaban agudas lanzas. Sigfrido llevaba una de doble filo y ambos cortaban de una manera horrible.

Llevaban las doradas riendas en la mano; las gualdrapas eran de rica seda: así penetraron en el país. El pueblo los admiraba en todas partes con la boca abierta; muchos de los hombres de Gunter corrieron al encuentro de ellos para verlos.

Aquellos valerosos guerreros, avanzaron hacia los distinguidos extranjeros como era de rigor y recibieron á los huéspedes en el país de su señor. Tomaron los escudos de sus manos y de sus diestras las riendas.

Querían conducir los caballos hacia el palacio, pero inmediatamente les gritó Sigfrido el atrevido. «Dejad quietos los caballos á mí y á los míos; pronto nos alejaremos de este sitio, porque nuestras intenciones son las mejores.

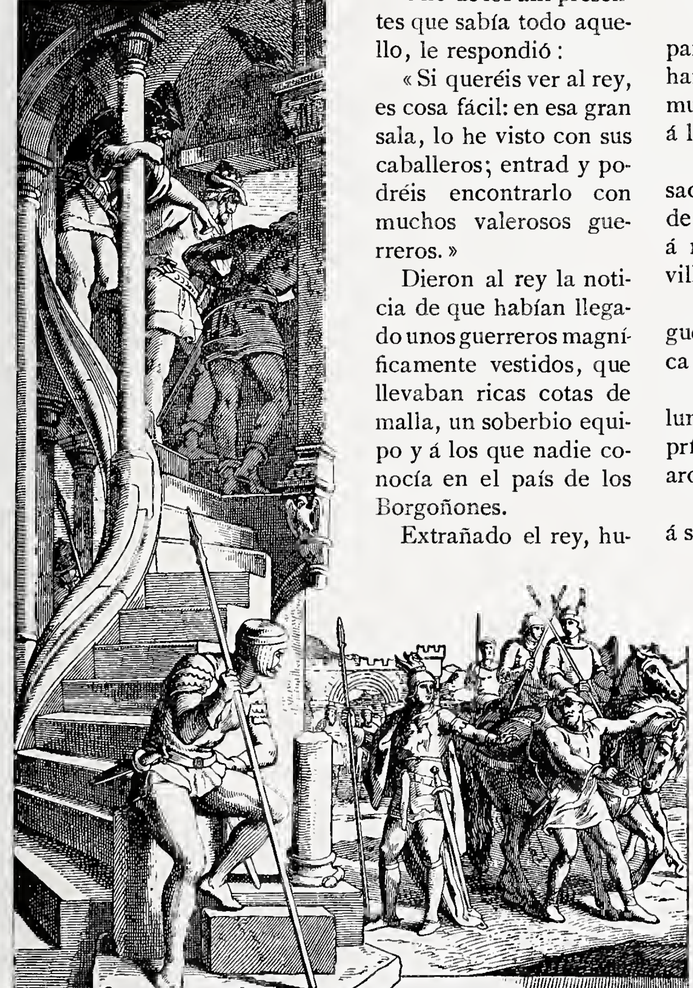
»El que sepa lo cierto que me responda, que me diga dónde podré encontrar á Gunter, el poderoso rey de los Borgoñones.»

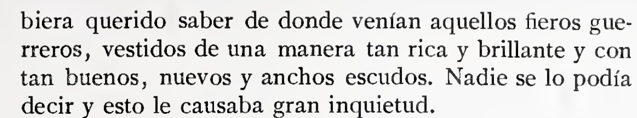
Uno de los allí presentes que sabía todo aquello, le respondió:

«Si queréis ver al rey, es cosa fácil: en esa gran sala, lo he visto con sus caballeros; entrad y podréis encontrarlo con muchos valerosos guerreros.»

Dieron al rey la noticia de que habían llegado unos guerreros magníficamente vestidos, que llevaban ricas cotas de malla, un soberbio equipo y á los que nadie conocía en el país de los Borgoñones.

Extrañado el rey, hu-





biera querido saber de donde venían aquellos fieros guerreros, vestidos de una manera tan rica y brillante y con tan buenos, nuevos y anchos escudos. Nadie se lo podía decir y esto le causaba gran inquietud.

Ortewein, señor de Metz, que era bravo y atrevido, dijo entonces al rey: «Por cuánto no sabemos quienes son, será menester llamar á mi tío Hagen, y hacérselos ver.

»Los reinos y los países extranjeros le son muy conocidos; si sabe quienes son estos caballeros, nos lo dirá seguramente.» El rey le rogó que viniera con sus hombres y lo vieron avanzar majestuosamente, rodeado de los guerreros que formaban su corte.

Preguntó Hagen al rey qué era lo que deseaba. «Han llegado á mi palacio unos guerreros á los que nadie conoce aquí. Si los has visto ya, tú me dirás la verdad, Hagen.»

«Así lo haré,» respondió Hagen. Se acercó á una ventana, y dirigiendo sus miradas hacia los extranjeros, los examinó atentamente. Sus armas y el equipo que llevaban le agradaron, pero nunca los había visto en el país de los Borgoñones.

Habló así: «Cualquiera que sea el punto de donde esos guerreros hayan venido hacia el Rhin, deben ser jefes ó emisarios de jefes. Sus riendas son hermosas y sus trajes magníficos. Cualquiera que sea el punto de donde vengan, deben ser caballeros de gran valor.»

Además, dijo Hagen: «Aunque en mi vida he visto á Sigfrido, estoy dispuesto á creer y me parece que es él, el héroe que avanza con tanta majestad.

»Trae nuevas noticias á este país: la mano de ese héroe ha vencido á los atrevidos Nibelungos; á Schilbungo y á Nibelungo, hijos de un rey poderoso. La fuerza de su brazo le ha bastado para realizar maravillas.

»En ocasión que el héroe cabalgaba sólo y sin acompañamiento, encontró al pié de una montaña, según me han dicho, cerca del tesoro del rey de los Nibelungos, á muchos hombres atrevidos á los que no conocía, pero á los que desde entónces, comenzó á conocer.

»Todo el tesoro del rey de los Nibelungos había sido sacado del hueco de la montaña. Escuchad la narración de aquella aventura. Cuando los Nibelungos se disponían á repartírselo, el héroe Sigfrido lo vió y quedó maravillado.

»Se acercó tanto, que pudo ver á los guerreros, y los guerreros lo vieron á él. Uno de ellos dijo:—Aquí se acerca Sigfrido, el héroe del Niderland.

»El joven fué muy bien recibido por Schibungo y Nibelungo. Los dos de acuerdo, rogaron al joven y noble príncipe, que tomara con ellos parte del tesoro: con tal ardor se lo rogaron, que comenzó á creerlos.

»Vió allí tantas piedras preciosas, según hemos llegado á saber, que cien carros de los de cuatro ruedas no hubieran podido trasportarlas. De todo debía tomar parte el valiente Sigfrido.

»Pero no pudo llegar á tomarla enseguida, pues los hombres de uno y de otro rey comenzaron á armarle querella: con la espada de su padre, que se llamaba Balmug, les arrebató á los atrevidos el tesoro y el país de los Nibelungos.

»Tenían allí entre los amigos, doce hombres atrevidos que eran fuertes como gigantes: pero ¿para qué podían servirles? Sigfrido los venció con fuerte mano y cautivó á setecientos guerreros del país de los Nibelungos.

(Continuará)

D. Pablo de Segovia, el gran tacaño

por D. FRANCISCO DE QUEVEDO

110 dibujos de Daniel VIERGE

REPRODUCIDOS POR EL HELIOGRABADO ⁂ PLANCHAS RETOCADAS POR EL ARTISTA

« D. Pablo de Segovia », del inmortal Quevedo, es una joya entre las joyas de la literatura española: maravilla de observación satírica y de seria filosofía, bajo apariencias burlescas, encierra una moral sana y fuerte que raramente se encuentra en las novelas del género picaresco, hechas más bien para la diversión del lector que para su enseñanza.

Quizá Quevedo no tuvo la intención de ir tan lejos, pero el carácter de su héroe, verdaderamente humano en su deformación social, hijo expontáneo de una observación justa, un poco exagerado á veces para producir efecto, pero de un fondo de verdad tan poderoso que, sin querer, desprende, así como todos los personajes que gravitan á su alrededor, — monjes, taúres, estudiantes, poetas, mendigos, brujas, — un sentimiento de melancolía que se apodera del lector, á pesar de los chistes de que están salpicadas las páginas de la novela.

Quevedo nos hace ver con una claridad admirable las causas que hacen de D. Pablo un canalla: le presenta rodeado de gentes á quienes falta por completo el sentimiento del respeto humano, sin tener otro objetivo á su vida vacía y miserable que pasar lo mejor posible y divertirse á costa del prójimo.

« Donde quiera que fueres haz lo que vieres », se dice Pablo, después de las bromas atroces de los estudiantes de Alcalá; y lo que ve es una indiferencia completa sobre las acciones rectas y justas, desorden doméstico, concusión y mala fe.

Á este conjunto maravilloso que representa la obra de Quevedo, añádanse las ilustraciones de Daniel Vierge, uno de los artistas más eminentes de nuestra época, y nuestros lectores pueden formarse una idea del grado de interés que presenta esta publicación.

Daniel Vierge ha puesto en la interpretación de los tipos y escenas de « D. Pablo », la misma observación profunda, la misma penetración filosófica que el autor, y, dotado como él de un conocimiento completo de nuestros defectos y cualidades, ha sabido dar un colorido de verdad completo á los 110 dibujos que ilustran la obra, haciendo vivir los personajes, los tipos y las escenas del libro.



Es un verdadero milagro de unidad de idea entre el autor y el ilustrador: comparando el texto con los dibujos, se queda uno perplejo al ver la exactitud de los detalles, la dichosa expresión de parecido y la fuerza cómica que el dibujante ha hecho brotar, por decirlo así, de entre las líneas.

Pablo, incompleto, obtuvo entre el público que se interesa y aun entre muchos que no se interesan por las estampas, una boga considerable; la nueva edición completa, de gran lujo, compuesta solamente de 440 ejemplares, en la que Daniel Vierge ha cuidado hasta la minuciosidad el dibujo de la cubierta, corrección de la tirada, en fin, todo cuanto puede contribuir á la perfección, se la arrebatarán sin duda de las manos, así los aficionados á las bellas letras, como los que sienten amor por toda manifestación artística.

En fin, « D. Pablo de Segovia », presentada en tales condiciones, es una obra maestra, digna de principios de un siglo.

M. París


HISPANIA



BENDICIÓN DE LAS PALMAS EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO



LA REALIDAD DE UNA LEYENDA

—Es preciosa esa leyenda, me dijo Carlos, pero yo sé otra más interesante aún, porque es real y porque á ella debo la felicidad que gozo. Tú eres mi amigo verdadero, casi mi hermano, y puedo confiártela.

—Tú sabes lo buena que es Marichu, añadió después de una ligera pausa.

Marichu, como la llamábamos cariñosamente, era la mujer de Carlos, encantadora guipuzcoana, cuya hermosura era tanta como sus virtudes.

Así es que convine sin vacilar en la afirmación de mi amigo, aunque algo extrañado,—lo confieso,—de la ocasión en que se me dirigía.

—Pero lo que tú ignoras, replicó Carlos, es que Marichu es una hada.

— Difícilmente se encontraría, contesté cortesmente pero cada vez con más asombro, hada ninguna que compitiese en encantos con los que tu mujer posee.

—No, no es eso, repuso Carlos: no buscaba un cumplimiento; pero repito y afirmo que mi mujer es un hada, igual á aquellas de que nos hablan las leyendas. Solamente que en este caso la leyenda es real.

Me puse serio; Carlos me miró también con seriedad unos momentos, pero después rióse á carcajadas y me dijo:

—¡Pero que cara tan dificultosa pones, chico ¿Á que lo menos que te figuras es que estoy loco? Pues tranquilízate y escucha. Veras como lo que te afirmo, sin dejar de ser absolutamente cierto, no acusa perturbación alguna en mis facultades mentales. Enciende este cigarro y empiezo.

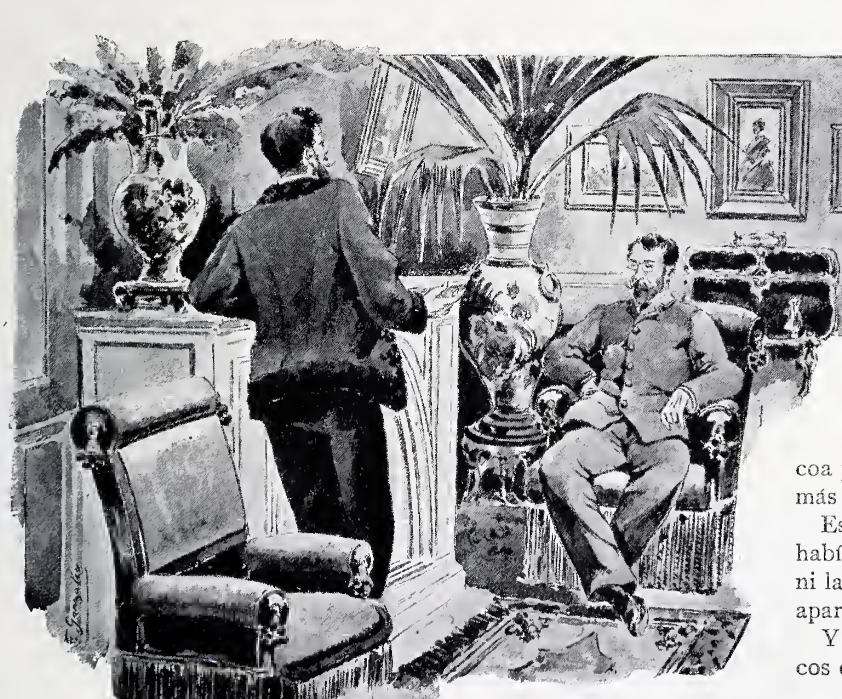
No repliqué, encendí el cigarro y me dispuse á escuchar con toda el alma.

Hé aquí lo que me contó mi excelente amigo:

—Hace tres años, (ya sabes que hace dos que me casé,) que experimenté en Madrid, donde por entonces residía, una afección que los que la conocieron denominaron nostalgia, y que yo tuve por cansancio sencillamente. Todos los que habitan en los grandes centros de población han padecido alguna vez ese cansancio moral que les disgusta hasta de aquello que antes preferían y que les hace soñar con cualquier lugar, apartado del habitual ambiente.

Pensar en la soledad, en medio del bullicio, suele ser tan grato como pensar en una joven pura y bella, coronada de rosas, vestida de blanco, fresca como el agua de cristalinos arroyos, cuando se encuentra uno asfixiado por los perfumes acres de mujeres cargadas de atavíos y con el cutis agrietado por afeites diversos.

Y yo estaba abrumado de cansancio por la vida agitada. Tú me conoces bien y sabes que no he nacido para cenobita; no ignoras tampoco que, además de no aborrecer la sociedad, gusto extraordinariamente de todas las manifestaciones artísticas. Pues bien: llegué á hastiarme del teatro, abandoné las tertulias y escaseé mis visitas á los museos. Una imperiosa necesidad de descanso intelectual, tan necesario en muchas ocasiones como el físico, se había apoderado de mí y comprendía perfectamente que sin un período de vacaciones espirituales, se iba á resentir mi organismo.



En esta situación recordé que un pariente mío me había dejado por herencia un insignificante caserío, situado en un lugar casi inaccesible de las montañas de Guipúzcoa y á un considerable número de kilómetros del más próximo poblado.

Ese caserío, del que hasta aquella fecha — y lo había heredado hacía cinco ó seis años — no tenía ni la menor noticia, ni el menor beneficio, se me apareció como único y eficaz remedio á mi dolencia.

Y de tal manera me cautivó la idea, que á los pocos días abandoné la Corte, tan satisfecho como un

colegial que sale de su encierro, y me dirigí á Oñate, villa que, según mis recuerdos, era el lugar más próximo ó menos lejano, mejor dicho, á mi solitaria propiedad, á la cual llegué por fin en una deliciosa mañana de primavera.

Dudo que mi llegada causase una satisfacción absoluta á los que habitaban mi caserío — un matrimonio viejo y un hijo joven, — pero tanto el anciano *guizon* y su consorte, como el rozagante *motill,* disimularon su contrariedad, pues también en los desiertos se disimula, y recibieron al *Jauna* ó sea yo, *el amo,* afable y respetuosamente. Por mi parte procuré tranquilizarles, anunciándoles que mi estancia entre ellos no se prolongaría excesivamente y que además, como es natural, quedarían convenientemente resarcidos de cuantos gastos les originase.

Quedamos todos contentos, y al poco rato dedicábanse ellos á sus faenas y me paseaba yo inspeccionando *mis dominios.* No eran éstos gran cosa, pues se reducían á la casa de un solo piso, no muy vasto, á unos cuantos cuadros de maizales y otros productos análogos, y á una docena de arboles frutales: lo suficiente para no morirse de hambre los inquilinos y no percibir nada el propietario, el *Jauna.*

Pero ya dijo mi ilustre paisano Trueba:

« Una casita en el campo,
y en el campo una heredad,
y en la casa paz y amor...
¡Jesús, que felicidad! »

Y, por lo que yo pude observar, no faltaban paz y amor entre los inquilinos de mi caserío.

Y tampoco escaseaban por allí los grandiosos espectáculos de la naturaleza, y para esos espectáculos no hay inquilinos ni propietarios; son de todos y para todos los que sientan y amen lo bello.

Tú que conoces los espléndidos paisajes de Guipúzcoa podrás formarte una idea si te digo que el panorama que desde mi caserío se contemplaba era de los más varios y pintorescos de tan hermosa región.



* * *

—¿Y por qué me aconsejas que no pasee de noche por el campo?

—Por su bien, *Jauna* — me replicó Joshe Mari, el *motill* del caserío. Y añadió en su pintoresco castellano, aunque yo sabía mi idioma vasco:

—La verdá, pues, yo también desir á usté haré si te quieres. Cosa mala andar aquí de noche y... ya te sabes pues.

—Pero hombre, ¡si en este país no hay malhechores, y mucho menos en estos sitios!

—Malochores ó así no sé pues si habrá, pero pantasmas á la noche también si hay por aquí y... ya estás sobresabido usté pues.

—¿*Pantasmas?*

—Sí, Jauna; de esos pues que disen que de otros mundos que te vienen y que te andan y cosa buena traer no hasen.

—¡Ya! ¿Conque también han llegado por aquí los duendes y aparecidos?

—No sé pues. Usté saber mucho y yo de caserío soy... pero ya desirte he hecho.

—¿Y á qué hora y por qué sitio aparecen esos fantasmas?

—¿Hora?... cuando los estrellas te están arriba y sitio mejor por ahí (señaló á un lejano pinar) y... más no sé...

Esta conversación la tenía yo á los pocos días de mi llegada y á consecuencia de un paseo que dí la noche anterior por el campo, expléndidamente iluminado por la luna.

Como es natural, ninguna importancia dí á las pintorescas observaciones de Joshe Mari, pero, como es natural también, aquella noche, que era tan hermosa como la anterior, se me presentó con un nuevo tinte poético y no hay para qué decir que encaminé mis pasos al pinar.

Era éste un hermoso bosque que se extendía en la falda de una colina, la cual servía, á su vez, como bajo relieve de una montaña altísima y abrupta. Al pie de la colina serpenteaba un riachuelo con toldo de zarzas y madreselvas.

Me senté en un tronco derrumbado. La luna, que iluminaba la campiña, pugnaba por escudriñar el pinar, pero sus rayos no conseguían sino quebrarse en los primeros pinos.

No recuerdo el tiempo que llevaba sentado, cuando mis párpados, que comenzaban á entornarse con beatitud, se abrieron bruscamente y me puse en pie.

Á la entrada del pinar acababa de percibir distintamente ruído de pasos...

No tuve miedo, no, pero los nervios — ya sabes que los nervios son incorregibles — comenzaron á darme un mal rato.

Pero ¡pásmate! cuando lo que yo no podía presumir, aunque llegué á pensar en ello, se realizó, mi... intranquilidad cambió en un sentimiento gratísimo, inefable.

Estaba allí y no temía; lo que experimentaba era una admiración sin límites.

Allí estaba la aparición de que me había hablado Joshe Mari... Allí, entre los pinos, en un pequeño claro, al que habían acudido en tropel, formando brillante haz, todos los rayos de la luna para rendirla homenaje, para iluminar á aquella bellísima criatura. .

Porque no se trataba de duendes ni de fantasmas.

Allí, ante mi vista, y asustada por mi presencia, estaba una joven vestida de blanco, bella como los lirios, con los cabellos sueltos y con hermosísimos ojos que me miraban asombrados.

¿Pasó un segundo? ¿una hora? ¿un siglo?



No sé, pero al querer dar yo un paso hacia ella oí un grito que vibró en el aire como dulce melodía, y desapareció.

No dije nada en el caserío, y ni en la siguiente noche, ni en muchas sucesivas, volví á ver á la divina aparición.

Pasé unos días crueles, pero al fin razoné, cosa que debía haber hecho desde el principio.

«Que no se trata de nada sobrenatural, es evidente, me dije. Lo sobrenatural no se presenta por el solo capricho de presentarse. Aquí hay un misterio, eso sí, pero misterio humano, y los humanos misterios se llegan á descubrir cuando se propone uno descubrirlos. Y eso es lo que yo voy á hacer.»

Y, como es lógico, lo primero que se me ocurrió fué tener una conversación seria con el padre de Joshe Mari.

Me guardé muy bien de decirle nada de la aparición y le pregunté si el caserío tenía vecinos.

No estábamos tan aislados como yo suponía.

He aquí lo que me dijo, traducido del bascuence:

Que al otro lado del pinar (cuestión de media legua) se elevaba otro caserío mejor que el nuestro, *sin agraviar y mejorando lo presente;* que en ese caserío habitaba un hombre de mucha edad, pero agil y fuerte como un joven; que ese hombre, cuando llegó al caserío, (hacía muchísimos años,) venía de *las Américas* muy rico, muy rico, y que, además, venía acompañado de una mujer, *es decir,* de una señora, muy guapa, pero que parecía muy triste, muy triste; que al poco tiempo de llegar ese matrimonio, pues marido y mujer eran, murieron los padres del primero, quedándose solos ella y él en el caserío; que pocos años después murió ella y que él solo llevó el cadáver á la vecina villa; que antes de esta última muerte, el *indiano* no se trataba con nadie, no recibía visitas, ni las hacía y que cuando se marchaba por unos días á la capital, á sus negocios quizás, dejaba herméticamente cerrado el caserío como si no hubiera dentro nadie; que la justicia no había intervenido nunca, pues que, en realidad, no había motivo y porque además el *indiano* era de mucho *peso;* que desde que se murió su mujer vivía más solo que nunca y que únicamente se le veía alguna vez en el mercado de la villa haciendo compras; y, por último, que se le juzgaba incapaz de hacer un favor á nadie.

* * *

Al día siguiente llamaba yo á la puerta del misterioso caserío decidido no sé á qué. Pero llamé resueltamente.

Nadie me respondió, pero seguí llamando. Llamé por espacio de una hora, y no me pesó mi constancia, pues, al fin, se asomó *ella,* la de la aparición.

No te diré lo que hablamos, porque hay conversaciones que son íntimas, pero cuando volví á mi morada sabía yo que era el más feliz y el más desgraciado de los mortales. Sabía que ella se llamaba María, que había nacido en aquel caserío, que tenía dieciocho años y no conocía más mundo que el pinar y las montañas, que su padre era *muy bueno,* pero que no la dejaba salir sino de noche y á pocos pasos de la puerta, pero que ella, *aunque confesaba que estaba mal hecho,* extendía algo más sus paseos y por eso me vió y... que ¡por Dios! no volviera á verla...

¡Por Dios!... Dios es grande é inexcrutables son sus designios.

Dios hizo que á los pocos días no fuese yo sino ella misma quien vino á verme, á vernos, al caserío, acongojada, palpitante... Su padre se moría. Y murió sin poder llevarse los tesoros que tanto defendía.

Tesoros que ni ella ni yo quisimos disfrutar, pero que enjugaron muchas lágrimas..

En fin, no insistiré sobre esto y si lo recuerdo es porque no ignoras que se supo algo, bien á pesar nuestro...

—Ya lo creo que se supo—interrumpí á Carlos—y nadie se podía explicar semejante desinterés.

—Sí—repuso Carlos—pero nadie llegó á saber, ni sabe, pues los del caserío cumplieron su palabra, lo que te acabo de referir.

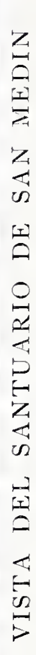
—Tú eres el único—añadió—y te suplico el secreto, en saber que mi Marichu es un hada.

Rióse Carlos alegremente y pensé yo:

«¡Qué desgracia que no abunden las leyendas.. reales!»

Luis de Terán

Ilustraciones de F. González



VISTA DEL SANTUARIO DE SAN MEDIN

ROMERÍA Á SAN MEDÍN





GRUPOS DE ROMEROS



Collar «Joaillerie», imitando plumas de pavo real con incrustaciones de brillantes y pedrerías de color



Medallón de collar «La Frileuse» en oro cincelado

LA JOYA

La joya moderna no es ya solamente un objeto de lujo, cuyo precio aumenta ó disminuye según la rareza de las piedras que la componen.

El renacimiento de la joyería, después de haber dado á Francia en la última Exposición un legítimo y verdadero triunfo, ofrece, en efecto, el interesante atractivo de una industria artística que ha sabido al fin desprenderse de toda rutina y que además no descuida nada para desenvolverse, transformarse y refinarse cada día más.

Y cómo en vez de limitarse, cual antes de ahora, á enriquecer únicamente la *toilette* de las señoras, la joya moderna, de aquí en adelante, añadirá á aquellas una nota artística y el encanto de su fresca hermosura, echemos un párrafo, lector amigo, sobre ese negocio, que suele ser siempre de actualidad.

Harmonía de la línea, sencillez del dibujo, estudio y empleo de los colores: tales son los principales generadores de esta nueva belleza de la joya.

De ahí la impresión estética que se recibe aun por los ojos indiferentes á toda sugestión de arte; y de ahí también la casi imposibilidad de no interesarse por este esfuerzo grandioso de fantasía y de trabajo que ha sido preciso para iniciar y llevar á cabo el renacimiento moderno de la joya.

En todas las aplicaciones del arte á los objetos de la vida vulgar, la primera de las dificultades consiste en llegar á crear una cosa que sea á la vez bella y práctica para el uso á que se la destina.

La joya no debe ser considerada como una pieza de museo ó de vitrina. Destinada al adorno de la mujer, es preciso que complete su *toilette* y que haga resaltar su belleza, sin romper en nada la armonía del conjunto.

El dibujo — evitando siempre la deplorable trivialidad de antaño — debe ser bastante claro, bastante comprensible, bastante *legible* para hacerse familiar á la mirada; por tanto, antes de admirarlo la inteligencia, han de verlo con gusto los ojos.

Este principio se observa de manera muy hábil en las joyas de estilo moderno que reproducimos en esta página y que resumen bien la actual evolución del arte decorativo en la joya. Que el *motivo* del dibujo sea una figura, flores *stylisées* ú otro cualquier detalle inspirado por la naturaleza, la belleza de la joya se impondrá siempre y escapará á las censuras que sin duda merecería una obra menos estudiada y que debiese su aire de novedad, ya á lo raro, ya á lo extraordinario de la composición.

Algunas florecillas *stylisées*, un lindo detalle ornamental ó alguna deli-



Broche de cinturón, imitando espigas en brillantes sobre fondo de esmalte transparente

cada composición de figura:... con elementos tan sencillos, ¿cómo obtener la brillante é infinita *variedad de aspecto* que se admira justamente en el renacimiento de la joya?

Aquí es en donde interviene el trabajo minucioso, «de oficio», sin cesar renovado, sin cesar en vela, y que ha contribuído tan eficazmente al éxito triunfal de los joyeros-artistas franceses en la Exposición.

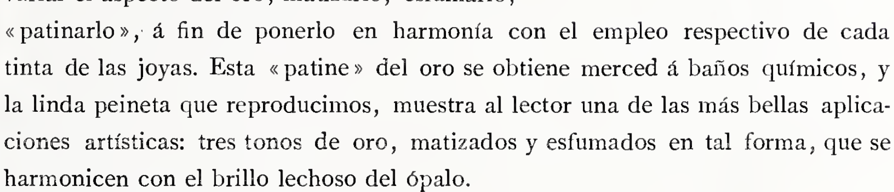
Decimos y repetimos á cada rato que la harmonía de la línea y el empleo de los colores son el principio inspirador de cada joya.

Pero componer y matizar un dibujo inspirándose en los más delicados colores de la naturaleza, es una obra relativamente fácil cuando se la compara con la dificultad de repetir este dibujo con materiales pesados y macizos como el oro y las pedrerías.

Aun las pedrerías ofrecen la prestigiosa magia de sus colores. ¿Pero el oro?... ¡El oro, durante tanto tiempo mal empleado y siempre con el mismo tinte uniforme y vulgar!...

Pendiente «Joaillerie», en brillantes, ópalo y perlas

El primer cuidado del joyero ha sido el de variar el aspecto del oro, matizarlo, esfumarlo, «patinarlo», á fin de ponerlo en harmonía con el empleo respectivo de cada tinta de las joyas. Esta «patine» del oro se obtiene merced á baños químicos, y la linda peineta que reproducimos, muestra al lector una de las más bellas aplicaciones artísticas: tres tonos de oro, matizados y esfumados en tal forma, que se harmonicen con el brillo lechoso del ópalo.





Peineta de ópalo y oro cincelado

La modificación del tono clásico del oro en *oro verde, oro amarillo, oro rojo,* etcétera, se imponía también para su mezcla con los *esmaltes,* que son la base de la mayor parte de las composiciones de estilo moderno, y que embellecen los eslabones de la cadena-*sautoir* ó de los brazaletes flexibles.

Esmalte pleno, es decir, aplicado sobre fondo de oro, esmalte transparente, ó esmalte traslucido, engastado de trocitos de oro.

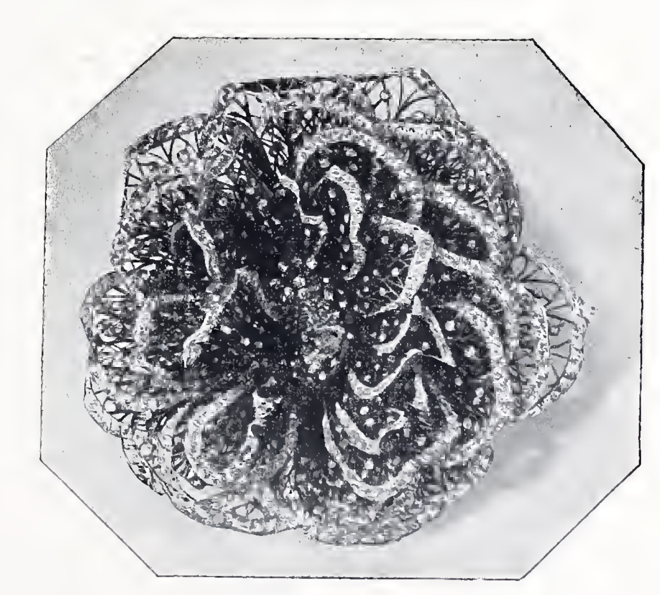
Los más encantadores ejemplares del oro cincelado y «patinado» en tintes nuevos, se encuentran, sobre todo, en los broches de cinturón y en los «pendentifs» ó colgantes, joya de nueva invención, que se hace en oro cincelado sobre fondo de esmalte (modelo «la Frileuse»), ó bien en esmalte engastado en oro y con motivo «joaillerie» (modelo: espigas en brillantes).

Hé aquí ahora una de las últimas *tendencias* de la joya moderna: el consorcio más íntimo de la joyería y del arte lapidario, es decir, el trabajo artístico del oro y del esmalte, subrayado, completado y puesto de relieve por las tonalidades de la piedra preciosa, diamante ú ópalo, esmeralda ó rubíes, topacio ó záfiro.

En nuestro grabado, la rosa negra en metal oxidado es uno de los más interesantes «spécimens» de este género de trabajo. La forma del metal, completamente renovado como tinte y como cinceladura, se armoniza tan bien con las pedrerías, que semejante rosa, colocada en los cabellos ó en el talle, más parece una perfumada flor natural que una encantadora joya cincelada y labrada á la moderna.



X.



Rosa en metal cincelado y oxidado y la corola en diamante «jonquille»



DANIEL U. VIERGE.—RAZZIA DE BOOCKMAKERS EN LONGCHAMPS



LOS NIBELUNGOS

(Continuación)



»Con la buena espada que se llamaba Balmug lo hizo. El gran temor que llegó á inspirar á muchos jóvenes guerreros la espada y el atrevido héroe, fueron causa de que se le sometieran los campos y las ciudades.

»Había herido ya mortalmente á los dos ricos reyes; Alberico puso en gran peligro su vida haciendo grandes esfuerzos, por vengar á sus señores, hasta que también él mismo experimentó la gran fuerza de Sigfrido.

»El enano vigoroso no pudo resistirlo tampoco. Como fieros leones huyeron á la montaña, en la que logró arrebatar á Alberico la Tarnkappa: de este modo, Sigfrido, el hombre terrible, logró hacerse dueño del tesoro.

»Los que se atrevieron á pelear con él, quedaron derrotados allí. Enseguida hizo conducir y depositar el tesoro al sitio de que lo habían sacado los Nibelungos. El fuerte Alberico quedó de guardian.»

De esta manera lo contó Hagen de Troneja. «Esto hizo el héroe; ningún otro guerrero adquirió tanto poderío.

»Me son conocidas también otras grandes aventuras suyas: la mano de ese héroe mató al Dragón y se bañó en su sangre, haciéndose su piel tan dura como el cuerno; muchas veces ha podido notarse, ningún arma le hace mella.

»Debemos recibir de la mejor manera al joven capitán, para que no excitemos la cólera de tan intrépido guerrero.»

El poderoso rey dijo entonces: «Debes tener razón. Nosotros debemos salir al encuentro de tan valiosa espada.»

«Bien podéis hacerlo sin deshonor, dijo Hagen; es de muy noble linaje, hijo de un rey poderoso. Paréceme que está preocupado; Nuestro Señor Jesucristo sabrá por qué.»

El señor de aquel país, dijo entonces: «Que sea bien venido; es bravo y noble, bien lo sé, y esto le será muy útil en el país de los Borgoñones.» El rey Gunter salió al encuentro de Sigfrido.

El real huésped y sus hombres, recibieron al extranjero de una manera tal, que nada se echó de menos en su cortesía.

«Me extrañó la noticia, dijo el rey, de que hubierais venido hasta este país, noble Sigfrido. ¿Qué habeis venido á buscar en Worms sobre el Rhin?» El extranjero respondió al rey: «No os lo ocultaré en modo alguno.

»En el reino de mi padre, supe que aquí á vuestro alrededor se encontraban los guerreros más valientes que rey pudo reunir, y he querido convencerme de ello: mucho he oído contar y por esto he venido.

»También os oí nombrar por vuestro valor; dicen que jamás se vió un rey tan bravo. Las gentes hablan mucho de ello en todos los países; no quiero marcharme sin haber probado vuestra bravura.

»Yo soy también un guerrero y en su día me ceñiré corona: quiero dar lugar á que se diga de mí que con justicia poseo hombres y tierras. Por merecerlo expondré mi honor y mi vida.

»Por más que seais tan poderoso como me han dicho, casi no siento ninguna inquietud, y (cause á alguno pesar ó alegría) quiero arrebataros lo que poseeis, campos y ciudades, y someterlos á mi dominio.»

El rey se extrañó y también sus hombres al escuchar que quería arrebatarle su reino; al oír tal amenaza aquellos guerreros, se estremecieron de cólera.

«¿Cómo es esto?, dijo Gunter al héroe, ¿he merecido yo perder por la violencia de un extranjero el país que durante tanto tiempo gobernó mi padre con honor? Os haremos ver que también nosotros, practicamos la caballería.»

«No me quiero marchar, dijo el atrevido joven, si tus dominios no siguen en paz gracias á tu valor: quiero conquistarlos todos; también las tierras mías, te quedarán sometidas si la fuerza te las hace conseguir.

»Tu herencia y la mía serán una apuesta igual; al que triunfe del otro, le quedará sometido todo, las tierras y los habitantes.» En aquel instante, respondieron Hagen y Gernot:

«No sentimos deseos, dijo Gernot, de conquistar nuevas tierras, y dar lugar á que por este motivo mueran muchos á manos de los guerreros: poseemos en justicia ricos dominios que nos obedecen y que no se someterán más que á nosotros.»

Allí se encontraban todos los amigos inflamados por la cólera. Entre ellos estaba Ortewein, señor de Metz, que dijo así: «La reconciliación sería para mí un dolor terrible: sin motivo ninguno, os ha provocado el fuerte Sigfrido.

»Si vosotros y vuestros hermanos no tenéis valor, aun cuando trajera en su compañía un real ejército, me atrevería á combatir con él de tal modo, que en adelante el atrevido héroe renuncie por razones poderosas á su impertinencia.»

Tales frases despertaron la cólera del héroe del Niderland: «Tú brazo no puede medirse con el mío: yo soy un rey poderoso, tú no eres más que un vasallo de rey; doce como tú, no podrían resistirme en el combate.»

«¡Á las espadas!» gritó inmediatamente Ortewein, señor de Metz, que ciertamente era digno de ser hijo de la hermana de Hagen de Troneja. Entonces habló Gernot:

«Calmad vuestra cólera,» dijo á Ortewein. «Nada ha dicho aun el noble Sigfrido para que sea imposible terminarlo todo cortesmente. Así pienso yo; tengámosle por amigo y será honroso para nosotros.»

El fuerte Hagen dijo entonces: « Nos causa gran pesar que para venir á combatir haya atravesado el Rhin con sus guerreros: jamás debió hacer semejante cosa, pues de mis hombres no recibió ofensa parecida. »

Sigfrido, el héroe valeroso, respondió: « ¿Os ofende lo que he dicho, señor Hagen? Si así fuera, á vos os toca escojer si quereis que mi valor sea terrible para los Borgoñones. »

« Solo yo basto para impedirlo » replicó Gernot. Prohibió á todos sus guerreros que hablaran con desacato por que aquello le disgustaba. Sigfrido también pensaba en la hermosa joven.

« ¿Porqué nos ha de ser necesario combatir contra vosotros? preguntó Gernot. Si en la lucha murieran muchos héroes, para nosotros no sería honra ninguna y vos no conseguiríais provecho. » Al escuchar estas palabras, Sigfrido, el hijo del rey Sigemundo, respondió:

« ¿Porqué Hagen y también Ortewein desean afrontar el combate en compañía de sus amigos cuando tienen tantos entre los Borgoñones? » Todo quedó terminado; el consejo de Gernot prevaleció.

« Para nosotros seréis bienvenidos tú y los que te acompañan, dijo el jóven Geiselher: yo y todos mis amigos queremos serviros. » Y escanciaron á los extranjeros vino del rey Gunter.

El soberano del país añadió: « Todo lo que aquí hay es vuestro, según prescriben las reglas del honor; cuerpos y bienes serán divididos con vosotros. » Al escuchar esto, la cólera de Sigfrido se aplacó un tanto.

Hicieron cuidar sus equipajes y se buscaron para los acompañantes de Sigfrido los mejores alojamientos que había. Desde entonces todos vieron con gusto al extranjero en el país de los Borgoñones.



Grandes honores les hicieron durante muchos días; cien veces más que todos los que yo podría decir.

En todas las diversiones del rey y de sus hombres, se mostró siempre superior. Cualquier cosa que se intentara, era tan grande su fuerza, que nadie podía igualarlo, fuera en arrojar la piedra ó en lanzar la flecha.

Como siempre estos juegos se hicieron por cortesía delante de las mujeres, que veían con sumo gusto al héroe del Niderland, él tenía fijos sus sentidos en un elevado amor.

Las hermosas mujeres de la corte, querían saber noticias. «¿De donde es?» Muchos contestaban: «Ese es el héroe de Niderland.»

Para cualquier ejercicio estaba siempre dispuesto; llevaba en su mente una amorosa y bella virgen á la que todavía no había visto y ella también lo sentía en su corazón.

Cuando caballeros y escuderos celebraban justas en el patio, Crimilda, la respetada hermana del rey, los miraba desde la ventana.

Si hubiera sabido que le estaba mirando aquella de quién sentía lleno su corazón, hubiera sido para él grande alegría.

Cuando se hallaba en la corte entre los demás caballeros, como ocurre en los juegos, parecía tan digno de ser amado el hijo de Sigelinda, que más de una mujer sentía enternecido su corazón.

Con frecuencia pensaba: « ¿De qué modo llegarán mis ojos á ver á esta noble joven á la que desde hace mucho tiempo amo con todo mi corazón? Aun no la conozco; no debo sentir aflicción. »

Cuando los poderosos reyes viajaban por su país, los guerreros tenían que acompañarlos y Sigfrido también: esto era un dolor para las mujeres; por esto muchas veces á causa de su amor sentían gran pena.

De este modo permaneció con los guerreros, esta es la verdad; en el país del rey Gunter vivió un año sin haber visto en este tiempo á la mujer amada, por la que poco depués experimentó gran felicidad y grandes aflicciones

IV

DE COMO SIGFRIDO COMBATIÓ Á LOS SAHSEN

Al reino de Gunter llegaron extrañas noticias: guerreros desconocidos de país lejano, le enviaron mensajes en los que rebosaba el odio. Al escuchar la narración aquella, todos experimentaron verdadero espanto

Os diré los nombres de aquellos guerreros: eran Ludegero, rey de los Sahsen, jefe poderoso y respetado, y su compañero el rey Ludegasto de Dinamarca, á los que en su expedición acompañaban muchos valerosos capitanes.

Llegaron ante Gunter los emisarios que enviaban sus enemigos: preguntáronle qué noticias traían, é inmediatamente fueron conducidos á la corte, á la presencia del rey.

Después de saludarlos atentamente, les dijo: « Sed bienvenidos. Yo no conozco á los que os envían, vosotros me diréis quienes son. » Así dijo el buen rey. Temían grandemente el furor de Gunter.

« Ya que nos autorizáis para manifestar el mensaje de que estamos encargados, no os lo ocultaremos. Sabréis los nombres de los héroes que nos envían: Ludegasto y Ludegero quieren recorrer vuestro país.

» Habéis incurrido en la cólera de ambos; nosotros sabemos que dichos héroes os odian profundamente, y quieren venir con un ejército á Worms sobre el Rhin; muchos guerreros los siguen y debéis estar prevenidos.

» Dentro de doce semanas debe llevarse á cabo la expedición. Si contáis con buenos amigos, hacedlos venir al momento para que protejan la tranquilidad de vuestros campos y ciudades: aquí quedarán hechos pedazos muchos yelmos y muchos escudos.

» Pero si quereis entrar en tratos con nuestros gefes, hacedles proposiciones; de este modo dejarán de avanzar las huestes de vuestros poderosos enemigos, que se aproximan para causar profundo sentimiento en vuestro corazón, pues á sus manos deben morir gran número de caballeros afamados. »

« Esperad algun tiempo y os haré conocer mi voluntad cuando haya reflexionado lo más justo. »

Así dijo el buen rey: « No ocultaré nada á mis notables: me quejaré á mis fieles amigos de este mensaje de guerra. »

Con aquello tuvo un gran pesar el rico Gunter; constantemente pesaban sobre su corazón aquellas noticias. Hizo llamar á Hagen y á otros muchos de sus leales, mandando al propio tiempo que fueran á dar aviso á la corte del rey Gernot.

Los mejores guerreros que podían hallarse entonces acudieron inmediatamente. El rey les dijo: «Los enemigos vienen para atacarnos con fuerte ejército; hay que tener cuidado.»

« Nos defenderemos con las espadas, » dijo Gernot. «Sólo mueren los que están destinados á morir; los muertos quedan en la tumba, más no por esta causa me puedo yo olvidar de mi honor: no serán bien venidos nuestros enemigos.»

Despues dijo Hagen de Troneja. «Esto no me parece bien; Ludegasto y Ludegero se muestran demasiado impertinentes. Nosotros no podemos reunir en tan poco tiempo á toda nuestra gente.» Así habló el atrevido guerrero: «Es menester hacérselo saber á Sigfrido.»

Dieron aposento en la ciudad á los mensajeros. Gunter el rico, mandó que los trataran bien.

El rey en gran cuidado sentía vivo dolor en su corazón. Un caballero muy valiente que aún ignoraba lo que había sucedido, al verlo tan pesaroso, rogó á Gunter le dijera la causa de ello.

«Me llama la atención extraordinariamente» — le dijo Sigfrido — «que hayais cambiado las alegres diversiones á que desde hace mucho tiempo nos teníais acostumbrados.» Gunter, el afamado guerrero, le respondió:

«No puedo comunicar á todos los grandes pesares que me atormentan y que llevo secretos en el fondo de mi corazón. Solo á los amigos deben comunicarse las penas que nos oprimen el alma.» El rostro de Sigfrido tornóse pálido y rojo.

Le dijo al rey de este modo: «¿Os he negado yo alguna cosa? Yo os ayudaré en todos vuestros pesares. Buscáis amigos: yo quiero ser uno de ellos y os seré fiel con honor hasta mi muerte.»

«Que Dios os lo premie, señor Sigfrido; vuestras palabras me hacen bien; y aun cuando nadie me quisiera ayudar, me alegraría la noticia, ya que tan fiel me sois.

»Ahora os diré las causas que me tienen tan afligido. Me han hecho saber unos mensajeros de mis enemigos que quieren perseguirme hasta aquí con su ejército; nadie hasta ahora se atrevió á inferirnos en nuestro país injuria semejante.

»No os preocupéis por nada de eso,» contestó Sigfrido. «Calmad vuestro espíritu y concededme lo que os pido. Dejadme defender vuestro honor y vuestros intereses y rogad á vuestros amigos que vengan á ayudaros.

»Aun siendo treinta mil los hombres que traigan vuestros fuertes enemigos, los podré combatir aunque lleguen solo á mil aquellos de que yo pueda disponer: dejad esto á mi cuidado.» El rey Gunter le respondió: «Siempre os estaré agradecido.»

«Haced que se pongan á mis órdenes mil de vuestros hombres, porque de los míos solo tengo aquí doce; yo defenderé vuestro país: Sigfrido os servirá siempre fielmente con todo su poder.

»También nos ayudarán Hagen y Ortewein y vuestros queridos guerreros Dankwart y Sindoldo; el audaz Volker vendrá con nosotros llevando el estandarte; á ninguno mejor que á él se le puede confiar.

»Dejad que regresen los mensajeros al país de sus señores; que les hagan saber que muy pronto nos veremos para que nuestras ciudades permanezcan en paz.»

Comparecieron ante la corte los emisarios de Ludegero: estaban sumamente contentos porque sabían que iban á volver á su patria. Gunter, el buen rey, les hizo ofrecer ricos presentes y les concedió una escolta, de todo lo cual se mostraron ellos muy satisfechos.

«Haced saber á mis fuertes enemigos,» les dijo Gunter, «que harían bien en renunciar á su expedición: pero que si quieren venir á hostilizarme en mi país y mis fieles no me abandonan, tendrán mucho que hacer.»

Dió magníficos regalos á los mensajeros, que marcharon inmediatamente.

Cuando los mensajeros llegaran á Dinamarca y el rey Ludegasto tuvo conocimiento del modo como venían del Rhin y de la arrogancia de los Borgoñones, se irritó mucho.

Le manifestaron que había allí muchos hombres atrevidos. «Además hemos visto uno al lado del rey Gunter que se llama Sigfrido, un héroe del Niderland.» Al saber esto Ludegasto se puso en gran cuidado.

Enterados de esto los de Dinamarca, se apresuraron sin descanso á reunir aliados hasta que el rey Ludegasto contó para realizar su expedición con veinte mil guerreros escogidos entre los hombres más esforzados.

El valeroso Ludegero, jefe de los Sahenos, los llamó, logrando reunir además unos cuarenta mil ó más con los que se proponían invadir el país de los Borgoñones. También había mandado reclutar el rey Gunter.

Entre sus amigos y entre los del señor su hermano, los que quisieran tomar parte en aquella guerra, y lo mismo había hecho Hagen entre sus guerreros: estos héroes debían marchar al peligro. Muchos murieron en él.

Se dispusieron á partir precipitadamente. Cuando salieron, Volker el audaz, llevaba el estandarte y cuando abandonaron á Worms sobre el Rhin, Hagen de Troneja era el jefe de las huestes.

Con ellos iban también Sindoldo y el atrevido Hunoldo, capaces de merecer todo el oro del rico rey, Dankwart el hermano de Hagen y también Ortewein, que seguramente podían formar parte con honor de aquel ejército.

«Señor rey» dijo Sigfrido: «permaneced al lado de las mujeres y estad siempre tranquilo de espíritu.

»Los que quieren atacaros en Worms sobre el Rhin, á los que yo detendré, podían quedarse donde están: nosotros avanzaremos tanto en el país de ellos, que su arrogancia se convertirá en aflicción.»

Después de abandonar el Rhin atravesaron el Hesse con sus guerreros, dirigiéndose al país de los Sahsen; pronto entraron en combate. Con el saqueo y el incendio hicieron tan grandes destrozos en el país, que los dos príncipes experimentaron gran pena al saberlo.

Llegaron á la Marca; los soldados apresuraban el paso. El fuerte Sigfrido comenzó á preguntar: «Quién se encargará de proteger nuestra retirada? Nunca han tenido los Sahsen una campaña tan destructora.»

Le contestaron: «Que los más jóvenes queden guardando los caminos con el atrevido Dankwart que es un guerrero rápido: nosotros perderemos menor número á manos

de la gente de Ludegero; que en esta ocasión quede él con Ortewein formando la retaguardia.

«Yo mismo avanzaré» dijo Sigfrido el esforzado.

Y como sus deseos eran de avanzar, confió el cuidado del ejército á Hagen y á Gernot, hombres muy valientes.

Extendido en el campo, vió un ejército considerable que excedía en mucho al que llevaba él; serían unos cuarenta mil ó más: enardecido Sigfrido, los veía con grandísima alegría.

Del campamento había avanzado también un guerrero para hacer guardia y estaba muy vigilante: vió al héroe Sigfrido y éste al audaz joven. Inmediatamente ambos se comenzaron á observar.

Os diré quién era aquel que se encontraba de avanzada; tenía embrazado un brillante escudo de oro; era el rey Ludegasto que velaba por sus huestes. El noble extranjero se irguió altivamente.

También el rey Ludegasto le dirigió furiosas miradas. Hicieron botar sus caballos, clavándoles las espuelas en los hijares; uno y otro blandiron las lanzas contra los escudos: en aquel momento el poderoso rey fué acometido por un violento temor.

Después del primer golpe, los caballos arrastraron á los dos hijos de reyes como si los impeliera una tormenta; como buenos caballeros, los contuvieron con las bridas, y aquellos dos furiosos á quienes la cólera animaba, se acometieron con las espadas.

El bizarro Sigfrido hirió entonces con tanta fuerza, que retembló todo el campo; de los yelmos y de las espadas brotaban á los golpes de los héroes rojas chispas de fuego: cada uno había hallado en el contrario un adversario igual.

También el rey Ludegasto descargaba sobre su enemigo repetidos golpes; los brazos de ambos caían pesadamente sobre el escudo del contrario. Treinta de sus hombres se apercibieron del combate, mas, antes de que llegaran, Sigfrido había conseguido el triunfo.

Por tres anchas heridas que hizo al rey, brotaba la sangre á través de las junturas de su hermoso arnés; la sangre de las heridas corría por el filo de la espada: el valor del rey Ludegasto se convirtió en triste desaliento.

Le pidió la vida y le ofreció su reino diciéndole que se llamaba Ludegasto. Llegaron sus guerreros que habían visto muy bien lo ocurrido entre los dos centinelas avanzados.

Cuando Sigfrido quiso llevarse al derrotado, le asaltaron treinta de sus hombres: entonces el brazo del héroe defendió á su noble prisionero, dando terribles golpes con los que causó grandes destrozos entre aquellos guerreros ricamente ataviados.

Con gran arrojo logró matar á los treinta; uno solo quedó con vida y corrió rápidamente á dar la noticia del suceso; la verdad podía confirmarla su enrojecido casco.

Cuando supieron la noticia los de Dinamarca, experimentaron gran dolor al ver su rey prisionero. Dijéronla á su hermano y éste comenzó á bramar con indecible rabia, como si á él le hubiera ocurrido.

El rey Ludegasto fué conducido en brazos de los hombres poderosos de Gunter que mandaba Sigfrido. Lo dejó en poder de Hagen; cuando el atrevido guerrero supo quién era, experimentó grande alegría.

Dijo á los Borgoñones: «Reclamad las banderas.»

«Adelante» gritó Sigfrido: «Muchas cosas se han de realizar en este día si yo no pierdo la vida: esto entristecerá á más de una hermosa mujer del país de los Sahsen.

»Vosotros, héroes del Rhin, seguidme; yo puedo conduciros á donde está el ejército de Ludegero. Veréis como se rompen sus cascos á los golpes de los valientes guerreros; antes de que volvamos, hemos de experimentar no pocos sobresaltos.»

Gernot y los que le habían acompañado se dirigieron hacia el sitio en que se encontraban sus caballos. El intrépido, el atrevido bardo Volker, levantó el estandarte y se puso á la cabeza de las huestes; los demás se prepararon también valientemente al combate.

No ascendían á más de mil hombres con doce jefes. Á sus pasos comenzó á levantarse el polvo del camino; avanzaban por la llanura y se veía brillar más de un reluciente escudo.

También se habían aproximado los Sahsen y su jefe llevando las espadas afiladas.

La hueste que mandaba el rey se adelantó: también avanzaba Sigfrido rodeado de los doce hombres que había traído consigo del Niderland. En la tempestad de aquel día, más de una mano se tiñó de sangre.

Sindoldo, Hunoldo y también Gernot, dieron muerte á gran número de guerreros antes que hubieran podido probar cuan grande era su bravura.

Volker, Hagen y Ortewein empañaron también en el combate la brillantez de más de un reluciente casco con la sangre que hacían verter aquellos hombres terribles como el rayo. Dankwart realizó por su parte prodigios de valor.

Los de Dinamarca probaron á su vez la fuerza de sus brazos; se escuchaba el golpear de los escudos al ser heridos y el chocar de las espadas. Los Sahsen, bravos en la lucha, hicieron un gran destrozo.

Los Borgoñones se atropellaban en el combate y abrieron más de una profunda herida. La sangre corría á torrentes por encima de las monturas; así procuraban quedar honrados aquellos caballeros bravos y buenos.

Las aceradas armas se sentían crujir en las manos de los guerreros, con más vigor allí donde se hallaban los del Niderland; precipitábanse en pos de su jefe detrás de los escuadrones y llegaban heróicamente al par que Sigfrido.

Ni uno solo de los del Rhin podía seguirlos: á través de los relucientes yelmos se veía correr la sangre á los golpes de Sigfrido, que no paró hasta que vió á Ludegero delante de los suyos.

Tres veces seguidas se había abierto camino por en medio de todo el ejército; entonces llegó Hagen y lo ayudó á desahogar su cólera en el torbellino.

Cuando el fuerte Ludegero vió á Sigfrido, teniendo levantada la buena espada Balmung, que mataba á tantos de sus hombres, la cólera del jefe fué terrible.

Aquello era una horrible confusión y un ruído formidable: un odio feroz animaba á los combatientes.

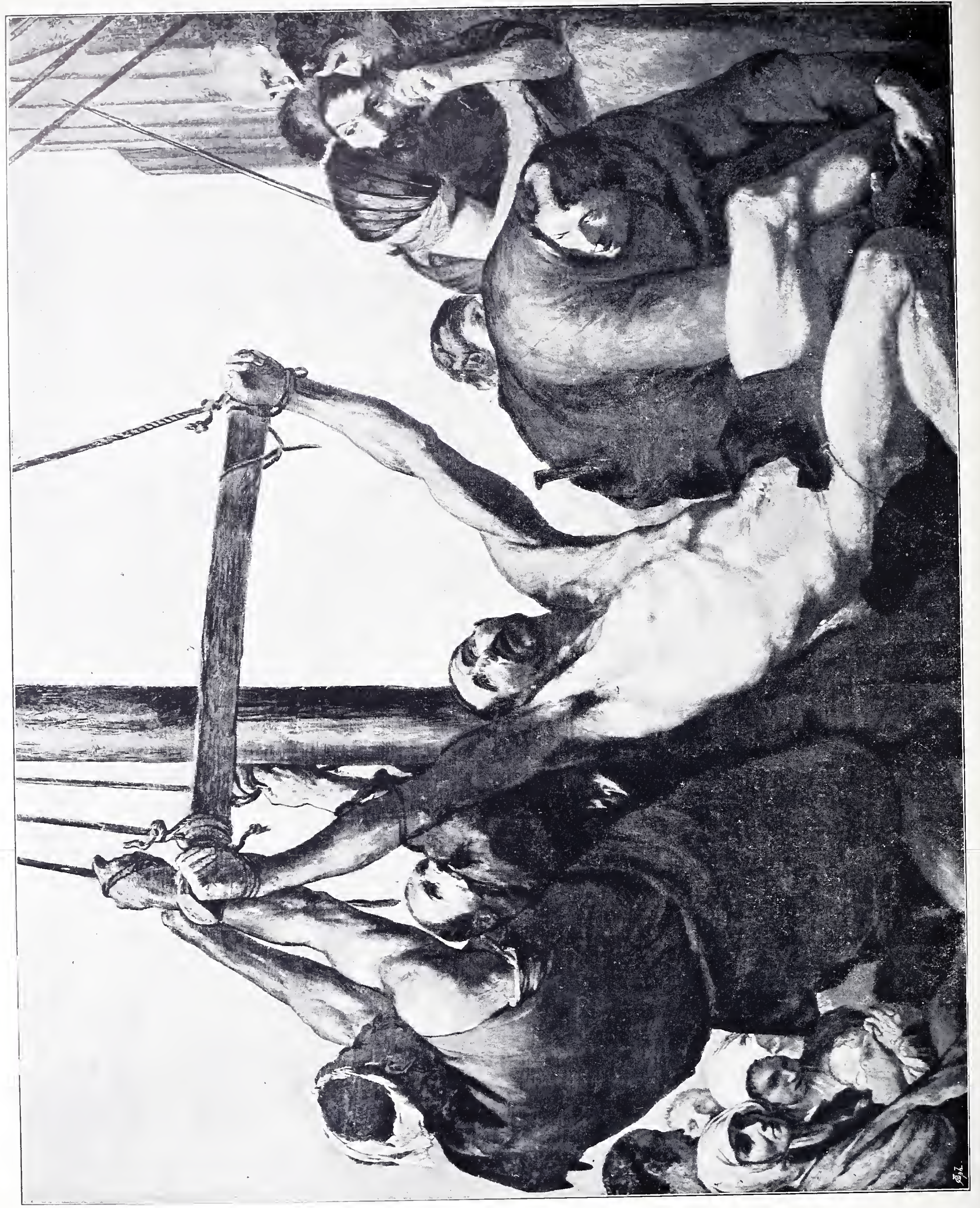
Al jefe de los Sahsen habían dado la noticia de que su hermano estaba prisionero, la cual le afligió mucho: sabía que solo el hijo de Sigelinda podía haber realizado tal hazaña.

Eran tan fuertes los golpes que Ludegero daba con la espada, que el caballo de Sigfrido cayó bajo la montura: pero luégo que se hubo levantado, el héroe desplegó en el combate una fuerza espantosa.

Le ayudaban Hagen y también Gernot, Dankwart y Volker, á cuyos tajos murieron muchos. Sindoldo, Hunoldo y Ortewein el atrevido, mataron á no pocos enemigos en el combate.

En aquella furiosa tormenta muchos guerreros caían de sus caballos. Uno sobre el otro se precipitaron Sigfrido el valiente y el rey Ludegero. Se veían volar las astas y los hierros de más de una aguda lanza.

(Continuará)



J. RIBERA.—EL MARTIRIO DE SAN BARTOLOMÉ

Como se conocen las hormigas entre sí

Las hormigas se conocen muy bien unas á otras. Cuando una se introduce en una colonia que no es la suya, las demás se apresuran á matarla. Un naturalista alemán y, á fuer de tal, pacienzudo, ha procurado averiguar á qué sentido podía deberse un reconocimiento tan sutil, y ha descubierto que era cuestión de olfato. Ya otro naturalista inglés había observado que si una hormiga tocaba el agua, sus compañeras la acometían infaliblemente al regresar al hormiguero, y había deducido de esto que el lavado hace perder á las hormigas una propiedad especial merced á la cual se reconocen. M. Forel había confirmado posteriormente esta hipótesis, demostrando que se puede poner frente á frente hormigas de nidos diferentes, con la condición de cortarles de antemano las antenas, que son sus órganos olfatorios. Agregando á estas consideraciones una nueva prueba, el susodicho naturalista alemán aplasta unas cuantas hormigas y, con el jugo que de ellas saca, unta otra hormiga, á la cual introduce en un hormiguero que no es el suyo. Si la hormiga ha sido perfumada con el jugo de las hormigas de este nido, se la recibe bien; pero en caso contrario la arremeten al punto. La misma suerte sufre una hormiga lavada con alcohol á 30° y metida luego en su propio hormiguero; pero si se la tiene aparte veinticuatro horas antes de introducirla en él, sus compañeras no la hacen nada, pues este tiempo debe ser suficiente para que recobre el olor de familia. Parece, pues, verosímil, que en el fenómeno curioso del reconocimiento, el olor y el olfato sean los factores principales.

El azúcar como alimento

La cuestión del azúcar como parte integrante de la alimentación del hombre y de los animales, está á la orden del día. El azúcar es un alimento, engendrador de fuerza, que sería muy ventajoso introducir en la alimentación diaria. Conviene hacer gran uso de él, pero sin abusar, porque, de lo contrario, podrían resultar perturbaciones nutritivas. Cada individuo está constituído de modo que no puede asimilarse más que un peso dado de materia azucarada; pasando de él, el azúcar queda en la sangre y se declara la glicosuria con sus inconvenientes, conforme ha podido observarse en obreros y empleados de refinerías, así como en las personas que abusan de los dulces y pasteles. Pero á dosis razonable, en el individuo cuyas funciones digestivas son normales, es de aconsejar el uso del azúcar. Suele decirse que el comer carne da fuerza. Sí y no. La carne, alimento nitrogenado, da músculo y hasta energía; pero, ¿de qué serviría el músculo si careciese de la fuerza para utilizarlo? Esta la engendran, ante todo, los alimentos hidrocarbonados, de los que forma parte el azúcar. Hay, pues, que absorberlo cuando se ha de sostener largo tiempo un esfuerzo considerable. Así se ha entendido por largo tiempo en la isla de Cuba, dando por todo desayuno á los negros ocupados en las penosas faenas de los ingenios, un puñado de azúcar, que conservaba sus fuerzas perfectamente hasta la hora de la comida. Entre la clase obrera no se tiene idea de las propiedades de este alimento, y en cambio se recurre al alcohol, que deprime y es causa de muchas enfermedades. Al azúcar, que no tiene ninguno de los inconvenientes del alcohol, no se le considera como alimento, lo cual es un error.

De algún tiempo á esta parte se ha empezado en París á alimentar á los caballos con azúcar, y se les ha podido dar sin inconveniente hasta 2'400 kilogs. diarios, mezclados con maíz, paja y heno. En la Compañía de pequeños carruajes, donde se han hecho las pruebas, se ha adoptado la ración de 1|10; pero con la de 1|22, los caballos han trabajado más, bebiendo menos. Los animales alimentados con azúcar, no han variado de peso.

En Alemania también se hacen experimentos sobre el uso de esta sustancia, y se da á los caballos, á los bueyes y á los cerdos. En el ejército, merced á una ración suplementaria de azúcar, han podido los soldados soportar en excelentes condiciones marchas forzadas muy penosas. En Francia se van á hacer asimismo en Soissons pruebas de igual clase en la alimentación del soldado.

Pero, lo repetimos, á quienes se debe convencer de la utilidad alimenticia del azúcar, es principalmente á los trabajadores del campo, y á cuantos obreros gastan gran energía y fuerza en sus oficios. El resultado sería satisfactorio.

* * *



Segunda Exposición de HISPANIA en el Salón Parés


ECCE HOMO
HISPANIA
CRIADO

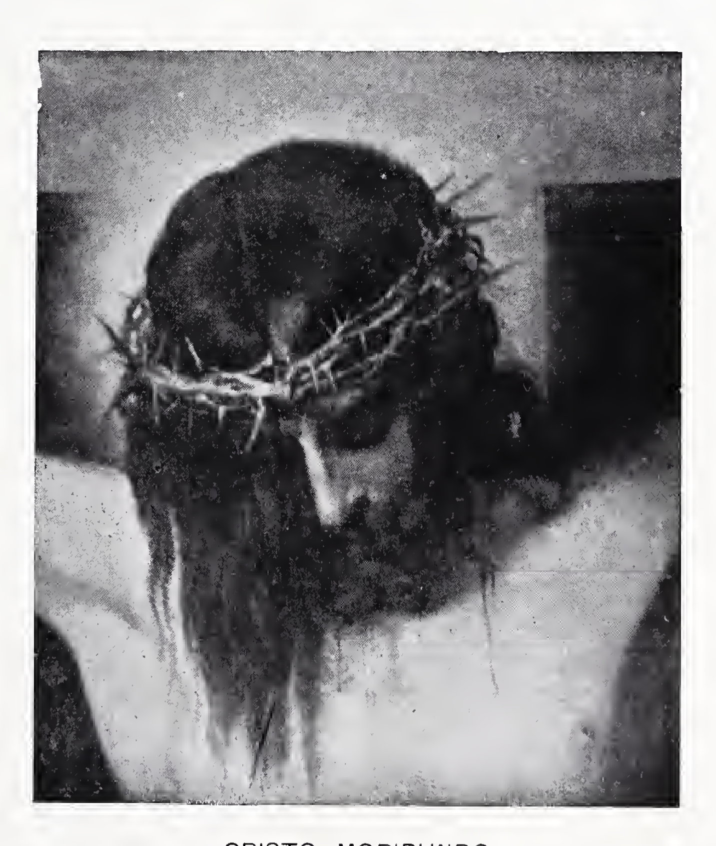


SUMARIO

J. TORRES. — PLAZA DE CATALUÑA

EL DIVINO ROSTRO

El amor á Jesucristo nos hace sentir un deseo vehementísimo de conocer los rasgos de su fisonomía, como Dios hombre; y por desgracia debido á que entre los judíos no estaba en uso la pintura, no tenemos ningún retrato auténtico del Salvador. Las medallas hebraicas y los vidrios y frescos de las Catacumbas que nos representan á Cristo Nuestro Señor, son posteriores á su crucifixión y muerte, pero nos han conservado los delineamientos principales del Divino rostro, pudiendo decir que convienen todos en el arquetipo bajo el que nos figuramos al Redentor y que por tradición se ha conservado en el decurso de los siglos. En estos venerables restos de la antigüedad y entre ellos en el retrato del Divino rostro del Rey Abjar, existente en la ciudad de Edesa, en el Santísimo sudario llamado *La Verónica* de la iglesia de S. Pedro de Roma, en los dos bosquejos del rostro de Nuestro Señor de las iglesias de Santa Práxedes y de San Silverio de la propia ciudad, y muy principalmente en una preciosa imagen de la catacumba de S. Calixto, se han inspirado los pintores y artistas de todas las naciones, para dar al Redentor la serenidad y majestuosa dulzura que le atribuyen los libros sagrados, los cuales le presentan como dice San Juan *lleno de gracia y de verdad* y á quien encomia David llamándole *el más hermoso entre los hijos de los hombres.* Y en verdad los Padres de la Iglesia y principalmente S. Ambrosio, S. Agustín y S. Gerónimo, en unión con el Crisóstomo y con S. Gregorio de Niza y con S. Juan Damasceno, han presentado siempre al Salvador del mundo dotado de todas las perfecciones de la naturaleza, semejante á la *juvenil belleza de David,* aunque de hermosura todavía más peregrina y ornado de tal esplendor que según tradición hasta deslumbraba la vista. De todos modos, aunque diversas las figuras de Cristo que nos ha legado la Iglesia cristiana, tienen todas, consideradas colectivamente, el tipo más ó menos modificado, que en sus principales líneas características ha llegado hasta nosotros y que ha sido del dominio de los artistas tanto de Roma como de Bisancio. Y todos los pintores y escultores, indistintamente, siempre que han tratado de presentarnos al Redentor, lo han hecho inspirándose en el tipo que la tradición nos ha transmitido y que se halla en la conciencia universal, único bajo el cual es reconocido por el humano linaje. Por esto, á pesar de las mudanzas de los tiempos, y de las evoluciones y de los progresos del arte, el tipo característico del rostro de Jesucristo en sus líneas generales se ha conservado siempre idéntico é inalterable. No obstante, ya se comprende que no debía el arte darnos un trasunto frío y seco de los testimonios venerables de la Sagrada faz que se han conservado en los primeros siglos. Podrán estos restos sagrados descubrirnos el carácter del rostro divino, pero faltaba desenvolverlo, completarlo, para que al reproducir el tipo, se lograse comunicarle el sentimiento de la expresión y de la divinidad. Este trabajo, fruto de la evolución y del perfeccionamiento del arte, es el que á porfía han acometido los excelsos maestros de la pintura, dándonos las más bellas interpretaciones de la Divina faz. No diremos cómo ésta ha sido tratada por Leonardo de Vinci, por Miguel Ángel, por Ticiano Vecelli y por Rafael Sanzio. No hablaremos del cariño con que después ha sido estudiada



CRISTO MORIBUNDO

Del cuadro de la Crucificción, de Velázquez, existente en el Museo del Prado de Madrid



NOLLI ME TANGERE

Cuadro del Correggio, existente en el Museo del Prado de Madrid

por Botticelli, el Sardo, Guido Reni, el Giotto, Mantegna, el Perugino y Julio Romano. ¿Quién puede olvidar la figura del Señor del cuadro del Bautismo del Tintoretto? ¿Puede la imaginación concebir obra más celestial como la pintada por el Correggio en su cuadro *Nolli me tangere?* ¿Y qué diremos de los enérgicos y nobles tipos del potente ingenio de Pablo Veronés? Son tan conocidos los cuadros de estos egregios maestros que no hay quien al recordar á Cristo Nuestro Señor, no evoque las imágenes que debemos á su inspiración. Es imposible olvidar la dulzura con que nos lo representan y la gracia de que han sabido dotarle. Todos han suspirado por acercarse al arquetipo divino sugerido



BUSTO DEL SALVADOR
Del cuadro de la Coronación de la Virgen, pintado por Velázquez, existente en el Museo del Prado de Madrid

por la imaginación en la conciencia de los pueblos. Manifestaba el Tiziano poco antes de morir que sólo anhelaba que Dios le diese vida suficiente para pintar un Cristo que correspondiese á la Divina Majestad, y esto lo decía quien lo había presentado á la admiración del mundo con tan inexplicable y sobrenatural belleza. No obstante, tal vez exceda al Tiziano y á todos los genios de la pintura el nunca bien ponderado Leonardo de Vinci, que supo dar al Salvador, en su última cena, la expresión más soberanamente hermosa que la inteligencia del hombre puede concebir y que mejor se acomoda á la figura del Buen Pastor al darse á sí propio en alimento en el augusto día en el que instituyó el Sacramento de su amor. No hay que negar por esto el acierto con que han interpretado el semblante del Dios vivo los pintores de la escuela alemana, y aun que esta no contara sino con los ejemplares que debemos á Alberto Durero, á Holbein y á Van Dick, á Memling y á Van-der-Weide, serían éstos suficientes para tener del hombre Dios los tipos más elevados y de más acabada realeza. Es una lástima, no obstante, que al hablar de la competencia que se han hecho en este punto todas las escuelas, se haya dejado poco menos que olvidada la española, y esto que los tipos que la nuestra ha concebido del Redentor del mundo son modelos inimitables de distinción y dignidad. Precisamente la figura del Dios vivo ha ejercido una verdadera fascinación en los pintores, y por esto los nuestros, siendo como eran tan cristianos, no podían sustraerse á semejante influjo. La figura del Cristo de la Crucifixión, de Velázquez, no tiene rival por su severidad y divina belleza. Es imposible contemplar aquella portentosa efigie sin que el ánimo se sienta sobrecogido de la más honda tristeza. La figura del Señor en la «Coronación de la Virgen», debida á su pincel, es otro portento de gracia y majestad, por nadie superado. Bastaría por sí solo para inmortalizar la escuela madrileña. Y, no obstante, no le va en zaga la sevillana, á la que Bartolomé Esteban Murillo ha impreso su potente personalidad. Efectivamente, no puede darse tampoco nada tan conmovedor como la figura que nos ha dejado de Nuestro Señor Jesucristo, desprendiendo su brazo del sagra-



BUSTO DEL SALVADOR
Del cuadro del Bautismo del Señor, pintado por el Tintoretto existente en el Museo del Prado de Madrid



BUSTO DEL SALVADOR
Del cuadro del Enterramiento del Señor, pintado por Wan-Dych, existente en el Museo del Prado de Madrid



LA ULTIMA CENA DEL SEÑOR

Pintada por Juan de Juanes, existente en el Museo del Prado de Madrid

do leño para acercar á su pecho á S. Francisco de Asís. No es posible dar muestra de mayor y más elevada inspiración á la cabeza y al cuerpo entero del Redentor. Y si á su vez nos fijamos en la escuela valenciana, ha de quedar suspensa nuestra vista y atónita el alma, contemplando los cuadros que nos quedan de Juan de Juanes, particularmente en su Jesús con la sagrada forma y en su Cristo en el Cenáculo, en cuyos cuadros la figura del Salvador del mundo ha sido presentada con la dulzura mayor que el sentimiento humano puede llegar á alcanzar. Injusto sería, ahora, al hablar de los pintores españoles, omitir á Luis Rosales, el Divino, que con tanto cariño ha tratado la sacrosanta figura del Rey de los Reyes, sobre todo en sus Ecce-homos, en la imagen de Jesús Nazareno y en la de Jesús muerto en brazos de su Santísima Madre, pues no es posible imaginar mayor sentimiento dentro de un realismo más caracterizado y de mejor ley. Tampoco es posible olvidar á Zurbarán y menos aun á Carreño. Nada tan admirable como la faz de su Cristo, inclinando su cuerpo desde la cruz para hablar en el desierto á S. Bruno. Y aun dentro de la pintura catalana pueden ofrecerse acabadas y felicísimas muestras dadas por nuestro Viladomat, que no va en zaga al mismo Greco en la representación humanada de Cristo, en el cuadro del enterramiento del conde de Orgaz. Y no siendo catalán de origen, pero considerado como si lo fuese, puede también presentarse como modelo á Flaujer, que brilló en el comienzo del siglo pasado, de quien se pueden presentar figuras del Señor pintadas con una elegancia y una inspiración superiores á todo encomio. Imposible es decir en qué elementos se han inspirado y de qué fuentes han bebido los pintores españoles, al bosquejar los inimitables modelos que son el embeleso de la vista y el encanto de nuestra alma. No sabemos si, como el Beato Angélico, adaptaron el tipo del lienzo de la Verónica, ó si, á semejanza de Giambelino, maestro del Tiziano, tomaron la figura del Redentor del mosáico que existe en la iglesia de los Santos Damiano y Cosme, pero, indudablemente, han tenido presente estos bellos ejemplares y los de los grandes maestros que les precedieron y que en ellos se han inspirado, si bien amoldándolos al sello de nuestra raza, dotándoles de los atributos que nos caracterizan, y por esto, en los tipos del Hombre Dios de nuestros egregios pintores, es donde se hallan las páginas más sublimes de la distinción y caballerosidad españolas, y donde mejor se encuentran retratadas la nobleza y dignidad de nuestro carácter. En una palabra, no tiene nuestra nación que envidiar nada á las demás en esta competencia honrosísima; al revés, puede presentar y envanecerse de muchos ejemplares y modelos, que, si no han superado á los antes conocidos, no ceden á los mejores y más celebrados de las escuelas italiana y flamenca, si no les ganan en naturalismo y verdad, como propias y características que son estas cualidades á la pintura española antigua, nunca suficientemente alabada, pues, á la par que es por todo extremo espiritual en sus concepciones, tiene el más acentuado realismo en cuanto á la representación, y por esto sus obras producen en el ánimo, en todas sus manifestaciones, una impresión tan honda y duradera, que nunca más se olvida en cuantos las contemplan.

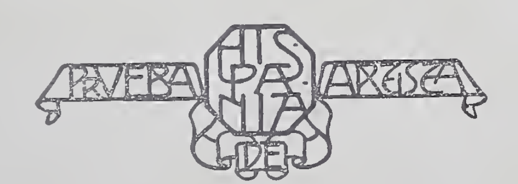
B. GRASES Y HERNÁNDEZ



Venancio Vallmitjana



ALONSO CANO.—LA VIRGEN Y EL NIÑO



ESTUDIO DE LUIS GRANER

ARTE ANTIGUO

Lauda de bronce, grabada, del siglo XIV



El presente grabado reproduce una de las piezas más notables que enriquecen el Museo Arqueológico Nacional. Es una lauda ó cubierta de panteón, como tantas de piedra, pero está, por excepción, compuesta de cuatro planchas de bronce, grabadas admirablemente. Se avaloran, no precisamente la materia, sino el trabajo, que es bien artístico, la pureza y corrección del dibujo, y el exquisito gusto decorativo de toda la composición. Existió esta lauda en la iglesia parroquial de Santa María de la Asunción, de Castrourdiales (provincia de Santander), en la parte en que se unen la girola y la nave lateral de la Epístola, sobre un sarcófago cobijado por un arcosolio ó arco sepulcral; pero historiadores y arqueólogos opinan, con razón sobrada, que no debió ser aquella colocación la pristina de esta lauda, por cuanto no pudo encerrar dicho sarcófago más de un cuerpo y la inscripción sepulcral menciona varias personas de una familia. Probablemente estuvo en el suelo, sobre la bóveda ó panteón de dicha familia. El jefe de ella, *Martín Ferrandes de las Cortinas*, es, sin duda, la figura que descansa en el hueco central de la composición arquitectónica, de gusto ogival, que sirve de base á la composición. El labrado fondo se comprende que quiere ser el de un paño mortuorio, y dos ángeles sirven de tenantes, digámoslo así, á la almohada, igualmente recamada, en que reclina su cabeza el finado. Éste viste túnica y manto, más propio del Salvador, ó de otra figura bíblica, que de un rico armador, como supuso un monografista al Martín Ferrandes. Lleva, en cambio, zapatos puntiagudos, como era moda en la época, y apoya los pies, el derecho sobre un hombre velludo, un salvaje, con maza como la de Hércules, figura de simbolismo no precisado, y cuyas imágenes se ven prodigadas como tenantes de escudos de armas de la época, y en no pocas portadas, como guardianes; el pie izquierdo, sobre un león. Ocupa todo esto, según dejamos indicado, un hueco cerrado por arriba con un arco apuntado y lobulado. Sobre el arco hay otro cuerpo arquitectónico de tres huecos: el central, ocupado por una figura varonil y venerable, nimbada, con un niño desnudo en el regazo, que, á nuestro modo de ver, no pueden ser más que el Padre y el Hijo de la Trinidad Santa, rodeados de cuatro ángeles, los dos más próximos incensándoles, los otros dos pulsando instrumentos músicos, cada cual ocupando uno de los huecos restantes. Completan la construcción dos cuerpos arquitectónicos, laterales, á manera de torres, en cada una de las cuales aparecen tres hornacinas, en orden de superposición y coronadas por gabletes, ocupadas por imágenes de santos apóstoles: á

la derecha de la figura central, comenzando por arriba, S. Pedro, S. Juan y S. Andrés; á la izquierda, S. Pablo, Santiago y S. Matías, á los que se reconoce por sus atributos.

Encuadra toda la composición una cenefa, por la que corre el epitafio, interrumpido en los cuatro ángulos y al comedio de los lados más largos, por sendos escudos del mismo blasón. Dicho epitafio, que comienza y concluye en la cabecera y tiene algunas abreviaturas, dice así:

✠ AQVI IAZE MARTIN FERRANDES DE LAS CORTINAS QVE FINÓ EL PRIMER DIA DE MARSCO ERA DE MCCCCIX ANNOS ✠ AQVI IAZE CATALINA LOPES SV MVGIER QVE FINÓ A OCHO DIAS DE MAYO ERA DE MCCCCIX ANNOS ✠ AQVI IACEN SOS FIJOS LOPES FERRANDES JOHAN FERRANDES DIEGO FERRANDES Á QVIENES DIOS PERDONE

Mide de altura la lauda 1'79 metros.

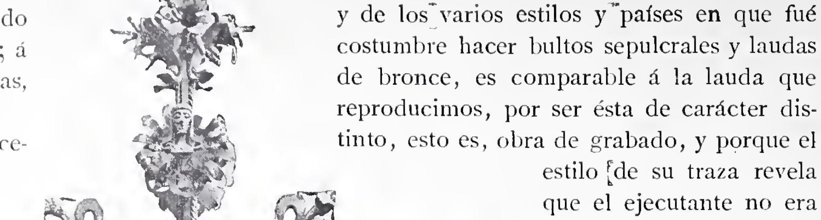
Pocos monumentos análogos á este podrán citarse en España. Tenemos noticia de la lauda de bronce, según el P. Sigüenza de mano italiana, que el caballero Fernan Rodriguez Pecha, camarero del rey Don Alfonso XI, muerto en 1345, tenía en la capilla de San Salvador, en la parroquia de Santiago de la ciudad de Guadalajara; conocemos el bulto sepulcral de bronce, enriquecido con esmaltes, del obispo Mauricio, obra francesa del siglo XIII, existente en la Catedral de Burgos; conocemos la lauda, asimismo de bronce, de Mossen Borra, bufón de Alfonso V de Aragón, existente en el Claustro de la Catedral de Barcelona, con la figura de aquel extraño personaje, de relieve; y conocemos, en fin, por no citar otros monumentos análogos, la lauda, también de bronce, y de bajo relieve, que se ve en la iglesia del que fué convento de S. Francisco en las Navas del Marqués, con las efigies de los primeros poseedores de ese título, D. Pedro de Avila y D.ª María de Córdoba, obra primorosa y creemos que de mano italiana, educada en el gusto del Renacimiento. Pero ninguna de estas notabilísimas muestras del grado de adelanto á que se llegó en el arte del metal á fines de la Edad Media y comienzos de la moderna y de los varios estilos y países en que fué costumbre hacer bultos sepulcrales y laudas de bronce, es comparable á la lauda que reproducimos, por ser ésta de carácter distinto, esto es, obra de grabado, y porque el estilo de su traza revela que el ejecutante no era español ni italiano. Debió ser un artista flamenco ó alemán, pues á la región Norte de Europa corresponde ese estilo severo, un tanto seco, de líneas tan puras y de detalles tan bien repartidos y acabados. Como vendría á España un artífice de aquellas tierras, no lo sabemos; pero basta conocer las relaciones comerciales que las gentes de las playas del Cantábrico mantenían con las de las costas de los mares del Norte, para encontrar la justificación del hecho.

General fué, por otra parte, la costumbre de representar grabada, y no de relieve, la imagen del difunto sobre su tumba. Pero la materia empleada al efecto es la piedra tombal. Sin duda porque esas piedras solían colocarse en el suelo, y, por consiguiente, el roce de las pisadas borraba en el curso del tiempo la imagen grabada, ocurrió la idea feliz de emplomar esos grabados, de modo que el plomo dibuja con firmes contornos negros los trazos de la figura sobre la blanca piedra, como sucede en una notabilísima piedra tombal con que hace poco se ha enriquecido nuestro Museo Arqueológico Nacional. Otras veces se escogía, para grabar, piedra ó mármol claro y oscuro, como el de la lápida del obispo de Córdoba, D. Iñigo Manrique, obra notabilísima de fines del siglo XV.

En esta lápida y en algunos otros monumentos análogos, como la lauda que ha motivado estas líneas, se advierte que por uno de esos instintos que los artistas decoradores se razonan perfectamente, aunque no sepan explicarlo, parece como si su tendencia hubiera sido representar un paño bordado, un paño mortuorio, en el que la aguja trazó figuras, ornatos y letras. El arte moderno ha hecho algo por ese camino y puede hacer mucho.

José Ramón Mélida

Madrid, Enero de 1901



Proyecto de D. Luis Doménech y Montaner



LA CASA ARNÚS

A mi libro de «Barcelona» le faltaba un capítulo, y era este.

Con el entusiasmo que me inspira esta [hermosa] ciudad, la primera de España sin duda, y con el espíritu de justicia que me sirve de norma en mis modestos trabajos, hablé en periódicos y revistas del movimiento científico, tan vigoroso é incesante, y de la actividad industrial, que es la nota característica de esta región, y del desarrollo del arte, al que el pueblo catalán rinde culto. Y describí como pude fábricas y talleres, y visité Ateneos y Círculos, y pasé horas y más horas en bibliotecas y redacciones de periódicos. Cataluña, con toda su grandeza, con sus hombres y cosas, con su ambiente de vida y de progreso, apareció ante mis ojos embelesados como una visión deslumbrante y poética, de esas que no pasan, de esas que subsisten eternamente entre el torbellino de las cosas que el tiempo borra y deshace.

Pero me faltava ver algo, describir algo, y de lo más característico en ciudad como esta. Me faltaba acercarme al mundo de los negocios, visitar un templo del Dinero, contemplar el ir y venir del franco y de la libra esterlina, de la lira y el dollar, de la libranza y el cheque, figuras del ajedrez del negocio, empujadas allá ó acá por el cálculo de los hombres en la eterna lucha por la vida. *Templo* dije, y no lo dije á humo de pajas; que si «trabajar es orar», como escribió Víctor Hugo, templo es sin duda todo lugar, por humilde que sea, en que á diario se cumpla la remuneradora ley del trabajo, impuesta á la humanidad por el Supremo Hacedor.

La casualidad, que no siempre juega malas pasadas, me deparó una buena coyuntura para realizar mi deseo. La casa de banca *M. Arnús y C.ª*, tenía en depósito cierta respetable cantidad, perteneciente á unos niños que se encuentran bajo mi tutela. Acordó el Consejo de Familia retirar dichos fondos, y yo, en calidad de tutor, fuí el encargado de hacerlo, de lo cual me holgué, aceptando muy de buen grado las molestias que había que sufrir—por tratarse de bienes de menores—á trueque de ver á mis anchas la casa Arnús, que yo conocía únicamente de nombre. Porque, viviendo en la Ciudad Condal, ¿quién no ha oído mentar alguna vez la casa Arnús?...

Nunca olvidaré la cara de asombro que puso el guardia municipal á quién pregunté en la Rambla por donde se iba á la casa Arnús.

—¡Cómo! ¿Usted no lo sabe?—exclamó.

—Cuando lo pregunto, claro está que no lo sé.

—Ya se ve que es usted forastero.

—¿Tengo cara de eso?...

—En Barcelona la casa Arnús es tan conocida como la Catedral ó el monumento á Colón.

—Yo también la conozco de nombre y de fama, pero no sé la calle donde se encuentra. Perdóneme usted, señor mío, esta ignorancia, á cambio de otras que usted tendrá y que yo le perdono, y dígame, por el amor de Dios, pues tengo prisa, hacia donde cae la casa Arnús.

—Pues verá usted. La casa Arnús está en el pasaje del Reloj.



Salón de Juntas

—Perfectamente: pero á ese pasaje ¿por dónde se va?...

—¿Sabe usted la calle de Códols?

—No, señor, aunque me esté mal el decirlo.

—¿Y la calle Ancha?

—Tampoco.

—¿Y la de Fernando?

—Esa sí.

—Pues ya tiene usted el punto de partida para ir á la calle de Escudillers, á donde sale el pasaje.

—¿Cuál pasaje?

—El del Reloj. Paia ir allá, entra usted por la calle de Fernando, toma usted á la derecha y encuentra usted la plaza Real; de allí sale usted á la calle de Escudillers, encuentra usted una zapatería...

—Y me compro un par de botas... ¡Quede usted con Dios! Para guardia municipal, es usted demasiado gárrulo...

—¿Ga... rru... qué?... ¡No falte usted á la *autoridaz!*...

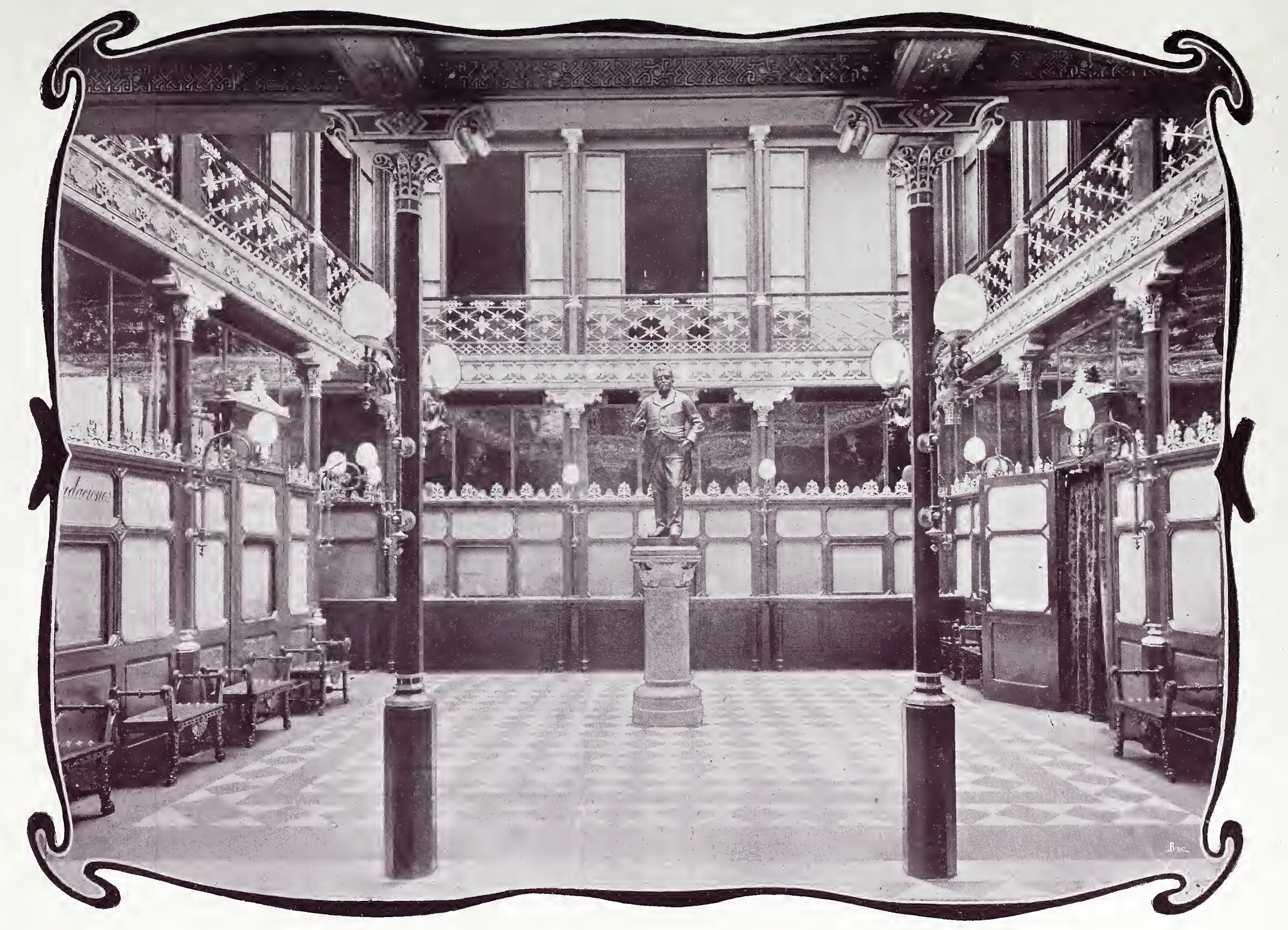
Le dejé echando chispas y tomé un carruaje que acertó á pasar. En menos de un minuto, llegamos por la calle de Escudillers, en frente del pasaje del Reloj. Eché pie á tierra y pagué al auriga la pesetilla tan cómodamente grangeada. No cabía engañarse... Dos enormes horarios decorativos señalan el comienzo y el fin de la angosta pero limpia calleja, poblada de tiendas con escaparates muy bien presentados. Allá, en el fondo, bajo un reloj monumental, vi en letras gordas este letrero: «M. Arnús y C.ª»

Tratándose de la casa Arnús—pensaba yo al franquear el vestíbulo—el reloj, símbolo de la exactitud, está aquí muy bien.

* * *

Ya estamos en el interior de la casa. Los porteros, con quienes uno se topa, sin librea ni uniforme, pero decorosamente trajeados, no detienen á nadie ni preguntan á donde se va ni lo que se quiere. Si alguien, en demanda de alguna cosa ó ganoso de obtener cualquier dato, cualquier informe, á ellos se dirige, responden amablemente, y en paz. No son, ni con mucho, el tipo del cancerbero: son porteros á la moderna, verdaderos intermediarios entre la casa y el público, con aspecto jovial, y sin aquel empaque y entono que suelen dar apariencias cómicas á otros respetables miembros de tan digna clase.

Así como al entrar en una iglesia, lo primero que á los ojos se ofrece es el altar mayor, en la casa Arnús lo primero que llama la atención es la caja; pero antes, en el centro del salón donde están las oficinas de la caja, hay que ver otra cosa: sobre ar-



Gran Patio Central



Caja

tístico pedestal, se alza la estatua en bronce, hecha por el escultor Carbonell, del Excmo. Sr. D. Evaristo Arnús y Ferrer Pujol y Garciny, fundador de la casa en el año 1846.

—¡Es don Evaristo!...—dice alguien que conoció al gran financiero y al gran filántropo.

—Y ¡qué natural!...—observa otro:—parece que está hablando...

—Recuerdo—dice un tercero—haberle visto en ese mismo traje, en esa misma actitud, andando por esos corredores...

En efecto, la obra del artista es obra maestra sin duda. Arnús está representado de cuerpo entero, en traje de diario, destocada la cabeza, llena de hilos de plata, con la mirada viva é inteligente y la sonrisa bondadosa que le caracterizaban. El ademán, la expresión del rostro, el pergenio, son de un realismo asombroso. El Arnús creado por Carbonell, es un Arnús íntimo, de su casa, sorprendido en uno de aquellos instantes de su habitual *bonhomie*.

Entre las personas que aguardaban su turno para cobrar, recordábase, con motivo de la obra de arte, la vida del hombre. Un señor de respetable aspecto y que, por su edad, parecía coetáneo de Arnús, charlando con un joven, su adyacente, expresábase así:

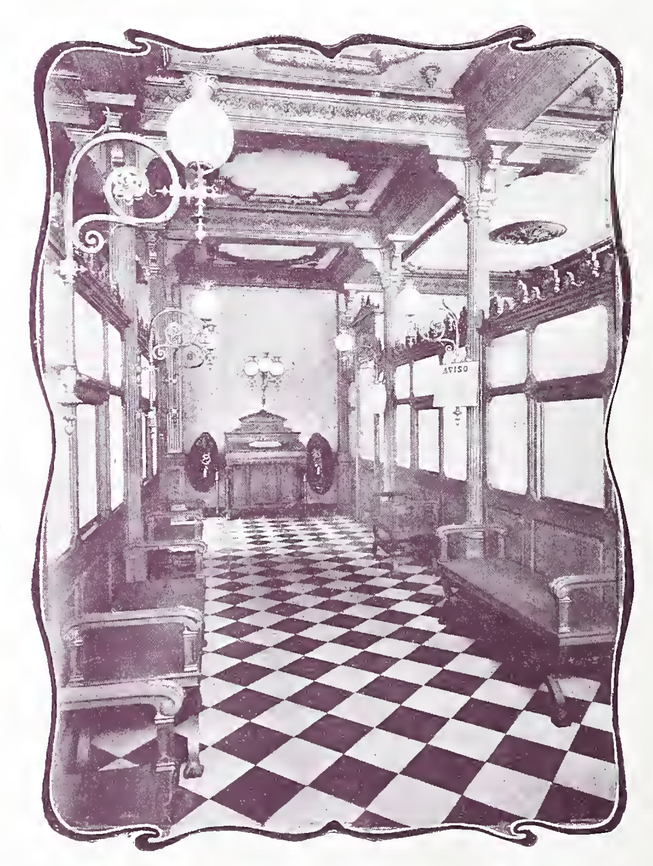
—Era mucho hombre aquel don Evaristo. Era, sobre todo, un trabajador. Su cuantiosa fortuna en fincas y en valores, la debió exclusivamente á su honrado trabajo. Le conocí, siendo casi un niño, en el Ayuntamiento, donde tenía la modestísima plaza de escribiente temporero. De allí salió para ejercer el cargo de corredor de Bolsa. Aun me parece estarle viendo en el café de las Delicias, que era el sitio en que entonces se reunían los bolsistas. Asociado con don Francisco Catalán, comenzó la fortuna á sonreírle y bien pronto ensanchó su clientela y fué el corredor predilecto de los Bancos y de las principales sociedades mercantiles de Barcelona. Fué entonces cuando estableció sus oficinas en este local, que no era, por cierto, tan vasto como hoy.

—Pero sería, sin duda, como casi todos los millonarios, egoistón y duro de entrañas.

—Muy al contrario. Su bolsa siempre estaba abierta para todo el mundo. No sólo aquí, sino también en Badalona, de cuya ciudad fué nombrado hijo adoptivo, fundó escuelas, hospitales y asilos. Protegió las letras y las artes, y Barcelona le debe el «Teatro Lírico». También se le debe en gran parte la construcción del suntuoso edificio del Casino Mercantil. Y en Badalona creó el «Asilo de San Andrés», destinado á los niños de los obreros. Fué un gran filántropo y un millonario que se hacía perdonar sus millones...

—Y, por supuesto, ejercía cargos públicos...

—Muchos, pero él, modesto y sencillo, no les daba importancia. Fué diputado provincial y senador electivo y, últimamente, vitalicio. Poseía la



Salón de espera destinado á los señores corredores



Despacho

gran cruz de Isabel la Católica, la encomienda de Carlos III y de la Legión de Honor, y era gran oficial de la Corona de Italia y Caballero de la Orden del Santo Sepulcro. Cuando murió, en Diciembre de 1890, á la edad de 72 años, ejercía, entre otros muchos cargos, el de Presidente de la Casa Provincial de Maternidad. Cargos como ese, en los que podía servir á su pueblo, eran los que le halagaban. Barcelona le quería mucho...

—Y ¡qué grato es merecer el cariño del pueblo!...

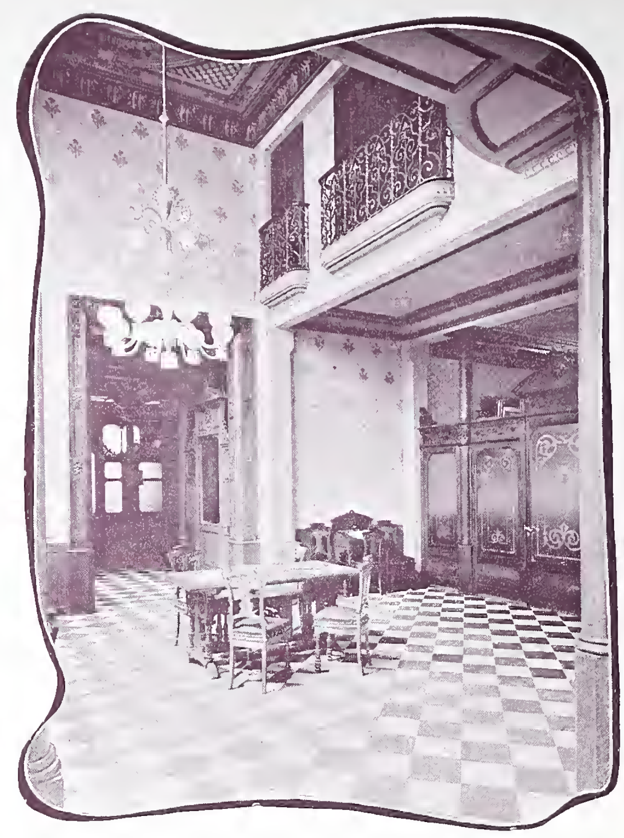
—¡Ya lo creo que lo merecía!... Le queríamos tanto, con tanto delirio, que cuando Sagasta llegó á Barcelona, él y Arnús fueron llevados en hombros por la multitud hasta la casa del «rey de la Bolsa», como se llamó un tiempo á don Evaristo. En el mismo cuarto que ocupó entonces don Práxedes, murió poco después Arnús.

Un dependiente de la caja, el pagador, pronunció en alta voz el nombre del caballero que hablaba, á quien había llegado su turno... El hombre, con cara de pascuas, se acercó, recibió sus billetes, y despidiéndose del otro, se dirigió hacia la puerta, con buen compás de pies.

* * *

En la planta baja del edificio, el salón donde está la estatua, es el más conocido del público. Allí es en donde se realizan los pagos.

En este salón, espacioso y aireado, y que recibe por la amplia bóveda de cristal oleadas de luz, los mármoles, obras de carpintería, cerrajería y lampistería, así como el espléndido mueblaje, son de extraordinario lujo. Desde el magnífico reloj de ébano, que se ve sobre la ventanilla central, hasta las lujosas escupideras, donde echa sus colillas el *noy* que va á cobrar, todo allí revela buen gusto, distinción y riqueza.



Patio interior



Salón de lectura

En periodos de gran movimiento, cuando es preciso trabajar de noche, dieciseis artísticos aparatos de luz eléctrica permiten hasta al más miope leer claramente los diversos *avisos al público*, puestos en las oficinas de la caja ó en la sección de liquidaciones. Avisos ante los cuales suele quedarse embobado algún poeta ó profesor elemental, preguntándose sorprendido para que será preciso *conservar la póliza* ó consultar las *listas de amortización*...

—Eso no reza conmigo...—me dijo un cesante, que estaba leyendo un *aviso*...

—¿Por qué?... ¿No es usted tenedor de valores amortizables?...

—¿*Tenedor* yo?... ¡Ni *cuchara*!...

En días excepcionales, como iba diciendo, la gente se disputa los dos pupitres que están *vis á vis* en el salón, á la disposición del público, como también las banquetas portátiles, de fina madera. La casa Arnús, al instalarse lujosamente, no ha echado en olvido la comodidad de su numerosa clientela.

Y es de ver la actividad de los empleados de la casa en los días de las grandes campañas, como la del año 1896, cuando se realizó el empréstito de



Salón de recibo de los gerentes

Aduanas. Nada menos que setecientos suscriptores llevó á la sazón al empréstito la casa Arnús, subiendo la cifra de la suscripción á 14.000,000 de pesetas. Éxito grande, altamente honroso y revelador de lo que vale y significa en el mundo de los negocios la casa Arnús.

Sin ir tan lejos, como testimonio de que el crédito de la casa crece y se ensancha todos los días, poseo otros datos más recientes, del año pasado.

Trátase de la suscripción al Empréstito 5 por 100 Amortizable: M. Arnús y C.ª han suscrito más de 85 millones de pesetas, por cuenta de un millar de interesados, de tan distintas posiciones, que al lado del poderoso que suscribía millones, se encontraba el pequeño rentista que pedía quinientas pesetas de capital.

Esta mescolanza de lo grande y lo pequeño, es el rasgo característico de la casa. El público que la frecuenta, se compone de poderosos magnates y de modestísimos rentistas; á centenares se ven allí todos los días, al pequeño industrial, al modesto empleado, al *payés,* al obrero que va á adquirir un título de renta, una obligación de ferrocarril con sus modestos ahorros, ó á vender tales ó cuales valores que acumularon en días felices y cuyo producto evita al hijo amado el servicio militar, permite la curación de una enfermedad, ó el establecimiento de un comercio.

Los jefes y el personal de la casa, atienden con especial solicitud á esa pequeña pero infinita clientela, y hay que reconocer que prestan con ello un verdadero servicio á las humildes posiciones, haciéndoles fáciles los hábitos de economía y ahorro, tan saludables á las clases poco acomodadas.

La suma de pequeñas operaciones que allí se realizan asciende á fin de año á millones de pesetas que se invertirían sabe Dios cómo, si no existiera esta casa, ya popular institución de privada hacienda.

Este dato y otros que omito ¿no prueba que don Manuel Arnús, sobrino del fundador de la casa, y el señor Garí, son dignísimos continuadores del inolvidable don Evaristo?

* * *

A la derecha del salón y comunicando con la sección de la caja, está el despacho, que es una vasta pieza con techo artesonado, pavimento de mármol y pinturas representando escenas alegóricas. Un hermoso cuadro de Llorens, que lleva la fecha de 1892, atrae enseguida las miradas de todo el que penetra en la estancia. Esta se halla decorada con lujo, con arte exquisito. Sin moverse de la butaca que ocupa y sin más que oprimir el botoncillo eléctrico de una especie de teclado diminuto que está al alcance de la mano, puede el señor Arnús, si lo tiene á bien, comunicarse por medio del teléfono con todos los empleados —



Teléfono á disposición de los clientes de la casa

que son en número de setenta ú ochenta — y también darse el gusto de echar un párrafo con cualquier cliente que habite en Gracia ó en San Martín.

Pared por medio, hay un saloncillo de conferencias, amueblado á la última moda, y que parece, por su elegancia, el gabinete de recibo de una señorita de buen tono. Está destinado, como el nombre lo indica, para recibir las visitas de las personas que desean tratar asuntos reservados. Por allí desfilan todos los días los que quieren consultar con los señores M. Arnús y C.ª, sobre la colocación de capitales, y cuantos necesitan un consejo ó un guía en asuntos financieros.

Describir, una por una, todas las dependencias de la casa, sería trabajo, aunque agradable, más á propósito para un libro que para un periódico. Sin salir de la planta baja, todo es digno de verse. Aquí un saloncillo de lectura, con revistas y periódicos; allá un despacho, decorado artísticamente, donde hay un cuadro que representa el edificio del Casino Mercantil y que en 1885 fué regalado á don Evaristo Arnús por los miembros agradecidos de aquella sociedad; más allá el cuarto del teléfono para el uso de los clientes de la casa; no lejos de allí, ostentando sugestiva hermosura, la caja de los valores transitorios, colocada en tal forma, que hace imposibles las sorpresas y escalos y junto á la cual velan de noche cuatro guardianes; aquí una pequeña máquina tipográfica para imprimir á diario un boletín bursátil; allá, en un rincón, las previsoras mangas de riego para casos de incendios.

Si subimos al principal, lo primero que atrae las simpatías, es un salón donde una multitud de empleados, encorvados sobre sus pupitres, rinden culto á la diosa de la aritmética. No hay que distraerles de su labor... Pasemos á los departamentos inmediatos... He aquí el despacho del tenedor de libros, he aquí el archivo, el cuarto de aseo, la apacible alcoba con un lecho, en previsión de cualquier dolencia repentina... Llega hasta mí, desde la habitación inmediata, el continuo *tic, tac* de una maquinilla de escribir y hacer números, del sistema Yost...

—¿Se trabaja mucho?...—pregunté á un empleado.

—Bastante siempre, muchísimo algunas veces.

—¿Están ustedes satisfechos, tienen buenos sueldos?

—Son proporcionales á la antigüedad en la oficina, pero se nos ayuda en nuestras enfermedades, y en caso de una desgracia nuestras familias disfrutarían del seguro.

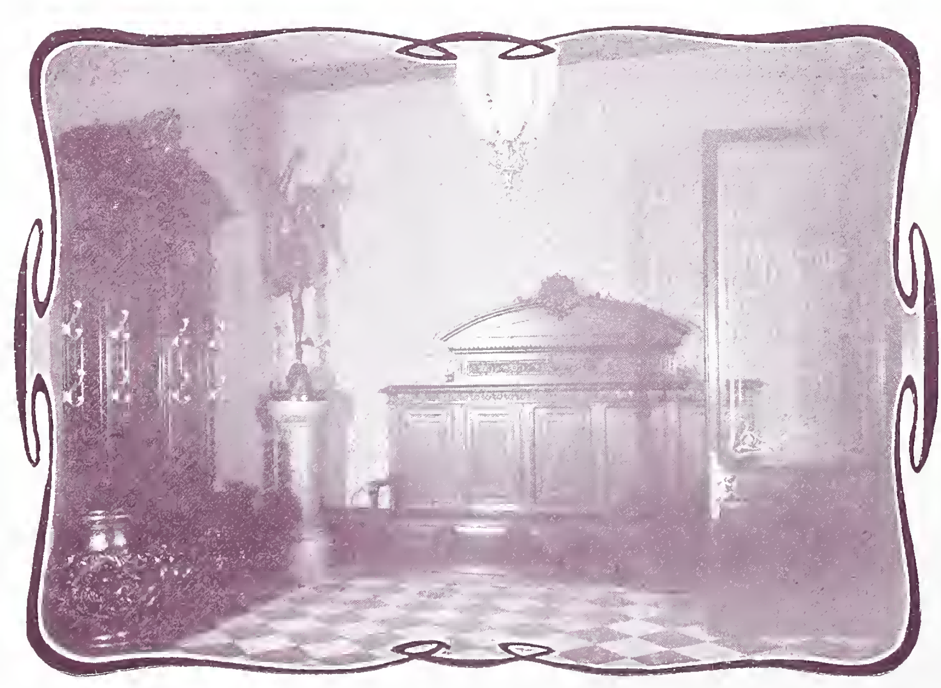
—¿El seguro?...

—La casa tiene establecido un seguro sobre la vida, á favor de sus empleados. A la muerte de todo aquel que haya servido más de cinco años en la casa, se entrega á su familia la cantidad de cinco mil duros. La casa Arnús satisface por este concepto al Banco Vitalicio de España una anualidad de cerca de veinticuatro mil pesetas. Somos unos setenta y tantos empleados, y hay ya asegurados treinta y siete, los que hemos cumplido los cinco años.

—Bella, filantrópica idea, digna de la casa Arnús. Y se comprende la satisfacción de ustedes. Y, para entrar, serán necesarias, por lo menos, cartas de recomendación de la Reina ó del Papa...

—No, señor. Las vacantes se cubren casi siempre con hijos de antiguos empleados, y las mejores recomendaciones, las únicas que aquí se admiten, son la honradez y el amor al trabajo.

Antonio CORTÓN



Vestíbulo









La Pascua en Barcelona.—Feria de corderos en el paseo de San Juan



CREPÚSCULOS VESPERTINOS

LA MUERTE DE CÉSAR

Semi doblado el espinazo por el peso del organillo, jadeante el pecho, enrojecida la nariz, amoratados los labios por el frío implacable que acuchilla las carnes y corta la respiración, sube el *Francés* la empinada cuesta, la cuesta interminable, cuya cima, más que verse, se adivina, á lo lejos, entre dos picachos del monte. Y allí empieza la bajada, al extremo de la cual hay el pueblo, á donde fatigosamente van á buscar un refugio para la noche, que ya se acerca y se viene encima, el pobre diablo y sus dos compañeros de desdicha: el perro sabio y el oso bailarín.

Pegadas casi á las piernas del hombre, caminan las dos bestias con paso que el cansancio y el poco lastre en el estómago hacen á cada momento más premioso. Triste la mirada, flaco el cuerpo, inclinado el hocico al suelo, acusan en su aspecto la miseria animal, como el de su amo acusa la miseria humana.

En frente del silencioso grupo, se extiende la estrecha cinta del camino que sube serpenteando; á derecha y á izquierda los campos áridos, despojados de toda vegetación, aletargados por el soplo del invierno y sobre los cuales se esparcen las melancólicas tintas crepusculares que poco á poco se espesan, se ennegrecen y cubren de un matiz sombrío tierra y cielo. Los escasos árboles que á trechos levantan sus troncos, privados de follaje, pierden lentamente sus perfiles, y su vaga silueta parece, momento tras momento, confundirse en la vaga penumbra.

El silencio es completo y sólo lo interrumpe el pesado y monótono pisoteo de los claveteados zapatos del *Francés* sobre el endurecido suelo. De pronto el hombre se para en seco y echa una mirada ansiosa sobre un algo que se mueve, que se queja, entre las solapas de su grueso y raído levitón de paño burdo;

ese algo es una cabeza pequeña, muy pequeña, que semeja la de un viejo diminuto, con la faz negruzca, arrugada, sinuosa: es la cabeza del único enfermo, tísico en tercer grado, que el caminante lleva consigo, de pueblo en pueblo, hace ya tres años y que ahora se muere sin remedio.

—¿Qué tienes mi pobre César?... ¿te sientes peor? —murmura angustiado el *Francés* al escuchar el lamentable quejido del mono, en tanto que su mano callosa acaricia con cariñosa ternura la carita del cuadrumano.

Este arroja una mirada casi humana de indecible amargura sobre el hombre; luego cierra sus ojos. El hombre echa un suspiro y se dispone á proseguir su ruta, con el propósito de pedirles á sus cansadas piernas un esfuerzo más para que apresuren el paso y le conduzcan cuanto antes al pueblo, á aquel pueblo tan lejano y tan deseado, en donde el pobre enfermito encontrará el grato calor de un hogar hospitalario y una taza de leche caliente...

—¡Ánimo!...—se dice á sí mismo, emprendiendo de nuevo la marcha. Pero no ha tenido todavía tiempo de recorrer un centenar de metros, cuando un segundo y doloroso quejido y un estremecimiento convulsivo que siente sobre su pecho, le detienen otra vez.

Entonces el *Francés* se desembaraza con presto movimiento del organillo que lleva á cuestas y lo deja en el suelo; se sienta en el reborde del camino, apoyando los pies en la cuneta, y, con precauciones infinitas, saca al moribundo animal de su ambulante refugio y fija en él una mirada escrutadora en que el afecto y el pavor van confundidos. Y al ver en los labios entreabiertos de César, que dejan escapar débil y sibilante estertor, una espuma sanguinolenta, comprende el bohemio que el mal no tiene remedio, que su amigo y compañero de miserias y fatigas, cuyas monerías, cabriolas y habilidades le habían ayudado durante tres años á conquistar el triste pan cotidiano, se muere á paso de carga, sin que haya medio de prolongar su menguada existencia.

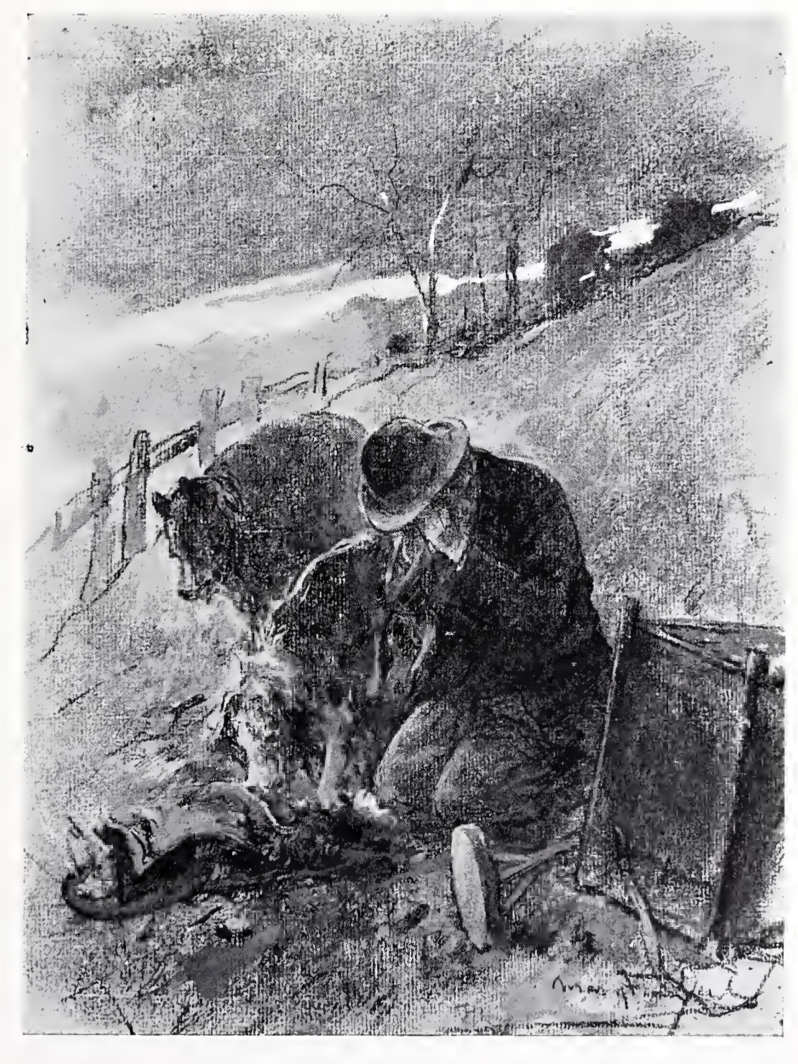
—¡César!... ¡mi pobre César!—exclama el hombre con voz trémula, oprimido el corazón por un dolor agudo, que quizás no experimentara hasta entonces, en todo el curso de su miserable vida.

Algunos minutos más se pasan: impotente y desesperado, el ente racional contempla la agonía del mono... Abre éste los ya vidriosos ojos, los fija indecisos en aquel cielo plomizo y opaco, y tal vez en su cerebro de cuadrumano cruza por un momento el recuerdo de aquel su cielo natal de África, reverberante y luminoso, lleno de esplendores y de encantos, que acarició su primera infancia. Pero de súbito todo se extingue... un leve sacudimiento estremece los miembros del animal y el cuerpo extenuado queda inerte, rígido.

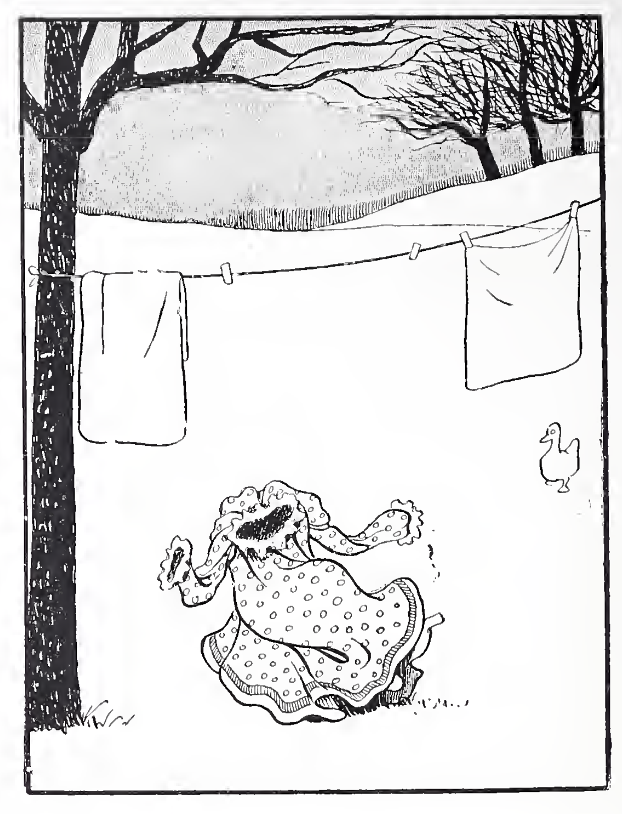
El *Francés* lanza una maldición y luego se echa á sollozar amargamente; el oso se acerca con paso grave y su lengua lame la manecita yerta del difunto. El perro prorrumpe en prolongado y tristísimo aullido, que vibra y se pierde á lo lejos en la silenciosa soledad de la campiña. La noche, impasible y cruel, extiende por el ámbito inmenso su helada negrura.

JUAN BUSCÓN

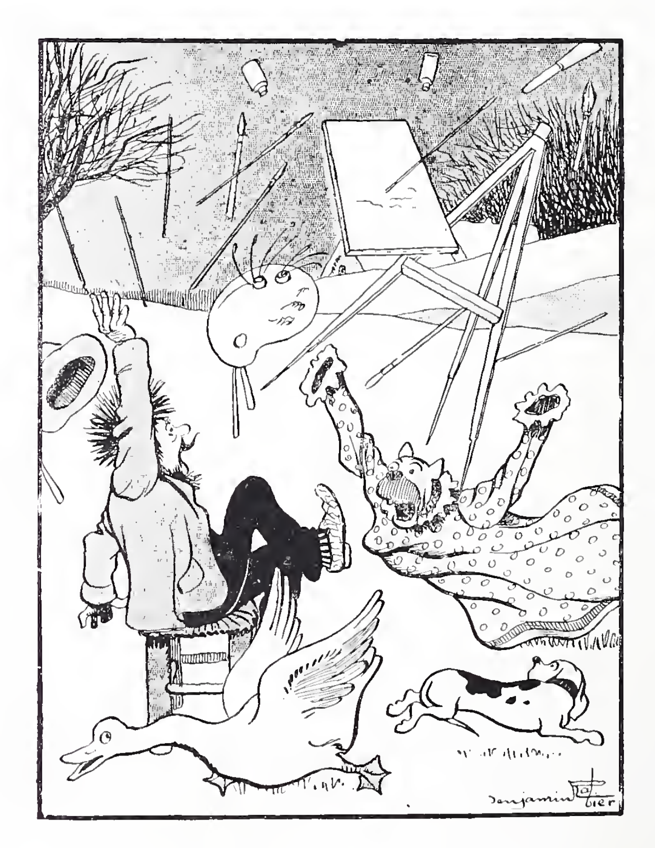
Ilustraciones de A. MAS Y FONDEVILA








Rougeron-Vignerot-Demoulin Sc


Benjamin Rabier

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)



un golpe de Sigfrido voló en pedazos la abrazadera del escudo; pensó el héroe del Niderland que iba á obtener la victoria sobre los Sahsen que hormigueaban allí. ¡Ah! ¡cuántas brillantes cotas destrozó el terrible Dankwart!

En el escudo que llevaba al brazo Sigfrido, distinguió el rey Ludegero una corona grabada; en esto reconoció que era el hombre formidable y comenzó á gritar en alta voz á los suyos:

«¡Cesad de combatir todos los que me habéis seguido! He visto aquí el hijo del rey Sigemundo; he conocido al fuerte Sigfrido: un mal demonio debe haberlo lanzado en contra de los Sahsen.»

En el rigor del combate hizo plegar las banderas, pues deseaba la paz y le fué concedida, pero debía ser conducido prisionero al país del rey Gunter; la mano de Sigfrido lo había domeñado.

Por acuerdo de uno y otro bando cesó el combate; sus manos abandonaron yelmos y escudos agujereados por todas partes.

Los borgoñones hicieron prisioneros á cuantos quisieron. Gernot y Hagen dieron orden para que los heridos fueran conducidos en angarillas y con ellos llevaron prisioneros hacia el Rhin más de quinientos hombres.

Los vencidos se encaminaron á Dinamarca. Los Sahsen habían combatido tan bien, que fueron dignos de alabanza; esto causaba pesar á los guerreros.

Los vencedores condujeron sus armas hacia el Rhin; con su valor las había conquistado el fuerte Sigfrido: lo había hecho con gran valentía; todos los hombres del rey Gunter tenían que concederlo.

El rey Gernot envió sus huestes hacia Worms, encargándoles dijeran en el país el éxito tan grande que él y todos los suyos habían conseguido.

Las noticias corrieron con gran rapidez; los que antes experimentaban algún cuidado, se tranquilizaron llenos de alegría por las felices nuevas que habían llegado.

¿Cómo se han portado los héroes del valiente rey? Uno de los mensajeros compareció ante Crimilda; esto se llevó á cabo sin que nadie lo supiera: de otro modo no se habría atrevido, porque entre los guerreros se encontraba aquel por quién su corazón estaba interesado.

Cuando vió que el mensajero se acercaba á su cámara, la hermosa Crimilda le dijo en tono cariñoso. «Dame ahora las noticias tan deseadas; si no me engañas, te regalaré oro y te favoreceré siempre.

»¿Cómo han salido del combate mi hermano Gernot y mis demás amigos? ¿No nos han matado á ninguno? ¿Quién se portó mejor? Contéstame á todo esto.» El leal mensajero dijo: «No hemos tenido un sólo cobarde.

»Además de esto, en el rigor del combate nadie avanzó tanto como el noble extranjero que vino del Niderland.

»Lo que todos los demás héroes han hecho en la pelea, es aire si se compara con lo hecho por Sigfrido.

»En el fragor de la batalla han derribado á muchos héroes, pero nadie os podrá decir los prodigios que ha realizado Sigfrido en lo más terrible del combate.

»Allí quedan los amados de muchas mujeres. Sobre sus yelmos caían formidables golpes que abrían anchas heridas, de las que la sangre manaba á torrentes. Es por todos conceptos un atrevido y buen caballero.

»Jamás en los combates tenidos hasta ahora se sufrió tanto. Debe decirse la verdad de aquellos hombres escogidos; de tal modo se han portado los fieros Borgoñones, que su honor queda al abrigo de toda sospecha.

»Por sus manos han quedado vacías muchas monturas y á los golpes de sus espadas la llanura retemblaba con estrépito. Los guerreros del Rhin se han portado de tal modo, que más valía á sus enemigos no haberlos visto.

»También los valientes de Troneja hicieron grandes destrozos, cuando los ejércitos chocaron en apretadas masas. Á muchos dió muerte el valiente Hagen; mucho habrá que contar aquí en el país de Borgoña.

»Sindoldo y Hunoldo, los guerreros de Gernot y el valiente Runoldo, han hecho tanto, que para siempre sentirá el rey Ludegero haber provocado á los guerreros del Rhin.

»Pero el hecho de armas más notable que puede haber ocurrido, el primero y el último que en cualquier tiempo se haya visto, lo ha llevado á cabo el heróico brazo de Sigfrido y trae gran número de prisioneros al país del rey Gunter.

»Con la violencia de su fuerza los ha cogido el valeroso héroe; el rey Ludegero debe sentirlo mucho, como así también su hermano Ludegasto, del país de los Sahsen.

»El valor de Sigfrido domeñó á los dos: nunca se han traído á este país tantos prisioneros como caminan ahora hacia el Rhin á causa de tan brillante campaña.

»Sin heridas traen unos quinientos ó más, y heridos, sabedlo noble reina, traen más de ochenta carretas teñidas con su sangre. La mano del atrevido Sigfrido ha herido al mayor número de ellos.

»Los que en su osadía se atrevieron á insultar á los del Rhin, son ahora prisioneros del rey Gunter y con grande alegría los conducen hacia aquí.» Preciosos colores asomaron á sus mejillas al escuchar esta noticia.

Su bello rostro tornóse rosa al saber que el valiente Sigfrido se había portado dignamente en el combate. También se alegró por sus fieles, pues había motivo para hacerlo.

La hermosa habló así: «Tú me has traído buenas noticias: yo te daré en recompensa un hermoso traje y además diez marcos de oro.» Con gusto se dan noticias á damas de esta clase.

Le dió por recompensa al mensajero el oro y el traje. Luego muchas hermosas jovenes se asomaron á las ventanas mirando hacia el camino que debían traer los más bravos héroes del país de Borgoña.

Primero llegaron los que habían salido ilesos; enseguida los heridos. En verdad que podían escuchar las aclamaciones de sus deudos sin avergonzarse; el jefe marchaba delante de los extranjeros, cambiado en alegría su pesar profundo.

Recibió con agrado á los suyos é hizo lo mismo con los extranjeros; justo era que el poderoso rey diera las gracias bondadosamente á los que habían acudido á su llamamiento, por cuanto con los suyos habían conseguido aquella gloriosa victoria.

El rey Gunter quiso saber noticias de sus amigos muertos en la expedición. Sólo había perdido sesenta hombres; debían llorarlos como después hicieron con muchos héroes más.

Los que no habían recibido daño ninguno, pudieron

llevar al país de Gunter muchos escudos hollados, muchos yelmos hundidos.

El ejército se apeó de los caballos frente al palacio del rey y en aquella amistosa recepción se escucharon muchos gritos de alegría.

Dieron alojamiento en la ciudad á los guerreros, y el rey pidió que los trataran con el mayor cuidado. Mandó que cuidaran á los heridos con el mayor esmero, proporcionándoles todas las comodidades necesarias. Bien pudo también apreciarse su deferencia para con los enemigos.

Así habló á Ludegasto: «¡Sednos bien venido! Mucho he tenido que sufrir por vuestras faltas; de ellas podré conseguir satisfacción si la suerte no me abandona; Dios recompense á mis fieles; se han portado muy bién conmigo.»

«Bien podéis darle las gracias» dijo Ludegero, «Jamás un rey logró hacer cautivos de tanta importancia: os haremos ricos presentes por que nos traten bien y para que obréis con magnanimidad con vuestros enemigos.»

«Os dejaré ir libremente á los dos» respondió el rey, «pero es menester que en gajes queden aquí mis enemigos, los cuales no abandonarán el país sin mi consentimiento.» Ludegero le estrechó la mano.

Leváronlos á que reposaran y les proporcionaron todo género de comodidades. Dieron á los heridos cuanto les era necesario y á los sanos hidromel y vino. Nunca hubo huéspedes que vivieran con tanta alegría.

Recogieron los escudos rotos y muchas monturas ensangrentadas, quitándolas de la vista, para que las mujeres no lloraran. Muchos buenos caballeros volvían sumamente fatigados.



El rey recibió á los huéspedes bondadosamente; de amigos y de extranjeros estaba lleno el país. Hizo curar con esmero á los que tenían graves heridas; habían domeñado mucho su altiva arrogancia.

Ofrecieron ricas recompensas á los sabios en el arte de curar, plata sin pesar y brillate oro para que vendaran á los heridos en el peligro del combate. Además el rey ofreció á sus huéspedes magníficos regalos.

Á los que las fatigas del viaje impedían volver á sus casas, los invitaban á descansar como se hace con los amigos. El rey pidió consejo acerca de la mejor manera de recompensar á los que con tan grande honor lo habían servido.

Entonces dijo Gernot: «Que los dejen marchar, pero haciéndoles saber que dentro de seis semanas tienen que venir para una gran fiesta: muchos de los que ahora sufren por sus heridas estarán curados.»

También deseaba marchar Sigfrido, el del Niderland. Cuando el rey Gunter lo supo, le suplicó muy cariñosamente que permaneciera aún á su lado: si no hubiera sido por la hermana del rey, nunca lo habría hecho.

Era muy rico para aceptar una recompensa; pero ¡bien lo había merecido! El rey le estaba muy agradecido y sus parientes también, pues ellos habían visto lo que el brazo de Sigfrido realizara en el combate.

Decidió quedarse por lograr ver á la hermosa joven: esto sucedió algo más tarde. Para felicidad suya, consiguió conocer á la vírgen, después de lo cual marchó contento al país de su padre.

El rey en tanto recomendaba de contínuo los ejercicios de la caballería; á ellos se dedicaban con ardor muchos jovenes héroes. Con este fin hizo levantar no pocos asientos en la campiña de Worms, para todos los que quisieran venir al país de Borgoña.

Por los días en que habían de llegar supo la hermosa Crimilda que se iba á dar una suntuosa fiesta á los que habian sido fieles. Muchas mujeres hermosas desplegaron una gran actividad para preparar los trajes y adornos que debían lucir. La rica Uta oyó la relación de todos los bravos guerreros que habían de venir, é hizo sacar de los cofres muchos magníficos vestidos.

Por cariño á sus hijos hizo preparar joyas y trajes, siendo así adornadas muchas mujeres y doncellas y no pocos guerreros Borgoñones. También hizo disponer para los extranjeros magníficos equipos.

V

DE COMO SIGFRIDO VIÓ Á CRIMILDA POR PRIMERA VEZ

Continuamente se veía marchar hacia el Rhin á los que deseaban concurrir á la fiesta. Á cuantos llegaban atraídos por el cariño hacia el rey, se les ofrecían caballos y vestidos.

Mesas y bancos estaban preparados para los más ilustres y los más bravos, como ya se ha dicho; treinta y dos príncipes vinieron á la fiesta. Las mujeres se adornaban á porfía para recibirlos.

No se permitió un momento de reposo el joven Geiselher. Los que ya eran conocidos y los extraños fueron reci-

bidos cordialmente por él, por Gernot y por sus hombres. Saludaban á los héroes en la forma que les correspondía segun su clase.

Estos traían al país muchas monturas de oro rojo; llevaban al Rhin cincelados escudos y magníficos vestidos. Muchos, no gozando aun de buena salud, experimentaron grandísima alegría.

Los que tenían que permanecer en el lecho á causa de sus heridas, se olvidaban de cuan amarga es la muerte. Los tullidos y los enfermos dejaban de quejarse: la noticia de la fiesta de aquellos días les alegraba mucho.

En la mañana del día de Pascua, se acercaron hacia el lugar de la fiesta, brillantemente vestidos, muchos héroes valerosos, cinco mil ó más. En más de un sitio comenzaron ya las diversiones.

El jefe sabía cuanto y cuan noblemente el héroe del Niderland amaba á su hermana, á la que todavía no había visto, pero en la que más que en ninguna otra joven se debía amar á la belleza.

Así dijo al rey Ortewein, señor de Metz: « Si queréis conseguir gran honor con esta fiesta, dejad que sean admiradas las más hermosas jóvenes que son el orgullo de Borgoña.

»¿Qué alegría ni qué felicidad podría experimentar el hombre, si no existieran hermosas vírgenes y encantadoras mujeres? Dejad que vuestra hermana aparezca á la vista de vuestros huéspedes. »

« Lo haré con mucho gusto » respondió el rey. Todos los que lo escucharon no pudieron menos de manifestarse muy contentos. Suplicó luégo á la reina Uta y á su hermana que vinieran á la fiesta con las jóvenes de su compañamiento.

Muchos jóvenes guerreros pienso que serían felices en aquel día viendo hermosísimas mujeres y que no hubieran aceptado en cambio, los ricos dominios de un rey. Verían con sumo gusto á las que no conocían.

El poderoso rey mandó que en compañía de su hermana fueran para servirla cien guerreros de su familia con las espadas desnudas y lo mismo para su madre. Tal era el aparato de la corte en el país de los Borgoñones.

Uta, la rica, venía con ellos; había escogido un grupo de mujeres hermosas, compuesto de ciento ó más, llevando todas magníficos vestidos. También Crimilda venía rodeada de muchas jóvenes bellas.

Salían de un grandioso salón y muchos héroes distinguidos se atropellaban para conseguir ver bien á la noble virgen.

Avanzaba en aquel momento amorosa como la rosada aurora saliendo de entre las negras nubes. Un gran pesar quitó su vista al que hacía mucho tiempo la llevaba en su corazón. Pudo ver á la hermosa en todo el explendor de su belleza.

En su traje deslumbraban muchas piedras preciosas; sus bellísimos colores eran de los que suspiran amor. Por grande que fuera el despecho, nadie hubiera podido decir que había visto una más hermosa.

De la misma manera que la brillante luna oscurece la luz de las estrellas, así la hermosa eclipsaba á todas las demás mujeres.

Ricas camareras marchaban delante de ella; los valientes guerreros se aglomeraban para ver á la virgen encantadora. El valiente Sigfrido sentía al mismo tiempo amor y pena.

Pensaba en su interior: « ¿Cómo ha sido que me he visto obligado á amarla? esta es la ilusión de un niño; sin embargo, de tener que alejarme, preferiría ser herido de muerte.» Y batallado por estos pensamientos, tornóse muchas veces rojo y pálido.

El hijo de Sigelinda, permanecía allí digno de ser amado, como retratado en pergamino por habilísimo pintor Todos confesaban no haber visto nunca á un héroe tan bello.

Los que acompañaban á Crimilda pidieron que cada cual fuera por su lado; los guerreros obedecieron. La vista de aquellas mujeres de corazón elevado, alegraba á los bravos: se veía avanzar con riquísimos trajes á muchas jóvenes hermosas.

Así dijo el rey Gernot de Borgoña: « Al héroe que generosamente nos ha ofrecido sus servicios, Gunter, hermano querido, hazle honores ante toda esta gente; jamás me avergonzaré de haberte dado este consejo.

»Haz que Sigfrido se aproxime á mi hermana, para que lo salude y seremos felices: que la que nunca saludó á un guerrero, haga homenaje á Sigfrido, pues así nos captaremos la voluntad de héroe tan arrogante.»

Los amigos del jefe fueron á buscarle y hablaron de este modo al héroe del Niderland: « El rey desea que os aproximéis á su corte, para que su hermana os pueda saludar, honrándoos de este modo. »

El jefe de héroes, sintió que su alma rebosaba de alegría; sentía en su corazón ternura sin aflicción, pues iba á ver á la hermosa hija de Uta. La tan digna de amor, saludó al hermoso Sigfrido con decoro y gracia.

Cuando ella vió ante sí al hombre de tan esforzado ánimo, se encendieron sus bellos colores: la hermosa le dijo así: «Bien venido, señor Sigfrido, noble y buen caballero.» Este saludo lo alegró y elevó su alma.

Se inclinó ante la amorosa y le dió las gracias. El mútuo amor atraía al uno hacia el otro; y, amorosas las miradas, se contemplaban con cariño el héroe y la joven, pero esto lo hacían recatadamente.

Si en aquel momento la blanca mano fué oprimida amorosamente, yo lo ignoro. Pero no puede creerse que dejaran de hacerlo: aquellos dos corazones enamorados, hubieran sido torpes de otro modo.

Ni en el estío ni en las hermosas mañanas de mayo, experimentó él una alegría tan grande en su corazón, como la que le hizo sentir el tacto de la mano de aquella á quien deseaba por esposa.

Así pensaban muchos guerreros. « ¡Ah! quien pudiera caminar á su lado y reposar junto á ella, como veo que él lo hace; todo mi odio se acabaría. » Nunca guerrero ninguno había servido á tan hermosa princesa.

Todos los que habían llegado de los dominios de otros reyes admiraban en el salón á uno y otro. Permitieron á la joven que abrazara al hombre esforzado; en toda la vida le había sucedido nada más dulce.

El rey de Dinamarca habló así en aquel momento: «Por tan elevadas salutaciones, muchos han recibido grandes heridas: yo también he experimentado el poder de la mano de Sigfrido. Que Dios quiera que jamás le ocurra ir á Dinamarca. »

Por todos lados hicieron abrir paso á la hermosa Crimilda; muchos guerreros valientes, magníficamente vestidos, la acompañaron hasta la iglesia. El valeroso héroe se vió pronto alejado de ella.

Héla aquí que se dirige hacia la catedral, seguida de muchas mujeres. Va tan bien vestida la princesa, que muchos murmurios se elevaban alrededor de ella; había nacido para recrear las miradas de más de un héroe.

Grande era la impaciencia de Sigfrido, por que acabaran los cantos. Podía felicitarse, pues sabía que era favorecido por aquella á quien llevaba en su corazón. Él también acariciaba en su alma á la hermosa.

Cuando después de la misa salió de la catedral, se invitó

al héroe que fuera junto á ella, y la joven digna de amor comenzó á darle las gracias por lo que ante aquellos guerreros había realizado.

«Que Dios os pague, señor Sigfrido» le dijo la hermosa joven «lo que habéis hecho para que los guerreros os estén tan agradecidos y os profesen tan buena amistad.» Él comenzó á mirar con ternura á la virgen Crimilda.

«Siempre os serviré lo mismo» respondió el héroe Sigfrido; «y jamás reposará mi cabeza, hasta que haya conquistado vuestro favor, si conservo la vida. Así debe hacerse por vuestro amor, hermosa Crimilda.»

Durante doce días se vió cerca del héroe á la joven digna de elogios, cuando caminaba hacia su corte seguida de sus amigos. Todos servían al héroe con grande afección.

Todos los días había delante del palacio del rey Gunter alegría, placer y gran ruído; dentro y fuera se veían muchos hombres valientes. Ortewein y Hagen realizaron prodigios.

Todo lo que puede intentarse, lo realizaban inmediatamente aquellos héroes fuertes en el combate. Aquellos guerreros se hicieron notar por todos los huéspedes. Aquel fué un gran honor para todo el país de Gunter.

Se adelantaron luego los que se habían visto retenidos por sus heridas; querían participar de la alegría de los convidados y luchar con el escudo y la lanza. Muchos combatieron con ellos, pues sus fuerzas eran grandes.

Mientras duró la fiesta, el rey hizo servir los más delicados manjares. No quería que escaseara nada de aquello por que un príncipe puede ser reprochado: se le veía atender amistosamente á todos los convidados.



Dijo así: «Mis buenos guerreros: antes que os marchéis de aquí, aceptad mis regalos; mi intención es la de seros siempre agradable; no desdeñéis mi fortuna; quiero compartirla con vosotros: tal es mi firme voluntad.»

Los de Dinamarca dijeron á su vez: «Antes de encaminarnos nuevamente á nuestro país, queremos una paz perpétua; así es menester que sea para nuestros guerreros Á los golpes de los vuestros hemos perdido un buen número de amigos.»

Ludegasto estaba curado ya de sus heridas. El jefe del país de los Sahsen, pudo escapar á las resultas del combate, pero en aquel país quedaron muchos muertos. El rey Gunter se dirigió en busca de Sigfrido.

Así le dijo al guerrero: «Aconséjame lo que debo hacer; nuestros prisioneros quieren marchar mañana temprano y ofrecen una paz durable á mí y á los míos.

»Te daré cuenta de lo que esos héroes me ofrecen: si los dejo partir libremente, me enviarán la cantidad de oro que pueden conducir quinientos caballos.» El señor Sigfrido le respondió: «Esto sería obrar mal.

»Dejadlos que partan libremente, y que tan nobles guerreros desistan en adelante de hacer excursiones hostiles por vuestro país. Que un apretón de manos de los dos jefes, sea la única garantía.»

«Seguiré vuestro consejo; pueden partir cuando quieran.» Se comunicó luego á los enemigos que no se aceptaba nada del oro que habían ofrecido.

Trajéronse muchos escudos llenos de joyas, y el rey, sin pesarlas, las distribuyó entre sus amigos. Puede calcularse que valdrían quinientos marcos ó más.

Se despidieron enseguida, pues deseaban marchar cuanto antes. Los huéspedes se dirigieron al encuentro de Crimilda y de la noble Uta, la reina. Nunca hasta entonces habían sido los guerreros tratados con tanta cortesía.

Muchos alojamientos quedaron vacíos cuando partieron hacia su patria. El rey de tan suntuosas costumbres, permaneció con los suyos y gran número de nobles: todos los días se les veía ir á las habitaciones de Crimilda.

Sigfrido, el noble héroe, quiso despedirse también, pues no tenía esperanzas de conseguir á la que llevaba en su corazón. Oyó decir el rey que quería marchar, pero el joven Geiselher le hizo desechar la idea del viaje.

«¿Á dónde quieres marchar, noble Sigfrido? Permanece con nuestros guerreros; quédate, yo te lo suplico, con Gunter y sus guerreros. Aquí hay muchas hermosas mujeres á las que podrías ver.»

Sigfrido, el fuerte, respondió: «Dejemos nuestros caballos; quería irme muy lejos de aquí, pero ya he abandonado tal propósito; guardad vuestros escudos. Quería regresar á mi país, pero Geiselher me ha convencido honrosamente.

De este modo quedó retenido el bravo por la amistad de los que le querían. En ninguna parte, en ningún país hubiera podido experimentar felicidad más grande, pues resultó que todos los días podía ver á Crimilda.

El jefe era estimado por su belleza extraordinaria: el tiempo se le pasaba en agradables diversiones de las que el amor era el encanto, por más que con frecuencia le hiciera experimentar pena. Por causa de este amor, tuvo después una muerte lamentable.

VI

DE COMO GUNTER FUÉ Á ISLANDIA PARA VER Á BRUNEQUILDA

Algún tiempo después, comenzaron á circular noticias por el país del Rhin, de que allá abajo, muy lejos, había muchas vírgenes, y Gunter pensó en conquistar una para sí, lo cual pareció bien á los jefes y á los guerreros.

(Continuará)


HISPANIA



SUMARIO







LA PODA DE LOS ÁRBOLES EN BARCELONA



LA CABEZA ENAMORADA

I

Cerca del punto en que la calle del *Mesón de Paredes* desemboca en la *Ronda de Valencia,* y ante el portal de un zapatero instalado en una casa baja, miserable y sucia como las más de aquel vecindario, formábase á la contínua ancho cerco de gente, donde abundaban los chicuelos, que, parada en la acera y con expresión como de sorpresa y asco, miraba hácia dentro, como si allí hubiese alguna rara alimaña ó curiosidad fisiológica de las que tanto público llevan á las barracas de ferias ó verbenas.

—¿Qué es eso? preguntaban los forasteros ó trashumantes que por aquellos contornos circulan.

—Nada... un *cenómeno,* apresurábase á contestar alguna bien enterada y oficiosa vecina.

—Dios guarde á usté, señora—saltaba otra, encarándose con la zapatera que con gesto contraído aguantaba el irritante fisgoneo.—Y, aunque sea mal preguntao: ¿es su hijo ese enfeliz!

—¡Por mi desgracia! respondía concluyentemente la interpelada.

—¡Pos lo que es pá vivir así!...

—¡Le valiera más no haber nacido... ¿Verdá?—observaba con amargura la madre.—Pero cuando Dios lo ha puesto en éste mundo!...

Y eso era lo mejor, entre lo mucho y muy grosero que la pobre Mónica, la zapatera, veíase forzada á oir y soportar hora por hora, y ¡gracias que el contínuo asalto y tiroteo se quedase solo en palabras! porque cuando las hostilidades partían de la chiquillería astrosa y turbulenta del barrio, solían ir los denuestos traducidos en tronchos, patatas, mondaduras de fruta, guijarros de la calle ó fango del arroyo, versión fidelísima todo ello de los sentimientos que descubría.

No quiere esto decir que todas las gentes del barrio y las que por él discurrían fuesen malas, sino que el pueblo es así, tan crudamente expontáneo, que de puro ingénuo suele ser barbaramente cruel. Y expresadas tan en bruto, la compasión y la rechifla eran igualmente sangrientas para la infortunada madre.

Cierto que el objeto de la curiosidad y la repulsión generales era el más propio para mover una y otra, porque el hijo de los zapateros, que en aquel tiempo tendría cinco años, era una repugnante aberración de la naturaleza, una cruel degradación del noble tipo humano, algo indecible, así como el remedo asqueroso de un niño por un sapo informe, como la caricatura trágica de un ángel. Porque la monstruosidad del pobre Monchito—se llamaba Ramón—consistía en no ser más que una cabeza, grande, bien proporcionada, inteligente, casi hermosa, pero cómicamente erigida sobre un cuerpecillo liliputiense, flácido, gelatinoso, que para mantenerse derecho había menester estar encerrado en un saquillo con armazón de ballenas que le sostuvieran y relleno de algodones que le preservaran del roce contra todo cuerpo duro. Así, el pobre Monchito era una cabeza engarzada en repulsiva excresencia que parodiaba en proporciones inverosimilmente pequeñas la figura humana.

Desconsuela reconocernos tan apegados á la forma, que un ser así nos parezca indigno de los besos maternales, de las gracias de la niñez y hasta de albergar un alma. Sin embargo, es tan grande el predominio del espíritu sobre la carne y el poderio del amor sobre todo, que para sus padres, Mónica y Ramón, era aquella criatura tan bella y adorable como la más perfecta de las nacidas. Y aun le querían más; que la Providencia hizo tan á su semejanza el amor paterno, que le dió la virtud de crecer á medida de la desventura de los hijos. Así, los coloquios del matrimonio con su monstuoso nene eran tan tiernos cuanto cómicos, y los apasionados requiebros de la madre á su mísera criatura hacían llorar y reir al mismo tiempo.

II

Para colmo de su desgracia, á los seis años de nacido Moncho, envió Dios al matrimonio un niño bien proporcionado, hermoso, perfecto, que, sin duda por sabio designio del cielo, murió á las pocas horas de nacido, pues vivir sirviendo de comparación constante entre lo bello y lo deforme, quizá hubiera sido la mayor desventura para el pobre fenómeno. Pero ¿cómo no habían de dolerse los padres de que la muerte les llevase al hijo hermoso, dejándoles al monstruo enfermizo y raquítico?

La necesidad obligó á Mónica á vender para una criatura extraña la leche que no pudo dar al malogrado hijo, y entró á criar una niña en casa de un comerciante de la calle de Toledo.

Merceditas, la niña á quien lactaba Mónica, era un prodigio de belleza infantil, suave y mórbida; y con criarse fuerte y robusta, era tan exquisitamente delicada, que parecía frágil como primorosa figurilla de Sajonia. La magia inimitable con que la naturaleza había sabido unir la sana redondez con la miniaturesca sutileza de aquellas sedosas carnecitas, constituía su mayor hechizo.

Desde que Moncho vió á su hermanita de leche, en vez de celos de su belleza ó envidia del cariño que Mónica la prodigaba, sintió por la nena adoración inconsciente é inefable, que sólo se manifestaba en una sonrisa, nunca hasta entonces amanecida en sus labios, y que como luz interna brotaba de ellos y difundiase por su inocente faz premarchita, encendiéndola en ardores de vida sobrehumana.

Cuando Mónica vió, con gratísima sorpresa, que la niña era para su Moncho, en lugar de objeto de envidia, fuente de goce y de alegría nunca por él gustada, menudeó cuanto pudo las visitas al portal donde Ramón cuidaba del fenómeno, mientras ella vivía en casa de sus amos.

Y cuanto más veía Moncho á Merceditas, más la quería y se familiarizaba con ella. Al principio tenía miedo ó vergüenza de acercársele, temor ruboroso de tocarla, como si aquel divino ser tan bello y perfecto fuese algún bien superior, inaccesible y vedado á sus manos esqueletadas y á sus labios de cadáver.

¡Tristes revelaciones del instinto! El infeliz Moncho no se creía digno ni aún de mirar á Merceditas. ¿Por qué? Él no hubiera sabido explicarlo: pero en la crepuscular inteligencia que llenaba aquel ser todo cerebro, flotaba una idea-sensación, un reverente arrobamiento como el que hacía á los primeros pobladores de la tierra postrarse ante la faz esplendorosa de los astros.

III

Cuando Moncho tenía once años y Merceditas cinco, logró Mónica, por medio de los padres de la nena, la portería de la casa en que éstos habitaban, propiedad de un tío de dichos señores.

Una portería para un matrimonio pobre, es más que un canonicato para beneficiado viejo; pero para Moncho, fué aquel bien harto mayor que para sus padres: fué algo semejante á conseguir una ventana con vistas al Paraíso.

En aquella casa vivía Mercedes, y agazapado en su cuchitril del portal podría él verla diariamente, sin arrostrar las desalmadas rechiflas de la golfería callejera.

Y hasta con creces se colmaron sus aspiraciones, porque la muñequita de carne, no sólo pasaba á diario ante la portería, sino que entraba en ella y parábase allí largos ratos embobada con los regalos y mimos de su nodriza.

Por fuerza que la nena llevaba luz en los ojitos azules, entre las acapulladas manitas y en los anillados cabellos de oro, porque apenas entraba en el oscuro zucucho porteril, todo se alegraba y resplandecía, y más que nada la siempre torva y semicadavérica faz del monstruo. La presencia de la niña reflejaba en ella como el sol en árida roca, encendiéndola y aureolándola de efluvios de vida.

Para el alma desolada del monstruo, la aparición de su amiguita era lo que sería un rayo de luna filtrándose en los senos más hondos de una caverna donde nunca hubiese bajado luz.

—Cuando entra la niña, mi Moncho revive, decía Mónica resplandeciente con el gozo que reanimaba á su hijo; y, ansiosa de prolongarlo, la pobre madre retenía cuanto le era posible á Merceditas.

Moncho, por su parte, realizaba cuantos milagros de habilidad y de arte espontáneo sugeríale su despiertísimo ingenio para atraer y divertir al arrapiezo inconstante, antojadizo y voluble, como mariposa que por instinto de belleza, obstinárase en batir sin descanso las alitas irisadas.

Cuando más afanado estaba el fenómeno en construir los últimos *combatientes* de los dos ejércitos de pajaritas de papel de diferentes colores y banderas, que, impelidos desde opuestos lados por los valientes soplos de Moncho y de Mercedes, habían de embestirse en formidable encuentro, caían de improviso las manecitas del diablejo sobre tirios y troyanos, rajaban, hendían, abullaban y machucaban á los más belígeros campeones, y, ensañándose con los mutilados cadáveres para su total destrucción y afrenta, daban con ellos en el agua ó en el fuego, en el jabonoso *pantano* de la cofaina ó en la ardiente *pira* del brasero.





Las diabluras de la nena solían costar lágrimas al triste Moncho, y más cuando tales desaguisados, cometidos con obras de su ingenio, iban acompañados de inconscientes pero crueles insultos al autor, cuya deformidad excitaba no pocas veces la risa ó el desprecio del gentil idolito.

Sentía Moncho, en el fondo del alma tales desprecios, y pasábase la mitad de los días llorándolos, y la otra mitad esperando á la nena y soñando en agradarle.

IV

Como la vida no para en su constante labor transformadora, en pocos años hizo de Merceditas un milagro de belleza juvenil; pero como á la par de la vida que formaba el cuerpo, trabajaban los padres afanosa cuanto inconscientemente en la deformación del alma, aconteció que, al paso que la naturaleza cincelaba la carne, la vanidad, el mimo y la ignorancia de aquellas vulgarísimas gentes afearon, poco á poco, el espíritu de la gentil criatura, hasta hacer de ella una burguesita insoportable.

Pasábase la vida ensayando *toilettes* y peinados al espejo, atormentando el piano, ó leyendo novelas erótico-incendiarias, ó folletines criminalistas; mal hablaba el francés, ignoraba el castellano, cantaba *flamenco*, adoraba todo lo extranjero, y avergonzábase de sus padres por ignorantes y ordinariotes.

Las palabras religión, trabajo, obediencia, orden, cuanto significa deber, disciplina ó vencimiento propio, eran para ella letra muerta, porque sus padres habíanla educado para ídolo, y este papel no hay quien no lo aprenda maravillosamente.

Inútil es decir que á medida que la diosa crecía é iba irguiéndose sobre su altar, la distancia entre ella y Moncho aumentaba en alarmante progresión.

Desde que Merceditas comenzó á adorarse á sí misma, dió en despreciar con verdadera dureza al pobre monstruo: su presencia la molestaba, la *descomponía* — según su frase — y hubiérase dicho que las miradas de la diosa tenían el contagio de semejante fealdad.

En cambio, por doloroso contraste, al paso que crecían los encantos de Mercedes, crecía el amor del pobre fenómeno, para quien la virgínea hermosura de la niña era algo ultramundano y beatífico, el alma de él, su aspiración á lo bello y sobrenatural objetivada.

Para Moncho, que no tenía cuerpo que tradujese las tendencias de la juventud á toda gentileza, lucimiento y gallardía; para Moncho, privado de expresar con el gesto, la apostura y arrogancia corporal, los innatos alardes estéticos de la mocedad; para el mísero homúnculo que no tenía ni piernas que lo mantuvieran ni torso robusto en que ostentar la noble cabeza pensadora; para el hombre-larva que no podía gustar las dulzuras de la vida ni casi ver la luz del sol, porque no le era dado salir de su negro agujero sin excitar la burla feroz de las gentes; para aquella alma de ángel alojada en cuerpo de monstruo, no había más cielo, ni más astros, ni más vida, ni más etérea y divina idealidad que Mercedes.

Cuanto á él le faltaba teníalo ella, cuanto deseaba él en ella estaba, cuanto soñaba lo era ella.

¿Quién hubiera creído, al ver aquella enorme cabeza que, con ayuda de sus débiles remos, se arrastraba ansiosamente por los suelos, que dentro de tan horrible ser albergárase tanta hermosura? ¿Ni quién, ante la deslumbradora beldad de Mercedes, hubiera sospechado en cuerpo tan perfecto alma tan deforme y monstruosa?



Pasaba la niña radiante de vanidad y fascinación en el carro de oro de su juventud triunfadora; yacía el pobre fenómeno en su obscuro antro, como alimaña repugnante; pero... ¿gozó alguna vez Mercedes los ensueños divinos que alumbraban la vida interna de aquella idealista cabeza enamorada?

Mas, de todos aquellos arrobos y deliquios, de aquel paraíso interior, ¿traslucíase algo á lo exterior del monstruo?

Para quien supiese leer fisiología animada, los secos perfiles, la nerviosa movilidad, la ascética marchitez de aquella faz ensoñadora, el intenso brillo de sus negros ojos profundos, la densa palidez de la ancha frente modelada por la idea, decían altamente la apasionada actividad de aquel fuego sin combustible, de aquel cerebro sin cuerpo, de aquel espíritu sin carne. Pero... Merceditas, ¿qué sabía de todo eso? Ella era la carne brutalmente egoísta y exigente, la juventud segura de su fuerza y arrogancia, la belleza engreída de sí misma, la flor de un día ébria de su perfume perturbador, la vida moderna frívola, descaminada de todo alto destino, ávida de todo material deleite y refinada voluptuosidad: el cuerpo sin alma.

Moncho, en cambio, era el alma sin cuerpo, el sentimiento puro y devorador como la llama, el romanticismo eterno, monstruoso de forma, divino en la esencia. ¿Cómo habían de comprenderse?

V

Cada vez estaba Mercedes más lejos de Moncho y Moncho más poseído de ella.

Por miedo á las burlas infantiles, no fué él nunca al colegio, pero su padre, que leía y escribía medianamente, inicióle en ambas artes y pronto el chico aventajó notablemente á su maestro. Sentado en alto sillón de brazos y apoyados los suyos en la ancha camilla porteril, pasábase horas y horas bebiendo ansiosamente cuantos libros podía allegarle la solicitud paternal. Y cuanto leía, cuanto pensaba, convertíalo en alimento de su pasión, en combustible de la hoguera que lo devoraba.

Una tarde en que Moncho se hallabo embebido en su lectura, asomóse Mercedes á la puerta y le arrojó este cruel saludo, envuelto en estrepitosa carcajada: —¡Adiós *cabeza!* —así solía llamarle: —ahora que no se te ve á cuatro patas, casi pareces una persona!

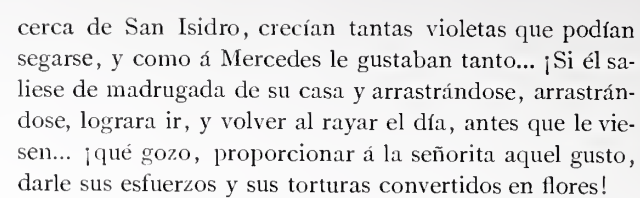
El grosero chiste costó á la pobre *cabeza* tres días de llanto y tres noches de insomnio febril.

Apenas repuesto de aquella dolorosa crisis, el pobre fenómeno, á quien la edad había dado alguna más fortaleza de miembros, acometió una empresa para él casi imposible. Había oído que en la huerta de unos amigos, cerca de San Isidro, crecían tantas violetas que podían segarse, y como á Mercedes le gustaban tanto... ¡Si él saliese de madrugada de su casa y arrastrándose, arrastrándose, lograra ir, y volver al rayar el día, antes que le viesen... ¡qué gozo, proporcionar á la señorita aquel gusto, darle sus esfuerzos y sus torturas convertidos en flores!



Y como lo pensó lo hizo. Púsose de acuerdo con el chico del dueño de la huerta, salió á media noche, sin que le sintieran sus padres; pero cuando ya volvía triunfante con su codiciado botín entre los débiles brazos, abandonáronle las energías, agotadas en tan sobrehumano esfuerzo, perdió el color y el movimiento, bañósele en sudor helado la frente, sintió que se le velaba la vista y cayó sin sentido abrazado á sus violetas.

Cuando el desdichado recobró el conocimiento, era ya muy de día, y el temor á sus semejantes fué su primera noción de conciencia; levantóse trabajosamente, alegrándose infinito al hallar que no le habían robado sus flores, de donde infirió que nadie le había visto, y como distinguiese por el camino del Cementerio un tosco y desnudo carro fúnebre de los de ínfima clase, que venía ya de vacío, arrastróse tan de prisa como pudo hasta él y suplicó al cochero mortuorio que, por caridad, le llevase hasta la calle de Toledo.



Aupóle ágilmente aquel bárbaro, que, por lo visto, no era malo, hasta colocarle en la negra plataforma que acababa de ocupar un ataúd, y en aquella lúgubre carroza hizo el infeliz su entrada triunfal en los barrios bajos, denostado de chulos y verduleras, y apedreado y silbado de golfos, que como infernal escolta íbanle siguiendo con formidable grita y zalagarda.

Era aquello espantoso y cómico, grotesco y trágico, algo tan absurdo y cruel como el entierro de un vivo, tan abyecto é irritante como el escarnio de la mayor desventura.

Aquel espantoso paseo de un monstruo en un carro fúnebre, seguido y burlado de toda la hez humana, de la misma que asiste á las *ejecuciones*, parecía un disparatado sueño del Bosco ó un *capricho* macabro de Goya.

Había en aquel cortejo perfiles y cataduras que debieron verse en torno de la carreta que llevó á la guillotina á los reyes de Francia, y aun en torno del Calvario.

Agarrado á uno de los pilares del carromato, iba el pobre Moncho rendido, anhelante, ahogándose materialmente de dolor y fatiga por aquella su calle de la Amargura, hasta que, al fin, sudoroso, demudado, lívido y hecho un mar de llanto, le descargó á la puerta de su casa el carrero de los muertos.

Acogiéronle con caricias y consuelos Mónica y Ra-

món, que prudentemente querían meterle en la cama y restaurar, con reposo y alimento, sus acabadas fuerzas. Pero Moncho anhelaba coger el fruto de sus fatigas, la corona de su martirio, ofrecer él mismo á Mercedes las flores á tanto precio conseguidas. Y no hubo medio de impedírselo. Agarrándose con una mano á los escalones, mientras sostenía con la otra las violetas oprimiéndolas contra su pecho, ahogándole el sobrealiento, cubierto de sudor, pálido como un cirio, subía el desventurado las empinadas escaleras, hasta que ya sin aliento y casi sin conciencia de sí mismo, llegó á la puerta del segundo. Llamó á ella con los nudillos, por no alcanzar al timbre, y acudió á abrirle la záfia criada.

—La se...e...ñorita, que venga la señorita, articuló el cuitado.

—¿Para qué la buscas?

—Para verla.

—Señorita Mercedes, aquí la espera una visita, dijo burlonamente la Maritornes.

—¡Ah, si es *cabeza!*—observó malhumorada Mercedes.—¿Qué se te ha perdido aquí?

—Venía... venía—balbuceó Moncho—á traer á usted estas violetas.

—¡Ah! vamos... y querrás la propina; por eso me llamabas.

—¡No, no!—gritó el pobre fenómeno, y toda la sangre afluyóle congestivamente al rostro.—¡Propina... Dios mío!

—¡Já, já, já!—rió estrepitosamente Mercedes.—¡Que se le ofende á su señoría la dignidad! Entonces... ¿qué demonios quieres?

—Darle estas flores,—gimió el sin ventura, alargándole el ramo que traía abrazado como si fuera su propio ideal. Las manos de Mercedes se tendieron como para tomar el obsequio, y Moncho creyó ver entreabrirse la gloria; pero de pronto gritó la caprichosa burguesita:

—¡Jesús, y están calientes! ¿Y quieres tú que tome yo esos yerbajos que traes ahí cociditos al calor de tu cuerpo? ¡No, no, qué asco!—Soltó de improviso las flores, que se desparramaron por el suelo como las ilusiones de Moncho, y cerró violentamente la puerta.

Moncho sintió de nuevo, y con mayor intensidad, el vértigo que le asaltó en el camino de San Isidro, sintió que la humanidad entera le abandonaba y le escarnecía, que la tierra se negaba á sostenerle, y queriendo correr hacia el único amor que le restaba, se lanzó vacilante hacia la escalera, se asió á la baranda, dió un paso, pero nublósele la vista, se le cortó el aliento, zumbáronle los oídos, y... la triste cabeza enamorada rodó rebotando duramente contra las escaleras, hasta que, cerca ya del entresuelo, Mónica y Ramón recogieron en sus brazos al mísero cadáver, que no tenía ni la augusta dignidad de la muerte.

¡La cabeza, la romántica y sangrienta cabeza ensoñadora, expresaba en su quietud y en su livor algo inefable!: veíanse confundirse en ella, como en supremo crepúsculo, dos luces de lo alto: el amor y la eternidad!

¿Qué suerte hubiera sido la de Moncho, si no existiera más allá de ésta una vida sólo para las almas?

Blanca de los Ríos de Lampérez

Ilustraciones de Pedrero

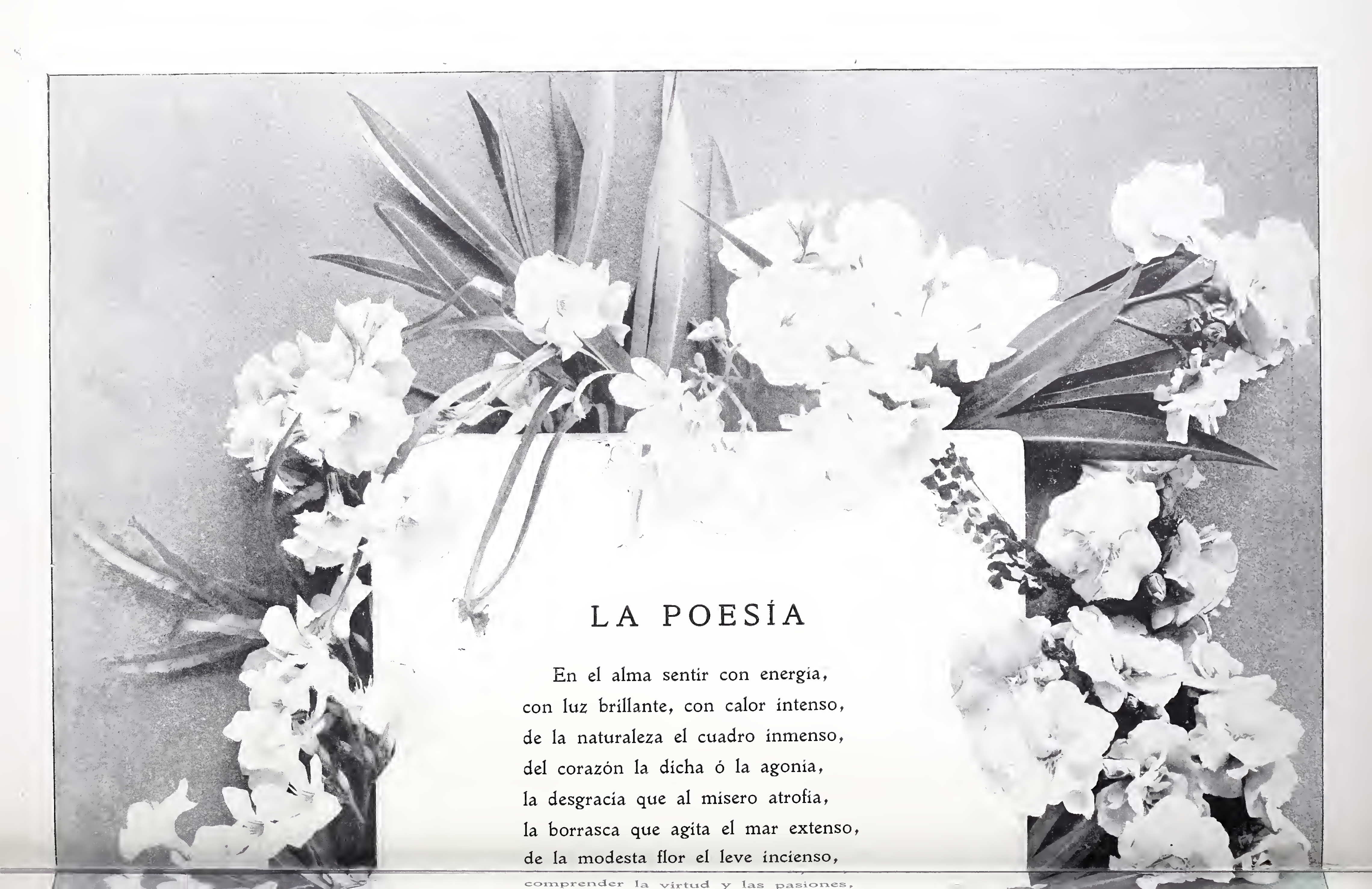




DANIEL U. VIERGE.—D. QUIJOTE CONTRA LOS MULETEROS

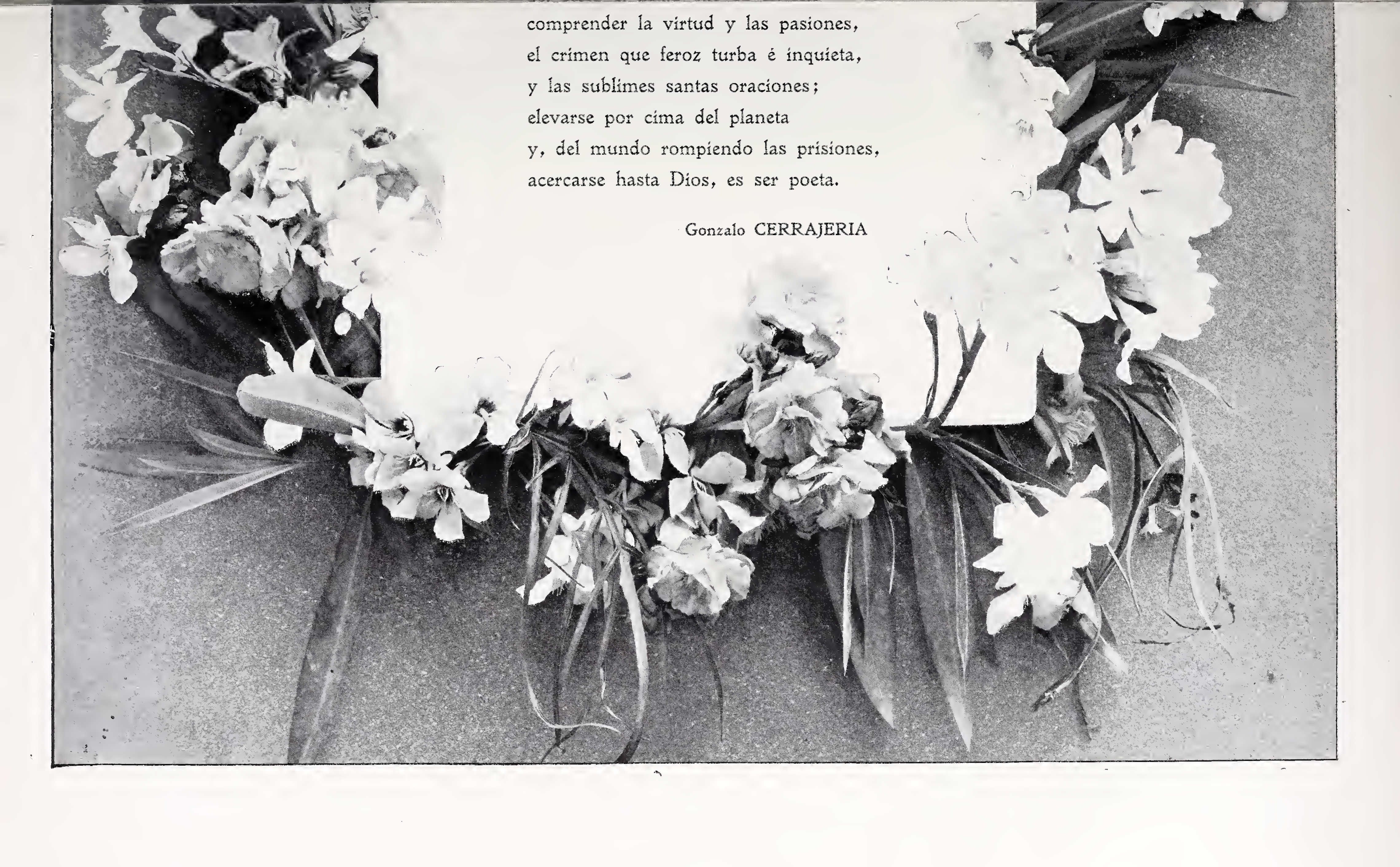


BARCELONA ANTIGUA.—EL CALLEJON DE LAS TRES VOLTAS



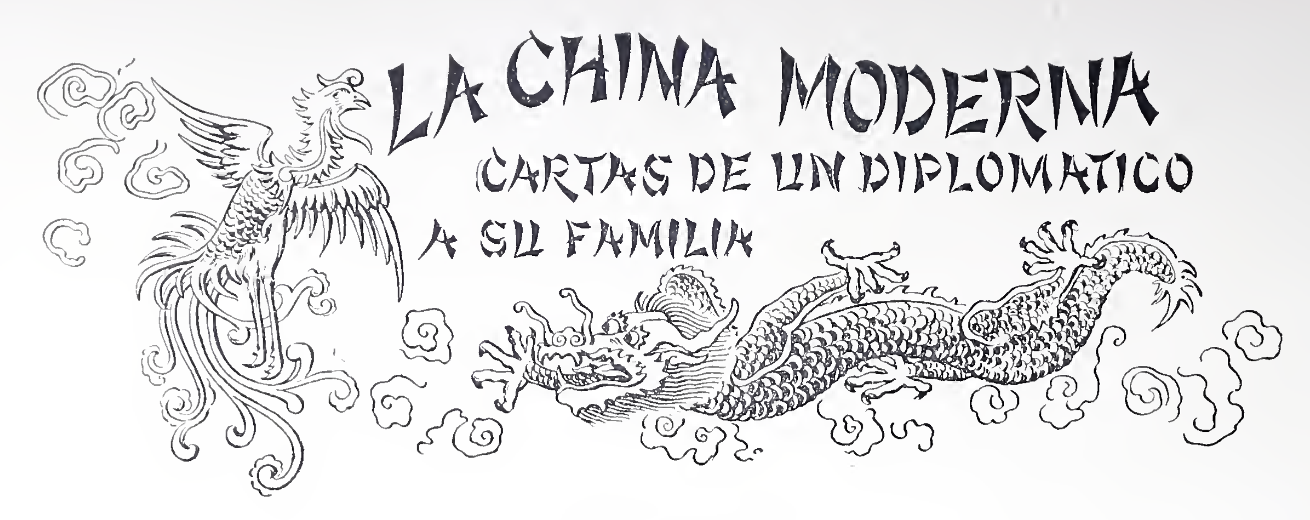
LA POESÍA

En el alma sentir con energía,
con luz brillante, con calor intenso,
de la naturaleza el cuadro inmenso,
del corazón la dicha ó la agonía,
la desgracia que al mísero atrofia,
la borrasca que agita el mar extenso,
de la modesta flor el leve incienso,
comprender la virtud y las pasiones,



comprender la virtud y las pasiones,
el crímen que feroz turba é inquieta,
y las sublimes santas oraciones;
elevarse por cima del planeta
y, del mundo rompiendo las prisiones,
acercarse hasta Dios, es ser poeta.

Gonzalo CERRAJERIA



CARTA SÉPTIMA

Fondas ó paradores. — Posadas de mendigos. — Lo que come el indigente. — La protección á los animales. — El Gran Hotel y su historia. — La fiebre mercantil. — La indiferencia del pueblo en materia política. — Lo que dijo Confucio. — Un detalle de la guerra chino-japonesa. — Las misiones católicas. — La diplomacia de los misioneros. — Un altar-juguete. — Presbíteros de trenza. — El calvario de los misioneros.

Pekín, Octubre 20 de 1896

Á Lady Harrisson, en Londres

Mi amada Olga: En mi carta anterior, al darte cuenta de la visita que hube de hacer á un magnate de los más *gordos* de aquí, al obeso príncipe Tsai-Yi, el enemigo de la emperatriz regente, tuve ocasión de describirte muy al por menor la lujosa vivienda de un rico. Ahora, en contraste con aquello, voy á describirte las posadas donde encuentran albergue los chinos cuando viajan de una población á otra.

Las fondas chinas son paradores ó mesones sucios, donde se comen los manjares del país. Los europeos que viajamos, cuando hacemos excursiones al interior, llevamos siempre con nosotros todo lo necesario de comida y bebidas, con algo de ropa blanca, para poder albergarnos en esos paradores.

Los chinos ricos, cuando viajan, van á parar casi siempre á casas de amigos y recomendados, y, en otro caso, se albergan en pagodas de monjes y aun de monjas. En estos conventos hay habitaciones destinadas á extranjeros, sobre todo en aquellos más frecuentados, á donde acuden, de vez en cuando, romerías de devotos. El alojamiento y la comida se obtienen mediante dinero.

Entre esos paradores chinos, los hay también de mendigos, que constituyen en el Celeste Imperio una grande institución. Esas posadas para pordioseros existen, sobre todo, en las grandes capitales del Imperio y en Pekín, donde la mendicidad abunda más. Allí van á parar, durante la noche, los mendigos que durante el día recorren las calles y pasean su miseria bajo las murallas de las ciudades y en el umbral de las puertas de entrada.

Dichas posadas tienen una inmensa habitación destinada á dormitorio general. En el suelo se echan plumas de gallina y de toda especie de aves, formando un gran colchón caliente. En él, amontonados, se acuestan, conforme van llegando, los mendigos, y de la aglomeración se desprende acre y penetrante hedor. En aquel montón de andrajos y miseria, como espantoso estercolero, se revuelve la bestia humana, adormecida un momento en su vida de sufrimiento brutal, y, sin embargo, satisfecha de vivir.

Relatarte lo que come el indigente es tarea ímproba. Para él no existen las codiciadas «aletas de tiburón» ni los delicadísimos «nidos de pájaros», que, como ya sabes, hacen las delicias de mi buen amigo Li-hung-chang. Lo que suele comer el mendigo da náuseas, es decir, á nosotros, no á él. Baste decirte que aquí no se desperdicia nada. La carne de perro y de gato se vende públicamente; á la de ratón y toda suerte de animales inmundos, se le da caza en el propio domicilio. Sé que voy á extralimitarme, poniendo á prueba tu estómago; pero la cosa es tan notable, que no quiero pasártela en silencio. Para el chino pobre, peinarse es un *banquete*. De ese modo pretenden que recuperan la sangre que el *insecto* les ha chupado.

Y lo más gracioso del caso es que á individuos de esta especie, nuestros manjares, nuestras bebidas, les suelen dar asco. El uso de la leche está aquí prohibido, porque los habitantes de esta bendita tierra unen á su exagera-



Calle alta en Pekin



Carpintero y estudiante chinos

do desprecio á la humanidad, un profundísimo respeto al mundo animal. Existe una curiosa disposición por la que se prohibe, bajo las penas más severas, el beber leche de vaca. «El hombre—dice dicha disposición—no tiene ningún derecho á extraer de los animales la sustancia necesaria á la alimentación de sus hijos, particularmente de la vaca, que es la más útil de todas las bestias. Los hombres que hacen distinciones entre la humanidad y el mundo animal, son unos insensatos. Los que venden la leche degradan su conciencia con el dinero que les produce, y los que la beben no son menos miserables.»

¿Qué te parece la ordencilla? No reza, claro está, con nosotros, que, instalados en el barrio europeo, en nuestras respectivas Legaciones, podemos, si nos place, no tan sólo beber, sino hasta usar para el baño la leche, si tuviésemos la femenil tentación de imitar á Popea, la famosa concubina de Nerón. Desde las ventanas de mi vivienda se oyen los mugidos de las vacas que, en los establos del «Gran Hotel de Pekin», reservan el líquido sustancioso de sus ubres hermosas para el uso exclusivo de la colonia europea.

Y ya que te nombro el Gran Hotel, algo te diré de su historia. En la calle de las Legaciones, frente á la Legación germánica, entre los leones de mármol de la Legación del Japón y la de Francia, se levanta un edificio á la europea, cuyo rótulo dice, con pomposos caractéres: «Gran Hotel de Pekin».

Gran hotel, en efecto, comparado con lo que fuera en sus principios, cuando, hace veinte años, era tan sólo una casita china que albergaba al europeo no diplomático, bastante audaz para lanzarse en la exótica empresa de penetrar en la celeste corte: y, sin embargo, aquel hotel modesto ha sido el gérmen de todas las transformaciones de la China. Porque los huéspedes aquellos que allí modestamente se albergaban, sin privilegios ni exenciones diplomáticas, eran ingenieros, industriales, mineros, contratistas, comerciantes, los enviados y plenipotenciarios de la diplomacia moderna del dinero.

Y allí, encerrados en las paredes desnudas de la modesta fonda pekinesa, estudiaban los problemas económicos que han producido la revolución del gran imperio fósil. Sobre las mesas de pino de la fonda burguesa, se extendían planos y mapas; se levantaban postes de telégrafo, cuyos hilos herirían á los espíritus que moran en las alturas; se trazaban líneas férreas, cuyas máquinas hollarían las cenizas de los antepasados de los chinescos habitantes del imperio; se excavaba en las entrañas de la tierra para buscar los minerales que tantos siglos de estacionamiento depositaron en su inexcrutado seno.

Hoy la fiebre mercantil se ha desarrollado también en la corte pekinesa. Un enjambre de hombres de negocios, un hormiguero de ingenieros, llenan el edificio nuevo, levantado de plano, del que se llama ya pomposamente «Gran Hotel de Pekin». Cada huésped representa sindicatos, compañías inglesas, alemanas, norteamericanas, belgas, francesas, rusas, japonesas, empresas cosmopolitas que de todas las partes del mundo envían sus representantes para buscar, como buitres del negocio, su pedazo de presa en las entrañas del colosal cadáver.

Los principales, los mandarines, los letrados, los magnates de la corte imperial, ven con recelo esa irrupción de negociantes y de ingenieros que se lanza sobre Pekin. En cambio, el pueblo, fumando tranquilamente su pipa de opio, no se preocupa de lo que aquella irrupción significa; porque á este pueblo, indiferente á todo, le suelen tener sin cuidado los intereses generales de la nación y



Pagoda china

hasta las resoluciones de su gobierno. Los chinos, en general, no se ocupan de política. El pueblo no se da cuenta de los errores del gobierno mientras éstos no llegan á lesionar sus intereses inmediatos. Confucio dijo: «El que no desempeña un cargo público no tiene para qué ocuparse de lo que hace el gobierno».

El padre Huc dió en una de sus obras una nota característica de la manera de ser de los chinos en política. Refiere que, estando en una reunión de chinos, preguntó á éstos qué pensaban sobre la elección de sucesor probable del emperador, que acababa de fallecer. Sólo obtuvo esta respuesta:

—¿Para qué te cansas el cerebro en vanas suposiciones? Los mandarines están para ocuparse de los negocios de Estado, y para eso cobran. Dejémosles ganar su dinero, y no nos metamos en lo que no nos importa. Buenos tontos seríamos si fuésemos á ocuparnos de cosas de política, de balde.

—Esa es la verdad—añadieron los demás chinos.

Y, al mismo tiempo, hicieron observar al misionero que, mientras hablaba de política, se le estaba enfriando el thé y se le había apagado la pipa.

Fué motivo de gran sorpresa en Europa, durante la guerra chino-japonesa, el observar la indiferencia con que los chinos recibían las noticias de la guerra y de sus desastres. Viendo aquella indiferencia, rayana en el idiotismo, hubiera podido creerse que se trataba de otra nación que nada tenía que ver con ellos.

Y ya que te he hablado del padre Huc, misionero, te diré algo de las misiones, que es asunto de gran interés y siempre de actualidad para la familia europea. En eso de las misiones, es Francia la nación europea que ha trabajado con más constancia, con más ahinco, y no sólo aquí, sino en toda el Asia, que está llena de misiones católicas. El gobierno francés reconoce la utilidad de las misiones, que relacionan á Francia con los países más apartados y preparan las vías del comercio. Á su vez, los misioneros, estén ó no conformes con la marcha del gobierno, se sienten, no sin cierto orgullo, franceses, parte de una patria que, ante todo, desean grande y gloriosa.

Es curioso observar cómo se acomodan y flexibilizan los misioneros para adoptar los trajes, costumbres y aires de los países donde ejercen su apostolado. Ya has visto, más arriba, al padre Huc tomando thé y fumando en pipa; pero hay que verle asimismo oficiando en el altar del culto católico, un altarcillo donde no parece factible decir misa y el que tú no podrías utilizar más que para tocador. Cubierto de sedas bordadas de flores; decorado con un espejo de laca; envueltos los cirios en farolillos de iluminación, ese altar quitaría la devoción á cualquier católico europeo. No se la quita á los chinitos vestidos de amarillo y con luenga trenza colgante, que se arrodillan al pie. Y es que ese altar juguete es el oratorio clásico de China y el Japón, donde budistas y siatoistas queman sus barritas de perfume y sus papelillos dorados.

Á principios del siglo había en China cinco establecimientos de misiones; hoy existen cuarenta, y *cuatrocientos* presbíteros de trenza larga, elevan al cielo la Hostia; la casulla que ostentan semeja caprichoso pañolon de Manila; sus bonetes, de extraña forma, son ascuas de oro; el libro que hojean muestra, abierto, los extravagantes caracteres del alfabeto chino. Más que sacerdotes parecen fastuosos mandarines.

Para llegar á estos progresos obtenidos por las misiones, ¡qué numerosa legión de mártires ha regado con su sangre el largo camino!... En el Tonkin, el 24 de Noviembre de 1838, el misionero monseñor Borie, después de sufrir inauditos tormentos, muere al séptimo hachazo... El 11 de Septiembre de 1840, el infortunado Perboyre es estrangulado en Kiang-Si «en odio á su religión y á su patria.» El padre Le Vacher, lazarista como el anterior, habiéndose negado á abjurar de su religión, es muerto á consecuencia del disparo de un cañón, á cuya boca había sido previamente atado...

Pero ¿á qué seguir narrándote tales horrores? Hago punto aquí; y para borrarte la mala impresión que en ti dejará seguramente esta última parte de mi epístola, en la próxima te hablará de algunas cosas más alegres, tu esposo y amigo, que se pone, apasionado, á tus pies.

JOHN HARRISSÓN

Traducción del inglés por A.



El «Ta-chung-su» (Templo de la Gran Campana)



F. DE SORIA SANTACRUZ.—CORACEROS DE 1808

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)



L otro lado del mar, tenía sus estados una reina que en ninguna parte se le podía hallar otra semejante. Era excesivamente bella y de poderosas fuerzas. Esgrimía la lanza contra los fogosos héroes que venían á solicitar su amor.

Arrojaba la piedra á gran distancia y rebotaba hasta muy lejos. Todo aquel que deseara su amor, debía sufrir tres pruebas sin quedar derrotado en ninguna por aquella mujer de poder tan grande; si en una sola quedaba vencido, cortábanle la cabeza.

La joven lo había hecho ya varias veces. El caballero lo supo en las orillas del Rhin; estaba convencido de ello y por esta razón su alma se inclinaba sin cesar hacia la hermosa joven. Muchos guerreros perdieron después la vida.

Un día Gunter y sus hombres se hallaban sentados reflexionando, y buscando cuál sería la mujer que su señor pudiera tomar.

El rey del Rhin habló de este modo: «Quiero atravesar el mar para ir al encuentro de Brunequilda; nada me importa lo que me pueda suceder. Quiero exponer mi vida por su amor, si no la consigo por esposa.»

«No os aconsejaré yo tal cosa» le dijo Sigfrido, «pues tan crueles son las costumbres de esta reina, que cuesta muy caro á los que quieren conseguir su amor.»

Así replicó el rey Gunter: «No puede haber nacido nunca una mujer tan valiente y tan fuerte á la que yo no pueda derrotar en un combate, con sólo esta mano.» «Callad, le dijo Sigfrido, sus fuerzas os son desconocidas.»

«Aun cuando valiérais por cuatro, no podriais preservaros de su furor terrible; así pues, desistid de vuestro propósito; os lo aconsejo como buen amigo. Si queréis evitar la muerte, que no os domine su amor y deje de arrastraros de ese modo.»

«Sea lo fuerte que sea, no dejaré de hacer este viaje al reino de Brunequilda, sucédame lo que quiera. Por su extraordinaria belleza hay que intentarlo todo. Si Dios quiere, tal vez me siga á mi pais del Rhin.»

«Este es mi consejo» dijo Hagen: «rogad á Sigfrido que afronte con vos los peligros de la expedición; y pienso así, porque él sabe cuanto á esa mujer se refiere.»

Le dijo: «Noble Sigfrido ¿quieres ayudarme á conquistar á esa virgen digna de amor? Accede á mi ruego, y si logro que sea mía tan hermosa mujer, expondré por complacerte mi honor y mi vida.»

Así le respondió Sigfrido el hijo de Sigemundo: «Lo haré si me das por esposa á tu hermana la bella Crimilda, la elevada princesa: no quiero otra recompensa por los servicios que te pueda prestar.»

«Lo juro en tus manos, Sigfrido,» respondió Gunter. «Que la hermosa Brunequilda venga á este país y te daré á mi hermana por esposa y ojalá con ella seas feliz toda la vida.»

Cambiaron sus juramentos aquellos fieles guerreros. Muchos trabajos tuvieron que realizar antes de conseguir llevar la virgen á las orillas del Rhin. Desde entonces, los bravos comenzaron á correr grandes peligros.

He oído contar algo de los enanos salvajes que habitan en las grutas de las montañas y que para defenderse llevan una cosa maravillosa llamada la Tarnkappa; el que la lleva puede estar seguro siempre.

Nadie ve á la persona que la lleva puesta; ve y oye, pero nadie la puede percibir: su fuerza se acrecienta también. Así lo refieren las tradiciones.

Sigfrido tenía un casco de estos, que no sin gran trabajo había logrado quitar al enano Alberico. Los atrevidos y poderosos guerreros se preparaban para realizar la expedición.

Cuando el fuerte Sigfrido se cubría con la Tarnkappa, su vigor era terrible y adquiría la fuerza de doce hombres. Con sutil maña logró conquistar á la soberbia mujer.

El casco aquél estaba construído de tal modo, que el que lo llevaba podía hacer cuanto quisiera sin que por nadie fuese visto. Gracias á este medio pudo conquistar á Brunequilda, pero aquello fué su desgracia.

«Dime ahora, Sigfrido, antes de partir, ¿cuántos guerreros llevaremos al reino de Brunequilda, para presentarnos honrosamente? Treinta mil combatientes pueden reunirse muy pronto.»

«Por muchos que fueran», le respondió Sigfrido, «es tan feroz aquella reina, que todos absolutamente serían víctimas de su furor.

»Bajemos por el Rhin y sigamos las caballerescas costumbres. Yo os indicaré los que deben acompañarnos: dos con nosotros, dos y nadie más.

»Uno de los compañeros soy yo, tú eres el otro y Hagen será el tercero: de esta manera lograremos triunfar; el cuarto será Dankwart, ese hombre fortisísimo. Mil hombres no lograrían detenernos.»

«Quisiera saber también, dijo el rey, antes de emprender este viaje, que me colma de contento, con que traje convendría aparecer ante Brunequilda.

«Los más hermosos trajes que se pudieran encontrar han sido llevados ya en el reino de Brunequilda: debemos llevar suntuosos vestidos para presentarnos á las mujeres, á fin de que no sea un deshonor para nosotros cuando se haga el relato.»

El buen guerrero le contestó así: «Yo mismo iré á pedir á mi amada madre que sus hermosas acompañantes nos ayuden á preparar los vestidos que han de honrarnos ante la soberbia joven.»

Hagen de Troneja dijo con suma cortesía: «¿Para qué pedir este obsequio á vuestra madre? Decid á vuestra hermana lo que queremos. Es tan grande su talento, que sabrá escoger los trajes que nos convienen.»

Hizo el rey avisar á su hermana, que querían verla él y el guerrero Sigfrido. Antes de que llegaran, la hermosa se había vestido para agradar; la llegada de los héroes le causaba alegría de corazón.

Todas las de su acompañamiento estaban también vestidas de gala. Ambos príncipes se aproximan y tan pronto como ella lo sabe, deja su asiento y sale á recibir modestamente al noble huésped y á su hermano.

«Sed bien venidos, hermano mío, tú y tu acompañante. Deseo saber que es lo que deseáis para ir á esa corte lejana.»

El rey Gunter contestó: «Yo os lo diré, señora. Á pesar de nuestro gran valor, tenemos horribles cuidados; queremos entrar ostentosamente en un país extranjero y para este viaje, nos hacen falta trajes con ricos adornos.»

«Sentáos, hermano querido, dijo la hija del rey y decidme en que parte están esas mujeres cuyo amor buscáis y

esas tierras que pertenecen á otros héroes.» Ella cogió de la mano á los dos guerreros escogidos. Condújolos cerca del sitio en que tenía su asiento, entre ricos almohadones.

Entre los dos se cambiaban miradas de afecto y amorosas señales. Sigfrido la sentía en su corazón; era para él como su propia carne. Desde entonces la hermosa Crimilda fué la esposa del atrevido guerrero.

El rey Gunter, dijo: «Noble hermana mía, sin vuestra ayuda no podremos seguir adelante en nuestro proyecto. Queremos visitar el país de Brunequilda; así pues nos son necesarios hermosos vestidos, para comparecer ante aquellas mujeres.»

La princesa respondió: «Hermano muy querido, os ofrezco mi ayuda sin reserva ninguna y estoy pronta á serviros. Si alguien os rehusa la menor cosa, causará un gran dolor á Crimilda.

»Vosotros, nobles caballeros, no me debéis dirigir súplicas nunca; mejor es que me déis órdenes, aunque con cortesía. Todo cuanto deseéis estoy pronta a hacerlo y lo haré con sumo gusto.» Esto dijo la noble virgen.

«Amada hermana: queremos llevar buenos vestidos y es nuestro deseo que vuestra blanca mano nos ayude en la elección; que los hagan las de vuestra servidumbre, para que nos estén bien, porque nunca desistiremos de realizar esta expedición.»

La joven respondió: «Escuchad lo que os digo: yo tengo la seda, haced que en un escudo me traigan la pedrería y os haremos los trajes.» Gunter y Sigfrido quedaron satisfechos.

«¿Cuáles son, preguntó la princesa, los compañeros á que hay que vestir como á vosotros, para ir á esa lejana corte?» El rey le respondió: «Yo el cuarto: dos de mis héroes, Dankwart y Hagen me acompañarán en esta expedición.

»Escuchad, amada hermana, lo que os digo; además de los cuatro para nosotros, nos hacen falta á cada uno tres trajes distintos y de buenas telas, para que podamos volver sin afrenta del reino de Brunequilda.»

Después de despedirse cortesmente, se retiraron los caballeros. La hermosa joven, la princesa Crimilda, llamó á su cámara á treinta de sus sirvientas, muy hábiles en aquella clase de trabajos.

En seda de la Arabia, blanca como la nieve, y en las sedas de Zazamancas verdes como la yerba, engarzaron riquísima pedrería: fueron aquellos unos hermosos trajes; Crimilda, la hermosa, los cortó por sus manos.

Las guarniciones, hechas de piel de pescados, cogidos en lejanos mares, que parecían entonces muy extraordinarios, las cubrieron con seda y oro: sabed ahora las maravillas de aquellos costosos trajes.

Las mejores sedas de Marruecos y de Libia que hasta entonces llevaran los hijos de reyes, fueron empleadas en ellos abundantemente.

Como era grande la empresa que intentaban, se pensó que las pieles de armiño serían convenientes y sobre su blancura pusieron pieles negras como el carbón, de las que aun se adornan los héroes para las fiestas.

En siete semanas quedaron terminados los vestidos; las armas para los valientes guerreros estuvieron listas en el mismo tiempo.

Cuando todo estuvo dispuesto, se construyó una fuerte barca junto al Rhin, para que los condujera hasta el mar. Las nobles jovenes estaban agobiadas por el trabajo.

Hicieron saber á los héroes que estaban preparados los magníficos vestidos que debían llevar. Todo lo que deseaban estaba hecho y no querían permanecer por más tiempo en las orillas del Rhin.

Á los compañeros de armas, se les envió un mensajero por si querían ver las nuevas vestiduras, por si eran muy largas ó muy cortas. Las hallaron bien á la medida y dieron las gracias á las damas.

Todo el que lo veía, tenía que confesar que no había visto nada más hermoso en el mundo. Nunca se podrán citar más bellos trajes de guerreros.

Las nobles jóvenes recibieron gracias repetidas. Los esforzados guerreros querían despedirse y lo hicieron según las costumbres de la caballería. Más de unos ojos brillantes, tornáronse sombríos y derramaron lágrimas.

Así le dijo: «Mi hermano querido, quedáos, aún es tiempo y buscad otra mujer, que sería obrar con acierto, la que no ponga en peligro vuestra vida. No lejos de aquí hallaréis una joven de elevada alcurnia.»

Pienso que el corazón les decía lo que iba á suceder: lloraban en cuanto se hablaba una palabra. El oro que servía de adorno en sus pechos, se ablandaba con las lágrimas que de sus ojos vertían.

Ella dijo: «Señor Sigfrido, permitid que recomiende á vuestra fidelidad y á vuestro valor á mi querido hermano; que nada le suceda en el país de Brunequilda.» El fuerte guerrero lo juró en manos de Crimilda.

El noble guerrero contestó de este modo: «Si conservo mi vida, descuidad, noble señora, que volverá sano y salvo al Rhin, creed que esto es lo cierto.»

Trajeron sobre el campo los dorados escudos y lo demás del equipo; aproximaron los caballos; tenían grandes deseos de marchar.

Asomadas á las ventanas se veían muchas hermosas jóvenes. La vela de la barca se hinchó con el fuerte viento. Los bravos compañeros de armas fueron impulsados por las ondas del Rhin; así dijo el rey Gunter: «¿Quién quiere ser el piloto?»

«Yo lo seré», dijo Sigfrido, «yo puedo conduciros sobre las ondas hasta allá abajo, buenos guerreros. Me son conocidos los rectos caminos por el agua.» Así abandonaron contentos el país de Borgoña.

Sigfrido se apoyó en un duro remo y la barca se alejó de la orilla.

Llevaban consigo suculentos manjares y el mejor vino que se había podido encontrar en el Rhin. Sus caballos tranquilos, reposaban, el barco caminaba.

Las fuertes cuerdas de la vela, quedaron amarradas sólidamente: hicieron veinte millas antes de llegar la noche, gracias al buen viento que soplaba hacia el mar; después, los grandes trabajos fueron para las mujeres.

Á la duodécima mañana, según hemos oído decir, los vientos los habían impelido á lo lejos, hacia Isenstein, en el reino de Brunequilda. Solo Sigfrido conocía aquel país.

Cuando el rey Gunter vió las fortalezas y también los vastos mercados, dijo así: «Decidme, amigo Sigfrido, ¿conocéis esto? ¿De quién son esas ciudades y ese precioso país?

»En mi vida, y digo la verdad, ví tantas fortalezas ni tan bien hechas como ahora veo ante mí. Fuerte debe ser el que las ha mandado construir.»

Á esto respondió Sigfrido: «Conozco mucho esto: de Brunequilda son esas ciudades, esos campos y la fortaleza de Isenstein, yo lo afirmo. Hoy mismo podréis ver á muchas hermosas mujeres.

»Yo os aconsejo, guerreros, que no afirméis y neguéis las mismas cosas; esto me parece bueno: si hoy mismo comparecemos ante Brunequilda, debemos estar prevenidos ante la joven reina.

»Cuando veamos á la joven digna de amor, seguida de su acompañamiento, acordáos, héroes, de decir la misma

cosa: que Gunter sea mi señor y yo su vasallo, todo lo que él desee se cumplirá.»

Todos estaban dispuestos á ejecutar lo que les hizo prometer; el estímulo les hizo ser fuertes. Hablaron como quería: y les estuvo muy bien, cuando Gunter compareció ante Brunequilda.

«He venido hasta tan lejos, no por tus deseos, sino por tu hermana, la hermosa virgen. Ella es para mí, como mi alma y como mi cuerpo, y haré todo esto, por que quiero que sea mi esposa.»

VII

DE COMO GUNTER OBTUVO Á BRUNEQUILDA

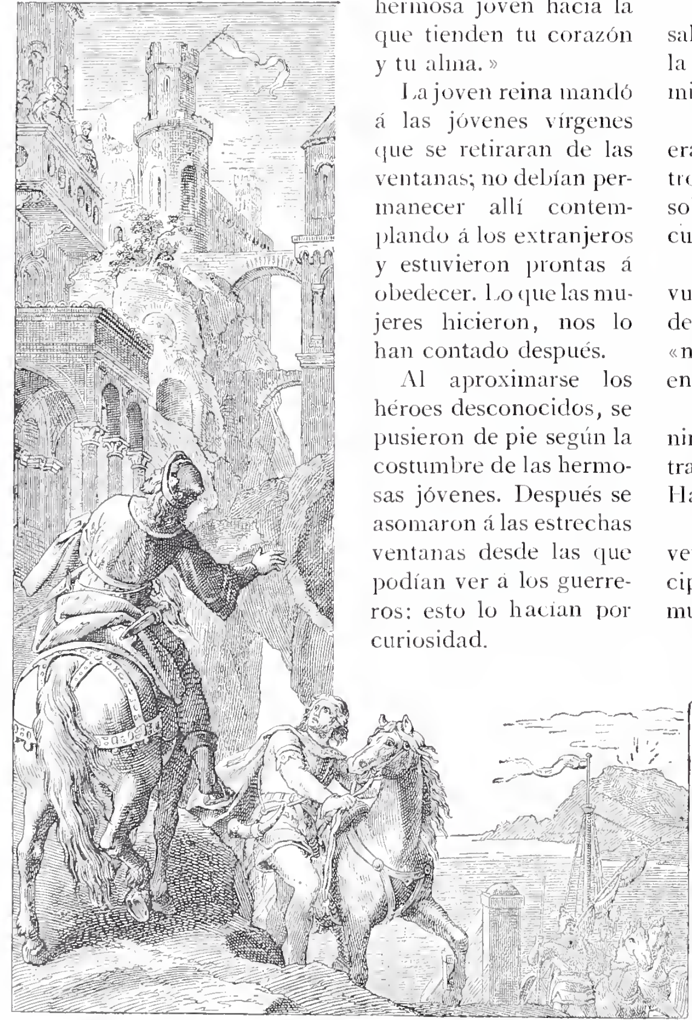
Su barca adelantando en el mar, se había aproximado tanto á la ciudad, que pudieron ver en las ventanas muchas bellas jóvenes. Mucho sentía no conocerlas á todas.

Preguntó á su compañero Sigfrido: «¿Sabes qué cosa notable puede llamar la atención de esas jóvenes hacia las ondas? Cualquiera que sea el señor de ellas, me parecen de elevado espíritu.»

Así le contestó el fuerte Sigfrido. «Es necesario mirar con disimulo á todas esas jóvenes, para que me digas después cual escogerías si estuviera en tu mano.» «Lo haré,» respondió Gunter, el noble y esforzado caballero.

»Veo en aquella ventana á una con traje blanco como la nieve, que es muy bella. Mis ojos la escogen; su cuerpo es muy hermoso. Si pudiera la había de hacer mi esposa.»

«Muy bien ha escogido la mirada de tus ojos: esa es la noble Brunequilda, la hermosa joven hacia la que tienden tu corazón y tu alma.»



La joven reina mandó á las jóvenes vírgenes que se retiraran de las ventanas; no debían permanecer allí contemplando á los extranjeros y estuvieron prontas á obedecer. Lo que las mujeres hicieron, nos lo han contado después.

Al aproximarse los héroes desconocidos, se pusieron de pie según la costumbre de las hermosas jóvenes. Después se asomaron á las estrechas ventanas desde las que podían ver á los guerreros: esto lo hacían por curiosidad.

Sólo eran cuatro los que desembarcaban en aquel país. El fuerte Sigfrido llevaba un caballo de la brida. Esto lo veían por las ventanas las hermosas; gran honor recibió luego el rey Gunter.

Tuvo allí sujeto al caballo enjaezado, bueno y hermoso, grande y fuerte, hasta que el rey Gunter estuvo en la silla. Así lo sirvió Sigfrido, pero después lo olvidó.

Después sacó su caballo de la barca: nunca hasta entonces sirvió para tener el estribo á ningún otro guerrero. Las hermosas mujeres miraban por las ventanas.

Muy semejante era la presencia de los héroes: de color blanco como la nieve eran sus vestidos y sus caballos. Sus escudos estaban muy bien trabajados y brillaban en las manos de aquellos hombres valientes.

Las monturas iban adornadas de pedrería; los pretales eran estrechos, y pendientes de ellos iban campanillas de oro rojo y brillante. Llegados al país aquél, inspirados por su valor, se encaminaron también magníficamente vestidos hacia Brunequilda.

Avanzaban con sus bien aguzadas lanzas y con sus espadas que les llegaban hasta las espuelas: eran puntiagudas y muy largas. Brunequilda, la virgen digna de amor, miraba todo aquello.

En compañía de ellos iban Dankwart y su hermano Hagen. Hemos oído contar que estos guerreros llevaban vestidos negros como las alas del cuervo. Nuevos eran sus escudos, buenos, largos y fuertes.

De la India era la pedrería que se veía relucir suntuosamente en sus vestidos. En la orilla dejaron sin guardia la embarcación, y se encaminaron hacia la ciudad aquellos héroes nobles y buenos.

Ochenta y seis torres se elevaban allí, tres palacios y un salón construido magníficamente con mármol verde como la yerba. Allí se hallaba la joven reina y su acompañamiento.

Las puertas de la ciudad se abrieron tan anchas como eran. Los hombres de Brunequilda salieron á su encuentro y los recibieron como á huéspedes, en el país de su soberana. Sus caballos y sus escudos quedaron bajo la custodia de ellos.

Uno de los camareros habló de este modo: «Dadme vuestras espadas y vuestras bruñidas corazas.» «No podemos concederos eso», respondió Hagen de Troneja, «nosotros mismos queremos llevarlas.» Sigfrido comenzó entonces á explicarle los usos de aquella corte.

«Es costumbre en esta Ciudad, debo decíroslo, que ningún huésped lleve armas: dejad que recojan las vuestras, y estará bien hecho.» No siguió gustoso este consejo Hagen, el guerrero de Gunter.

Hicieron servir á los héroes licores y otras cosas convenientes. Muchos brillantes guerreros, con trajes de príncipe, se encaminaban á la corte. Dirigían á los héroes muchas miradas de curiosidad.

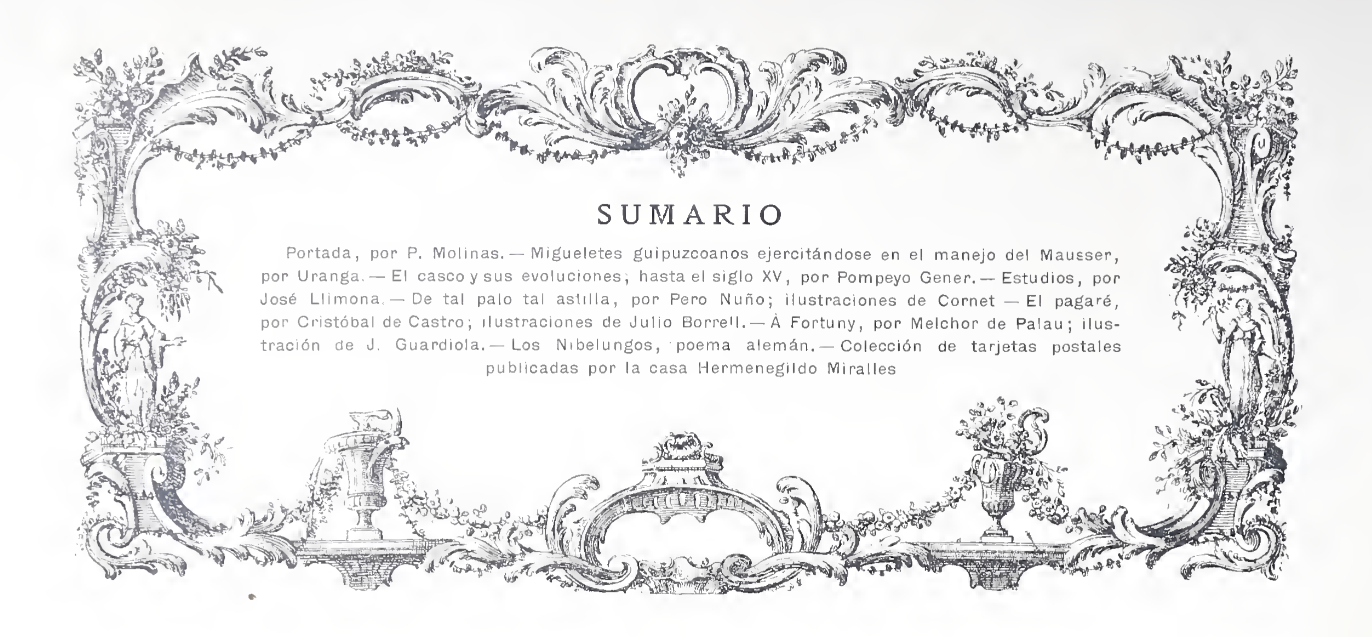
Dijeron á Brunequilda, que unos guerreros extranjeros habían llegado con ricos trajes, navegando por el mar. La joven hermosa y buena comenzó á informarse.

«Hacedme escuchar», dijo la reina, «quienes pueden ser esos guerreros desconocidos, de tan arrogante presencia, que veo en mi ciudad, y cuales pueden ser los motivos porque han navegado hasta aquí.»

Uno de su acompañamiento le respondió: «Señora, uno de los que con ellos están, me parece que es Sigfrido: mi opinión es que debemos recibirlos bien.

(CONTINUARÁ)


P. Molinas
HISPANIA



SUMARIO

Portada, por P. Molinas. — Migueletes guipuzcoanos ejercitándose en el manejo del Mausser, por Uranga. — El casco y sus evoluciones, hasta el siglo XV, por Pompeyo Gener. — Estudios, por José Llimona. — De tal palo tal astilla, por Pero Nuño; ilustraciones de Cornet — El pagaré, por Cristóbal de Castro; ilustraciones de Julio Borrell. — Á Fortuny, por Melchor de Palau; ilustración de J. Guardiola. — Los Nibelungos, poema alemán. — Colección de tarjetas postales publicadas por la casa Hermenegildo Miralles

URANGA. — MIGUELETES GUIPUZCOANOS EJERCITÁNDOSE EN EL MANEJO DEL MAUSSER



Cervelières ó bacinetes, del siglo X al XIII, encontrados en el pirineo catalán, cerca de Prats de Molló

EL CASCO

y sus evoluciones; hasta el siglo XV

Así como la espada y sus derivaciones ó análogos (puñal, daga, machete, sable, etc.,) han sido la principal arma blanca de ataque, el casco ha sido la primera defensa, pues la cabeza, siendo lo más importante del hombre, es lo primero que se le acudió resguardar de los golpes que recibir pudiera en la lucha.

En las épocas prehistóricas, á lo que resulta, los hombres se resguardaban la cabeza y las espaldas con la piel de un animal, ya fuera de un oso, de un carnero, ó de un león ó tigre. La cabeza de la piel, con los cuernos ú orejas, iba sobre la cabeza del hombre, á manera de casco, y la piel caía encima de las espaldas como un manto, sirviéndole la parte de las patas delanteras para sujetársela al cuello.

En los períodos de bronce y de hierro, los cascos más antiguos que se conocen en Europa eran cónicos en general, y algunos tenían una especie de cresta, llevando á veces como adorno cuernos de buey ó de búfalo. En el *British Museum* hay uno que es atribuído á los primitivos bretones, aunque algunos le asignan un origen escandinavo. Los cascos cónicos, tales como los que existen en los Museos de Saint Germain y de Ruan, son atribuídos á los galos, y el del Museo de Munich créese que representa el tipo de casco que llevaron los awaros y luego los godos.

En el Asia los cascos asirios también tenían una parecida forma.

El nombre casco viene de *kask* en lengua sajona primitiva. En lengua céltica primitiva se decía *cas-ked,* que quiere decir estuche *(cas,* caja,) de la cabeza *(cead* ó *kead,* cabeza). En alemán es *helm* (yelmo), como en inglés *helmed* (almete).

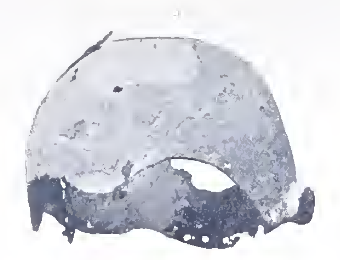
El casco más primitivo, pues, era una especie de cacerola de bronce, á cuyos lados se implantaban cuernos, ó alas (tal vez para infundir terror al enemigo), ó bien un embudo de cobre, que se reforzaba con tiras claveteadas, ó con una cresta, para embotar los golpes.

Pronto al casco cónico, los pueblos del Norte de Europa, le añadieron un *nasal* fijo, ó sea una tira de metal que bajaba de la frente hasta la boca, cubriendo completamente la nariz. Esta pieza se llamó *nazal* en inglés y *nasenberge* ó *schemenbart* en alemán primitivo. Este casco, en los primeros siglos de la Edad Media y probablemente antes, entre los bárbaros, iba calado encima de la capucha de piel ó de tejido burdo que cubría la cabeza, así como el casco cónico caldeo y asirio iba encima de una especie de turbante, o tela con que se envolvían la cabeza, costumbre conservada después por los árabes y los persas.



Casco godo (faltan las carrilleras). Siglo VI á VII

Entre los normandos y los germanos de los primeros siglos medios, iba colocado no ya sobre un simple capuchón, sinó sobre uno de cuero todo cubierto de anillos ó de escamas, que formaba parte de su cota de armas, y más tarde sobre el capuchón de mallas, con que terminaba la cota de malla, llamado *Ring-haube*



Restos de un bacinete del siglo XI, encontrados en las inmediaciones de Narbona

en alemán y *mail-capuchin* en inglés.

El casco hemisférico ó bombado, con ó sin cimera y con ó sin carrilleras, es de origen greco-latino.

Todos conocen la elegante forma de los cascos griegos y etruscos. El casco ateniense consistía en un casquete hemisférico con cogotera y carrilleras, que levantadas formaban como unas alas á ambos lados, y que bajas cubrían orejas y carrillos. Una cimera, ó á veces tres, en forma de abanico, formaban su remate, estando guarnecidas de crines, cortadas como un cepillo, y de una cola que cubría cuello y espaldas, tal cual la de los cascos de los coraceros franceses. Sobre la frente había una pequeña visera que se bajaba.

El casco beocio era casi esférico, con gran cogotera que se avanzaba por los lados en forma de carrilleras, y una visera fija en forma de careta. Puesto derecho, cubría toda la cabeza del guerrero, que miraba por los ojos de la careta. El timbre quedaba más elevado que la parte superior de la cabeza, é iba sobremontado por una cimera enorme, en forma de arco, guarnecida con crines como un gran cepillo.

Estos cascos, muy sencillos en la primitiva época, luego, como los atenienses, hiciéronse repujados, cincelados, llenos de placas de oro y de plata, y con figuras que sostenían la cimera.



Bacinete con cogotera. Siglo XIII

El casco frigio tenía la misma forma del gorro frigio, sólo que era de metal, sirviéndole de cimera la cresta del gorro doblada hacia adelante.

Los cascos romanos eran más sencillos. Consistían en un casquete esférico, de cobre ó de hierro, con cogotera y carrilleras, una pequeña visera movible como una tira, sobre la frente, y tenían un remate en la parte superior, en forma de cestito ó de dado, que iba guarnecido con plumas pequeñas ó crines. Algunos legionarios llevaban sólo una cimera pequeñísima con un anillo para colgarse el casco á la espalda ó al lado, durante ciertas marchas. También estos cascos se adornaron con chapas de oro y de plata, con figuras y emblemas repujados, con cinceladuras, etc.

Después de la invasión de los bárbaros en los países latinos, en éstos los cascos se modifican, conservándose casi puros en el Imperio de Bizancio, con su forma antigua. En cambio, los godos y demás pueblos del Norte instalados en países latinos, usan su primer casco cónico con nasal, pero algo modificado y adornado.

Los germanos, en algunos puntos, recurban el cono hacia delante, dándole algo de la forma del casco frigio,



Celadas catalanas y aragonesas, marcando el tránsito de la *cervelière* á la *celada* propiamente dicha. Siglo XIII

y los francos, sobre todo en la época carlovingia, adoptan un casco timbrado, con una cresta ó cimera y los bordes avanzando algo caídos, como una bacinilla puesta al revés. Estos cascos eran de dos piezas, estando unidos por el centro, ó sea la cresta.

Otras veces lo que usan, lo mismo germanos que francos y normandos, es un casco plano de encima, con nasal, bastante elevado, llevándolo sobre de un gorro ó de la capucha de mallas. Estos cascos van reforzados con dos tiras de hierro, puestas encima en forma de cruz, que van á reunirse en el borde con otra tira circular, sostenida por clavos.

Estas son las formas de cascos usados hasta mediados del XII, en que aparece el *first pot-helm* de los anglosajones, y el *topfform helm* de los alemanes. Este es un verdadero *pote,* ó sea un cilindro con timbre plano ó ligeramente bombado, tal cual un cazo de sacar agua. En la parte de delante una cruz de gruesa plancha de hierro, aplicada, refuerza la cara del casco, y por encima de los brazos de la cruz hay dos hendiduras longitudinales, por las cuales el guerrero mira. Además tiene agujeritos pequeños, al nivel de las narices y de la boca, para respirar. Este casco es llevado encima del capuchón de mallas, y se lo pone el guerrero sólo en el momento del combate.

Fué usado principalmente en las cruzadas. Á veces, y para darle un aspecto de lujo, iba recubierto de rica tela ó pintado, siendo la cruz plateada ó sobredorada.

Este yelmo se modifica un poco. El timbre, ó sea la parte superior, se bomba, y entonces se le pone una cimera emblemática, pero esto ya es á fines del siglo XIII.

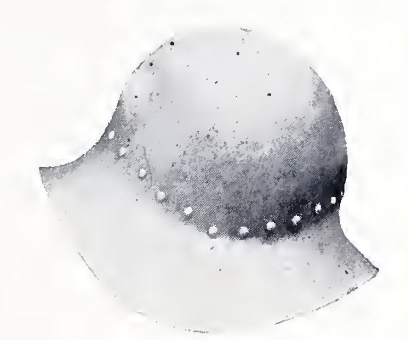
Este casco es muy grande, y en el caso de desafío personal, justa ó batalla, se pone no sólo encima del capuchón de mallas, sino que debajo de éste se lleva una gorra acolchada con crin ó estopa, ó simplemente la gorra (barretina) que hoy día se usa en Cataluña, en Sicilia y en Portugal, pero redoblada del modo que aun hoy la llevan ciertos carreteros y en especial los serenos. Esto era para amortiguar los golpes.

Al mismo tiempo, ya desde el siglo VIII, se venía usando, en los países latinos, otro casco que en el XI se generaliza en toda Europa, y es la *cervelliere,* como se la llamó en Francia, ó *bacinete,* como se le denominó en España.

Era éste un verdadero casquete de hierro, de forma hemisférica, ó ligeramente puntiagudo, que los infantes y los caballeros se ponían encima de la capucha de mallas.

En algunos, especialmente en los peones, que no debían recubrirlo con el *yelmo,* los bordes avanzan un poco cual las alas de un sombrero; en otros la parte posterior que corresponde al cuello baja más, constituyendo una verdadera cogotera. Alguno tiene una ligera quilla ó sutura angulosa en su parte superior. Estos cascos tenían un forro de cuero acolchado, y los caballeros no se los tocaban de la cabeza para ponerse el yelmo.

Algunos de estos pequeños cascos estaban formados por piezas de hierro empizarradas en forma de gruesas escamas, y el soporte ó molde al cual iban clavadas ó cosidas, era un bonete hemisférico de baqueta, acolchado por dentro.


Bacinetas, llamadas genovesas ó sean *Capells de ferre* catalanes, hallados cerca de Salou. Siglo XIII

Desde aquí ya, y á partir del siglo XIII, empieza la evolución sensible del yelmo y la del bacinete.

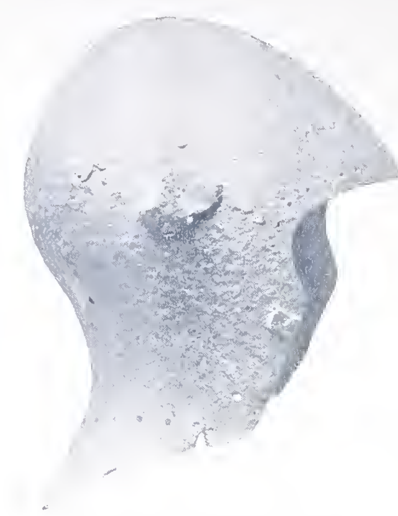
El yelmo al llegar al siglo XIV se desdobla, es decir, se hace pesado y toma una forma que le permite encajarse encima de los hombros, avanzando su parte superior cerca de la hendidura de los ojos.

Cúbresele de lambrequines, que primero son sólo unas tiras de pergamino recortadas y festoneadas, y luego son ya de seda ó de gamuza, y se sujeta con un *bourrelet,* en forma de corona, ciñendo el timbre del casco. Encima se pone una cimera, y ésta representa las insignias del caballero. Ya es un dragón alado, ya un muñeco ó muñeca, un sol, unos cuernos, un gran plumero, unas alas, una rueda, un pescado, un brazo con una espada, una antorcha, un santo, etc., etc. Estos yelmos, enormes, van sujetos á la coraza, por medio de una hebilla y una correa, por detrás, y por medio de un gatillo ó de hebillas por delante. Su peso es considerable, pero como descansan sobre las espaldas, el que los usa puede soportarlos. Además que se llevan tan sólo un corto rato, pues están destinados únicamente para fiestas y torneos. Así se llaman en alemán *stechtopf helm* y *tilting-pothelm* en inglés. Estos eran yelmos de 20 á 25 libras.

En cambio, los yelmos de guerra se aligeran. Se hacen



Celada catalana ó aragonesa de fines del XIII, hallada cerca de Fraga




Celada catalana del XIV, igual á las que están representadas en el arco de triunfo del rey Alfonso de Sicilia, (usadas en toda Italia). Falta la visera y el *barbote* que iba suelto.

Celada catalana de fines del XII á principios del XIII

de acero, y por la parte central de su *facies* forman una quilla, para rechazar mejor los botes de lanza, los viretones, flechas y demás armas arrojadizas, y su timbre es más bombado, más alto, para resistir no sólo los tajos, sino los golpes de maza y de hacha, y pronto toma la tendencia á apuntarse, volviéndose como un cono lo mismo en la parte del timbre que en la visera y se llama en general *pico de puerco.*

De otra parte, el bacinete evoluciona también en dos sentidos.

Alargándosele los bordes hacia abajo, en forma de alas, vuélvese en el siglo XIV el *sombrero de armas,* o *capell de ferre,* como se decía en Cataluña y Aragón, ó *bacineta genovesa.*

Este es el casco que usan principalmente los arqueros, ballesteros y demás peones, puesto, siempre, encima del capuchón de mallas.

La otra transformación del bacinete ó *cervelliere* consiste en alargarse por la parte de la nuca, llegando no sólo á cubrirla en forma de cogotera, sino á alargarse en punta hacia el centro de la espalda. Por los lados avanza hasta cubrir las orejas y aun parte de los carrillos. Algunos tienen una tira que baja de la frente en forma de nasal, y vienen á ser casi lo mismo que el casco beocio, pero sin la cimera.

Estos bacinetes, transformados así, se llaman *celada,* nombre que unos quieren hacer derivar del verbo *celar,* español, y otros del *schallern* ó *schale* (copa), alemán, aunque la primera etimología sea la más verdadera.

Estas celadas se recubren de terciopelo y se les aplican adornos dorados, y hasta especies de remates, encima de la frente, y en la quilla que forman en la sutura central de la cabeza. También se añaden rosetones, en la parte correspondiente á las orejas, pero esto sólo es en las celadas de parada.

En el próximo estudio veremos las transformaciones de este casco, y las del sombrero de armas y de los yelmos, que se modifican ya completamente á fines del siglo XIV y á principios del XV.

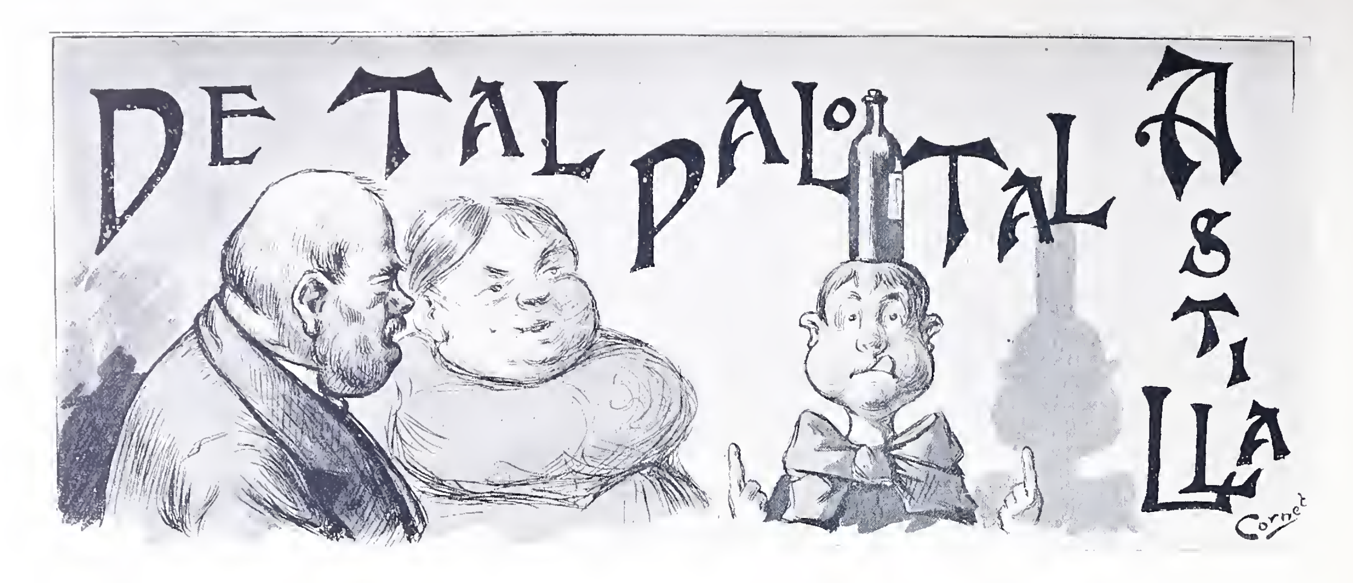
Pompeyo Gener



Yelmo de torneo de principios del siglo XV, visto por detrás



JOSÉ LLIMONA.—ESTUDIOS



I

D. Cornelio Manso tenía un hijo de doce años que se llamaba Toribio y que causaba la delicia de sus padres por su afición á la gimnasia.

No abría jamás un libro; pero, lo que decía doña Tomasa:—Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te importa: lo esencial en la vida es aprender á dar saltos de trampolín, á sostener con firmeza las planchas que se hagan y á no soltar por nada de este mundo la breva, cuando se coja; y de eso nada enseñan los libros; todo ello es cuestión de gimnasia.

Alguna que otra vez argüía D. Cornelio que el saber no ocupa lugar; pero su costilla le hacía callar, diciéndole:

—Nadie con menos razón que tú puede hablar así, porque no sabes de la misa la media, y porque si algo has prosperado en el mundo y por algo has despuntado, á mí lo debes, no á tus conocimientos.

Y como eso era verdad y como don Cornelio sabía que sin las influencias de su mujer hubiera sido un pobrete toda su vida, callaba, ó decía á lo sumo:

—Lo que tú quieras.

Y Toribio continuaba sin estudiar, buscando la compensación de su ausencia cerebral en el desarrollo de sus fuerzas físicas.

¡Como que llegó á tener más fuerzas que un toro, según decía su madre!

II

Creció Toribio, y á los quince años se le ocurrió á D.ª Tomasa que, para *completar* su educación, debía aprender el baile.

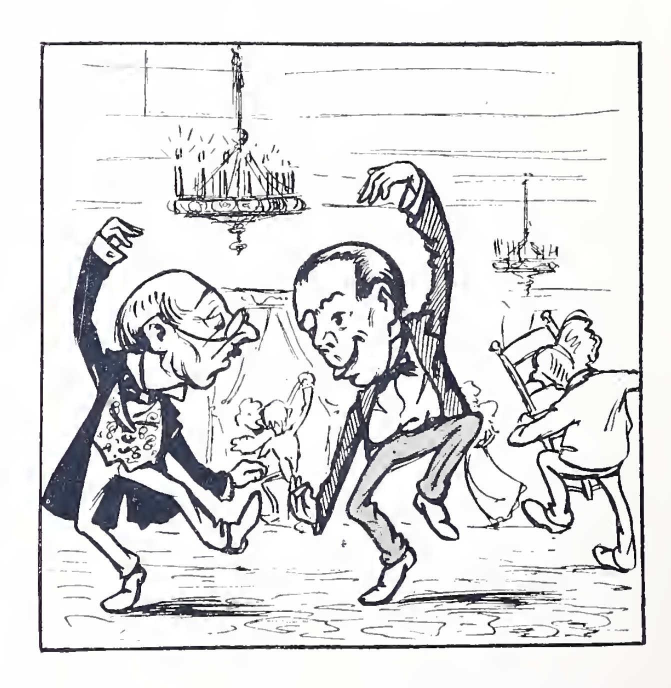
—¿Vas á educarlo para bolero?—le preguntó don Cornelio á su consorte, admirado de tal determinación.

—¡Qué bestia eres!—replicó ésta con naturalidad —¿No ves que en el baile se aprende á sostenerse en un pie como las grullas y á hacer grandes equilibrios?

—¿Y eso, qué?

—Que en este mundo, lo primero que se necesita para todo, es fuerza, y lo segundo equilibrio para sostenerse contra viento y marea.

Y cátenme á Toribio en una academia de baile, haciendo «balancés», «avante dos» y figuras de contradanza, en virtud del deseo de su madre más que por afición propia, pues, en cuanto á bailes, sólo simpatizaba con el can-can, por su concomitancia con el paso gimnástico. ¡Si al menos la clase hubiera sido mixta y á ella hubiesen concurrido hembras! Pero el bueno del profesor, que ya frisaba en los sesenta años, decía que era enemigo de las faldas, porque solían revolotear demasiado.





Como la afición de Toribio no era mucha y en lo de dar traspieses no considerara preciso el arte, menudearon sus faltas de asistencia, y cuando en cierta ocasión preguntó D.ª Tomasa al maestro en qué sobresalía su hijo, aquél le contestó:

—En hacer novillos.

III

Pasaron años y Toribio se convirtió en un tagarote de primera fuerza.

No era mal parecido, y esto, junto á su gran desarrollo muscular, fué circunstancia recomendable para una parte del bello sexo: para aquella que por exterioridades juzga de la interioridad de los hombres y de las cosas. Así es que, á pesar de su falta de meollo ó quizá por eso mismo, tuvo Toribio más partido que otros que en su ser compensaban lo desmedrado del cuerpo con la grandeza del alma y el vuelo del espíritu.

Y llegó el día en que se enamoró como un rocín, vamos al decir, de una rubita con ojos negros, muy zalamera, muy querenciosa, y que parecía haber asistido al gimnasio desde pequeña, á juzgar por ciertos desarrollos.

La chica se dejó querer; Toribio arremetió con ella por la Vicaría, y Eloísa fué en breve su esposa con todos los requisitos de la ley.

Vanos fueron los esfuerzos de D.ª Tomasa por dar á su hijo una prebenda como en otro tiempo consiguiera para su marido, y esto le hizo conocer que el tiempo no pasa en balde; pero Eloísa, que era huérfana de un muñidor de elecciones, dijo que ella proveería á todo, y, efectivamente, no pasaron muchos meses sin que Manso fuese elegido diputado por Toro.

Y como al discutirse las actas en el Congreso impugnaran la suya y hubiese quien soltara pullas un tanto graves, tomó el electo la palabra, y berreó de tal suerte, que su mujercita, que oyó la polémica desde la tribuna, le dijo en casa, dándole un abrazo:

—No he visto un Manso más bravo que tú en todos los días de mi vida.

IV

Posesionado del cargo, gracias á la travesura y á las artes de su mujer, recordó sus ejercicios gimnásticos y equilibristas; tomó las sabias lecciones de su madre en aquello de chupar la breva y de no soltarla sin dejar clavados en ella uñas y dientes, y con esto y la cooperación de Eloísa, nuestro hombre navegó viento en popa, pues, aunque surgieron furiosos temporales en el mar de la política, se dió trazas para capearlos, y cuando no, para correrlos, dejándose llevar por ellos buenamente.

Y llegó á ser Gobernador, y luego Director, y más tarde Subsecretario, y, por último, Ministro; y si de allí no pasó, no fué ciertamente por culpa suya ni de su encantadora mujer. Bien es verdad que al hombre le sirvieron de mucho, para encumbrarse, las pocas lecciones que tomó del maestro de baile, pues las genuflexiones, los balancés, y, sobre todo, los pasos adelante y atrás, dados con oportunidad y acierto, contribuyeron poderosamente al éxito de sus empresas.

Su carácter, un tanto feroz al principio, se fué dulcificando, y aquellos arranques oratorios que hacían retemblar el salón de sesiones, degeneraron en discursos melifluos pronunciados con voz inalterable, así le llamaran perro judío, hasta el punto de que amigos y enemigos dijeran de él, después de una sesión borrascosa:

—¡Qué hombre! Tiene más pachorra que un buey.

Á lo que Manso contestaba, cuando lo oía:

—Pues todo lo debo á mi mujer y á la educación que recibí de mis padres.

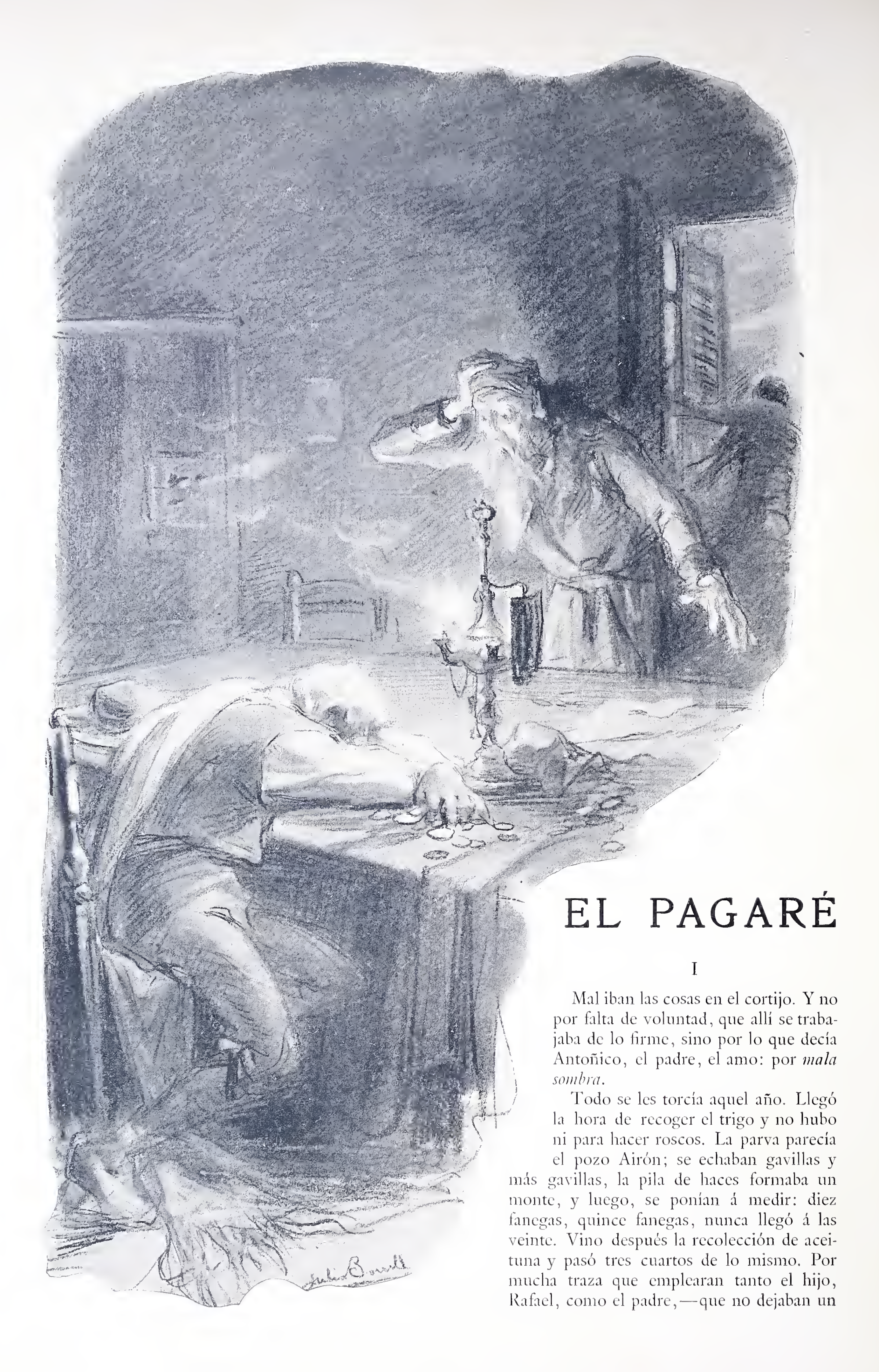
Y hay que convenir en que tenía razón.

¡Cuántos Toribios como ese hay por el mundo!

Pero Nuño

Ilustraciones de Cornet





EL PAGARÉ

I

Mal iban las cosas en el cortijo. Y no por falta de voluntad, que allí se trabajaba de lo firme, sino por lo que decía Antoñico, el padre, el amo: por *mala sombra*.

Todo se les torcía aquel año. Llegó la hora de recoger el trigo y no hubo ni para hacer roscos. La parva parecía el pozo Airón; se echaban gavillas y más gavillas, la pila de haces formaba un monte, y luego, se ponían á medir: diez fanegas, quince fanegas, nunca llegó á las veinte. Vino después la recolección de aceituna y pasó tres cuartos de lo mismo. Por mucha traza que emplearan tanto el hijo, Rafael, como el padre,—que no dejaban un



Josefina Álvarez

Juana Martínez

olivo sin apurarlo,—los gastos de molienda importaban más que lo recogido.

Esto, naturalmente, los traía de cabeza.

Verdad que en el cortijo era poco el gasto, porque trabajaban como fieras y casi nunca tenían que pagar peones; cierto es también que en comer potages, gazpachos y olla—que era toda su repostería—se invertía poco dinero; innegable es, asimismo, que necesitaban muy poco para vestir, porque iban siempre como adanes, rotos, sucios, llenos de mugre, y enseñando codos y rodillas. Pero, amigo, *donde se saca y no se echa...*

Así estaban los dos, con un humor de todos los diablos, sin ganas de vivir, cariacontecidos y tristones, que daban lástima. Por dejar, hasta dejó Rafael la novia. Decía que no le traía más que gastos y quebraderos de cabeza; y eso que un cortijero de veinte años sin novia es más raro que un mirlo blanco; y eso que al pobre se le iban los ojos tras de ella... pero, ¡qué demontre!... lo primero era lo primero; la casa se venía abajo y era menester acudir y sostenerla en pie á toda costa.

Antoñico, el padre, no sabiendo de qué privarse ya, ni cómo ahorrar alguna cosa, se quitó del tabaco. ¡Y que no le costó trabajo al infeliz!... Cada vez que fumaba alguno cerca de él, pasaba la pena negra... Se le conocía el martirio en la vista, en el gesto, en la voz.

—¿Qué, sale flojo?...—Y se le hacía la boca agua.

Pero estaba de Dios que no levantarían cabeza. No sirvieron ahorros, ni sacrificios, ni trabajos, ni cábalas. Llegó el día de pagar la contribución, fueron á echar mano... y ni agua. Tenían, por junto, dos duros y medio.

Aquella noche la pasaron muy mal. Tuvieron una conferencia muy larga, hasta que vino el día. Toda se les fue en darle vueltas al asunto. Había que pagar, pero ¿cómo, de dónde? Rafael apuntó una idea: recurrir á don Luis, firmar un pagaré. El padre por poco le pega al oirlo.

—¿Yo?—decía.—¿Caer yo en manos de don Luis? Primero me *ajorcan*. No y no. ¿Tú no ves que es la ruína?

Pero vino el tío Paco con la rebaja: la realidad se impuso. Después de todo, que tiraran por aquí ó por allí, no había más salida que aquella: don Luis y el pagaré.

Y aquella misma mañana Antoñico fue al pueblo, pagó la contribución y volvió al cortijo con dos mil reales, tan campante y satisfecho, como que acababa de salir de un apuro muy gordo.

—Siquiera esto es un respiro—dijo el padre. Y el hijo, moviendo la cabeza y soplando al aire, replicó: —Sí, pero *allí* queda un pagaré de mil pesetas...

II

Al año de esto, ocurrió lo que era de cajón: que como no pudieron pagar nada, el acreedor se les echó encima, amenazándoles con el embargo. Y de aquel perro judío no había que esperar clemencia; porque era un Zabulón sin caridad, que hasta á los de su fa-



milia les sentaba la mano y chupaba la sangre de los infelices como quien se bebe un vaso de agua.

Rafael, viendo encima la ruína de su casa, amargada la vejez del padre y cortadas en flor sus esperanzas de joven, se puso á cavilar. Qué haré, que no haré, se le vino á las mientes una idea: robar el pagaré, quemarlo hasta aventar la ceniza y luego... luego que vinieran á embargar.

Era espinosillo el asunto. La conciencia le mordía á cada instante, porque eso de robar y quedarse tranquilo, se queda para los canallas, y él tenía un corazón excelente. Pero, ¿y dejar que los echaran del cortijo?... ¿Y verse en el arroyo, como perros, sin casa, sin catre?... Él, menos mal, se las avendría como Dios quisiera; pero su padre, un viejo, un carcamal, ¡hombre, por Dios!... si clamaba al cielo...

Y, en fuerza de encariñarse con la idea un día y otro, llegó á encontrarla muy justa, muy lógica, la cosa más natural del mundo.

Á su padre, dicho se está que no le dió cuenta. Ya se guardaría. ¡Con el geniazo de Antoñico! Si llega á decirle ni tanto así, entonces sí que lo mata sin remisión. Bonito era el padre: más honrado y más bueno que el pan.

Por su parte, Antoñico también ocultaba su secreto y también traía á vueltas un problema gravísimo, un caso de conciencia que, como no hallaba confesor á mano, tuvo que resolver él de por sí.

El caso era este. Que Antoñico, cortijero hasta las cachas, perro viejo en asuntos de moneda, tenía unos ahorros... Seis ó siete mil reales, escondidos en el pajar, entre dos vigas. Los había juntado á fuerza de años, perra á perra, con una voluntad de hierro; mejor dicho, con un cariño de padre, porque aquello lo destinaba al casamiento del hijo. Nunca, ni por asomo, le mentó semejante cosa; su plan era eminentemente cortijero, sagaz, á la chita callando. Hasta que llegara el día de la boda, no chistaría por nada del mundo.

Y era muy gordo aquello de privar al hijo de la herencia; pero, de otro lado, ¿cómo dejar que los echaran del cortijo?

Así pasaron unos días, los dos pensativos y recelosos, cada cual con su píldora en el cuerpo, y sin decirse ni uno ni otro nada. Y llegó la víspera del embargo. ¡Qué noche, Señor, qué noche!... Ninguno quería entrarse en su cuarto. El padre decía: —¡Acuéstate, hombre, que mañana Dios dirá! —Y, por dentro, se regocijaba pensando en la cara que pondría el hijo cuando supiera que se había pagado. Y al hijo todo se le volvía decir: —Acuéstese usted, que quizás mañana se arregle. —Y, en su interior, se afirmaba más en la idea de robar el pagaré, y quemarlo y no dejar ni sombra...



Por fin, el padre dijo que se iba á dormir; pero, con mucho tiento, de puntillas, se fué al pajar, por el dinero oculto, para entregarlo aquella misma noche.

Rafael, cuando se vió solo, cogió la escopeta, abrió la puerta del corral y se tiró al campo, en dirección á la casa de don Luis.

III

Á poco más de las diez de la noche, sonaron aldabonazos á la puerta del prestamista, y Antoñico, con un gran bolso en la mano, entró en la cocina, dispuesto á recoger el pagaré.

Se sentaron junto á la mesa, donde ardía un velón; Antoñico, casi con las lágrimas caídas, empezó á contar duros y á hacer montones. —Diez... veinte... treinta... —El otro le miraba, que se le querían saltar los ojos de codicia.

Era la noche hermosísima, templada. Por la ventana que daba al campo entraba un airecillo suave que hacía oscilar débilmente la luz del velón. Antoñico callaba y seguía contando. De pronto, cuando el silencio era más grande, se oyeron fuera ruídos sospechosos de ramas y hojas que se movían, como si alguno se acercara.

Don Luis, el prestamista, se levantó asollispado y dió un soplo al velón. La cocina quedó á obscuras por completo. Sorprendido Antoñico, se echó sobre la mesa, cubriendo con el cuerpo los montones de duros.

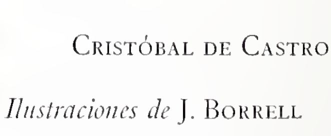
Pasó un rato y el ruído volvió á reproducirse. —¿Quién va? —dijo don Luis. Nadie contestó. Silencio sepulcral. —¿Quién va? —volvió á decir: y en el instante sonó un tiro, y se oyó la precipitada carrera de un hombre...

Encendió don Luis un fósforo y, á su luz temblona, vió al pobre cortijero, de bruces en la mesa, chorreando sangre sobre los duros desparramados.

El infeliz murió, agarrado á aquel dinero, carne de su carne, reunido á costa de infinitas privaciones, de días sin comer, de noches sin dormir, por su hijo.

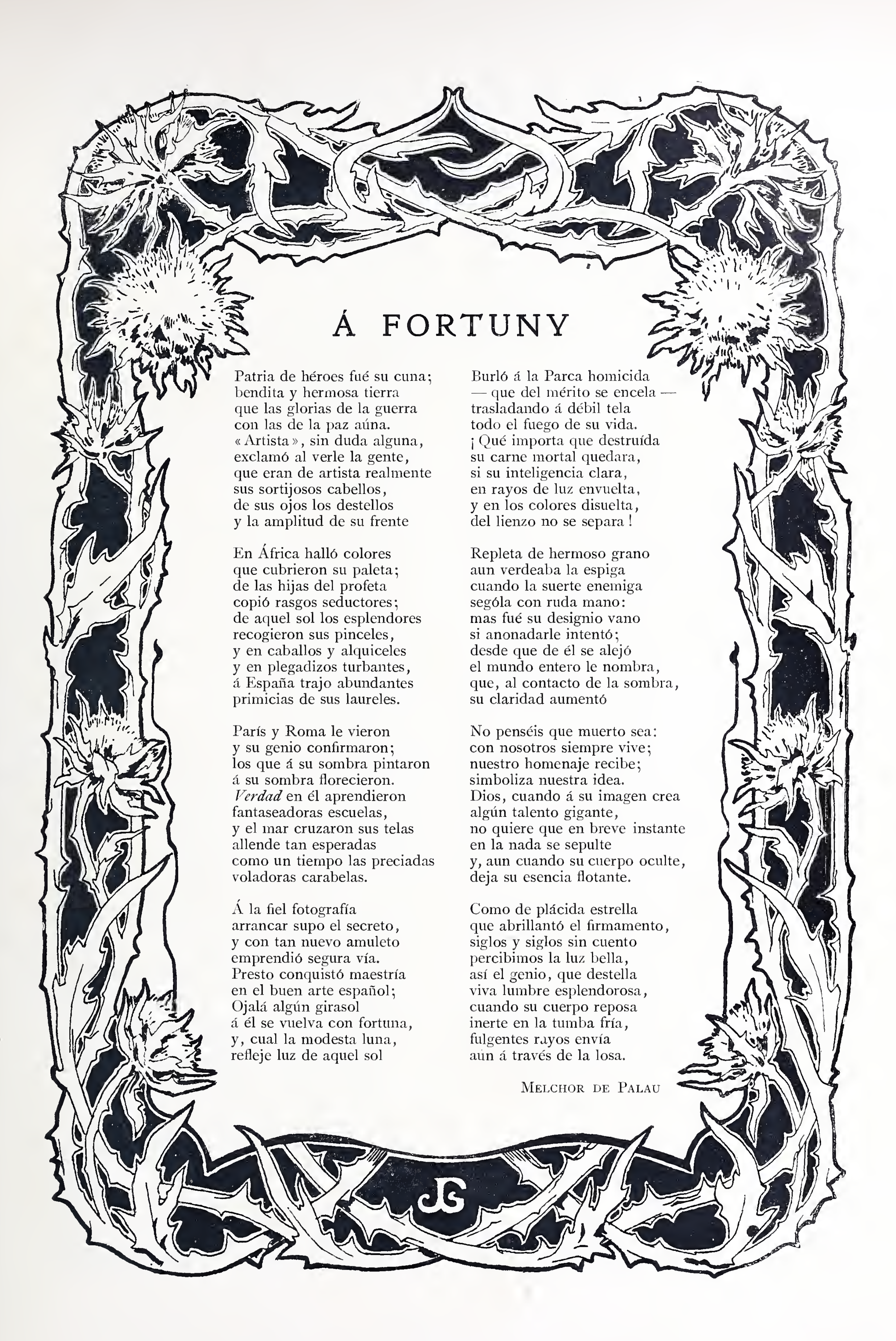
Entretanto, Rafael, el hijo, después de haber disparado su escopeta, y dar por segura la muerte del prestamista aborrecido, corría sudoroso y temblando, dispuesto á echarse á los piés de su padre y contarle la verdad...

Y el prestamista, á solas con el muerto, lo levantó de la mesa, dejándolo en el enladrillado de la cocina y, por el pronto, cogió los duros y los metió en el arca, juntos con el *pagaré*. En cuanto al muerto, ya vería lo que iba á hacer, cuando Dios amaneciera... ¿Quién iba á sospechar, con las influencias que tenía él?...



CRISTÓBAL DE CASTRO

Ilustraciones de J. BORRELL



Á FORTUNY

Patria de héroes fué su cuna;
bendita y hermosa tierra
que las glorias de la guerra
con las de la paz aúna.
«Artista», sin duda alguna,
exclamó al verle la gente,
que eran de artista realmente
sus sortijosos cabellos,
de sus ojos los destellos
y la amplitud de su frente

En África halló colores
que cubrieron su paleta;
de las hijas del profeta
copió rasgos seductores;
de aquel sol los esplendores
recogieron sus pinceles,
y en caballos y alquiceles
y en plegadizos turbantes,
á España trajo abundantes
primicias de sus laureles.

París y Roma le vieron
y su genio confirmaron;
los que á su sombra pintaron
á su sombra florecieron.
Verdad en él aprendieron
fantaseadoras escuelas,
y el mar cruzaron sus telas
allende tan esperadas
como un tiempo las preciadas
voladoras carabelas.

Á la fiel fotografía
arrancar supo el secreto,
y con tan nuevo amuleto
emprendió segura vía.
Presto conquistó maestría
en el buen arte español;
Ojalá algún girasol
á él se vuelva con fortuna,
y, cual la modesta luna,
refleje luz de aquel sol

Burló á la Parca homicida
— que del mérito se encela —
trasladando á débil tela
todo el fuego de su vida.
¡ Qué importa que destruída
su carne mortal quedara,
si su inteligencia clara,
en rayos de luz envuelta,
y en los colores disuelta,
del lienzo no se separa !

Repleta de hermoso grano
aun verdeaba la espiga
cuando la suerte enemiga
sególa con ruda mano:
mas fué su designio vano
si anonadarle intentó;
desde que de él se alejó
el mundo entero le nombra,
que, al contacto de la sombra,
su claridad aumentó

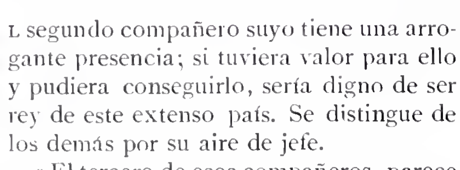
No penséis que muerto sea:
con nosotros siempre vive;
nuestro homenaje recibe;
simboliza nuestra idea.
Dios, cuando á su imagen crea
algún talento gigante,
no quiere que en breve instante
en la nada se sepulte
y, aun cuando su cuerpo oculte,
deja su esencia flotante.

Como de plácida estrella
que abrillantó el firmamento,
siglos y siglos sin cuento
percibimos la luz bella,
así el genio, que destella
viva lumbre esplendorosa,
cuando su cuerpo reposa
inerte en la tumba fría,
fulgentes rayos envía
aun á través de la losa.

MELCHOR DE PALAU

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)



El segundo compañero suyo tiene una arrogante presencia; si tuviera valor para ello y pudiera conseguirlo, sería digno de ser rey de este extenso país. Se distingue de los demás por su aire de jefe.

»El tercero de esos compañeros, parece que debe ser muy feroz, y sin embargo su cuerpo es hermoso, rica reina: sus miradas son vivas y las sostiene con altivez. Se refleja en su semblante que debe ser muy violento.

»El más joven de entre ellos, me parece muy hermoso: se vé á ese rico guerrero modesto como á una joven en su buena apariencia y en su gracia encantadora. Deberíamos temerlo todo, si le ocurriera alguna desgracia.

»Pero, por sencillo que sea en apariencia, por bello que sea su cuerpo, si se enfurece hará llorar á muchas mujeres: su aspecto es tan bueno, que por todas sus cualidades se vé que es un guerrero fuerte y atrevido.»

Así habló la joven reina: «Que me traigan mi armadura: y si el fuerte Sigfrido ha venido á mi reino para conseguir mi amor, posible es que le cueste la vida: no lo temo tanto que pueda llegar á ser su esposa.»

Brunequilda la hermosa, se vistió bien pronto su traje. Muchas hermosas jóvenes formaban su acompañamiento: ciento ó más, con riquísimos vestidos. Los huéspedes deseaban ver á una mujer tan valiente.

En su compañía iban los héroes de Islandia, los guerreros de Brunequilda, llevando las espadas en las manos, en número de quinientos ó más; esto infundió cuidado á los huéspedes. Los fuertes héroes se levantaron de sus asientos.

Cuando la joven reina vió á Sigfrido, dijo á los extranjeros cortesmente: «Sed bien venido á este país, señor Sigfrido. ¿Cuál es el objeto de vuestro viaje? Deseo conocerlo.»

«Muchas gracias, señora Brunequilda, dulce hija de príncipes, porque os dignáis saludarme ante el noble guerrero que está aquí; él es mi señor: Sigfrido renuncia el honor.

»Es un rey del Rhin; ¿qué más queréis que os diga? Hasta aquí hemos navegado por vuestro amor. Quiere amaros, suceda lo que suceda. Ahora reflexionad con tiempo: mi señor no abandonará por nada su propósito.

»Su nombre es Gunter, rey rico y valeroso. Si obtiene vuestro amor, nada más desea. Por vuestra causa lo he acompañado hasta aquí; pues si no fuera mi señor, jamás hubiera venido.»

Así le contestó: «Si él es tu señor y tú su siervo, él querrá probar lo que yo le diga; si sale vencedor seré su esposa, mas si una sola vez lo venzo, os costará la vida á todos.»

Así dijo Hagen de Troneja: «Permitid, reina, que presenciemos esas pruebas. Menester es que sean muy rudas para que Gunter, mi señor, quede derrotado; al contrario, confía conseguir á tan hermosa reina.»

«Debe arrojar la piedra, luchar después y esgrimir la lanza conmigo: no os precipitéis, pues pudiera suceder que aquí perdierais el honor y la vida; pensadlo bien.» Así respondió la hermosa mujer.

Sigfrido el atrevido se adelantó hacia el rey y le suplicó le permitiera decir á la reina cuales eran sus deseos. «Yo os preservaré de todo con mis mañas; no temáis nada.»

El rey Gunter, dijo: «Elevada princesa, disponed lo que queráis: por vuestro hermoso cuerpo lo haré todo y aún más si son vuestros deseos. Ó perderé la vida ó seréis mi esposa.»

Al escuchar estas palabras, la reina mandó disponer las pruebas como se tenía por costumbre. Se hizo traer su armadura de combate, una coraza de oro y un buen escudo.

La hermosa se ciñó una cota de armas de seda, que en ningun combate había podido ser mellada por la espada: era un tejido de la Libia muy bien hecho, adornado con dibujos primorosos.

Sin embargo de que ante los guerreros manifestaban gran orgullo, Dankwart y Hagen estaban poco tranquilos. Su espíritu se agitaba temiendo por su señor, y se decían: «De este viaje no saldrá nada bueno para los guerreros.»

Entretanto, Sigfrido, el astuto joven, sin que nadie lo viera, había vuelto á la embarcación para traerse la Tarnkappa que dejara oculta allí.

Dióse prisa en volver y vió á un gran número de guerreros: la reina venía entre ellos para preparar las pruebas. Se adelantó haciéndose invisible y ninguno de ellos pudo verlo gracias á su artificio.

Se trazó el sitio en que las pruebas debían celebrarse, ante un gran número de guerreros. Eran mas de setecientos bien armados y ellos estaban encargados de decidir en justicia á quién pertenecía la victoria.

Hé aquí que se acerca Brunequilda, armada como si fuera á combatir por los dominios de un rey. Sobre sus vestidos de seda, trae muchas láminas de oro. Su belleza seductora deslumbra bajo aquel traje.

Despues vienen los de su acompañamiento, que le traen un escudo de oro, grande y ancho recamado de placas de templado acero, con el cual ha de combatir la joven digna de amor.

Las abrazaderas de aquel escudo, eran de un riquísimo tejido en el que lucían piedras preciosas, verdes como la yerba; brillaban refulgentemente entre el oro en que estaban engarzadas. Muy bravo tenía que ser el que agradara á la joven aquella.

Aquel escudo de acero y oro con que la reina debía combatir, tenía, según nos han dicho, el grueso de tres hojas por la parte de las hebillas, y con gran trabajo podían conducirlo cuatro de sus camareros.

Cuando el fuerte Hagen vió el escudo que traían, gritó con gran cólera el de Troneja: «¿Ves ahora, rey Gunter? Aquí dejaremos nuestra vida y nuestro cuerpo. La que pretendéis por amor, es una mujer de los demonios.»

Sabed aún más acerca de sus vestidos; eran magníficos. La cota de armas que llevaba era de seda de Azaganga muy noble y rica. Muchas piedras deslumbradoras iluminaban á la reina con sus reflejos.

Trajeron á la hermosa una lanza pesada y larga, muy fuerte y cuyos filos cortaban de una manera horrible. Era la misma de que siempre se servía.

Sabed las maravillas que se cuentan del peso de aquella lanza: había sido forjada con cuatro enormes mazas de hierro. Apenas si podían con ella tres guerreros de Brunequilda. El noble Gunter comenzó á experimentar algún cuidado.

Pensaba en su interior: «¿Qué va á suceder aquí? ¿El diablo del infierno sostendría esta lucha? Que pueda re-

gresar al Rhin con vida y por mucho tiempo se verá libre de mi amor.»

Sabedlo bien: su temor era grande. Trajéronle todas sus armas y quedó bien preparado el rey poderoso. La inquietud había hecho perder á Hagen toda su presencia de espíritu.

Así habló el hermano de Hagen, el fuerte Dankwart: «Me arrepiento con toda mi alma de haber venido á esta corte. ¡Nos llamaban héroes! ¡Aquí debemos perder la vida! ¿Una mujer nos hará perecer en este país?

»Gran dolor me causa haber venido á esta región. Si mi hermano Hagen tuviera sus armas y yo las mías, la fiereza de todos los hombres de Brunequilda se rebajaría un tanto.

»Por mi fé os lo juro: muchos se jactan de su arrogancia. Aun cuando mil veces hubiera jurado sostener la paz, antes que dejar perecer á mi amado jefe, la hermosa virgen perdería la vida.»

«En verdad que marcharíamos libremente de este país, dijo su hermano Hagen, si tuviéramos nuestras espadas.»

La hermosa comprendió lo que decía y mirándolo por encima del hombro, dijo sonriendo: «Por cuanto tan fuertes se creen, que les traigan sus armaduras, que pongan en manos de esos héroes sus afiladas espadas.

»Para mí es igual que estén armados, como que estuvieran completamente desnudos.»

Cuando tuvieron las espadas, según las órdenes de la jóven, Dankwart se puso rojo de alegría. «Ahora esgrimid como queráis,» dijo el esforzado héroe, «Gunter es invencible: nosotros tenemos nuestras espadas.»

La fuerza de Brunequilda se manifestó de una manera terrible: le trajeron al círculo una pesada piedra grande, redonda y enorme. La traían entre doce guerreros.

Tenía por costumbre arrojarla después de haber manejado la lanza. La inquietud de los Borgoñones se hizo mayor. «¿Pero qué es lo que el rey pretende?» exclamó Hagen con ira: «Así sea en los infiernos la novia del maldecido demonio.»

Se ajustó la manopla á sus blancos brazos, embrazó el escudo con una mano y levantó la javelina en la otra. Gunter y Sigfrido temían ya el furor de Brunequilda.

Y si Sigfrido no hubiera acudido en ayuda del rey, le hubiera arrancado la vida. Se aproximó invisible y le tocó la mano; Gunter se apercibió de su astucia con gran inquietud.

«¿Quién me ha tocado?» pensó el atrevido hombre; y mirando á su alrededor, no vió á nadie. Le dijo: «Soy yo, Sigfrido, tu fiel amigo, no tengas temor ninguno por la reina.

»Abandona de tus manos el escudo, déjamelo coger á mí, pon gran atención á todo lo que yo diga: tú haz los ademanes, yo haré el trabajo.» Cuando lo reconoció tuvo un gran placer.

«Disimula mi astucia; esto será bueno para los dos: así la joven reina no ejercerá su soberbia sobre tí, como es su intención. Mira ahora como está preparada contra tí en el extremo del círculo.»

Esgrimió con gran fuerza la valerosa joven la lanza contra el nuevo y brillante escudo que llevaba en el brazo el hijo de Sigelinda.

La fuerte punta de la espada atravesó el escudo y se vió salir chispas de los anillos de la cota. Del fuerte golpe cayeron los héroes: sin la Tarnkappa los dos hubieran muerto.

El fuerte Sigfrido echó sangre por la boca: pero el buen caballero se levantó rápido, cogió la javelina que le había arrojado ella, y con segura mano, la esgrimió á su vez.

Él se dijo: «Yo no quiero matar á la hermosa vírgen.» Volvió el filo de la javelina hacia atrás y lo arrojó por el puño con tanta fuerza que la hizo tambalear.

Brotaba el fuego de la coraza como si lo hubiera soplado el viento. Con tanto vigor se había lanzado el hijo de Sigelinda, que ella, á pesar de su fuerza, no pudo resistir el golpe; semejante cosa no la hubiera hecho nunca el rey Gunter.

La hermosa Brunequilda, se levantó inmediatamente: «¡Gunter, noble caballero, gracias por este golpe!» Creía ella que la había vencido con sus fuerzas: no, un hombre más fuerte la había derrotado.

Se adelantó enseguida llena de furor, levantó la piedra la noble y buena joven: lanzóla con gran vigor lejos de sí, dió un salto y su armadura crujió con fuerza.

La piedra había caido á doce brazadas de allí: de un bote había rebasado la distancia la noble virgen. Fué el atrevido Sigfrido hasta el sitio donde estaba la piedra; Gunter la levantó y Sigfrido lanzó el golpe.

Era fuerte, vigoroso y fornido: lanzó la piedra más lejos y saltó también á mas distancia. Gracias á aquellas mañas, tenía fuerza bastante para saltar al mismo tiempo con el rey Gunter.

El salto estaba dado, allí se hallaba tendida la piedra; solo á Gunter el héroe se había visto. La hermosa Brunequilda se puso roja de furor; Sigfrido había salvado al rey Gunter de la muerte.

La reina dijo á los de su acompañamiento cuando vió al héroe fuera de peligro al otro extremo del círculo. «Aquí, mis parientes y guerreros, es menester que todos os sometáis al rey Gunter.»

Aquellos bravos abandonaron sus armas, y muchos vigorosos hombres se pusieron á los pies de Gunter, rey del país de Borgoña.

Los saludó cariñosamente, pues tenía muy buenas prendas. La hermosa digna de alabanza, lo tomó de la mano y le concedió poder sobre su reino. Los guerreros fuertes é impetuosos se alegraron.

Ella rogó al noble caballero que la acompañara al magnífico salón, donde fueron servidos los guerreros. El fuerte Sigfrido lo había preservado de la desgracia.

Sigfrido el atrevido era prudente y se apresuró á ocultar la Tarnkappa. Después volvió al salón donde se hallaban muchas mujeres: dijo al rey con fingimiento:

«¿Qué es lo que esperáis, señor rey, que no comenzáis las numerosas pruebas que la reina os ha propuesto? Dejadnos ver como las realizáis.» El astuto héroe simulaba no haber visto nada.

Así habló la joven reina: «¿Cómo es que nada de las pruebas que el rey Gunter ha realizado aquí con su propio valor, lo ha visto el señor Sigfrido?» Á esto respondió Hagen, del país de Borgoña.

«Mientras que nos asombrabais con vuestro valor y el jefe del Rhin vencía en la lid, el buen héroe Sigfrido estaba en la barca; por esto no ha visto nada.»

«Es para mí una buena noticia,» dijo el noble Sigfrido «que nuestro viaje haya tenido tan buen éxito y que os hayáis encontrado vencedor. Ahora, noble joven, nos seguiréis al Rhin.»

Así respondió la hermosa. «No puede ser tan pronto. Es menester llamar á mis parientes y á mis hombres: no puedo dejar mi país tan repentinamente.»

Envió mensajeros por todas partes: estos advirtieron á sus parientes y amigos que fueran pronto á Isenstein; á cada uno dió ricos y magníficos trajes.

Caminaron día y noche hacia la ciudad de Brunequilda. «Pero ¿qué hacemos?» dijo Hagen; «mal obramos esperando aquí á la gente de Brunequilda.»

«Si llegan á esta tierra por la fuerza, no sabemos los designios de la reina: ¿volverá su cólera? entonces estamos perdidos, y esta noble joven ha nacido para causarnos grandes sobresaltos.»

El fuerte Sigfrido dijo: «No lo sufriré en manera alguna. Nunca sucederá lo que teméis. Yo traeré en vuestra ayuda á este país, guerreros cuya destreza os es desconocida.

»Nada pediréis cuando me haya marchado; quiero ir muy lejos; Dios guardará vuestro honor entre tanto. Quiero traer mil hombres, los mejores héroes que nunca hayáis visto.»

«No estéis ausente mucho tiempo,» le dijo el rey «pues sin vuestra ayuda, no conseguiremos nada.» Le respondió. «Estaré de vuelta dentro de muy pocos días. Decid á la reina que me habéis enviado con una embajada.»

VIII

DE COMO SIGFRIDO SE DIRIGIÓ EN BUSCA DE LOS NIBELUNGOS

Inmediatamente después, Sigfrido, llevando siempre su Tarnkappa, se dirigió por la playa hacia el puerto en que se encontraba la barca. Penetró en ella invisible para todos, el hijo de Sigemundo. Después se alejó rápido como el viento.

Nadie veía quien era el que conducía la barca: la embarcación se alejaba rápida, pues la fuerza de Sigfrido era grande. Hubiera podido creerse que la impulsaba un fuerte viento, pero solo la llevaba Sigfrido, el hijo de la hermosa Sigelinda.

En un día y una noche llegó á un poderoso reino que tenía cien marcas, y aun más extensión, el cual se llamaba el país de los Nibelungos; allí era donde tenían su cuantioso tesoro.

El héroe llegó solo á una gran isla. Pronto amarró su barca el buen caballero y enseguida se dirigió á una montaña cerca de la que había una ciudad en la que buscó asilo, como suelen hacer los rendidos por la fatiga del camino.

Llegó ante las puertas que estaban cerradas: defendían su honor como aun sucede en nuestro país. El hombre desconocido comenzó á dar golpes en ellas: todo estaba prevenido; en el interior había gente.

Un gigante que, con sus armas siempre dispuestas, guardaba la ciudad, le dijo: «¿Quién es el qué tan fuertemente llama á las puertas?» El arrogante Sigfrido, fingiendo la voz, le dijo:

«Soy un guerrero; ábreme la puerta, pues, de lo contrario, alguno que prefiere á todo el dulce reposo y su comodidad, tendrá que sentir mi cólera.» La respuesta dada por Sigfrido irritó al guardian.

El gigantesco guerrero se vistió su armadura y se puso el casco en la cabeza; el hombre fuerte cogió su escudo y abrió la puerta, lanzándose furioso sobre Sigfrido.

«¿Quién se ha atrevido á despertar á tantos esforzados hombres?» Su mano daba fortísimos golpes. El noble extranjero comenzó á defenderse, pero tal hizo el portero, que le rompió la cota de mallas.

El héroe temía la espantosa muerte, pues el guardian de la puerta golpeaba con violencia.

Combatieron con tanto extrépito, que toda la ciudad se alarmó, llegando el ruído hasta el salón del rey de los Nibelungos. Derrotó y amarró al portero. La noticia se esparció por todo el país de los Nibelungos.

Mas allá de la montaña, Alberico el valiente, un enano salvaje, oyó la lucha. Se armó deprisa y corrió al lugar donde se encontraba el noble extranjero que había amarrado al gigante.

Alberico era valiente y muy fuerte. Llevaba yelmo y coraza y en la mano un pesado látigo de oro. Corrió rápidamente al encuentro de Sigfrido.

Siete pesadas bolas pendían del látigo, con las que golpeó el escudo de aquel hombre atrevido, rompiéndolo por varios lados. Gran cuidado tuvo por su vida el arrogante extranjero.

Dejó caer su agujereado escudo y volvió á la vaina su larga espada.

Arrojándose sobre Alberico, cogió con sus férreas manos las canosas barbas de aquel hombre, viejo ya, y tiró con tanta fuerza, que hizo gritar á aquel hombre. La acción del joven héroe dolió en el corazón á Alberico.

Así gritó el fuerte enano. «Perdóname la vida: y si me es permitido ser siervo de otro, que no sea un héroe de quien he jurado ser fiel vasallo; os serviré antes de morir.» Así dijo aquel hombre astuto.

Amarró á Alberico como había hecho con el gigante: la gran fuerza de Sigfrido le hacía mucho daño. El enano le preguntó: «¿Cómo te llaman?» Le respondió. «Me llamo Sigfrido: creí que me conocerías bien.»

«Me alegro de saberlo» le replicó Alberico, «sé que por vuestros heroicos trabajos, sois con justicia señor de este país. Yo haré lo que me mandéis si me dejais libre.»

Así le contestó el héroe Sigfrido: «Irás rápidamente y me traerás los mejores guerreros nuestros que haya en el país: mil Nibelungos; que sepan que estoy aquí: no quiero haceros daño: os dejo la vida.»

Quitó las cuerdas al gigante y á Alberico. El enano corrió á donde estaban los guerreros y despertó á los Nibelungos diciéndoles: «¡Arriba! héroes, es menester que vayáis con Sigfrido.»

Saltaron de sus lechos y en breve tiempo estuvieron dispuestos. Mil esforzados guerreros se vistieron sus mejores trajes y fueron á donde estaba Sigfrido. Saludaron al hermoso héroe y estrecharon su mano.



Se encendieron muchas luces y le prepararon una deliciosa bebida: les dió las gracias por haber venido tan pronto y les dijo: «Tendréis que venir conmigo hasta muy lejos.» Dispuestos á seguirle estaban muchos héroes fuertes y buenos.

Más de treinta mil guerreros habían llegado; entre ellos fueron escogidos los mil mejores. Trajéronles sus yelmos y sus armaduras, pues quería fueran con él al reino de Brunequilda.

Les dijo: «Mis buenos caballeros, quiero que sepáis que es menester llevar muchos y ricos vestidos á esta corte, pues allí os verán muchas hermosas mujeres: por esto hay que llevar muy ricos trajes.»

Posible es que algún ignorante diga que esto es un cuento y pregunte: ¿Cómo en tan poco tiempo pudieron reunirse tantos caballeros? ¿Dónde hubieran podido hallar vituallas? ¿Dónde hubieran cogido los trajes? Nada hubieran podido hallar ni aun teniendo treinta países á su disposición.

Ya se ha oído hablar de las riquezas de Sigfrido: el tesoro y el reino de los Nibelungos estaban á su disposición; distribuyó aquel tesoro abundantemente entre los guerreros y sin embargo no disminuía, cualquiera que fuera la cantidad tomada.

Partieron una mañana temprano. ¡Qué hombres tan valerosos llevaba Sigfrido en su compañía! Llevaban consigo buenos caballos y magníficos vestidos: de este modo llegaron al país de Brunequilda con grande ostentación.

En él vieron muchas hermosas jóvenes detrás de los miradores. Así dijo la joven reina: «¿Sabe alguno quiénes son aquellos que veo á lo lejos bogar hacia aquí? Han arriado blancas velas más limpias que la nieve.»

El rey del Rhin le contestó: «Son soldados míos que había dejado detrás en mi viaje cerca de aquí. Los he hecho llamar y hélos ahí que ya vienen.» Los arrogantes extranjeros fueron admirados con alegría.

En la popa de uno de los barcos se veía á Sigfrido vestido con un soberbio traje y rodeado de muchos guerreros. La joven reina, dijo: «Decidme, señor rey: ¿debo saludar á esos guerreros ó no?»

Él le contestó: «Vos debéis salir á su encuentro hasta la puerta de vuestro palacio, á fin de que comprendan que los veis con gusto.» La joven reina hizo lo que el rey le decía: por su atención distinguió á Sigfrido de todos los demás.

Diéronles alojamiento y se brindaron á cuidarse de sus trajes. Era tan grande el número de huéspedes venidos al país, que por todas partes se los veía en patrullas. Los héroes atrevidos deseaban volver á Borgoña.

Así habló la joven reina: «Quedaré muy agradecida de los que sepan distribuir mi oro y mi plata á los huéspedes míos y del rey, que son tan numerosos.» Así le contestó Dankwar el fuerte, el guerrero de Geiselher.

«Muy noble reina: dejadme tomar las llaves; tengo confianza de hacer bien la repartición.»

Cuando el hermano de Hagen hubo recibido las llaves, la mano del héroe hizo suntuosos regalos: al que deseaba un marco, le daba tantos, que los pobres pudieron luego pasar cómodamente la vida.

Muy bien puede calcularse que daba cien libras sin contarlas. Muchos salieron del salón llevando ricos trajes que nunca soñaron tener. La reina lo supo y se manifestó disgustada.

Así le dijo al rey: «Hace tan ricos presentes ese guerrero, que no parece sino que imagina que me voy á morir: aun quiero disfrutar de ello y pienso que podré gastar lo que mi padre me ha dejado. Nunca tuvo una reina camarero tan dispendioso.»

Hagen de Troneja, le dijo: «Señora, debéis saber que el Rey del Rhin tiene oro y trajes en tanta cantidad, que no queremos llevar ni una parte de lo que tiene aquí Brunequilda la buena.»

Llenaron las arcas de piedras preciosas. Su camarera tenía que vigilar esto, pues ya había perdido la confianza en el guerrero de Geiselher. Gunter y Hagen no pudieron menos de echarse á reir.

La joven reina, dijo: «¿Á quién dejaré mi reino? Es necesario que nosotros mismos pongamos esto en orden.» El noble rey le contestó: «Haced que venga aquí vuestro preferido y lo haremos jefe.»

El más próximo pariente que la joven veía allí, era un hermano de su madre, al que le dijo: «Permitid que os encargue de mis ciudades y de mis campos; tal es el deseo del rey Gunter.»

Entre sus hombres más valientes escogió dos mil que debían acompañarla á Borgoña en compañía de los mil guerreros que habían venido del país de los Nibelungos. Inmediatamente preparose el viaje y se los vió cabalgar por la arena.

Llevó consigo ochenta y seis mujeres y doscientas vírgenes de hermosos cuerpos. No se detuvieron mucho tiempo, pues todos deseaban partir.

Después de tan elevadas pruebas, la joven abandonó su país y abrazó á sus amigos que estaban más próximos. Con bendiciones de todos se lanzaron al mar; después nunca volvió la joven al país de sus padres.

Durante el viaje se realizaron alegres juegos y se tañeron dulces instrumentos. Una brisa ligera impulsaba sus bajeles.

Durante el viaje no quiso manifestar su amor al rey.

Esta delicia la reservaba para cuando llegaran á Worms, después de los desposorios: llegaron al fin en compañía de los héroes llenos de alegría.

(Continuará)

COLECCION DE TARJETAS POSTALES publicadas por la casa HERMENEGILDO MIRALLES



50 Escudos de provincias ∴ 25 Artistas españolas ∴ 25 Toreros ∴ 25 «Hispania»


HISPANIA



GENTE DE COLETA

— ¡ Fué una faena superior !
— ¿ Y qué es eso que tiés en la cara ?
— Algún que otro patatazo ¡ como hay tanto envidioso !

LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI

Canta, oh lengua, el gran misterio,
Supla al sentido la Fe...
Cantad, ángeles del Cielo,
Cantad, vosotros también.
¡Oh Sacramento admirable!
¡Feliz quien tal pudo ver!

COLL Y VEHÍ

Durante el Jueves Santo, ocupada la Iglesia en llorar los sufrimientos y la muerte del Salvador, no puede atender á la conmemoración de la institución de la Divina Eucaristía, la cual, según espresión de un gran Pontífice, *debe celebrarse con una alegría santa y una pompa del todo estraordinaria, para de este modo hacer sentir más la gloria y la dicha que tenemos de poseer el Cuerpo vivo de Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios.*

La primera ciudad que apoyó la más alegre y solemne de las festividades católicas, la fiesta del Santísimo Sacramento, por otro nombre la *Fiesta de Dios,* fue la de Lieja, la cual renueva cada cien años, como recuerdo honroso de esta iniciativa, el aniversario secular de esta hermosa festividad.

Algunas ciudades de Alemania imitaron después á la de Lieja y en 1264 el Papa Urbano IV, que había sido archidiano de Lieja, mostrándose favorable á tan grande institución, la autorizó con una Bula que fué confirmada en 1311 por el Concilio general de Viena y en 1316 por el Papa Juan XXII.

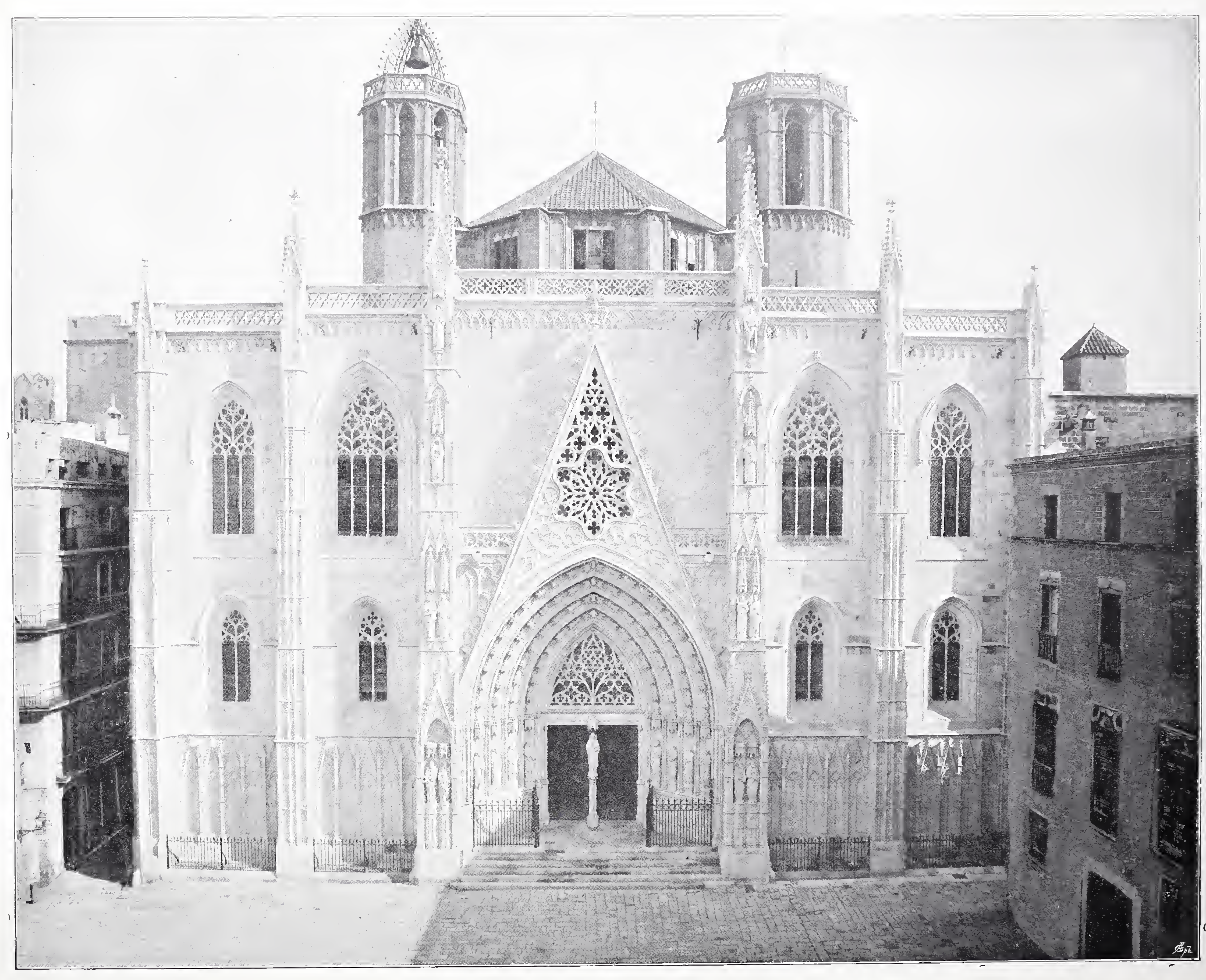
Urbano IV, al establecer esta fiesta, hizo que se cantase el Oficio compuesto por Santo Tomás de Aquino, á quien se atribuye también la música, digna de la poesía, y sublime, como toda esta solemnidad.

Luego, el Papa Juan XXII añadió á la fiesta del Corpus la procesión con el Santísimo Sacramento, que tanta alegría y tanto entusiasmo despierta. Y es que el pueblo cristiano ve en esta procesión el triunfo de lo que más ama, como es Jesús Sacramentado, y la manifestación de la fe en la existencia real de Jesucristo, que es á quien vemos cerca de cada uno de nosotros y en medio de nosotros, paseado y llevado en trono de amor por nuestras calles y plazas. Es esta procesión la fiesta de la caridad, de la paz y de la unión del pueblo cristiano, en la cual todas las clases de la sociedad, clero y fieles, nobles y plebeyos, ricos y pobres, se esmeran á porfía en tributar las más sinceras demostraciones de afecto, respeto y gratitud al gran Rey de los siglos, inmortal é invisible, al Dios que nos hará para siempre bienaventurados en el cielo. En esta procesión le vemos ya derramando bendiciones por todas partes, le vemos pasar haciendo el bien, curando las dolencias del alma, sanando las enfermedades del corazón y socorriendo mil necesidades, cual lo practicó entre los suyos y los estraños en su mortal carrera. ¡Qué ocasión más oportuna para desatar nuestra lengua, como los niños del horno de Babilonia yconvidar á la Naturaleza á que bendiga al Señor!

B. GRASES Y HERNÁNDEZ



CUSTODIA QUE ENCIERRA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN LA PROCESIÓN DEL CORPUS



FACHADA DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BARCELONA



Llegada del Capitán General

La fiesta dedicada por el Somatén armado de Pedralbes
á la Virgen de Montserrat

Solemnísima por demás fué la fiesta que el Somatén armado de Pedralbes dedicó el día 28 del pasado Abril á la excelsa Virgen de Montserrat, patrona por Real Decreto, de los somatenes armados de Cataluña.

No reseñaremos la historia de dicho simpático instituto y sólo nos limitaremos á dar algunas notas del correspondiente al distrito de Pedralbes, que abraza los pueblos de Sarriá, Las Corts, y Vallvidrera.

Era en los albores del año 1896, en que, siendo Capitán General de Cataluña el actual Ministro de la Guerra, Excmo. señor D. Valeriano Weyler, y á la sazón Inspector del Cuerpo de Somatenes armados el malogrado general D. Ruperto Fuentes, en que algunos individuos concibieron la idea de la fundación del Somatén de Pedralbes, obligados á ello por los frecuentes y escandalosos robos que se cometían en dicha comarca, figurando como iniciadores más activos varios colonos y propietarios, secundados eficazmente por el Excmo. Sr. General D. Luis de Castellví, que no cejó un momento hasta llevar á cumplido término la realización de la idea, que en el día no sólo ha germinado lozanamente, pues se compone de cerca de 300 individuos de todas posiciones, sino que ha dado ya sazonados frutos, pues ha alejado de la barriada á toda clase de malhechores y ha prestado tan relevantes servicios, que ha merecido el honor, el Somatén armado de Pedralbes, de recibir infinidad de oficios gratulatorios de la Autoridad superior militar, por los actos realizados en pro del bienestar de los moradores de su circunscripción, empresa muy difícil, por estar situado su radio de acción en posición limítrofe á la urbe barcelo-

Pasando la revista



Saludo á la Bandera del Somatén

nesa, que por su situación é importancia, alberga tanta gente de malos antecedentes y peor conducta.

Débese sin duda, la situación tranquila del vecindario á la creación de un cuerpo de vigilantes, individuos del propio Somatén, que sin retribución señalada de ninguna clase y si sólo con lo que poco ó mucho remuneran voluntariamente sus valiosos servicios los colonos ó propietarios, se dedican todas las horas del día y de la noche á la vigilancia de sus propiedades.

Siendo severísima la acción del somatén armado para los delincuentes, pero animado por un espíritu de recta caridad, considerando que más vale precaver que curar, si por una parte una ley inexorable obliga á castigar al culpable, ha atendido también que cuanto más aleje al hombre del camino del mal, más le hace seguir la senda de la honradez, ha instituído escuelas nocturnas, en las que por distinguidos individuos del Somatén se enseñan á los individuos y á sus hijos, las leyes de caridad y buena crianza, además de las primeras letras que sin duda han de aminorar más tarde el peso del brazo armado, haciendo de ellos hombres honrados y de intachable conducta.



Entrando en la iglesia

Otra de las instituciones prácticas dentro del Somatén, es el Monte-pío ó *Germandat del Sometent de Pedralbes*, puesto bajo la advocación de Santa Eulalia, cuyos individuos disfrutan, mediante una módica cuota mensual, del beneficio del subsidio en caso de enfermedad, subsidio que es de mayor cuantía y de más duración en el caso de que la enfermedad sea producida por heridas ó contusiones recibidas en el servicio del Somatén. Propiedad del Monte-pío es un precioso paño mortuorio de terciopelo carmesí, con las imágenes de Ntra. Sra. de Montserrat y Sta. Eulalia, escudos y galones de oro.

El Somatén de Pedralbes es propietario además de una artística bandera, que reproducimos, cuyo dibujo se debe al arquitecto D. Juan Martorell y en la que campean las imágenes de Ntra. Sra. de Montserrat y Santa Eulalia, y los escudos de Cataluña y Pedralbes, en oro y colores sobre fondo de terciopelo de seda carmesí; el palo de dicho estandarte, remata en una sencilla lanza de plata, de cuyo metal son también el guardamanos y la contera.



Bandera del Somatén

Por suscripción voluntaria entre los individuos del Somatén y algunos propietarios comarcanos, acordóse erigir en una de las capillas laterales del suntuoso templo del Real Monasterio de Pedralbes, un precioso altar gótico dedicado á la Virgen de Montserrat, patrona del instituto, y en verdad, ha resultado una obra de indiscutible mérito artístico, lo que no podía menos de ser si decimos que el proyecto se debe al mencionado arquitecto D. Juan Martorell y que el retablo que representa á la Virgen, *la Moreneta* de Montserrat, es debido al hábil pincel del conocido artista D. José Tamburini. Al realce de la obra han contribuído los artífices Sres. Ventura, marmolista, Saumell, pintor y Massagué, tallista. Para la bendición de dicho altar se invitó al Somatén en pleno y á las dignas autoridades para el citado día 28 del pasado Abril.

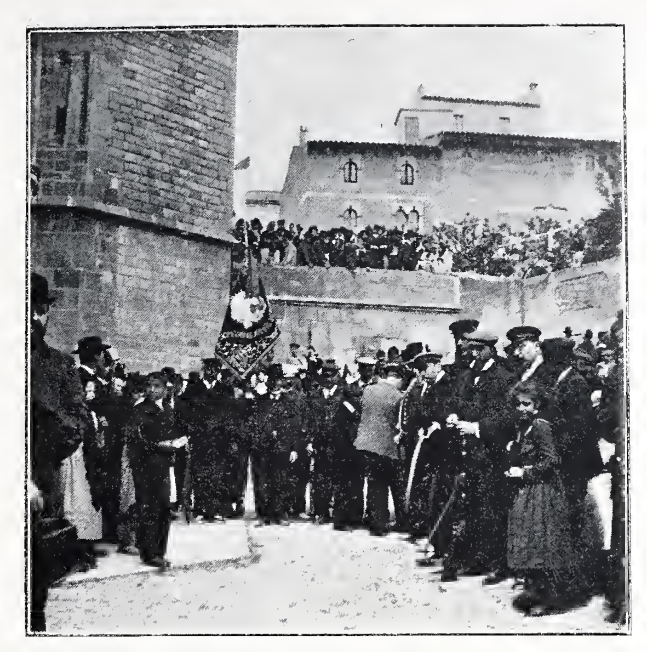
Á las nueve de la mañana eran innumerables los individuos que de los diferentes pueblos circunvecinos y aun de Barcelona se reunían en la extensa plaza del Monasterio, presentando aspecto indecible la infinidad de hombres de todas categorías, provistos del correspondiente armamento y el buen número de señoras que esperaban pre-

senciar las ceremonias, animado por el contínuo disparo de los cañones, el sonido de las campanas y el alegre conversar de los reunidos, que si fueron muchos en número, mucho mayor lo hubiera sido, á no haberse declarado en huelga el ferro-carril y el tranvía de Sarriá.

Cerca de las diez, llegó á caballo el Excmo. Sr. Capitán General D. Manuel Delgado Zulueta, acompañado de sus ayudantes de campo y de un escuadrón de caballería, siendo recibido á la entrada del recinto del Monasterio por el Excmo. Sr. Vicario General Capitular, Cabo del distrito, Ayuntamiento de Sarriá, Rectores de Pedralbes y Sarriá, Guardia de los Padres Capuchinos, General Fontsaré, comandante general del cuerpo de Somatenes, Sres. Güell y Franch, vocales de la comisión del mismo, Pons y Arola, diputado provincial é individuo del Somatén, Sr. Tallaví, comandante de mozos de la Escuadra, los Excmos. Sres. Marqueses de Sentmenat y de Castelldosrius, el Excmo. Sr. D. Manuel Girona y otras personalidades que fuera largo enumerar, al frente de las cuales iba la artística bandera, á la que daban guardia de honor algunos individuos armados, formando el resto del Somatén en dos hileras hasta el portal del templo, al cual entraron á los acordes de la música de Albuera.

Hecho el histórico templo un áscua de oro por la infinidad de luces que ardían en su recinto, y un jardín por las flores que le adornaban, ocupando las autoridades y demás invitados, al igual que el estandarte, sitios de preferencia en el presbiterio, empezose por la bendición del altar que la hizo el Sr. Vicario Capitular Dr. D. Ricardo Cortés, apadrinando dicho acto el Excmo. Sr. D. Eusebio Güell y Bacigalupi, quien, con cuantiosos donativos, ha sido el que más ha contribuído á la suscripción del altar, debiéndose también á su magnificencia los preciosos alabastros que, procedentes de sus posesiones de Garraf, adornan el altar.

Terminada la bendición, el propio Dr. Cortés celebró el Santo Sacrificio de la misa, en el altar mayor, durante la cual, la capilla de música de San Pedro de las Puellas, de Barcelona, cantó inspiradas composiciones, alguna de ellas, según creemos, original de la Excma. Sra. D.ª Isabel Güell, marquesa de Castelldosrius. El acto de la elevación era imponente; doblada la rodilla las autoridades, caída la bandera á los pies del celebrante, rendidos los centenares de fusiles de los individuos, atronando el espacio el disparo de los cañones en el exterior, y resonando en las bóvedas los acordes de la marcha real, cuadro era, capaz de impresionar al más indiferente. Terminó la misa y el Dr. Cortés subió al púlpito, pronunciando una sentida alocución, llena de párrafos brillantes, explicando de una manera magistral la sagrada misión del Somatén, esa institución de hombres honrados que son—dijo—la defensa de la familia, del hogar y de la patria, terror de los malos y amparo de los buenos, de esos héroes anónimos que exponen su vida sin esperar recompensa. Por esto aquí les veis congregarse á los pies de su Santa Patrona la Virgen de Montserrat, tributándole el culto á que se hace

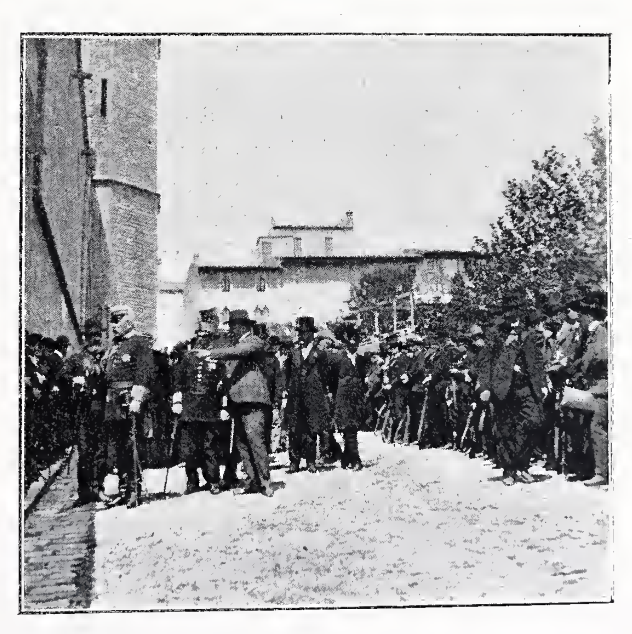


Salida del templo

acreedora. Felicitó á todos los individuos del ejemplar Somatén de Pedralbes, que daba tan manifiesta muestra de su acendrada fe y dirigió palabras de gratitud á los Excmos. Sres. Capitán General y Güell, por su asistencia presidiendo y apadrinando aquel acto, y á todas las demás autoridades y numeroso público, por el realce que daban á la piadosa ceremonia.

Por el mismo orden de entrada, salióse de la iglesia, y las autoridades y otras personalidades, fueron á depositar en manos de la Iltre. Sra. Abadesa, el Acta de la bendición del Altar que el Somatén de Pedralbes ofrece á Nuestra Señora la Virgen de Montserrat, Patrona del Instituto.

Colocados los individuos del Somatén en dos hileras á lo largo de la calle que conduce á la plaza del Monasterio, el Excmo. Sr. Capitán General pasó la revista, inspeccio-



Revistando el Somatén


Después de la revista

nando minuciosamente todo el armamento, conversando afablemente con todos y quedando altamente satisfecho, tanto del citado armamento, como de la disciplina y comportamiento del Somatén armado de Pedralbes, que calificó de los mejor organizados.

Comedor

El patio del Claustro del edificio conocido por *Conventet* ó *Torre del Obispo*, morada del Cabo del distrito, cubierto por inmenso toldo, adornadas las ventanas que á él dominan por sendos tapices de terciopelo, ocultas las columnas por ramajes de mirto y palmas, cuajadas de flores, y en cuyo centro se destacaba un gigantesco ramo, terminado por una rama de olivo, símbolo del lema del Somatén—*paz, paz y siempre paz*,—contenía cuatro largas mesas, capaces para doscientos cubiertos, produciendo un efecto deslumbrador, imposible de describir. En la mesa de preferencia, cobijada por dosel de palmas y flores, sentose presidiendo el Excmo. Sr. Capitán General, quien tenía á su derecha á los Sres. Vicario General, P. Miguel de Esplugas, Guardia de los Capuchinos, al de la misma orden P. Ramón de Reus, al Sr. Capellán de las monjas de Pedralbes, comandante de mozos de la Escuadra Sr. Tallaví y á su izquierda á los Sres. Vallet, teniente de Alcalde de Sarriá, Rector de dicho pueblo, diputado Sr. Pons y Arola, Cabo del distrito, y cabos de pueblo, ocupando los sitios correspondientes, al frente de los indicados, los Sres. Güell, General Fontsaré, Franch, Ponsich, Sentmenat, Girona, Jiménez, secretario general de Somatenes, Fernández, Mumbrú y Camps, concejal y secretario del Ayuntamiento de Sarriá, distribuyéndose el resto de invitados é individuos del Somatén en las demás mesas. Durante la comida, que fué servida por la Cocina moderna del Sr. Pince, reinó la más expansiva fraternidad y alegría. El *menú* era el siguiente: Arroz con pollo, Merluza tártara, Ternera á la godar, Jamón en dulce, Capones asados.

Vinos: Rioja, Sauternes, Champagne y Jerez.

Postres: Queso helado, dulces, café, licores y tabacos.

La banda de Albuera ejecutó durante el ágape algunas de las mejores piezas de su vasto repertorio.

Terminado el banquete, que empezó bendiciendo la mesa el Dr. Cortés y acabó dando las gracias el mismo señor, los comensales pasaron al bosquecillo anejo al *conventet*, disfrutando un rato de solaz y esparcimiento, para reunirse más tarde en el patio del *Conventet* y proceder al reparto de los premios á los individuos del Somatén que se hicieron acreedores á ellos.

Formando círculo al rededor de la mesa donde había los premios, el Sr. Capitán General improvisó un elocuente y sentidísimo discurso, en que, con frase más salida del corazón que de los labios, hizo constar su satisfacción por lo perfectamente organizado que había encontrado al Somatén que había revistado, de cuya peroración extractamos las siguientes palabras:

Empezó diciendo: El cargo que ejerzo lleva en sí muchas amarguras, pero tiene también grandes satisfacciones y una de ellas es


Grupo de invitados

la que experimento al presidir estas fiestas que estamos celebrando. Lamentable equivocación sufren los que creen que teniendo en su mano la fuerza material, no necesitan de la protección del Altísimo; la necesitan más que nadie, pues que disponiendo de dicha fuerza, precisa tan alta protección para contenerla dentro los justos límites que circunscriben el cumplimiento del deber. El Somatén, dijo, debe estar desligado de todo bando político y sólo debe atender al cumplimiento de su sagrado lema de paz. Habéis puesto vuestro instituto bajo el amparo de la Virgen de Montserrat, y habéis estado justamente acertados en la elección. Ella domina desde su trono de picos gigantescos toda Cataluña, y su montaña santa, con sus elevadas agujas, ha inspirado esas soberbias catedrales, que elevan el corazón del creyente. Ella os aliente y Ella os proteja. Desechad toda intervención en partidos políticos y, secundando los sabios consejos de nuestro santísimo padre León XIII, acatad los poderes constituídos, sean los que fueren; por lo tanto permitidme que termine mi discurso con un viva que espero contestaréis. ¡ Viva el Rey !

Un viva atronador contestó al del digno Sr. Capitán General, cuyo discurso fué repetidas veces interrumpido por murmullos de aprobación.

El individuo de la Comisión organizadora de los Somatenes, D. Francisco Javier de Franch, dirigió algunas palabras de agradecimiento hacia las dignas autoridades que se habían dignado honrar con su asistencia los festejos del día.

El Capitán General entregó á los siguientes individuos los premios, que consistían en objetos de utilidad para el cuerpo, en el siguiente orden: D. Juan Amat Torres, D. Antonio Juncá Diví, D. Clemente Calbó Casas, D. Isidro Amigó Llansana y D. Saturnino Closas Casanovas.

Al hacer entrega de dichas recompensas, la primera autoridad militar, tuvo palabras de felicitación y estímulo para los interesados y se despidió con un cordial saludo: —¡Hasta el año que viene!

Cumplidos con satisfacción todos los números del programa, el Sr. Capitán General, fué despedido con los mismos honores de la llegada y marcharon todos los invitados completamente complacidos de la fiesta, felicitando por su buen acierto á los organizadores de la misma.

Nosotros se la tributamos muy cumplida desde estas páginas y hacemos votos para que el ejemplar y activo Somatén de Pedralbes, tenga muchos y buenos imitadores.

LUIS TINTORÉ MERCADER

El estandarte del Somatén y su guardia de honor



La procesión del Corpus.—El Santísimo Sacramento al salir de la Catedral



La procesión del Corpus. — La Custodia entrando en la Catedral



EL RETRATO

Era la vanidad, una vanidad desaforada y loca, el único móvil de las acciones de toda su vida. Con la fuerza de un Cid, sabía defender todos los días su caja de valores contra las embestidas más hábiles de los pedigüeños. Incapaz de sentir la satisfacción de hacer bien, refractario á socorrer á nadie—á no ser que el socorrido se prestase á publicar en la prensa el socorro — su corazón de piedra pómez no se enternecía por un quítame allá esas pajas. ¡Qué más!... En la labor sempiterna de la ostentación de su persona, ocupado en cultivar el reclamo, no había tenido tiempo de acordarse ni un solo día de su pobre mujer, la cocinera más reputada de Asturias, á quien despiadadamente dió el esquinazo, partiéndose á Cuba, después de haberle gastado hasta el último céntimo del producto de sus ahorros y de sus sisas. Para él, plebeyo endiosado, que vestía frac y lucía en la pechera unos brillantes como avellanas, tenía que ser un recuerdo muy importuno el de los viles tiempos democráticos que pasó en la Península, ya destripando terrones en su aldehuela, ya trabajando como auriga en la corte.

En la localidad donde residió, después de su fuga de la corte, llegó á tener en el terreno de los honores—honores de relumbrón, por supuesto — cuantas venturas están al alcance de un tendero favorecido por la fortuna. Y fué, entre otras cosas, juez municipal, concejal, diputado provincial, vice-presidente de varias Sociedades patrióticas y hermano mayor de dos ó tres cofradías. La gran cruz de Isabel la Católica,—que costó tres mil duretes—le dió ocasión para retratarse y hacer exhibir en el portal del fotógrafo aquel vulgar y mofletudo rostro, animado por una interesante sonrisa. Gran satisfacción para él cuando las damiselas de su parroquia le detenían en la calle para decirle:

— Ya hemos visto su retrato en casa de Pérez.

— Cosas de Pérez... Se empeñó en hacerme ese retrato, para darse él pisto...

— Está V. hablando. La banda y la cruz, iluminadas, han quedado muy bien... ¿Quién se lo hubiera dicho á usted, don Panchito, cuando, hace años, desembarcó en este país con alpargatas y gorra?...

Brusquedades, salidas de tono como esa, solían turbar á las veces su dicha. Cosas de hembras despechadas y rencorosas que no podían verle, porque el gran tendero, aunque coqueteaba con todas, nunca se había dejado pescar. Y la verdad es, aquí para *inter nos*, que él de buen grado hubiese aceptado el papel de marido, que viste y da tono. Pero ¡cómo había de casarse si aquella endiablada cocinera que dejó en los Madriles existía aún! Y que no tenía malas intenciones la indina. Capaz sería ella, con la misma tranquilidad con que sabía hacer una salsa á la mayonesa, de denunciarle por bigamo y de hacerle ir, con gran cruz y todo, á la mismísima Ceuta.

Vedado para él el amor, ó al menos el amor *con buen fin*, consagraba todo su tiempo á las satisfacciones del amor propio. Y ¡qué satisfacciones las suyas!... Cuando fué elegido por mayoría de votos coronel del batallón de voluntarios de la villa, y se vió con su uniforme de rayadillo, las tres estrellas en la bocamanga y la escarapela en el rico sombrero de Panamá, plantóse el hombre ante un armario de luna, y, acometido de ardor bélico, imaginóse estar enfrente del enemigo, y, gritando: «¡Á ellos, muchachos!», desenvainó la espada virgen y arremetió contra su propia figura, que se reflejaba en el espejo, y destrozó el cristal, y recibió, al herirse en un dedo, su bautismo de sangre. Una criada, que, al oir el estrépito, acudió alarmada y presurosa, narró después en todas partes el sucedido; divulgose entre risas el cuento. y no fué

mala caricatura la que publicó sobre la batalla del Espejo el popular semanario satírico de la localidad...

Y no hay para qué decir, conociendo el carácter de don Panchito y su delirio de grandezas, que aumentó su nutrida colección de retratos aquel ejemplar famoso en que aparecía con su flamante uniforme, jinete sobre arrogante bridón de guerra, la espada extendida en el aire, el continente marcial y terrible. La manía de retratarse le subyugaba en absoluto. Quería, por medio de la repartición de las cartulinas, hacer la propaganda de su persona. Además, tiempo atrás, una gitana vieja y astrosa, pero resabida y de mucha fama por sus acertados augurios, echándole la buena ventura, habíale dicho estas palabras:

— Hay una mujer en el mundo que te quiere y que te anda buscando. Por un retrato te encontrará.

* * *

Por aquella sazón llegó al pueblo el último número de la revista madrileña titulada «Los Personajes». Impresa en satinado papel, con elegantes fototipias, dando una muestra en todos sus números de los adelantos de la tipografía, la importante revista se titulaba *Los Personajes* porque su principal y quizá único objeto era publicar biografías y retratos de los hombres de pro. Desde el ministro aprovechado hasta el industrial inteligente; desde el general victorioso hasta el poetilla laureado en públicos certámenes, no había en España ni en ultramar persona de viso á quien no llegase el turno de exhibir sus gracias personales en la popular ilustración.

¡Qué tentación para don Panchito! Por su gran cruz, por su elevada posición, por los cargos que había ejercido, ¿no era él digno y muy digno de que se publicase su *vera efigie* en la galería de *Los Personajes*? Lo que en él fué al principio tenaz deseo, se convirtió en verdadera obsesión cuando vió salir el retrato del cacique del pueblo, su eterno rival y el objeto de su envidia y su odio.

No era empresa tan fácil como don Panchito creía. El cacique vió aparecer su retrato, porque el cacique... era el cacique. Había en Madrid más de diez personas influyentes que le debían el acta de diputado ó senador y que bebían los vientos por complacerle y halagarle. Don Panchito no estaba en el mismo caso. Por eso sus cartas á Madrid, sus insinuaciones, sus súplicas, sus ofertas, no daban, ni con mucho, el resultado apetecido. Cada número de la ilustración que llegaba sin contener la ansiada fototipia, le traía una nueva desazón.

Mas no era él hombre que se desalentaba fácilmente. Una mañana, con gran asombro de sus domésticos, mandó hacer las maletas, tomó pasaje en un vapor de la Trasatlántica y se embarcó para la Península. Á ningún amigo dió cuenta del viaje ni se despidió de persona alguna. No se tuvo noticia de su marcha sino al echársele de menos en el círculo del partido; y, aunque se intentó averiguarlo, nadie pudo aclarar el misterio de la fuga del grande hombre.

El cual, después de un viaje *tartarinesco*, llegó á Madrid, vió y venció.

* * *

El retrato se publicó.

Pero ¿qué iba á hacer don Panchito con cinco mil ejemplares, ni uno más ni uno menos, de la ilustrada revista? Luego que remitió por correo un ejemplar á cada uno de sus amigos, á cada uno de sus electores y á cada uno de los voluntarios del batallón de que era coronel, aun le quedó papel bastante para llenar una habitación del hotel. Todas las peluquerías, las fondas, las casas de baños, los salones de limpiabotas, recibieron un ejemplar. Madrid se inundó de *Personajes*, que llegaron el mismo día por el correo interior. Y el buen don Panchito, fatigado de la labor de poner fajas, con los dedos llenos de tinta, se acostó aquella noche diciéndose:

«Acuéstate, grande hombre, acuéstate y duerme feliz, que Madrid contempla tu retrato.»

Al día siguiente, bien temprano, se echó á la calle para gozar de su gloria. En el escaparate de una librería del centro, exhibía la revista *Los Personajes* sus planas lujo-



sas. Don Panchito se colocó detrás de un grupo de estudiantes que miraban las fototipias y hacían, burla burlando, alguna que otra observación.

— ¿ Quién será este excelentísimo señor don Francisco González y González ?... — preguntó uno.

— Muy conocido en su casa.

— Y ¡ qué cara de bruto tiene !

— Y está guapo, coloradote y rollizo... ¡ Valiente cerdo !

Dominando su ira y su despecho, don Panchito comenzó á arrepentirse de haber dado su físico á la publicidad. La celebridad tenía, sin duda, sus espinas, y la gloria su enojoso reverso. Era la primera vez que en sus propias barbas se le habían lanzado aquellos piropos. Y para esto, para tener que sufrir tamaños desafueros, había desembolsado cinco mil pesetas, importe de cinco mil ejemplares de la empecatada revista...

Con cara fosca, con humor tétrico, se retiró el hombre á su hotel. Allí, en el portal, en doble fila, le esperaban ansiosos una docena de individuos, no mal trajeados, que habían visto el retrato y leído la biografía é iban á tener el honor de conocer personalmente y de cumplimentar con profundísimo respeto al ilustre prócer. Los unos, proyectistas crónicos, le propusieron la implantación de negocios pingües y de resultado seguro. Los otros, del gremio literario, le dedicaron, con frase hiperbólica, sendos volúmenes que le hicieron pagar á buen precio. Los más, de la clase de sablacistas, apelaron á sus sentimientos filantrópicos, tan justamente encomiados por el biógrafo de la revista, para sacarle un puñado de duros. Y todos, triunfantes y satisfechos, al bajar la escalera decían:

—¡ Qué animal ! ¡ Qué ladrón !... ¡ Lo que habrá robado *este tío* en América !...

* * *

— Una señora está ahí preguntando por el señor, — dijo el camarero á don Pancho.

—¿No ha dado su nombre?

— No quiere decirlo.

—¿Qué señas tiene?

— Gruesa, entrada en años, con aspecto de sirvienta.

— Traerá algún recado. Que pase.

Una mujer, vieja y fea, penetró rápidamente en el salón, y sin dar tiempo á don Panchito para verle el rostro, se precipitó en sus brazos y se colgó, sollozando, de su cuello.

— ¡ Al fin te encuentro! ¡Paco! ¡ Pacorro ! ¿ No me conoces ? Soy la Mónica, tu mujer, tu mujer legítima. Si me parece mentira... En el periódico, en casa de mis amos, vi tu retrato... En la redacción me dijeron tus señas, y aquí me tienes. Y ahora no te volverás á escapar. ¿Verdad que no, ladrón ?...

Don Panchito, desasiéndose de sus brazos, se echó, pálido como un muerto, sobre una butaca. Desde allí, pensativo y mudo, oyéndola hablar, la *recordó*, la contempló y... ¡qué remedio! la aceptó. Después de todo, ¿á qué luchar contra la suerte? Aquello era la realización de una profecía... Allá en el pueblo, en el teatro de sus triunfos, una gitana se lo había dicho :

— Una mujer te anda buscando: por un retrato te encontrará.



Antonio Cortón

Ilustraciones de Mas y Fondevila



Ángulo de los claustros de la Catedral
y surtidor donde se celebra el espectáculo conocido por «L'ou com balla»

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

IX

DE COMO SIGFRIDO FUÉ ENVIADO Á WORMS

Después de navegar nueve días enteros, dijo Hagen de Troneja: «Escuchad lo que voy á decir; hemos diferido mucho el enviar noticias á Worms sobre el Rhin; y ya nuestros mensajeros debían estar en Borgoña.»

El rey Gunter le respondió: «Habéis dicho muy bien; pero nadie mejor que tú para cumplir este encargo, amigo Hagen: encamínate á mi reino: ninguno dará cuenta de nuestra expedición mejor que tú.»

«Te equivocas, querido señor: yo no soy un buen mensajero; deja que siga como camarero y que permanezca en las ondas. Quiero estar al cuidado de las mujeres y de sus trajes, hasta que hayamos llegado á Borgoña.

»Procurad que Sigfrido se encargue de esa misión: su fuerza maravillosa le hará salir bien del empeño. Pero si no quisiera hacer este viaje, rogádselo en nombre de vuestra amada hermana y lo cumplirá.»

El rey mandó buscar al guerrero y cuando lo tuvo en su presencia, le dijo: «Ya que estamos cerca de nuestro reino, debo enviar un mensajero á mi querida hermana y á mi madre, para advertirlas que nos aproximamos al Rhin.

»Os pido, señor Sigfrido, que hagáis este viaje y siempre os daré las gracias.» Así habló el buen guerrero. Al principio rehusó el esforzado Sigfrido hasta que el rey Gunter se lo rogó mucho.

Él añadió: «Haréis este viaje por mi amor y por el de la hermosa virgen Crimilda.» Al escuchar esto, Sigfrido se manifestó dispuesto inmediatamente.

«Mandad lo que queráis, no os negaré nada; sea lo que fuere, lo haré todo en nombre de la hermosa joven. ¿Á la que llevo en mi corazón, puedo yo negarle cosa alguna? Todo lo que me mandéis será hecho en nombre de ella.»

«Decid á mi madre, á la reina Uta, que estamos muy contentos de este viaje: decid á mi hermano de qué manera hemos vencido y dad igual noticia á todos nuestros amigos.

»No ocultaréis nada tampoco á mi hermosa hermana: la saludaréis en nombre de Brunequilda y en el mío, y decid á todos mis servidores y guerreros que he realizado con honor lo que mi corazón deseaba.

»Decid á mi sobrino Ortewein, á quien tanto quiero, que haga disponer sitios convenientes en las orillas del Rhin y que hagan saber a mis demás parientes que quiero celebrar de una manera magnífica mis bodas con Brunequilda.

»Decid á mi hermana que luego que sepa que he llegado á tierra con mis huéspedes, reciba agradablemente á la que tanto amo y siempre se lo agradeceré á Crimilda.»

Sigfrido se despidió inmediatamente de Brunequilda y de todo su acompañamiento de una manera agradable y enseguida se encaminó hacia el Rhin.

Acompañado de veinte y cuatro guerreros se dirigió hacia Worms: llegó sin el rey, y cuando se supo esto, todos sus fieles guerreros sintieron gran pesar, temiendo que hubiera encontrado la muerte en aquella expedición.

Desmontaron de sus caballos manifestándose contentos: inmediatamente Geiselher, el joven y buen rey, se aproximó con su hermano Gernot: cuando vió que el rey Gunter no estaba con Sigfrido, dijo con viveza:

«Bien venido, señor Sigfrido; hacedme saber donde habéis dejado al rey, mi hermano. Nos lo ha arrebatado la fuerza de Brunequilda según pienso; el amor que pretendía nos ha causado este pesar.»

«Abandonad esos cuidados; yo y sus compañeros de armas os ofrecemos su saludo á vos y á todos sus parientes. Lo he dejado sano y libre: él me ha enviado para que fuera su mensajero y trajera estas noticias á su país.

»Necesario es que pronto me hagáis ver á la reina Uta y á su hermana, para que yo les pueda decir lo que me han encargado Gunter y Brunequilda; ambos están buenos.»

El joven Geiselher, dijo: «Iréis á donde se encuentran: habéis inspirado amor á mi hermana y ella ha tenido gran cuidado por la suerte de mi hermano; la joven os ama; puedo garantizaros esto.»

El héroe Sigfrido, le contestó: «En todo lo que yo la pueda servir, lo haré de corazón y con fidelidad. Pero haced que yo las vea, ¿dónde están las damas?» Geiselher, el hombre agraciado, fué á anunciarlo.

El joven Geiselher dijo á su madre y á su hermana de esta manera: «Ha llegado Sigfrido, el héroe del Niderland; mi hermano Gunter lo ha enviado á las orillas del Rhin.

»Él nos trae gratas noticias del rey: permitidle que entre hasta la corte. Él nos dará noticias verdaderas de lo ocurrido en Islandia.» Las nobles mujeres permanecían aún en gran cuidado.

Sin detenerse en nada se vistieron sus trajes, y suplicaron á Sigfrido que pasara á la corte. El héroe procuró tranquilizarlas: amaba tiernamente á Crimilda y la noble joven le dijo de esta manera:

«Bien venido, Sigfrido, caballero digno de alabanza. ¿Dónde queda mi hermano Gunter, el noble y rico rey? Pensaba haberlo perdido por la fuerza de Brunequilda. ¡Ay de mí! ¡pobre joven, para qué había venido al mundo!»

Así le contestó el fuerte caballero: «Permitidme que sea el mensajero: lloráis hermosa joven, sin que haya ocurrido desgracia ninguna. Lo he dejado sin peligro alguno; esto es lo que os quería decir: él me ha enviado con estas noticias para vosotras.

»Con el amor más tierno, muy noble señora mía, él y su esposa os ofrecen sus servicios; bien pronto deben llegar.» Hacía muchos días que no había recibido tan buenas noticias.

Con un paño tan blanco como la nieve, secó de sus ojos las hermosas lágrimas: después dió las gracias al mensajero por las noticias que había traído.

Rogó al mensajero que se sentara: todo estaba dispuesto y la enamorada le dijo: «Sin pena ninguna os daría por vuestro mensaje todo mi oro. Sois muy rico para aceptarlo, pero siempre os estaré agradecida.»

«Aun cuando tuviera treinta reinos», le respondió él, «siempre aceptaría con gusto los gajes de vuestra mano.» La virtuosa, le dijo: «Pues bien, sea.» Y mandó á su camarera que fuese por el precio del mensaje.

Le dió en recompensa veinte sortijas adornadas con piedras preciosas. Pero el alma del héroe era de tal modo, que no quiso guardar ninguna: enseguida las distribuyó entre las hermosas mujeres que andaban por las cámaras.

También le ofreció con bondad sus servicios la madre reconocida. «Más os diré todavía», añadió el hombre intrépido; «os diré lo que el rey quiere para cuando llegue al Rhin. Si lo hacéis, señora, siempre os quedará agradecido.

»Es su deseo que á los ricos huéspedes los recibáis bien y que salgáis á su encuentro por el camino de Worms. Esto es lo que el rey os hace saber en gran confianza.»

«Pronta estoy á hacerlo» contestó la hermosa joven. «Nunca me negaré á nada que le pueda agradar y lo haré con el mayor gusto.»

Hasta entonces ningún mensajero de rey había sido tan bien recibido: de atreverse, lo hubiera besado sin pena ninguna: se alejó de las mujeres de otra manera, pero siempre con amabilidad. Los Borgoñones hicieron lo que él les había dicho.

Sindoldo y Hunoldo y el héroe Runoldo, se tomaron gran trabajo en aquellos momentos. Hicieron preparar los sitios y se portaron muy bien. Muchos fieles al rey, trabajaron allí con ellos.

Ortewein y Gere, también de los mejores, enviaron por todas partes para avisar á sus amigos y prevenirlos de que en la corte se iban á celebrar grandes fiestas para los desposorios.



Los salones y las paredes fueron adornadas para la llegada de los huéspedes. La habitación del rey Gunter, quedó recubierta de roble tallado, obra de artistas extranjeros que habían venido en gran número.

Por todas partes, por todos los caminos, se veía cabalgar á los parientes de los tres reyes que habían sido avisados para que fueran á recibir á los que estaban próximos á llegar. De las arcas se sacaban los más hermosos vestidos.

Al saberse la noticia de que se aproximaban los amigos de Brunequilda, la multitud acudió en masas apiñadas. Muchos  valientes guerreros de los dos bandos se encontraban allí.

La hermosa Crimilda dijo: «Vosotras, hermosas compañeras mías, que queréis acompañarme á la recepción, buscad en vuestros cofres los trajes más hermosos que tengáis, y que lo mismo hagan las demás mujeres.»

Llegaron los guerreros y mandaron traer magníficas monturas guarnecidas de oro rojo, en las que debían ir las mujeres para llegar hasta Worms en las orillas del Rhin. Jamás volverán á verse arneses tan magníficos.

¡De qué manera brillaba el oro sobre las hacanéas! Muchas piedras preciosas deslumbraban en las riendas. Para las mujeres se dispusieron doradas sillas, colocadas sobre hermosas gualdrapas. Todas experimentaban grande alegría.

También se trajeron para ellas magníficas cinchas forradas de hermosa seda y en los pretales suntuosas bandas de la mejor seda que pudo encontrarse.

Primero se veían marchar noventa mujeres con el cabello trenzado. Á Crimilda acompañaban después las más hermosas llevando trajes magníficos y por último seguían igualmente bien vestidas muchas agraciadas jóvenes.

Para agradar á los guerreros extranjeros llevaban las más ricas telas que podían verse y los vestidos más costosos, combinados admirablemente sus colores. Mal gusto hubiera tenido aquel á quien cualquiera de ellas no agradara.

Sobre aquellos hermosos trajes sus manos ciñeron un cinturón magnífico, ancho y bien bordado para contener los bellos pliegues de los astracanes árabes. El momento de los alegres placeres para aquellos jóvenes se aproximaba.

Muchas lindas vírgenes comprimían su talle con graciosos corpiños.

Cuando aquellas hermosas mujeres se vistieron los trajes que debían llevar, se adelantó un grupo de guerreros valerosos armados de escudo y lanza, cuyas astas eran de fresno.

X

DE COMO BRUNEQUILDA FUÉ RECIBIDA EN WORMS

Al otro lado del Rhin, se veía ya al rey acompañado de muchos caballeros. Las riendas de las hacanéas en que iban muchas jóvenes, las llevaban en la mano. Los que debían recibirlos estaban dispuestos.

Cuando las barcas en que iban los guerreros de Islandia, los Nibelungos y los hombres de Sigfrido, divisaron la orilla, aceleraron la marcha; sus manos eran infatigables; y se dirigieron á donde estaban los amigos del rey.

Escuchad ahora el relato de como la reina Uta la rica, condujo á la joven fuera de la ciudad y cabalgó ella misma. Aquel día entablaron relaciones muchos caballeros con hermosas jóvenes.

El margrave Gere, llevaba de la brida el caballo montado por Crimilda, pero sólo lo hizo así hasta las puertas de la ciudad. Desde allí el héroe Sigfrido la sirvió tiernamente.

El atrevido Ortewein cabalgaba al lado de la reina Uta, y un gran número de caballeros y de jóvenes los seguían.

En tanto llegaba la barca, se hicieron vistosos juegos de armas por famosos guerreros, ante la hermosa Crimilda.

El rey había atravesado el río con sus nobles caballeros. ¡Cuántas lanzas volaron en astillas ante las mujeres! Se escuchaba el ruído que hacen muchos escudos chocando violentamente. Sus adornadas puntas resonaban al ser golpeadas.

Cerca de la orilla estaban las mujeres dignas de ser amadas; Gunter con sus huéspedes descendió de la barca dando á Brunequilda la mano.

Haciendo graciosas cortesías, se adelantó Crimilda para recibir á Brunequilda y á su acompañamiento. Con sus manos se las vió separar las trenzas de sus cabellos para darse un beso: se lo dieron afectuosamente.

Así dijo en tono amistoso la virgen Crimilda: «Seáis bienvenida á este país, por mí y mi madre y por todos nuestros fieles y amigos.» Ambas se inclinaron.

Las mujeres se abrazaron repetidas veces.

Cuando las damas de Brunequilda saltaron todas en tierra, muchos jóvenes guerreros llevaron de la mano á no pocas vírgenes, ricamente vestidas. Estas nobles jóvenes rodeaban á Brunequilda.

Largo rato pasó antes que las salutaciones estuvieran terminadas; entre tanto más de una rosada boca besó y fué besada. Las hijas de los reyes estaban la una junta á la otra. Muchos famosos guerreros tenían gusto al contemplarlas.

Las seguían con los ojos todos aquellos que habían oído decir que nada había más hermoso que aquellas dos mujeres: no había exageración en esto: nada de la belleza de sus cuerpos era fingido ni engañador.

Los que sabían apreciar á las mujeres y sus amorosos cuerpos, alababan la hermosura de la esposa de Gunter. Pero los más entendidos decían que Crimilda valía más que Brunequilda.

Juntas las unas á las otras se adelantaron mujeres y vírgenes; todas ellas iban lujosamente vestidas. Muchos pabellones de seda y gran número de tiendas estaban extendidas por el campo antes de llegar a Worms.

Los parientes del rey caminaban á su alrededor. Á Brunequilda y á Crimilda las llevaban por los sitios en que menos las dañara el sol: iban acompañadas por los héroes del país de Borgoña.

Todos los huéspedes habían llegado á caballo; chocaron admirablemente las lanzas contra los escudos. Todo el campo quedó cubierto por una nube de polvo, como si el fuego lo hubiera envuelto: los héroes verdaderos fueron allí conocidos.

Las mujeres miraban atentamente á los guerreros. Creo que el fuerte Sigfrido pasó y volvió á pasar con la espada en la mano por delante de los pabellones. Mil fuertes Nibelungos eran mandados por el héroe.

Hagen de Troneja se adelantó por indicación del rey é hizo cesar los juegos caballerescos, para que el polvo no molestara á las hermosas jóvenes. Todos los extranjeros obedecieron inmediatamente sin violencia ninguna.

Así habló el noble Gernot: «Dejad ahí los caballos hasta que refresque; iremos á acompañar á las hermosas mujeres hasta el palacio: así cuando el rey quiera cabalgar, todos estaréis dispuestos.»

Cesaron inmediatamente los asaltos y abandonaron el campo para retirarse al abrigo de las tiendas, en las que el tiempo se pasó agradablemente. Los guerreros permanecían cerca de las jóvenes cuyos favores esperaban conseguir: así pasaron las horas hasta el momento de partir.

Á la caída de la tarde, cuando el sol principió á descender, el aire refrescó y no quisieron detenerse más: damas y guerreros se dirigieron á la ciudad. Con los ojos admiraban las bellezas de aquellas lindas mujeres.

Manifestando su destreza, los buenos guerreros hicieron algunos asaltos para ganar trajes, según era la costumbre del país, hasta que llegaron al palacio donde el rey echó pie á tierra. Allí las damas fueron servidas por los caballeros según correspondía á su rango.

En aquel momento se separaron las reinas. Uta y Crimilda se dirigieron á sus suntuosos aposentos, seguidas por sus acompañantes. Por todas partes se oían alegres gritos de satisfacción.

Prepararon los asientos; el rey quería dirigirse al banquete con sus huéspedes. Á su lado se veía la hermosa Brunequilda que ceñía la corona en el país del rey, y que estaba muy ricamente vestida.

Muchas hermosas sillas estaban colocadas alrededor de buenas y anchas mesas, cargadas de manjares, según nos han contado. ¡De lo que podía desearse no faltaba nada! Cerca del rey estaban sentados los convidados más distinguidos.

Los camareros reales servían el agua en copas de oro rojo. Inútil sería decir que en otra fiesta de príncipes fueron mejor servidos, porque nadie querría creerlo.

Antes que el jefe del Rhin hubiera tomado el agua, Sigfrido hizo lo que debía hacer: le recordó su promesa, hecha antes de que vieran á Brunequilda en Islandia.

Él le dijo: «Debéis recordar lo que me juró vuestra mano; que si alguna vez Brunequilda venía á este país, me daríais vuestra hermana: ¿qué se ha hecho de vuestros juramentos? En este viaje he realizado por vos grandes trabajos.»

El jefe contestó á su huésped: «Con razón me habéis advertido. Mi mano jamás será perjura: os ayudaré lo mejor que pueda para que salgáis con bien de vuestro empeño.» Rogó cariñosamente que Crimilda compareciera á la corte.

Con muchas hermosas mujeres penetró en el salón, pero Geiselher le dijo en alta voz desde su asiento: «Haced que esas jóvenes se vuelvan: que mi hermana quede sola delante del rey.»

Condujeron á Crimilda á donde estaba el rey: muchos nobles caballeros de distintos países estaban allí. Rogáronles que permanecieran tranquilos en el amplio salón; la señora Brunequilda estaba ya en la mesa.

Ella no sabía lo que iba á suceder. Entonces el hijo del rey Dankwart dijo á su más próximo pariente: «Ayudadme para que Crimilda tome por esposo á Sigfrido.» Todos dijeron á un tiempo: «Muy bien puede hacerlo.»

Así le dijo el rey Gunter: «Hermana mía, noble joven, que por tu virtud y bondad quede cumplido mi juramento. Te he prometido á un guerrero; si lo haces tu esposo, quedarán cumplidos mis votos.»

La noble joven respondió: «Mi hermano amado, no es menester que me roguéis: haré siempre lo que me mandéis; que así sea. Amaré siempre, señor, al que me déis por marido.»

Al escuchar esta declaración amorosa, Sigfrido se tornó rojo. El guerrero hizo sus cumplimientos á la hermosa Crimilda. Hicieron que el uno se aproximara al otro, junto á los demás parientes y le preguntaron si aceptaba por esposo al valeroso guerrero.

Al principio el pudor cohibió á la joven, pero felizmente, para alegría de Sigfrido, no le duró mucho tiempo: la tomó por esposa también el noble héroe del Niderland.

Estaba desposado con la virgen, ella con él; Sigfrido pudo estrechar en sus brazos á la hermosísima doncella: la noble reina fué abrazada después en la asamblea de los héroes.

Después se dividieron en dos grupos. Frente al rey estaba sentado Sigfrido, teniendo junto á sí á Crimilda; servíanlos muchos hombres valientes. Los Nibelungos estaban sentados á sus lados.

(Continuará)

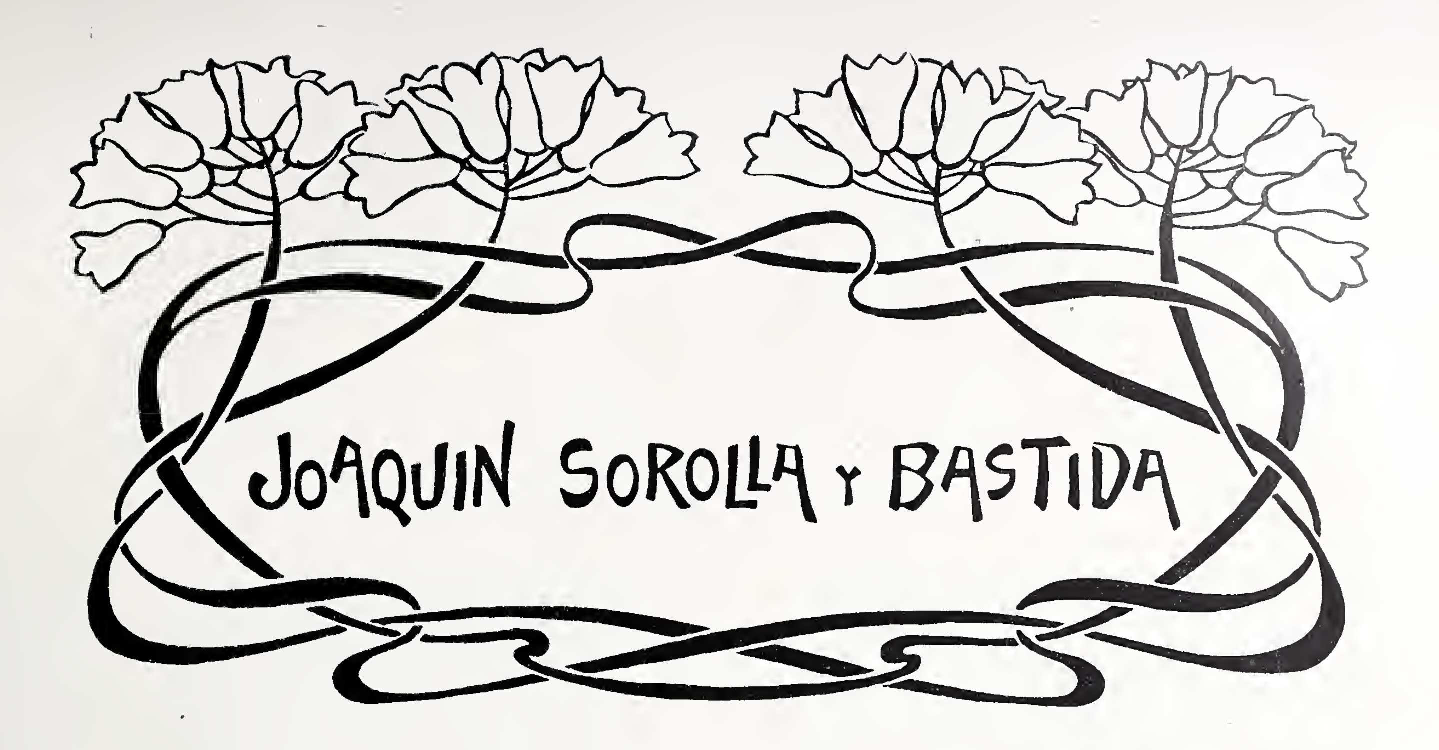

HISPANIA
12 D^bre 1900

Número extraordinario dedicado al eminente pintor Joaquín Sorolla

SUMARIO



RETRATO DE MI HIJA

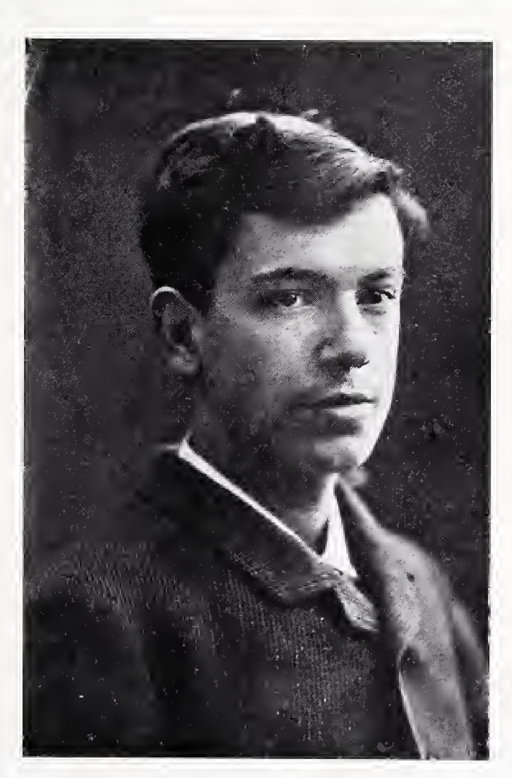


Lo primero que le ocurre al que con espíritu crítico contempla una obra de arte, después de haber gozado silenciosamente de la impresión que ésta le produce, es preguntarse cómo, cuándo, bajo qué influencia fué creada, cuál ha sido su génesis, por qué es así y no de otro modo, dada la infinita variedad de tipos á los cuales pudo subordinarse. Esta curiosidad despierta en el contemplador multitud de ideas y de recuerdos que le mueven á comparar la obra que se los ha sugerido, con otras que le son familiares, las cuales de tiempo atrás se hallan estudiadas y clasificadas por la crítica.

Al encontrarnos frente á la tan rica y variada producción del artista objeto de este estudio, deseamos saber quién es ese artista, el cual, joven aún, desconocido no hace mucho tiempo y discutido hasta hace poco, está hoy reputado como una de las eminencias de la pintura contemporánea. Quisiéramos, además, definir la característica de su estilo y tendencias, cosa difícil si se trata de un pintor del pasado, casi imposible tratándose de un contemporáneo que se halla en el pleno florecimiento de sus facultades naturales.

Algunos datos biográficos recogidos de labios del artista nos darán idea de sus primeros pasos en su profesión, de los maestros que le iniciaron en ésta, y también de su carácter y fisonomía moral.

Nació Joaquín Sorolla en Valencia el 27 de Febrero de 1863. Huérfano de padre y madre, á quienes perdió en breves días, cuando él contaba dos años de edad, víctima de la invasión colérica en aquella ciudad, en 1865, fué recogido, en compañía de su hermana, por sus tíos D. José Piqueles y D.ª Isabel Bastida, esposa de éste y hermana de la madre de Sorolla. Á tan noble rasgo de caridad debemos la salvación de una vida preciosa para el arte, y no sería justo dejar de rendir el tributo de gratitud que merecen aquéllos, que fueron, en realidad, los padres y primeros protectores de Sorolla.



Joaquin Sorolla à los 18 años

Nacido y criado en Valencia, tiene el pintor en sus venas sangre aragonesa y catalana, pues su padre era natural de Cantavieja, pueblo de la provincia de Teruel, y su madre, valenciana de nacimiento, era hija de padres catalanes.

Asistió en su infancia á la escuela Normal de Valencia, en la cual no demostró grandes aptitudes como alumno de primeras letras. En cambio, se inició su vocación para las artes de modo tan manifiesto, que uno de sus maestros, D. Baltasar Perales, Director en la actualidad de aquella Escuela, al ver que el niño, en vez de aplicarse al estudio de la gramática, se entretenía incesantemente en borrajear cuantas hojas de papel le venían á la mano, le regaló lápices y colores, y aun hizo la vista gorda respecto de la desatención del chico hacia el estudio. Libre de toda reprensión, no se ocupó desde entonces de otra cosa que de dibujar á su capricho y copiar cuantas estampas le facilitaban sus compañeros.

En vista de que el muchacho no sacaba fruto de la enseñanza de la Escuela, resolvió su tío, dueño á la sazón de un taller

de cerrajero, meterlo a aprendiz de este oficio, en el cual, ayudando á los oficiales en las faenas de la fragua y de la lima, en lucha con las durezas del hierro, fué templando su cuerpo para otras faenas más duras aún que en la vida le aguardaban.

Tuvo también su tío el buen acuerdo de ayudar la vocación del muchacho, haciéndole que asistiera, las horas libres de la noche, á las clases de dibujo de la Escuela de Artesanos. En ésta, y bajo la dirección del profesor Don Cayetano Capuz, se aplicó Sorolla de tal suerte, que obtuvo el primer año todos los premios.

Á la edad de quince años entró en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos, abandonando definitivamente el taller de cerrajería, y dedicándose en cuerpo y alma, día y



á 18 años



á 19 años

noche, al estudio del dibujo y de la pintura con tal aprovechamiento, que en el primer curso ganó los premios de colorido, dibujo del natural y perspectiva.

Por aquellos días conoció á D. Antonio García, el cual adivinó bien pronto las dotes del joven y le dispensó desde entonces abierta protección y amistad, concediéndole una pensión anual, que disfrutó el pintor hasta el día en que, habiendo logrado satisfacer las exigencias de la vida con el fruto de su trabajo, y asegurada en lo posible su independencia de artista, vió cumplidos los anhelos de su corazón, uniéndose en matrimonio con la hija de su protector, D.ª Clotilde García.

Durante los años de su educación artística en la Escuela de San Carlos de Valencia, hizo Sorolla á Madrid tres viajes: el primero, en 1881, realizado tan sólo para ver y estudiar la Exposición de Bellas Artes, en la cual presentó tres cuadros de marina, que pasaron inadvertidos, y que él borró más tarde. Al año siguiente volvió para hacer estudios en el Museo del Prado, dedicándose á copiar exclusivamente varias cabezas de los cuadros de Velázquez y Ribera. El último lo efectuó en la primavera de 1884 para presentar en la Exposición su cuadro *El Dos de Mayo*, que acababa de pintar en Valencia, con el cual hizo su brillante aparición en el mundo del arte.

Pintado con el brío y la fogosidad de los veinte años; lleno de vida, de movimiento, de luz y color; inspirado en un hecho que conmovió las fibras del artista enamorado de lo épico y legendario, reveló por completo esta obra las cualidades raras de su autor, haciendo presentir lo que de él podía esperarse en adelante.

Tan sólo acometerlo fué clara muestra de una intuición genial, pues no creemos que hasta entonces se hubiera intentado por nadie, en España al menos, pintar directamente un cuadro con figuras de tamaño natural en pleno sol. Para realizarlo hubo de utilizar Sorolla, como taller, los corrales de la Plaza de Toros de Valencia, en donde, á fuerza de quemar pólvora y de envolver en humo á los modelos, quiso resucitar ante su vista la escena real, para trasladarla al lienzo tal y como su imaginación se la había representado.

Á pesar de que en el segundo, y principalmente en los últimos términos del cuadro, donde aparece mayor el fragor del combate, no permite el humo que sean apreciados los detalles de las figuras, hizo gala el pintor de sus conocimientos del dibujo y anatomía en las de primer término, especialmente en aquéllas que representan á los dos heróicos artilleros Daoiz y Velarde, en las cuales la expresión de su fisonomía y las actitudes de piernas y brazos le dieron ocasión de probar la maestría adquirida en la escuela de San Carlos.

El cuadro *El Dos de Mayo*, premiado con medalla de segunda clase en la Exposición de 1884, fué adquirido por el Estado y se halla hoy en el Museo Balaguer de Villanueva y Geltrú.

Regresó Sorolla á Valencia después de su primer triunfo, y no tardó en obtener otro, pues aquel mismo año de 1884 le fué otorgado el premio de la Diputación de aquella provincia en el concurso celebrado para la pensión á Roma por su cuadro *El Palleter dando el grito de la Independencia,* inspirado en un hecho histórico análogo al de *El Dos de Mayo.* Tiene con éste grandes analogías por el movimiento y vida de las numerosas figuras que en él se ven representadas.

Al cumplir veintidós años, á principios de 1885, partió á Roma, en donde bien pronto conoció á aquellos artistas que formaban la brillante colonia española, Pradilla, Villegas, Sala y otros, cuyas lecciones y consejos hubieron de guiarle en el desempeño de los estudios de desnudo



á 20 ó 21 años

que como pensionado debía ejecutar. Á estos trabajos dedicó los primeros meses del año citado, y en la primavera del mismo marchó á París en compañía de su amigo el distinguido artista D. Pedro Gil.

En esta visita á París, ante las obras expuestas en el Salón de aquel año, en la Exposición de Menzel, y especialmente en la de Bastien Lepage, abrió Sorolla sus ojos por vez primera al movimiento iniciado entonces en la pintura moderna.

Todavía, sin embargo, no se había presentado en París, en toda su pujanza, aquella pléyade de pintores escandinavos y finlandeses que tanto sorprendió al mundo en la Exposición universal de 1889, y cuyo principal mérito fué el de hacer extensivos á todos los géneros de pintura los procedimientos usados de mucho tiempo atrás por los grandes paisajistas modernos. Á haberlos conocido entonces Sorolla, es seguro, dadas sus aficiones y tendencias, que se habría dejado influir por ellos, tan sinceros, tan vigorosos, tan coloristas y, sobre todo, tan independientes.

¿Quién sabe si no fué beneficioso para el desenvolvimiento de su personalidad artística el hecho de que esta influencia de los grandes pintores modernistas del Norte, no se haya dejado sentir en las obras de Sorolla sino algunos años más tarde, cuando, dueño ya de reprimir su asombrosa facilidad y su facultad creadora tan fecunda, pudo asimilarse las cualidades salientes de aquellos maestros sin detrimento de las suyas propias?

Durante los seis meses que permaneció en París, trabajó de manera vertiginosa, haciendo por el día estudios serios en su taller, y tomando apuntes al lápiz de cuanto veía en la calle, en los ómnibus y en los cafés animados de los bulevares, hasta las altas horas de la noche.

Regresó á Roma, en donde volvió á respirar una atmós-



á 24 años

fera artística bien diferente de la de París, y en oposición abierta á su temperamento de pintor. Á pesar de esto, la fuerza del medio ambiente le hizo abandonar la senda del realismo tan fielmente seguida por él hasta entonces, y el deseo de hacer una obra de gran tamaño y de un asunto transcendental, le llevó á emprender el cuadro *El Entierro de Cristo.*

Trabajó en éste más que en cuadro alguno. Empezó por llenar el lienzo de figuras que poco á poco fué haciendo desaparecer de él, no dejando al término de la obra sino aquéllas indispensables para caracterizar la escena representada. Por fin, tras muchas vacilaciones y cambios, hubo de darlo por terminado y lo presentó en la Exposición de Madrid de 1887, en la cual no dejó de sorprender por el contraste que ofrecía con *El Dos de Mayo* del certamen anterior.

El entierro de Cristo, de Sorolla, no es un cuadro vulgar. La originalidad de su composición y el tinte dramático en que se halla envuelto, le hacen interesante. Pero hay que reconocer que, inspirado en un sentimiento ajeno al ca-



á 30 años

rácter y aptitudes de un pintor naturalista por excelencia, y con tendencias opuestas á las seguidas por éste en sus obras anteriores, constituye una excepción entre todas ellas. Y sea por esto, sea por otras causas, fué muy discutido durante la Exposición, y no obtuvo el premio que del esfuerzo que pintor de tantos alientos había empleado en el desempeño de la obra podía esperarse.

Volvió Sorolla á Italia instalándose en Asís, á cuya histórica ciudad bien pronto se aficionó, alternando sus tareas, haciendo, ya estudios inspirados en los maestros italianos de los siglos XIII y XIV que á su vista se ofrecían, ya otros recordando aquellas obras de Bastien Lepage que tanto le impresionaron durante su permanencia en París. Fué esta época un paréntesis en la vida del artista, un momento de descanso en aquel lugar tranquilo y solitario, que le prestó nuevos bríos para acometer las obras posteriores.

En Asís pintó el cuadro, último envio de pensionado, *El Padre Jofré amparando a un loco,* el cual se halla en el Hospital provincial de Valencia.

Es un cuadro ecléctico, hecho bajo la influencia de otros de diversas tendencias que le impresionaron en los estudios de Roma y en las Exposiciones de París. Lo más típico de este cuadro, lo más verdadero, lo que mejor acusa la personalidad del pintor, es la figura del protagonista, severa, real y de gran carácter. Es asimismo la que revela mayor maestría técnica.

Terminada esta obra, marchó á Valencia para llevar á efecto su matrimonio, cuya benéfica influencia en la vida íntima del artista se reflejó desde entonces en sus creaciones pictóricas.

Su joven esposa, dotada de claro entendimiento y de virtudes que la modestia hace pasar inapreciadas, levantó el ánimo decaído del pintor en los días de desaliento, templó no pocas veces la fogosidad impetuosa y la impresionabilidad de su temperamento nervioso; le auxilió, en fin, en todos los momentos difíciles, tan frecuentes en la vida de un artista que lucha tenazmente en pos de un ideal que jamás se alcanza.

Como muestra de la producción de Sorolla desde su viaje á Italia, á principios de 1885, y de lo mucho que pintó en París en este mismo año, pueden citarse las obras presentadas por él en Madrid, en la Exposición de 1890, las cuales, con ser tantas y tan variadas, no reflejan, á decir verdad, la genuína personalidad del artista.

En la imposibilidad de enumerar las obras de Sorolla realizadas desde aquella fecha de 1892, señalaremos tan sólo las más capitales, empezando por la titulada *El día feliz,* la cual, en unión de *Otra Margarita, Después del baño,* y varios retratos y estudios, figuró en la citada Exposición de 1892.



á 32 años

La vuelta de la pesca lo reúne todo: composición grandiosa de líneas, ponderación de masas y colores, justa relación entre los diferentes valores de los tonos, y conjunto y armonía en toda la obra. Abunda además en trozos de gran habilidad técnica, de la cual son buen ejemplo la pareja de bueyes en la sombra destacando de las espumosas olas iluminadas por el sol; la enorme vela que corta el cielo con una línea pintoresca y movida, y el mar, tratado de manera tan diferente según los términos del cuadro. Es éste uno de los más felices de su autor, y fué premiado con segunda medalla, obteniendo en virtud de este premio la honrosa distinción de artista *Hors concours.* Fué adquirido para el Museo del Luxemburgo de París, en donde se halla.

Este cuadro y el de la *Bendición de la barca* pueden citarse como tipos de la numerosa serie compuesta de otros muchos inspirados en escenas de las playas de Valencia. Los elementos que los constituyen son análogos, idénticos sus fondos, y casi todos se hallan iluminados de igual modo á la plena luz solar.

La Exposición de Madrid de 1899 y la Universal de París, dieron ocasión al artista para mostrarse en toda su plenitud y madurez.

Vivo está el recuerdo de las obras de Sorolla en nuestra última Exposición, cuyo admirable y variado conjunto se componía de los cuadros *Cosiendo la vela,* desconocido hasta entonces en Madrid, pero que venía precedido de sus triunfos en París, Munich y Viena; el titulado *Comiendo en la barca;* los dos vigorosos estudios de paisaje de Jávea, y dos retratos. La opinión de la mayoría de los artistas se pronunció aclamando á un pintor de personalidad tan saliente y que con tal pujanza se presentaba en aquel Certamen. Faltóle á Sorolla, sin embargo, la consagración oficial de estos entusiasmos, y no obtuvo la medalla de honor, para la cual fué propuesto, único galardón que le faltaba para completar la lista de dos premios reglamentarios.

Llevó Sorolla á la Exposición universal de París casi todas sus obras expuestas el 99 en Madrid, más dos cuadros pintados en la playa de Valencia en el verano del mismo año: *El baño* y *Triste herencia.*

Al lado de *Triste herencia* se hallaba colocado, en París,



a 33 años

el titulado *Comiendo en la barca,* en el cual se ven varios pescadores comiendo, á la sombra de la vela, cuadro de gran verdad y bello colorido, muy celebrado en Madrid en la última Exposición. No lejos de ambos, en la misma sala, el lienzo de gran tamaño *Cosiendo la vela,* uno de aquéllos en los cuales Sorolla logró vencer las mayores dificultades.

Á poco de abierta la Exposición, reunido el Jurado internacional de Pintura, acordó éste visitar las secciones de todos los países. Al entrar en la española los Jurados, entre los cuales tuve la honra de contarme, fuí testigo de la impresión causada por las obras de Sorolla. El nombre del pintor fué aclamado con verdadero entusiasmo, y desde aquel momento tuve confianza absoluta del éxito que había de alcanzar Sorolla en la votación de premios. Fué ésta honrosísima para él, pues obtuvo por gran mayoría, el primer día de la votación, uno de los veinte Diplomas de Gran Premio, únicos que se votaron; y fué aún más honrosa la distinción si se tiene en cuenta el rango y la calidad de los premiados. El nombre de Sorolla figura desde aquel día al lado de los de Dagnan Bouveret, Lenbach, Alma Tadema, Kroyer, Zorn y algunos otros de igual fama.

Visité con Sorolla pocos días después la Exposición universal, y debo confesar en honor suyo que, lejos de mostrarse envanecido con su triunfo, al comparar sus obras con otras muchas de aquel gran certamen, y al ver las propias á una luz y en un ambiente tan diverso de aquél en que fueron creadas, declaró con noble sinceridad las imperfecciones de que á sus ojos adolecían. En efecto: la intensidad de la luz de los países meridionales, merced á la cual parecen tan colorados los cuadros pintados en éstos, les perjudica sobremanera al ser transportados al Norte, en donde quedan por lo común fríos y descoloridos, cuando no tristes y obscuros. De ahí que, á pesar de cuanto se cree y afirma, los grandes coloristas antiguos y modernos abundan entre los pintores del Norte mucho más que entre los meridionales, pues aquéllos, á falta del color y brillantez de la luz que ilumina sus obras, se ven obligados á suplir estos elementos con los recursos de la paleta. En pocas visitas á la Exposición se hizo cargo de cuanto le interesaba conocer. Apasionado de los pintores modernos que más afinidad tienen con su manera de sentir y de interpretar la naturaleza, no llevó su entusiasmo hacia ellos al punto de menospreciar á otros de cualidades opuestas: antes al contrario, en su afán de perfeccionamiento, presintió la posibilidad de realizar un arte que



á 36 años

armonizara tan diversas tendencias. Es imposible, decía, que no puedan reunirse en un mismo lienzo la sinceridad de Kroyer y el ambiente de Zorn, con el vigor y relieve de un retrato de Bonnat y el carácter que sabe dar á sus figuras Jean Paul Laurens.

Sin detenerse en París más que algunos días, volvió á Valencia y de allí marchó á la costa de Jávea á emprender las tareas del verano. La campaña ha durado menos tiempo, pero ha sido más fecunda aún que las anteriores, y el resultado de ella da una nueva muestra de la ductilidad de su talento.

No nos detendremos en describir los diversos cuadros pintados á raíz de su visita á la Exposición; pero sí diremos que en dos de ellos, que titula *Fin de la jornada* y *Escaldando la uva,* aparecen de un modo claro transportadas al lienzo las ideas que le despertara dicha Exposición. Estas dos obras muestran mayor riqueza y más brillantez de color que sus obras anteriores. Además, se observa en ellas gran contraste entre las figuras de los primeros planos, de mucha corporeidad y acento, y los otros términos, sin que esto perjudique al ambiente y al conjunto de dichos cuadros. (*)

De un pintor que, joven aún, ha revelado en tantas y tan diversas obras dones excepcionales para el arte que cultiva, y que á estas prendas suma gran entendimiento, penetración sagaz y laboriosidad constante, se deben esperar, en el porvenir, nuevas y más sorprendentes creaciones. Confiados en esta esperanza, damos término al presente estudio, en el cual hemos procurado que no domine en modo alguno la pasión hija del afecto que profesamos al amigo, ni la del entusiasmo que nos inspira el artista.

Aureliano de Beruete

(*) Las mismas cualidades se observan en las obras que acaba de exhibir en la Exposición Nacional de Bellas Artes, en la cual ha obtenido una de las distinciones más codiciadas por los artistas: el Premio de Honor.

Del papel hecho por el eminente artista en dicho Certamen, no cabe decir otra cosa sino que ha sido en un todo digno de su fama. La crítica le ha prodigado en esa ocasión los más entusiásticos elogios, ratificándose una vez más en el parecer de que Sorolla es uno de los primeros astros que han brillado en el cielo del arte español, como lo confirman todas las obras suyas que ha presentado y entre las cuales las hay verdaderamente grandiosas.

Triste herencia, (de que se habla más arriba á propósito de la Exposición Universal de París), *La familia, ¡Madre!* y *Los novios,* son cuadros capaces de conquistar á cualquier artista una fama perdurable y de poner el nombre de su autor al lado del de los mejores maestros.

Y si con dichas obras no hubiese bastante, podrían sacarse á relucir los retratos que ha expuesto Sorolla en la misma Exposición, entre los cuales figura el del autor de este estudio.



FAMILIA SOROLLA



BOCETO



PANNEAU DECORATIVO

LA PARRA

VENDIMIA

PRENSA

BACANAL



RETRATO DE VILLAVERDE



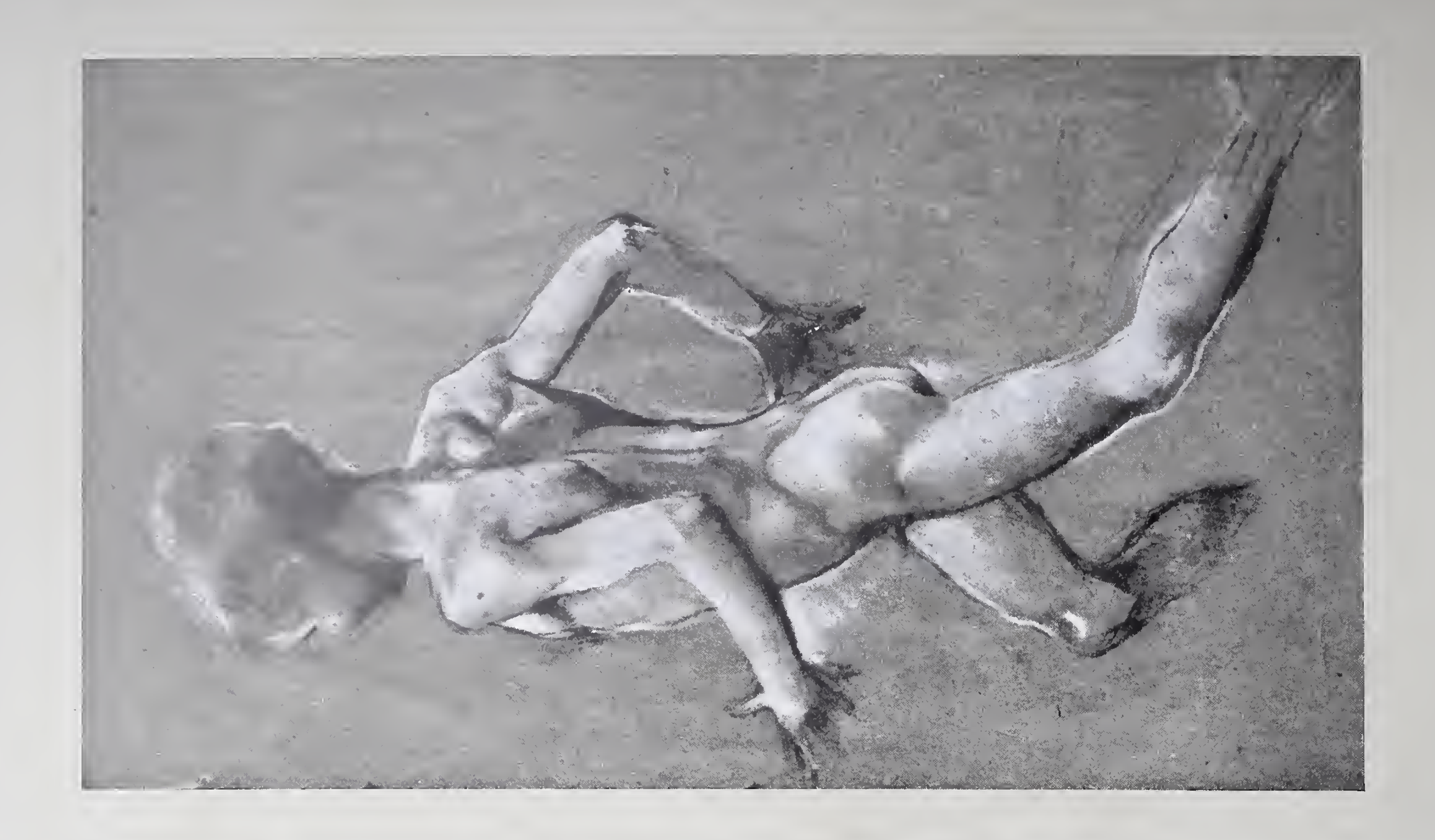
BOCETO

UN ÁNGULO DEL TALLER DE SOROLLA






ESTUDIOS DE DESNUDO







ESTUDIOS DE DESNUDO

UN ÁNGULO DEL TALLER DE SOROLLA

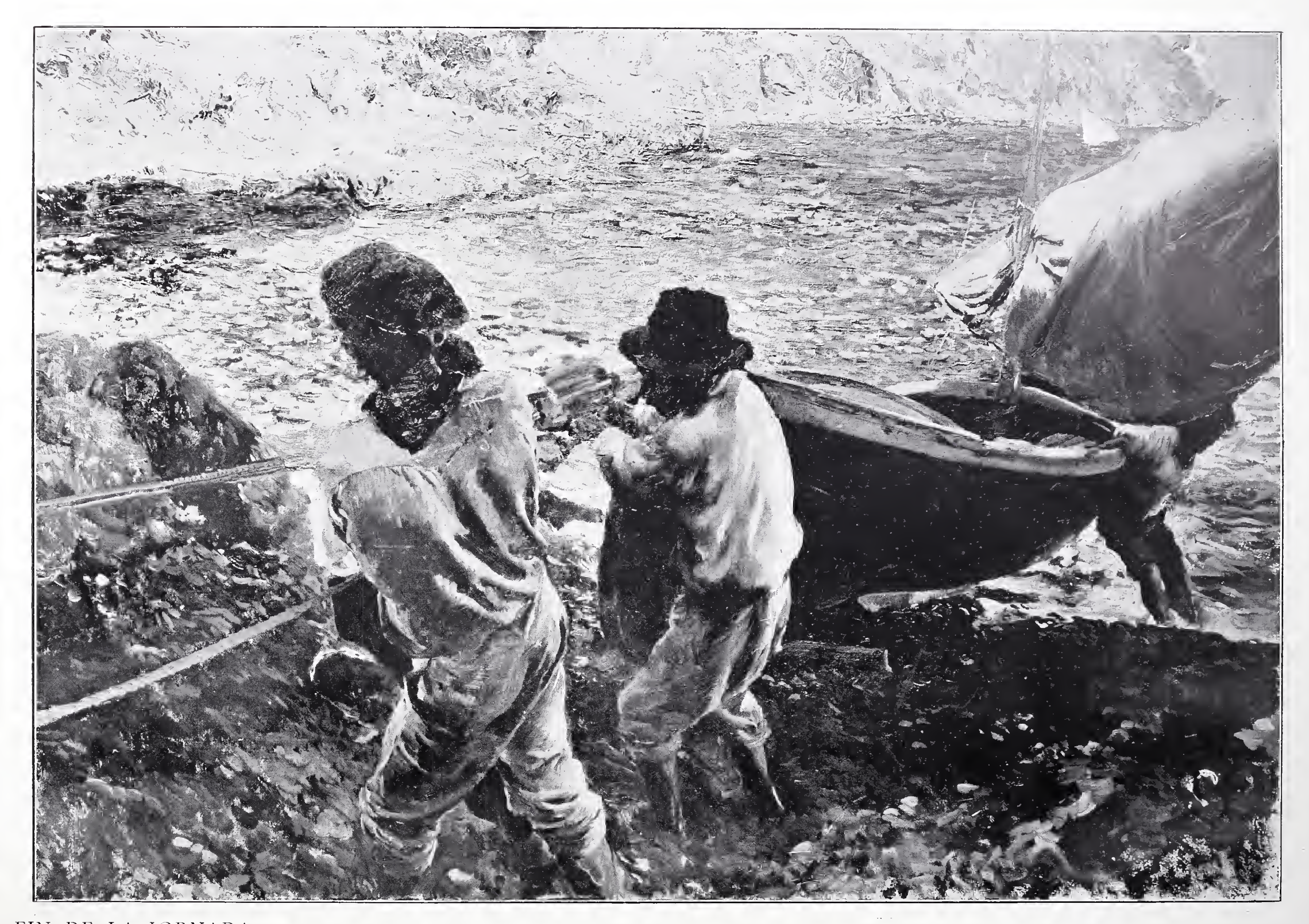


RETRATO DE NIÑA



ESTUDIO

ESTUDIO



FIN DE LA JORNADA



LA PRIMAVERA.— VALENCIA

Panneau para reproducir en Azulejos cartón-piedra. Propiedad de D. Hermenegildo Miralles



FABRICACIÓN DE PASA



ALMACÉN DE PASA

IDILIO

TRISTE HERENCIA



SALIENDO DEL BAÑO


HISPA
NIA
TRIADÓ

SUMARIO

Fotografías hechas exprofeso para HISPANIA por el Sr. Company, de Madrid



J. CAMPENY.—EPÍLOGO



GONZALO BILBAO.—CIGARRERAS (ESTUDIO)



IGNACIO DIAZ OLANO.—LA TRILLA EN ÁLAVA

ÁNGEL ANDRADE.—SACANDO EL COPO



A. FILLOL GRANELL.—LOS AMIGOS DE JESÚS



T. MUÑOZ LUCENA.—PLEGARIA EN LAS ERMITAS DE CÓRDOBA



J. GARNELO.—¡Dios mío, cuántas cosas le diría si supiera escribir!



P. SAENZ.—STELLA· MATUTINA



A. FERRANT.— APARICIÓN DE LA VIRGEN DE LAS MERCEDES



P. GUILLÉN.— AMOR Y PRIMAVERA. (Panneau decorativo)



M. HERNÁNDEZ NÁJERA.—LA VÍSPERA DEL DOS DE MAYO

JOAQUÍN MIR.—MONTAÑAS ROJAS



E. MARTÍNEZ RUIZ.—EL INVIERNO EN MUNICH



M. RUIZ GUERRERO.—RIBERA DE VIGO



GONZALO BILBAO.—EL PUENTE DE TRIANA EN UNA TARDE DE VERANO



JOSÉ LÓPEZ MEZQUITA.—LOS PRESOS



ALBERTO PLA Y RUBIO.—¡POBRES MADRES!



JOSÉ PUEYO.—EL CHIQUILLO



J. MORERA Y GALICIA.—GUADARRAMA (ESTUDIO)



J. FRANCÉS Y MEXÍA.—LA EDAD DE ORO



E. MEIFREN ROIG.—LA BARRACA DE LA VIRGEN



DOMINGO MUÑOZ.—LA AMIGA. (En Córdoba)



E. ROMERO DE TORRES.—ALREDEDORES DE CÓRDOBA



CECILIO PLA GALLARDO.—DOS GENERACIONES



CARLOS VÁZQUEZ.—RETRATO DE Mme. P. RIBERA



T. MUÑOZ LUCENA.—PESCADORES DE RANAS

LUIS GRANER.—EL TÍO DE LA MANTA

Instalación de Azulejos cartón piedra y motivos decorativos de la casa Hermenegildo Miralles, de Barcelona


HISPANIA
C. Junyent



SUMARIO

MARIANO FORTUNY.—FAFNER



MUJERES A CABALLO

(Á mi amiga Isabel)

CONSIDERACIONES GENERALES

En otro tiempo, la mujer jinete era la excepción. En nuestros días, casi todas montan á caballo y—lo que es más — montan bien.

Las mujeres montan á caballo por muchas razones.

1.º Algunas por placer. Éstas, las más raras, experimentan un verdadero júbilo al sentirse llevadas en rápida carrera ó mecidas por la tan grata monotonía del paso moderado.

Ven que á caballo se respira mejor, que el aire parece más vivo y que no hay ejercicio que pueda compararse al de la equitación. Montan por montar y no por hacerse admirar, y el pasar en un hermoso día galopando por las solitarias campiñas, lejos de las miradas de todos, les agrada más que un paseo por las calles de la ciudad ó por los parques y alamedas más concurridos.

La mujer que monta por placer cambia de buen grado de cabalgadura. Sin preocuparse por saber si el caballo sobre el que va sentada la «hace lucir», sólo piensa en hacer lucir su caballo. Poco le ha de importar que se diga: «Encontré esta mañana á la señora X sobre un caballo que le sienta admirablemente, y estaba más linda que de ordinario.» Pero será dichosa, se volverá loca de alegría, sí, viéndola pasar, exclama el picador: «Yo no sé como se las arregla la señora X... pero ese jamelgo parece alguna cosa cuando ella está encima.»



Le agrada montar sola ó al menos con personas con las que no se crea obligada á guardar etiquetas.

Conversa con gusto si lleva un mal caballo ó simplemente un caballo incómodo; pero cuando lleva uno bueno, disfruta, y esto sólo le basta.

Le agrada saltar, pero solamente los obstáculos naturales, y al mismo tiempo que suele ser dura y severa con el caballo que resiste á la caza, encuentra en su corazón tesoros de indulgencia para aquel que se azora ante el obstáculo artificial. Detesta á los compañeros que no saben montar, que la empujan contra los árboles ó hacia la acera, rozan sus piernas con las rodillas al impulso del galope ó se adelantan medio metro, distancia insuficiente para ser una prueba de mala educación, pero bastante para que haga un mal papel el caballo que ella monta.

Signo particular:

La mujer que monta por placer posee casi siempre una salud envidiable.

2.º Otras montan por «chic». Éstas se preocupan únicamente de la gallardía de su caballo, de la forma de su sombrero, de su amazona y de la hora en que el paseo está más frecuentado por los caballeros linajudos. ¡Desgraciadísimas á caballo! Pero es preciso montar todos los días y dejarse ver en el paseo, de diez á doce. Montan mal, mas saben ser idealmente bonitas, elegantes y al mismo tiempo



graciosas. Todo esto por «pose», sin convicción alguna, del mismo modo que bailan, van á la misa de buen tono ó se hacen retratar por el pintor de moda. Sienten un irresistible temor al entregarse á este ejercicio, comenzado por ellas demasiado tarde para que puedan salir adelante.

Las mujeres que montan por «chic», poseen generalmente caballos soberbios y más malos que hermosos. Tienen un perro elegante, un «groom» irreprochable y guapos amigos. Un jinete desgarbado basta para echar á perder una escolta.

Las que montan «por reclamo» tienen un mérito que se mide por la arrogancia de sus caballos y la distinción de su aspecto. Montan casi siempre mal y sin entusiasmo. Con más gusto se irían al bazar ó á recorrer las tiendas de lencería. No permiten á nadie, á no ser archimillonario, que las escolte. La amazona, el sombrero, las bridas, el «stick», todo es en ella de una corrección muy estudiada. El caballo, muy bello, es casi forzosamente un rocín, porque las amazonas-reclamos montan casi siempre mal y sólo saben sostenerse sobre caballos de madera.

Llegan al paseo á las once, la hora del gentío, y se marchan á las doce menos cuarto.

4.° Las mujeres que montan por motivos de salud. Estas son en gran número. Montan para enflaquecer; para engordar; para rejuvenecerse; para tener apetito; porque se les ha asegurado que eso evita tener hijos; para combatir los insomnios. Pensando tan sólo en su negocio, corren sin parar la mayor parte del tiempo, atropellando á todo el mundo. Para ellas el caballo no existe más que como medicamento, y el día en que hayan adelgazado, engordado, comido ó dormido bien, dejarán con júbilo de entregarse á un ejercicio que no es á sus ojos más que un censo. Entre tanto, concienzudamente, todas las mañanas, *pilent leur poivre,* de nueve á doce. Y excusado es decir que al fin y la postre, todas obtienen un resultado contrario al que se proponían.

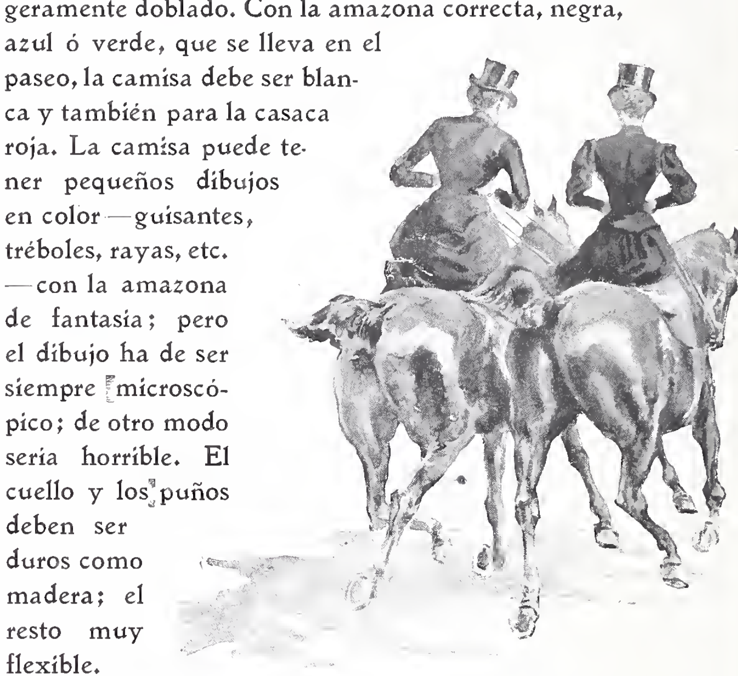
5.° Las que montan por espíritu de imitación. Estas casi siempre lo hacen bien, porque á la idea fija de imitar á la amiga íntima, la compañera del teatro ó la camarada del convento, se junta la idea, más fija aún, de sobrepujarla.

Juana ó Lucía tiene una amazona de Freed...; es preciso, por lo tanto, poseer otra traída expresamente de Londres. Tiene Simona un «cob» de pies de elefante; ella ruega á su esposo que le haga traer uno que vieron en Dublin y que parece, de los pies á la cabeza, un hipopótomo. Fulanita monta con una silla microscópica; ella montará sin silla de ninguna clase, y así sucesivamente. Variedad de amazona muy ingeniosa. Todos los días se procura iniciar una moda ó inaugurar un sistema que dan el golpe de gracia al sistema ó la moda iniciadas por la vecina.

Las mujeres que montan por espíritu de imitación, suelen ser muy vistosas y decorativas.

EL TRAJE

El verdadero «chic» para montar á caballo, consiste en llevar una camisa de hombre con cuello ligeramente doblado. Con la amazona correcta, negra, azul ó verde, que se lleva en el paseo, la camisa debe ser blanca y también para la casaca roja. La camisa puede tener pequeños dibujos en color—guisantes, tréboles, rayas, etc.—con la amazona de fantasía; pero el dibujo ha de ser siempre microscópico; de otro modo sería horrible. El cuello y los puños deben ser duros como madera; el resto muy flexible.



Los calzones, abiertos á los lados, deben llevarse de paño blanco, bien anchos en la parte del muslo y muy cerrados en la rodilla por botoncitos de nácar. En el tercer ojal un pequeño lazo en paño parecido al del calzón, llegando justo á lo alto de la bota.

La faja es tal vez algo menos «chic» que el calzón, pero mucho más práctica y más bonita. Hay que llevarla de seda en invierno, de hilo muy fino en verano, y siempre de color gris perla. No aventurarse, sobre todo, en matices de fantasía. El amarillento, pizarra, azul-telegrama, almáciga, guisante machacado, bronce, etc., sería de un efecto horrible. Huir, sobre todo, del color carne Ofelia. Si la falda se levanta un poco, la ilusión es completa, con gran alegría de los *amateurs* y gran escándalo de las personas formales.

Esta faja se debe hacer reforzada en la parte de atrás y con hebillas á la derecha. No hace falta que sea muy estrecha, pero debe colocarse con cuidado y sin hacer un sólo pliegue.

Nada de corset, á ser posible. Es preferible pasarse sin él. Nada más que un pequeño ajustador de seda, bien apretado, para arreglar los pliegues de la camisa y sujetar el calzón y la faja.

Si hay que usar corset, éste debe ser flojo y muy corto á fin de no cortar la cadera. En Suecia blanca, atado al descuido, sin apretar y sin guarniciones de encaje en la parte de arriba, para que nada se marque bajo la amazona. El corset muy adornado hace siempre dibujar una raya en la espalda, y á caballo, más que de otro modo, es esencial el estar correcto.

La bota debe ser de piel de vaca, con lustre ó mate, pero de caña flexible; es la antigua bota á la «ecuyére», plegándose bien á lo largo de la pierna. Tacón inglés muy bajo. Algunas señoras usan la bota «Chantilly», y esto es de mal gusto.

La bota «Chantilly», que es la única elegante y práctica para los hombres, no sienta muy bien á la mujer, y esto por dos razones: la primera, porque deforma el tobillo y lo vuelve pesado. La segunda, porque, al trotar, la falda se introduce en esta caña dura y cae desagradablemente sobre la rodilla. La bota será muy ancha del cuello del pie. Casi es preciso que se pueda quitar con sólo sacudir el pie.

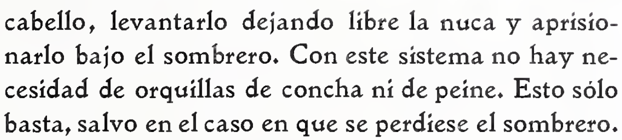
La espuela debe ser corta, de acero, níkel ó plata; la punta suficientemente aguda para picar bien al caballo. La espuela no debe ser una joya ni un adorno, sino realmente una ayuda para el jinete. Se sujeta con una pequeña correa de cuero charolado y muy flexible.

La corbata «al plastrón», de batista blanca ó con pequeños dibujos imperceptibles. El alfiler es muy sencillo: diente de ciervo, garra de tigre, escudo de Santiago, ó moneda de oro de cinco francos. Mejor que nada, una perla, pero nunca un alfiler que tenga la apariencia de una joya.

Sombrero negro de seda, de copa alta ó de fieltro gris, igualmente de copa alta. Si se quiere ser correcto, se deben proscribir los sombreros de fantasía, al menos para los sitios frecuentados por la buena sociedad. En el campo se lleva lo que se quiere. El sombrero de copa debe ser bastante alto, de alas redondas; nada de alas planas. No se debe abusar de la cinta negra ó azul alrededor del sombrero gris. Por lo demás, el único adorno que sienta bien es el velillo de gasa gris, negra ó azul, rodeando el sombrero.



El pequeño «melón», el marino de paja y el tirolés se llevan en el campo; pero hay que prescindir del fieltro empenachado, grato á Walter Scott y á las señoritas románticas, y el «Camparilla» llevado por las mujeres que sueñan con el tipo del siglo XVIII. Tan ridículo es el uno como el otro.



Para montar á caballo, se llevan los cabellos lisos ó rizados, aplastados en forma que hagan la cabeza pequeña. Nada más feo que una cabeza gorda. Se puede también rizar el cabello, levantarlo dejando libre la nuca y aprisionarlo bajo el sombrero. Con este sistema no hay necesidad de orquillas de concha ni de peine. Esto sólo basta, salvo en el caso en que se perdiese el sombrero.

En el campo se pueden atar los cabellos en forma de rabo, con un lazo de tafetán grueso, azul, verde ó gris, en consonancia con el color de la amazona.

Los guantes, de piel de gamo, blancos ó amarillos, pero nunca, de ningún modo, de piel de perro. Esto es vulgar é incómodo y pone las manos como palas de lavandera. El guante debe ser muy ancho de los dedos, muy flexible y, sobre todo, muy largo, á fin de dejar la mano tan libre como si estuviese desnuda.

La amazona, en París y en las grandes capitales, debe ser negra, azul obscuro ó verde. Los dos últimos colores han de ser tan obscuros que no se distingan más que al sol. La falda, de paño recio, muy corta y del todo recta, no debe, cuando se está en pie, pasar del tobillo por el lado izquierdo. Por el derecho es mucho más larga á causa de la forma de la silla y se levanta por medio de un botón cuando se está en pie. El corset, todo liso, sea en forma de cola de bacalao, corto sobre la cadera y terminando por delante en punta, sea redondo y corto ó largo formando redingote. Nada de adornos, ni terciopelos, ni alomares, ni botones de fantasía.

X.

F. DOMINGO.—MATACHINES Y CORCHETES



Celadas con barbote, del siglo XV

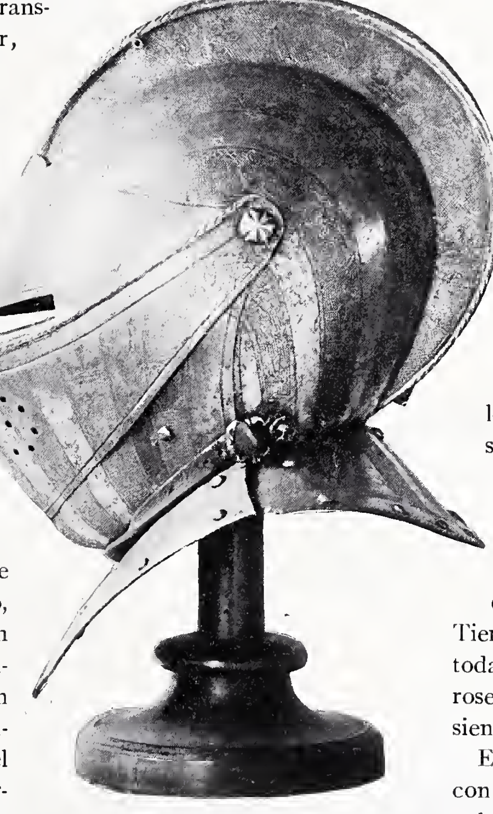
Pico de águila ó de gorrión — Almete Maximiliano
Fines del siglo XV

EL CASCO, á partir del siglo XV

El casco, en sus diversas formas de la Edad Media, de yelmo, celada, bacinete y sombrero de armas, al aproximarse el Renacimiento se transforma según las necesidades del nuevo armamento y de la nueva táctica de guerra.

El yelmo, con sus piezas postizas, se achica, y ya no se lleva con otro casco ó capacete debajo. Sólo un gorro embutido de estopa, media entre su timbre y la cabeza del guerrero. Su forma asemeja ya más á la de la cabeza, siguiendo en su parte superior su curva. Y curvándose ligeramente en la nuca, viene á apoyarse sobre lo alto de la gorguera, que aun es postiza. Por la parte de delante tiene dos ó tres piezas. Una ó dos, como las de las celadas, sirven para cubrir la parte de la cara hasta la boca, y tiene una hendidura transversal, á nivel de los ojos, para mirar, y algunos agujeros para facilitar la respiración. Estas partes son movibles y se levantan hacia arriba. La pieza inferior, es el barbote que ya está articulado con el casco, y también es movible, ya sea en una pieza, ya partido por el medio en dos, y abriéndose hacia ambos lados como dos puertas. Así este casco ya contiene y proteje completamente la cabeza del guerrero y viene á ser un resumen del yelmo y de la celada con barbote.

El caballero que lo usa, ya no se proteje la cabeza con capacete alguno, como hemos dicho, ni con el capuchón de mallas. Derivan estos cascos directamente del *pico de puerco,* y aun recuerdan algo su forma por lo puntiagudo de su visera, y se les da el nombre de *pico de águila,* según termine dicha visera de un modo más ó menos agudo. En la parte superior del timbre hay una quilla, un poco pronunciada, que va de la frente hasta la nuca y sirve para protejer la cabeza de cualquier tajo ó mandoble.



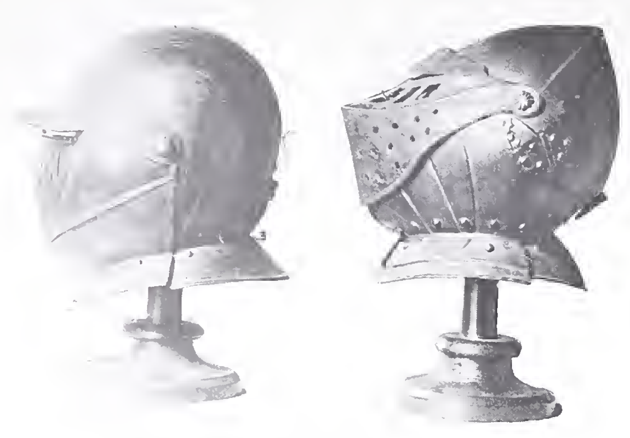
Almete incrustado de oro
Siglo XVI

Acostumbran á forjarse estos cascos de paredes ya muy resistentes, y de acero duro templado, para poder resistir una bala de arcabuz, que eran de plomo natural. Antes de entregarlos, los probaban, y los hay, lo mismo que las corazas, que en el punto donde tocó la bala se hacía alrededor de la marca que había dejado, un rosetón decorativo, ya fuese grabado, ya incrustado en oro ó plata.

Al terminar la cresta ó quilla, en la parte de la nuca, se colocaba un canutillo, ó un escudete que servía para sujetar el penacho que lo adornaba.

Este casco pronto se transforma en almete, á fines del siglo xv. Redondéase más, siguiendo mejor la configuración de la cabeza. La cresta se levanta, y á veces se festonea, ó toma la forma de una cuerda, (como en las armaduras milanesas, llamadas Maximilianas). La visera toma una forma menos puntiaguda, no teniendo que defenderse tanto de los botes de lanza. Sus hendiduras son por lo regular longitudinales, asemejándolas á una reja. Á veces coexisten las longitudinales con la transversal, y los agujeros, que á veces toman la forma de estrellas, de flores de lis, etc., etc. Tienen frecuentemente nerviaciones, y todas sus piezas vienen á unirse á un rosetón que las sujeta á la altura de las sienes, permitiéndoles el movimiento.

Estos cascos ya no están engolados, con la gola ó golilla, sino que llevan gola propia que se sujeta encima de los hombros, bajando por detrás en forma



Almetes franceses de la primera mitad del siglo XVII

de cogotera y delante hasta el primer tercio del pecho.

Primero están hechas estas golas sin articulación alguna y se ajustan sobre la coraza, pero, gracias á lo sucedido en el duelo entre Bayardo y Hernán Pérez del Pulgar, en que éste fué muerto por aquél, por haberle introducido la punta de la espada entre la falda de la gola del casco y la coraza, en el momento de levantar el mandoble, ya los cascos tienen articulada esta falda ó gola, y dispuesta de manera que la coraza pueda ir encima, con su grueso reborde protector. Así el caballero está libre de ser degollado.

Estos cascos tapados, ya perfeccionados así, se llaman *almetes*, en español, y *armets* en francés y en catalán, y se usan con la armadura entera, y sólo alguna vez con media armadura, pero de esas en que unicamente faltan las piezas que van de las rodillas hasta los pies, siendo substituídas por las botas, y los guanteletes substituídos por los guantes.

El Almete es usado hasta mediados del 1600, es decir, hasta fines del reinado de Luis XIII, en Francia, y de Felipe IV, en España, usándolo los altos personajes ya sólo como pieza de ceremonia, en ciertas fiestas reales, y militares, con la armadura, hasta fines del siglo XVII. Pero es de advertir que casi nunca se lo ponían en la cabeza, por impedírselo la peluca, haciéndoselo llevar por un paje, encima de un cojín de terciopelo.

El Capacete, ó mejor dicho, el Sombrero de armas, evoluciona á su vez. Primero, se le achican las alas hasta llegar á un simple reborde de un dedo y la parte que cubre



Capacetes de infantería en tiempo de Felipe II

la cabeza se alza en forma de almendra. Así se usa, con un gorro dentro, en España y en algún punto de Italia en tiempos de Felipe II. En Alemania, Suecia, Suiza, Polonia, etc., surge otro casco llamado *papenheimer*. Es un casquete hemisférico con nerviaduras rayadas. Tiene una gran cogotera articulada, unas carrilleras movibles, una visera plana y un nasal móvil sujeto con tornillo. Este casco es el que usa durante todo el siglo XVI la caballería de toda la Europa central. Acostumbra á estar pavonado.

En Francia, en Italia y luego en España, surge otro parecido pero más artístico. Es el llamado *Borgoñota*. Tiene visera como la de los gorros modernos, carrilleras y cogotera, pero su timbre es más gracioso, terminando con una cresta, con una cimera, ó en punta de almendra. Además todo él, bajo la influencia del Renacimiento, está modelado sobre el casco griego antiguo, imitando especialmente el llamado Casco Beocio. Luego es decorado con dibujos grabados ó incrustados, y lleva una ó



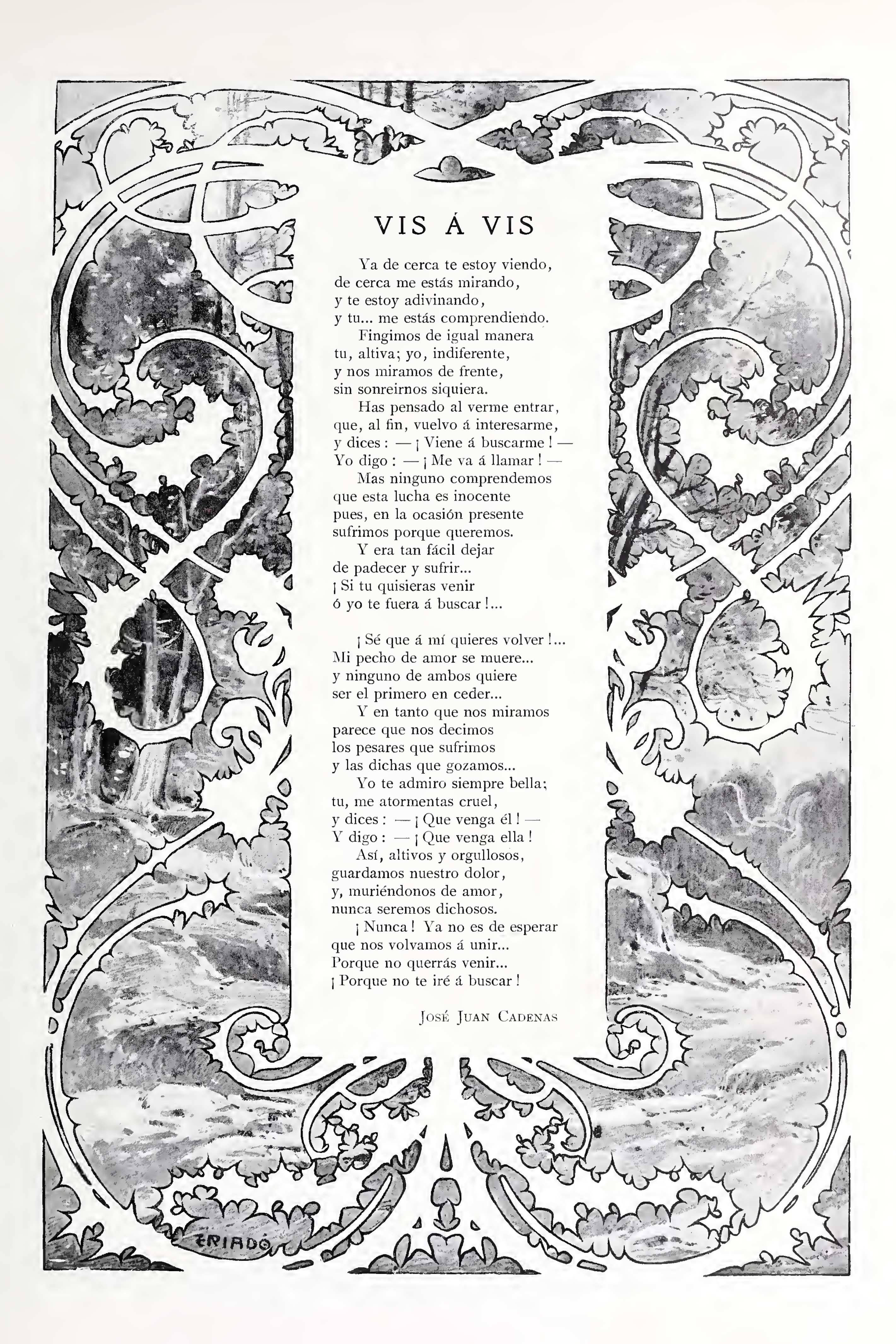
Borgoñota italiana del siglo XVI — Morrión hugonote de fines del XVI y principios del XVII

varias plumas. Es el casco que llevan los caballeros con la media armadura durante todo el siglo XVI y hasta mediados del XVII.

Por fin el Sombrero de armas sufre una transformación directa. Su timbre pronuncia la sutura central que le divide en dos mitades iguales y se levanta en forma de alta cresta. Sus alas se abarquillan, bajándose y estrechándose por los lados, y levántanse en punta por detrás y por delante. Este casco, llamado Morrión, ó casco hugonote, úsase en general por toda la infantería europea, desde mediados del siglo XVI á mediados del XVII, y es ya la última forma del casco de acero usado por los infantes. Casi siempre se usa sólo con una gola de acero, y sin coraza ni armadura, con el simple coleto de ante ó de gamuza.

Á partir de aquí ya el casco es más un objeto decorativo que una defensa, excepto en algunos cuerpos de caballería y, en algunas naciones, que los ingenieros siguen usándolo, pero toma pronto formas que son lejanos recuerdos de los cascos griegos y romanos, y se llena de aplicaciones de latón, crines, cimeras postizas, etc., viniendo á tener, á poca diferencia, el aspecto que hoy día tiene en las diversas naciones europeas.

Pompeyo Gener



VIS Á VIS

Ya de cerca te estoy viendo,
de cerca me estás mirando,
y te estoy adivinando,
y tu... me estás comprendiendo.
Fingimos de igual manera
tu, altiva; yo, indiferente,
y nos miramos de frente,
sin sonreirnos siquiera.
Has pensado al verme entrar,
que, al fin, vuelvo á interesarme,
y dices : — ¡ Viene á buscarme ! —
Yo digo : — ¡ Me va á llamar ! —
Mas ninguno comprendemos
que esta lucha es inocente
pues, en la ocasión presente
sufrimos porque queremos.
Y era tan fácil dejar
de padecer y sufrir...
¡ Si tu quisieras venir
ó yo te fuera á buscar !...

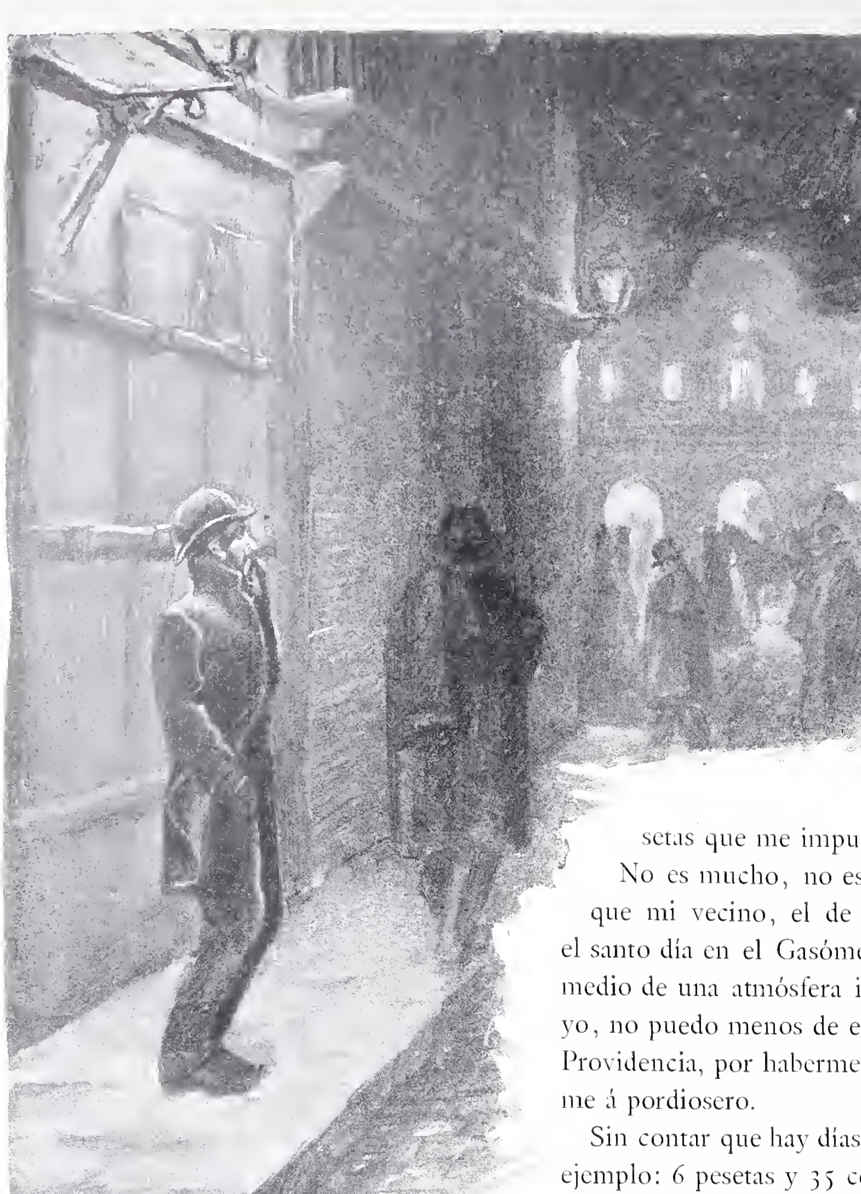
¡ Sé que á mí quieres volver !...
Mi pecho de amor se muere...
y ninguno de ambos quiere
ser el primero en ceder...
Y en tanto que nos miramos
parece que nos decimos
los pesares que sufrimos
y las dichas que gozamos...
Yo te admiro siempre bella;
tu, me atormentas cruel,
y dices : — ¡ Que venga él ! —
Y digo : — ¡ Que venga ella !
Así, altivos y orgullosos,
guardamos nuestro dolor,
y, muriéndonos de amor,
nunca seremos dichosos.
¡ Nunca ! Ya no es de esperar
que nos volvamos á unir...
Porque no querrás venir...
¡ Porque no te iré á buscar !

José Juan Cadenas





DANIEL U. VIERGE.—PRESENTACIÓN DE LA PRINCESA DE ASTURIAS



¡Un Pobre Cesante!

MONÓLOGO

(Una acera cualquiera, de cualquier calle, de cualquier ciudad. Sobre la acera, moviendose en una longitud de quince á veinte pasos, un pobre diablo, vestido con cierta decencia: levitín raido, sombrerito hongo, botas en estado regular. Lleva las manos en el bolsillo pero saca la diestra y con ella se descubre cada vez que pasa un transeunte).

Caballero... una limosna por amor de Dios, á este pobre cesante con dos hijos...

¡Recórcholis!... ¡y qué noche más perra! Si no anduviera bien abrigadito por dentro, no me escapaba de una de esas pulmonías de P. P. y W. que están tan en boga.

¿Qué hora da?... ¡Hola! las once ya... Y no pasa un alma. Lo comprendo: si mi profesión no me obligara á ello, también me estaría yo á estas horas en casita, junto á la lumbre, al lado de mi Quiteria. Pero cuando uno abraza una carrera tiene que apechugar con todas las incomodidades inherentes. Y al fin y al cabo la mendicidad profesional, tal como yo la cultivo, no deja de ofrecer, á cambio de sus inconvenientes, sólidas ventajas.

¡Atención! ahí viene un tipo que se trae una cara compasiva. Señorito ¡por el amor de Dios!... un pobre cesante... con tres hijos... Que Dios se lo pague.

Diez centimitos más. Con otros cincuenta que caigan, habré completado las tres pesetas que me impuse al salir de casa á las 3 de la tarde. No es mucho, no es ningún Potosí, pero cuando pienso que mi vecino, el de la derecha, tiene que pasarse todo el santo día en el Gasómetro trabajando como un perro, en medio de una atmósfera infernal, para ganarse lo mismo que yo, no puedo menos de elevar ferviente himno de gracias á la Providencia, por haberme inspirado la idea salvadora de meterme á pordiosero.

Sin contar que hay días que me saco doble jornal. Ayer, por ejemplo: 6 pesetas y 35 céntimos. Verdad que era domingo y que los días festivos son los más laborables para mí.

Señorita... caballero... una limosna para un pobre cesante con cuatro hijos...

Ni un céntimo, esos... Llevan demasiada prisa. No me admira: el frío aprieta escandalosamente y á las fibras del corazón les pasa lo que á todas las otras: se hielan con estas bajas de la temperatura. Si no fuera porque falta todavía un poco para que la gente salga del teatro y eso no puede desperdiciarse, me iría á casa á cenar y luego á acostarme. ¡Qué bien se estará hoy entre sábanas! Y lo que es mañana, por más que gruña Quiteria, no me sacan de la cama antes de las diez... ó de las once. Con que esté entre doce y una en casa de mi corredor para que me compre las dos obligaciones del Norte, ya basta.

Señorito... un pobre cesante... con cinco hijos... ¡Oh! gracias, caballero... que Dios se lo premie...

¡Cáscaras!... ¡una peseta!... ¿si será filipina?... No; es del país, eminentemente española y de buena ley ¡Qué tipo más generoso y más barbián! Y no sé, pero me parece que esa cara la conozco yo... ¡Ah!

sí, ya caigo: es el gomoso aquel que va persiguiendo hace tiempo á la mujer del fotógrafo de la esquina. ¡ Si será esa dádiva como una demostración de alegría por un triunfo conseguido sobre la virtud asediada!... Tendría gracia; de fijo que no yerro: los amantes felices son como los jugadores gananciosos: muy caritativos, mientras les dura la embriaguez de la victoria. ¡ Pobre fotógrafo ! casi lo siento... aunque no me haya dado nunca más allá de un perro chico.

¡ Las doce ya !... ¿ Pero qué hace esa gente, sin salir del teatro ?... ¿ Va á concluirse hoy la función como el otro día, á la una ? No sé como el gobernador tolera semejante abuso: es verdaderamente escandaloso que á uno le obliguen á estar en la calle, en horas tan intempestivas y con un frío como este. Voy á llegarme despacito hasta la puerta y preguntar si hay todavía para mucho.

(Dos minutos después.)

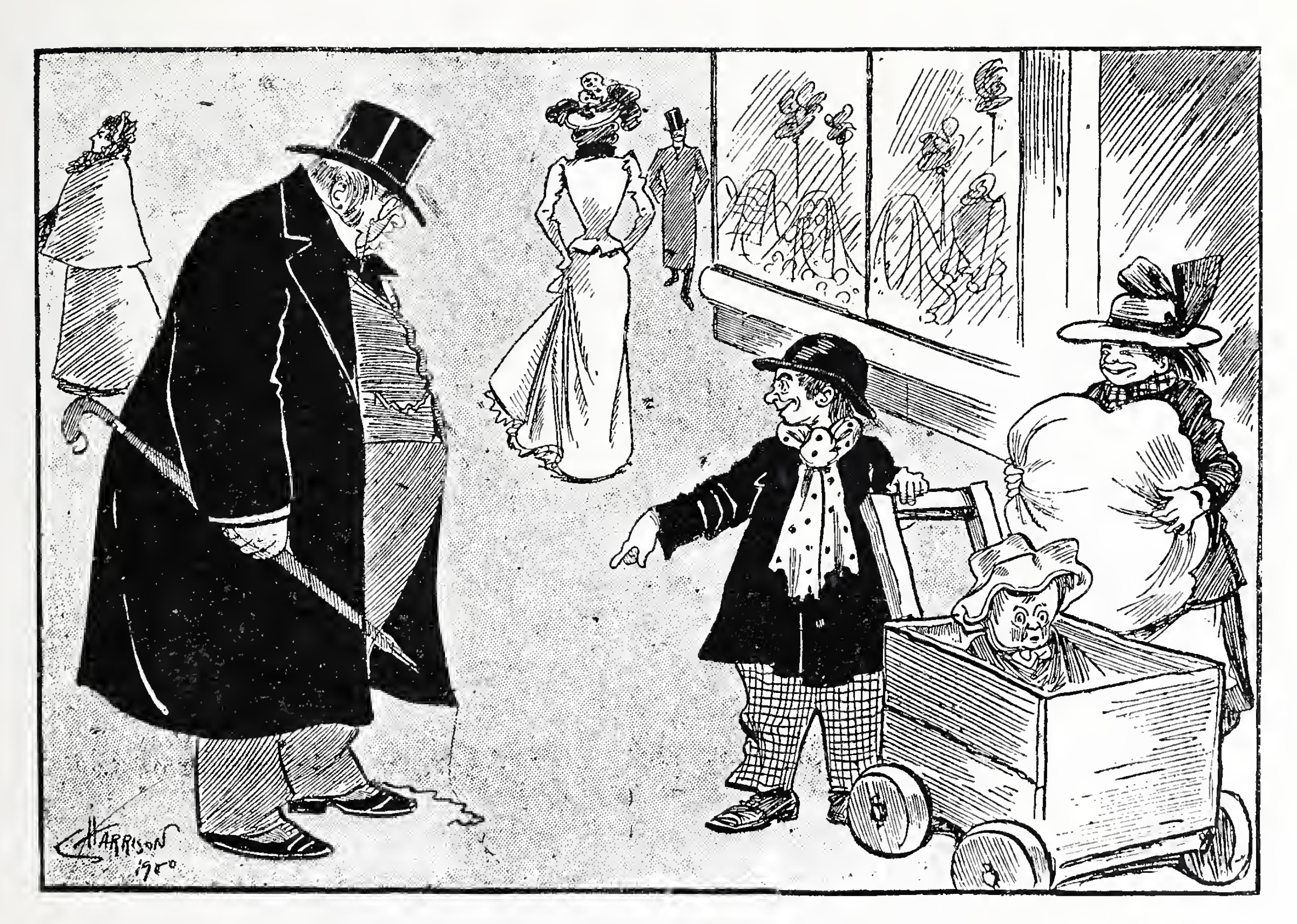
Dice el portero que falta todavía un acto. Pues yo no espero más. Me estoy helando. Sin contar que, según parece, la comedia estrenada no quita maldita la cosa y que el público se aburre de lo lindo. Mala señal... para el autor y para mí. El espectador que sale fastidiado no da ni un céntimo. Es una observación que he hecho infinidad de veces y que no falla. El mendigo se resiente, por carambola, de la torpeza del literato : ¡ una de tantas injusticias humanas !

Nada: me voy á mis lares, conforme diría el poeta que vive en el último piso de mi casa y á quien le valdría más pedir caridad al prójimo que inspiración á Apolo. Un día se lo aconsejé guiado por un mal entendido altruismo y se me puso hecho una fiera y me habló de su dignidad y de su título de licenciado en letras y de no sé qué más. ¡ Imbécil ! como si yo no tuviera dignidad también, y título asimismo; título de bachiller, que no me ha servido, á la verdad, de gran cosa; pero que al fin y al cabo, lo tengo. Entretanto es muy posible que ese orgulloso vate se haya acostado hoy sin cenar, mientras que á mí me espera una buena sopa de caldo y un estofadito que van á saberme á gloria.

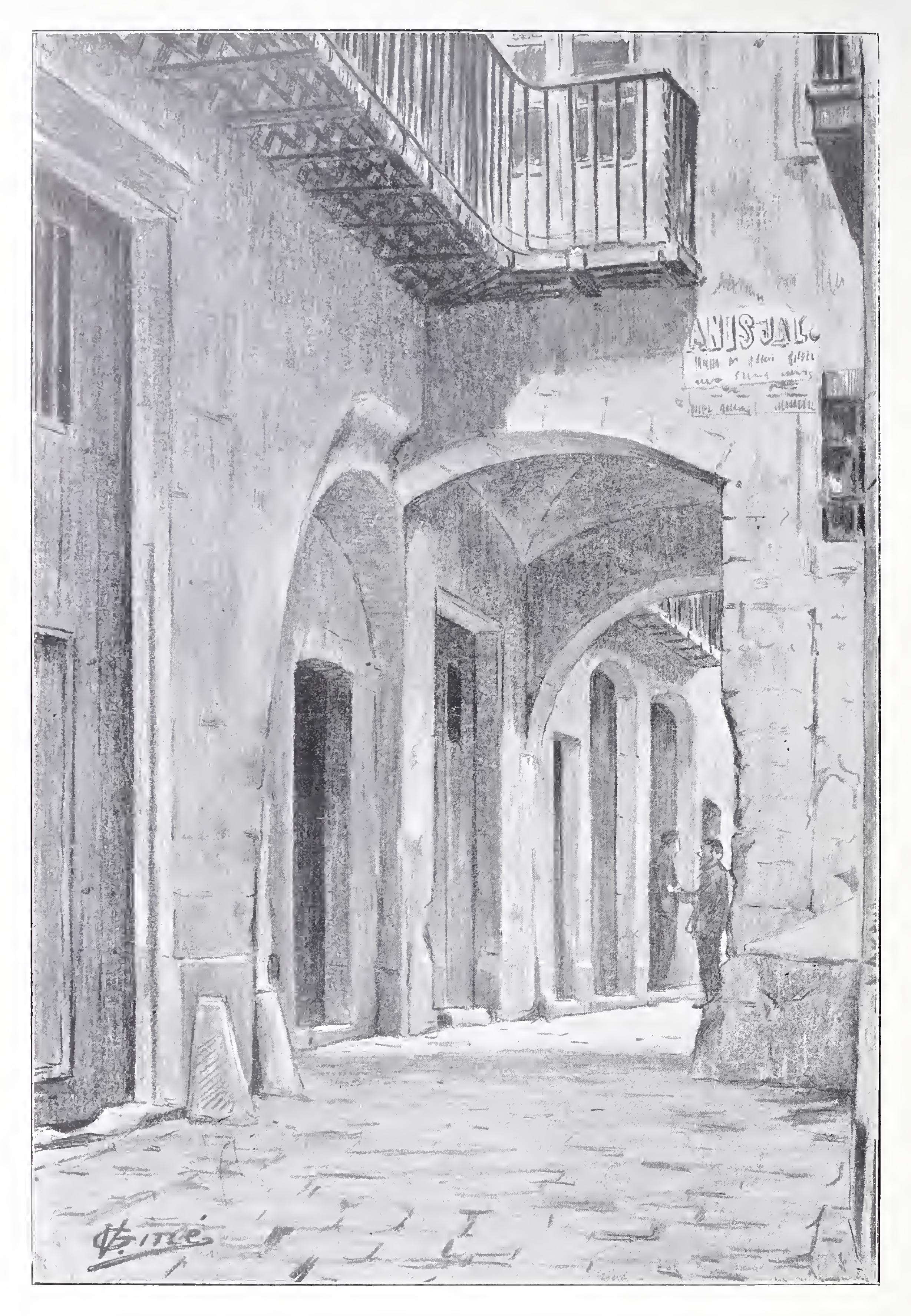
Caballero... tenga compasión de un pobre cesante con seis hijos... Gracias, señor, que el Todopoderoso se lo pague.

¡ Bueno ! otros diez céntimos, que con los demás colectados y la peseta de extraordinario, suman tres pesetas, sesenta céntimos. No ha sido muy fructífera la jornada, pero, en fin, peor habrá resultado para otros que no mendigan.

JUAN BUSCÓN



— Caballero, por una perra grande le hago á V. el lazo del zapato. No es posible que lo consiga V. solo.



BARCELONA ANTIGUA.—LA CALLE DE MANRESA



Señorita Domínguez

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

Al otro lado estaba el rey con Brunequilda la virgen. Cuando vió á Crimilda sentada al lado de Sigfrido, (nunca tuvo tanta pena) rompió á llorar; por sus blancas mejillas se veían caer las lágrimas.

El jefe del país le dijo: «¿Qué tenéis, mujer mía, que así se oscurece el brillo de vuestros ojos? Es menester que os alegréis; os están sometidos mi país, mis ricas ciudades y muchos hombres valientes.»

«Mejor quiero llorar» contestó la hermosa joven. «Vuestra hermana es la causa de que yo tenga el corazón traspasado de este modo. La veo sentada al lado de un siervo vuestro y me apena que se haya rebajado tanto.»

Así le contestó el rey Gunter: «Guarda silencio; en otra ocasión te diré por que yo he dado mi hermana á Sigfrido. Así pueda pasar la vida siempre feliz al lado de ese guerrero.»

Ella replicó: «Yo lo sentiré siempre por su belleza y por su virtud. Si supiera donde ir, huiría con gusto y jamás me sentaría á vuestro lado, hasta que me dijerais por que Sigfrido es el esposo de Crimilda.»

El rey Gunter le dijo: «Os lo diré enseguida: él tiene muchas ciudades como yo y muchos campos. Debes creer lo que te digo, él es un rey poderoso: por esto le he dado por esposa la bella y virtuosa joven.»

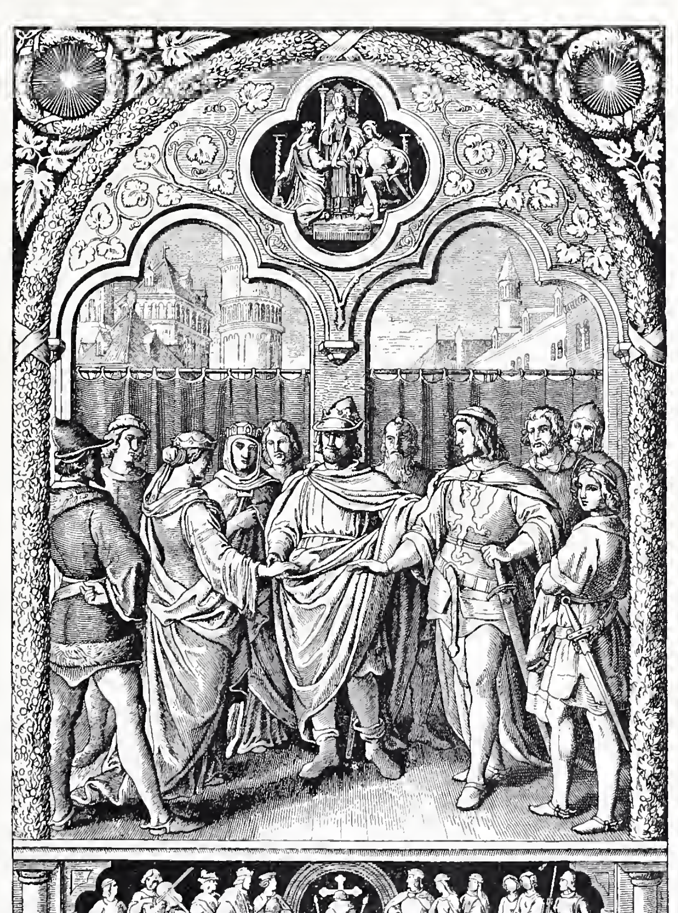
Por mucho que el rey le dijo, siempre permaneció de humor sombrío. Muchos buenos caballeros abandonaron sus sillas. Los juegos de armas siguieron de una manera tan ruda, que se percibían en toda la ciudad. Sin embargo, el rey estaba disgustado al lado de sus huéspedes.

Él pensaba: «Mejor estaría yo al lado de mi hermosa mujer.» Tenía en su corazón la esperanza de que ella le pagaría bien su amorosa deuda.

Se rogó á los huéspedes que pusieran fin al torneo: el rey deseaba retirarse con su esposa. En la escalera del salón se encontraron Crimilda y Brunequilda. Todavía entre ellas no había ningún odio.

Los dos héroes llegaron á sus aposentos. Cada cual pensaba vencer con el amor á su mujer encantadora: pensar así les era muy dulce. El placer de Sigfrido fué completo y sin tasa.

Cuando el héroe Sigfrido estuvo al lado de Crimilda, le ofreció á la joven su noble amor y se hizo como su propia vida: lo merecía muy bien, porque era rica en virtudes.



No os diré lo que hizo con su mujer: os contaré lo que sucedió al rey Gunter con su esposa Brunequilda. Muchos héroes se han encontrado en más dulce fiesta con otras mujeres.

Se apresuró á cerrar la puerta confiando que ganaría su voluntad: pero aún no había llegado el momento en que debía ser su esposa.

El noble rey tenía la luz en la mano. Después el atrevido héroe se aproximó á su joven mujer: colocóse á su lado; grande era su alegría y estrechó entre sus brazos á la hermosa.

Muchas amorosas caricias le hubiera prodigado, si su mujer lo permitiera, pero se irritó de tal modo que él se asustó. Esperaba hallar felicidad y no encontraba más que rencoroso odio.

Ella dijo: «Noble caballero, renunciad á vuestros proyectos: lo que pensáis no se realizará jamás. Nada lograréis, señor rey, hasta tanto que sepa el secreto que os he preguntado.» Gunter la comenzó á odiar.

Quiso conseguir su amor por la fuerza. La poderosa joven tomó un galon muy fuerte con el que le ciñó las caderas, é hizo experimentar al rey grandes dolores.

Le amarró los pies y las manos y levantándolo luego, lo colgó de un clavo que se hallaba en un muro, para que no pudiera turbar su sueño; le prohibió tocarla y su fuerza era tan grande que temió verse muerto.

El que debía ser su dueño, la comenzó á rogar: «Quítame estas ligaduras, noble mujer mía. Nunca intentaré venceros, hermosa señora, y ni aún intentaré acercarme á vuestro lado.»

Ella manifestaba cuidarse muy poco del modo como se encontraba y pasó la noche muellemente acostada. Él permaneció colgado toda la noche, hasta la mañana siguiente en que la luz vino á entrar por la ventana.

«Decidme, Sr. Gunter, ¿no os disgustaría, le preguntó la bella joven, que vuestros camareros os encontraran amarrado de ese modo, por las manos de una mujer?» El noble caballero le respondió: «Esto mismo no os haría honor.

»Pero confieso que

no me haría favor á mí tampoco: en nombre de vuestra virtud y de vuestra bondad, dejad que me acerque á vos y ya que tanto os incomoda mi afección, mi mano no tocará ni aun vuestros vestidos.»

Inmediatamente le quitó las ligaduras y el rey quedó libre; se acostó en el lecho en que estaba su mujer. Pero se mantenía tan distante, que ni aun siquiera tocaba su ropa: ella tampoco quería que sucediera.

Llegaron los de su servidumbre trayéndoles nuevos adornos, de los que habían preparado gran número, para aquella mañana nupcial. Todos estaban alegres, pero el jefe del país permanecía de humor sombrío y la alegría de los demás le hacía daño.

Según las costumbres del país, que siguieron exactamente, Gunter y Brunequilda no tardaron en ir á la catedral, donde se cantó una misa. El señor Sigfrido hizo lo mismo.

Allí recibieron los honores reales que les correspondían: el manto y la corona. Cuando los cuatro estuvieron bendecidos, admiraron su bella presencia con la corona ceñida.

Desde las ventanas los miraban las hermosas jóvenes, viendo relucir á lo lejos sus brillantes escudos. El rey sin embargo se mantenía separado de los suyos.

Su humor y el de Sigfrido eran bien diferentes. El noble caballero sabía la causa de la pena del rey, pero se le acercó y le dijo: «¿Qué os ha sucedido esta noche? contádmelo.»

El jefe respondió á su huésped: «El deshonor y la vergüenza se han introducido en mi casa con esta mujer. ¡Cuando la he querido hacer el amor, me ha amarrado fuertemente! Después, levantándome, me ha colgado de un clavo que había en el muro.



»Lleno de angustia, he permanecido allí toda la noche, hasta que fué de día. ¡Solo entónces, fué cuando me desató! Te lo digo en secreto, como á un amigo fiel.» El fuerte Sigfrido, le respondió: «Esto me aflige mucho.

»Pero yo te haré dueño de ella; cesa en tu cólera. Yo haré que esta noche permanezca á tu lado y en adelante nunca te negará su amor.» Estas palabras aliviaron un tanto la pena del héroe.

«Ahora mira mis manos como están hinchadas: ella me ha domeñado como si fuera un niño, la sangre brotaba de mis uñas; creí que me haría perder la vida.»

El fuerte Sigfrido le dijo: «No temas nada. La noche de uno y otro no ha sido igual. Tu hermana es amada de mí como mi propio cuerpo! Es menester que hoy mismo Brunequilda quede hecha tu mujer.

»Cuando salga su camarera penetraré en su cámara favorecido por mi Tarnkappa, de modo que nadie pueda advertir el engaño. Deja que las camareras se vayan á sus dormitorios.

»En las manos de los niños apagaré las luces: esta será la señal de que estoy allí para prestarte ayuda. Yo la obligaré á que sea tu esposa, á que te otorgue su amor, ó perderé la vida.»

«Con tal de que no solicites su amor», le respondió el rey «haz lo que quieras de mi querida esposa. Por lo demás quedaré satisfecho; aun cuando tuvieras que arrancarle la vida, consentiría también: es una terrible mujer.»

«Te prometo», dijo Sigfrido, «por mi fe, de no solicitar su amor; tu hermana amada, es preferible para mí á todas las mujeres que he visto.» Sin ninguna sospecha mas, Gunter, creyó lo que Sigfrido le decía.

Los caballos y las gentes salieron del patio; cada una de las dos princesas era conducida por un obispo al dirigirse á la mesa del rey. Después de ellas, iban los galantes caballeros.

El rey se hallaba sentado al lado de su esposa: de contínuo pensaba en lo que Sigfrido le había prometido.

Gran trabajo le costó esperar á que quitaran la mesa. La hermosa Brunequilda fué llevada á su aposento y Crimilda al suyo.

El héroe Sigfrido estaba sentado amorosamente con su encantadora mujer y su alegría era grande. Ella con sus blancas manos, acariciaba las de él, cuando de repente desapareció de ante sus ojos sin que supiera á donde había ido.

Charlaban juntos y de repente dejó de verlo; la reina dijo á los de su acompañamiento: «Esto es un prodigio, ¿á dónde puede haber ido el rey? ¿Quién ha podido de este modo retirar sus manos de entre las mías?»

Después dejó de hablar. Él fué á donde estaban las camareras con las luces encendidas y las apagó en las manos de ellas; Gunter comprendió enseguida que Sigfrido estaba allí.

Ya sabía lo que iba á suceder é hizo salir á las damas y á las doncellas. Cuando hubieron salido, el noble rey fué por sí mismo á cerrar la puerta, pasándole dos fortísimos cerrojos.

Sigfrido se colocó al lado de la reina. Ella le dijo: «Gunter, cualesquiera que sean vuestros deseos, permaneced quieto sino queréis sufrir de nuevo pena y dolor, ó de lo contrario, mis manos sabrán castigaros.»

Él retuvo su voz y no habló ni una palabra. Por más que el rey Gunter no los veía, sabía que entre ellos no pasaba nada misterioso. Poco les quedaba que reposar en aquel lecho.

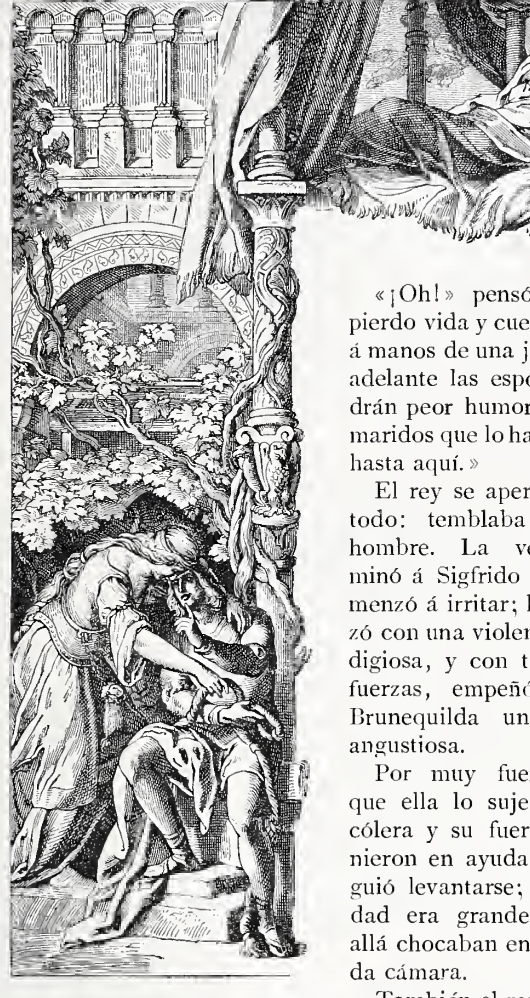
Fingiendo que era el rico rey Gunter, estrechó en sus brazos á la amorosa joven. Ella lo rechazó contra un banco que estaba cerca, dando con tal fuerza, que resonó su cabeza.

Con doble fuerza, el hombre atrevido se levantó de un salto; quería intentar algo otra vez, pero le salió mal la nueva prueba. Pienso que jamás una mujer se defendió de una manera tan vigorosa.

Como no quería retirarse, la joven le dijo: «No os está permitido desgarrar mis vestiduras. Sóis muy audaz; os sucederá una desgracia.»

Cogió entre sus brazos al valiente héroe y quiso amarrarlo, como había hecho con el rey, para poder quedar tranquila en el lecho. Deseaba una horrible venganza del que había roto su túnica!

¿De qué le servía su fuerza contra tan gran poder? Ella arrojó al héroe con gran violencia, él apenas la podía resistir, y lo estrechó sin piedad contra un cofre, cerca del lecho.



«¡Oh!» pensó él, «si pierdo vida y cuerpo aquí á manos de una joven, en adelante las esposas tendrán peor humor con sus maridos que lo han tenido hasta aquí.»

El rey se apercibía de todo: temblaba por el hombre. La vergüenza minó á Sigfrido y se comenzó á irritar; la rechazó con una violencia prodigiosa, y con todas sus fuerzas, empeñó contra Brunequilda una lucha angustiosa.

Por muy fuertemente que ella lo sujetaba, su cólera y su fuerza le vinieron en ayuda y consiguió levantarse; su ansiedad era grande. Acá y allá chocaban en la cerrada cámara.

También el rey Gunter experimentaba gran ansiedad; y á cada momento tenía que quitarse de un lado y de otro. Lucharon de un modo tan violento, que maravilla pensar como salieron sanos y salvos.

El rey Gunter gemía por la desgracia de ambos, pero más temía la muerte de Sigfrido. Ella casi le había arrancado la vida al guerrero; de poder, hubiera acudido en su ayuda.

Larga fué la furiosa lucha entre ambos; por fin consiguió acercar á la joven al borde del lecho; por grandes que fueran, sus fuerzas comenzaron á agotarse. Gunter en su cuidado tenía muchos pensamientos.

Largo le pareció el tiempo al rey, antes de que Sigfrido la venciera. Ella le apretó las manos con una violencia tan grande, que la sangre le salía por las uñas; aquello era un dolor para el héroe. Sin embargo, pudo obligar á la vigorosa joven á que cambiara la voluntad que hasta entonces había tenido. El rey lo escuchaba todo, aunque no decía nada. Él la estrechó contra el lecho hasta hacerle lanzar agudos gritos. El fuerte Sigfrido le hacía mucho daño.

Llevó sus manos al lado para coger el cinturon y amarrarlo, pero él la rechazó con tanta furia, que sus miembros y su cuerpo crujieron con violencia. La lucha tuvo fin; ella fué mujer de Gunter.

Le dijo: «Noble rey, no me quites la vida: perdona el daño que te he hecho; nunca más me defenderé contra tu amor; ya sé demasiado como puedes hacerte dueño de las mujeres.»

Sigfrido dejó á la joven y se retiró como si fuera á desnudarse. Él le tomó del dedo un anillo de oro, sin que la noble reina se apercibiera de ello.

También le quitó su cinturón hecho de un tejido muy bueno; yo no sé si lo hizo por orgullo. Lo regaló á su esposa y después fué causa de su desgracia. El rey y la hermosa joven permanecieron uno al lado del otro.

El trató á su mujer con ternura, como convenía á los dos: ella se vió obligada á renunciar á su cólera y á su pudor.

Así permaneció él poseído de un tierno cariño junto á su esposa, hasta que el día derramó sus luces! El señor Sigfrido había entrado también en su aposento y fué muy bien recibido por su esposa.

El jefe estaba á la mañana siguiente de mejor humor que los días anteriores: su contento alegró á muchos nobles hombres de otros países. Á todos los que había invitado á su corte les dió regalos.

La boda duró catorce días y durante todo aquel tiempo, no cesaron las diversiones á que se entregaba cada cual. No pueden apreciarse las riquezas que el rey distribuyó en aquella ocasión.

Antes que los ricos regalos quedaran distribuídos, pareció el tiempo largo á los que tenían deseos de volver á su país. Nunca hubo compañeros de armas mejor tratados. Así tuvieron fin las fiestas; muchos guerreros partieron.

XI

DE COMO SIGFRIDO VOLVIÓ Á SU PAÍS EN COMPAÑÍA DE SU ESPOSA

Cuando los huéspedes partieron, el hijo de Sigemundo dijo á los de su acompañamiento: «Nosotros debemos prepararnos para volver á nuestro país.» Cuando su esposa lo supo se alegró mucho.

Así dijo á su esposo: «¿Por qué acelerarnos? Mis hermanos deben partir estas tierras conmigo.» Pena causaron á Sigfrido estas palabras.

Los príncipes se acercaron á él y los tres le dijeron: «Sabed, señor Sigfrido, que estamos dispuestos á serviros hasta la muerte.» Al escuchar este ofrecimiento, se inclinó ante los señores.

«Nosotros partiremos contigo» dijo el joven Geiselher, «los campos y las ciudades, que son nuestras, y todo lo que hay en este dilatado reino: con Crimilda tendrás parte de todo.»

Cuando Sigfrido, el hijo de Sigemundo, escuchó estas palabras y conoció la voluntad de los señores, dijo: «Dios os haga siempre dichosos á los tres; bastante tiene mi amada esposa.

»La parte que queréis darle no le es necesaria, porque ella llegará á ceñir corona, y si no perdemos la vida, será más poderosa que ninguna reina del mundo. Para todo lo demás que queráis, estaré siempre á vuestras órdenes.»

Entonces dijo Crimilda: «Si no queréis nada de mi reino, los guerreros Borgoñones no tienen tan poca importancia. Cualquier rey puede llevarlos con orgullo á su país. Quiero que de ellos nos den una parte mis amados hermanos.»

El rey Gernot dijo: «Escoge los que quieras. Muchos hay aquí que querrán ir contigo. Entre tres mil guerreros toma mil hombres, para que te acompañen.» Crimilda envió enseguida á preguntar á Hagen de Troneja y á Ortewein si ellos ó sus parientes querrían ir con Crimilda.

(CONTINUARÁ)

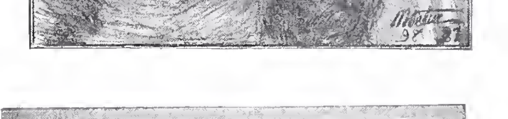
COLECCION DE TARJETAS POSTALES publicadas por la casa HERMENEGILDO MIRALLES

















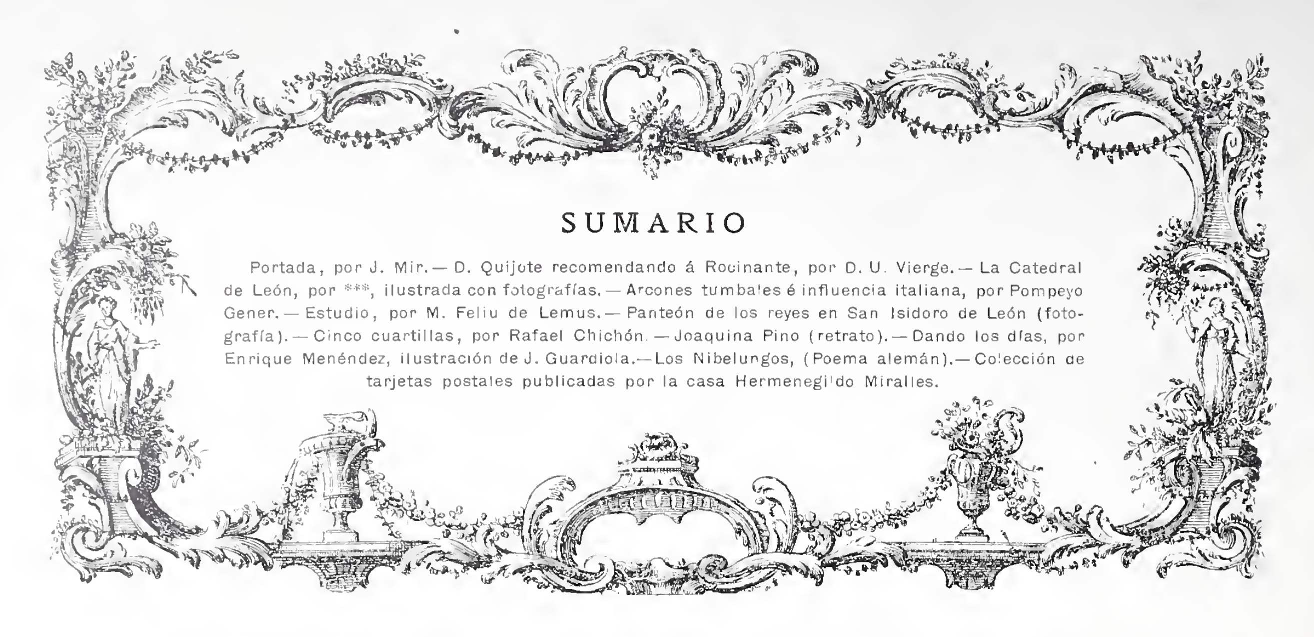




50 Escudos de provincias ☙ 25 Artistas españolas ☙ 25 Toreros ☙ 25 «Hispania»

HISPANIA





SUMARIO

DANIEL U. VIERGE.—D. QUIJOTE RECOMENDANDO Á ROCINANTE

La Catedral de León

León, la antigua capital donde tuvieron su corte tantos y tan esclarecidos monarcas cuyos hechos gloriosos perpetúa la Historia, ha celebrado recientemente un acto importantísimo, de esos que dejan imborrable huella en los anales de un pueblo. Su célebre Catedral, fundada según algunos por Ordoño II y según otros (los más y sin duda los mejor informados) por el obispo Manrique de Lara hacia el año 1200 y cerrada para el culto desde mediados del siglo pasado, en que se la declaró en estado de inminente ruína, ha abierto de nuevo sus puertas, convidando á los fieles á entrar en su sagrado recinto para levantar hasta Dios sus almas... Bajo sus soberbias bóvedas ojivales vuelve ya á resonar el grave acento de los sacerdotes, al lanzar al espacio las severas y sugestivas notas de los cantos litúrgicos... Los góticos ventanales, por cuyos huecos colábase libremente el sol, se han visto de nuevo sirviendo de marco á artísticas vidrieras de colores, que, interceptando el paso á la luz, bañan el interior del templo con misteriosos y suaves matices.

¡Hermoso espectáculo el de la restauración de la catedral leonesa!... Hermoso y digno de un pueblo que, á su respeto por sus venerandas tradiciones, une un considerable amor al arte de sus antepasados, del cual son una gallarda muestra los atrevidos arcos, las elegantes columnas, las esbeltas torres que dirigen al cielo sus afiladas puntas y que son las principales galas que adornan el grandioso monumento.

De carácter esencialmente gótico, la fábrica de este es toda de sillería. Su planta está formada por una figura irregular, compuesta de otras regulares, como lo son el cuerpo principal de la iglesia, la sacristía, el claustro y otras dependencias... La nave, el crucero y el presbiterio, forman una cruz latina; las hermosas bóvedas de arista, se apoyan sobre elegantes arcos apuntados, sostenidos por ligeras columnas de una gran esbeltez. Al pie de la nave mayor y á los extremos de los cruceros, llaman poderosamente la atención dos grandiosas ventanas circulares, emplazadas respectivamente en el pie y brazo Norte, y una angular en el brazo Sud, caladas en piedra y sirviendo de marco á artísticas vidrieras de colores. En las interpilastras y debajo de las cimbras de las bóvedas de arista, hay también grandiosas ventanas, que abarcan el diámetro y la altura de los lunetos.

Rodeando la susodicha cruz latina, corre una nave que forma las dos laterales, uniéndose detrás del presbiterio.

El aspecto en conjunto de la catedral de León, es comparable al que presentan las tan renombradas de Ruán y Amiens, rivalizando con ellas por la pureza de su estilo y por la elegancia que campea en todos los detalles de su rica ornamentación.

Ni la sublime severidad de la catedral de Barcelona, con el sorprendente efecto de perspectiva debido á la sabia distribución de sus macizas columnas; ni la sobriedad de la grandiosa nave que hacen de la de Gerona uno de los más notables templos de España, se observan en la de León. En cambio su riqueza de decorado, su prodigalidad y diversidad de ornamentos, transportan al que la contempla á las regiones de Alemania y del Norte de Francia, donde con tanto explendor floreció el arte gótico, al que, como hemos dicho, pertenece tan suntuoso templo.

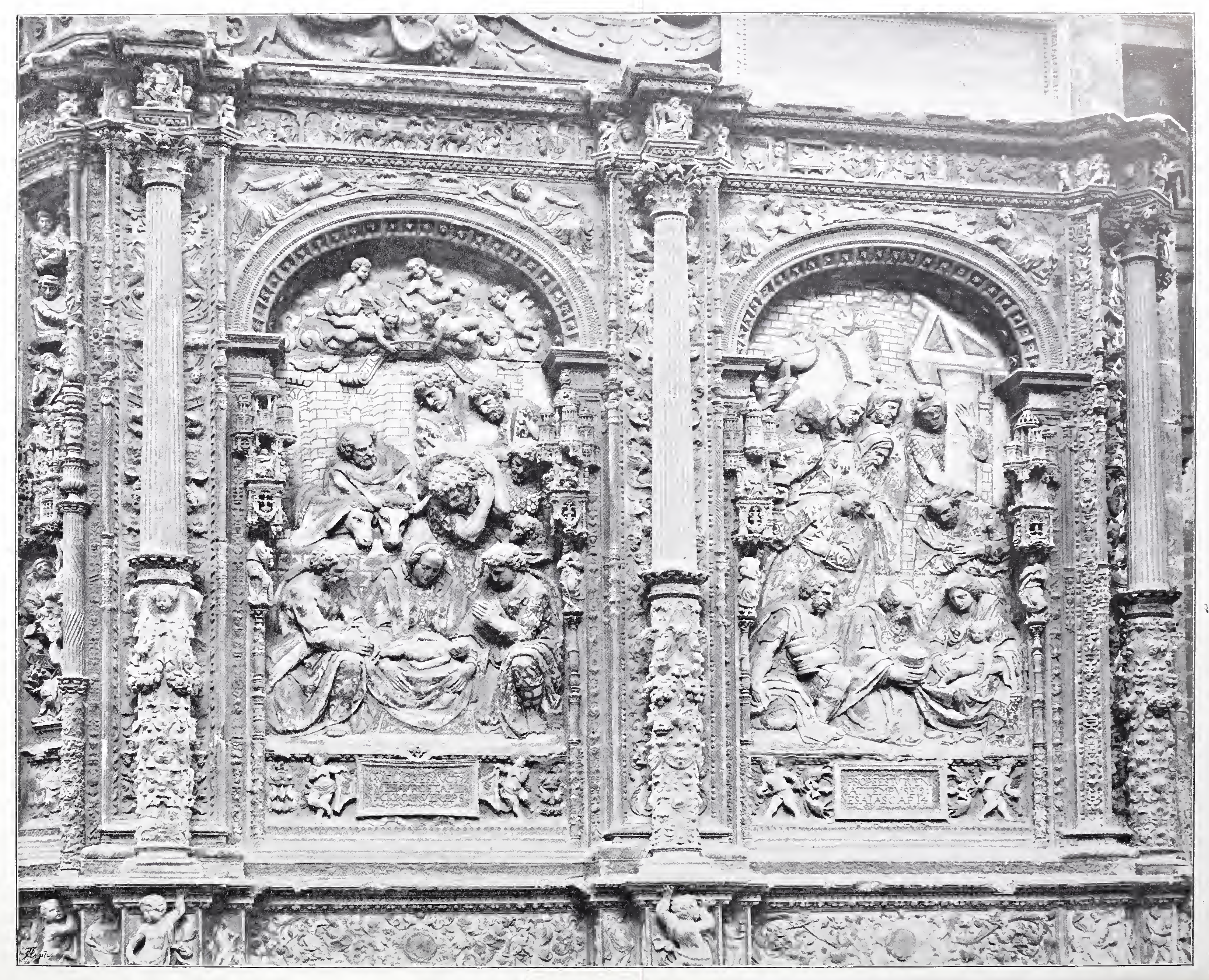
* * *

Con todo, las épocas que han sucedido á la de su construcción, han dejado en él visibles señales de su paso, como podrá comprobar el lector por las fotografías que reproducimos y especialmente por la del fragmento del trascoro.

Su minucioso estilo plateresco y el brillo de sus dorados, contrastan notablemente con la arquitectura dominante en la Catedral y con la semi-obscuridad que le rodea.

Si bien la parte exterior del coro difiere del estilo predominante en el templo, la interior está en perfecta harmonía con él. Como en la mayoría de nuestras Catedrales, ocupa gran parte de la nave central y ostenta la notable sillería cuya reproducción publicamos y cuya construcción data del último tercio del siglo XV, pues consta que en 1468 el obispo de León don Antonio de Veneris, impetró las bulas para subvenir á su coste y que se trabajaba en ella en el año de 1481.

En los respaldos de las sillas bajas, pueden verse, tallados con gran esmero, un sinnúmero de bustos en relieve representando personajes del Antiguo Testamento. En los de las altas, vense en cambio de cuerpo entero las figuras de los apóstoles y de muchos santos, encerradas en arquitos con arabescos y cobijadas por calados guardapolvos. Sostenida por ligeras ménsulas,



FRAGMENTO DEL TRASCORO DE LA CATEDRAL DE LEON



SILLERÍA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE LEÓN



sirve de remate á las sillas altas una elegante crestería de ojivales calados.

El primor con que están ejecutados todos los trabajos de tan preciosa sillería, hacen de ella uno de los más apreciables ejemplares que existen en España dentro de su género.

Lo mismo puede afirmarse respecto al tímpano de la puerta central, que también reproducimos, aunque solo en parte. Sus esculturas representan el Juicio Final. En la parte superior aparece Jesús sentado en su trono con los brazos abiertos y en actitud de mostrar las llagas producidas por los clavos al ser puesto en la cruz. A cada uno de sus lados figuran dos ángeles en pie, sosteniendo los instrumentos de la Pasión y en los estremos hay dos figuras de rodillas: la Virgen y el Apóstol San Juan.

En la parte inferior, como podrán apreciar nuestros lectores, se ven excelentes figuritas representando las unas ángeles y bienaventurados, las otras demonios que atizan con fuelles el fuego que arde bajo una caldera donde zambullen á los condenados, después de ser pesadas sus culpas por el arcángel San Miguel, cuya figura aparece hacia el centro del tímpano sosteniendo las consabidas balanzas.

Del efecto que produce el templo en su parte exterior, se tendrá una ligera muestra contemplando la vista del ábside.

Como dice Quadrado, por cualquier parte que se contemple tan preciosa basílica, aparece el cruzamiento de arbotantes y el airoso agrupamiento de pináculos y botareles. Por la parte trasera agrúpanse los ábsides de las capillas del trasaltar con sus ventanas y con el calado antepecho que las corona, produciendo un efecto verdaderamente original y hermoso.

* * *

La restauración de tan preciado monumento, uno de los más importantes de España, ha sido llevada á cabo con singular acierto,... con el suficiente para que los fragmentos acabados de construir no se distingan al primer golpe de vista de los que habían quedado en pie, más que por el color de sus materiales, nuevos los unos y cubiertos los otros por la patina del tiempo, que da á los monumentos de épocas pasadas aquel tinte de oro viejo tan subyugador para el arqueólogo y para el artista. ¡Qué lástima que no hayan podido bañarse con tan precioso tinte los lienzos de muro, los arcos y las columnas que se acaban de construir! Pero eso es obra de los años. Ellos son los que han de concluir la obra con tanta fe emprendida y con tanto éxito ejecutada.

Quiera Dios que pasen muchos sin que contratiempos inesperados turben la vida tranquila de aquel templo, teatro en diversas ocasiones de lamentables accidentes, como son el hundimiento de la bóveda del crucero, ocurrido en 1631 y el derrumbamiento, que tuvo lugar en 1743, de gran parte de las bóvedas bajas.

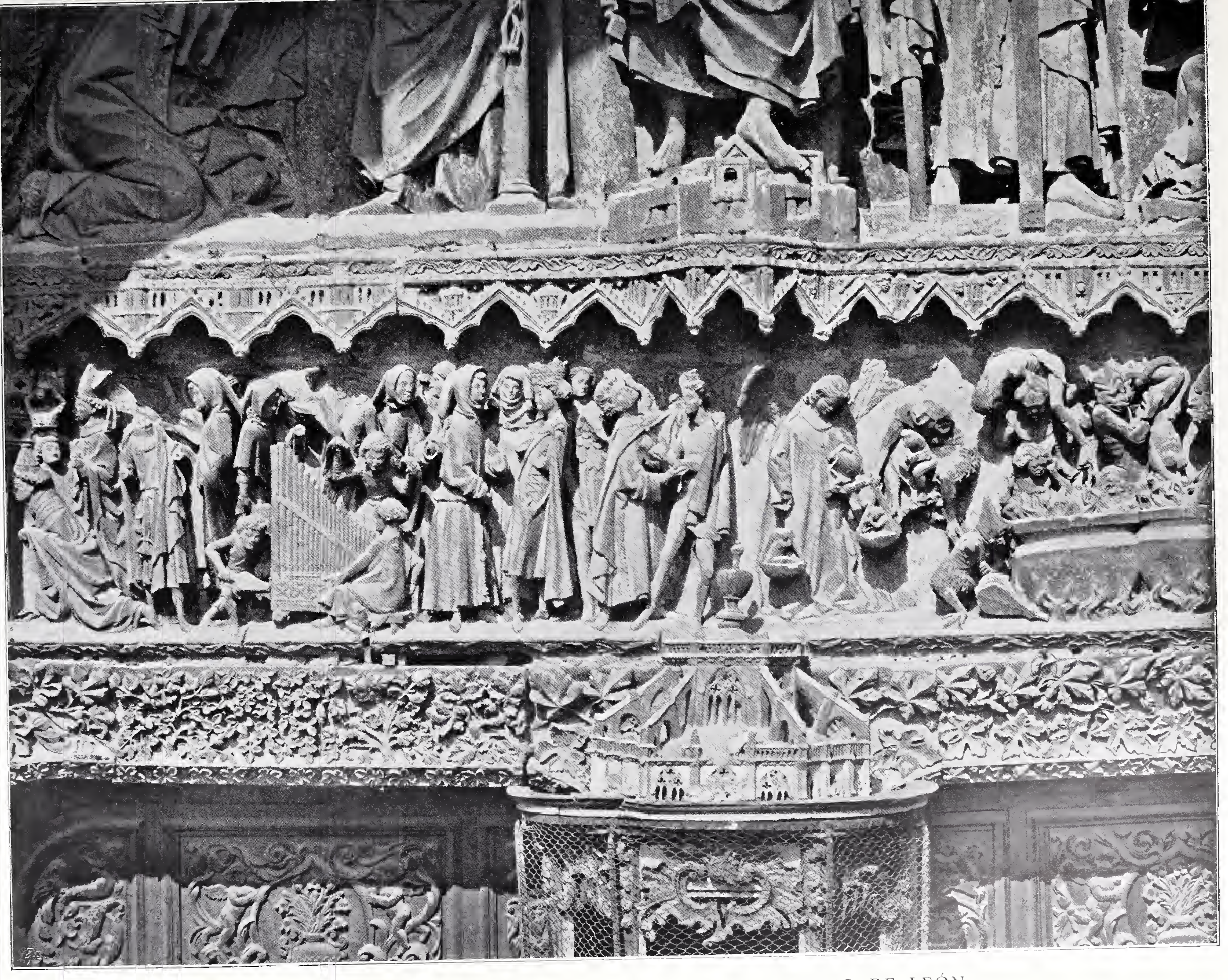
Por fortuna, las obras de restauración, llevadas á cabo durante cinco años bajo la dirección de inteligentes arquitectos, parecen lo bastante sólidas para que no hayan de temerse (cuando menos en muchos años) nuevos desastres.

En estos tiempos de apatía para todo cuanto se relaciona con el arte, la restauración de la Catedral leonesa es un acontecimiento colosal, digno de ser perpetuado en letras de oro y de ser imitado por cuantos pueblos ven con criminal indiferencia desmoronarse templos que constituyen verdaderos monumentos artísticos, religiosos é históricos.

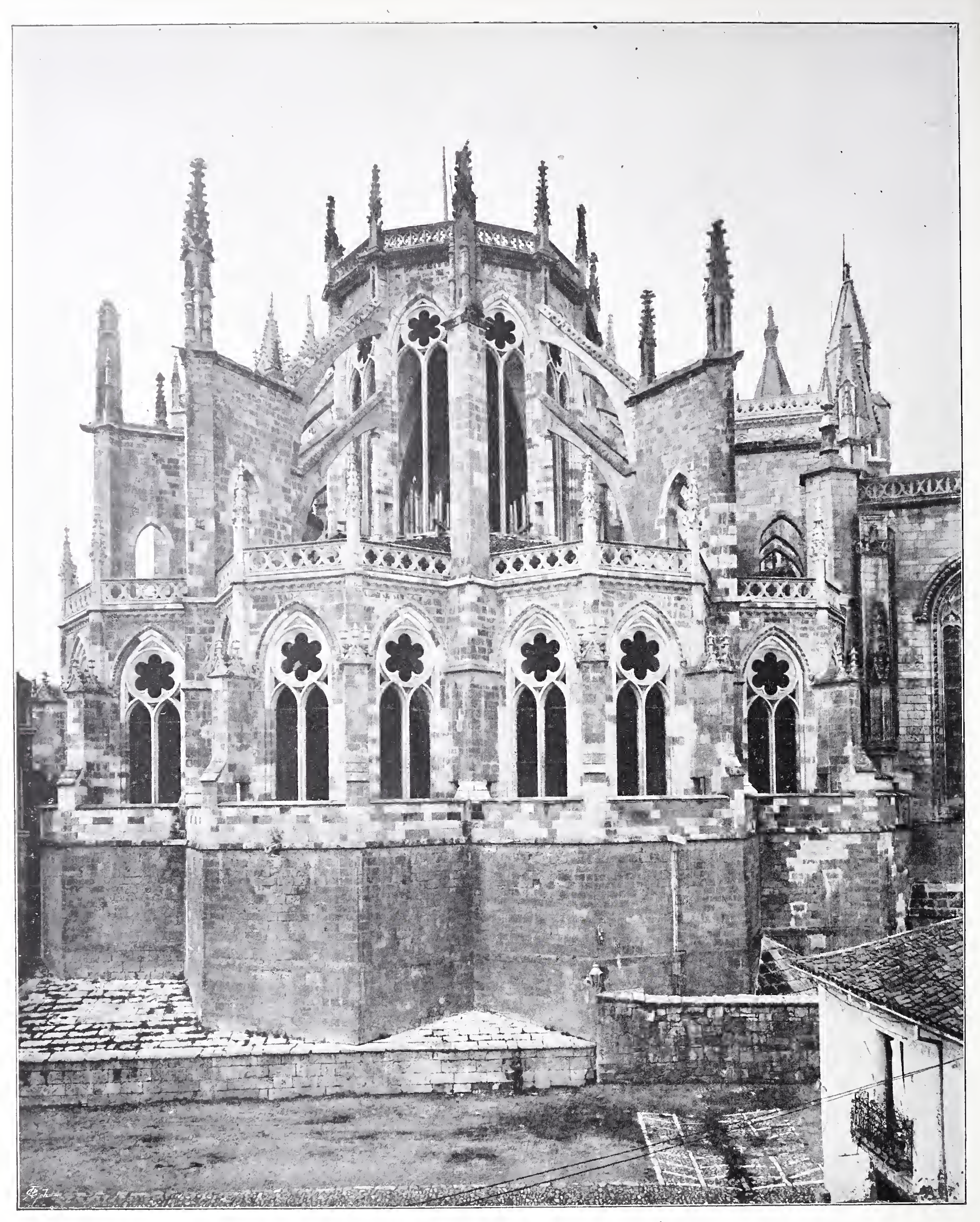
Por eso, así como en Cataluña conservamos y conservaremos siempre el grato recuerdo del gran obispo Morgades, restaurador de la basílica de Ripoll, los leoneses deben veneración perdurable al ilustre prelado de aquella diócesis que, con el llamamiento que hizo en 1876, dió al proyecto que acaba de convertirse en realidad el impulso que necesitaba para ser llevado á feliz término.

* * *





TÍMPANO DE LA PUERTA CENTRAL DE LA CATEDRAL DE LEÓN



ÁBSIDE DE LA CATEDRAL DE LEÓN



Arcón tumbal español, de influencia italiana, de fines del siglo XVI.—De la colección del Dr. D. José Viñeta-Bellaserra

Los Muebles españoles en los siglos XVI y XVII

Arcones tumbales é influencia italiana

Lo que se conoce con el nombre de Renacimiento, fué una revolución tan radical, que transformó las ideas y las costumbres, llegando la transformación hasta á los trajes y al mobiliario. Con la resurrección del Paganismo, ó lo que es igual, de la Antigüedad clásica Griega y Romana, revindícase la personalidad del Hombre. Ya se deseó franca y plenamente la Vida sobre este suelo, y, sobre todo, una vida digna y exuberante. El arte alcanzó su mayor esplendor.

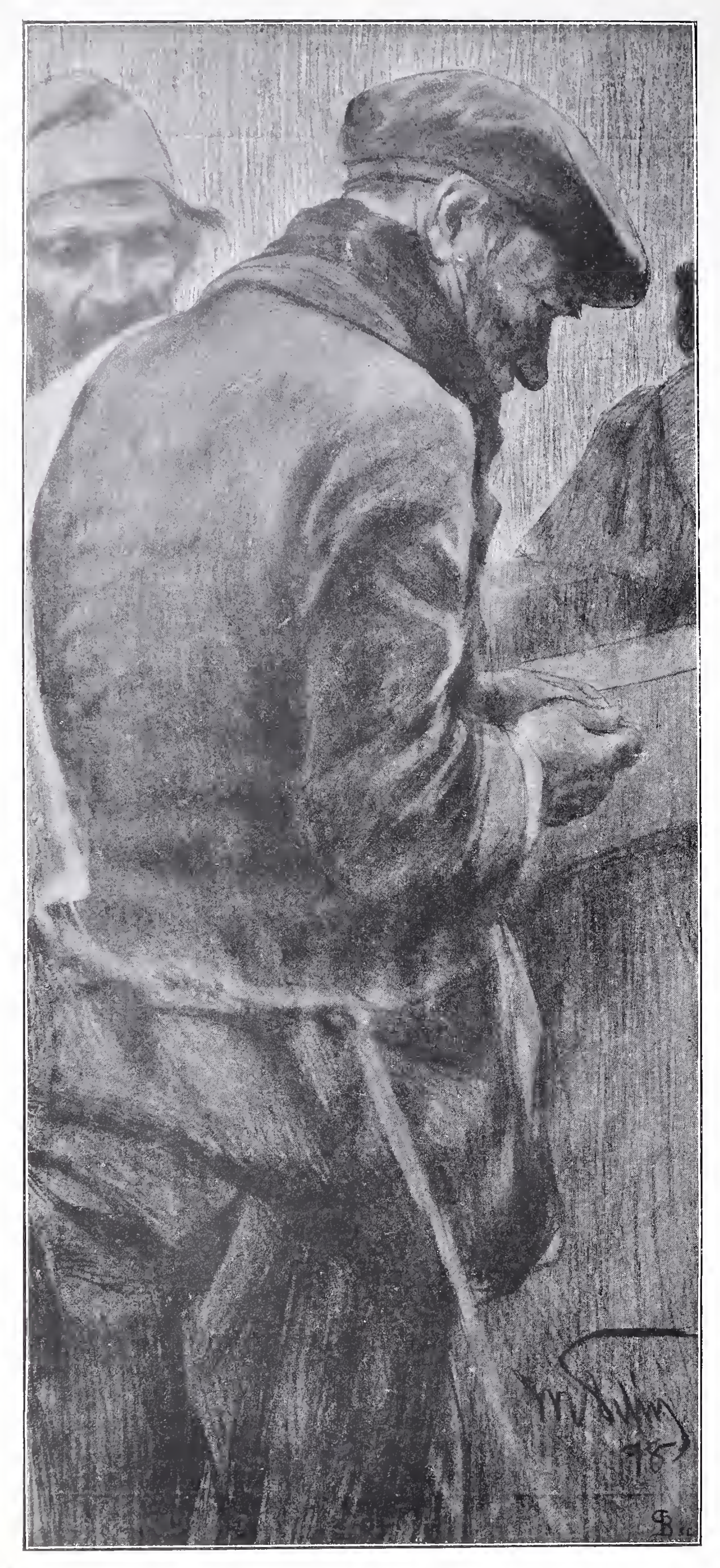
Como consecuencia de la plenitud de la Vida, vino el buen gusto y el lujo. La Naturaleza en toda su magnificencia sirvió de modelo á los artistas, lo mismo para sus cuadros que para las decoraciones de los interiores, ó para el mobiliario.

Copióse directamente del desnudo. Las formas robustas del hombre, las hermosas y mórbidas de la mujer en su edad más esplendente, lo mismo que las graciosas y redondeadas de los niños, fueron objeto de especial observación y de copia. Enlazadas ó combinadas con formas de aves, de peces, de leones ó de otros animales, con hojas, flores y frutos, prestaron tema á la fantasía de los artistas decoradores, para embellecer el mobiliario y decorar la casa. Se resucitaron las antiguas formas de la arquitectura, y de los muebles, sólo en parte; por lo regular siguiéronse sólo las lineaciones generales, modificadas muchas veces, recargándose los muebles y la arquitectura de adornos, que por su riqueza y exuberancia llegaron á hacer perder el carácter del material en que estaban tallados. Toda una fauna y una flora fantásticas brotaban de la piedra, de la madera, del bronce y del hierro, llegando á presentarnos como vivientes aquellos materiales inanimados.

No entraremos á relatar, apropósito del mobiliario, los orígenes del Renacimiento, que en Italia, como en Cataluña, se remontan á la segunda mitad de la Edad Media. Sólo diremos que en España se desarrolló con el Emperador Carlos V, el cual nos trajo en lo que al mobiliario, á la casa y al traje atañe, un Renacimiento italiano con influencias germánicas de la corte de Maximiliano, acentuándose pronto el carácter italiano, ó sea mediterráneo, y desapareciendo el germánico, y bien presto modificándose el italiano en la parte de la península que va del Ebro á Cádiz, para dar paso al carácter español, más severo, pero más pobre, con alguna influencia morisca.

* * *

Por lo que toca á los muebles, los primeros que los tallaron y esculpieron en esa forma exuberante, fueron los italianos. Los más renombrados escultores no desdeñaron el emplearse en obras de talla destinadas á arquillas, camas, arcones, etc. Entre los que labraron las figuras que aun hoy admiramos en los muebles que contienen los museos y las colecciones particulares, podemos citar á Donatello, Rossellino, Cannosi, Moranzone, Fra Giovan-



M. FELIU DE LEMUS.—ESTUDIO

ni di Verona y Fra Sebastiano di Rovigo, etc.

Estos especialmente se dedicaron, cuando á la decoración de muebles emplearon su incomparable genio, en la talla de esculturas para arcones monumentales, que en Italia afectaban la forma de sepulcros, por lo que son conocidos con el nombre de *arcones tumbales*. Estos arcones acostumbran á tener la altura de un metro ó más. Afectan frecuentemente la forma de urna, siendo más anchos de arriba que de abajo, apoyándose en un basamento muy ornamentado, ó sobre pies de león, patas de águila ó animales fantásticos.

En los ángulos acostumbran á tener cariátides, representando ninfas, sátiros, faunos, quimeras, ángeles ó simplemente mujeres desnudas. La tapa, por lo regular, es abiselada y decorada con esculturas puramente ornamentales. En la fachada de la caja hay esculpidas escenas mitológicas ó de guerra, ó simplemente figuras decorativas, con coronas, lemas, escudos ó las armas del dueño.

Por su altura y por su forma, especialmente por la forma de su tapa, dichos arcones tumbales son impropios para sentarse en ellos, como se hacía con las arcas y arcones genuinamente españoles.

Al entrar en España esta moda, adoptáronla primeramente en Mallorca y demás Baleares, pasando enseguida á Cataluña y á Valencia.

Al pasar al resto de la península su forma vuélvese rectangular, y los adornos disminuyen en riqueza, mas no en buen gusto, recordando perfectamente el renacimiento italiano de que proceden, durante todo el siglo XVI. En especial esos arcones eran destinados á contener ropa, y casi siempre se daban á las novias, llenos de trajes y ropa blanca, el día de la boda, formando parte de su dote.

POMPEYO GENER



PANTEÓN DE LOS REYES EN SAN ISIDORO DE LEÓN



Ni una más, ni una menos, debo escribir.

Cuatro, no compondrían artículo á la *dernière:* en todo caso, servirían para mejor *estivar* un *cliché* y *formar plana;* seis, constituirían *lata:* ¿quien lee un tal mazacote de prosa? Nadie; por que nadie lee por el placer de leer, por el gusto ó por la necesidad de ilustrarse, ni siquiera de instruirse; si sólo, por pasar el tiempo, no mucho tiempo, pues esta primera materia de la vida, como todas las primeras materias de la industria humana, escasea hoy y no debe malgastarse leyendo *vaga* y *amena literatura.*

Hay, pues, que *comprimirse*, escribir corto y ramplonamente, porque si se atilda el eslilo y se limpia el lenguaje, tras de correr el riesgo de no ser entendido, ni, por tanto, estimado, es seguro que te tendrán por arcáico y presuntuoso.

In illo tempore, placía una disertación literaria, por extensa que fuere, siempre que el asunto tuviera enjundia y en la forma brillaran los donaires y gallardías del castellano neto, escogido y adecuado. Hoy, el gusto predominante es bien distinto y muy otras las necesidades del espíritu. Éste, agoviado por la complejidad de la vida y el afán de vivirla en todos sus aspectos, no puede detenerse en uno solo de ellos y menos en el que juzga de orden secundario: el de solazarlo con la lectura de áticos prosistas ó inspirados poetas, con la audición de músicas sublimes ó con la espectación de comedias y dramas que le diviertan de sus graves pensamientos ó de los enojosos cuidados de la vida.

Así, es necesario que el literato no lo sea y escriba el lenguaje que se habla en el casino, en el café ó en la taberna, si pretende ser leido por el público que paga y ser pagado por el editor que cobra del público. El poeta, debe arrinconar la lira y descolgar la vihuela, mandar enhoramala el canto épico y la oda grandilocuente y cultivar el romance picaresco y la copla satírica. El músico, dejarse de arias y de sinfonías y componer música ligera, acomodándola á *couplets* gedeonianos ó á tonadillas villanescas callejeras; y el actor, desundarse la trusa ó la levita, para vestir el chulesco marsellés ó la burguesa americana. Y todo ello, breve, corto, que se lea ó se oiga ó se vea pronto.

Para escribir un artículo que ha de publicarse en una revista literaria y artística ¿cuál será mejor asunto? ¿Trataré la descripción de tipos ó de costumbres? ¿*Haré* crítica literaria? ¿Escribiré una monografía bibliográfica ó histórica? ¿Algo sobre filología, sobre viajes, sobre...

¡Al diablo con toda esa monserga!

Todo ello es *lata, lata* y *lata.*

Los tipos, lo mismo que las costumbres, así las buenas como las malas, las antiguas como las modernas, están ya más que descriptas, bosquejadas y pintadas al óleo, al temple y al pastel; es asunto *trillado,* manoseado y que no interesa á nadie: los tipos, por que todos nos conocemos y las costumbres, por que basta con que cada cual tenga las suyas, y no es discreto escudriñar y sacar á plaza las agenas.

La crítica literaria, sólo despierta interés en los criticados y son ya no pocos los aristarcos que se ocupan en tan grave ejercicio literario. Además: el lector de hoy, se basta por si solo para formar juicio y depurar su gusto acerca de todas las producciones del ingenio humano.

Las monografías bibliográficas ó históricas, son de suyo empalagantes y soporíferas y tienen de contra la necesidad de ser tratadas extensamente.

¿Filologías? Sería desvariar, el pretender retener la atención del lector con elucubraciones acerca de las leyes etimológicas, gramaticales, históricas y lexicológicas de nuestra lengua. Aquí sólo conviene el estudio de las leyes del sello y timbre del Estado y de las contribuciones territorial ó industrial, con el esclusivo objeto de burlarlas ó falsearlas.

Y en cuanto á viajes, sería tarea estéril escribir una palotada. Desde que se han inventado los trenes *botijo,* viaja todo bicho viviente; y, por si esto no fuera bastante, especuladores avisados transportan hasta la misma puerta de nuestra casa, ora una pagoda india, ora un *Kraal* africano, con autenticidad tanta, que convence y aún regocija á los más taimados y suspicaces.

¡El cuento, el cuento y sólo el cuento es el asunto por excelencia!

El cuento se impone, mejor dicho, se ha impuesto y seguirá imponiéndose por mucho tiempo. No hay otro campo literario de cultivo, no existe otra forma de expresión del pensamiento y del sentimiento que

le aventaje. El cuento, si no enriquece, trae al escritor la gloria y hasta lo lleva á la Academia.

Los escritores, trocados— merced á la imposición del gusto del *respetable público*— en vejetes parlanchines, ateridos por la escarcha reinante en el ambiente literario que nos circunda, acurrucados frente á la pública, colosal chimenea, cuyas brasas, á modo de chispas eléctricas encerradas en bombillas de sutil cristal, son impotentes á desentumecer á esta generación frívola que los rodea, han de pasarse la vida en eterna velada invernal contando cuentos tras cuentos, no importa cuáles, pues hasta los de la *buena pipa,* encantan y regocijan.

He, pues, de pagar tributo al gusto del día y contar cuentos. Empero ¿dónde están los cuentos, es decir, la imaginación, la fantasía que los engendra? Pues qué: ¿es cosa baladí esta de imaginar un asunto dramático ó cómico, que mueva á risa ó á compasión el ánimo del lector? ¿Es tarea tan fácil y hacedera el describir lugares y personas, trabarlos y enredarlos hasta lograr una acción de interés culminente y todo ello sazonarlo con primores retóricos, encerrarlo en dos cientas lineas é imprimirle el sello de la originalidad?

Cuentos de viejas, de mayorales y de cortijeros, abundan que es una bendición de Dios; mas, ¿cuántos de ellos son dignos de la forma literaria y de su divulgación por la prensa?

Sólo recuerdo en este momento el de *El Corregidor y la Molinera*— que tiene su narrador en cada cortijo de Andalucía—transportado á las páginas imperecederas de *El Sombrero de Tres Picos,* por el inmortal Alarcón. Pero esta es una mosca blanca que no ha dejado prole— que yo sepa

A pesar de los pesares, pese á mi esmirriada inventiva, he de escribir cuentos, para complacer á público y editores.

Ya tengo uno y comienzo:

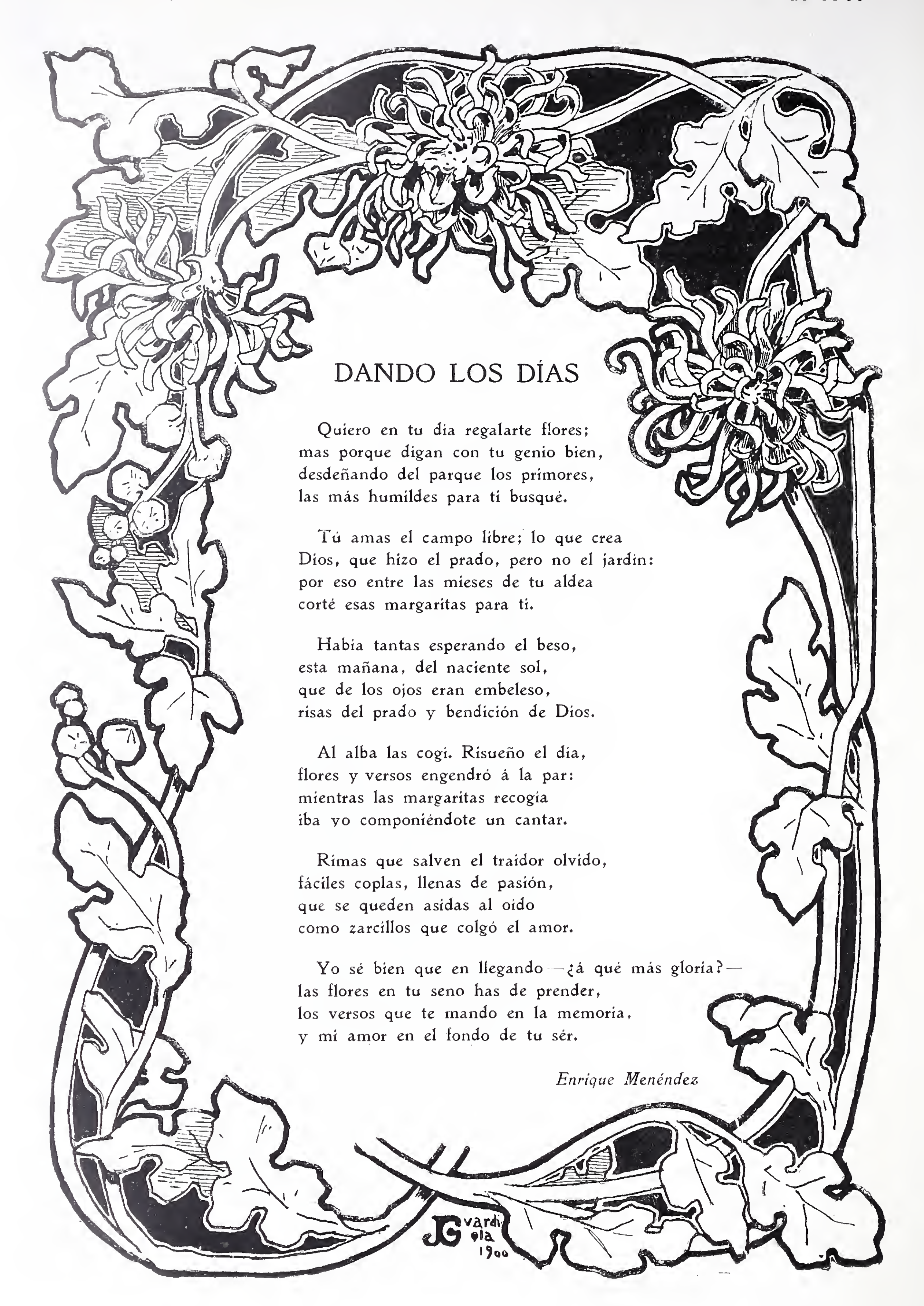
Pues señor...

Pero observo que he llegado al final de la quinta cuartilla y que, cinco, sólo *cinco cuartillas,* ni una más, ni una menos, debo escribir.

RAFAEL CHICHÓN



JOAQUINA PINO



DANDO LOS DÍAS

Quiero en tu día regalarte flores;
mas porque digan con tu genio bien,
desdeñando del parque los primores,
las más humildes para ti busqué.

Tú amas el campo libre; lo que crea
Díos, que hizo el prado, pero no el jardín:
por eso entre las mieses de tu aldea
corté esas margaritas para tí.

Había tantas esperando el beso,
esta mañana, del naciente sol,
que de los ojos eran embeleso,
risas del prado y bendición de Dios.

Al alba las cogí. Risueño el día,
flores y versos engendró á la par:
mientras las margaritas recogía
iba yo componiéndote un cantar.

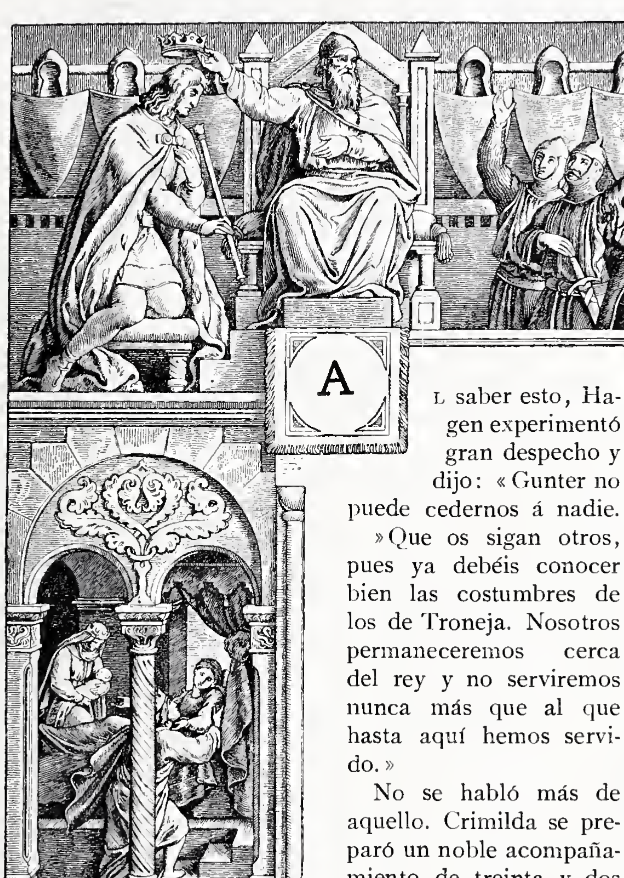
Rimas que salven el traidor olvido,
fáciles coplas, llenas de pasión,
que se queden asidas al oído
como zarcillos que colgó el amor.

Yo sé bien que en llegando —¿á qué más gloria?—
las flores en tu seno has de prender,
los versos que te mando en la memoria,
y mi amor en el fondo de tu sér.

Enrique Menéndez

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)



Al saber esto, Hagen experimentó gran despecho y dijo: « Gunter no puede cedernos á nadie.

» Que os sigan otros, pues ya debéis conocer bien las costumbres de los de Troneja. Nosotros permaneceremos cerca del rey y no serviremos nunca más que al que hasta aquí hemos servido. »

No se habló más de aquello. Crimilda se preparó un noble acompañamiento de treinta y dos doncellas y quinientos hombres. Eckwart el margrave siguió á la reina cuando partió.

Sus más próximos parientes, los acompañaron buen trecho de camino. Al rey Sigemundo le fueron enviados mensajeros, para que él y la señora Sigelinda pudieran saber que iba su hijo con la hija de Uta, la hermosa Crimilda de Worms sobre el Rhin. Nunca habían recibido noticia tan agradable.

« Dichoso me siento » dijo Sigemundo, « por haber vivido hasta el día en que la hermosa Crimilda lleve la corona entre nosotros! Aun quiero que mi heredero quede más honrado: quiero que mi hijo Sigfrido sea también rey. »

La señora Sigelinda dió al mensajero un traje de terciopelo color escarlata y un gran puñado de plata y oro: este fué el precio de su mensaje.

Le dijeron los que venían al país con Sigfrido, é hizo preparar asientos por donde debía pasar ante sus vasallos, puesta la corona. Los guerreros de Sigemundo salieron á su encuentro.

No he sabido que nunca una persona fuera mejor recibida que lo fueron aquellos héroes en el país de Sigemundo. Su madre Sigelinda salió al encuentro de Crimilda con muchas hermosas mujeres y muchos valerosos caballeros.

Lo que dura un día de marcha, se tardó hasta llegar á donde estaban los extranjeros. Los naturales del país, y los extraños habían sufrido muchas incomodidades antes de llegar á una gran ciudad llamada Xanten, donde con el tiempo fué coronado.

Con agradable sonrisa Sigemundo y Sigelinda besaron muchas veces á la hija de Uta y al héroe Sigfrido; todos sus cuidados habían desaparecido. Los que venían en su acompañamiento, fueron muy bien recibidos.

Aunque era de todos conocido el lujo desplegado en la orilla del Rhin para las bodas, dieron allí á los guerreros vestidos más ricos que todos los que hasta entonces habían llevado. Maravillas podrían contarse de su gran riqueza.

Así dirigió la palabra á sus amigos: « Á todos mis parientes que se hallan aquí, anuncio que en presencia de estos guerreros, Sigfrido va á ceñir mi corona. »

Se le dió con la corona la administración de justicia y el reino, haciéndole señor y rey. Cuando tenía que decidir de lo que á cada uno tocaba, lo hacía con tanta equidad, que mucho se hacía temer el esposo de la bella Crimilda.

En tan elevado honor vivió durante diez años que hizo justicia con la corona ceñida. En tanto la hermosa reina tuvo un hijo de lo que resultó gran satisfacción para todos los parientes del rey.

Se apresuraron á bautizarlo, poniéndole por nombre Gunter como á su tío; no debía avergonzarse de llamarse así. Feliz él si se le llegaba á asemejar; lo educaron con gran cuidado como tenía que suceder.

Por aquel tiempo murió la señora Sigelinda; la autoridad en el país fué entonces de la noble hija de Uta, como convenía á reina tan poderosa.

También en las orillas del Rhin, según hemos oído contar, la hermosa Brunequilda dió un hijo al rico Gunter en el país de los Borgoñones. Por el amor al héroe le pusieron por nombre Sigfrido.

¡ Con gran cuidado lo atendían ! El poderoso Gunter le dió un preceptor que debía inculcarle todas las virtudes para cuando fuera hombre. ¡ Oh ! desde entonces la adversidad le hizo perder muchos amigos.

Constantemente se oía hablar de la vida feliz que los guerreros tenían en el país de Sigemundo. Pero bien sabido tenemos que de igual modo vivía Gunter con los suyos.

XII

DE COMO GUNTER CONVIDÓ Á SIGFRIDO Á SU CORTE

Así pensaba todos los días la reina Brunequilda: « Muy altiva se manifiesta siempre la señora Crimilda! Su esposo Sigfrido, es vasallo nuestro: mucho tiempo hace que no ha venido á prestarnos homenaje. »

Esto lo tenía en el corazón, aunque guardaba silencio; para ella era gran pena que permanecieran ausentes tanto tiempo, y hubiera querido saber por que los príncipes no iban á su país.

Preguntó al rey si no le sería posible volver á ver á Crimilda; le habló en secreto de lo que pensaba, pero al rey no le pareció bien lo que su mujer le decía.

« ¿Cómo los haríamos venir hasta este país? » preguntó el rey: « esto me parece imposible. Ellos reinan muy léjos de aquí y no me atrevo á invitarlos. » Brunequilda le contestó con grande arrogancia:

« Aunque fuera más rico y más valiente, como vasallo

del rey debe ejecutar lo que su señor le mande.» En tanto que decía esto, Gunter sonreía. Nunca se hubiera atrevido á reclamar servicio de Sigfrido.

Ella continuó: «Amado señor, para agradarme haced venir hasta aquí á Sigfrido con vuestra hermana para que pueda volverlos á ver. Nada de la tierra podría serme tan agradable.»

Tanto tiempo se lo rogó, que al fin le dijo el rey: «Á ningunos huéspedes veré con tan grande alegría. No debes suplicarme más: voy á enviarles mis mensajeros.»

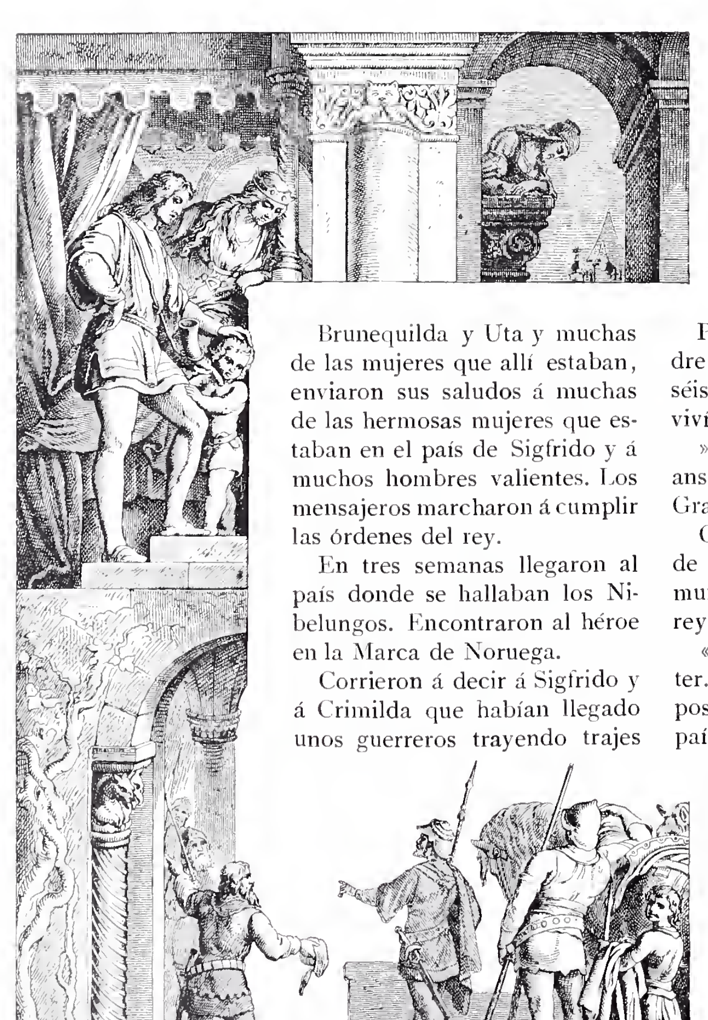
Así le contestó la joven reina: «Házme saber á quien vas á enviarles y cuantos días tardarán en llegar nuestros queridos amigos. Quiero que me digas cuales son los mensajes que les vas á enviar.»

«Lo haré» contestó el rey. «Enviaré á treinta de mis hombres.» Los hizo llamar luego y les ordenó llevaran el mensaje al país de Sigfrido. En su alegría, la señora Brunequilda les regaló muchos vestidos.

El rey les dijo: «Guerreros míos, decidles en mi nombre al fuerte Sigfrido y á mi hermana, que los invito á que vengan aquí y decidles que nada en el mundo me será tan grato como verlos.

»Procurad decidirlos á que ambos vengan á las orillas del Rhin: yo y Brunequilda les quedaremos agradecidos para siempre. Antes de que llegue el estío habrá aquí muchos hombres para que á él y á los suyos les hagan honor.

»Llevad también mis cumplimientos al rey Sigemundo y decidle que yo y mis parientes le estamos siempre agradecidos; á mi hermana le diréis que no deje de venir á ver á sus amigos; nunca se encontrará en mejor fiesta.»



Brunequilda y Uta y muchas de las mujeres que allí estaban, enviaron sus saludos á muchas de las hermosas mujeres que estaban en el país de Sigfrido y á muchos hombres valientes. Los mensajeros marcharon á cumplir las órdenes del rey.

En tres semanas llegaron al país donde se hallaban los Nibelungos. Encontraron al héroe en la Marca de Noruega.

Corrieron á decir á Sigfrido y á Crimilda que habían llegado unos guerreros trayendo trajes como los que se usaban en el país de los Borgoñones. Al escuchar esto, la reina saltó del lecho en que reposaba.

Mandó á una de sus damas que se asomara á una ventana: ella vió desde allí al fuerte Gere en medio del patio, seguido de los compañeros que habían ido con él. Después de tan gran pena ¡cuál sería la alegría de su corazón!

Así le dijo al rey: «¿Veis á los que han llegado á la corte con el bravo Gere, enviados por mi hermano Gunter desde las orillas del Rhin?» El fuerte Sigfrido le contestó: «Que sean muy bien venidos.»

Dieron alojamientos á Gere y á los que le habían acompañado y cuidaron de sus caballos. Después los mensajeros fueron á donde estaban el señor Sigfrido y Crimilda.

El jefe y su esposa los saludaron con la mano. Muy bien recibidos fueron el Borgoñon, sus compañeros de armas y los hombres del rey Gunter. Rogaron al margrave Gere que ocupara un asiento.

«Permitid que demos nuestro mensaje antes de sentarnos; es conveniente que los extranjeros permanezcan de pie á pesar de la fatiga del camino: os diremos lo que nos han encargado Gunter y Brunequilda, que se hallan bien.

»Lo mismo sucede á la señora Uta vuestra madre, al joven Geiselher y al señor Gernot y á todos los demás parientes que nos han enviado aquí, y os envían sus saludos desde el país de Borgoña.»

«Que Dios se lo recompense» contestó Sigfrido: «tengo gran confianza en su afección y fidelidad como en la de un amigo. Así lo hace también su hermana; ahora haznos saber ¿cómo pasan la vida nuestros queridos parientes?»

«Desde que nos hemos venido de allí ¿ha molestado alguien alguna vez á los hermanos de mi mujer? Contéstame á esto. Quiero ayudarles siempre fielmente á rechazar todo ataque, y sus enemigos temblarán ante mis hazañas.»

Así le contestó el margrave Gere, el buen caballero: «Todos están en virtud, gloria y honor. Ellos os invitan para una fiesta en el Rhin; no dudéis de que os verán con gran placer.

»Ruegan que vayáis con vuestra esposa, cuando el invierno termine, pues desean veros antes de que llegue el verano.» El fuerte Sigfrido le contestó: «Muy difícil es que lo podamos hacer.»

Pero Gere el del país de Borgoña le dijo: «Vuestra madre Uta con Gernot y Geiselher os ruegan que no rehuséis. Siempre están muy tristes á causa de lo lejos que vivís.

»Brunequilda mi reina y todas sus damas, esperan con ansiedad veros, y en ello tendrán grandísima satisfacción.» Grande alegría causó esta noticia á la hermosa Crimilda.

Gere era primo suyo: el jefe lo hizo sentar; sin pérdida de tiempo distribuyeron bebidas á los huéspedes. Sigemundo, que había visto á los mensajeros, se acercó, y el rey dijo así á los de Borgoña:

«Bien venidos seáis, guerreros, hombres del rey Gunter. Desde que mi hijo Sigfrido tomó á Crimilda por esposa, debíamos haberos visto con más frecuencia por este país para que la amistad reinara entre nosotros.»

Ellos contestaron que si así lo quería vendrían con gusto y que la satisfacción haría olvidar el cansancio. Hicieron sentar á los mensajeros y les trajeron alimento. Sigfrido hizo dar á los huéspedes abundantes manjares.

Les fué preciso permanecer allí nueve días. Al fin los atrevidos guerreros se quejaron de no poder volver á su país. El rey Sigfrido había enviado á buscar á sus amigos.

Les dijo: «¿Qué debo hacer? ¿voy al Rhin?

Gunter mi amigo y sus hermanos me convidan á una fiesta: yo iría con mucho gusto, si su país no estuviera tan distante.

» Ruegan á Crimilda que vaya también conmigo. Aconsejadme, amigos míos, ¿debo ir? Aunque tuviera que atravesar treinta reinos al frente de un ejército, la mano de Sigfrido los servirá bien hasta el fin. »

Así le contestaron sus guerreros: « Si piensas hacer el viaje para asistir á la fiesta, esto es lo que tienes que hacer: es necesario que lleves mil guerreros que vayan contigo al Rhin para que no parezcas desairado en Borgoña. »

Así dijo el rey Sigemundo del Niderland: « Si vas á la fiesta ¿por qué no me lo haces saber? Yo quiero ir contigo y llevaré cien héroes que aumenten los que tú llevas. »

« De que quieras venir conmigo, amado padre » le dijo el fuerte Sigfrido « estoy muy contento. Dentro de doce días saldré del país. » Á todos los que lo desearon dieron caballos y vestidos.

Teniendo intención de hacer el viaje el noble rey, despachó á los rápidos y buenos héroes. Hizo decir á los hermanos de su mujer, que vivían en el Rhin, que con mucho gusto acudiría á la fiesta.

Sigfrido y Crimilda, así lo hemos sabido, dieron tantos regalos á los mensajeros, que los caballos no podían con ellos; era un hombre muy rico.

Los mensajeros apresuraron su marcha para volver pronto. Gere, el distinguido héroe, llegó al país de Borgoña donde fué bien recibido: todos descendieron de los caballos y hacanéas, ante el salón de Gunter.

Las jóvenes y los viejos acudieron para saber noticias. Así dijo el buen caballero: « Lo que voy á decir al rey lo sabréis bien pronto. » Y se dirigió con sus compañeros á donde estaba Gunter.

El rey en su alegría abandonó el asiento y gracias le dió por su pronto regreso la hermosa Brunequilda. Así les preguntó á los mensajeros: «¿Cómo está Sigfrido, de quien he recibido tantas pruebas de cariño? »

El fuerte Gere respondió: « Se pusieron rojos de alegría él y vuestra hermana. Nunca un hombre envió á sus amigos palabras tan cordiales como las que á vos envían Sigfrido y su padre. »

La rica esposa del rey dijo al margrave: « Decidme, ¿cómo está Crimilda? Su hermoso cuerpo conserva los encantos que tanto llamaban la atención? » Él le respondió: « Ella vendrá en compañía de muchos héroes. »

Uta rogó á los mensajeros que fueran donde ella estaba. Hubieran podido adivinarse sus preguntas sin esperar lo que quería saber. « ¿Está Crimilda buena? ¿cómo la habéis encontrado? ¿tardará muchos días en venir? »

No ocultaron nada en el palacio de lo que en trajes y oro les había dado Sigfrido y lo hicieron todo ver á los hombres de los tres príncipes. Mucho alabaron su generosidad.

« Para él », dijo Hagen, « hacer regalos no es cosa difícil; no podría disipar todo lo que tiene aunque viviera siempre. Bajo su real poder tiene el tesoro de los Nibelungos. ¡Oh! así en algún tiempo pueda venir á Borgoña! »

XIII

DE COMO FUERON Á LA FIESTA DE LA CORTE

Pero no nos ocupemos de todas estas tareas y digamos como la señora Crimilda con sus damas fué á las orillas del Rhin, desde el país de los Nibelungos. Nunca los caballos habían transportado tan hermosos vestidos.



Enviaron delante muchas bestias con los cofres. Sigfrido el valiente cabalgaba con sus amigos y también la reina, brillando en todos la alegría: después vinieron para su congoja muchos pesares.

Habían dejado en su país al hijo de Sigfrido y de Crimilda su esposa, pues no podía ser de otro modo. De aquella fiesta resultó para ellos grandísimo pesar; el niño no volvió á ver ni á su padre ni á su madre.

Con ellos caminaba también el poderoso rey Sigemundo. Si hubiera sabido lo que iba á suceder, no los hubiera acompañado á la fiesta: nunca pudo esperar tan gran desgracia para aquellos á quienes más quería.

Enviaron mensajeros para anunciar su llegada. Gran número de amigos de Uta y del rey Gunter salieron á su encuentro. El jefe se apresuraba para salir á recibir á sus huéspedes.

Fué á donde Brunequilda estaba sentada. « ¿De la misma manera que mi hermana te recibió, no la recibirás tú cuando llegue al país? » « Lo haré con gusto », respondió ella, « pues les estoy muy agradecida. »

El poderoso rey continuó: « Llegan mañana temprano: si quieres recibirlos, es menester que nos apresuremos para que no lleguen á la ciudad antes de vernos: nunca he recibido á huésped á quien quiera tanto. »

Hé aquí que llega Sigfrido con su tropa de señores. Por todas partes en la llanura, se veía cabalgar á los héroes en numerosos grupos.

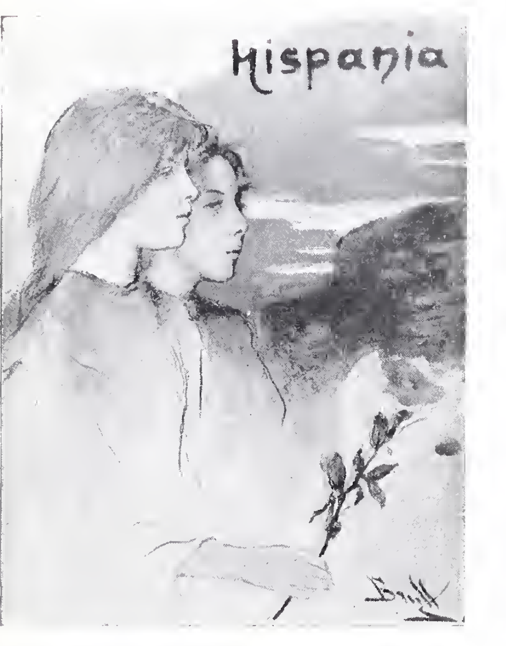
Cuando el jefe del país vió á Sigfrido y al rey Sigemundo, les dijo en tono afectuoso: « Seáis muy bien venidos por mí y por mis amigos; orgullosos y felices nos sentimos de vuestro viaje á nuestra corte. »

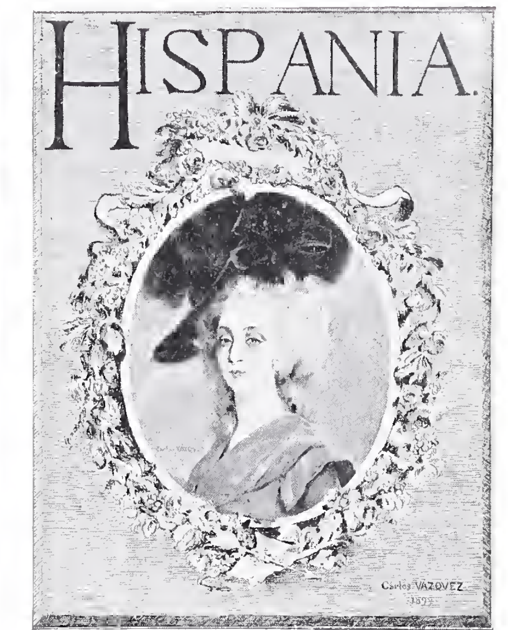
« Que Dios os lo recompense », dijo Sigemundo, aquel hombre honrado. « Desde que mi hijo Sigfrido se hizo vuestro amigo, tenía en el alma el deseo de conoceros. » El rey Gunter le respondió: « Esa alegría me ha sido otorgada. »

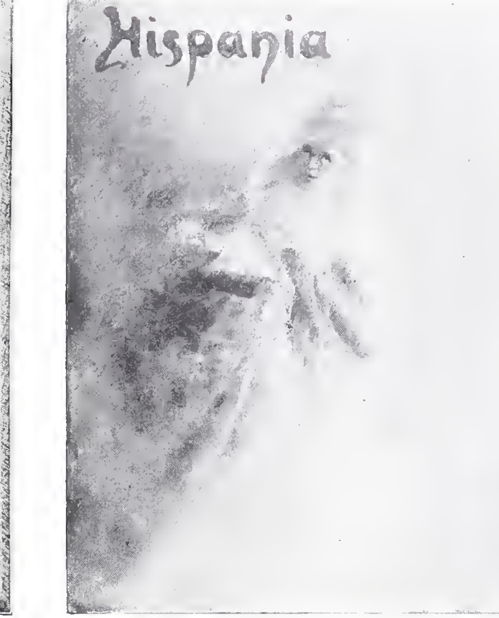
Sigfrido, según le correspondía, fué recibido con los más grandes honores; nadie lo quería mal. Grande actividad desplegaron Geiselher y Gernot; nunca huéspedes fueron recibidos de una manera tan cordial.

(Continuará)

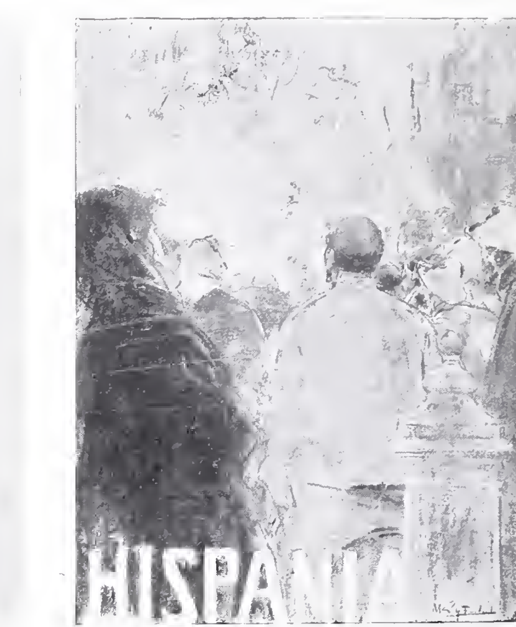
COLECCION DE TARJETAS POSTALES publicadas por la casa HERMENEGILDO MIRALLES







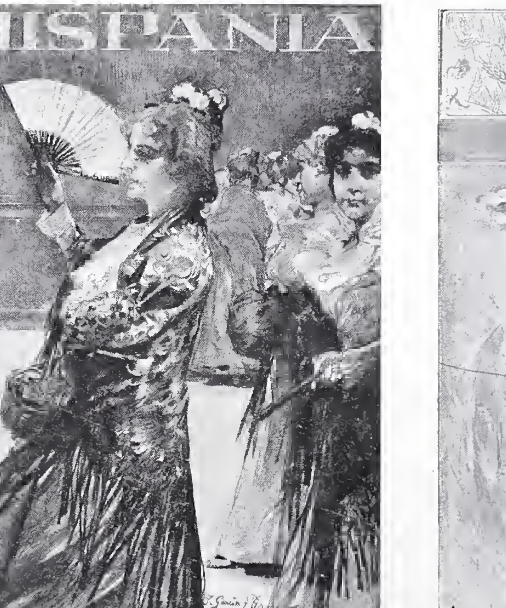


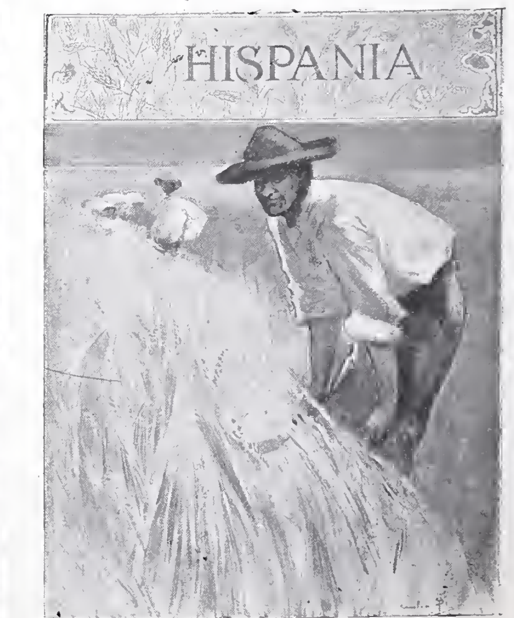












50 Escudos de provincias ☙ 25 Artistas españolas ☙ 25 Toreros ☙ 25 «Hispania»


HISPANIA



JUAN LLIMONA.—ESTUDIO AL CARBÓN



La Excma. Señora Condesa del Castellá

Directora de MANOS BLANCAS

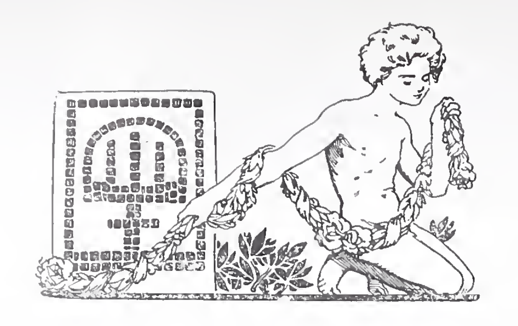
Ganoso de hacer de *El Liberal* en Barcelona un periódico «para todos», templando algún tanto la aridez de unas páginas en que la ciencia y la política suelen hacer el mayor gasto, Dario Pérez, uno de los periodistas más expertos y más talentudos de España, tuvo el pensamiento feliz de publicar todos los jueves en *El Liberal* en Barcelona una hoja exclusivamente literaria, consagrada especialmente á la mujer y por la mujer redactada. Al salir á luz la primera hoja, ya se expuso el programa, que se comenzó, al mismo tiempo, á cumplir; después, en las hojas sucesivas, ha visto el público cuan poca distancia existe, cuando hay actividad y talento, de la teoría á la práctica.

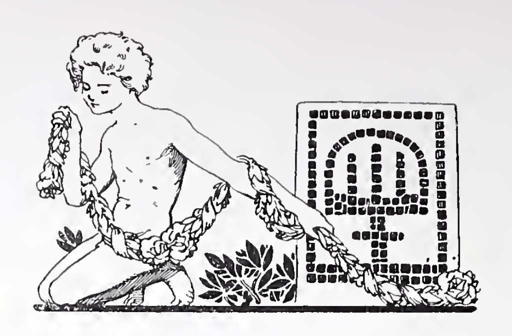
Pero el triunfo mayor de Dario Pérez fué el conseguir que la condesa del Castellá aceptase, tras muchos ruegos y no pocos persuasivos discursos del mencionado Dario, la dirección de la exquisita y amena hoja, que tomó el título de *Manos Blancas*. Preocupada por la magnitud de la empresa, modesta hasta la exageración, con un miedo cerval al público, oponía resistencias, presentaba dificultades que, una por una, fueron vencidas por el jefe de *El Liberal,* en su deseo de complacer á los numerosos lectores de la publicación que tan acertadamente dirige.

Si fué vencida la modestia de la insigne escritora, no así su entusiasmo, el noble entusiasmo que ha puesto en la dirección de la hoja artística á su talento confiada. Su ingenio, que es de primer rango, su cultura, que es variada y extensa, sus ardimientos juveniles, su devoción al arte, su amor á la patria, sus ansias generosas de progreso, todo está ahí, en esa hoja de los jueves de *El Liberal,* especie de himno armonioso y poético que canta la mujer española, redimida por el progreso, santificada por la virtud, vencedora, por el esfuerzo de la inteligencia, de la esclavitud de la ignorancia.

Obrero yo el más humilde de ese gran taller de *El Liberal,* hago votos ardentísimos por la gloria y por la fortuna de esas hermosas «manos blancas» que vienen á unirse con las nuestras, endurecidas por el trabajo, ennegrecidas por el humo de tantos sueños: «manos blancas», que simbolizan para nosotros la misión altísima de la mujer en la sociedad; de la mujer que con sus «manos blancas» escribe en el alma de la juventud el poema inefable del amor; de la mujer que, con sus «manos blancas», cura, piadosa, nuestras heridas; de la mujer que, con sus «manos blancas», mulle, amorosa, la almohada en que busca descanso la cabeza del combatiente, del soñador y del apóstol; de la mujer, en fin, que con sus «manos blancas» borda la bandera del ideal, junto á la cual nos agrupamos, para defenderla y llevarla al triunfo, los soldados de las ideas.

Antonio Cortón





EL SEÑOR DE PEÑARÁN

La Iglesia, madre y señora,
celebra una hermosa fiesta,
pues á bautizar se apresta
á Zulí la bella mora;
dobla campana sonora
desde la torre cercana,
y en tan solemne mañana,
del mundo para consuelo,
muestra el Dios que está en el cielo
su clemencia soberana.

¿Quién no conoce á Zulí,
á la mora de ojo azul,
de cabello como tul
y de labio carmesí?
¿Quién osa exclamar: la vi,
sin añadir: la adoré?
¿Qué mortal, decid, la ve
por una vez solamente,
que no pondere vehemente
su andar, su talle y su pie?

Plugo á Dios que comprendiera
del Islam la sinrazón
y á la sacra religión
su alma grande convirtiera.
Que de lo humano en la esfera
no hay otro recto camino
para alcanzar lo divino,
llegando á seguro puerto,
que el que señala el experto
crucificado marino.

Don Garcés de Peñarán,
por su buena ó mala estrella,
vió un dia á Zulí la bella
y entró en su pecho el afán;
despreciando el que dirán
altos proyectos rompió,
solo á Zulí requebró
y sin reparar rigores,
ofrecióle sus amores
aunque en vano le ofreció.

A aquel á quien las beldades
escuchaban diligentes,
al señor, rey de las gentes,
dueño de cien heredades,
árbitro de voluntades
y orgulloso cual ninguno,
daba el orgullo moruno
harto dura una lección,
que excita más su pasión
cual no la excitó ninguno.

¿Porqué, siendo Peñarán
espejo de buen talante
y de atractivo semblante,
rico, valiente y galán,
hace Zulí el ademán
de no apreciar tal favor
cuando aquel, ebrio de amor,
por la mora se desvela?
Porque Zulí solo anhela
ser esposa del Señor.

Don Garcés con desconsuelo
pide le digan un nombre
para matarlo si es hombre
cara á cara en feroz duelo;
pero á luchar con el cielo
no se atreve el infeliz,
y aunque comprende el desliz
de su mente arrebatada,
no puede ver arrancada
tan penetrante raiz.

Y ardiendo de ira en destellos
maldice su suerte avara,
se abofetea la cara
y se mesa los cabellos:
pensando en los ojos bellos
del objeto de su amor
la razón pierde el señor
don Garcés de Peñarán,
más rico que Abderramán,
más valiente que Almanzor.

RAMÓN PÉREZ VILAR





La Venganza de una Chula

No hay que negar que Rita era lo que se llama una real moza; y cuando, envuelta en su pañolón de Manila, acompañada de su *Ugenio,* que era el que la había flechado y con el cual tenía que casarse, aparecía en una de las muchas verbenas que en Madrid se celebran, se llevaba de calle la admiración pública.

No era menos buen mozo su novio, que con chaqueta corta, tufillos, sombrero cordobés y grueso bastón en la mano, parecía desafiar al mundo entero, llevando del brazo á aquella garrida moza que iba derramando hermosura, salud y alegría por todo su cuerpo.

Hacía muchos años que se conocían, desde niños, y hacía muy pocos que se idolatraban: tres solamente, desde que á la pobre Rita se le murió la madre, que era su único apoyo en el mundo.

Eugenio era carpintero, y sólo aguardaba á ganar un jornal de cua-

tro ó cinco pesetas para que el párroco les echase la bendición.

¿ Pero cómo había de llegar á ganarlas, si la mayor parte de la semana se la pasaba jugando á la timba en los tugurios del barrio, ó yendo de juerga á las Ventas, ó de capea por los pueblos de la provincia ?

Á veces Rita le cogía por su cuenta y le ponía como nuevo, reprochándole su vida, pero él la hacía cuatro mimos, soltaba una chuscada, llamándola, por ejemplo, *ciudadana Nerón*, y volvía tan fresco á las andadas, porque, eso sí, Eugenio era más desahogado que una plaza de toros.

El tiempo pasaba, él no hablaba de matrimonio, y ella empezaba á preocuparse. Era preciso que aquello concluyese. No se iban á pasar la vida hechos unos tórtolos. Ella abordó la cuestión.

— Ugenio, le dijo, hemos de tomar una resolución. ¿ Nos casamos u qué ?

— Sí, hija mía; pero aguarda á que me suban el jornal. Si te casas con miquis, no quiero que vaigas más á la frábica, y pa eso es preciso que yo tenga posibles.

— ¿ Y si no los tienes nunca ? Mira, yo ya estoy harta de que me acompañes de mi casa á la frábica y vriceversa... ¿ Ganas tres pesetas ? Pus con ellas me contento. Yo seguiré haciendo pitillos, y con mi jornal y el tuyo, vamos á estar hechos unos reyes.

— Sí, unos reyes de baraja. ¿ Tú crees que yo voy á tener la indiznidaz de dejarte dir al trabajo ? En jamás de los jamases.

— Sí, pero mientras tanto se pasa el tiempo y cada vez te guerves más perdío, y vas menos á la carpintería y más á la taberna. Hemos de hablar en serio. ¿Cuándo nos casamos?

— Cuando quieras.

— Pus mañana mismo.

— No t'arrebates tanto. Deja pasar estos meses de verano y allá pa el otoño, por estas que son cruces, emparentaremos hasta la eternidaz.

Consintió ella en el aplazamiento, y siguieron *i due promesi sposi* haciendo la vida de costumbre.

* * *

Unas cuantas calles más abajo de donde vivía Rita, tenía su domicilio el señor Pedro, viudo de unos cincuenta años, que vivía con su hija Dolores, una rubia que traía alborotados á todos los mocitos del barrio, pues como guapa, lo era, y de veras.

El señor Pedro había sido contratista de caballos para los toros, y además le habían tocado en cierta ocasión diez mil duros á la lotería: de modo que era un potentado en aquellos barrios, de los que no quería salir, porque en ellos había nacido y en ellos quería morir.

Era el señor Pedro un hombre alegre, muy aficionado á las caras bonitas, y siempre que veía pasar á la gentil cigarrera, no dejaba de exclamar:

— ¡ Ay, madrecita de mi alma ! ¿ Á dónde va el sol de estos barrios ?

— A la frábica, señor Pedro.

— ¡ Ay, y quien juera pitillo pa que me estrujases entre tus dedos !

— ¿ De veras ?

— Chiquilla, ya te lo he dicho otras veces. El día que un novillo te estropee á Ugenio, ú te lo envíen á Ceuta, que todo pudiera suceder, aquí tienes á un hombre dispuesto á llevarte al altar hasta con palio y todo, porque sí y porque lo vales.

— Usté está de aquí, le decía Rita señalándose la frente con el índice, y se iba riéndose á carcajadas.

* * *

Seguían su curso acostumbrado los amores de nuestros héroes, cuando llegó la verbena de San Juan, y en ella se presentó la esbelta pareja, llamando como siempre la atención, ella por su garbo y él por su empaque.

El tío Pedro, que estaba con su hija Dolores refrescando en una mesa, los llamó para que tomasen algo, y á su lado se sentaron.

Comenzó la conversación y el copeo. Cuando tocaban un baile se levantaba Eugenio, y bailaba alternativamente con Dolores y con Rita.

Ésta notaba con despecho mal disimulado que su novio se volvía una jalea con la hija del señor Pedro, y al final de la verbena, cuando las copas habían hecho su efecto y los dos hombres estaban á medios pelos, el señor Pedro brindó por la sal de las morenas, y echaba una miradas incendiarias á Rita.

Enseguida, con voz algo trapajosa, llenándose el vaso hasta los bordes, Eugenio brindó por las rubias, es decir, por Dolores, y hasta se atrevió á llamarla barbiana delante de la cigarrera.

Ésta no pudo aguantar mas, cogió del brazo á su carpintero, y se despidió con bastante sequedad del viudo y de su hija.

— Parece que te gustan las rubias, le dijo por el camino.

— Nada de eso. Su padre brindó por tí y yo brindé por ella. Me puse á la recíproca.

— No estás tú mala recíproca. Desde hoy, nada con esa señorita achulapada ni con su padre ¿Entiendes? Como si no los conocieses.

Y se despidieron uraños, cosa que no les había sucedido nunca.

Desde la noche de la verbena, Eugenio, con distintos pretextos, fué dejando de acompañar á Rita, hasta que llegaron á pasarse quince días sin verse.

No faltó quien dijese á la moza que con frecuencia se veía á Eugenio acompañando al señor Pedro y á su hija.

La pobre muchacha, para quien aquel hombre era todo en este mundo, porvenir, ilusiones, felicidad, sintió la herida y continuó disimulando.

Pero llegó un día en que él, brutalmente, rompió con ella y la dejó anegada en lágrimas.

Al mismo tiempo una vecina *caritativa* la enteró de la próxima boda de su prometido con la hija del señor Pedro.

Tanto se encendió la sangre de Rita, que al día siguiente, loca, sin saber lo que hacía, llegó á casa del señor Pedro, llamó, la abrieron y entró en ella, tropezándose de buenas á primeras con Dolores, á quien, con la llave del piso que llevaba en la mano, dió repetidos golpes en la cabeza, articulando gritos de fiera.

Los vecinos acudieron y las separaron, quedándose Dolores ensangrentada y marchándose ella con una altivez de reina triunfadora.

El escándalo fué grande y el asunto pasó al Juzgado. Á Rita le iba á costar caro aquel celoso desahogo.

Pero acudió el señor Pedro, medió entre su hija y la agresora, y todo el día andaba yendo y viniendo de una casa á la otra, consiguiendo por último echar tierra al asunto y hacer las paces entre las dos guapas mozas.

* * *

No se hablaba de otra cosa que de la boda de Eugenio y de Dolores en la barriada.

Él parecía haberse corregido, y ya no iba á jugar ni de juerga con sus compañeros, asistiendo asiduamente al taller. Dolores le manejaba mejor que la chula.

Ésta se puso una noche en acecho, y al salir Eugenio de casa del señor Pedro se le acercó.

El chulapo dió un paso atrás con cierto recelo.

—No te asustes, hombre, que no te voy á comer. Me han dicho que te casas.

— Así parece.

— Que sea enhorabuena. Yo también me caso.

— ¿Qué me dices?

— El mismito día en que tu lo hagas.

— ¿Y con quién? ¿se puede saber?

— Con el señor Pedro.

— ¡Ave María Purísima!

— Sí, arrastrao, hombre sin entrañas; no me has querido como mujer y me tendrás que tragar como suegra.

* * *

Las dos bodas se celebraron el mismo día. Rita fué quien estuvo más animada, y bailó y se cantó con mucho brío, mientras el señor Pedro la contemplaba estático y su hija Dolores la aplaudía con entusiasmo.

Los dos matrimonios vivieron juntos y comenzó Rita á desarrollar el plan que se había propuesto.

Se hizo íntima amiga de su hijastra y dueña absoluta del señor Pedro.



Y comenzó Cristo á padecer, es decir, comenzó Eugenio á saber lo que era una madre política de la clase de chulas.

Ella agriaba todas las cuestiones entre los jóvenes recien casados, que eran dos caracteres incompatibles, obligaba á intervenir al señor Pedro, intervenía ella también, y aquella casa era un infierno.

Eugenio, que se había casado por el dinero nada más, para hacer la vida de gandul, tuvo que trabajar, y se le obligaba á entregar el jornal y á recogerse temprano, y no se le daba dinero para tabaco, y la suegra sobre todo le daba una vida de perros.

Un día, recordando lo que había sido, quiso echárseles de hombre y amenazó con andar á bofetadas con toda la familia. Nunca lo hubiera dicho. Entre su mujer, Rita y el señor Pedro, le arrinconaron á escobazos y le dejaron hecho una lástima.

Eugenio decayó mucho. Ya no era aquel chulo elegante que atraía las miradas de todas las mujeres. Mal peinado, alicaído, sin un céntimo en el bolsillo, con la ropa muy usada, y á veces hasta con hambre, inspiraba verdadera compasión.

Su mujer, al convencerse de que sólo se había casado por el dinero, había llegado á despreciarle.

Un año llevó esta vida el infeliz, extranjero en su propio hogar, sin cariño, sin calor, con el alma desolada y sin esperanza de mejorar.

Harto ya, y conociendo, aunque tarde, que estaba pagando la picardía que había cometido, resolvió expatriarse.

Un amigo le prestó algún dinero, con lo que pudo llegar á Santander y embarcarse para América, huyendo de una suegra que pudo haber sido su querida, su adorada mujercita.

En cuanto á Rita, continuó alegrando aquel hogar con sus risas y canciones.

Sin embargo, cuando se quedaba á solas, se le escapaba un hondo suspiro arrancado de las entrañas. Y es que aquel cruel desengaño había atado su porvenir, apagado sus ilusiones y convertido en un erial sus doradas esperanzas.

Porque la gente de pueblo, como dice el popular sainete, tiene también su corazoncito.

Daniel Ortiz

Ilustraciones de C. Vázquez





J. BORRI — A VERANEAR

Arcones españoles, Esgrafiados y Taraceas



Caja-banco, española, del Renacimiento
De la colección del doctor Don José Viñeta-Bellaserra

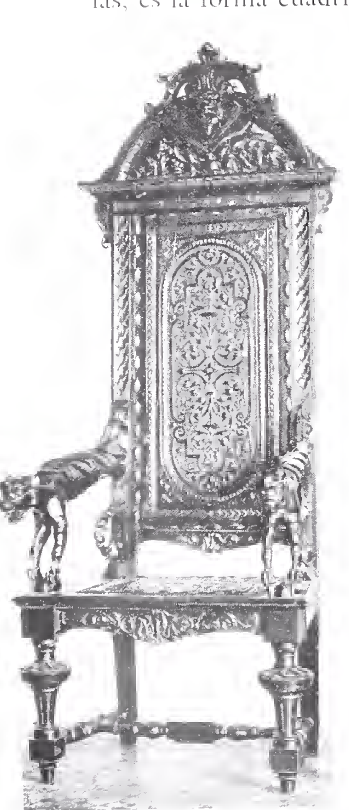
Esta clase de muebles generalizóse en España, como hemos dicho en el artículo anterior, propagándose de Italia á Mallorca y de ésta á Cataluña y á Valencia primero, y luego al resto de la Península.

Parece que los primeros que aquí se hicieron, fueron destinados á magnates, siendo obra de escultores italianos, que habían venido á nuestras provincias para construir ó decorar monumentos y sepulcros, como aquel célebre Nolano, ilustre autor del panteón que en Bellpuig se erigió á don Raimundo de Cardona.

Tal vez tallaría también aquí arcones, en su larga estancia en nuestra región, al volver y al venir de Italia, el célebre Misser Doménech ó Domenico de Florencia, autor del panteón del Cardenal Cisneros.

Lo cierto es, que aquí se encuentran dichos arcones, tallados en nogal, roble ó haya, con las mismas esculturas que los de la península italiana.

Lo que distingue á las arcas esencialmente españolas, es la forma cuadrilonga rectangular y la tapa plana, siendo pronto más bajos y á propósito para servir de bancos y poder sentarse encima de ellos, tal como pasaba ya aquí con las cajas góticas. Así se les da el nombre de *Caixa-banchs*.



Sillón á gran dosel, estilo mixto de renacimiento y gótico
De la colección del Dr. Viñeta-Bellaserra

Estos arcones llegan á bajar hasta la medida de un banco usual, y entonces, á ambos lados de la tapa, que sirve de asiento, se colocan dos leones, dos aguiluchos, dos quimeras, ó simplemente dos brazos decorados con follajes ó caras; y un respaldo como el frontón de una cama de la misma época, se levanta majestuoso, lleno de esculturas decorativas, con un remate, en el cual casi siempre figura el escudo de armas de la casa, ó los emblemas de la corporación ó cofradía á la cual la *Caja-banco* pertenece.

En las cajas ó arcones españoles los adornos se van simplificando á medida que se llega á fines del siglo XVI y que empieza el XVII.

En 1600 ya casi sólo están decorados por festones, caras, escudos, ó simples molduras geométricas, losanges, etc., y arcos planos y columnitas ó pilastras. El decorado se vuelve plano. Entonces entra el esgrafiado y se generaliza la incrustación de maderas.

La ornamentación esgrafiada no es probable que proceda de Italia, aunque poco se sabe de ella. Tal vez provino de Francia, de la escuela de Borgoña.

Para que resaltaran estas tallas planas, pintábanse los fondos, por lo general de bermellón, de azulado verdoso, ó se doraban mate, pasando por encima el aceite de nueces, el betún y la cera, que les daba medias tintas, apagando los brillos excesivos y quedando el mueble de tonos sumamente simpáticos á la vista. Á veces se pintaban completamente los atributos ó emblemas de los escudos y los lemas de las cintas decorativas, como se había hecho ya en la Edad Media.

La llamada (mal llamada y luego diremos el por que) *Taracea*, en los arcones, arcas, arquillas y demás muebles, reconoce otro origen.

Los árabes españoles, antes que nadie en Europa, fueron los maestros de los alicatados, mosaicos é incrustaciones de madera, nácar y metales, habiéndolo traído á España de Persia, la que lo había heredado de las antiguas civilizaciones orientales.

Á los árabes españoles, de una parte, y á los bizan-

tinos, de otra, se debe la incrustación de los muebles, que se estendió ya, désde fines de la Edad Media, por todas las riberas del Mediterráneo.

Así, lo mismo que en toda España, alcanzó gran boga en Florencia, Siena, Venecia, Ravena y otras ciudades Mediterráneas, el arte de la Taracea, á partir del 1500, aumentando extraordinariamente en el 1600 y años siguientes.

Es evidente que los venecianos, en su comercio con el Imperio Bizantino, impresionados por los mosaicos, por los damasquinados, por las incrustaciones de los esmaltes que revestían las cúpulas de los edificios, por los alicatados y policromados del interior de las iglesias, por las estrias, coloradas y con aplicaciones, que veían en la Gran Metrópoli de Constantino, todo esto les sugirió la idea de imprimir un carácter análogo á los muebles, si es que ya no lo observaran directamente, en aquellos muebles llenos de placas y de aplicaciones de metales preciosos, de marfil, de nácar y aun de pedrería.

Así alcanzaron este efecto, lo mismo los italianos que los españoles, haciendo cortes en hueco sobre una superficie lisa y plana de madera, é incrustando luego en dichos huecos trocitos de varias maderas, de hueso, de nácar, de marfil y aun de metales, puliendo la superficie luego y aplicándole una capa de encáustico ó de cera disuelta en esencia de trementina, para darle un tono traslucido.

Á este procedimiento se le dió en Italia el nombre de *Tarsia,* y en España, más tarde, por corrupción de la palabra, el de *Taracea.* Y á los artistas que ejecutaban este trabajo, en Italia llamábaseles *Intarsiatori,* y aquí en Cataluña *entreficaires* ó *enfiladors,* dándose el nombre de muebles *amb os ó boix entreficat ó enfilat* á las *taraceas* é incrustaciones, como se llamaba *Ferre amb aur é argent entreficat,* á los damasquinados de las armas y armaduras. (*)

En general, las taraceas primitivas tenían los dibujos claros, de una madera blanca ó amarilla sobre el fondo obscuro del nogal ó roble teñido, ó hecho subir de tono, con estracto de nueces ó betún refregado. Á veces en los dibujos tallados en hueco, se metía una pasta ó masilla que se dejaba endurecer, puliendo la superficie luego y dándole el estracto de nueces y la cera para que presentara un aspecto armónico agradable.

Pero pronto se complicaron las maderas y los materiales, hasta construir un verdadero y lujoso mosaico en los muebles que decoraban, llegando á hacer con la tarsia verdaderos cuadros, en los muebles particulares y en los sillones y arrimaderos de los palacios y de los coros, en lo cual se distinguieron Fra Giovanni di Verona, Fra Benedetto Maiano y Fra Damiano Bergamese. Á éste alude Vesari cuando habla de la hermosa sillería del coro de San Estéban de Bérgamo, en el que puso asuntos sacados de los cuadros de Rafael.

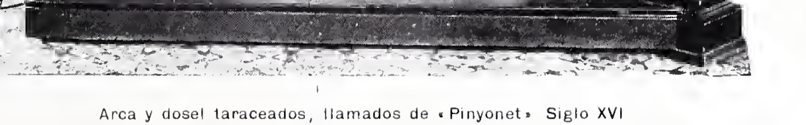
En Cataluña son harto conocidos los cofres ó arcones y arquillas *d'obra de Girona,* con taracea de boj sobre nogal, con un dibujo del Renacimiento á la vez sobrio y holgado, de marcada influencia italiana, lo mismo que los *de pinyonet,* muebles de madera de nogal ó roble, con arabescos, formados por pequeñísimas piezas de hueso ó de marfil, alternando á veces con el nácar, *taraceas* que muestran un manifiesto origen morisco.

Así hallamos en nuestra patria ambas influencias, la italiana y la morisca.

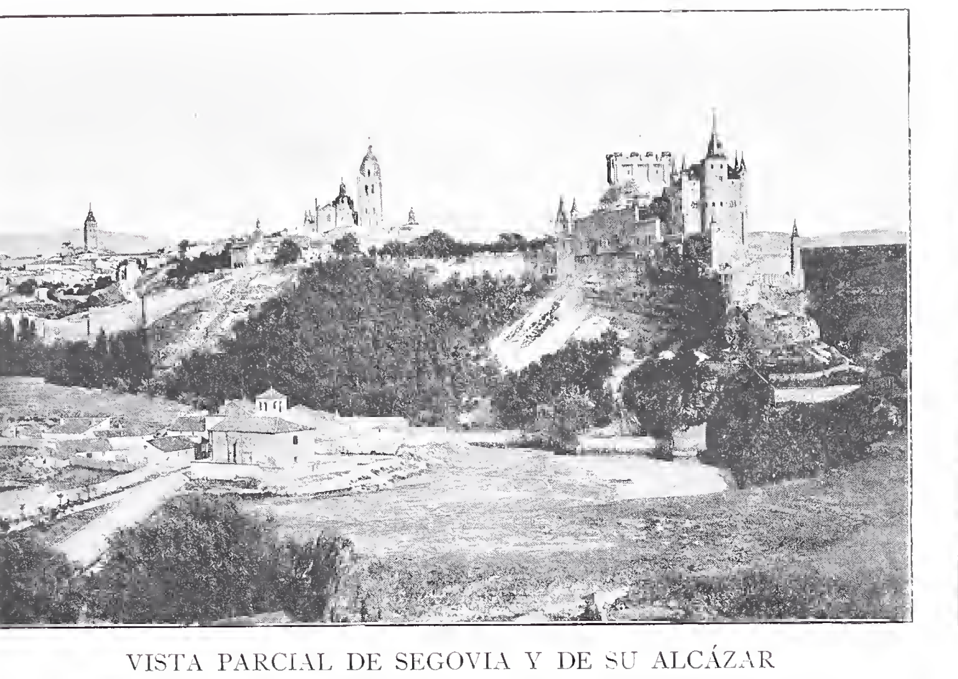
Al hablar de las arquillas volveremos á ocuparnos de estos géneros de decorado, y á más entraremos en los placados de marfil con dibujos ó esgrafiados.

Pompeyo Gener

(*) Tomamos este dato de un testamento del siglo XVI de una familia nobiliaria de cerca Santa Coloma de Farnés, en el cual figura el inventario del mueblaje y armamento del Castillo.



Arca y dosel taraceados, llamados de «Pinyonet» Siglo XVI
Restaurada por la casa Juan Puigdengolas. — De la colección del Dr. D. José Viñeta-Bellaserra

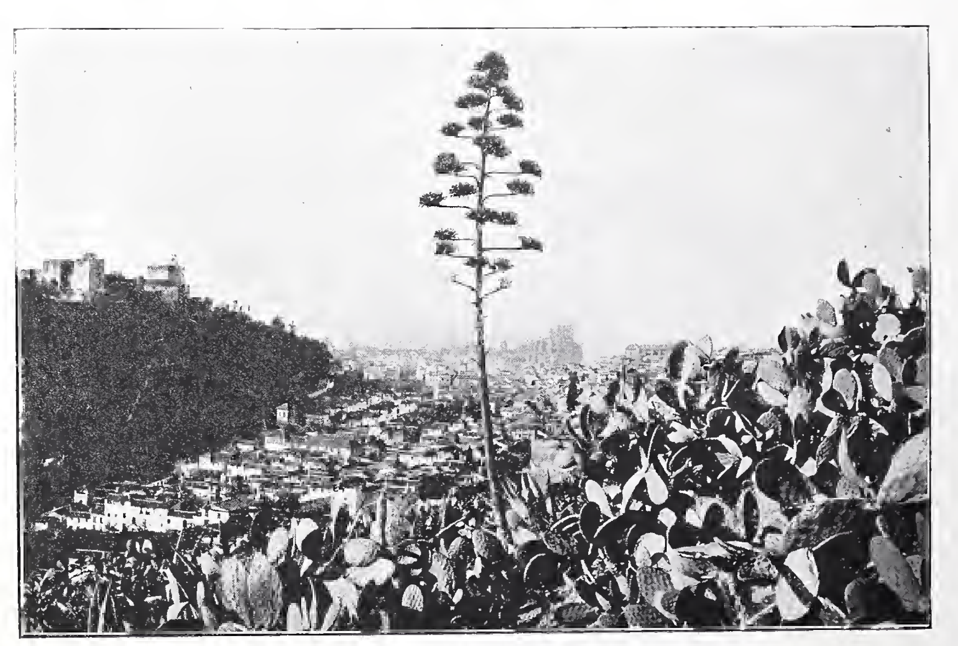


VISTA PARCIAL DE SEGOVIA Y DE SU ALCÁZAR



LA PUERTA JUDICIARIA EN LA ALHAMBRA DE GRANADA

LA LONJA DE LA SEDA EN VALENCIA



VISTA DE GRANADA Y DE LA ALHAMBRA



Le conocí en París, donde, como es sabido, van á parar todos los fenómenos de las cinco partes del mundo sin que nadie les enseñe el camino. Allí ejercen los oficios más ignorados y extraños, ni siquiera soñados por Fígaro en sus modos de vivir que no dan de vivir. Llamábase don Hermeguncio y no era hombre de poco más ó menos, sino que se dedicó toda su vida á labores dignas de su inteligencia preclara y aun clarividente. Logró meter la cabeza en casa de un editor, en calidad de «simple corrector de pruebas», según él confesaba en sus ratos de modestia, y de «director literario», según aduladoras lenguas.

Naturalmente, don Hermeguncio se dejaba llamar director literario y, además, sabio, geógrafo, erudito y hasta nigromante, porque su vanidad era infinita, pero es lo cierto que las pruebas siempre las corrigió desastrosamente, hasta el punto de contar un enemigo en cada autor que le confiaba el cuidado de corregir alguno de sus libros.

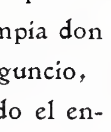
Contaba cincuenta años y llevaba lo menos quince corrigiendo: extraña perseverancia, pero explicable al fin, porque el buen señor no acertaba á emplearse en otras labores más altas: esto explica muchos casos de virtud, constancia y fortaleza, que sorprenden y se admiran injustamente.

Los sociólogos modernos han expuesto una doctrina tan antigua como el mundo, de otro modo bautizada aunque practicada de la propia suerte: la utilización del hombre. Nacen muchos con esta doctrina en la masa de la sangre, y don Hermeguncio era uno de ellos. Como por sí solo fuese incapaz de hilvanar ni siquiera media idea, imaginó ¿qué dirán ustedes? pues hacer una enciclopedia, es decir, que se la hicieran. Él se encargaría de dirigirla, y sobre todo de firmarla con letras muy gordas; y si no solito, colocando bajo su radiante nombre otros dos, todo lo más, pero con tipos más menudos, que resultaran aplastados y borrados por el suyo.

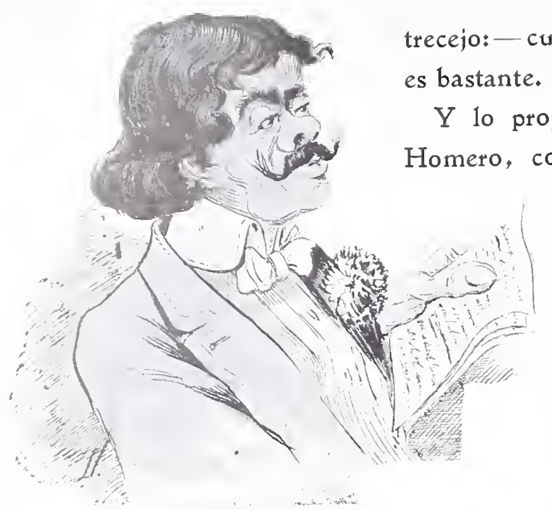
Y como lo pensó lo hizo, pues ya queda dicho que era hombre perseverante. Aquella máquina infernal comenzó á funcionar con toda regularidad y al poco tiempo de empezar á menearse andaba ya solita.

Á hacerla marchar fueron colaboradores españoles, americanos é hispano-americanos, y don Hermeguncio, hecho un Diderot, un d'Alembert y un Perico Larousse, todo en una pieza, presidía los *fusilamientos* en la mesa grande. Cubría su cabeza el gorro de la sabiduría; su rostro estaba poblado de luenga barba que don Hermeguncio se mesaba henchido de gozo por las trascendentales funciones que ejercía y semejaba el de un astrólogo interpretando los misterios de lo venidero. Á pesar de lo cual, don Hermeguncio no veía más allá de sus narices, que por cierto eran muy diminutas. ¡Oh perpétuas macabreces de la vida humana! Aquel hombre tan incapaz de gustar el arte como de penetrar ni siquiera un átomo de ciencia, era el encargado de tasar las líneas á los nombres más gloriosos que la humanidad haya producido.

— ¿Cuántas líneas se le ponen á Leopardi? — preguntaba un colaborador irresuelto.



— ¿Leopardi? - prorrumpía don Hermeguncio, frunciendo el en-



trecejo: — cuatro líneas, y ya es bastante.

Y lo propio pasaba con Homero, con Aristóteles ó con Garibaldi. D. Hermeguncio les tasaba líneas, sílabas y letras, con un aplomo y una competencia á que no llegaría el Instituto de Francia en pleno, al cabo de largos debates.

Era divertido ver cómo allí se allanaban las cuestiones algo dudosas que surgían á cada instante.

Un colaborador apelaba al testimonio autorizadísimo de su mujer para resolver la ortografía de una palabra. Otro al de un hermano suyo que gozaba fama de buen hablista. Había un señor peruano, que nunca puso los pies en España, el cual veía un americanismo en cada voz del Diccionario de la Academia.

— Sombrero; este es un americanismo del Perú, — decía, y así de las palabras más usuales, inclusos los nombres todos del vestuario masculino y femenino.

Discutíase allí sobre todo lo divino y lo humano, y la controversia se apetecía y se provocaba con el honrado fin de trabajar lo menos posible. Un asturiano colaboraba muy hábilmente en suscitar cuestiones peliagudas. El día que no se quería poner la pluma en el papel, el asturiano procuraba magnífico servicio á los amigos del ocio, que lo eran todos, sobre poco más ó menos, incluso el propio don Hermeguncio. Por fortuna el editor era hombre á quien no arruinaba aquel desmesurado amor á la conversación; de no haber sido así, la Enciclopedia no habría llegado ni á la letra C.

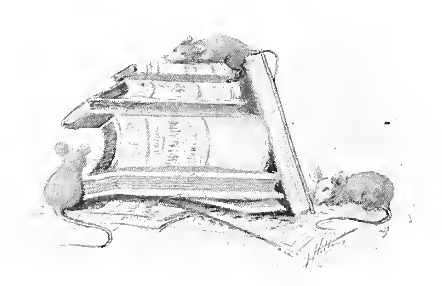
Otro sujeto, natural de Fuensalida, estaba encargado de escribir las biografías de santos. ¡Pobres santos! y que mal parados salían de la pluma del expenitenciario. Allí se leían noticias tan divertidas como esta: San Hilario, mártir; nació en Capadocia del año 12 al 15 de la Era cristiana. ¡Desdichado San Hilario que empleó nada menos que tres años en venir al mundo!

Otro colaborador que vino á la tierra en Lavapies, escribió al fin de una silueta: murió de un trueno. La competencia meteorológica de este madrileño estaba en armonía con la eclesiástica del exfuncionario de penales y con la enciclopédica de don Hermeguncio.

Al cabo de traspies monumentales en todos los ramos del saber humano, cometidos por aquellos colaboradores menesterosos, se llegó á la letra Z. Los paquetes de papeletas quedaron convertidos en dos enormes volúmenes con el nombre de don Hermeguncio al frente, estampado en gruesas letras coloradas. Se distribuyeron varios ejemplares á los periódicos de Madrid y á algunos de América. Pero como nadie se dignó dedicar una mala cuartilla á aquel informe mamotreto, la melancolía se apoderó de don Hermeguncio, que murió de duelo al verse víctima de tamaña injusticia.

C. Román y Salamero

Ilustraciones de *Villar*

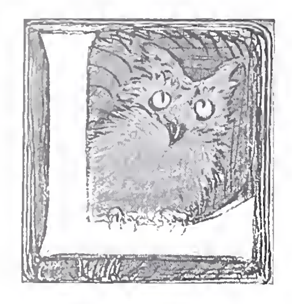




ABREVANDO

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)



Las mujeres de uno y otro rey se aproximaron. Todos se apresuraron á dejar las monturas y muchas hermosas mujeres quedaron á pie sobre el césped. Para ofrecer servicios á las damas, se manifestaban infatigables.

Las dos reinas se abrazaron y sus graciosos saludos alegraron á muchos caballeros. Allí se veían muchos guerreros que no se descuidaban en servir á las mujeres.

Inmediatamente llevaron á los huéspedes á sus aposentos. Entre tanto Brunequilda no dejaba de echar miradas a Crimilda, que estaba muy bella. Con el brillo del oro luchaba el esplendor de sus colores.

Por todas partes, en la ciudad de Worms, se oían los gritos de alegría de los guerreros. Gunter mandó á Dankwart, su aposentador, que tuviera cuidado de ellos; éste se ocupó inmediatamente en buscarles alojamientos.

Servíanlos con la mayor afección, sin ninguna mezcla de odio. El rey se sentó á la mesa con sus huéspedes; y se rogó á Sigfrido que ocupara el asiento que tenía antes. Con él fueron á tomar sitio muchos hombres valientes.

Doscientos guerreros estaban sentados á la mesa formando círculo. La reina Brunequilda pensaba que no había nadie tan rico como su vasallo. Sin embargo, lo quería aún mucho para desearle daño.

Al terminar la noche, cuando apuntaba el día, de los cofres de viaje sacaron las mujeres muchos vestidos, en los que estaban engarzadas piedras preciosas. Prepararon así muchos suntuosos trajes.

Antes de que fuera día claro aparecieron en el salón muchos caballeros y escuderos. Se escuchaban los toques de la misa que cantaban por el rey. Muchos jóvenes guerreros fueron á ella y el rey les dió las gracias.

Echaron pie á tierra ante la iglesia. Todavía Brunequilda no sentía odio ninguno. Llevando la corona entraron en la ancha nave; desde este punto el amor se trocó en un horroroso odio.

Después de oída la misa, volvieron con la misma pompa. Llenas de alegría se dirigieron á la mesa del rey: su alegría no se interrumpió en toda la fiesta, hasta el undécimo día.

La reina pensaba: «No puedo esperar más. Aunque me cueste gran pena, Crimilda no nos hace saber por qué durante tanto tiempo, su marido, que es nuestro vasallo, nos ha tenido privados de sus servicios: no quiero dejarle de hacer esta pregunta.»

Esperó la ocasión que le aconsejaba el demonio: la fiesta y los placeres los transformó en dolores y lágrimas. Lo que tenía en su corazón debía llegar: por esto muchos países experimentaron grande aflicción.

XIV

COMO SURGIÓ LA CUESTIÓN ENTRE LAS DOS REINAS

Un día, antes de vísperas, los guerreros movían gran alboroto en el patio del palacio. Para pasar el tiempo, se entretenían en juegos caballerescos y la multitud se había agolpado para verlos.

Sentadas la una junto á la otra estaban las dos poderosas reinas y pensaban en los dos héroes tan dignos de admiración. La hermosa Crimilda dijo: «Tengo un esposo á cuyo poder deberían estar sometidas todas las tierras de este país.»

La señora Brunequilda le respondió: «Eso podría suceder únicamente cuando tú y él vivierais solos, pero en tanto que Gunter viva, cosa semejante no puede suceder.»

Crimilda le replicó: «Mira hacia allá abajo, como él se adelanta majestuosamente delante de los demás guerreros á semejanza de la luna brillante entre las estrellas. Con razón yo me siento orgullosa.»

Brunequilda le dijo: «Por arrogante, leal y hermoso que sea tu marido, debes anteponer á tu hermoso Gunter el héroe, tu noble hermano.»

Crimilda dijo á su vez: «Es tan digno de afecto mi esposo, que no lo he alabado sin motivo. Grande es su gloria en muchas cosas, ¿no lo crees tú así Brunequilda? Por lo menos es igual á Gunter.»

«Menester es, Crimilda, que no comprendas mal lo que te digo, pues nada ha sido con mala intención. Oí decir á ambos el día en que ví al rey por primera vez, que Sigfrido no era más que un vasallo del rey: por esto lo he considerado también como mío.» La hermosa Crimilda le dijo: «En tal caso hubiera yo sufrido grave daño.

»¿De que modo mis nobles hermanos hubieran consentido en verme de este modo mujer de un vasallo.? Yo te pido, Brunequilda, amistosamente, que dejes de hablar así, en gracia á mi cariño.»

La reina respondió: «De ninguna manera lo haré: ¿cómo he de prescindir del servicio personal de tantos caballeros como nos están sometidos, con el héroe, por derecho de vasallaje?» Crimilda la hermosa comenzó á sentirse fuertemente irritada.

«Puedes desde luego renunciar á ello, pues jamás lo verás á tu servicio. Él está mucho más alto que mi hermano Gunter, el noble héroe. Dejarás pues de decir lo que de tu boca he oído.

»Extraño por demás me parece, que si es tu vasallo, que si sobre los dos tienes tan alto poderio, te hayas privado durante tanto tiempo del tributo de nuestros servicios.»

«Muy altiva te pones» le replicó la reina. «Ahora quiero ver si rendirá tantos honores á tu persona como á la mía.»

Crimilda dijo á su vez: «Pues bien, lo veremos: ya que te has atrevido á sostener que mi Sigfrido es un vasallo, los guerreros de ambos reyes decidirán hoy si debo entrar en la iglesia antes que la reina.

»Menester es que hoy mismo veas que soy noble y libre y que mi marido goza de mayor consideración que el tuyo. En este asunto no quiero sufrir ultraje. Hoy mismo verás que la esposa de tu vasallo marcha en la corte ante todos los héroes del país de Borgoña. Quiero probar que mi dignidad es más elevada que la de ninguna esposa de rey que haya llevado corona.»

Entre las dos mujeres se había levantado un odio furioso.

Brunequilda le respondió enseguida: «Si no quieres aparecer como vasalla mía, debes separarte con tus mujeres de mi acompañamiento, cuando vayámos á la catedral.» «Por mi fe» contestó Crimilda «así se hará.»

«Á vestirse mis damas» añadió Crimilda: «es menester que mi dignidad aparezca hoy sin deshonor.»

Cuarenta y tres vírgenes que había llevado á las orillas

del Rhin la acompañaban: llevaban ricas telas tejidas en la Arabia. De tal manera, las jóvenes se dirijieron á la catedral. Los guerreros de Sigfrido las aguardaban delante del palacio.

Las gentes manifestaban extrañeza por lo que ocurría. Veían á las dos reinas separadas caminando la una distante de la otra y no juntas como era costumbre.

Delante de la catedral estaba parada la esposa del rey Gunter. Muchos caballeros experimentaban gran placer contemplando á las hermosas mujeres. Pero mirad como se acerca la noble Crimilda con muy notable séquito.

Cuanto en trajes pudo llevar la hija de un noble caballero, era un soplo si se compara con los que llevaban las de su acompañamiento. Ella también llevaba sobre sí, tantas riquezas, que treinta esposas de reyes no hubieran podido ostentarlas.

Llegaron juntas ante la catedral: la señora de la casa del rey, movida por la furiosa cólera, mandó á Crimilda que se detuviera. «Ante la esposa de un rey no se debe poner la mujer de un vasallo.»

Así le contestó la hermosa Crimilda, animada por el furor. «Mejor fuera para tí haberte callado. Tú has deshonrado tu hermoso cuerpo: ¿cómo la concubina de un hombre puede llegar á ser esposa de un rey?»

«¿Á quién has llamado aquí concubina?» preguntó la esposa del rey. «Á tí», respondió Crimilda «tu hermoso cuerpo lo ha poseído primero Sigfrido, mi amado esposo: no es mi hermano quien te ha hallado virgen.

»¿Dónde estaba tu espíritu? ¿Es por criminal capricho por lo que te dejabas poseer del que era tu vasallo?»

«Por mi honor» replicó Brunequilda «todo esto lo diré á Gunter.»

«¿Qué me importa á mí? Tu orgullo te ha engañado: en tu discurso me has puesto como vasalla tuya. Con ello me has inferido una herida que me durará toda la vida: jamás te otorgaré ni mi afecto, ni mi confianza.»

Brunequilda rompió á llorar: Crimilda pasó delante y entró en la catedral con su acompañamiento primero que la esposa del rey.

Brunequilda, con las de su acompañamiento, se colocaron delante de la catedral. Ella pensaba: «Crimilda tiene que decirme por que me ha ultrajado la orgullosa mujer: si se ha alabado en verdad, le costará vida y cuerpo.»

Se acerca la noble Crimilda con muchos fuertes guerreros. Así le dijo la señora Brunequilda. «Detente aquí. Tú me has llamado concubina; demuéstramelo; tus palabras me han herido, no debes ignorarlo.»



La hermosa Crimilda le respondió: «¿Por qué no me dejas pasar? Yo lo pruebo con este anillo de oro que llevo en la mano. Sigfrido me lo trajo después de la noche que pasó contigo.»

Ella le dijo: «Ese noble anillo de oro me ha sido robado; hace mucho tiempo me lo ocultan malvadamente.»

Crimilda le dijo á su vez: «Yo no quiero pasar por una ladrona. Mejor hubieras hecho en callarte, si tanto estimas tu honor: pruebo con este cinturón que ajusta mi talle que no miento. Sigfrido ha sido tu amante.»

Llevaba un cordón de seda de Nínive con muchas piedras preciosas, que era muy hermoso. Cuando Brunequilda lo vió, comenzó á llorar. Fué menester que Gunter lo supiera y todos los que con él estaban.

La reina del país dijo: «Haced que venga el rey del Rhin; quiero decirle de que manera me ha ultrajado su hermana. Ella ha dicho ante toda la gente que he sido la amada de Sigfrido.»

Llegó el rey con sus guerreros, vió llorando á su Brunequilda y le dijo con dulzura: «Dime, esposa querida, quien te ha inferido ofensa.» Así le contestó al rey. «Con razón estoy afligida.

»Tu hermana quiere deshonrarme sin piedad y ante tí me quejo de ello; dice que su esposo Sigfrido ha sido mi amante.» El rey Gunter contestó: «Ha hecho muy mal.»

«Ella trae aquí mi cinturón, que yo había perdido y mi anillo de oro rojo. Si no procuras que yo quede libre de esta afrenta, señor, no te podré amar nunca más.»

El rey Gunter dijo: «Que lo llamen inmediatamente: es menester saber si en realidad se ha alabado de ello ó que el héroe del Niderland desmienta el hecho.»

Cuando el héroe Sigfrido los vió tan descompuestos, porque de aquello no sabía nada, dijo con vehemencia: «¿Por qué lloran estas mujeres? Quiero saberlo: y también, ¿por qué causa se me ha llamado á mí?»

Así le contestó el rey Gunter: «Siento gran dolor en mi corazón. Mi esposa, la señora Brunequilda, me da la noticia de que te has alabado de ser su primer amante. Así lo sostiene tu esposa la señora Crimilda: guerrero, ¿has hecho tú eso?»

«Nunca lo he hecho» respondió Sigfrido «y si ella lo ha dicho, yo le haré comprender que nunca lo debió decir y quiero probarte, señor, con mi más sagrado juramento, ante todos estos guerreros, que jamás dije semejante cosa.»

El príncipe del Rhin dijo: «Házmelo saber de ese modo. El juramento que tú me ofreces pres-

tar, será causa de que aleje de mi toda sospecha de que mientes.» Los Borgoñones se agruparon todos formando un círculo.

El fuerte Sigfrido levantó la mano en señal de juramento. El rico rey dijo: «Tu completa inocencia me ha sido perfectamente demostrada: Quedo convencido de que tú no has dicho lo que Crimilda afirma.»

El atrevido Sigfrido respondió: «Caro pagará el haber afligido á tu hermosa esposa; esto me causa el más grande de los pasares.» Los dos nobles y fuertes guerreros se miraron frente á frente.

«Debía enseñárseles á las mujeres, añadió Sigfrido el héroe, á prescindir de todas esas palabras insolentes. Prohíbeselo á tu esposa, y yo haré lo mismo con la mía. Tal inconveniencia me causa honda pena.»

Tal era la aflicción de Brunequilda, que muchos de la gente de Gunter sintieron piedad. Hagen de Troneja se acercó á su reina.

Le preguntó qué tenía, por que la hallaba llorando. Ella le dió la noticia. Él le prometió, levantando la mano, que el esposo de Crimilda sufriría la pena, ó nunca él se había de entregar á la alegría.

En tanto pronunciaban estas palabras, llegaron Ortewein y Gernot. Estos héroes acordaron la muerte de Sigfrido. También llegó Geiselher, el arrogante hijo de Uta; al escuchar sus razones, les dijo con lealtad:

«¡Oh! buenos guerreros, ¿por qué vais á hacer eso? Sigfrido no merece un odio tal que sea necesario quitarle vida y cuerpo. La menor ofensa excita el odio de las esposas.»

«¿Acataremos á bastardos? preguntó Hagen: de esto no resultará honor ninguno para muchos guerreros. Por cuanto él se ha alabado de mi amada reina, menester es darle muerte ó que yo perezca.»

El rey mismo dijo: «Nada nos ha hecho él, que no sea por nuestro bien y nuestra gloria: dejémosle la vida. ¿Qué os parecería si yo odiase á ese guerrero? Siempre nos ha sido fiel.»

Así habló el héroe de Metz, el señor Ortewein: «De nada le podrá servir su gran fuerza. Si me lo permitís yo le causaré todo el mal posible.» Desde entonces los guerreros fueron enemigos suyos, sin razón ninguna.

El rey dijo: «Dejad ese furor sanguinario. Él ha nacido para nuestro honor y nuestro orgullo; si con su terrible fuerza este hombre maravilloso supiera vuestros designios, no podríais resistirlo.»

«En manera alguna», replicó Hagen; «como quieras consentirlo, puedo prepararlo todo secretamente. Él pagará la pena de Brunequilda. Por lo demás, Hagen será siempre un enemigo para él.»

Así le preguntó el rey Gunter: «¿Cómo puede conseguirse eso?» Inmediatamente, le respondió Hagen: «Voy á decíroslo: nosotros haremos caminar por este país á unos mensajeros que no sean conocidos y que vendrán á declararnos la guerra.

»Enseguida haréis saber á vuestros huéspedes que vais á salir á la defensa con toda la gente: yo conseguiré el medio de matarlo y me lo dará la misma esposa del fuerte guerrero.»

XV

DE COMO HICIERON TRAICIÓN Á SIGFRIDO

A la cuarta mañana, se vió entrar á treinta hombres que caminaban á caballo: anunciaron á Gunter el rico que iban á desafiarlo.

Obtuvieron audiencia y se presentaron ante la corte. Dijeron que eran gentes enviadas por Ludegero, el mismo al que la mano poderosa de Sigfrido había vencido y llevado prisionero al país del rey Gunter.

Este saludó á los mensajeros y los hizo sentar. Uno de ellos dijo: «Dejad que permanezcamos de pie, hasta que digamos el mensaje que os traemos: tenéis por enemigos, no lo ignoréis, á los hijos de muchas madres.

»Ludegasto y Ludegero, á los que en otro tiempo habéis hecho sufrir grandes males, os desafían. Quieren atacar vuestro país con un ejército.» El rey comenzó á manifestarse irritado cuando supo tal noticia.

Hicieron que los falsos mensajeros se retiraran á sus alojamientos. ¿De qué modo nadie, ni Sigfrido, se hubiera podido librar de aquellas maquinaciones? Pero más tarde el dolor fué para los que las habían preparado.

El rey siguió el complot con sus amigos: Hagen de Troneja no le dejaba descansar. Los fieles al rey hubieran querido darlo todo al olvido, pero Hagen no abandonaba por nada su proyecto.

Un día Sigfrido los halló tratando de su traición. El héroe del Niderlad comenzó á interrogarlos: «Por qué están tan tristes el rey y sus guerreros? si alguno os ofendió, yo os ayudaré para que todos quedéis vengados.»

El rey Gunter dijo: «Estoy pesaroso y no sin motivo. Ludegero y Ludegasto me han desafiado y quieren atacar á mi país con un ejército.» El valiente héroe respondió: «El brazo de Sigfrido os ayudará, contribuyendo á vuestra gloria. Los trataré de nuevo como la otra vez. Convertiré en desiertos sus ciudades y sus campos, antes de volver. Os respondo con la cabeza.

»Vos con vuestros guerreros permaneceréis aquí. Dejad que yo con los míos salga al encuentro del enemigo, y os probaré cuan dispuesto estoy á serviros. Sabedlo bien: yo solo bastaré para que vuestros enemigos sufran grave daño.»

«Mucho me alegran tus palabras», le respondió el rey como si en realidad se sintiera favorecido por la ayuda que le ofrecían. El traidor se inclinó profundamente con falsía. El noble Sigfrido le dijo: «No tengáis cuidado ninguno.»

Caballeros y escuderos se prepararon para la expedición, si bien todo aquello era no más que para engañar á Sigfrido y á los suyos. Ordenó á los que con él habían venido del Niderland, que estuvieran preparados, y los guerreros de Sigfrido dispusieron sus aprestos de guerra.

Así dijo el fuerte Sigfrido: «Padre mío Sigemundo: permaneced en este país: si Dios nos proteje, pronto volveremos á las orillas del Rhin. Permaneced aquí alegre y contento al lado del rey.»

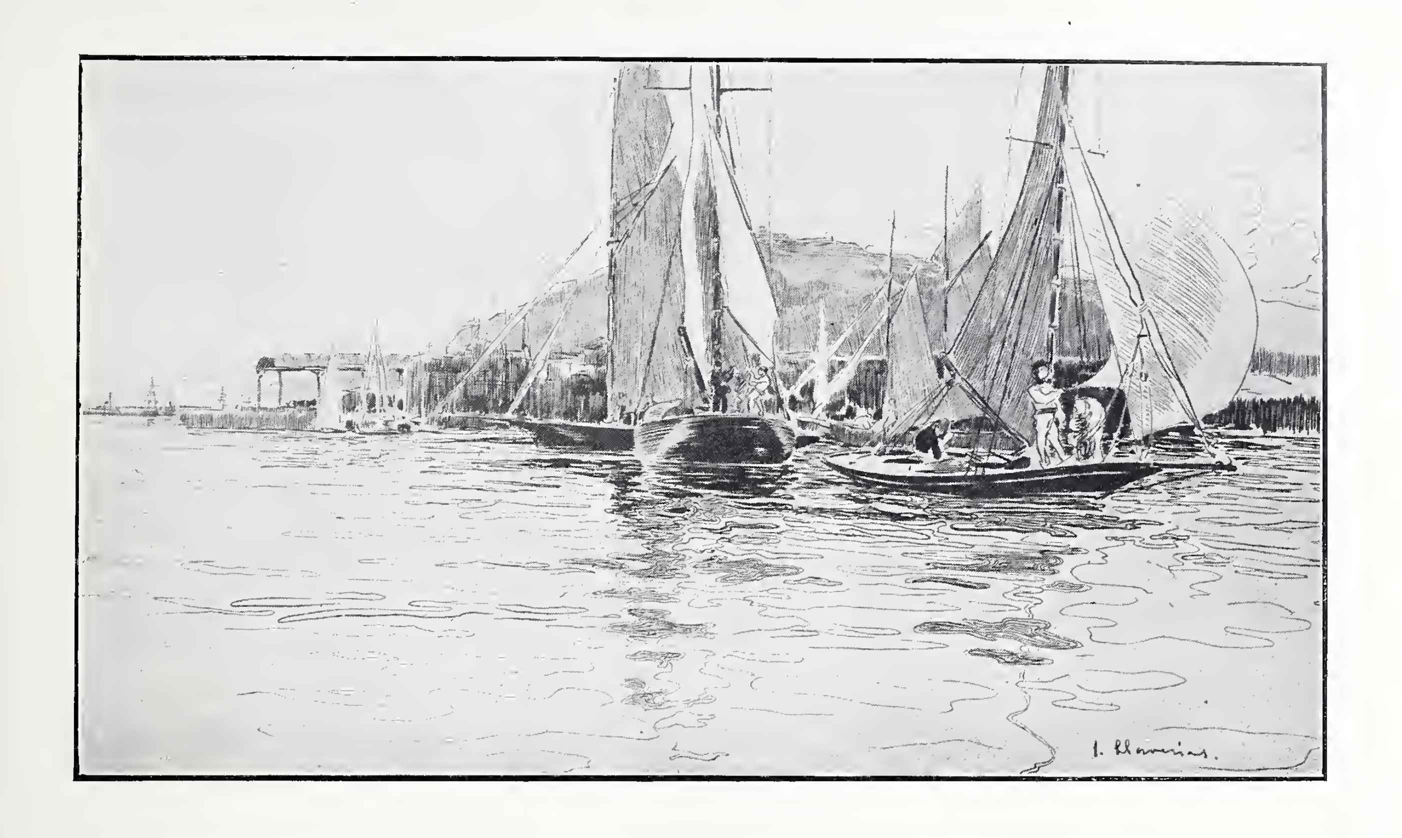
Sujetaron á los caballos yelmos y corazas; muchos nobles caballeros del país, se prepararon para marchar. Hagen de Troneja fué á dónde estaba Crimilda, para que le diera sus órdenes, pues iba á abandonar el país.

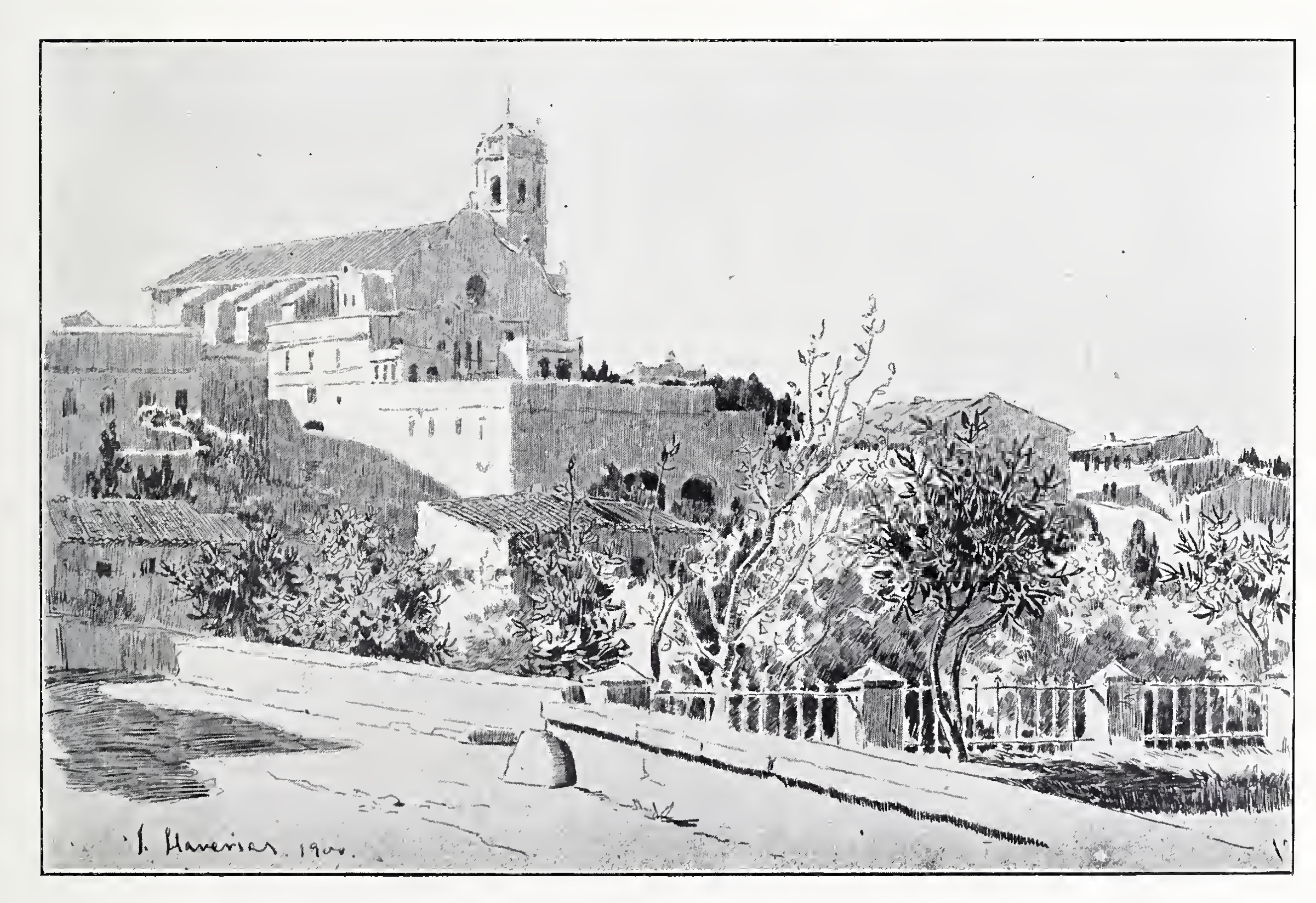
«Felicidad grande es para mí» dijo Crimilda «que haya podido conquistarme un hombre que sabe defender á mis buenos amigos, tan bien como mi señor Sigfrido.

»Querido amigo Hagen, pensad que estoy dispuesta á serviros y que nunca fuí enemiga vuestra. En gracia á esto, haced que pueda conservar á mi querido esposo; no debe él sufrir castigo por lo que yo he dicho á Brunequilda.

»Muy arrepentida estoy ya», añadió la noble esposa: «por este motivo él ha martirizado mucho mi cuerpo: su espíritu estaba contristado porque yo había dicho cosas, pero el fuerte y buen héroe, se ha vengado.»

(CONTINUARÁ

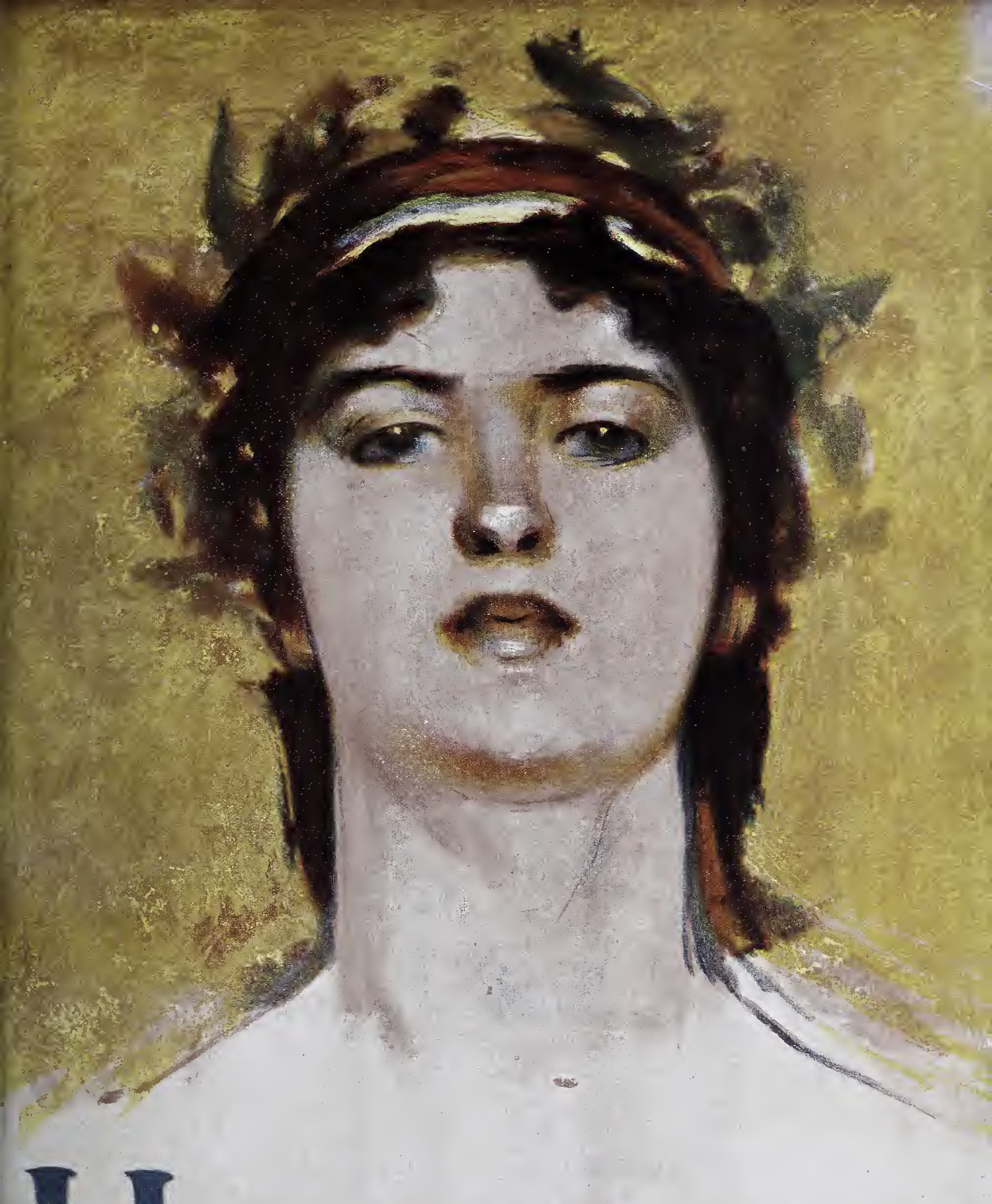




DIBUJOS DE LLAVERIAS



¡Mire que tiene bemoles este descubrimiento! ...¡Poder ver lo que lleva ahí dentro ese granuja sin necesidad de echarle el guante!



HISPANIA



SUMARIO

F. Soler y Rovirosa.— Final del acto 3.º de «La Redoma Encantada» (Teatro Principal de Barcelona)



EL DIPUTADO

Su triunfo electoral fué un escándalo. Sus íntimos, sus colegas, sus contertulios del café y billar de la Amapola, no daban crédito á la noticia, á pesar de haberla leído, escrita con letras gordas, en todos los diarios de Madrid. Tan enorme, tan inaudito parecía á todos aquella improvisación. ¡ Diputado á Cortes Luis Sancho !... ¡ Padre de la patria Luis Sancho !... ¿Qué había hecho *ese ?*... ¿ Qué títulos tenía *ese ?* ¿ Qué servicios había prestado á ningún partido *ese ?*...

Entre todos los de la *peña*, el más sorprendido, el más indignado con el triunfo de Sancho, el que echaba chispas por los ojos cuando se trataba del asunto, era Rodríguez, su paisano. Habían sido amigos y conmilitones desde la infancia. En el mismo villorrío de apartada provincia habían nacido, y juntos crecieron y, sin separarse jamás el uno del otro, aunque aborreciéndose á socapa, llegaron los dos á la adolescencia. A encontrarse volvieron, en las aulas del Instituto. Y en el primer peldaño de la Facultad de Derecho se separaron para no volverse á ver sino en el café y en el billar. Porque Rodríguez, que era una fiera para el trabajo, continuó sus estudios y se hizo abogado, mientras que Sancho, más aficionado á las buenas mozas que á la Instituta, ahorcó los libros de Derecho para meterse, como Fray Gerundio, á predicador.

— ¡ Qué país este ! ¡ Diputado Sancho ! — vociferaba Rodríguez, dando puñetazos sobre la mesa y haciendo desbordarse la cerveza contenida en la copa.

— Ya ves como se salió con la suya. « Yo iré al Congreso — nos decía siempre — mientras que vosotros, pelagatos, os moriréis aquí en el café.» Se salió con la suya, y después de todo, lo merecía, porque, como tener palabra bonita ... la tiene.

— Y ¿qué es tener palabra? — rugió Rodríguez. — ¿Qué es tener palabra ? En España todos somos oradores. Lo soy yo, lo eres tú, lo es aquél... Camarero ¿ no eres tú también orador ? ¿ Basta esto ? ¿ Basta esto para ser diputado ? ¡ Qué país este ! ¡ Diputado Sancho !

— No seas envidioso, Rodríguez. Hay que convenir en que Sancho será... todo lo que tu quieras, pero es orador, y con su palabra...

— ¡ Si habla como un cochero !...

— Déjame seguir... Y con su palabra ha hecho todas sus conquistas.

— Habrá sido con su hermosa presencia...

— Lo mismo da... Acuérdate de cuando estudiábamos retórica. Una hermosa presencia es, según los preceptistas, una de las condiciones del buen orador.

— Diputado ¡ por su linda cara ! ¡ Qué país este ! ¡ Diputado Sancho !

— Ya sabes la historia. Guapo, y siempre vestido con elegancia, porque hay sastres Mecenas que protejen al genio, y patronas...

— ¡ Pobre doña Tecla !...

— ... y patronas que le dan de comer á crédito, el hombre se dedicó á hacer el amor y á procurarse un buen partido, tropezándose en la Castellana con Rosita, niña del gremio de las feas, pero hija única del cacique del distrito de la Trampa. La siguió á provincias, la sugestionó con su oratoria apasionada y florida, y logró al fin su amor y con él la realización de sus sueños...

— Pero ¿ se ha casado ese botarate ?...

— Todavía no; pero de eso se trata. ¡ Cómo había de casarse si no tiene un céntimo !... No tener un céntimo, pero tener *una legislatura*, es ya algo. Siendo empleado, como tú y como yo, no podía pasar de los seis mil. Después de ser Diputado á Cortes, se puede obtener, según la ley, un gobierno de provincias. Y Rosita, que es vanidosa, ambiciona ser de cualquier modo (y, de lo contrario, amenaza al papá con meterse á monja) gobernadora de su ínsula. Y por todo lo cual ya tienes al hombre en el Congreso...

— ¡ Qué país este ! ¡ Diputado Sancho !...

— Y todo irá bien si doña Tecla, la patrona, *no introduce el pie...*

— Pues hay que hacer que *lo introduzca...* Y esa es nuestra misión — dijo Rodríguez, animando su rostro con una sonrisa mefistofélica.

— Nada menos que tres mil pesetas le debe. Vamos á verla con el pretexto de felicitarla y, de paso, la aconsejamos que vaya al Congreso y, en sesión pública, le suelte la escandalosa.

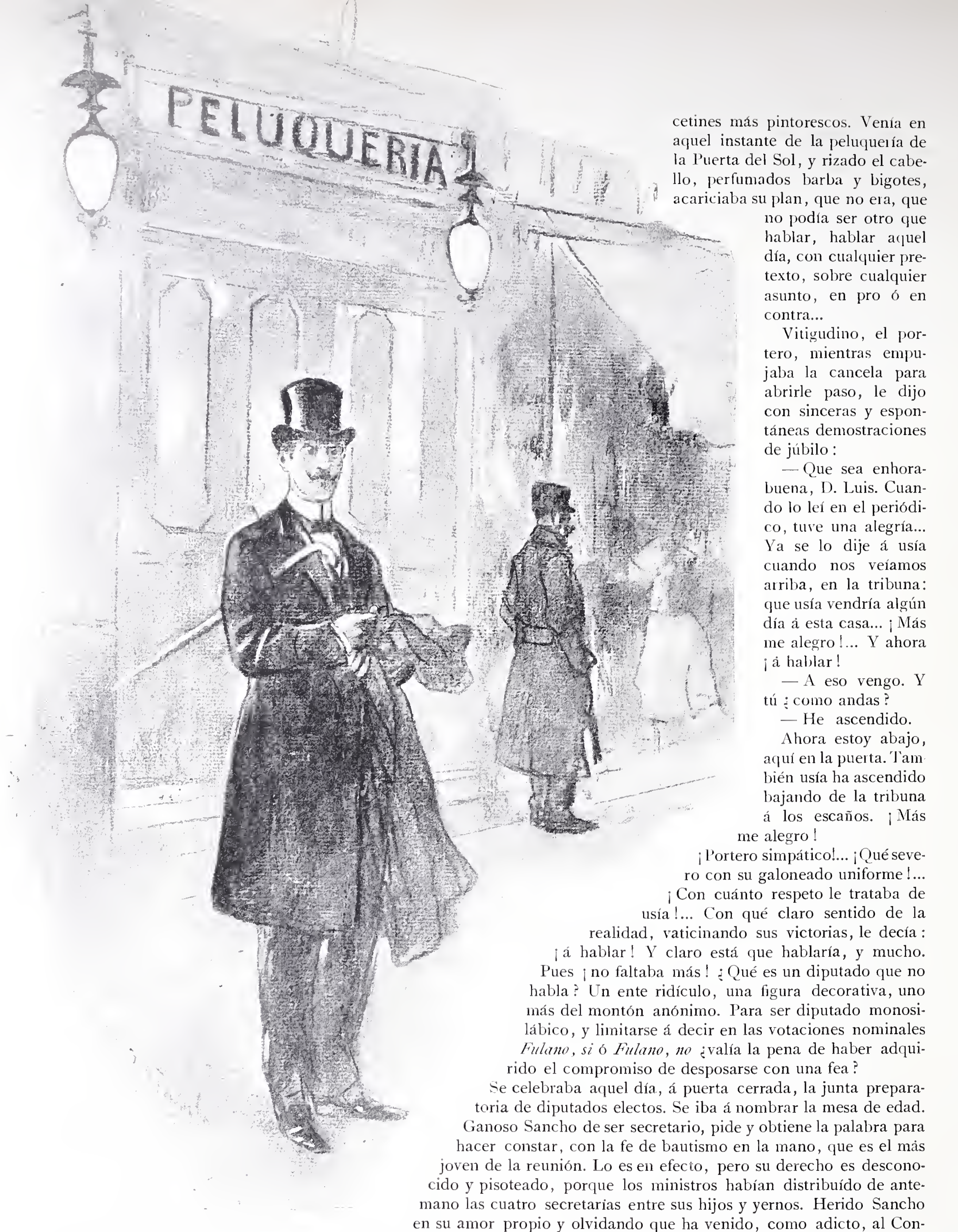
— No se atreverá.

— Ya lo creo que si. Á eso y á mucho más. Pero no hay tiempo que perder. Paga, y vámonos. Primero, al Congreso á felicitar á Sancho...

— Después, á la calle del Bonetillo, á felicitar á la otra.

* * *

El novel diputado no cabía en sí de gozo. Al fin, no contando aun más que veinte y seis años, veía realizada su ambición. Era diputado. Ya podía entrar libremente, sin que le detuviese el portero pidiéndole el pase, en el augusto templo de las leyes. Ya podía hablar, hablar mucho, soltar discursos á granel, interpelar al gobierno, derribar gobernadores y alcaldes, hacer sudar á los taquígrafos. Era el mejor día de su existencia. Acababa de recibir con aire de desdeñosa indiferencia la felicitación calurosa de sus contertulios del café. Se había puesto su sombrero de copa más reluciente, su levitón mejor entallado, sus cal-



cetines más pintorescos. Venía en aquel instante de la peluquería de la Puerta del Sol, y rizado el cabello, perfumados barba y bigotes, acariciaba su plan, que no era, que no podía ser otro que hablar, hablar aquel día, con cualquier pretexto, sobre cualquier asunto, en pro ó en contra...

Vitigudino, el portero, mientras empujaba la cancela para abrirle paso, le dijo con sinceras y espontáneas demostraciones de júbilo:

— Que sea enhorabuena, D. Luis. Cuando lo leí en el periódico, tuve una alegría... Ya se lo dije á usía cuando nos veíamos arriba, en la tribuna: que usía vendría algún día á esta casa... ¡Más me alegro!... Y ahora ¡á hablar!

— A eso vengo. Y tú ¿como andas?

— He ascendido. Ahora estoy abajo, aquí en la puerta. También usía ha ascendido bajando de la tribuna á los escaños. ¡Más me alegro!

¡Portero simpático!... ¡Qué severo con su galoneado uniforme!... ¡Con cuánto respeto le trataba de usía!... Con qué claro sentido de la realidad, vaticinando sus victorias, le decía: ¡á hablar! Y claro está que hablaría, y mucho. Pues ¡no faltaba más! ¿Qué es un diputado que no habla? Un ente ridículo, una figura decorativa, uno más del montón anónimo. Para ser diputado monosilábico, y limitarse á decir en las votaciones nominales *Fulano, sí* ó *Fulano, no* ¿valía la pena de haber adquirido el compromiso de desposarse con una fea?

Se celebraba aquel día, á puerta cerrada, la junta preparatoria de diputados electos. Se iba á nombrar la mesa de edad. Ganoso Sancho de ser secretario, pide y obtiene la palabra para hacer constar, con la fe de bautismo en la mano, que es el más joven de la reunión. Lo es en efecto, pero su derecho es desconocido y pisoteado, porque los ministros habían distribuído de antemano las cuatro secretarías entre sus hijos y yernos. Herido Sancho en su amor propio y olvidando que ha venido, como adicto, al Congreso, brama de indignación y de cólera, y comienza un discurso melodramático, en que declama contra el nepotismo, el compadrazgo y la tiranía. Según dice, «desde los tiempos de Nerón y Calígula, no se había visto una arbitrariedad semejante. Se ha pisoteado, se ha escupido, se ha hecho vil polvo la fe de bautismo de un ciudadano, de un representante de la nación, de la nación de Pelayo y del Cid, y esto, señores diputados, es un ultraje, un ultraje inferido, no sólo á mí, sino también y muy principalmente á la Iglesia, á la Iglesia madre de la civilización, á la Iglesia, tutela del desamparado»...

Mil voces de «¡Fuera! ¡Fuera!» salen de todos los escaños. El vocerío aumenta. El presidente, dominando el tumulto, retira la palabra al orador. Este sostiene un vivo diálogo con la presidencia, y, después de quedarse ronco, á fuerza de dar gritos, se sienta al fin jadeante y sudoroso, mientras sus colegas, con uniosidad maligna,

de banco á banco se preguntan: ¿Quién es ese? ¿De dónde ha salido ese? ¿Quién *ha traído* á ese?

Bien pronto se supo quien era *ese*. Al discutirse la contestación al Mensaje de la Corona, *consumió* Sancho el primer turno en contra. Tres horas largas de talle estuvo el hombre perorando, y aun no salió del exhordio. *Antes de entrar*, segun dijo, *en materia*, rogó *al dignísimo señor presidente* que le concediese cinco minutos de descanso. Para que el orador descansase hubo que suspender la sesión. Al reanudarse ésta, minutos después, continuó Sancho su interrumpido discurso, pero sin más auditorio que los taquígrafos. ¿Arredróse por esto? Ni mucho menos. Habló otras dos horas, hasta que el reloj señaló la de *Vámonos*. Porque para él el primer mandamiento de la ley del diputado era hablar, y hablar mucho y de todo.

En la discusión de los presupuestos, más de veinte veces tomó parte. Presentó y apoyó proyectos de ley, proposiciones incidentales, votos de confianza ó de censura, según en ganas le venía, al gobierno de Su Majestad, é *interpeló* uno por uno á todos los ministros y singularmente al de Marina, que no era orador y pasaba, el mísero, las penas del Purgatorio para contestarle. Hasta en las Secciones, donde es costumbre tratar los asuntos en *petit comité* y en charla casi familiar, rompió las tradiciones de la casa, pronunciando discursos altisonantes y líricos.

Invariablemente, en aquella legislatura, todos los números del *Diario de las Sesiones de Cortes* comenzaban en esta forma:

— El señor Presidente: — Ábrese la sesión.

— El señor Sancho: — Pido la palabra.

Al principio los diputados, no bien el mozo empezaba á hablar, desalojaban el salón de sesiones, dejándole á solas con el presidente y los taquígrafos. Más tarde adoptaron el partido de escucharle, para *tomarle el pelo* coreando sus discursos con cuchufletas y risotadas. Hay en todas las legislaturas un diputado que desempeña el papel de *gracioso inconsciente* y al que todos jalean para bromear á costa suya. Y el gracioso de aquella legislatura fué Sancho. No se preocupaba él con interrupciones más ó menos satíricas. Tenía su máxima y se decía: «Diputado vergonzoso y que teme al ridículo, está perdido sin remedio.» Y él no quería, ni mucho menos, perderse.

* * *

¡Qué olor, qué fuerte y penetrante olor á agua de Colonia se esparció aquella tarde por la tribuna de Señoras! Era que entraba allí doña Tecla, radiante de hermosura, con su traje negro de seda y su mantilla de blondas. La ex-patrona de Sancho, empujada á ello por los amigos del orador, venía á *armar bronca* y estaba dispuesta á ir á la cárcel, si se terciaba, á trueque de dar un disgusto gordo á su ex-pupilo. Llegaba á tiempo. Sancho, estrenando una levita, y con un clavel en el ojal, pronunciaba un discurso de ruda oposición al gobierno.

— Cuando los gobernantes — decía — no temen á la opinión; cuando la opinión se manifiesta por modo unánime contra el gobierno; cuando el gobierno, con soberbia satánica, desafía las iras del pueblo... (Grandes risas en la tribuna de señoras, donde doña Tecla comenta en alta voz el discurso.)

— El señor Presidente: — ¡Orden! ¡Orden! Los hugieres cuidarán de mantener el silencio en esa tribuna.

— Cuando el gobierno — continuó Sancho — desatiende sistemáticamente los clamores del pobre pueblo que pide pan; cuando hombres que se llaman demócratas y que en virtud de su abolengo, ocupan ese banco, faltan á todos sus compromisos y no pagan sus deudas...

Al llegar aquí el orador, bajó de la tribuna de señoras una voz, aunque femenil, estentórea y tremenda, que dijo:

— ¿Y mis tres mil pesetas? ¿Habrá hipócrita?... El que no paga, eres tú. ¡Bribón! ¡Pillo!

El jolgorio, en el salón y en todas las tribunas, fué monumental. Hasta los maceros, con sus majestuosas dalmáticas, soltaron la risa. Y el presidente, que era zumbón y que *tenía cosas*, remachó el clavo diciendo á Sancho:

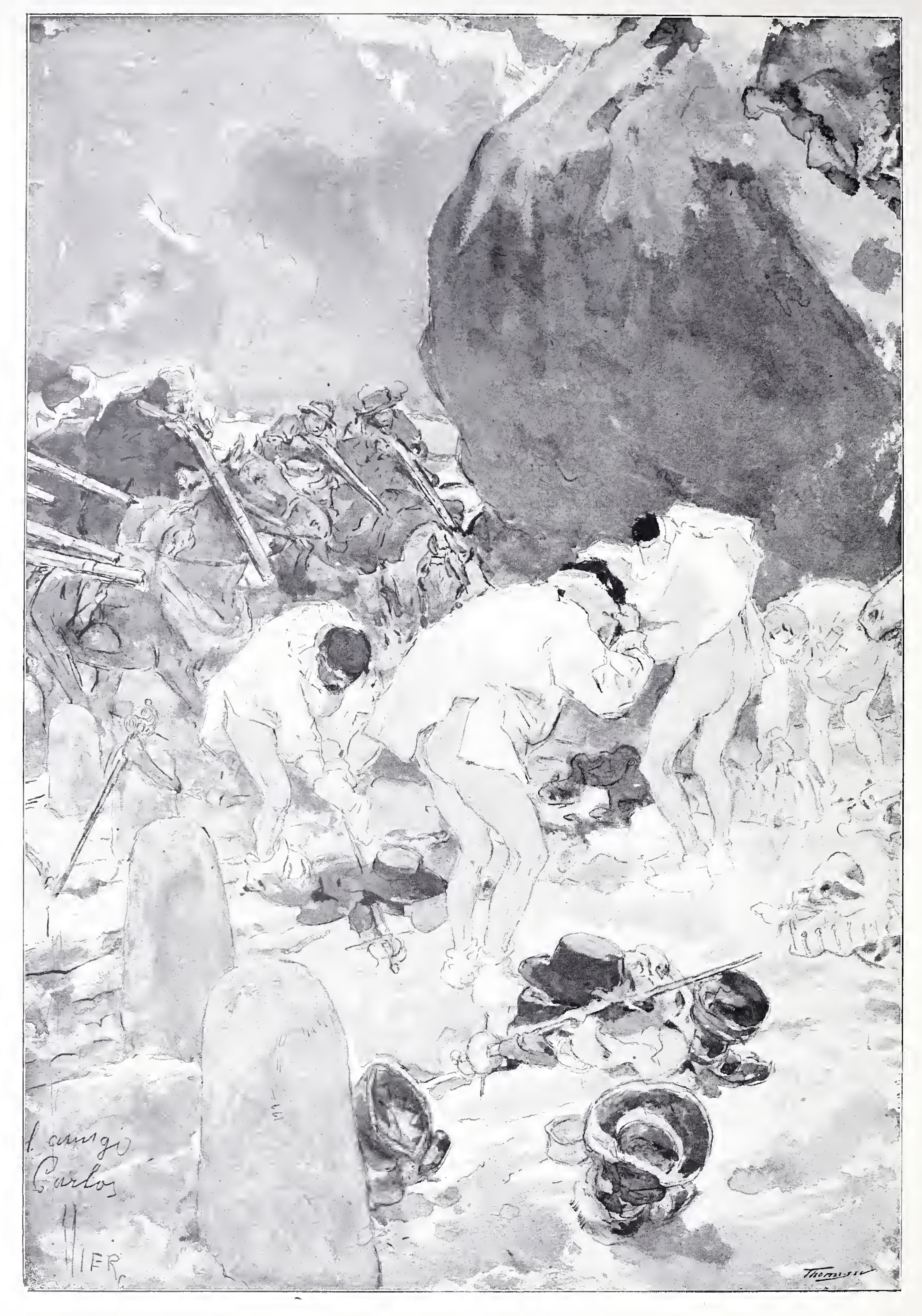
— Su señoría *conoce el deber*... de ceñirse á la rectificación.

Con el corazón hecho pedazos, el infatigable Mirabeau á quien jamás habían vencido argumentos, ni injurias, ni bromas, apeló vergonzosamente á la fuga. Nadie volvió á verle por el Congreso; pero cuenta un cronista que, al abandonar para siempre aquella tarde memorable el templo de las leyes, dijo Sancho á Vitigudino, el portero, echándose en sus brazos: «¡Basta de libros de caballerías! Al buen callar llaman Sancho, y de aquí adelante me haré digno del nombre que llevo, observando estrictamente la regla del buen callar.»



Antonio Cortón

Ilustraciones de A. Mas y Fondevila



D. U. VIERGE.—LA NONA ALFEREZ. UN FUSILAMIENTO

Renacimiento y siglo XVI

Vargueños, Arquillas taraceadas,

Sillas y Sillones del propio estilo



Arquimesa catalana, mitológica, con embutidos de boj, de las llamadas frailunas
Ejemplar raro. Siglo XVII

En el siglo XVI entra el uso de un mueble en España, cuyo uso dura aún en nuestros días, y sobre el origen del cual los autores no están conformes. Hablamos de la *arquilla*, *arquimesa*, *bufetillo* ó *contador*, que de todas estas maneras se llamaba. En Francia fué conocido, aunque menos usado, con el nombre de *Cabinet*.

Creen unos que este mueble es de origen alemán, y otros le atribuyen un origen italiano, pues algunos de allá nos llegaron. Pero el verdadero origen es oriental. En Italia les vino de Bizancio, ya en la Edad Media, pues los más primitivos afectan allí una arquitectura y un decorado que se parece no poco al de San Marcos de Venecia; y en España fueron los moros sus introductores, y harto lo dice su primitiva forma y ornamentación externa. Así se encuentran ya bufetillos ó arquillas antes del siglo XV, lo mismo en España que en Sicilia y en Venecia, mientras que en dicha época no se hallan aún ni en Alemania ni en Francia.

Concretándonos á España, diremos, que en el siglo XVI, y aun mucho antes, en las comarcas de Andalucía, Castilla, Murcia, etc., es decir de ultra Ebro, la forma típica que afecta la arquilla es la llamada *Vargueño*, de Vargas, pueblo de la provincia de Toledo, en el que se labraban ya en tiempo de los árabes. No obstante diremos que esta afirmación no está apoyada por más documentos que la tradición oral y el carácter morisco de la labor de dichos *bufetillos*.

Todos ellos tienen un aspecto típico oriental.

Acostumbran á afectar dos formas diferentes: la de *Vargueño de pie de puentes*, y la de *Vargueño frailuno*.

Tiene el primero la forma de un cofre cuadrangular con tapa, sujeta por abajo por unos goznes, cuya tapa se baja quedando en sentido horizontal, para servir de mesa, cuando se quiere escribir en ella.

Esta caja va montada sobre un elegante pie formado por seis montantes en forma de columnitas ó de balustres, tres á cada lado, sosteniendo dos barras cuadrangulares sobre las cuales se apoya la arquilla; estas barras terminan en forma de cara ó de conchas, para disimular otra barra interior concéntrica que se estira para sostener la tapa de la arquilla cuando se baja á fin de servir de mesa ó escritorio. Las columnas de delante son por lo general estriadas y las demás salomónicas. Entre las dos columnas centrales apóyase una pieza que tiene la verdadera forma de un puente de cinco arcos. Los tres centrales más elevados y los dos laterales más bajos, apoyándose las columnitas ó balustres de los arcos sobre un trabazón de madera esculpida, por el mismo estilo de las esculturas de los arcos. En algunas hay pináculos, en la parte superior del puente.



Arquimesa castellana taraceada
Época de transición del árabe al renacimiento. Siglo XVI

Este pie de arquilla acostumbra á usarse en los siglos XVI y XVII, también en las arquillas de taracea, en las de marfiles y en las de incrustaciones de concha.

En los *Vargueños frailunos* el pie es un mueble como un armario con puertas, con grandes cajones en su interior, y con la decoración mudejar, que es la que también ostentan las arquillas.

La arquilla tiene por lo regular á ambos lados dos asas de hierro dorado, con placas más ó menos ornamentales, lo mismo que sus ángulos, qne están placados también de igual manera. Su tapa delantera está adornada con varias chapas caladas, especialmente una central, que ornamenta el cerrojo que la cierra. Las bisagras y los aldabones están también así ornamentados, siendo todo de hierro dorado. Á través de los calados de dichas tapas vése, como fondo, terciopelo carmesí ó paño grana.

El interior de estas arquillas está dividido en muchos cajones y cajoncitos, habiendo, por lo general, en ellos *secretos* ó *escondites* que se abrían mediante un muelle y tocando una de las esculturas que sólo conocía el dueño.

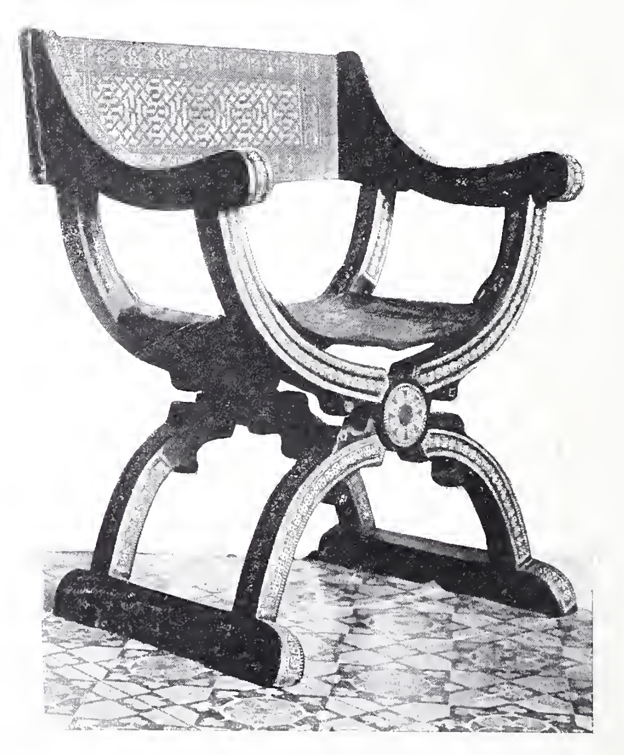
La decoración del mueble interior ó sea la fachada que se descubre una vez abierta la tapa, es puramente mudejar. Allí abundan las columnitas de marfil ó de hueso y los arcos, dentellados ó festoneados, y la decoración de los plafones, consiste en un alicatado, compuesto de bermellón, oro y verde, ó azul, produciendo un efecto puramente oriental. Los cajones tienen pomos de hierro dorado, ya estriados, ya en forma de pequeñas piñas, ya en forma de conchas de Santiago.

Atribúyense algunos de estos muebles de los más preciosos á artistas españoles tales como Silva, Forment, Vigorni y Berruguete, pero nosotros lo dudamos, creyendo más que en su primera época fueran obra de moriscos y que luego continuaran fabricándose por tradición.

Al par que los *vargueños*, fabricáronse aquí *arquillas, bufetillos* y *arquimesas de taracea y esgrafiados.*

En Gerona se hacían los de *pinyonet* como las cajas, así como en otros puntos de las provincias mediterráneas, especialmente del reino de Valencia. Tienen estos más comunmente dos grandes puertas con plafones, y un interior de cajones, con festoneados, cuya ornamentación es toda de taracea, igual á la de las cajas.

Como los vargueños, sostiénense unos sobre un pie de puente, exactamente igual al de aquellos, sin decoración de taracea; pero los más están sobre una mesita incrustada lo mismo que la arquilla, ó sobre un armario como el de los *vargueños frailunos,* cuyos plafones y demás están todos incrustados y decorados como la propia arquilla. No obstante, en algunos, el pie, mesa ó armario que les sirve de sustentáculo, no tiene incrustación alguna y la arquilla entonces no tiene puertas sino que aparecen sus cajones y compartimentos motivados en la fachada de la



Sillón taraceado y con cuero, de Córdoba,
de forma llamada romana. Siglo XVI

misma. Entonces el escritorio se forma tirando de dos anillos ó botones que están entre el pie y la parte baja de la arquilla, y sale una tabla plana hacia delante y en sentido horizontal, que es la que sirve de mesa escritorio.

* * *

Para concluir con las taraceas diremos que se aplicaban también á las sillas, sillones y bancos, aunque no á las camas.

Los asientos de taracea, afectan por lo general dos formas. El de la silla *curula* romana, ó sea sillón senatorial, y á veces imperial, y el de las sillas llamadas Sicilianas. Los sillones romanos son curvos en todas sus líneas, tales como lo eran los antiguos, teniendo un respaldo de *guadamaciles* de Córdoba, ó de cuero decorado veneciano, lo mismo que el asiento.

Las sillas sicilianas, tienen un pronunciado carácter oriental y su respaldo consiste en un tambor de badana blanca, (lo mismo que su asiento) sostenido por cordones de seda blanca; los clavos son de cobre rojo. Estas sillas acostumbran á ser de ébano, y las incrustaciones de marfil y nácar. Son muy típicas y en general muy poco conocidas, pues desde el Renacimiento sólo se usaron en Sicilia y en el condado de Atenas. Hay quien pretende que era la forma usual de las sillas de Bizancio.

Pompeyo Gener

Silla Siciliana, de influencia oriental

Los grabados de los muebles que reproducimos son sacados de los de la notable colección del Dr. Viñeta Bellaserra.



L. BONNIN.—SILUETAS



MALAGUEÑAS

Jincarse toos de roillas
y no se alevante naide
¡con su corona de nieves
por allí viene mi mare!

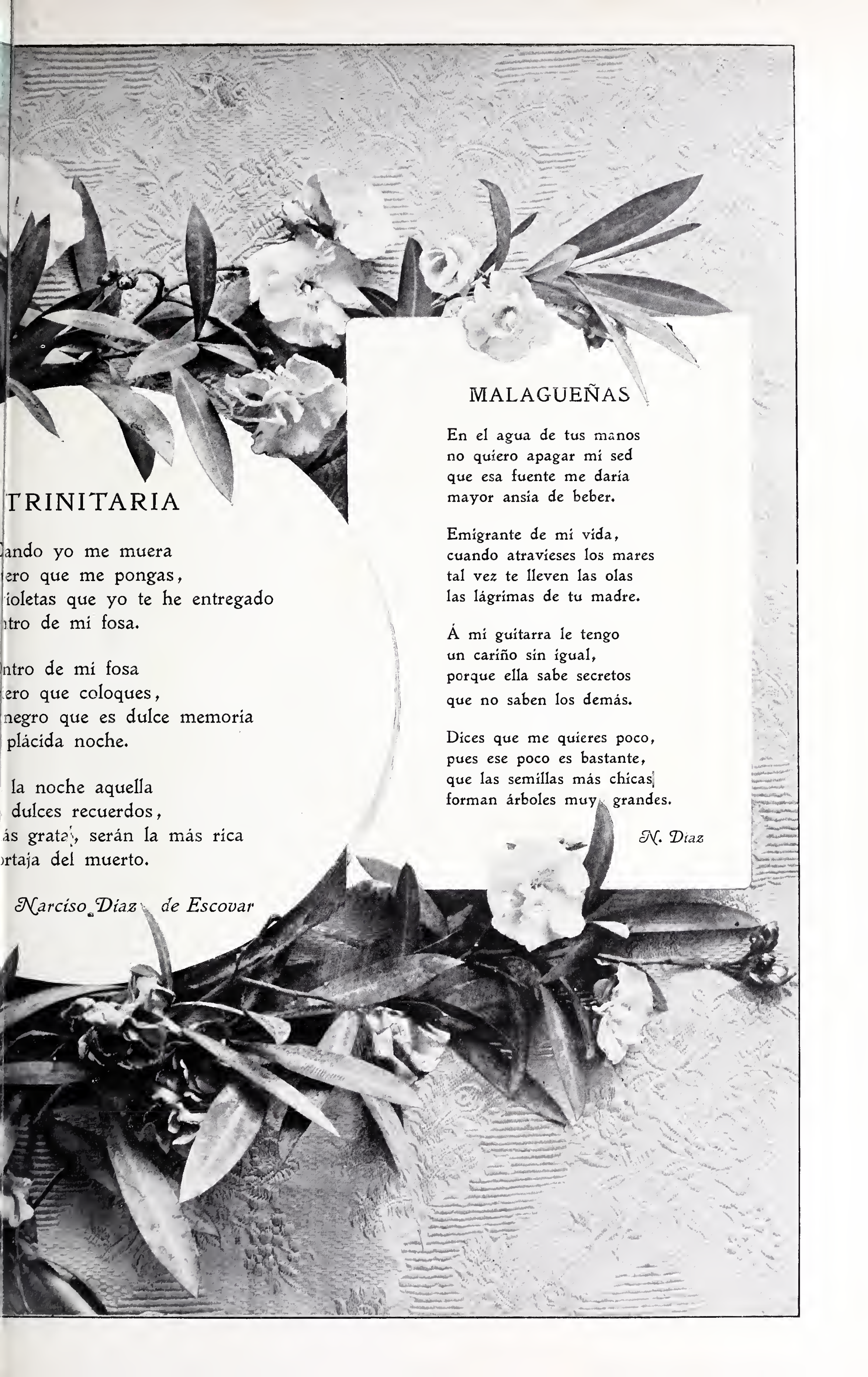
Mujer que hace cara á muchos,
la comparo á un caramelo,
que lo van probando todos
y así se va consumiendo.

En el amor de una rubia
he conseguido aprender,
que ellas saben olvidar
cuando se las quiere bien.

Dices que soy rencoroso
y no sé por qué lo digas:
¡lloró mi madre por ti
y te he dejado con vida!

Narciso Díaz de Escovar

Composición de Audouard, fot.



TRINITARIA

ando yo me muera
ero que me pongas,
ioletas que yo te he entregado
itro de mi fosa.

ntro de mi fosa
ero que coloques,
negro que es dulce memoria
plácida noche.

la noche aquella
dulces recuerdos,
ás gratas, serán la más rica
rtaja del muerto.

Narciso Díaz de Escovar

MALAGUEÑAS

En el agua de tus manos
no quiero apagar mi sed
que esa fuente me daría
mayor ansia de beber.

Emigrante de mi vida,
cuando atravieses los mares
tal vez te lleven las olas
las lágrimas de tu madre.

Á mi guitarra le tengo
un cariño sin igual,
porque ella sabe secretos
que no saben los demás.

Dices que me quieres poco,
pues ese poco es bastante,
que las semillas más chicas
forman árboles muy grandes.

N. Díaz

TEODORA

El imperio bizantino estaba en todo su apogeo cuando empezó la construcción de Santa Sofía de Constantinopla, obra soberbia de arquitectura cristiano-oriental que aun en el día es la admiración de los numerosos estranjeros que van á visitar la populosa ciudad otomana.

El emperador Justiniano I mandó eregirla á principios del año 531 en acción de gracias al Señor por una victoria importante alcanzada contra sus enemigos, y á este efecto llamó á su lado á los famosos arquitectos Isidoro de Mileto y Antemio de Trolles ordenándoles que activasen los planos para dar comienzo á la grandiosa fábrica.

Presentados estos y aprobados por el emperador, empezó la construcción el día 23 de Febrero del año 532, empleándose centenares de esclavos de todas razas sin distinción de sexos ni edades, pues mientras los varones tenían á su cargo los trabajos de corte y colocación de bloques, las hembras clasificaban los mosaicos y preparaban otros elementos de ornato y decoración.

Multitud de pesadísimos carros y otros aparatos de transporte hormigueaban entre aquella oleada de seres humanos medio desnudos que con admirable disciplina secundaban los planes y obedecían ciegamente las órdenes de los arquitectos.

La fastuosa corte de la emperatriz acudía frecuentemente á presenciar los trabajos, y Teodora, que era una mujer en extremo bondadosa, gustaba de hablar con los esclavos, alentándoles con palabras dulces y exortándoles á trabajar por el bien del arte religioso y la civilización bizantina.



Pasados algunos años, los trabajos habían adelantado notablemente y á mediados del mes de agosto del año 540, ya se levantaba soberbia casi toda la basílica á la que pusieron el nombre de Santa Sofía, que quiere decir *Divina Sabiduría*.

Esta iglesia, situada en la parte oriental de Constantinopla, entre el palacio imperial y el Hipódromo, era el monumento más grandioso del genio bizantino que se ha conservado hasta hoy intacto en todas sus partes, como otro pequeño templo dedicado á San Sergio en tiempo del imperio.

La cúpula principal de Santa Sofía quedó muy mal parada en 558 á causa de un terremoto, pero la reedificaron, pudiendo terminarse el 24 Diciembre de 563.

El cuerpo más grandioso del edificio era un cuadrilongo que medía 75 metros de largo por 70 de ancho; el diámetro de la cúpula en su arranque era de 32 metros y su punto más alto estaba á 56 metros sobre el suelo, hallándose sostenida por cuatro formidables columnas.

La basílica contaba entre bajos y galerías unas cien columnas de mármol, y más de 30 ventanas adosadas en el perímetro de la cúpula principal, daban entrada á la luz que abrillantaba notablemente los ricos mármoles y magníficos mosaicos que decoraban el interior de las bóvedas.

La parte exterior no era elegante ni esbelta sino al contrario, pesada y gigantesca, pero la interior resultaba imponente y suntuosísima.

Al traspasar la puerta de la basílica, el espectador se sentía atraído primeramente por la grandiosa nave central, y luego, dirigiendo la vista á las laterales, penetraba en las profundidades de las galerías hasta perderse de arcada en arcada á la elevada cúpula.

El interior se decoró de una manera riquísima, pues se invirtieron los mármoles más costosos y raros para la composición de los dibujos de las columnas, empleando para los mosaicos piedras las más finas y de más brillantes colores. Estos mosaicos representaban escenas de la Biblia y eran todos ellos salpicadas de oro que resplandecía entre colores de todos los matices.

El espacio ocupado por el altar, era un ascua de oro, siendo de plata el tabique divisorio y las columnas entre el altar y el coro, reluciendo encima grandes discos representando á Jesucristo, á la Virgen María, y á los apóstoles y profetas.

Un tabernáculo altísimo de plata ricamente trabajado, realzaba el altar, que era todo de oro incrustado de piedras preciosas y estaba cerrado á los profanos por magníficos tapices bordados representando asuntos religiosos.

Encima del pórtico que conducía al peristilo de la nave central, había un inmenso mosaico semicircular (éste se ha conservado hasta nuestros días) que representaba á Jesucristo sentado sobre un trono con un medallón á cada lado figurando la Virgen y el arcángel S. Miguel, y prosternado á los pies del Salvador la efigie del emperador Justiniano, quien traía adornada la cabeza por una diadema de perlas, emblema de la dignidad imperial.

Rodeaban también á la basílica otras construcciones adosadas al edificio principal, terminando sus lados por cuatro minaretes



elegantísimos y elevados, levantándose á alguna distancia un pequeño edificio llamado *escenofilácio* donde se encerraban los vasos sagrados y los féretros de lujo para los grandes entierros, y á la parte opuesta se alzaba otro edificio cuadrado con un ábside, arcadas, peristilo y una cúpula: su interior sirvió de baptisterio.

Al fin el grandioso templo quedó terminado por segunda vez el día 24 de Diciembre del año 563, restando solamente colocar las puertas de bronce y descubrir dos colosales estatuas representando al emperador Justiniano y á su esposa Teodora, sorpresa que tenían preparada á los monarcas los dos arquitectos Isidoro y Antemio.

Estos, al proceder á la colocación y descubrimiento, manifestaron el deseo de efectuarlo con gran solemnidad en presencia de toda la corte; Justiniano y Teodora accedieron, y, acompañados de su séquito, encamináronse al sitio donde debía verificarse la ceremonia; los arquitectos lo tenían todo preparado, las cuerdas estaban tirantes de las cábrias y caballetes y los esclavos aguardaban las órdenes oportunas.

Al llegar los monarcas, fueron victoreados y aclamados por la multitud, tomando asiento poco después sobre un estrado riquísimo que habían mandado prepararles los directores de la obra.

Dada la señal por el emperador, Isidoro, tras un breve discurso, dió orden de descubrir las estatuas; Justiniano al divisar al lado de las puertas aquellas dos moles cubiertas por la tela, movido por la curiosidad, adelantóse hasta el peristilo sin hacer caso aparente del viento que, saliendo del interior de la basílica, soplaba con formidable fuerza haciendo vacilar los andamios y crujir el maderámen.

En esto, al ir á descorrer el velo que cubría las estatuas el esclavo encargado de este trabajo, tuvo la desgracia de que una fuerte ráfaga de viento se introdugera en los pliegues del velo é hinchándolo con irresistible fuerza, envolviera al emperador que estaba solo enfrente del andamiaje y le arrebatara la imperial corona, yendo á parar á larga distancia.

Justiniano, que era hombre de un temperamento muy irascible, al ver la dignidad imperial atropellada y su amor propio herido vivamente, montó en cólera y llamando á su capitán de guardias diole orden de que arrojasen á Sergio (este era el nombre del esclavo) al recinto cerrado del jardín imperial donde estaba hacía pocos días un terrible león del Thibet que le había regalado el rey de Persia al emperador.

El esclavo prosternóse ante el monarca con las lágrimas en los ojos, implorando gracia, pero todo fué en vano; los guardias se lo llevaron precipitadamente á cumplir la orden de Justiniano.

Al pasar ante la emperatriz, ésta le dirigió una mirada llena de compasión y ternura...



Inmediatamente el emperador abandonó rápido el recinto, y la corte le siguió silenciosa hasta el atrio del palacio imperial, donde Justiniano, con tono imperioso, despidió á su séquito...

Teodora desapareció...

* * *

El crepúsculo empezaba á estender sus débiles reflejos en el horizonte, cuando la corte de Justiniano entró en el palacio después de la violenta escena ocurrida con motivo del descubrimiento de las estatuas, quedando poco después disuelta la comitiva y en silencio la morada imperial. En tanto el pobre esclavo era conducido al jardín y, llegado que hubo á la puerta rejada, suplicó al jefe de los guardias que le permitiera por un instante orar al Señor, recibiendo por toda contestación una negativa, pero tanto lloró y suplicó, que por fin le otorgaron esta gracia, la cual fué su salvación, pues esta circunstancia dió tiempo á la Emperatriz para volar en su ausilio.

Teodora era una mujer magnánima; cuando su marido dió orden de sacrificar á Sergio, enseguida formó su plan.

Era Sergio sumamente querido de la emperatriz, por ser hijo de su nodriza, á quien quería entrañablemente; él también por Teodora hubiera dado la vida, pues ya en distintas ocasiones se lo había demostrado, y como llegaba entonces el turno á la emperatriz, por eso esta no quería tampoco ceder en generosidad.

El caso es que cuando los guardias se presentaron á la puerta del jardín conduciendo al prisionero, Teodora había ya dado orden á su mayordomo que tuviese preparado un buen caballo ensillado, y precipitándose de repente en medio de los guardias y abriéndose paso entre los que custodiaban la entrada del jardín, lanzose á donde estaba el pobre Sergio más muerto que vivo, porque el león le contemplaba fijos los ojos en los suyos espantosamente abiertos.

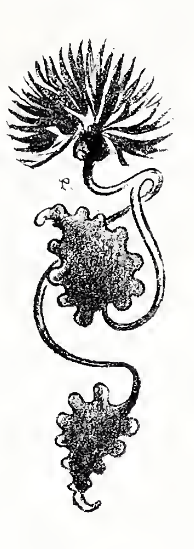
Entonces Teodora avanzó con paso cauteloso y comenzó á entonar una canción plañidera, tocando el oido del león con una varita que traía, cuyo contacto paralizó por completo todos los movimientos de la fiera y, haciendo un gesto imperioso á Sergio, le ordenó que montara á caballo sin dilación y desapareciera del imperio.

Tras breve duda, así lo efectuó el esclavo, entusiasmado y agradecido á tanta magnanimidad y grandeza de alma. El capitán de los guardias, horrorizado de ver á la emperatriz en tan grave peligro, mandó un emisario al emperador pidiendo ausilio.

Al enterarse Justiniano de lo ocurrido, sin pérdida de tiempo ordenó á sus mejores tiradores de arco que acudieran con él á salvar á su esposa, pero cuando llegaron á la puerta enrejada, el león estaba ya completamente dormido y la emperatriz Teodora salía majestuosamente del jardín, siendo festejada por una muchedumbre inmensa que, sabedora del suceso, había acudido en tropel para vitorear á su valerosa emperatriz.

José Lapeyra







JOSÉ BENAVENT.—COSTUMBRES VALENCIANAS

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Él le contestó: «Vuestra reconciliación se hará pronto en estos días. Crimilda, amada señora, decidme como puedo serviros con respecto á Sigfrido, nuestro señor.»

«Perdería todo cuidado», dijo la noble mujer «de que nadie pueda quitarle la vida, si no se abandonara á su excesivo ardor.

«¿Os figuráis señora», preguntó Hagen, «que pueden herirlo? Decidme cómo y qué medios debo oponer. Para librarlo de cualquier peligro cabalgaré siempre á su lado.»

Ella respondió: «Á tu lealtad confío al que amo tanto, para que cuides de mi querido esposo.» Le hizo conocer cosas que siempre debió tener secretas.

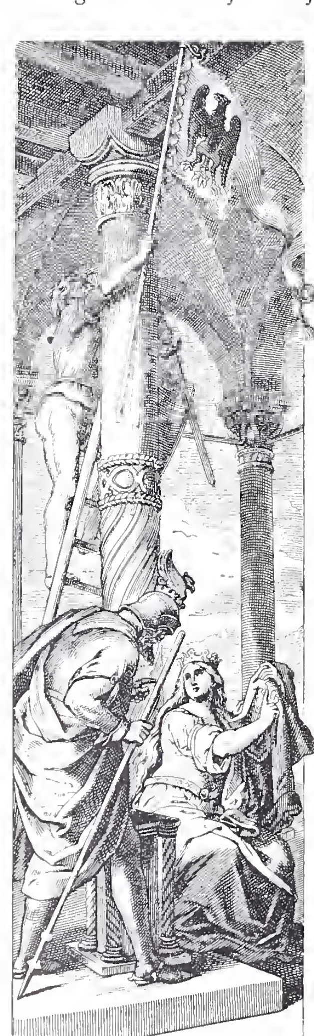
Añadió: «Mi esposo es bravo y fuerte también. Cuando mató al dragón, al pie de la montaña, se bañó en su sangre el esforzado héroe; por esto en los combates ningún arma puede inferirle herida.

»Sin embargo, siempre quedo en cuidado cuando va á la guerra y cuando se expone á las lanzadas de los guerreros.

»Mi amigo querido: yo te diré por donde puede ser herido mi amado esposo, porque tú lo reservarás por tu fé. Te lo diré porque tengo confianza en tu afección.

»En tanto que la caliente sangre del dragón brotaba de las heridas y el fuerte héroe se bañaba en ella, una grande hoja de tilo cayó entre sus espaldas: en este sitio puede recibir herida.»

Hagen de Troneja le dijo: «Poned en su vestido una pequeña señal, para que yo sepa cuál es el sitio en que debo preservarle, mientras dure el combate.»



Ella le dijo: «Con fina seda pondré en su traje una cruz que apenas se vea: allí será donde tu heróica mano debe defender á mi marido, cuando la batalla sea más fuerte y cuando en ella se presente el enemigo.»

«Lo haré como lo dices», contestó Hagen, «reina querida mía.» Hagen se despidió y marchó muy contento.

«¿Qué es lo que te ha dicho?» le preguntó su señor. «Si podéis impedir que la expedición se realice, iremos á una cacería. ¿Podréis conseguir que suceda así?»

«Lo que tú dices», le respondió el rey, «me parece bien.»

Por la mañana temprano, el héroe Sigfrido, sumamente contento, emprendió el camino con mil de sus hombres. Iba á vengar la ofensa hecha á sus amigos. Hagen caminaba junto á él, examinando su traje.

Cuando llegaron muy cerca de la Marca, envió secretamente á dos de sus hombres: debían llevar nuevas noticias al país de Gunter de que el señor Ludegero permanecía en paz con el rey.

¡Qué gran pesar causa á Sigfrido tenerse que volver sin haber vengado la ofensa hecha á sus amigos! Con gran trabajo le hicieron desistir los amigos de Gunter. Se dirigió en busca del rey, el cual le dió las gracias.

«Que Dios os recompense, amigo Sigfrido, alma elevada, la buena voluntad con que hacéis lo que yo os mando: siempre estaré dispuesto á serviros por lo que os debo. Más que en todos mis amigos, confío en vos.

»Ya que no hemos podido hacer combatir nuestro ejército, quiero ir á cazar osos y jabalíes al Waskenwalde, como con frecuencia lo hago.» Este era el consejo de Hagen, de aquel hombre desleal.

«Dígase á todos mis huéspedes que quiero emprender la marcha por la mañana muy temprano: que los que quieran venir conmigo, estén preparados; los que quieran quedarse, que se diviertan con las mujeres; así me causarán alegría.»

Con altiva arrogancia, dijo Sigfrido: «Si os gusta ir á cazar os acompañaré con mucho gusto. Prestadme sólo un cazador y algunos perros.»

«¿Sólo queréis uno?» le preguntó el rey: «yo os prestaré con mucho gusto cuatro que conocen perfectamente la selva y los senderos por donde van las fieras.»

El distinguido caballero emprendió el camino con su esposa. Hagen se apresuró á decir al rey cómo esperaba matar al héroe.

Aquellos traidores preparaban su muerte, todos lo sabían: Geiselher y Gernot no quisieron ir á la caza. No sé por qué grande resentimiento no se lo advirtieron; después quedaron pesarosos.

XVI

DE COMO SIGFRIDO FUÉ ASESINADO

Gunter y Hagen, los guerreros valerosos, celebraban con falsía una cacería en la selva. Con sus lanzas aceradas, simulaban perseguir los jabalíes, los osos y los bisones: ¿qué podían hacer más atrevido?

En medio de ellos caminaba Sigfrido, con altiva arrogancia. Llevaban víveres de todas clases. Cerca de una fresca fuente debía perder la vida.

El fuerte héroe fué á donde Crimilda estaba. En bestias de carga arreglaron su equipo de caza y el de sus compañeros: iban á pasar el Rhin. Nunca Crimilda había experimentado pesar tan grande.

Besó la boca de su esposo amado. «Que Dios me conceda, querida mía, hallarte buena y que así tus ojos me vuelvan á ver.»

Se acordó de la confianza que había tenido con Hagen, pero no se lo quiso decir. La noble reina comenzó á llorar, quejándose de haber nacido.

Dijo al guerrero: «Deja de ir á esa cacería: he tenido un sueño de mal agüero; soñé que dos jabalíes te perseguían entre las matas; las flores se tornaban rojas.

»Temo mucho las maquinaciones de los envidiosos. Quédate aquí, querido señor, mi afección te lo aconseja.»

Él le contestó: «Querida mía, volveré dentro de poco tiempo; no conozco aquí á nadie que me pueda odiar. Todos tus parientes me quieren bien.»



«¡Oh! no, mi querido Sigfrido: temo que perezcas. Si quieres dejarme, sentiré una pena grandísima.»

Cogió entre sus brazos á la virtuosa esposa y cubrió de besos su hermoso cuerpo. Después se separó inmediatamente, pues tenía que partir. Desde entonces ya no lo vió vivo.

Se encaminaron hacia una selva profunda donde debían cazar.

Muchos caballos cargados los esperaban al otro lado del Rhin, llevando á los cazadores pan, vino, y otras provisiones.

Los fieros cazadores hicieron alto en la entrada de la selva por donde acostumbraban á salir los animales bravíos. Cuando iban á cazar en una extensa llanura, llegó Sigfrido y lo avisaron al rey.

En todas partes estaban prevenidos los compañeros de caza: así dijo el atrevido héroe, Sigfrido el fuerte: «¿Quién nos conducirá en la selva sobre la pista de los animales, guerreros fuertes y atrevidos?»

«¿Queréis vosotros» preguntó Hagen, «que nos separemos aquí, antes de dar comienzo á la cacería? De este modo mi señor y yo reconoceremos quien ha sido más hábil en la partida.

»Partiremos igualmente gentes y perros y cada uno irá donde quiera. El que mejor cace recibirá las felicitaciones de todos.»

El noble Sigfrido dijo: «No tengo necesidad de más perros, que de un sabueso bien enseñado á seguir la pista de los animales por entre la selva.»

Entonces un viejo cazador cogió un sabueso que condujo al señor en poco tiempo al sitio en que abundaba la caza. Los demás cazaron todo lo que se presentó, como aun lo hacen los buenos cazadores de nuestro tiempo.

Cuanto levantaba el perro, era cazado por la mano del fuerte Sigfrido.

Era muy diestro en todos los ejercicios. El primer animal que mató el héroe por su mano, era un fuerte jabalí; poco después se le presentó delante un furioso león.

El perro lo hizo saltar, él le lanzó con el arco una acerada flecha con la que lo atravesó. El mónstruo se adelantó hacia el cazador, pero sólo pudo dar tres saltos.

A poco mató á un bisonte y á un ciervo, cuatro fuertes toros salvajes y un macho cabrío.

El sabueso encontró un gran jabalí. Cuando comenzaba á correr, el maestro cazador se le puso delante: el animal se volvió furioso para acometer al atrevido héroe.

Lo atravesó de parte á parte con la espada el esposo de Crimilda: ningún otro guerrero lo hubiera podido hacer.

Sus cazadores le dijeron: «Por favor, señor Sigfrido, no tiréis á una parte de la caza, pues van á quedar desiertas la montaña y la selva.»

El ruído de las gentes y de los perros era tan grande, que el eco repercutía en la montaña y en la selva. Ochenta y cuatro pares de perros habían soltado.

Gran número de animales recibieron horrible muerte: los del país querían conseguir el premio de la caza, pero esto no les fué posible, al ver llegar junto á la hoguera del campamento al fuerte Sigfrido.

La cacería tocaba á su fin, pero aun no estaba terminada. Los que se aproximaban á la hoguera llevaban pieles en abundancia.

El rey hizo anunciar á los cazadores de alto rango, que iba á comer. Sólo una vez tocaron fuertemente el cuerno, para que los que estaban lejos supieran que el rey estaba en el campamento.

Un cazador dijo á Sigfrido: «El sonido de la trompa nos anuncia que debemos volver al campamento. Voy á responderles.»

El noble Sigfrido dijo: «Ahora salgamos ya de la selva.» Su caballo lo condujo rápidamente, siguiéndolo los demás. Sus gritos dieron lugar á que se levantara un feroz animal, un oso terrible. El héroe volviéndose, dijo:

«Voy á dar una broma á nuestros compañeros de caza. Soltad los perros, pues veo un oso que se va á venir con nosotros al campamento. Si no corre mucho caerá en nuestro poder.»

El perro fué lanzado y huyó el oso. El esposo de Crimilda quiere perseguirlo, pero el animal se refugia en un montón de árboles derribados, haciendo imposible la persecución. El fuerte animal creía estar bien defendido de los cazadores.

El atrevido y buen caballero se apeó de su caballo, lanzándose tras del animal, que al cabo no podía librarse. El héroe lo cogió en un instante y, sin que le causara la menor herida, lo amarró fuertemente.

Ni las uñas ni los dientes podían hacerle daño alguno; amarró el oso á la silla, montó á caballo y con gran audacia lo llevó á donde ardía la hoguera.

Cabalgó hacia el campamento con sin igual arrogancia. Su lanza era larga, fuerte y dura: una brillante espada le tocaba las espuelas y el héroe llevaba también un hermoso cuerno de oro rojo.

Nunca he oido hablar de mejor equipo de caza. Llevaba un traje de tela negra y un capuchón de zibelina de suntuosa riqueza.

A causa de su buen olor lo habían cubierto con una piel de pantera. Llevaba también un arco que tenían que montarlo con una palanca, sino era él quien lo manejaba.

Todo su traje de arriba á bajo iba guarnecido con pieles de lince, y sobre las ricas pieles muchas láminas de oro brillaban á uno y otro lado del maestro cazador.

También llevaba la Balmung, larga y hermosa espada: era tan dura, que al dar un golpe partía un yelmo: su filo era bueno.

Por cuanto debo hacer una reseña exacta, sabed que su carcax iba lleno de flechas, cuyos hierros, largos de un palmo, estaban engastados á los palos por medio de ani-



llos de oro. Todo lo que aquellas flechas tocaban debía tener fin.

El noble caballero caminaba por fuera de la selva. Cuando las gentes de Gunter lo vieron venir, salieron á su encuentro para tenerle el caballo.

Cuando se apeó del caballo, desató la cuerda con que tenía amarradas las patas y el hocico del oso: los perros comenzaron á ladrar con fuerza. El animal quería volverse á la selva, lo cual asustó á muchos hombres.

El oso asustado por el ruído, huyó hacia la cocina. ¡Cómo huyeron los cocineros lejos del fuego! ¡Qué de buenos manjares cayeron en la ceniza!

Jefes y escuderos saltaron de sus asientos. El oso comenzó á irritarse: el rey mandó que soltaran todas las traíllas de perros que estaban sujetos con cuerdas. ¡Aquél hubiera sido un día feliz, si terminara con bien!

El oso comenzó á huir rápidamente delante de los perros; nadie podía seguirlo sino el marido de Crimilda. Lo alcanzó con la espada y le dió muerte: el mónstruo fué acercado á la hoguera.

Los que veían aquello decían que era un hombre muy fuerte. Rogaron á los audaces compañeros de la cacería que se acercaran á la mesa: los héroes se sentaron sobre el mullido césped.

Los coperos que debían servir el vino andaban muy despacio; por lo demás los héroes no podían estar mejor servidos. Sin tener entre ellos un alma perversa, aquellos héroes hubieran estado al abrigo de toda vergüenza.

Así dijo el noble Sigfrido: «Me llama la atención que ya que nos traen tantos manjares de la cocina, ¿por qué los coperos no nos sirven vino? Si no se sirve mejor á los cazadores, no tomaré parte en ninguna otra cacería.

«Yo he dado motivo para que se me atienda mejor.» Desde su asiento el rey le contestó con falsía. «Nos enmendaremos de aquello en que hoy se os haya faltado: Hagen es el que nos quiere hacer morir de sed.»

Hagen de Troneja contestó: «Yo creía, mi querido señor, que hoy se cazaría en el Spechtsharte: allí he enviado el vino.»

El noble Sigfrido dijo: «Yo os daré las gracias: siete bestias de carga por lo menos debían habernos traído el mosto y el hidromel: de no hacer esto, debimos acampar en las orillas del Rhin.»

Hagen de Troneja le contestó: «Nobles y valerosos caballeros, yo sé que cerca de aquí hay una fresca fuente y para que no os incomodéis, vamos á ir á ella.»

El guerrero Sigfrido sentía una sed abrasadora; mandó retirar enseguida las mesas para ir á la montaña en busca de la fuente.

Cargados en carro los animales que Sigfrido había matado por su mano, los trasportaron al país.

Al comenzar la marcha hacia el gran tilo, dijo Hagen de Troneja: «Me han dicho muchas veces, que no hay nadie que pueda aventajar en la carrera al esposo de Crimilda: ¿querríais hacérnoslo ver?»

Así le contestó el bueno y fuerte héroe del Niderland: «Podéis ensayarlo, pero quiero dirigirme hacia la fuente. Haremos una apuesta y se concederá el premio al que resulte vencedor.»

«Bueno, pues ensayemos» contestó el héroe Hagen. El fuerte Sigfrido replicó: «Hasta quiero acostarme delante de vos sobre la yerba.» ¡Con cuánta alegría escuchaba esto el rey Gunter!

El valeroso guerrero dijo: «Os diré más; quiero llevar mi lanza y mi escudo y todo mi equipo de caza.» Enseguida tomó su espada y su carcax.

Despojáronse de sus vestidos, quedándose ambos sólo con las blancas camisas. Como dos salvajes panteras, corrieron sobre la yerba; pero se vió llegar antes á la fuente al rápido Sigfrido.

En todo conseguía el premio sobre los demás hombres. Inmediatamente se desciñó la espada, dejó el carcax y apoyó su lanza contra el tronco de un tilo: el noble extranjero permanecía cerca de la corriente.

Grandes eran los méritos de Sigfrido: colocó su escudo cerca de la fuente, pero por grande que fuera la sed del héroe, no quiso beber antes que el rey.

La corriente era fresca, trasparente y buena. Gunter se inclinó sobre las ondas, levantándose cuando hubo bebido. El bravo Sigfrido lo hubiera hecho con gusto una vez más.

Muy cara pagó su atención: el arco y la espada le fueron quitadas con presteza por Hagen, que volvió corriendo para retirar la lanza, y buscó la señal en el vestido del guerrero.

Cuando el noble Sigfrido se inclinaba hacia la corriente para beber, lo hirió en la cruz señalada con tal violencia, que la sangre, brotando del corazón, manchó los vestidos de Hagen. Nunca la mano de un héroe cometió tan gran bajeza.

Dejóle clavada en el corazón la lanza. Ante ningún hombre en el mundo había huído Hagen de una manera tan vergonzosa. Cuando el fuerte Sigfrido sintió la profunda herida, se levantó saltando con furia; el asta de la lanza le salía del pecho. Creía tener cerca de sí su espada y su arco; Hagen hubiera recibido su merecido.

El herido de muerte, no hallando su espada, cogió del borde de la fuente su escudo y persiguió á Hagen: casi no podía escaparse el vasallo del rey Gunter.

Aunque la herida era de muerte, le pegó con el escudo con tan gran fuerza, que se rompió saltando por todas partes las piedras preciosas.

Repentinamente fué alcanzado Hagen; la llanura retembló con la fuerza de aquel golpe. Si hubiera tenido su espada en la mano, habría dado muerte al de Troneja. Su herida le irritaba y su dolor era grande.

Palidecieron sus colores; apenas podía sostenerse. Las fuerzas de su cuerpo lo abandonaban; en sus descoloridas mejillas, se veía la señal de la muerte. Bien llorado fué por muchas mujeres.

(Continuará)


✠ DEI ✠ GRATIA :
✠ S
HISPANIAR
✠ REX
HIS ANIA



SUMARIO

F. Soler y Rovirosa. — Final del acto 2.º de «La Magia nueva.» (Teatro Principal de Barcelona)

La condesa de Espoz y Mina



La generación de principios del siglo XIX presenta multitud de ejemplos de hombres de grandísimos méritos, á la vez que de mujeres de extraordinaria valía.

Con efecto, al lado de Palafox se presenta la condesa de Bureta; junto al famoso tío Jorge, Agustina de Aragón; en la misma linea que el general Lacy, Doña Mariana Pineda; y compartiendo todos los riesgos de Espoz y Mina, su valerosa esposa, la condesa, de la que vamos á ocuparnos.

Bien puede asegurarse que la mujer, reflejo del hombre, sabe colocarse á su altura, y es con él grande ó pequeña, cobarde ó heroica.

En el año de 1805 nació en la ciudad de la Coruña la señora doña Juana María de la Vega, hija de los modestos y honrados comerciantes don Juan Antonio de la Vega, y doña María Josefa Martínez y Losada.

El bizarro general don Francisco Espoz y Mina, que tanta parte había tomado en la revolución liberal de 1820, fué nombrado capitán general de Navarra, y de Galicia, donde conoció á doña Juana, uniéndose á ella por el indisoluble lazo del matrimonio.

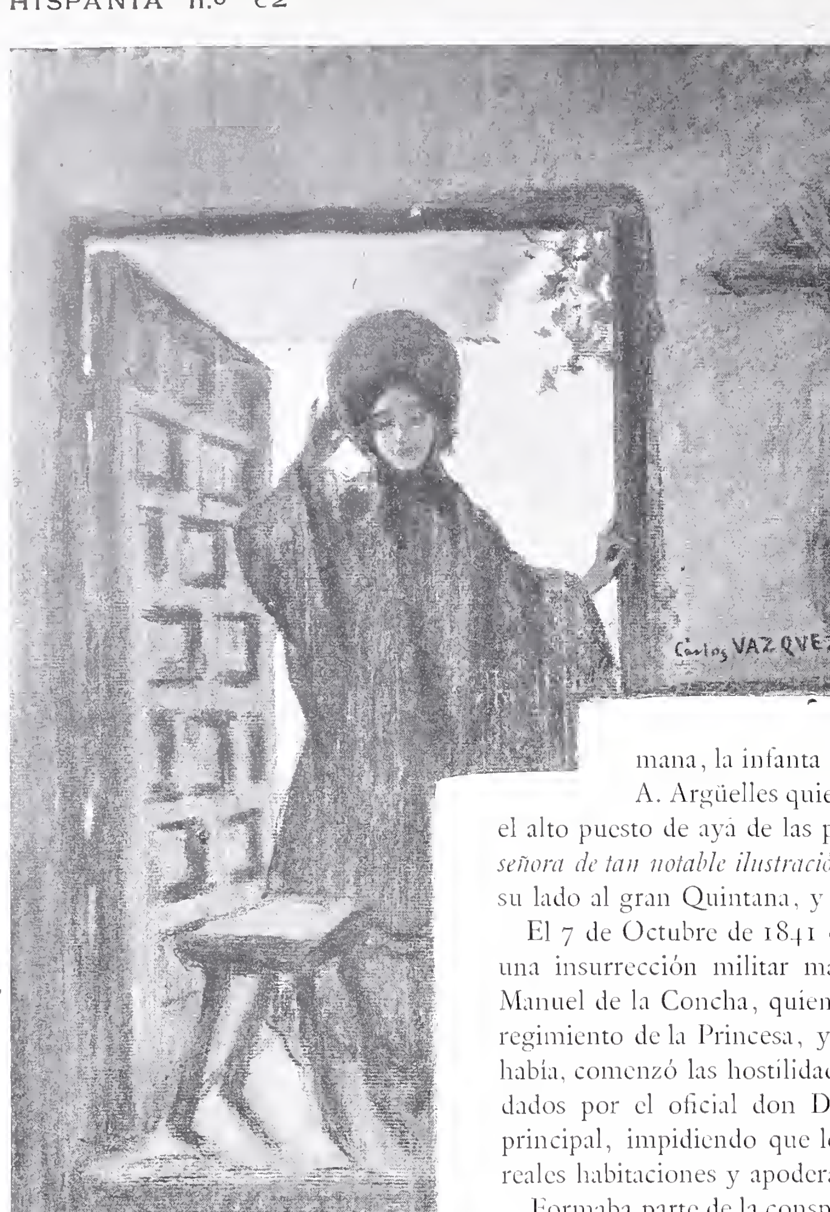
El amor que la gracia y hermosura de ella inspiró al general, y la pasión que ella sintió por el valeroso soldado, terror de los fraceses, no debía acabar sinó con su existencia.

Cuando la entrada en España de los *Cien mil hijos de San Luis,* que vinieron á derrocar el sistema liberal, el general Mina tuvo que abandonar á España, después de capitular honrosamente en Cataluña; y doña Juana, resuelta á seguirle al destierro, salió acompañada de su padre para Lisboa, ocurriéndola uno de esos lances que prueban hasta dónde rayan la serenidad y el corazón de ciertas criaturas.

Iban con nombre supuesto ella y su padre, y en la misma embarcación viajaba disfrazado el entonces célebre *Solitano,* noble anciano portugués, aunque de origen español, y uno de los principales jefes del partido liberal de la vecina nación. *Solitano* tuvo la imprudencia de colocar en la copa de su sombrero papeles y documentos que, á caer en manos de las autoridades del rey entonces absoluto de Portugal, hubieran causado la muerte de centenares de personas.

Al arribar al pequeño puerto de Camiña, el proscripto viajero excitó las sospechas de la plebe y de las autoridades, que trataron de prenderle en un figón, donde se hallaba acompañado de la joven esposa de Mina, interín el padre de ésta había salido por la población á inquirir noticias.

Entran los soldados, arremolínase la plebe, y el *Solitano,* en aquel momento supremo, descubre á doña Juana que oculta en el sombrero papeles y listas de muchos liberales de Portugal.



La joven, con la más perfecta tranquilidad, se dirije á la puerta de salida y, antes de traspasar los humbrales, se vuelve y dice con la mayor sangre fría en correcto portugués :

— «O chapeu do meu pai:» y cogiendo el interesante depósito, sale con él del figón, orgullosa por haber salvado la vida de tantos hombres.

En Inglaterra, durante la emigración de los liberales, fué doña Juana el angel tutelar de los españoles, sobrellevando, con la más grande resignación, aquella vida de constantes sacrificios.

En 1833 regresó á España, siguiendo á su esposo, cuidándole con el mayor esmero, y acompañando al general Mina cuando el gobierno le confirió el mando del ejército del Norte.

Murió el general en 1836, siendo capitán general del Principado de Cataluña, y la afligida viuda se retiró á Galicia, llevándose los preciosos restos de su marido, que colocó en el oratorio de su casa.

El gobierno quiso premiar los eminentes servicios del general y honró á su viuda con el glorioso título de Condesa de Espoz y Mina.

Triunfante el movimiento de 1840, que obligó á abdicar la regencia y retirarse á Francia á la reina doña María Cristina, el general don Baldomero Espartero fué elegido por las Cortes para ocupar tan alto puesto, y ellas mismas nombraron para tutor de la Reina-niña, doña Isabel, y de su hermana, la infanta doña Luisa Fernanda, al venerable don A. Argüelles quien se apresuró á llamar, para que ocupase el alto puesto de ayá de las princesas, á la condesa de Espoz y Mina, *señora de tan notable ilustración como preclaras virtudes,* conservando á su lado al gran Quintana, y al honrado don Martín de los Heros.

El 7 de Octubre de 1841 estalló en las primeras horas de la noche una insurrección militar mandada por el mariscal de campo don Manuel de la Concha, quien se dirigió al Real palacio con parte del regimiento de la Princesa, y, de acuerdo con la guardia que en él había, comenzó las hostilidades contra los 21 alabarderos que, mandados por el oficial don Domingo Dulce, defendieron la escalera principal, impidiendo que los sublevados pudiesen llegar hasta las reales habitaciones y apoderarse de las princesas.

Formaba parte de la conspiración, por mandato de María Cristina, según la carta que se le encontró, dirigida á Espartero, el general don Diego León, que también penetró en palacio vestido con el uniforme de húsar.

La lucha que se entabló entre los sublevados y los defensores de palacio fué terrible.

Al sonar las primeras descargas estaban las princesas con algunas azafatas y camaristas.

La condesa de Espoz y Mina oyó los gritos desde su cuarto y, lanzándose por la escalera *de Damas,* entró en la galería de cristales, halló á un centinela alabardero que la preguntó qué pasaba, y sin contestarle siguió corriendo hasta la escalera principal, atravesando por entre los alabarderos, ya formados en el último descanso, sufriendo la primera descarga de la compañía de cazadores de la Princesa que mandaba el teniente Boria.

Ilesa, milagrosamente, atravesó doña Juana la galería llamada *del Camón,* y se dirigió por el cuarto interior de las mozas de retrete á la habitación real, dispuesta á cubrir con su cuerpo á las princesas.

Halló á su majestad doña Isabel trémula, y á su hermana doña Luisa Fernanda con una convulsión.

— ¿Son facciosos? ¿Qué quieren? ¿Es contra nosotras? Quiero que me digas la verdad, preguntó doña Isabel.

La condesa mandó cerrar las puertas y balcones, y llevarse á las princesas á la inmediata alcoba de la reina; y luego, por haber llegado hasta allí una bala, á un trascuarto ó pasadizo cercano, donde hizo acostar á las dos niñas sobre un colchón.

Mientras ellas lograban conciliar el sueño, tranquilizadas por las palabras de su aya, doña Juana velaba á su cabecera.

Diríase que el espíritu de su valeroso marido, el general Mina, se había infiltrado en su alma.

Cuando la marquesa de Zambrano, esposa del desgraciado general León, se afanaba, porque las horas corrían y la vida de su marido se hallaba en grave peligro, por llegar hasta la Reina-niña, y todas las puertas de palacio se le cerraban, la condesa de Espoz y Mina, como su aya, se ofreció á facilitarla el paso.

Dudosa la marquesa, hubo de manifestarle su asombro y sus temores, según se asegura.

La condesa de Espoz y Mina se apresuró á preguntarla el por qué.

— ¡Por la enemistad de nuestros maridos!... ¡Yo no esperaba que usted!...

— Eso nada vale, ni nada significa en momentos como éste,—contestó noblemente la condesa.

Y ella misma condujo hasta la real cámara á la marquesa de Zambrano.

Por desgracia, el general León no llegó á ser perdonado y la pena de muerte á que le sentenció el consejo de guerra, cumplióse en la mañana del 15 de Octubre.

Cuando en aquella tarde, como tantas otras, quiso la Reina-niña salir en coche, la condesa de Espoz y Mina se opuso, con la mayor severidad, diciéndola:— « V. M. no puede salir de paseo, porque hoy han fusilado á un valiente soldado, que muchas veces derramó su sangre por su persona y por su trono. »

Vencedor el movimiento que en 1843 derrocó al general Espartero, la condesa de Espoz y Mina abandonó el Real palacio, y la capital de España, retirándose á la Coruña á cuidar los restos de su querido esposo, y á ser el ángel tutelar de los pobres, que la tenían y consideraban como á su segunda madre.

Aunque con el dolor consiguiente, accedió á los deseos, manifestados en varias ocasiones por la Diputación de Navarra, de que los restos de su inolvidable esposo descansaran en el gran monumento sepulcral que la Diputación dedicó *al hijo predilecto de Navarra,* en el hermoso claustro de la catedral de Pamplona.

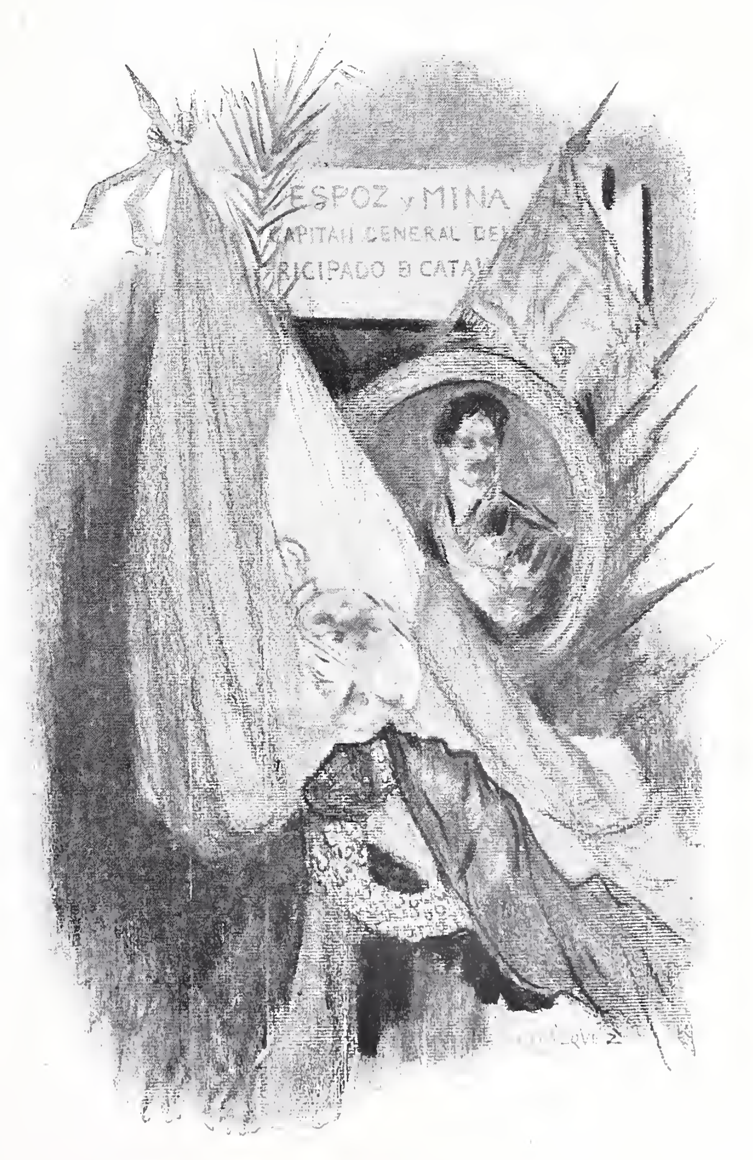
Y por cierto que al solicitar la condesa el permiso de Roma para levantar un oratorio en su casa, donde colocar el cuerpo del general, que había hecho embalsamar con el mayor cuidado, algunos amigos la aconsejaron lo hiciese con su nombre de pila y no con su título, por temor de que en Roma, conocidas las opiniones liberales de Mina, se lo negasen. Al saberlo el cardenal Prodestario exclamó: — « Con hombres de la nombradía y méritos del general Mina no se tienen prevenciones ningunas en la corte de Roma, cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas. »

En 1851 publicó la condesa las « Memorias del general don Francisco Espoz y Mina, escritas por él mismo », libro importantísimo porque en él se describe gran parte de la guerra de la independencia y de la primera guerra civil.

Habiendo solicitado de la condesa el Director del Museo de Artillería, por encargo del Director General del arma, conde de Alpuente, una espada de las que hubiese ceñido el general, doña Juana se apresuró á enviarle la espada que el Ayuntamiento de Pamplona le regaló al terminar la guerra de la independencia, el bastón que la *Sociedad Patriótica* de dicha ciudad le ofreció en 1820 al regresar de su primera emigración, y una de las dos layas « con que trabajó sus tierras, antes de lanzarse á defender la patria invadida por los ejércitos de Napoleón. »

Al morir (Junio de 1872) la condesa de Espoz y Mina, dejó á la posteridad un nombre ilustre, á las mujeres un modelo de esposas, y á todas las hijas de España un ejemplo que seguir en los diversos órdenes de la vida.

E. Rodríguez Solís





DANIEL U. VIERGE.—ESCENA DEL QUIJOTE

«...mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino.» — Don Quijote de la Mancha. Cap. II. Primera parte.

Arquillas de talla, Arquillas esgrafiadas,

placadas de Marfil y placadas de Concha

Al mismo tiempo que los *Vargueños* y las arquillas de taracea, se generalizaron, á partir del Renacimiento, en España, las llamadas Arquillas de talla.

Empezáronse á fabricar en Mallorca y demás baleares, bajo la influencia italiana, y luego se tallaron en Cataluña, extendiéndose más tarde, aunque poco, dicha industria artística á Valencia y algún otro punto de la Península.

Dichas arquillas eran por lo regular de nogal ó roble, y estaban atestadas de figuras, de caras, de adornos fantásticos, entre los que figuraban, mezclados, animales y frutas, flores, hojas, etc. entrelazados por guirnaldas, cintas ó follajes. No tenían tapas, ni puertas, y afectaban formas arquitectónicas de la época, en sus lineaciones generales, llegando á remedar fachadas de Palacios ó de otros edificios. Dichas arquillas, de un gusto esquisito la mayor parte de ellas, tenían una *patina* oscura, que se les daba con el aceite de nueces ó con el estracto alcohólico de éstas, y luego con una capa de cera amarilla. En Italia usábase el betún líquido mezclado con la cera. Los hierros de las dichas arquillas eran por lo regular pulidos, y á veces también se les doraba.

Y apropósito de dichas arquillas, referiremos aquí una anécdota que nos contó nuestro inolvidable amigo, el gran pintor escenográfico Soler y Rovirosa.

Parece que cierto arqueólogo de pocos alcances, encontróse con una de estas arquillas, la cual en un rincón tenía grabada una inscripción parecida:

GIRO L AMO ME FECIT
1587

El buen hombre escribió enseguida una memoria sobre un célebre escultor italiano, llamado Girolamo, que estaría, á su decir, emigrado aquí en Cataluña ejerciendo la industria artística de construir arquillas. Y allí se devanaba los cascos el buen hombre, creyéndose adivinar por las esculturas el carácter del tal Girolamo, y aun descubriendo su retrato, entre las figuras, y lo que es más, el motivo de su emigración. Los delfines y tritones de la arquilla, ciertos guerreros con traje medio romano y alfanje, le parecieron indicar que el escultor había sido marino y aún pirata. Pero ¡cual no sería el desencanto de nuestro anticuario, al descubrir en otra arquilla gemela una inscripción análoga, pero que no dejaba lugar á duda! Decía así:

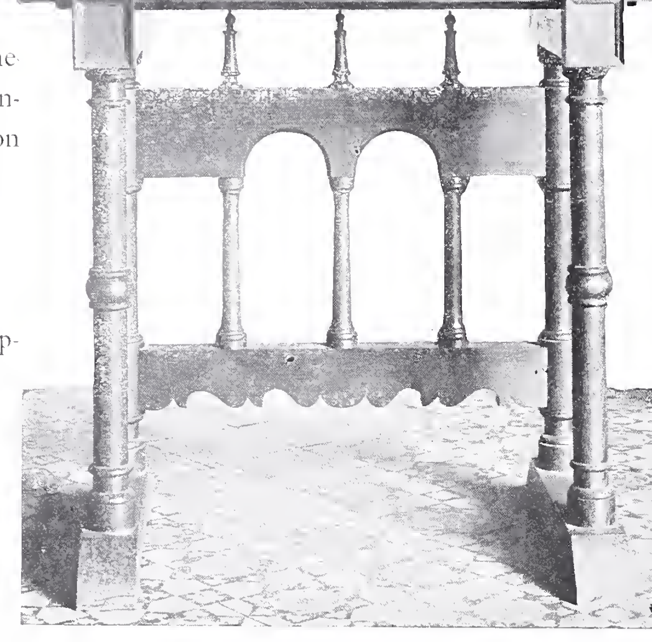
GIRÓ L'AMO ME FECIT
1889

Es decir, que era un escultor catalán, que se llamaba Giró y era el amo de su taller. ¡Cuántas investi-



Arquimesa de marquetería y escultura de boj. Siglo XVII





La misma Arquimesa anterior, abierta

En las portezuelas se ven dos medallones: el del lado derecho representa la estatua ecuestre de Felipe IV, y el del izquierdo, la del conde Duque de Olivares

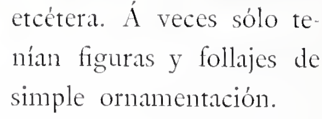
gaciones arqueológicas, hechas por miopes de entendimiento, no acaban con un ridículo parecido!

* * *

Volviendo á la descripción de los géneros diversos de arquillas en uso en esta época, hemos de mencionar otro de origen italiano indudable. Estas son las *arquillas placadas de marfil y esgrafiadas.*

Acostumbraban á ser por lo general de ébano ó de otra madera muy obscura, y las dichas placas formaban los plafones de sus puertas, de sus partes laterales y de sus cajoncitos.

Estas arquillas afectaban á veces también formas arquitectónicas, y entonces tenían columnas y columnitas, pilastras y balustres, de marfil ó de hueso. En cuanto á las placas, se las grababa en hueco, llenando el esgrafiado con negro ó con rojo. Los dibujos representaban batallas, escenas mitológicas, personajes históricos ó bíblicos,



etcétera. Á veces sólo tenían figuras y follajes de simple ornamentación.

Estas arquillas, que se fabricaron en varios puntos del litoral mediterráneo español, dieron lugar á otras en el 1600, cuyas aplicaciones ó placas esgrafiadas eran sólo de boj ó de otras maderas de tonos claros, llegando á teñirse éstas de diferentes tonos para formar con dichas placas y sus esgrafiados, cuadros y hasta vistas de paisaje y marinas, degenerando al final del siglo XVII en un gusto barroco pésimo.

Á mediados del mismo siglo XVII empezaron á fabricarse otras arquillas evidentemente influídas por éstas. Ya los paisajes y escenas no se hicieron con placas de maderas coloradas y grabadas, sino que se recurrió á la pintura sobre vidrio. Así los plafones eran verdaderos cuadritos pintados al óleo, con su vidrio encuadrado por listones. En general estas arquillas, ya sin arquitectura ni



Silla estilo Luis XV. Siglo XVIII



Silla estilo Luis XV. Siglo XVIII

más adorno que el de sus plafones y una balustrada, eran construídas de ébano ó de maderas teñidas de negro.

Y para terminar daremos cuenta de las arquillas monumentales de Nuremberg, que entraron aquí á fines del 1500, siendo luego construídas con mayor elegancia y buen gusto en España hasta el siglo XVIII. Hablamos de las arquillas de *concha con placas doradas*.

Eran éstas, casi siempre, de formas arquitecturales y de aspecto de gran edificio monumental. Asemejaban, á veces, el altar mayor de un templo, tenían columnas de concha, arcos y aplicaciones de bronce dorado, con balustradas, frontón, y pináculos del mismo metal. Los plafones eran de concha, y en el interior de los huecos ó en las intercolumnas, había casi siempre una estatuita ó un jarrón, etc. Éstas eran del mismo bronce dorado, ó de marfil, y todos los plafones eran de concha ligeramente bombada y coloreada de rojizo, por su trasparente. Eran éstos, muebles suntuarios que costaban al principio de 500 á 1,500 escudos. Luego fueron simplificándose, y por fin, acabaron en arquillas de simples plafones, con una balustrada y un frontón de bronce dorado.



Arquimesa de marquetería española, procedente de Aragón
Siglo XVII

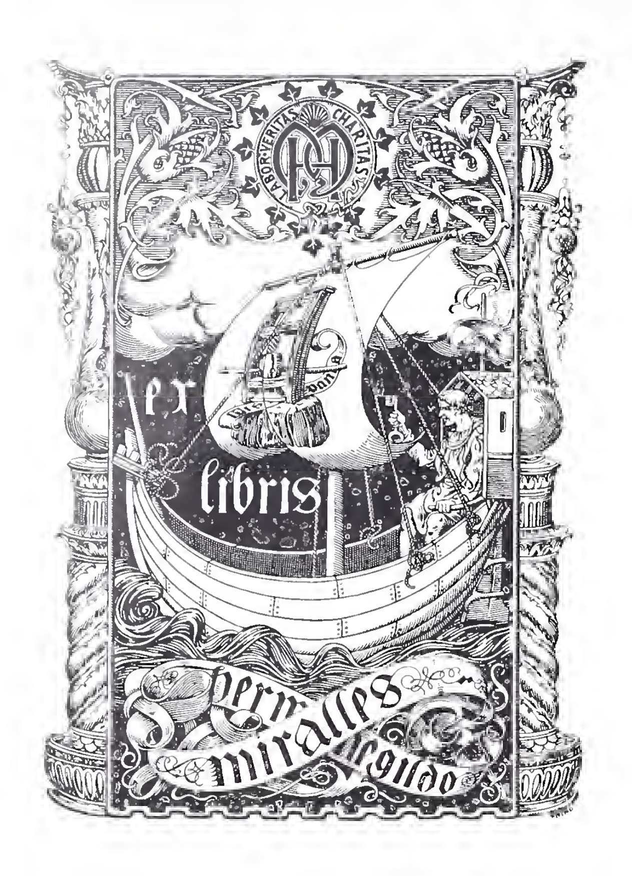
El pie de dichas arquillas era siempre una mesa, con hierros dorados, más avanzada que la arquilla para poder escribir en ella.

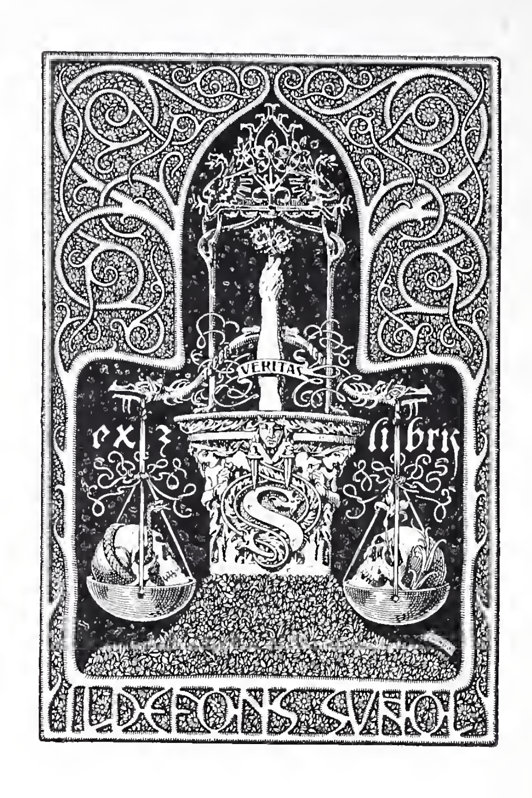
POMPEYO GENER

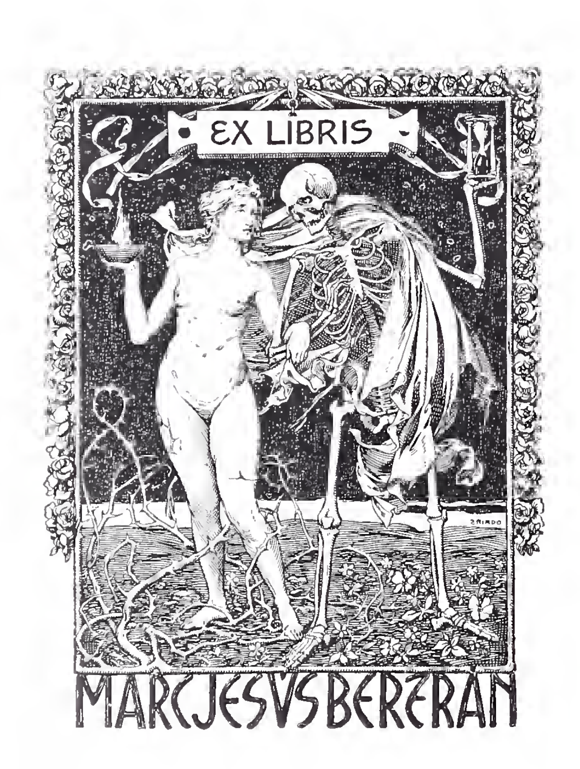
Los grabados de los muebles que reproducimos son sacados de los de la notable colección del Dr. Viñeta Bellaserra.

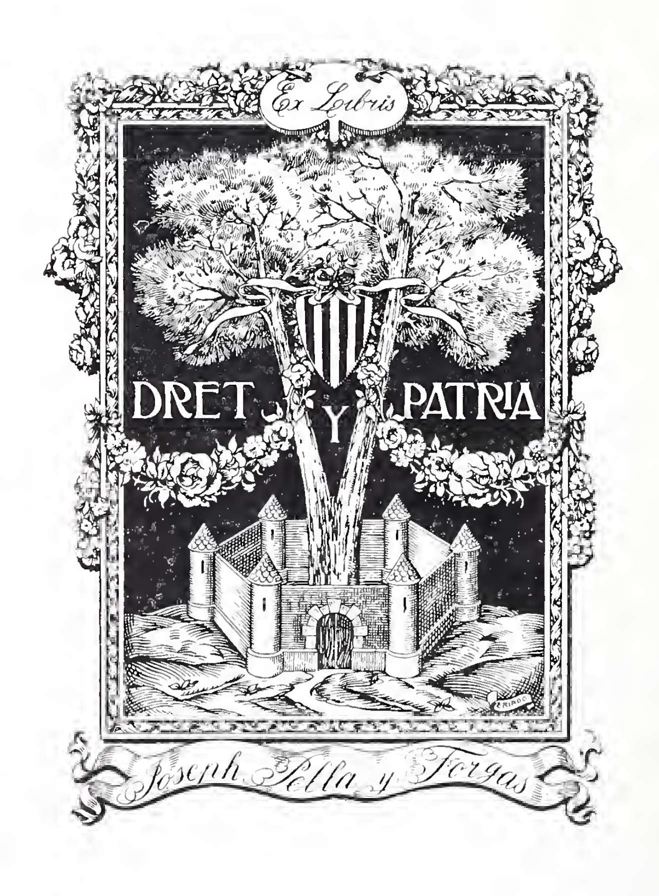


TORRES GARCÍA.—EN MEDIO DEL ARROYO










J. TRIADÓ.—EX-LIBRIS

LA CIENCIA DE UN IGNORANTE

Siempre fueron dañosas las exageraciones; pero entre una fe ciega ó una incredulidad absoluta, es preferible la primera. Ésta conduce muchas veces al heroísmo, la segunda eleva fatalmente á la desesperación.

* * *

Tenía don José M.ª de Montestruque, filósofo de mayor cuantía y sabio de muchas y merecidas campanillas, tal horror por las medianías ilustradas, que entre un completo ignorante y uno de nuestros intelectuales, producto fin de siglo de nuestras universidades, prefería, sin vacilaciones, al primero.

No teniendo familia, vivía el sabio sin otra compañía que la de un viejo criado gallego que respondía al nombre de Bonosio, hombre sencillo y bueno, ignorante á carta cabal.

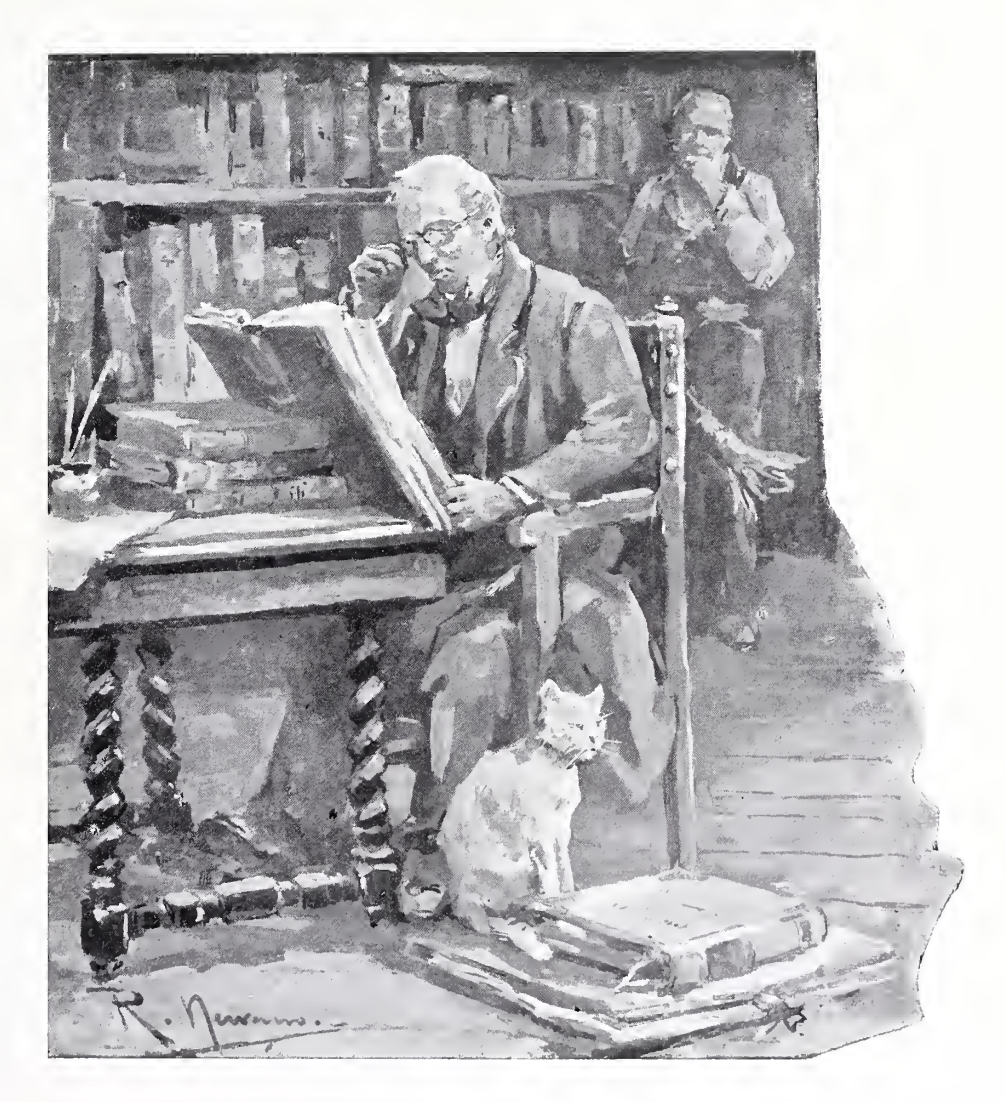
Á todos se les antojaba raro el perfecto acuerdo que, á pesar del carácter algún tanto violento del señor de Montestruque, existía sólido y duradero entre aquel hombre superior y su criado, vivo ejemplo de la armonía que puede reinar entre el talento y la ignorancia cuando ésta reside en un alma secilla y crédula dispuesta al sacrificio.

Después de treinta años consagrados á la enseñanza, desde su cátedra de Historia Universal, en cuyo sitial no faltó un día, fué jubilado don José y, sentando su residencia en Madrid, retiróse á su modesto palacete sin más deseos que los de dedicarse al cuidado de su magnífica biblioteca, objeto de todos sus amores y causa de su ruína, puesto que todo lo gastaba en la adquisición de libros antiguos y de incunables de raro mérito. De punta á cabo del año lo pasaba el eminente Montestruque encerrado en el vasto salón de su biblioteca, aspirando el olor *sui generis* de los libros antiguos, con la misma fruición que si aspirara perfumes de la Arabia quemados en pebeteros de oro.

Vivían don José y Bonosio, su criado, parcamente, pero comprendiéndose como dos amantes en su primer duo amoroso; don José tenía una loca pasión por los libros raros y antiguos: la vista de un manuscrito amarillento coloreaba sus enjutas mejillas y volvía luminosa su fría mirada de miope; Bonosio respetaba la locura de su amo y sentía una poderosa é inexplicable sensación de miedo cuando entraba á quitar el polvo de los vetustos libros, ante los cuales se pusiera de rodillas como si fueran dioses desconocidos, si su amo se lo hubiese ordenado. Los cogía con el cuidado de una madre acariciando á su hijo y el respeto de un musulmán al hojear el Libro Santo.

Al sabio, leyendo sus indescifrables manuscritos orlados de brillantes dibujos y aureos relieves, no le importaba comer poco, y el criado, admirando con toda la energía de su resuelto corazón, imitaba á su amo. Marchaban sus dos existencias al unísono, cuando una tarde el señor Montestruque sintióse enfermo y obligado á guardar cama. Un ataque de reuma agudísimo dejó su cuerpo inmóvil; toda su vida de sabio se refugiaba en sus enflaquecidas manos de largos y finos dedos, que continuaron hojeando los queridos incunables que su fiel Bonosio sostenía abiertos ante él, como sostiene el sacerdote el cáliz que ofrece á Dios.

— Tráeme el Quijote... mi Quijote ¿ sabes ? — ordenó de pronto don José.





— Va usted á fatigarse mucho, señor... — respondió Bonosio, que veía con lágrimas en los ojos como las sombras de la muerte oscurecían el rostro de su amo.

— Tráelo,— ordenó imperiosamente:— quiero despedirme de mi incunable preferido.

Sofocando un sollozo, llevó á su amo el libro que pedía.

Una hora después el fiel criado, de rodillas junto á la cama y llenando de lágrimas la mano de su amo, oía entre absorto y entontecido :

— ¿ Oyes, Bonosio ? Véndelos todos... Nunca me hubiera atrevido á confesarlo, porque prefería la muerte á separarme de mis libros... pero ahora no puedo ocultártelo: estamos arruinados... En el cajón de mi despacho está mi testamento. Con el producto de la venta, cómprate una casita en tu país, y no me olvides... Te dejo, mi fidelísimo Bonosio... Gracias por tu cariño y tu adhesión inquebrantables... ¡ Ah ! querido amigo Bonosio, tu eres el único hombre...

No pudo proseguir.

Con una sola palabra había el sabio hecho desaparecer la distancia entre el amo y el criado. Bonosio comprendió.

— ...Vende los libros... Adios...

El señor de Montestruque murmuró algunas frases ininteligibles y murió.

Apenas sepultados sus restos, apresuráronse los coleccionistas y aficionados á visitar la famosa biblioteca.

Bonosio, pálido y lloroso, con el instintivo respeto que tenía por los eruditos que eran amigos de su amo, les recibió en el umbral.

— ¿ Con que es usted el heredero ? Mil enhorabuenas, querido: ya es usted rico. ¿ Cuando es la venta ?

— No habrá venta.

Todo el mundo se sorprendió. Era rarísimo oir expresarse así á un criado.

— Esta biblioteca es un legado sagrado. Ahí hay una mesa y sillas; pueden ustedes consultar los libros cuantas veces quieran, pero no saldrá ni uno de aquí.

Los presuntos compradores se retiraron comentando aquella decisión que no comprendían.

Pocos días después entró en la biblioteca un antiguo amigo del señor Montestruque, el célebre doctor Carmena. Encontró á Bonosio desmejorado visiblemente.

— ¿ Pero qué niñerías son estas ? — dijo el doctor. — ¿ Con qué recursos cuentas para vivir ?

Bonosio ocultó los restos de un pedazo de pan y un arenque frito.

— ¡ Oh ! No lo ocultes, amigo mío, no te des vergüenza... Pero ¿ por qué no vendes estos libros que te harían rico y feliz ?

—Señor Doctor—contestó Bonosio gravemente,— preciso es que tenga en cuenta la amistad que me consta le profesaba mi pobre amo para que no eche á usted á cajas destempladas... Estos libros — añadió con fervor — los quiero y los venero, con ellos conservo á mi amo y rindo culto á la memoria de mi único amigo... ¡ Jamás los venderé !...

— Pero ¿y comer?

— ¡Es verdad! — murmuró Bonosio. — Pero los libros no los vendo.

El célebre doctor se retiró, encogiéndose de hombros.

Una noche Bonosio arrancó el timbre de la puerta, cerró balcones y persianas, instalándose en un sillón de la biblioteca, desfallecido por el hambre.

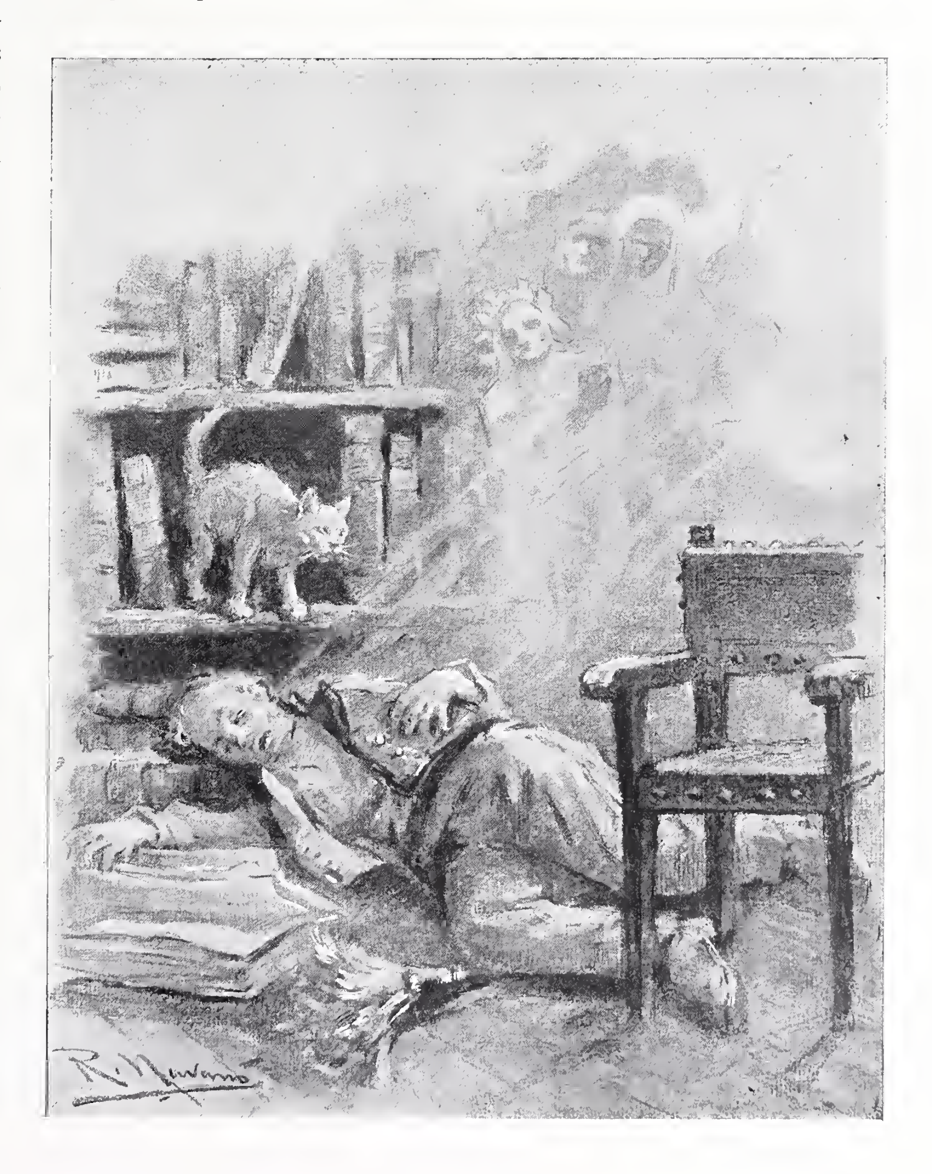
Había concluído el dinero y hacía dos días que no comía.

Sentado en el sillón, contentábase con mirar los lomos de los libros que se alineaban en los estantes como soldados en una parada. Olvidándose de las torturas del hambre, se abstraía en el orgullo de su constancia en guardar tan fielmente aquella biblioteca de su amo, defendiendo hasta el último extremo aquel tesoro de ciencia y de poesía, conservando intacta aquella fortuna de sabio que sólo había aceptado en depósito á pesar de la voluntad de su amo y de que se moría de hambre.

Y se murió al fin. Era una tarde de otoño. Había acariciado con la mirada por última vez los libros que seguían alineados, iluminados sus lomos por un postrer rayo de sol, lleno de brillantes puntitos que bailaban valses microscópicos. Por un momento tuvo Bonosio fuerza para aspirar *el alma* de la biblioteca esparcida en el aire y resucitó un segundo. El secreto de la ciencia humana penetró en aquel cerebro ignorante y exento de luces. El amor y la fe hicieron de aquel criado lo que la ciencia de su amo: un hombre superior.

— *¡Comprendo!* — dijo. Y cerró los ojos inclinando la cabeza.

La agonía de aquella alma de niño fué silenciosa, y cuando voló de su cuerpo serena y alegre para reunirse con la de su *amigo* y amo, dejando entre aquellos libros que representaban una fortuna, la mísera envoltura de su carne macerada por el ayuno, adivinó el prodigio que debió realizarse en aquella estancia.



Filósofos, sabios, héroes, mártires y poetas, todos aquellos, en fin, que inmortalizaron el pensamiento y la historia, se apresuraron á salir de los estantes donde se hallaban. Plutarco, Virgilio, Cicerón, César, Newton, Miguel Ángel, Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Balmes, y otros y otros, mezclaron sus hábitos y sus armaduras, y mostrando sus frentes coronadas de inmarcesibles laureles, se dispusieron á velar el cadáver de aquel criado ignorante y humilde, semejante al espectro glorioso que honraban la fe y el amor que inspiraron al *pobre hombre rudimentario* tan sublime sacrificio.

Acaso si Bonosio hubiera sabido leer hubiere vendido la biblioteca; aquellos libros le hubieran enseñado que el amor es una atracción física, la fe, una conseja de viejos y la gratitud, una enfermedad del corazón.

Si hubiera sabido leer, hubiera muerto rico.

No sabía, y murió como un héroe.

Bien dicen los que dicen: « Vale más creer que saber. »

Enrique Bayona

Ilustraciones de R. Navarro



DAVID.—NAPOLEON CORONANDO A JOSEFINA

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Cayó entre las flores el esposo de Crimilda. La sangre brotaba á torrentes de su herida. Dirigió reproches á los que deslealmente habían procurado su muerte. Las fatigas de la muerte le hacían hablar.

Así dijo el moribundo: «Viles y cobardes, ¿de qué me sirve todo lo que por vosotros he hecho, cuando así me asesináis? Siempre os he sido fiel; bien caro lo pago. Muy mal habéis obrado con vuestro amigo.

»Todos los que de vosotros nazcan, lo harán sin honra desde este día; vuestra cólera la habéis saciado bien con mi vida. Con vergüenza quedaréis excluídos del número de los buenos guerreros.»

Todos los caballeros acudieron á donde el herido estaba echado. Los que aun conservaban algún honor, lo sentían.

El rey de los Borgoñones sentía también su muerte. El herido dijo: «Sin motivo llora el que ha cometido el crimen: gran deshonor merece y todo lo ha perdido.»

El furioso Hagen dijo: «No sé de que os lamentáis. Nuestros cuidados han tenido fin. Ya no habrá nadie que nos pueda resistir. Gracias á mí, el héroe ha muerto.»

«Fácil os es alabaros» dijo el del Niderland: «Si yo hubiera sabido vuestras perversas costumbres, hubiera defendido bien mi vida y mi cuerpo. Lo que más siento en el mundo, es el abandono de la señora Crimilda mi esposa.

»Quiera Dios tener piedad del hijo que me ha dado, que dentro de algún tiempo oirá decir que sus parientes han matado á un hombre: esto me causa gran sentimiento.

»Nunca un hombre ha cometido tan horrible asesinato», le dijo al rey, «como el de que yo soy víctima. Yo defendí vuestra vida en los más grandes peligros y desgracias: bien caro pago todo lo que hice por vos.»

El héroe, herido de muerte, añadió tristemente: «Si queréis, noble rey, hacer aún algo bueno en este mundo, permitid que deje encomendada á vuestro cuidado mi amada esposa.

»Que pueda disfrutar del beneficio de ser vuestra hermana: con virtudes elevadas ha sido siempre mi compañera. Mucho tiempo me van á esperar mi padre y mis guerreros. Jamás á un amigo ni á una esposa se le causó pena tan grande.»

La fuerza del dolor le hacía agitarse convulsivamente, y dijo con voz ahogada: «De esta horrible muerte, tal vez os arrepintáis algún día; creed mi palabra: vosotros mismos os habéis castigado.»

Las flores del alrededor estaban teñidas de sangre. Luchaba con la muerte, pero no duró mucho.

Cuando los guerreros vieron que el héroe estaba muerto, lo colocaron sobre un escudo de oro rojo; después se reunieron para ver como habían de ocultar que Hagen lo había matado.

Así dijeron muchos de ellos: «Nos ha ocurrido una desgracia: debemos ocultar lo sucedido y decir todos la misma cosa: Yendo á cazar solo, el esposo de Crimilda, lo han matado unos bandidos que atravesaban la selva.»

Hagen de Troneja dijo: «Yo mismo lo llevaré á la ciudad. Nada me importa que sepa la verdad de lo ocurrido, la que ha causado pena á la reina.»

Ahora sabed donde estaba la fuente en que Sigfrido fué asesinado. Delante del Odenwalde hay una aldea que se llama Odenhein. Allí mana todavía la fuente, no puede caber duda.

XVII

DE COMO SIGFRIDO FUÉ LLORADO Y ENTERRADO

Esperaron á que fuera de noche y pasaron al otro lado del Rhin. Hagen hizo llevar el cadáver de Sigfrido, el de Niderland, delante de la cámara que ocupaba Crimilda.

Lo hizo poner sigilosamente frente á la puerta para que lo encontrara en el momento en que saliera á maitines.

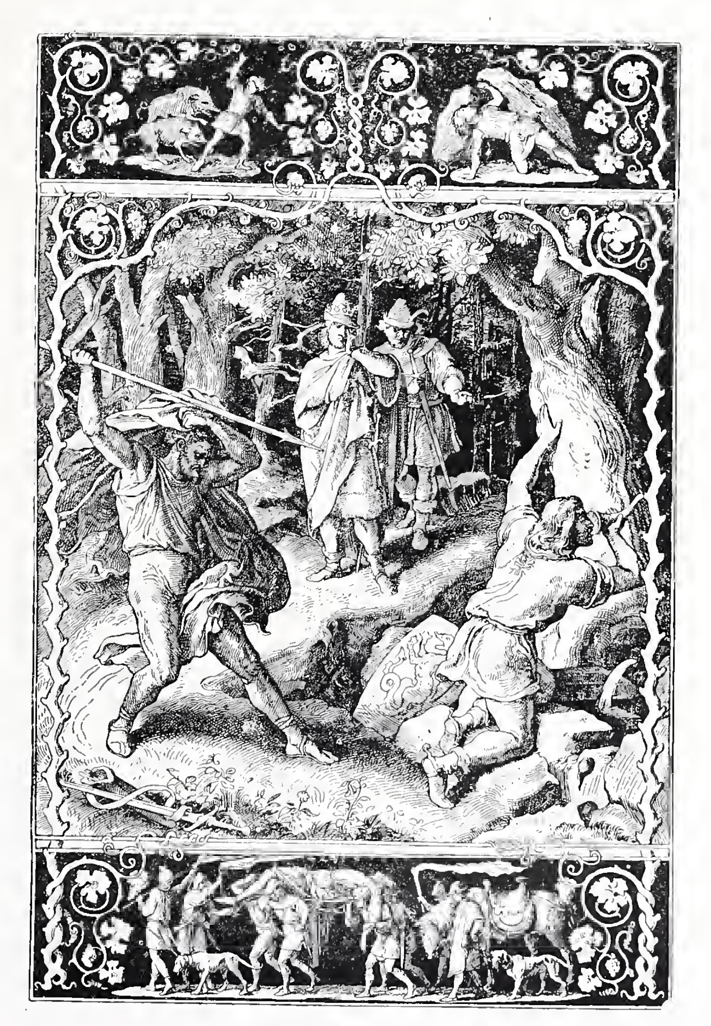
Según la costumbre, tocaron las campanas en la catedral: Crimilda, la hermosa, despertó á muchas mujeres. Mandó que la trajeran luz y sus vestidos. En esto llegó un camarero que vió allí tendido á Sigfrido.

Llevó á la cámara la antorcha que tenía en la mano y á su luz la señora Crimilda pudo comprender la horrible nueva.

Cuando con sus mujeres se iba á dirigir á la catedral, «Señora», le dijo el camarero «deteneos: aquí hay tendido un caballero muerto.» «¡Oh!» exclamó Crimilda «¿qué noticia me anuncias?»

Antes de pensar en que fuera su marido, se acordó de la pregunta de Hagen, de como podría preservarle la vida: en aquel momento sintió dolor.

Se inclinó hacia el suelo sin pronunciar una palabra; allí se veía tendida á la bella infortunada. Los gemidos de Crimilda eran grandes y prolongados. Cuando volvió en sí, hacía retemblar la cámara con sus gritos.



Uno de su acompañamiento dijo: «¿Quién será ese extranjero?» Tan grande era la opresión de su corazón, que la sangre le salía por la boca. «No, no es extranjero: ese es Sigfrido mi amado esposo. Brunequilda lo ha mandado y Hagen lo ha hecho.»

Ella se hizo llevar á donde estaba el héroe: levantó su hermosa cabeza con sus blancas manos.

Así exclamó la dulce reina desesperadamente: «¡Oh! ¡desgracia para mí! ¡No, tu escudo no está agujereado por las espadas! tú has sido asesinado. Si sé quien lo ha hecho, lo perseguiré hasta que muera.»

Hagen había vengado cruelmente la ofensa de Brunequilda.

Así dijo la desgraciada: «Que vaya corriendo uno, á despertar á toda la gente de Sigfrido, y haced saber á Sigemundo mi dolor; rogadle que venga á llorar conmigo.»

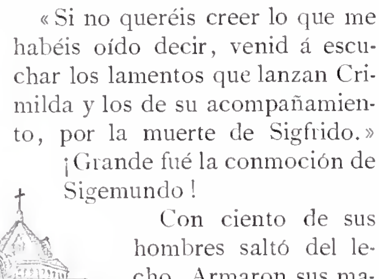
Un mensajero fué corriendo á donde estaban los héroes de Sigfrido. Con la triste noticia, la alegría huyó de ellos.

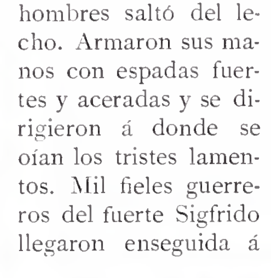
El mensajero se apresuró á llegar á donde estaba el rey. Sigemundo, el señor, no dormía, me parece que el corazón le decía lo que había pasado y que ya nunca volvería á ver á su hijo.

«Despertad, rey Sigemundo. Crimilda, mi señora, me ordena que venga, porque ha sucedido una gran desgracia; desgracia que como ninguna le hiere el corazón: tendréis que llorar mucho con ella, pues os afecta también.»

Se levantó Sigemundo y dijo: «¿De qué desgracia de la hermosa Crimilda me hablas?» El mensajero respondió llorando: «No puedo callarla más: Sigfrido el fuerte, el del Niderland, ha sido asesinado.»

El rey Sigemundo contestó: «Déjate de bromas, yo te lo mando y no repitas más tan horrible noticia de que ha sido muerto, pues nunca en la vida me podria consolar.»

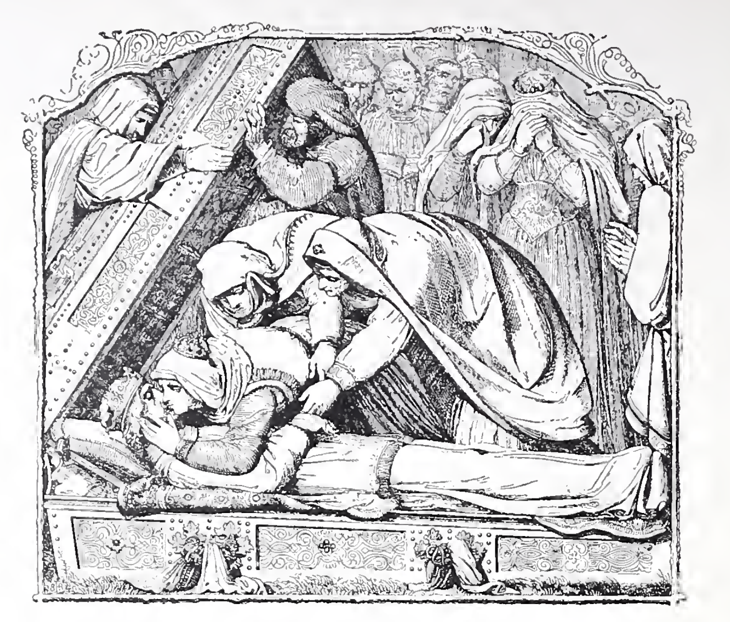




«Si no queréis creer lo que me habéis oído decir, venid á escuchar los lamentos que lanzan Crimilda y los de su acompañamiento, por la muerte de Sigfrido.»

¡Grande fué la conmoción de Sigemundo!

Con ciento de sus hombres saltó del lecho. Armaron sus manos con espadas fuertes y aceradas y se dirigieron á donde se oían los tristes lamentos. Mil fieles guerreros del fuerte Sigfrido llegaron enseguida á



donde se oía quejarse tristemente á las mujeres, que repararon entonces que estaban medio desnudas. El dolor las había hecho perder el sentido.

El rey Sigemundo fué á donde estaba Crimilda y dijo: «¡Oh! ¡maldecido tal viaje á este país! ¿Quién con tan cruel saña ha podido asesinar á tu esposo, mi hijo, cerca de amigos tan fieles?»

«Si llego á conocerlo» dijo la noble reina, «nunca lo perdonará ni mi corazón, ni mi alma.»

Sigemundo estrechó á la princesa entre sus brazos.

Nadie podía consolar á la esposa de Sigfrido. Quitaron los vestidos del hermoso cuerpo, lavaron sus heridas y lo pusieron en un ataúd.

Los guerreros del país de los Nibelungos se decían: «Es menester que le consagremos nuestros brazos con firme voluntad. En esta casa está el que ha cometido el crimen.» Toda la gente de Sigfrido se fué á armar.

Allí estaban sus hombres escogidos en número de mil doscientos guerreros: á la cabeza de ellos estaba su señor, el rey Sigemundo.

No sabían á quienes atacar, sino á Gunter y á sus gentes que habian ido con Sigfrido á la caza. Al verlos armados, Crimilda experimentó una nueva amargura.

Por fuerte que fuera su pena, por grande que fuera su desgracia, temía tanto ver morir á los Nibelungos á manos de los hombres de su hermano, que los detuvo.

La infortunada les dijo: «Señor rey Sigemundo, ¿qué vais á intentar? Vos no sabéis cuantos fuertes hombres tiene el rey Gunter. Todos os perderéis, si queréis atacar á esos guerreros.»

Tenían las espadas desnudas con afán por combatir. La noble reina les rogó que permanecieran quietos. Los guerreros no querian ceder porque aquello les causaba un furioso pesar.

Ella dijo: «Señor rey Sigemundo, dejad vuestro intento para ocasión más oportuna.

»Ellos tienen aquí en el Rhin gran poderío: por esto os aconsejo que no intentéis la lucha.

»Permaneced en el palacio y sufrid la pena conmigo. Cuando sea de día, vosotros, nobles guerreros, me ayudaréis á dar sepultura á mi esposo querido.»

Nadie podrá decir hasta que punto se lamentaron los caballeros y las mujeres, pues toda la ciudad estaba de duelo.

No sabían por que causa el noble guerrero había perdido vida y cuerpo.

Se mandó á los artífices que con toda prisa construyeran un ataud de plata y oro, grande y fuerte, unido por planchas de acero bien templado. Toda la gente tenía el corazón oprimido por el pesar.

Pasó la noche y comenzó á despuntar el día. La noble reina hizo llevar á la catedral á su nobilísimo muerto, á su querido esposo. Todos los amigos que habían ido allí con él, lo seguían llorando.

¡Cuantas campanas sonaron al llevarlo á la catedral! Por todas partes se escuchaba el canto de los sacerdotes. También fueron el rey Gunter con sus hombres y el feroz Hagen: mejor hubieran hecho con no ir.

El rey dijo: «¡Querida hermana! ¡cual es tu pena, que no hayamos podido escapar de un dolor tan grande! Siempre lementaremos la muerte de Sigfrido.» «Sin motivo lo hacéis» contestó la desconsolada mujer.

»Si hubierais de haber sentido pena, no hubiera ocurrido esto. No habéis pensado en mí, puedo decirlo con verdad, pues héme aquí separada para siempre de mi querido esposo. Hubiera querido el Dios del cielo que esto me sucediera á mí.»

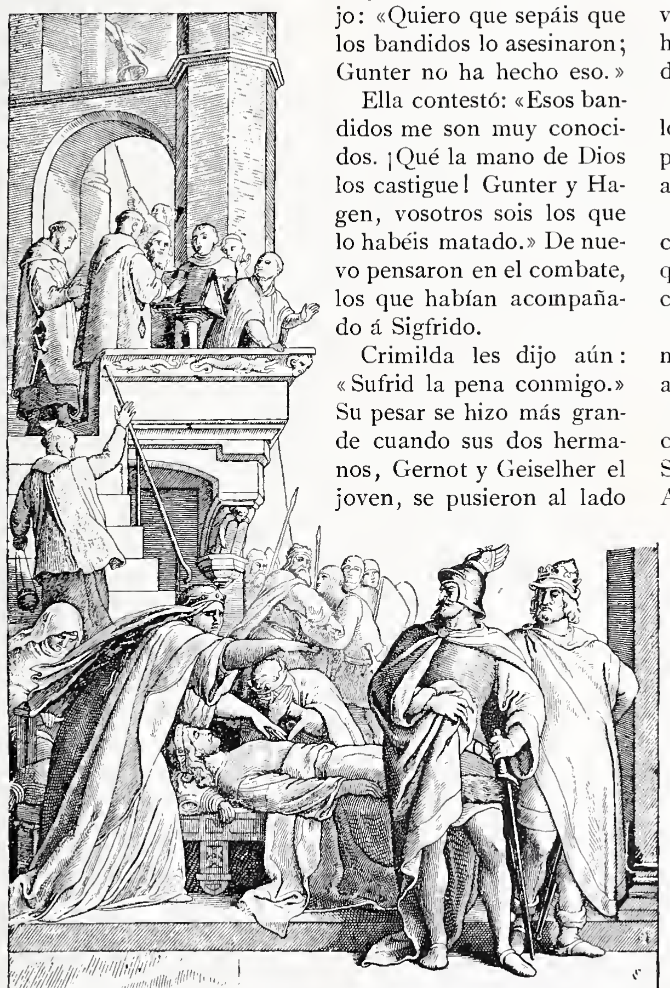
Ellos mantuvieron su mentira; Crimilda exclamó: «Que el que sea inocente lo manifieste con claridad; que se acerque al ataud y de este modo se conocerá bien pronto la verdad.»

Fué un gran milagro el que ocurrió entonces, por que cuando el asesino se acercó al muerto, la sangre brotó de las heridas. Así sucedió y quedó reconocido que Hagen lo había hecho.

Las heridas manaron como cuando fueron hechas. Los lamentos habían sido grandes: pero entonces lo fueron mayores. El rey Gunter dijo: «Quiero que sepáis que los bandidos lo asesinaron; Gunter no ha hecho eso.»

Ella contestó: «Esos bandidos me son muy conocidos. ¡Qué la mano de Dios los castigue! Gunter y Hagen, vosotros sois los que lo habéis matado.» De nuevo pensaron en el combate, los que habían acompañado á Sigfrido.

Crimilda les dijo aún: «Sufrid la pena conmigo.» Su pesar se hizo más grande cuando sus dos hermanos, Gernot y Geiselher el joven, se pusieron al lado





del muerto. Ellos lo sintieron verdaderamente; sus ojo se cegaron con las lágrimas.

De todas partes se dirigieron hacia la catedral hombres y mujeres. Pocos fueron los que no lamentaron su muerte.

Geiselher y Gernot dijeron: «Hermana nuestra, consuélate de su muerte, por cuanto no puede ser de otro modo. Nosotros queremos ayudarte en tanto vivamos.» Pero nadie en el mundo podía darle consuelo.

El ataud estuvo dispuesto para el medio día. Levantaron á Sigfrido de la angarilla en que estaba colocado. La reina no quería dejarlo enterrar todavía y esto dió mucho que hacer á toda la gente.

Envolvieron al muerto con una tela muy rica.

La desgraciada Crimilda dijo á sus camareras: «En obsequio al amor que me tenéis, vais á tomaros un trabajo: á todos los que lo querían bien, les distribuiréis su oro, en nombre del alma de Sigfrido.»

No hubo ningun niño, por pequeño que fuera, que, llegado á la edad de la razón, dejara de ir á los funerales.

Cuando acabaron de cantar, la multitud se dispersó. Después dijo Crimilda: «Esta noche no me dejaréis sola para velar al héroe sin igual. Con su cuerpo han encerrado toda mi alegría.

»Tres días y tres noches deseo que permanezca así, porque quiero gozar de la vista de mi amado esposo. Tal vez ordene Dios que la muerte me lleve también. Así terminará el dolor de la pobre Crimilda.»

Las gentes de la ciudad se fueron á sus casas. Ella mandó á los sacerdotes, á los monjes y á todo su acompañamiento, que se quedarán allí. Tuvieron tristes noches y penosos días.

Los pobres que estaban allí y que no poseían nada, tuvieron parte de ofrenda con el oro de Sigfrido: como no había de vivir más, se dieron por su alma muchos miles de marcos.

Sus buenas tierras laborables fueron distribuídas entre los monasterios y sus gentes fieles. A los pobres dieron plata y vestidos. Ella hizo comprender por sus buenas acciones, cuan grande amor le profesaba.

En la tercera mañana, al tiempo de la misa, el ancho cementerio cercano á la catedral, estaba lleno de gentes que lloraban, rindiendo homenaje al muerto, como se hace con los amigos queridos.

En aquellos cuatro días, se dice que más de treinta mil marcos se dieron á los pobres, por la salvación de su alma.

Cuando se acabó el oficio á Dios y terminaron los cantos; muchos del pueblo se agitaban dolorosamente. Sacáronlo fuera de la catedral, llevándolo hacia la fosa. Allí también se escuchaban llantos y gemidos.

El pueblo siguió al entierro lanzando gritos de dolor.

Cuando la triste viuda se quiso aproximar á la fosa, fué tan dura la aflicción que sintió, que muchas veces tuvieron que rociarle el rostro con agua de la fuente: el dolor de su corazón era muy grande.

Es verdaderamente una maravilla, que sus fuerzas pudieran resistir. A su lado estaban muchas mujeres que lloraban también. «Vosotras, fieles á mi esposo Sigfrido» dijo la reina, «hacedme un favor, en gracia á vuestro afecto.

»Dejadme que experimente una satisfacción en medio de mi dolor. Haced que yo pueda contemplar una vez más su bello rostro» Por tanto tiempo lo pidió llorando, que fué menester abrir de nuevo el magnífico ataud.

Llevaron á la reina junto á la fosa. Con sus blancas manos levantó la hermosa cabeza y lo besó muerto



al noble y buen caballero: el dolor hizo que sus brillantes ojos lloraran sangre.

Fué aquella una dolorosísima separación. Quitáronla de allí y ella casi no podía andar. Vióse caer á la noble dama perdidos los sentidos. Su hermoso cuerpo parecía que iba á sucumbir á la desesperación.

Cuando enterraron al noble señor, fué una pena inmensa para todos los guerreros que habían venido con él del país de los Nibelungos. Nunca más se vió contento á Sigemundo.

Muchos hombres hubo que por la fuerza del dolor no comieron ni bebieron en aquellos tres días: sin embargo por tanto tiempo no podían tener olvidadas las necesidades del cuerpo y más tarde se repusieron, como sucede muchas veces.

Crimilda permaneció desmayada y sin sentido el día, la noche y hasta la mañana siguiente. Nada de lo que le decían podía comprenderlo. Poseído de la misma pena, yacía el rey Sigemundo.

Con gran trabajo le hicieron recobrar sus fuerzas agotadas por la grande aflicción, de lo que él no se extrañaba. Sus guerreros le dijeron: «Marchemos á nuestro país: no debemos permanecer aquí más tiempo.»

XVIII

DE COMO SIGEMUNDO VOLVIÓ Á SU PAÍS

El rey Sigemundo fué á donde estaba Crimilda y dijo á la reina: «No quiero permanecer más tiempo en Borgoña.»

Crimilda respondió: «Me han aconsejado mis parientes, al menos los que me son fieles, que permanezca aquí con ellos, dado que no los tengo en el país de los Nibelungos.»

El rey Sigemundo le contestó:

«Ven con nosotros por amor á tu hijo: no es cosa de que lo dejéis huérfano. Cuando vuestro hijo crezca, consolará vuestro pesar, y en tanto tendréis á vuestro servicio muchos guerreros fuertes y buenos.»

Ella dijo: «Mi señor Sigemundo, no puedo marcharme con vos. Sea lo que sea lo que pueda sucederme, tengo que quedarme aquí con mis amigos, que me ayudarán á llorar.

»Partid sin cuidado, confiados en el favor de Dios: se os dará una numerosa escolta hasta que lleguéis á vuestro país: á mi querido hijo lo recomiendo al cuidado de vosotros, buenos guerreros.»

«¡Maldita sea esta fiesta!» exclamó el respetable rey.

Así dijeron claramente los guerreros de Sigfrido: «Tal vez nosotros volvamos nuevamente aquí, si podemos saber quien asesinó á nuestro señor. Tendrá entre sus parientes muchos enemigos mortales.»

Abandonaron sin acompañamiento á Worms sobre el Rhin: iban con el ánimo tranquilo, pues si por enemistad los atacaban, los brazos de los Nibelungos sabrían defenderse bien.

Ellos no se despidieron de nadie. Vieron á Geiselher y á Gernot que se acercaban afectuosamente al rey: se sentían afligidos por su dolor y así se lo hicieron saber los fuertes héroes.

Así dijo cortésmente el fuerte Gernot: «Dios del cielo sabe, que en la muerte de Sigfrido no tengo parte ninguna; yo no supe nunca que tuviera aquí un enemigo: tengo motivos para llorarlo.»

El joven Geiselher los acompañó amistosamente. Acompañó sin cuidado ninguno hasta el Niderland al rey y á sus guerreros, poseídos aun de honda pena. ¡Entre sus parientes encontraron alegres á muy pocos!

Lo que después les sucedió, no os lo puedo decir. Los gemidos de Crimilda se oían continuamente, sin que nadie pudiera consolarla sino Geiselher; éste era bueno y fiel.

Brunequilda la hermosa, permanecía impertinente. ¡Por muchas que fueran las penas de Crimilda, nada le importaba! Nunca más en su vida le volvió á tener confianza. Pero después Crimilda le causó amarguísimos pesares.

XIX

COMO EL TESORO DE LOS NIBELUNGOS FUÉ LLEVADO Á WORMS

Habiendo quedado viuda la noble Crimilda, el margrave Eckwart permaneció en el país con sus hombres. Él servía á su señora y juntos lloraban al muerto.

Con el alma triste y con pena iba Crimilda todos los días á la tumba de su esposo, y rogaba al Señor Dios que acogiera su alma; muchas veces se lo pidió con corazón contrito.

Uta y las de su acompañamiento, la consolaban siempre; pero tenía en su corazón herido un vacío tan grande, que no podía llenarse con ningún consuelo. El deseo de ver á su amigo le causaba mayor pesar.

Permaneció en el dolor, es cierto, por la muerte de su esposo, tres años y medio, sin decir una palabra á Gunter, y sin ver jamás en este tiempo á Hagen.

Así dijo al rey Hagen de Troneja: «Procura conquistar de nuevo la voluntad de tu hermana, y de este modo podremos traer al país el tesoro de los Nibelungos: mucho podría hacerse si tuvieras la confianza de la reina.»

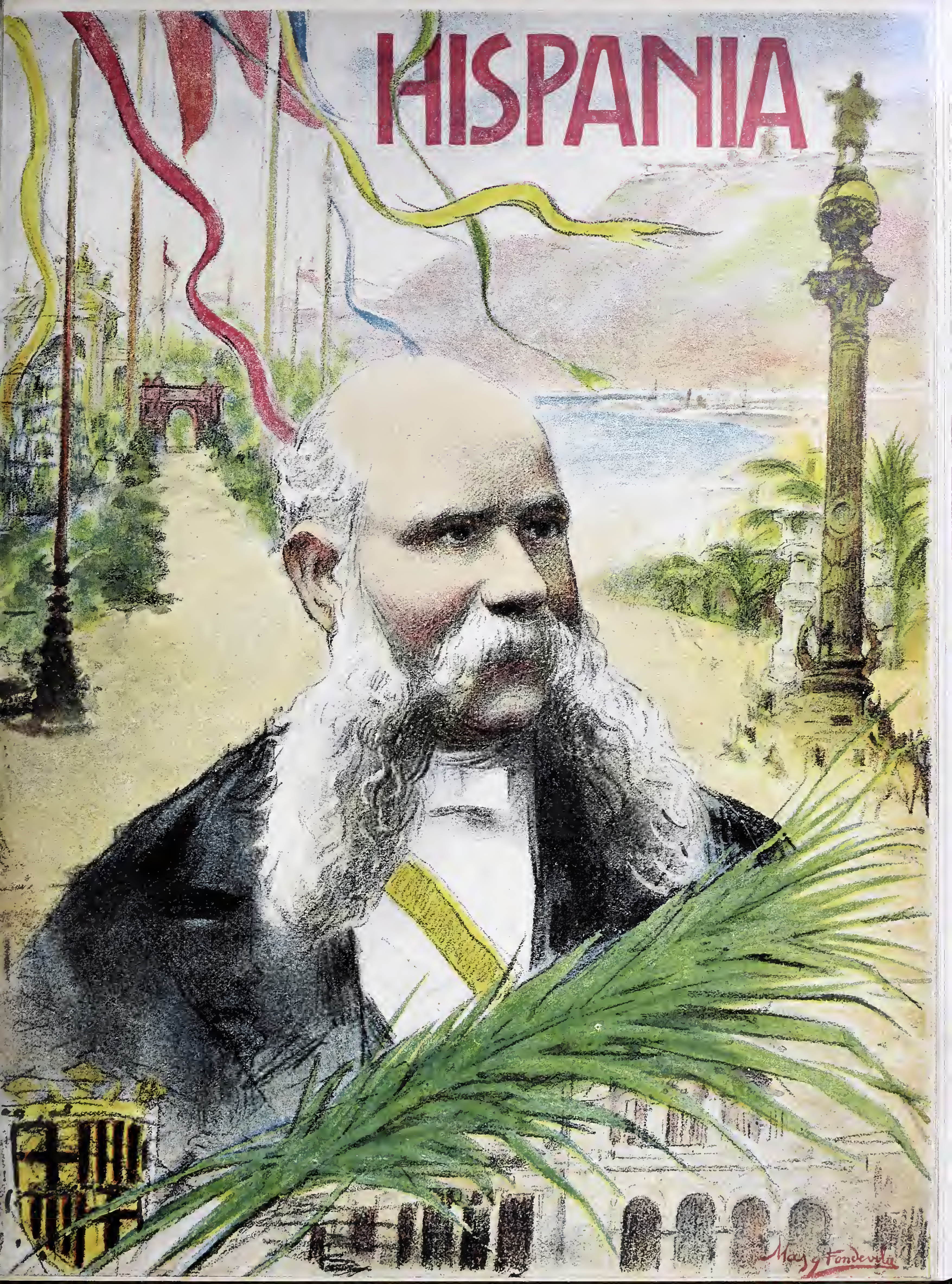
El rey hizo venir á la corte á Ortewein y al margrave Gere: y luégo, cuando estuvieron allí, á Gernot y al joven Geiselher; ellos intercedieron amistosamente cerca de Crimilda.

Así dijo Gernot el fuerte de Borgoña: «Señora, tiempo hace que lloráis la muerte de Sigfrido. El rey quiere probaros que él no lo ha matado. Siempre se os oye llorar dolorosamente.»

Ella contestó: «Nadie ha dicho que él sea: es la mano de Hagen.»

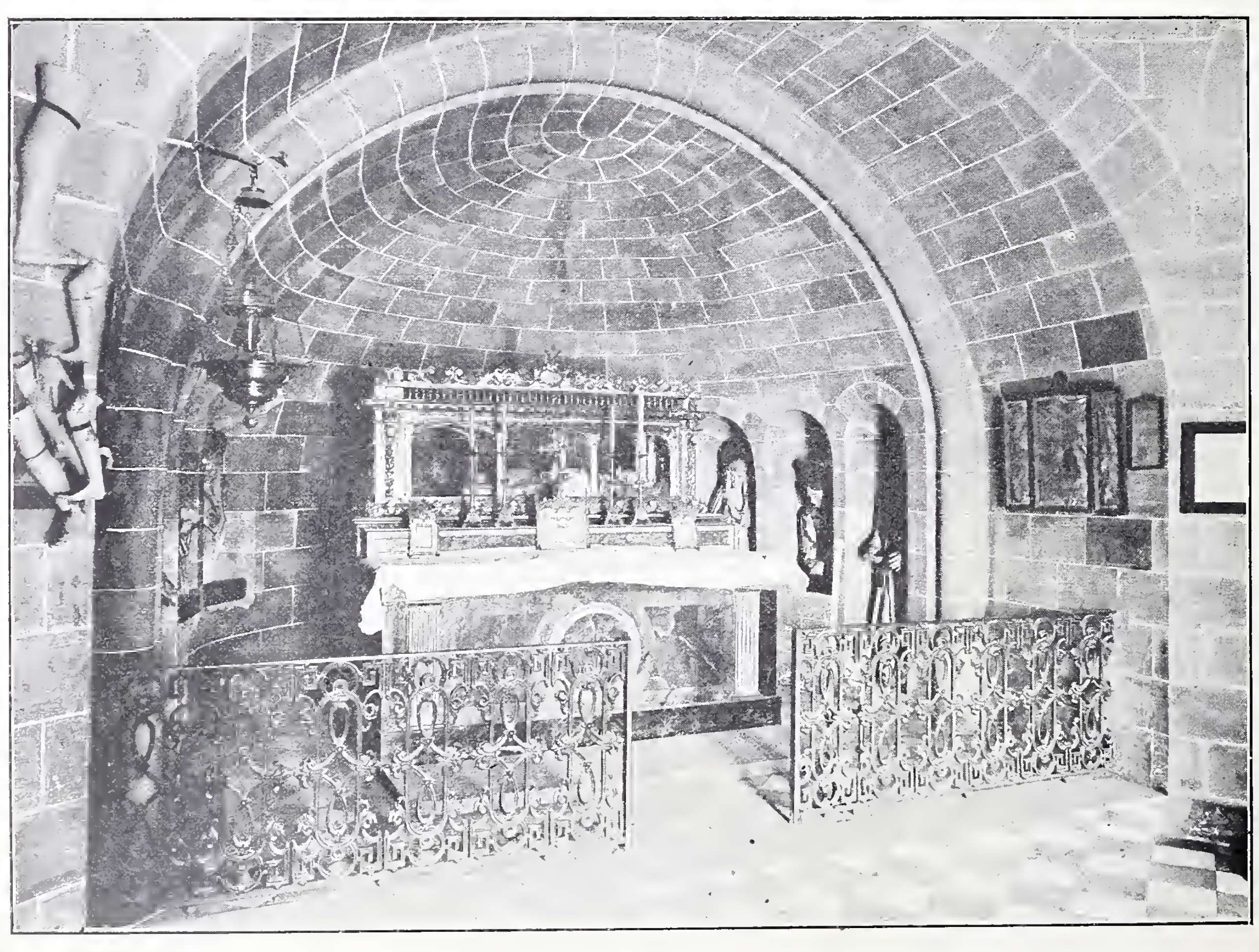
Geiselher, el agraciado joven, le comenzó á suplicar.

(Continuará)

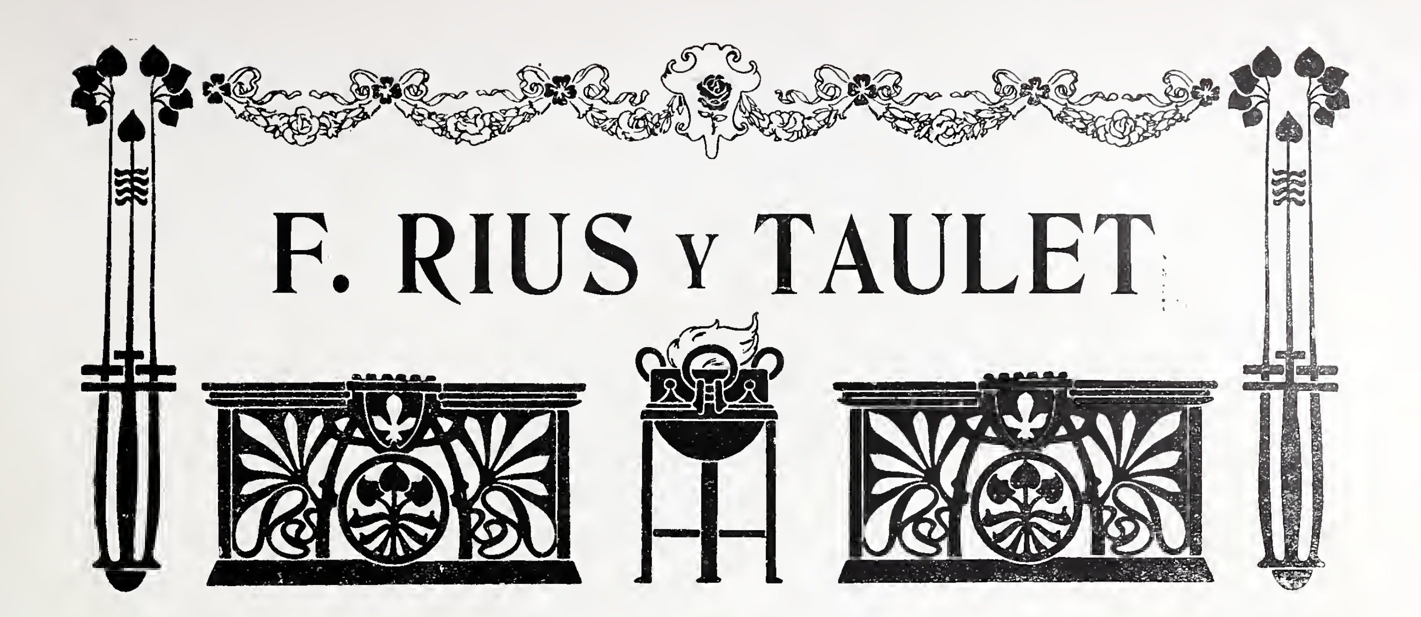

HISPANIA
Mas y Fondevila



Casa y posesiones del marqués de Olérdola en la población de este nombre



Capilla románica de la posesión de Olérdola, donde fué expuesto el cadáver de Rius y Taulet



F. RIUS Y TAULET

La historia de la humanidad ofrece con frecuencia un fenómeno triste, pero muy humano. Las generaciones no comprenden ni esplican al pensador, al artista, al hombre público que vive y actua en ellas. ¿Á qué citar casos de incomprensión y de injusticia social, si forman tejido muy denso en la vida humana? Á Rius y Taulet le tocó la suerte de incomprendido y mal juzgado por sus contemporáneos, aun por los que se consideran críticos piadosos de su memoria y actos. Viven todavía gentes que consideran liberalidad inmerecida, el hecho de que Barcelona perpetúe en monumento público su memoria. Estos extraviados de juicio constituyen la manifestación de un estado morboso de nuestra sociedad, que esplica á maravilla como tal sociedad no podía comprender un temperamento como el del barcelonés insigne.

La lucha noble y apasionada por grandes ideas y sentimientos, es la semilla que fructifica en las almas y en los pueblos vigorosos y florecientes. Por un largo apartamiento de toda vida pública, el pueblo catalán vive encogido. Cada cual en su hogar, sin más horizontes que este hogar mismo, toda finalidad es procurarse un decoroso bienestar, la riqueza individual si es posible. Este es el fondo del pensamiento general y el criterio de la conducta propia y agena.

Tal era el estado general de pensamiento y de voluntad en nuestro pueblo, al ocurrir la revolución española. Singular fenómeno político, esta revolución. Verbalista y formalista el pueblo español, lo resulta hasta en sus revoluciones. Fué la nuestra la proclamación externa de la democracia, no la conversión de las almas á las virtudes y sentimientos democráticos. Democracia sin demócratas, al sonar en la Gaceta la hora del Gobierno del Pueblo, debía despertar, como despertó, una legión abigarrada de aspirantes al poder, compuesta de algunos demócratas convencidos, otros que seguían de buena fe el impulso general, y un enjambre de aventureros para quienes la política venía á ser como un oficio cualquiera para prosperar en el mundo.

Los de buena fe van desfilando, se va definiendo cada día más el oficio de político y queda el cuadro reducido casi á los actores de la política en provecho propio y al público envuelto en su capa de refinado egoísmo, murmurando y maldiciendo á los que gerentan la cosa pública, á quienes condena en bloque y sin distinciones. ¿Cómo el montón de egoístas podía distinguir y diferenciar al que, llevado de su temperamento y en busca de un ideal elevado, lo realizaba en un medio inficionado y apesar del mismo?

Rius y Taulet tenía un temperamento y un ideal. Sin ellos es incomprensible su vida y su obra.

El temperamento de Rius es trasparente á cualquier observador mediano. Pulcro y atildado en sus maneras, devoto de la forma, su porte, su trato, su conversación y sus actos, revisten un sello de distinción que no es vestimenta externa sino manifestación real de un espíritu delicado. De la vida de la naturaleza y de los actos humanos, le atrae y seduce la grandiosidad, la magnificencia. Los grandes efectos, los conjuntos sugestivos, se apoderan de sus sentimientos. Es un espíritu sintético, y por este lado no parece hombre de su raza. De ella tiene la perseverancia en los propósitos, la asiduidad infatigable en el trabajo y la fe absoluta en el propio esfuerzo.

Poco conocían á Rius, los que le atribuían pasiones pequeñas y mezquinas. Frugal y sencillo en su vida privada como un espartano, desinteresado hasta abandonar, por su pasión única, el porvenir de los suyos, á quienes quería con delirio, había que oirle y que verle, sobre todo que verle, con el rostro encendido, la mirada apasionada





Vista general del edificio construído en Sarriá por suscripción pública y dedicado por la ciudad de Barcelona á Rius y Taulet

llevando á sus labios toda su alma, como en la intimidad hablaba de Barcelona y de sus proyectos. Parecía un profeta, un iluminado, que en éxtasis describiera la Ciudad de sus amores, grande, hermosa, limpia, repleta de monumentos de arte, riquísima y culta; la Ciudad que llenaba su ser y constituía el ideal único y exclusivo de su vida. Su gran pasión era inmortalizar la Ciudad y con ella inmortalizar su nombre en maridaje espiritual y eterno. Quizás en el fondo de su fantasía se le había representado su propio espíritu, resplandeciente de luz y de gloria, presidiendo el triunfo de su ciudad ideal.

Rius llevaba en si, además de su temperamento, un lastre de sentimiento y de medio, que, con las circunstancias, dieron nacimiento á la pasión que caracteriza y absorbe su personalidad.

Era barcelonés de la Ciudad vieja, de la Barcelona amurallada. En el riñón de ella, en la Plaza Nueva nació. Correteando de niño y viviendo de joven en la tienda de su padre, fué almacenando en su espíritu, ya predispuesto, el conjunto de sensaciones y sentimientos de la vieja urbe, de cariño y admiración á su Ciudad, con la intensidad que apenas comprende el ciudadano de la Barcelona cosmopolita moderna.

Sobrino del profesor de Derecho Rius y Roca, influyó este parentesco en que su padre le dedicase á estudiar leyes, que cursó con lucimiento, ingresando en el Colegio de Abogados de esta ciudad el año 58. Hasta el 68 se dedica exclusivamente á ejercer su profesión, acreditándose de jurista entendido y discreto. El oleaje de la revolución le lleva á la vida pública y á la administración de la Ciudad, en la cual casi constantemente interviene desde el 70 al 90. Desde entonces la vida pública le absorbe por entero.

Un barcelonés de la Ciudad vieja, con el temperamento que Rius traía, llevado á la administración de la ciudad en aquel período, debía apasionarse por su engrandecimiento. La vieja Barcelona iba á emprender su vuelo á Ciudad moderna. Libre del cinturón de murallas que la oprimía y ahogaba su vida exuberante, con empuje vertiginoso iba á levantar, aprisa y con furor, más cantidad de ciudad que no habían formado los siglos. Este vértigo, este furor y apresuramiento necesitaban quien los dirigiese y secundase, é imponían para cumplirlos, nada más que rudimentariamente, un cúmulo inmenso de deberes administrativos.

Realizar el ensanche, agregar á la urbe los pueblos de su llano, reformar el casco viejo, eran los pensamientos que absorbían á Rius por entero. ¡Qué serie de luchas titánicas, qué derroche de actividad el desplegado por Rius para llevar adelante su pensamiento!

Precisa formar concepto de la máquina complicada de nuestra administración centralista y burocrática, de las trabas á veces insuperables del expedienteo á que obliga la urdimbre de nuestra administración; precisa recordar hasta que punto la administración municipal es teatro de las luchas políticas y del personal que, por regla general, tales luchas llevan á la administración comunal, para comprender el esfuerzo que significa la obra de Rius y los tormentos y amarguras de su espíritu, al llevarla adelante.

Rodeado de pasiones mezquinas, encontrarse cada día

y á todas horas en el trance de abandonar su obra ó transigir con ellas á cambio de llevarla á cabo; sentir horror del medio al que no se adapta su temperamento y verse obligado á soportarlo, ya que sin él ni sus ensueños ni su gloria de ciudadano y de hombre público son realizables, es una lucha formidable, que no comprende la mayoría de sus conciudadanos: los malos, porque para éstos el ideal altruista del hombre público es incomprensible y sólo se explican la intervención en la cosa pública como grangería en provecho propio; los otros, los egoístas, los hombres de su casa, porque no comprenden como semejante lucha puede sostenerse cuando puede acabarse sencillamente volviendo á casa, único ideal para ellos decoroso y concebible.

Si Rius hubiese sido impulsado por el afán de poder y de dominio político, le bastaba imitar á los que antes que él lo habían ejercido; podía vegetar en esta atmósfera malsana del *do ut des* que está á los ojos de todos; conceder favores, dispensar influencias á cambio del goce del propio engrandecimiento. El engrandecimiento propio no produce ni esplica aquella fiebre de actividad para las mejoras y el engrandecimiento de la ciudad, que dominaba á Rius continuamente.

Cuando algún investigador concienzudo del porvenir escriba la historia de nuestra urbanización municipal y examine minuciosamente nuestro archivo municipal, ojeando espediente por espediente, estudiando calle por calle, obra por obra, de este análisis habrá de deducir con relación al periodo del 70 al 90, la glorificación de Rius.

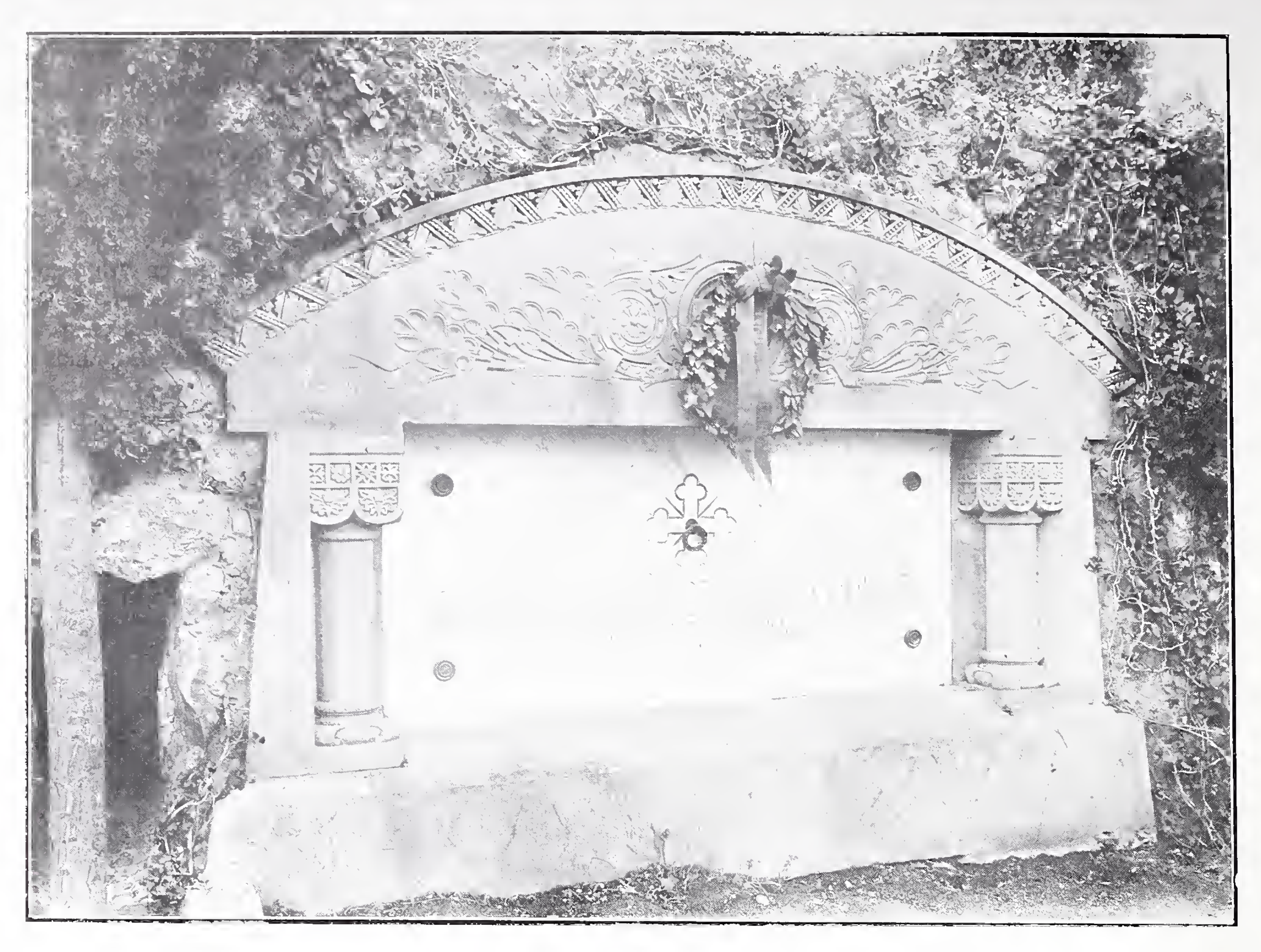
Si Rius hubiese podido realizar su ideal en otro medio y con diversas condiciones, hubiera quizás logrado que fuese un hecho aquella frase con que sintetizaba su pensamiento: « hacer de Barcelona la ciudad más grande y más hermosa del Mediterráneo.»

La agregación de los pueblos del llano por él constantemente impulsada, es hoy un hecho. La reforma interior y el saneamiento del subsuelo, ni están realizados ni se vislumbra, por ahora, esperanza de su realización.

En cambio llevó Rius á cabo una empresa, que constituye la obra más adecuada y más conforme á su temperamento, la exterioración más completa de su espíritu: la Exposición Universal de 1888.



Plaça dedicada á Rius y Taulet por el Ayuntamiento de Barcelona, en prueba de gratitud por sus trabajos y desvelos en pro de la Exposición Universal



Tumba donde descansan los restos del Marqués de Olérdola, en el Cementerio del SO. de Barcelona

Concebida la idea y comenzada por iniciativa particular, se vislumbraba un fracaso doloroso. Rius cree comprometido el buen nombre de la ciudad, y en cuerpo y alma se consagra á la obra que había de glorificar á la ciudad y glorificar su nombre. Durante aquellos meses de vertiginosa actividad que preceden á la exposición, aparece Rius como un atleta formidable. Su vida corporal parece en suspenso; apenas come ni duerme. Es un espíritu luchador que se consagra á vencer dificultades que surgen á cada momento. Su fe y su entusiasmo son el aliento que vivifican á la legión de hombres que cooperan á la manifestación de nuestra actividad.

El éxito corona sus esfuerzos. El goce purísimo del artista ante su obra soñada, inunda el alma de Rius, presidiendo aquellas fiestas de la Exposición. Contemplar como la atención del mundo es atraída á su ciudad, como las escuadras de los pueblos más poderosos de la tierra saludan á la Reina en nuestro puerto; presidir aquella fiesta del arte, de la ciencia, de la industria y de la paz, siendo el teatro su ciudad querida, era el espectáculo que mejor podía saciar su espíritu y realizar su gran pasión.

El goce íntimo de Rius al ver colmados, con la Exposición Universal, sus ensueños, lo pagó con su vida.

Aquel cuerpo robusto, quebrantado por la asombrosa actividad que había prodigado y minado por las infames luchas de la política á través de las cuales había llevado adelante su idea, cae gloriosamente, victima de las heridas recibidas en el campo de batalla.

Los que, por las circunstancias, fuimos en aquellos días tristes de su muerte, sus testamentarios, al contemplar, sin sorpresa, la prueba plena de la honradez inmaculada y del sacrificio heróico de Rius, tuvimos la revelación íntegra de su personalidad combatida.

Al levantar la ciudad á Rius y Taulet un monumento, paga una deuda sagrada á la memoria de uno de sus más preclaros hijos.

J. Carner



Rius y Taulet, en 1888



EL GRAN ALCALDE DE BARCELONA

(Páginas de un libro inédito)

No me propongo escribir la biografia del gran Alcalde Barcelonés. Ya lo hizo Sol y Ortega, aunque fueron muchos los que con deleite la oyeron, en cierta ocasión solemne y nos hemos quedado todos sin el gusto de poder leerla.

Además, aunque al lector le importe poco mi opinión, ha de saber que no me parece bien que se moleste á nadie, esplicándole cuando y en donde nació un personaje, (que las mas de las veces no lo és) y si nació de padres ricos, pero honrados ó viceversa.

Y también habria otra razón para no escribir ahora la biografia de Rius y Taulet, pues nada podria decirse que no fuera repetición de los innúmeros artículos biográficos que en vida y en muerte de él se ocuparon, algunos de ellos para ensalzarle en artículos ditirámbicos de elogios claveteados, y otros desatándose en censuras más ó menos veladas.

Los primeros eran casi siempre una solicitud pedigüeña, que á su tiempo cristalizaba en una petición de empleo ó negocio, que si no era justa ó moral, abortaba enseguida; los segundos eran indefectiblemente el resultado de una negativa y el derecho del pataleo.

Lo que más admiraba, no obstante, era el poquísimo caso que hacía de las censuras y elogios. Es claro que sería mentir el negar que le satisfacían éstos y le molestaban momentaneamente aquellos, pero ni los unos le desvanecían, para engreirse en sus obras, ni los otros le quitaban alientos para proseguirlas.

Siempre me acordaré del consejo que, con una naturalidad y convencimiento extraordinarios, me dió con motivo de los injustificados y cuotidianos ataques que empezó á dedicarme un cierto periódico que se había puesto á la Exposición Universal por montera.

—¿Quiere V. creerme?—me dijo:—haga V. como yo. No lo lea, ni permita que se lo lean.

Esto no quiere decir qne no tuviera en gran predicamento la misión de la Prensa, entre la cual es verdad que hacía las debidas distinciones.

En la primera y segunda épocas de la Alcaldía de Rius y Taulet, los periódicos locales no eran tantos, ni ninguno de ellos era hijo de empresas mercantiles, razón por la cual tenían perfecta libertad de criterio y obedecian unicamente á su filiación política ó á su modo de pensar y de sentir, en asuntos de la localidad.

Rius se hacía enterar de todo cuanto decian los periódicos y, si hallaba justas ó pertinentes las quejas, las censuras ó las iniciativas, las aceptaba, sin buscar el aplauso ni la satisfacción de su amor propio.

Pocos habrán sido como él, en nuestra Ciudad, más censurados y las más de las veces injustamente.

Recuerdo que al sugerirle la erección del Monumento á Colón la idea de abrir un gran paseo adornado de palmeras, el cual bautizó con el nombre del gran navegante genovés, un periódico democrático de esta localidad se desató en grandes censuras contra él y su proyecto, motejándole con el nombre de *paseo de las escobas*, y llegando á amenazarle con que la acción popular le exigiria responsabilidades, por malversación de los fondos comunales.

Algunos Concejales, de los que andan siempre temerosos de responsabilidades, llegaron á preocuparse de la campaña tenaz y persistente del periódico y se acercaron á Rius, para conocer, más que su opinión, el efecto que la campaña producia en su ánimo.

—¿V. cree, D. Francisco, que arraigarán estas palmeras? — le dijeron.

El interpelado, levantando la cabeza y apartando la pluma de los documentos que el Secretario le ponia á la firma, les dijo, dando á sus facciones un aspecto de cómica gravedad:

— De que vivirán, no tengan Vdes. ninguna duda; lo que no puedo asegurarles es si darán dátiles...

* * *

Diariamente y muy particularmente durante su última época, se recibían en las Casas Consistoriales y en el domicilio particular de Rius una infinidad de periódicos, revistas, ilustraciones y libros con artículos laudatorios, apuntes biográficos y retratos, que las más de las veces ni tenia tiempo para hojear, ni mucho menos para leer.

Un día, después de haberme consultado el caso, Bohigas, el escribiente del despacho, á quien todos conocíamos por su bondad y el entrañable afecto que profesaba á D. Francisco, pidióle permiso para recoger todos los papeles que de él se ocupaban y coleccionarlos en un album, junto con los retratos que en diversas formas, tamaños, colores y procedimientos se habían publicado.

Bohigas, conocedor del carácter modesto y serio de Rius, se esforzaba en quitarle importancia á la cosa, diciendo que unicamente era como una curiosidad y para tener en lo sucesivo una historia documentada de sus múltiples y variadas gestiones.

— No tengo inconveniente en ello — dijo D. Francisco — pero pongo por condición que se coleccionen también los artículos censurándome y las caricaturas. —

Bohigas no habló más de la cosa; y después de muerto don Francisco, al remover junto con mi buen amigo Carner la balumba inmensa de papeles, encontramos hacinados, sin órden ni concierto y llenos de polvo, en un cuarto oscuro inmediato al despacho, todo aquel arsenal que bien pudiera llamarse el *Libro de Honor* de nuestro Alcalde.

* * *

Cualquiera que no hubiese conocido á Rius y Taulet, más ó menos intimamente, no se habría convencido de las cualidades que atesoraba, ni tan solo habría adivinado en él al autor de tantas y tan notables obras como habría realizado.

Al que no supiera que era catalán y barcelonés empedernido, le habría pasado lo que aconteció al Comisario de la Sección italiana de nuestro Certámen Internacional, quien, en la primera reunión de Delegados extrangeros, al ver aquella fisonomia tranquila, rubicunda y reposada, aquellas espléndidas patillas matematicamente talladas, que por lo correctas y bien cuidadas parecían obra del jardinero Oliva, aquella calva reluciente que despedia al rededor de su cráneo como un nimbo de santo y aquel andar acompasado y grave, un si es no es empaquetado, que le daba un aire distinguido, díjome al verle ocupar la presidencia y comenzar su discurso:



Vestíbulo del edificio construído por suscripción pública y dedicado por la ciudad de Barcelona á Rius y Taulet



Ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento erigido á la perpétua memoria del gran Alcalde barcelonés

Laureano, fot.

— ¿Este es el Alcalde?... Le había tomado por un banquero belga.

* * *

Su casa era como el espejo de su vida. Vivia con una modestia que casi no concebían los que sabían cuan colosal era su trabajo y los inmensos favores que había hecho, las reputaciones que había levantado y las fortunas que con un desinterés y empeño inconcebibles, había contribuido á labrar.

Aquellas sillas y cortinages de formas y telas de mediados de nuestro siglo, aquella sencillísima mesa de escritorio por la cual han pasado asuntos de la mayor importancia y trascendencia, aquella bata gris, en la cual metodicamente se arrebujaba al sentarse en su butaca del modesto despacho, han sido un timbre de gloria y unos trofeos de honradez, para el hombre por cuyas manos han pasado los negocios más importantes de la Ciudad.

Sus rasgos de probidad y desinterés ocuparían muchísimo espacio, y aun después de muerto, ofenderíamos su modestia si los que los conocimos los diéramos á la publicidad.

No puedo resistir, empero, al vehemente deseo de dar á conocer uno, que por la respetabilidad y significación de las personas que en él intervinieron, y por lo gráfico y contundente de su desenlace, bastará para darlos á comprender todos.

Con motivo de la venida á nuestra Ciudad de la Real Familia para inaugurar la Exposición Universal, Rius venció todos los insuperables obstáculos que se ofrecían para la apertura y urbanización de la soberbia avenida que hoy conocemos con el nombre de Rambla de Cataluña.

Los que recuerdan aquel malecón inmundo, que partia en dos la Ciudad nueva, dificultando sus comunicaciones y comprometiendo la moral y la seguridad públicas, saben el colosal esfuerzo que hubo de realizar el Alcalde, y la inmensa mejora que á la pública circulación y á los intereses urbanos, proporcionó aquella abertura.

Dos propietarios de aquella via, respetables por su posición y su nombre, D. Joaquín María de Paz y D. José Vilumara, agradecidísimos al que era su amigo y compatricio, esperaron ocasión oportuna, con motivo de la fiesta onomastica de D. Francisco de Paula, para ofrecerle, en propiedad, el primero de los solares del nuevo y soberbio paseo, lindante con la Plaza de Cataluña.

Cuando Rius hubo oido de labios del pulcro é integérrimo D. Joaquín María de Paz, el importante y merecido ofrecimiento, entre asombrado y agradecido, les dijo, levantándose de su asiento y estrechándoles la mano:

—Les agradezco á ustedes más de lo que pueden figurarse lo que acaban de manifestarme, pero no se ofendan si rotundamente me niego á aceptar el regalo, pues tengo el firme propósito de morirme sin poseer ni un palmo de terreno en Barcelona, ni una lámina de los valores municipales.

Con esta oferta consideró saldada la gratitud inmensa que le debían los propietarios de la Rambla de Cataluña; y dos años más tarde había cumplido, desgraciadamente para su familia, su espartana promesa.

* * *

Rius era, además de modesto, sóbrio hasta la exageración, pero sin darse cuenta de ello, ni hacer gala de su sobriedad.

No fumaba; su alimentación era parca y sin refinamientos de *gourmet;* era enemigo de perder tiempo en la mesa y no bebia vino de ninguna clase.

Uno de sus antiguos amigos y correligionarios, con quién le unian lazos de intimidad profunda, le decía después de una comida oficial:

— No te gusta el vino y en cambio te he visto beber Champagne, dos ó tres veces, cuando has brindado.

—Es que el Champagne, repuso jovialmente el Marqués de Olérdola, lo uso tan solo para hablar bien de Barcelona y como combustible para encender el fuego del entusiasmo en los que habeis de ayudarme en mis empresas.

* * *

Todos en el mundo tienen su nota característica; unos sublime, otros ridícula, otros sentimental, otros humorística; hay quién se apasiona por las artes, los viajes, las mujeres, las armas, los caballos, la política, la bicicleta ó el globo dirigible.

Rius sentia una pasión inmensa por Barcelona, para la cual todo le parecía poco.

Él soñaba una urbe inmensa, del Besós al Llobregat y de Vallvidrera al Mar; la concebia adornada de grandes edificios y monumentos, llena de vida y movimiento, admirada por sus hijos, envidiada por los extranjeros, ensalzada por todos.

Es indudable que con su fé, su perseverancia y su trabajo, la hizo adelantar cincuenta años;



Sillón del despacho de S. M. la Reina Regente, en las Casas Consistoriales, ofrecido al gran Alcalde como recuerdo de la estancia de S. M. en Barcelona, con motivo de la apertura de la Exposición Universal

pero aquella marcha vertiginosa ha sufrido un descarrilamiento lamentable, y no hay por ahora quien la imprima nuevo movimiento.

Cuando se le acusaba ó simplemente se le hacían observaciones respecto de la grandiosidad con que concebia y queria realizar sus proyectos, contestaba: — Lo que hoy les parece á Vdes. colosal, mañana será mezquino. No me preocupan las censuras de hoy: busco el aplauso de mañana, porque será manifestación desapasionada de la gratitud y del cálculo de nuestros hijos.

Si alguna vez llegaban hasta él aquellas lamentaciones económicas de los grandes gastos y de la situación financiera del Municipio, objetaba con deliciosa naturalidad: — A los barceloneses les gusta vivir á la moderna y pagar á la antigua. Huyen de los impuestos, pero se quedan con los empréstitos, pagándolos con prima y levantando el crédito. Si ellos encuentran preferible esta forma de pago, es cuestión de gustos, pues al fin y al cabo Barcelona es de los barceloneses.

* * *

Según los sempiternos detractores de Rius, éste poseia una fortuna colosal, hecha á beneficio de las muchísimas obras realizadas y de los grandes intereses, cuya mejora se debía á la realización de sus inagotables proyectos é iniciativas.

La solución del conflicto del paso á nivel por la calle de Aragón, le había valido una prima de ochenta mil duros. La aprobación del proyecto de Reforma de la Ciudad antigua, más de quinientas mil pesetas. La Exposición Universal una cantidad fabulosa; y en otros asuntos, que se citaban con todos los pelos y señales, había ingresado tantas sumas y tan expléndidos regalos, que para los que tales cosas creian á pies juntillos, la administración financiera del patrimonio de Rius y Taulet había de ser de una importancia y complicación extraordinarias.



Jarrón de Sevres, regalo particular del Presidente de la República francesa Mr. Sadi Carnot, á Rius y Taulet.

Todo esto se condensaba y repetia en un diluvio de asquerosas murmuraciones: y mientras tanto los impostores beneficiaban sus terrenos con los proyectos de Rius, y se bañaban con voluptuosidad oriental, en baños de oro, procedentes de ilegítimas herencias de confianza.

De nada servia la modestia y sobriedad con que nuestro Alcalde vivia, ni el crédito de su despacho de Abogado, ni la fama y prestigio de una familia respetable, para desvanecer tales imposturas.

— Esto no se sabrá hasta después de su muerte — decían los más cavilosos y los más solapados.

Y en efecto: la muerte se encargó de despejar la incógnita.

* * *

Para Rius y Taulet, el interés material nada significaba, pues sostenia que la abnegación y el patriotismo estaban en razón inversa del lucro y la ganancia.

Por esto quedó admirado, y perdió en su concepto una gran parte de su estimación, uno de nuestros más célebres artístas, quien, en cierta ocasión de compromiso para nuestro Alcalde, después de haber oido sus deseos y proyectos, contestóle:

— *Tot aixó está molt bé, D. Francisco, peró, ¿quí paga y quan cobrem?*

A Rius le bastaba la recompensa moral, la satisfacción del cumplimiento del deber, el aura popular.

Cuando, después de grandes fatigas, molestias y disgustos, pasados en Madrid durante sus diversos y numerosos viajes, luchando con la atonia burocrática del centralismo, regresaba á nuestra Ciudad con los asuntos resueltos, y veia congregados en los andenes de la estación, más que á sus amigos políticos, á sus admiradores y á los representantes de las fuerzas vivas de nuestra Ciudad, que con sus abrazos, vivas y aplausos, le llevaban, estrujándole, hasta el coche que había de conducirle en carrera triunfal hasta su domicilio particular ó hasta las Casas Consistoriales, dábase por satisfecho y sobradamente retribuido de los disgustos y sinsabores pasados.

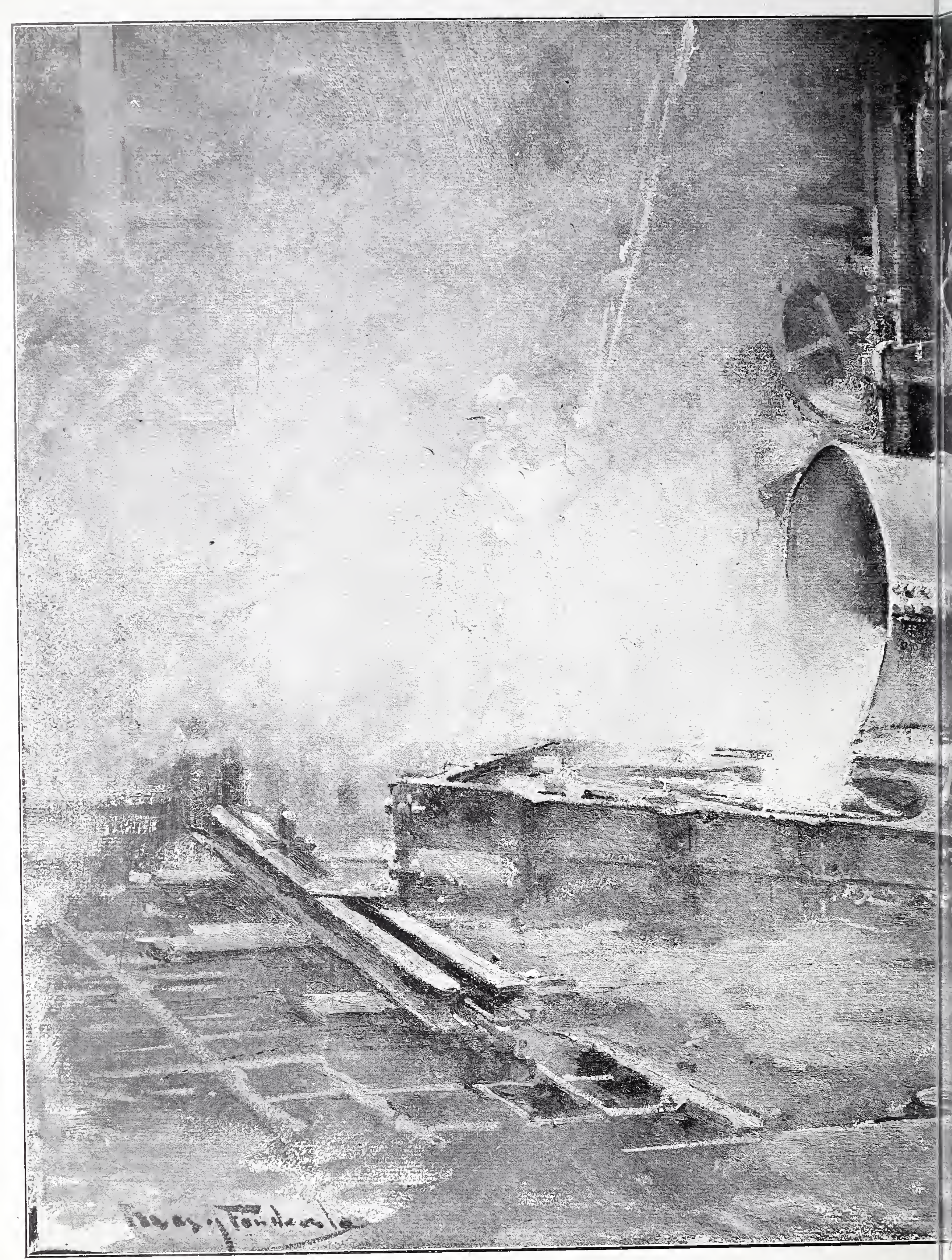
Pagado y bien pagado con creces, se consideró Rius, en aquella noche menorable del nueve de Diciembre de mil ochocientos ochenta y ocho, en que, llenos los salones de la Casa-Ayuntamiento de lo mas selecto que nuestra Ciudad encerraba en aquellos días de las fiestas de clausura de la Exposición Universal, el pueblo de Barcelona, congregado en la ámplia plaza y desafiando los rigores de una cruda noche de invierno, se entusiasmaba con el canto épico de los *Nets dels Almogavers* y pedia, entre atronadores aplausos y vítores entusiastas, que saliera, por dos y tres veces, al balcón principal del edificio, aquel Alcalde, en quien resumía y personificaba toda la gloria que el espirante Concurso Internacional le había proporcionado, dándole á conocer ventajosamente ante propios y estraños.

* * *

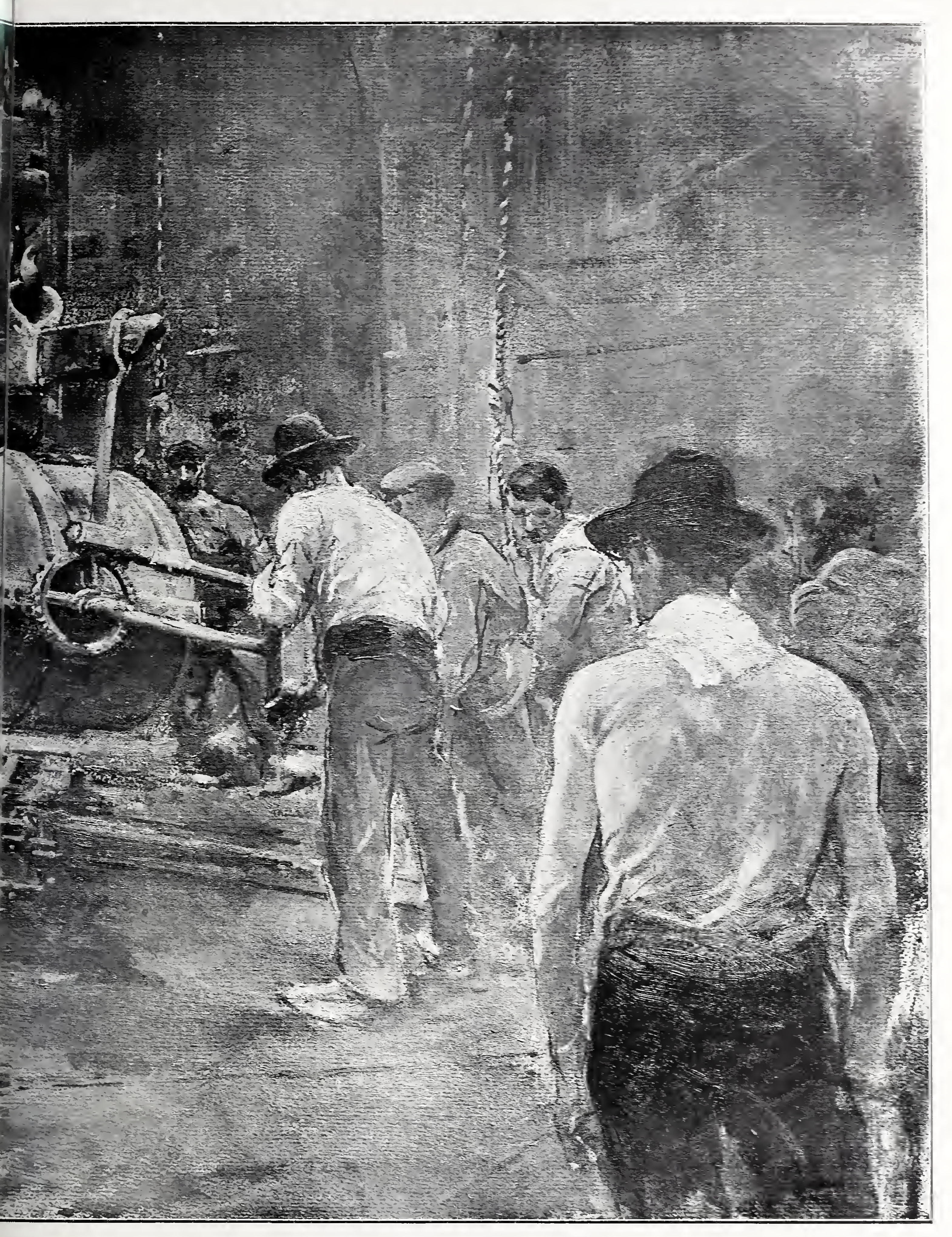
Y tanto como esta manifestación de entusiasmo popular, había de satisfacerle á Rius y Taulet, dada su



El celebrado escultor Manuel Fuxá modelando en su taller una de las estatuas del monumento dedicado á Rius y Taulet
APUNTE DEL NATURAL por MAS Y FONDEVILA



Acto de la fundición de una estatua del monumento á Rius y Taulet, en los reputados



eres de los Sres. Masriera y Campins.-ESTUDIO DEL NATURAL, por MAS Y FONDEVILA

diosincracia y su nobleza de aspiraciones, un acto, que no vacilo en calificar de solemne y que por ser casual y casi íntimo, es bien poco conocido y contados fueron los que lo presenciaron.

Congregados estaban en el gran salón del Pabellón Régio del Parque, en aquella sazón morada del Rey Luís de Portugal, las autoridades y altas personalidades de la Exposición y de la ciudad, que por razón de sus representaciones y sus cargos habían de despedir al monarca lusitano, que salía aquella noche en tren especial hacia su país, después de haber sido huésped de nuestra ciudad durante unos ocho días, prestando ocasión á nuestro Alcalde para demostrar con las atenciones y obsequios que le dedicara, la cortesía, la seriedad y el afecto del pueblo barcelonés.

La etiqueta palaciega, desterrando la vibrante claridad del gas, hacía que aquellas espléndidas habitaciones, iluminadas por la ténue luz de centenares de bugías, presentaran un aspecto de solemnidad y de recogimiento, con la mancha negra de la indumentaria ceremoniosa y el diapasón apagado de las conversaciones, que á media voz y en círculos y corrillos tenían entre sí los congregados, que ni la brillantez de tantos y tan vistosos uniformes, ni el número de los concurrentes, lograba desvanecer.

A la voz de un caballerizo, anunciando la presencia del Rey, cesaron las conversaciones y convergieron cuerpos y miradas hácia la real persona, que ya entonces llevaba impresos, en su andar y en su aspecto, los estragos de la cruel dolencia que minaba su vida.

El Rey, sonriente y satisfecho, adelantóse hácia el Alcalde, llevando en su mano un estuche, forrado de tafilete.

Rius, como movido por un resorte, inclinóse en ademán de profunda atención y respeto, oyendo de labios del Rey las más francas manifestaciones de gratitud hácia el pueblo de Barcelona y los más cumplidos y sinceros elogios que hizo de la ciudad, en la cual dijo que había hallado algunos días de entretenimiento, satisfacción y descanso.

— En demostración de la sinceridad de mis conceptos, dijo, deseo, señor Alcalde, que la distinguida Orden de la Concepción de Villaviciosa, que en Portugal estimamos como galardón muy codiciado, os cuente entre sus individuos más distinguidos.

Y acompañando sus palabras con los hechos, abrió la caja y colocó por sí mismo la condecoración en el pecho del Alcalde.

Terminada esta espontánea é inesperada ceremonia, el Rey atravesó el vestíbulo y dirigióse hácia la escalera, llevando á su derecha al primer magistrado municipal de Barcelona y seguido de toda la comitiva, vivamente impresionada.

* * *

Si Rius hubiese querido poner á contribución, ó mejor dicho, explotar sus relaciones particulares y políticas, sus prestigios y su respetabilidad, habría aceptado, sin mengua para su buen nombre, los altos y bien retribuídos cargos que diversas entidades de nuestra ciudad y de fuera de ella le ofrecían, pero que Rius consideraba incompatibles con la libertad y desinterés con que quería llevar á cabo sus empresas.

Al subir al poder el partido liberal, por primera vez después de la restauración, su jefe político el señor Sagasta, sin previamente consultarle y como merecido galardón á sus méritos y consecuencia, nombróle Fiscal del Consejo de Estado.

Rius, al saberlo, puso mano á la pluma y á vuelta de mil protestas de gratitud y adhesión, demostró su preferencia por la Alcaldía de Barcelona, que, al revés de hoy, ni gastos de representación tenía.

Posteriormente, en nuevas ocasiones, el jefe del partido liberal brindóle con cargos importantes, en los cuales le decía que le eran convenientes sus servicios; y para nadie que estuviera iniciado en las interioridades de la política de su partido, era un secreto que, después de la Exposición Universal y cuando en mil ochocientos ochenta y nueve, los asuntos municipales de la Villa y Corte andaban algo perniquebrados, dando mucho que hacer al Gobierno y mucho que decir á los madrileños, Rius fué el candidato del Ministerio, que coincidió en este caso con altas y poderosas indicaciones, para ocupar la Alcaldía de Madrid, necesitada en aquel entonces de saludables iniciativas y grandes energías.

El que ya entonces era Marqués de Olérdola oyó las indicaciones del Presidente del Consejo y de los Ministros de Gobernación y Fomento, sin que pudieran convencerle.

Vacilaciones, las tuvo; opiniones diversas le pusieron en rueda; pero finalmente, se sintió muy catalán y muy barcelonés, cuando en el saloncito del Hotel de París, nos dijo:

—*No pot ser. Estich segur que anyoraría á Barcelona!*

* * *

Nada tenía de extraño que fuera Rius el candidato del Gobierno para la Alcaldía de Madrid, después del colosal



Excmo. Sr. D. Juan Coll y Pujol
Alcalde - Presidente,
en la ceremonia de colocación de la primera piedra
del Monumento

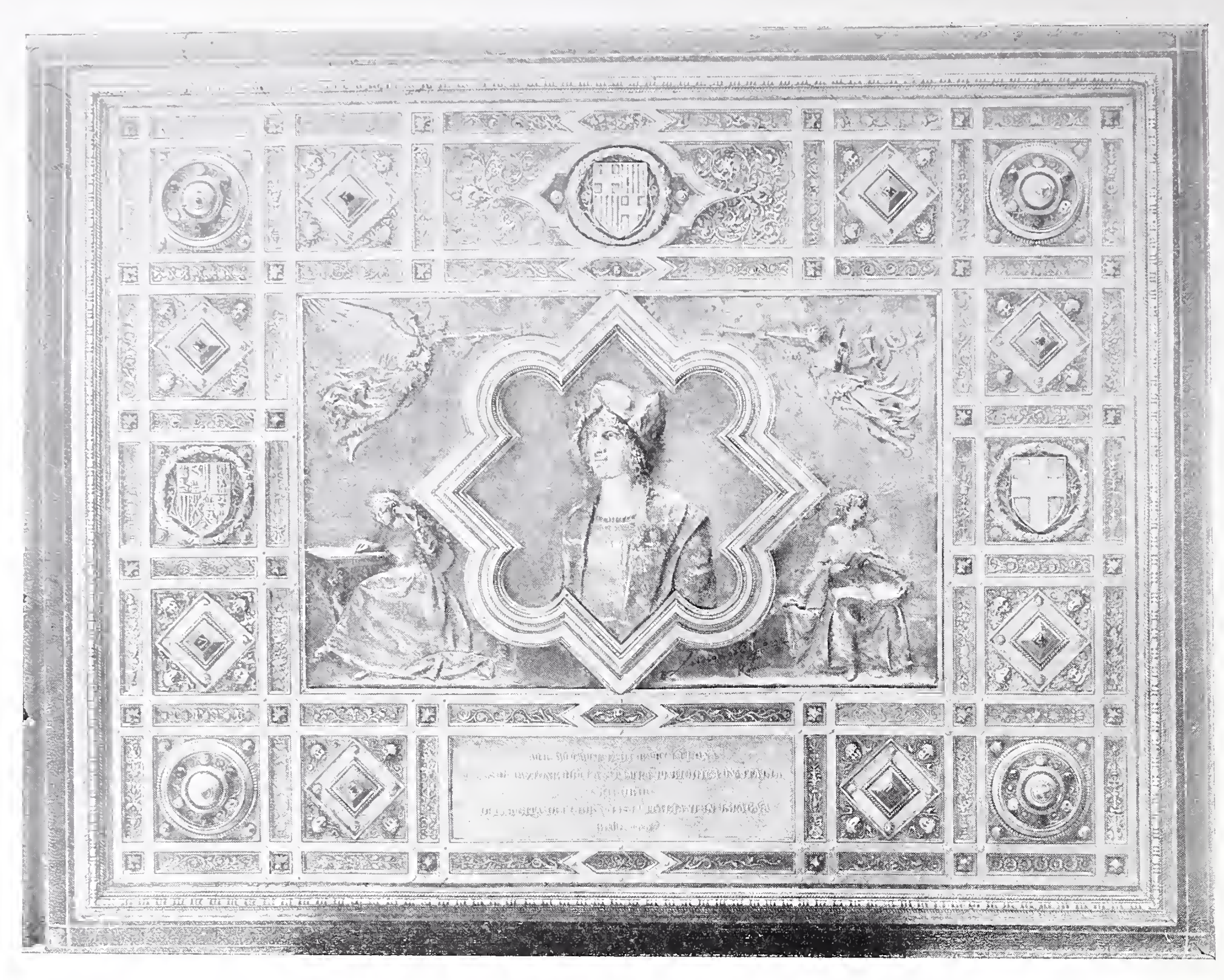
M. Iltre Sr D. Juan Amat y Sormaní
Alcalde - Presidente, en la ceremonia de inauguración del Monumento

D. Pedro Falqués
Arquitecto

D. Manuel Fuxá
Escultor

D. Carlos Pirozzini

D. Evaristo Alomá
Vocales - Secretarios de la Comision Ejecutiva



Album dedicado á Rius y Taulet, por la Asociación de la Prensa italiana en 1888.

prestigio á que había elevado dicho cargo en Barcelona y cuando ministros y magnates y hasta la Real Familia habían tenido ocasión de ver y tocar personalmente las excepcionales cualidades del Alcalde de Barcelona.

Quien más interés tenía en ello, dejando aparte al Conde de Xiquena, era don Carlos Navarro Rodrigo, en aquel entonces Ministro de Fomento y que había sido delegado por el Gobierno para preparar en Barcelona la llegada de SS. MM.

Era, si no me equivoco, este buen señor, de pura raza andaluza, con ceceo y todo en su hablar, listo como el solo, fino y educado en su trato y decidor de chispa, con gracia y donaire.

Algunos días hacía ya que andaba por nuestra ciudad, lleno de obsequios y atenciones, viendo como el Alcalde se multiplicaba en todas partes y á todo atendía, venciendo obstáculos, allanando dificultades, logrando imposibles, cuando, admirado de tanto poder y de tantas dotes de mando desplegadas por Rius y Taulet, le dijo:

—¡Vaya, amigo don Francisco, esto que lleva usted en la mano no es una vara de Alcalde: esto es un cetro!...

* * *

Es indudable que una de las empresas que más ímprobos trabajos y más glorioso renombre reportó á Rius y Taulet, fué la Exposición Universal de 1888; pero es innegable también que en ella encontró los prodromos de su grave enfermedad cardíaca y su prematura muerte.

Imaginarse, sin haberlo visto, los trabajos, los disgustos y las impresiones de todas clases que la gestación y el desarrollo de aquel grande acontecimiento producía al Alcalde, al político y al hombre de familia, es inconcebible, para los que con deleite asisten á los espectáculos teatrales de gran efecto, sin darse cuenta de la tramoya inmensa, de los ensayos y de las infinitas peripecias á que ha dado lugar su presentación, con todo el *grandioso aparato que su interesante argumento requiere.*

Dando de mano á los mil incidentes precursores de los grandes trabajos, que constituyeron la génesis de aquel Certámen Internacional, basta fijarse en la rapidez vertiginosa con que debieron realizarse y las rudas oposiciones que se hicieron á la idea, para comprender el temple de ánimo de Rius.

Después del viaje rapidísimo y *casi clandestino,* que, junto con el Secretario del Ayuntamiento señor Aymar, hicimos á Madrid, para preparar los principales detalles referentes al carácter internacional que tenía la Exposición y á la obtención del apoyo oficial y de una subvención, con carácter de anticipo, por parte del Estado, regresamos á Barcelona, doloridos aun, más que por la molestia del viaje, por la profunda extrañeza é incredulidad con que los prohombres de la política, sin excepción de partidos, veían el atrevimiento de aquel Alcalde provinciano, que quería lle-



M. FUXÁ
Estudio de hombre simbolizando el Trabajo
para el monumento á Rius y Taulet

var á cabo, y dando seguridades de éxito, lo que no había aun intentado realizar la capital de la Nación, con su poder y sus recursos.

El mismo Sagasta, presidente en aquella época, como hoy, del Consejo de Ministros, á pesar de conocer las energías y alientos de su adicto correligionario, no cesaba de hacerle continuas observaciones respecto de la gravedad y magnitud del proyecto.

Rius, parecía un iluminado. Hablaba al jefe del Gobierno, con una seguridad, con un entusiasmo y con una energía, que acabaron por convencerle ó cuando menos interesarle en la idea.

Para Rius la Exposición Universal había de ser el renacimiento del trabajo nacional, el despertar de nuevas industrias en España, el restablecimiento completo de la paz interior, el comienzo de nuestra consideración ante los países extranjeros, que nos verían resurgir con valientes iniciativas y nuevas energías, la consolidación de la Monarquía, que acababa de experimentar rudo golpe con la muerte del Rey, y sobre todo, un compás de espera, en las luchas apasionadas de los partidos, que darían tregua, según él, á sus ataques, ante el compromiso que España iba á contraer con las demás naciones.

Había momentos, en que hasta paisanos nuestros, de los que figuraban en primera línea entre los políticos de la Corte, aconsejaban á Rius que desistiera de su empresa, que era, decían, superior á sus fuerzas y que con el fracaso había de reportarle grandes responsabilidades para el buen nombre y para los intereses de la ciudad; pero con su batallar incesante y su predicación continua, logró llevar, sino el convencimiento, la vacilación favorable, al ánimo de algunos conspicuos que quisieron escucharle; y digo *quisieron*, porque no eran muchos los que de buena gana y con interés, oían sus continuas peroratas.

Pocos días hacía que habíamos efectuado nuestro regreso y comenzado los primeros trabajos de organización y propaganda, cuando se inició en el Senado aquella campaña incalificable, impidiendo repetidas veces y día tras día, por medio de un obstruccionismo parlamentario, la aprobación de la subvención propuesta tímidamente por el Gobierno y el apoyo oficial para nuestra Exposición.

El efecto que causaba en nuestra ciudad aquel obstruccionismo, que muchos creían precursor de una votación contraria, era desconsolador y mortal para nuestra empresa, en cuyo éxito creíamos, por aquel entonces, muy pocos.

Confieso ingenuinamente que yo fuí uno de los vacilantes, hasta el extremo de que un día, al salir de mi despacho, ya cerrada la noche, dolorosamente impresionado por las noticias que el telégrafo nos avanzaba y por las opiniones desalentadoras que durante el día había recibido, me encaminé á las Casas Consistoriales en donde encontré firmando, con el Secretario de la Alcaldía, á don Francisco.

Al levantar su cabeza y darme la mano para saludarme, conocí que aparentaba una tranquilidad que en su interior estaba bien lejos de sentir.

Preguntóme enseguida por los trabajos que se hacían, y sin necesidad de indirectas comenzóme á hablar, con amargura y despecho, de la indigna campaña que en el Senado se estaba haciendo, después de lo que formalmente se nos había prometido.

Era tanta su energía, al expresar sus quejas y tan gráfica la expresión de lo que merecían aquellos padres graves de la Patria, por su conducta, que me creí, engañosamente, secundar sus propósitos, al aconsejarle que desistiera de su empresa, explicando en una reunión magna, y por medios de publicidad los más apropósito, los poderosos motivos que él particularmente y el Municipio de Barcelona, tenían para desistir de la celebración del Certámen, en vista de la oposición sistemática que, en desdoro de nuestra ciudad, hacían al proyecto los Cuerpos Colegisladores.

Oir esto el Alcalde y borrarse de sus facciones hasta la menor seña de disgusto y desaliento, fué cosa de un instante.

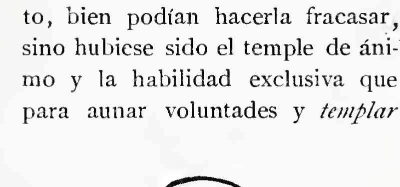
Después de una breve pausa, y procurando dar á sus palabras el tono agri-dulce que reservaba para expresar sus contrariedades, soltóme don Francisco la siguiente repulsa, que no olvidaré en toda mi vida:

—Ya sabe usted desde hace mucho tiempo cuánto aprecio su buena voluntad y sus trabajos, y que la cooperación de todos me es, más que necesaria, imprescindible; pero si usted también desfallece, le ruego que no venga á desalentarme; pues le juro que la Exposición se hará pese á quien pese, aunque me cueste la vida!

Y el juramento lo cumplió en todas sus partes.

* * *

La oposición ruda y sistemática, y la guerra civil que por enemigos no despreciables se hizo á la Exposición Universal, antes del parto, en el parto y después del parto, bien podían hacerla fracasar, sino hubiese sido el temple de ánimo y la habilidad exclusiva que para aunar voluntades y *templar*





gaitas, como vulgarmente se dice, poseía Rius y Taulet.

Cuando se le hablaba de estas dificultades y oposiciones, que unas veces se presentaban en forma artera y calumniosa y otras descaradamente insultante y acanallada, solía contestar á los que se dolían de tales procedimientos:

—Para el que desea el éxito de un proyecto, cuánto más violentas son las oposiciones, mejor. Porque son como los ríos que se salen de madre, arrastrando materias fecundantes. Producen disgustos momentáneos y pérdidas relativas; pero fecundizan los terrenos que cubren y los preparan á producir ópimos frutos.

Este convencimiento le daba una serenidad y clarividencia tales, que necesariamente habían de favorecer su obra y conquistarle simpatías y adeptos.

Empero los enemigos de la Exposición eran tenaces todos, activos muchos é inteligentes algunos.

Entre estos últimos cundió una idea diabólica, que fué milagro de Dios, no nos llevara al fracaso.

Ocurrióseles redactar un documento, que más tenía de proclama que de manifiesto, en el cual, en forma muy hábil y altamente ingeniosa, se exponían motivos y razones para demostrar que ni Barcelona podía celebrar con éxito la Exposición Universal, ni podía escaparse ya de una derrota moral y económica.



Jarrón de Limoges, regalo del Comité francés de la Exposición Universal de Barcelona

Este documento, que habría sido un recurso más, aumentó su gravedad, al ser traducido en todos los idiomas y circulado en los países que podían favorecernos con su concurrencia.

La noticia y el escándalo, corrieron con una rapidez extraordinaria, y el lector comprenderá el efecto que produjo, no tan sólo en el público, sino principalmente entre los iniciados que formaban el Consejo General y las Comisiones Directiva y Ejecutiva.

El golpe había sido de mano maestra; y la alarma, la espectación y el desaliento cundían rápidamente, atajados tan solo por las voces de serenidad y de calma que por doquier profería nuestro Alcalde.

El documento original entró en Secretaría y de él debía darse cuenta en la sesión que iba á celebrar la Comisión Central Directiva.

Las cábalas y proyectos, las ideas y las intenciones que unos y otros tenían respecto del acuerdo ó acuerdos que deberían adoptarse, al discutirse dicho asunto, producían una atmósfera tan densa é irrespirable, que no eran pocos los que predecían que la Exposición moriría por asfixia.

En grupos y en corrillos, antes de entrar en junta, emitíanse opiniones, preparábanse planes de discusión é indicábanse oradores para contrarrestar el efecto total de la treta, jugada por los enemigos más hábiles de la Exposición.

Y á todas estas, el Alcalde Presidente no venía, ni se conocía su opinión sobre el asunto.

Compareció por fin, y sin demora alguna ocupó su asiento.

Intentaron algunos saber cuáles eran sus propósitos; indicaciones se le hicieron, respecto de la ansiedad y temores que en el seno de la Comisión existían; y cuando, después de leída el acta y aprobados otros asuntos regulares, se dió lectura del terrible documento, apenas hube leído fecha y firmas, sin dejar espacio posible entre mi voz y la suya, dijo Rius, con entereza y serenidad imperturbables:

—Visto y enterado...—Siga el despacho.

Todos, oradores y oyentes, quedáronse, como suele decirse, con el resuello en el cuerpo, sorprendidos y esperanzados; y al día siguiente, antes de que las hojas del estrafalario documento circularan por el extranjero, salían del Ministerio de Estado las comunicaciones á nuestros Embajadores y Ministros plenipotenciarios, participándoles que la Exposición Universal de Barcelona se celebraba bajo el patrocinio de S. M. la Reina Regente de España y con el apoyo oficial del Gobierno de la Nación.

* * *

Prueba elocuente é innegable de la importancia que como hombre público había alcanzado Rius y Taulet, después de terminada la Exposición Universal, fué su viaje triunfal por algunas ciudades de Andalucía, después de haber permanecido en Madrid y Aranjuez, recibiendo los obsequios del Gobierno y las atenciones de la Real Casa.

Su llegada á la Corte fué un acto que le satisfizo extraordinariamente á él y nos impresionó agradablemente á todos los que le queríamos y disfrutábamos con sus satisfacciones ó nos apenábamos con sus sinsabores.

El ser recibido en la estación por el elemento oficial, compuesto de Ministros y Senadores, Diputados y altos funcionarios, el verse rodeado de nuestros paisanos en Madrid residentes, que se disputaban el honor de abrazarle y de estrecharle la mano, y sobre todo la honra de ser conducido á su alojamiento en coche de la Real Casa, especialmente enviado por S. M. la Reina Regente, colmóle de satisfacciones, que indudablemente le compensaban sus pesares y disgustos pasados.

Era en aquellos días de Mayo de 1889, en que se hallaba convertido en hervidero el Congreso de los Diputados, por uno de esos conflictos que tan á menudo suceden en aquella Casa y que entonces motivaba una grave cuestión con su Presidente, don Cristino Martos.

Esto no fué obstáculo para que Rius, recordando el memorable telegrama que la Cámara de representantes de la Nación había enviado á la ciudad de Barcelona, y á su Ayuntamiento, en vista del grandioso éxito de la Exposición, pidiera ser recibido por la Mesa del Congreso, á fin de hacer ostensible su agradecimiento por la honrosa atención de que habían hecho objeto á nuestra ciudad.



Fot. de Hermenegildo Miralles

Monumento elevado por el pueblo de Barcelona á la memoria de Rius y Taulet

Al día siguiente, por la tarde, nuestro Alcalde, acompañado de los concejales que con él formaban la Comisión y precedido de los ugieres del Congreso y de nuestro Portero Mayor, Quintana, era recibido por una comisión de Diputados y atravesaba el Salón de Conferencias, lleno á rebosar de políticos de todas clases, cuyos grupos se abrían con respeto y curiosidad en dos filas, á las voces de:

« Paso al señor Alcalde de Barcelona. »

* * *

Para terminar este incoherente trabajo, permítaseme arrancar del libro y poner aquí una hoja triste, que será una nueva prueba de la consideración que Rius mereció, hasta en los más apartados países extranjeros y demostrará que las recompensas materiales no habían de aprovecharle.

Una de las secciones más curiosas, interesantes y visitadas de la Exposición Universal, fué sin disputa la de Turquía, la cual en su nave especial presentaba productos típicos de aquel país y en la galería llamada de Trabajo, fabricaban y vendían algunos de sus expositores objetos, que dieron no escasas ganancias á sus vendedores.

El Embajador turco, al visitar nuestro Certámen y el Cónsul de aquella Nación en nuestra ciudad, quedaron satisfechos y agradecidos de las atenciones que con sus expositores se habían tenido, y así se lo manifestaron, de una manera especial y cordialísima, al Alcalde, para quien tuvieron frases de la más alta consideración y cortesía.

Transcurrió algún tiempo; y cuando allá por el mes de Septiembre de 1890, dejábamos ya casi completamente terminadas las muchísimas incidencias que una Exposición Universal trae consigo, presentóseme un día el Cónsul general de Turquía, que lo era entonces un súbdito de aquella Nación, llamado Jussuff Effendi.

Después de los corteses saludos de costumbre, manifestóme la imposibilidad en que se hallaba de cumplir el encargo que había recibido del Gobierno otomano, para el señor Rius y Taulet, quien, según le habían manifestado en su casa, se hallaba ausente de Barcelona y, añadiendo que si algo le interesaba, referente á la Exposición, se viera conmigo.

Indicóme, con visibles muestras de satisfacción, que á propuesta suya y del Embajador de la Sublime Puerta, en Madrid, el Sultán se había dignado conferir al señor Rius, el *Gran Cordón de la Orden de Mitjidié*, cuyas insignias, que me invitaba á ver en su casa, le habían sido remitidas junto con el *firman* del monarca otomano.

Entre curioso y satisfecho, no me hice de rogar para visitar al amable Cónsul, quien me mostró, en un elegante estuche de marfil, con chapa de oro, la condecoración, cuajada de piedras preciosas y cuyo valor material, me dijo, ascendía á diez y ocho ó veinte mil francos.

—Por esta razón,—añadió—no quiero dejarla sino en manos del Marqués de Olérdola, á quien tengo el encargo de presentarla personalmente.

Quedé, pues, muy gustosamente, con el encargo de ver ó escribir á don Francisco, que se hallaba entonces en su casa solariega de Olérdola, y notificarle al señor Cónsul, si el señor Rius disponía venirse á Barcelona ó deseaba que el representante turco, fuera á la finca del Marqués, conforme se hallaba dispuesto á hacerlo Jussuff Effendi.

Practicadas personalmente, por mi parte, las gestiones y enterado Rius de la importancia del obsequio, hubo de manifestarme que, á fin de evitar molestias al Cónsul y hallándose ya dispuesto á regresar á Barcelona, dentro breves días le recibiría con mucho gusto en su casa, conforme merecía su caballerosidad y la significación, para él muy apreciable, del encargo.

Acaecía esto, poco más ó menos, del veinte y dos al veinte y cuatro de Septiembre. . . . .

¡El día veinte y ocho, con estupefacción de todos y duelo general de Barcelona, los voceadores de la prensa de la tarde, anunciaban por calles y plazas la muerte, repentina é inesperada, de Rius y Taulet...!!

(E. P. D.)

CARLOS PIROZZINI Y MARTÍ



Monumento dedicado á Rius y Taulet por los Comisarios y Miembros extranjeros del Jurado internacional de Premios de la Exposición Universal de Barcelona.



Rius y Taulet, como político

Al estudiar á don Francisco de P. Rius y Taulet como ilustre y memorable alcalde de Barcelona, como celoso administrador de sus intereses y como iniciador ó autor de casi todas las reformas que la han puesto en camino de llegar á ser, en tiempos no lejanos, la capital más hermosa del mar latino, renovando la gloriosa época en que compartiera su dominio con Venecia, Pisa, Génova y demás Estados italianos; al avalorar las eximias dotes que en tales conceptos le adornaban; al señalar el zenit de la legítima y esplendorosa gloria que en ellos alcanzara, queda ya tan perfectamente dibujada su figura, que punto menos que imposible es presentarle bajo otro nuevo aspecto.

Y lo es más, porque realmente es dificilísimo, en el terreno puramente especulativo, establecer las diferencias que separan la administración de la política, y tarea casi ímproba es fijar en absoluto sus respectivas fronteras, que, en el terreno de la realidad, se compenetran, enlazan y confunden en un solo y exclusivo orden de energías humanas.

En los albores de la revolución de Septiembre de 1868, gloriosa etapa de nuestra historia política que determinó una era de progreso para nuestra nación, comenzó á darse á conocer entre los elementos liberales de Barcelona el nombre de don Francisco de P. Rius y Taulet. Sus energías, su actividad, fácil palabra y agradable trato, le captaron pronto la simpatía de los hombres que á la sazón representaban la causa liberal y que le llevaron á ocupar uno de esos puestos, (el de juez municipal del distrito de las Afueras,) que no por pertenecer á la administración de justicia dejan de tener un sello eminentemente político.

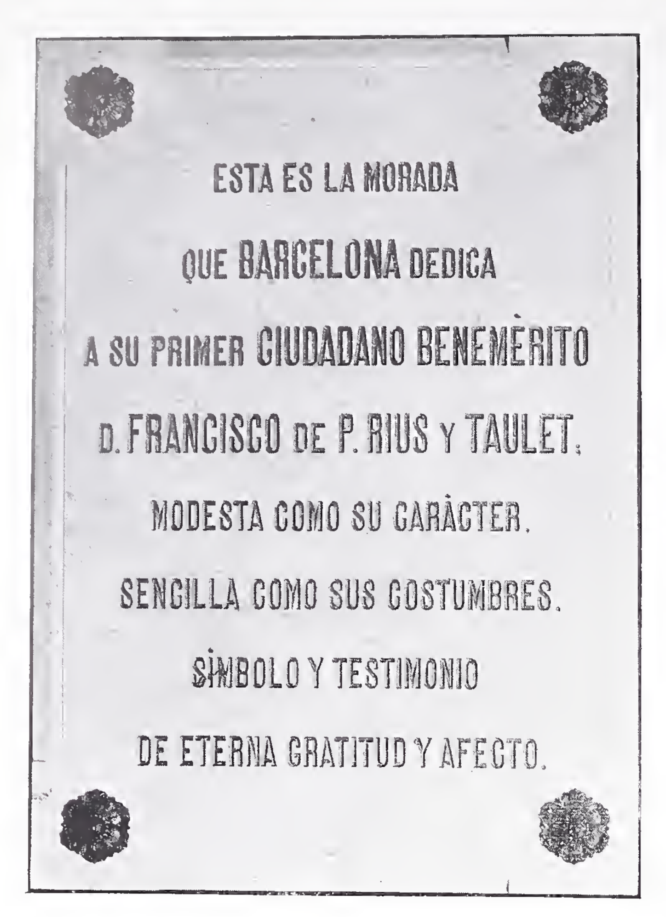
A fines del mismo año entró, por vez primera, á formar parte del Ayuntamiento de Barcelona, por haber sido elegido concejal. En aquella corporación, cuya mayoría estaba compuesta de elementos genuinamente revolucionarios, Rius y Taulet dió gallarda muestra de su adhesión á la causa de la libertad y del orden, formando parte de la minoría y sosteniendo rudos combates en defensa de los principios de su credo político, ya tomando parte brillantísima en la discusión que se promovió con motivo de pretender cambiar el nombre á la histórica plaza del Rey, ya oponiéndose al planteamiento, en Barcelona, de determinadas reformas sociales antes de que fuesen leyes del Estado, debidamente aprobadas y sancionadas.

No hemos de seguir reseñando sus triunfos en el Municipio y los distintos cargos que en él desempeñó, misión perfectamente cumplida por plumas mejor templadas que la nuestra.

Continuando, por lo tanto, en la difícil tarea de consignar y estudiar los actos puramente políticos de tan eximia personalidad, llegamos al más crítico tal vez de todos, á aquel que debía marcar el rumbo de su vida pública y que, influyendo de un modo decisivo en todos los demás, debía constituir la base de su gloriosa y espléndida carrera.

Entre los distintos y heterogéneos elementos políticos que colaboraron en la gloriosa revolución de Septiembre, unidos todos por los vínculos del más acendrado patriotismo y amor á la libertad, cuya conquista tantas y tan cruentas luchas había evitado á nuestros antepasados, figuraban, en primer término, las fuerzas liberales adictas á la monarquía, numerosas, fuertes, estrechamente unidas y vigorizadas por su reciente triunfo. Pero, por una ley, que casi nunca se desmiente en la vida en general y particularmente en la evolución política de los pueblos, al llegar los partidos políticos á la realización de sus ideales, al encontrarse en la plena posesión del poder, garantía única del cumplimiento de sus aspiraciones, comenzaron á manifestarse en el seno de la gran familia liberal ciertas fluctuaciones de opinión y á dibujarse distintas tendencias en la cuestión de procedimiento, deteniéndose unos en su marcha, aunque sin volver por ello su vista hacia atrás, y precipitándose los otros por la pendiente, que rápida y fácil se les presentaba, hasta llegar, jadeantes é impulsados por la fuerza de los acontecimientos, ante una meta que no era realmente la que habían tratado de alcanzar.

En aquellos momentos en que las pasiones hervían y se agitaban las ambiciones, desarrollando el germen de la desunión y de la discordia y determinando en la gloriosa historia política de nuestra patria el trascendental suceso de la división de las huestes liberales monárquicas, formándose los dos partidos, radical y constitucional, el señor Rius y Taulet, fiel á sus sentimientos de hombre de



Lápida-dedicatoria existente en el vestíbulo de la casa de Sarriá, ofrecida por la ciudad de Barcelona á Rius y Taulet

orden, que no debilitaban en él su entusiasta adhesión á la causa de la libertad, después de haber sido vice-presidente de la junta que se nombró para procurar la conciliación de ambas fracciones en la capital del Principado, y fracasadas sus patrióticas tentativas, se afilió decididamente al bando constitucional, á cuyo frente figuraba ya tan dignamente el actual jefe del partido liberal monárquico Excmo. señor don Praxedes M. Sagasta.

Desde este instante quedó definida la situación política del señor Rius y Taulet. Soldado fiel del partido constitucional, siguió, una por una, todas sus vicisitudes, ocupando casi siempre un honroso puesto en el Municipio barcelonés, iniciando y llevando á cabo, durante su gestión, una serie de reformas importantísimas para Barcelona.

Durante el lapso de tiempo á que nos referimos, tras el breve reinado de don Amadeo, modelo de reyes constitucionales y el ensayo de gobierno republicano, tuvo lugar la restauración de la antigua dinastía de los Borbones en la persona de don Alfonso XII á quien las amargas lecciones de las desgracias, recibidas en el destierro, hicieron prudente y previsor; su origen y su sangre española, valiente y generoso; y sus estudios y experiencia política, respetuoso amante de las libertades propias de los pueblos cultos.

En las primeras Cortes de la Restauración comenzó en realidad la vida política del señor Rius y Taulet, que, militando en las filas de la minoría constitucional, tomó parte activa en las discusiones que por entonces se sostuvieron sobre los candentes problemas sujetos á su deliberación. Pasaremos por alto sus trabajos en pro de Barcelona, al proponerse la ley especial de agregación de los pueblos cercanos á Madrid, que dieron por resultado que la citada ley se hiciera extensiva á las capitales mayores de 100,000 almas, así como la defensa que, con criterio ampliamente liberal, hizo, en la segunda legislatura, de los intereses y derechos de sus compatricios contra el impuesto municipal sobre el alumbrado por gas, para fijarnos tan sólo en su discurso sobre la reforma de la ley municipal y provincial en el que, hablando en nombre de la minoría constitucional y alternando en tan honrosa tarea con los hombres más distinguidos del partido: Capdepón, Venancio González, Meselles, Ferreras, sentó la base de su credo político en párrafos tan elocuentes como estos:

«Así como defendemos la centralización política, queremos también la descentralización administrativa, porque queremos que los pueblos y las provincias tengan vida propia; porque queremos que no se mermen sus fuerzas con la inactividad; porque queremos que no lo esperen todo del Estado, que solo mal puede atenderlas, rindiendo tributo al *laissez faire, laissez passer*.

»Yo no cansaré, señores diputados, vuestra ilustrada atención, demostrándoos la importancia del Municipio, que tan elocuentemente ha ponderado un eminente publicista al decir: «El hombre crea los reinos, levanta los imperios, funda las Repúblicas; solo el Municipio parece salir de manos de Dios.»

»También queremos la alta inspección del Estado respecto de las funciones de las Diputaciones y de los Ayuntamientos con el objeto de que giren dentro de su órbita. Lo que no queremos es que la inspección se convierta en absorción, como así acontecerá si aprobáis, señores diputados, el proyecto de reforma de la comisión.»

Y después de enumerar los principales puntos de la reforma que se proponía discutir, decía á la Cámara, defendiendo el sistema representativo:

«Ha llegado ya la hora de que todos los verdaderos amantes del mismo nos fijemos en la necesidad imperiosa que existe de hacer que no se falsee la voluntad del cuerpo electoral, si ha de evitarse que el pueblo recuerde aquellas famosas palabras de Donoso Cortés, que yo no os he de citar: es menester que los nombres de los diputados no salgan del Ministerio de la Gobernación antes de salir de las urnas de los comicios.»

Y con este fugaz pero brillante paso por la candente arena del Congreso y con el más rápido aún por la más reposada del Senado, para cuyo alto Cuerpo fué elegido en 1886, renunciando en breve su cargo para pasar de nuevo á la alcaldía de Barcelona, quedó terminada su vida parlamentaria, para la que demostró no escasas aptitudes.

Don Francisco de P. Rius y Taulet, que era afable de sí y de sencillo trato, era también, sin embargo, amigo de guardar las formas sociales, profesando un verdadero culto á la cortesía y un profundo respeto á todo aquello que tiende á revestir á los hombres públicos y á la autoridad del prestigio y consideración que unos y otra se merecen. Estaba dotado de brillante imaginación que corría parejas con su clara inteligencia y rica memoria, y poseía además una fácil, abundosa y hasta elocuente palabra.

De hueca y ampulosa se calificó, sin embargo, la elocuencia del señor Rius y Taulet por sus émulos y adversarios. Realmente participaba de ambas condiciones, pero

merece tenerse en cuenta que la época en que comenzó su carrera el señor Rius, era, por decirlo así, la última fase de aquella oratoria política española del siglo XIX que, por una serie de concausas, como el carácter peculiar de nuestra raza, dado á la exageración y al empleo de formas ampulosas y brillantes, la influencia francesa con las tendencias declamatorias de su elocuencia, y otras varias, tuvo en general este defecto del cual aun no se ha corregido por completo. Debe también recordarse respecto al señor Rius, los asuntos que comunmente hubo de tratar, el auditorio á quien tuvo que dirigirse y el teatro de sus triunfos oratorios.

Dirijíase unas veces, las más, á los hombres de su partido, en cuyo contingente figuraban aquellos que aún recordaban sus cruentas luchas por la libertad en los campos de batalla y en las barricadas: de aquellos hombres que algunos años atrás habían llegado á irritar á Cristina y á hacer temblar á Espartero; que tenían su piel curtida en los cuerpos de guardia de la Milicia Nacional y habían regado con su sangre las calles de Barcelona en defensa de los principios sancionados por la Revolución; aquellos veteranos que lloraban, sí, lloraban, al oir en las vibrantes notas oratorias del señor Rius la entusiasta apología de su noble, generoso y heróico proceder.

Otras veces le escuchaba el pueblo de Barcelona en masa, los hermanos de las distintas regiones de la patria española, los representantes de Estados y nacionalidades extranjeras, y entonces se aglomeraban en su mente los gloriosos, preclaros recuerdos de nuestra hermosa historia regional, que solo en elevado estilo, en esplendorosas formas, en suspirados cánticos pueden ser enumerados y ensalzados. Si prosistas, qué digo, creadores de la prosa, como Cervantes, y poetas tan grandes como Verdaguer, prodigaron sus más bellos conceptos, sus más brillantes notas á la hermosa Barcelona, á su pasada historia, á su presente y á su porvenir, qué no había de hacer el hombre que no disponía de la castiza pluma del autor del Quijote, ni de la divina inspiración del cantor de la Atlántida!

El carácter afable y cariñoso del señor Rius y Taulet, su temperamento pacífico y suaves procedimientos y su gran transigencia, cualidad que no empecía, en él, á la firmeza y tenacidad de sus ideales, y, por otra parte, los elevados cargos públicos que desempeñó, le llevaron á ejercer la jefatura del partido liberal monárquico de Barcelona durante largos años, no sin que tuviese que luchar con serias dificultades, hijas, en su mayor parte, de los naturales recelos que despiertan los prestigios políticos y de otras circunstancias puramente accidentales que no fueron óbice, por cierto, al extraordinario engrandecimiento del partido y á que su inteligente dirección marcara una de las etapas más brillantes de su existencia.

Al espíritu conciliador y á la flexibilidad de carácter del señor Rius y Taulet, perfecto conocedor de los hombres, se debió que olvidase facilmente los agravios de sus enemigos y se reconciliase con ellos, empleando sus particulares energías, según los casos y las circunstancias, y obteniendo de ellos, por lo general, la más completa adhesión y respeto. Desde este punto de vista, fué criticado en varias ocasiones por creer, amigos y adversarios, que algunas de las personas de que se rodeaba carecían del suficiente prestigio personal y político para el puesto á que les destinara, pero el señor Rius necesitaba tener á su lado, más que personalidades distinguidas y dotadas todas de propio valer y, por lo tanto, independientes, si no exclusivistas en sus miras, personas perfectamente adictas, soldados leales y aun tal vez inconscientes que aceptasen de plano y secundasen sin resistencia ni vacilaciones sus iniciativas y sus órdenes, basadas siempre en la generosa, desinteresada y simpática idea del engrandecimiento, belleza y prosperidad de Barcelona. Rius y Taulet tenía en este punto muy presente la gráfica frase atribuída al malogrado general Prim: «Con canónigos no se hacen las revoluciones».

La explicación de su ductilidad y transigencia política y aun personal, reconocía además por origen, en él, la idea que tenía formada de la vida política. «El hombre que se dedica á la política, amigo Schwartz, me decía en cierta ocasión, se parece á aquel viajero que se encuentra en la dura necesidad de atravesar un caudaloso río que ora se desliza suave y murmullador, ora se precipita rápido y burbujante. Si se propone atravesarlo en línea recta, desafiando el ímpetu de la corriente, por muy buen nadador que sea, es casi seguro se vea arrebatado por ella y lanzado contra alguna roca ó absorbido por oculto y traidor remolino; si por el contrario se desliza sobre sus ondas suavemente, dejándose llevar por ellas y oponiendo escasa resistencia, es muy probable que, salvando todos los obstáculos, llegue á la orilla opuesta, siquiera desviado algún tanto de su primitiva dirección».

Esta fué realmente la norma constante de su conducta pública.

Rius y Taulet vivió en un período de transición, y su espíritu práctico hubo de nutrirse con los ideales románticos de nuestra historia política y parlamentaria. Fué un político de ideas y de tendencias modernas con formas anticuadas: un político del siglo XX con trage á la moda de mediados del XIX.

Por esto supo convertir la famosa frase shakspeariana: «palabras, palabras, palabras», en esta otra propia, más prosaica: «obras, obras, obras!»

Las suyas fueron:

La Exposición Universal de 1888.

La europeización de Barcelona.

FEDERICO SCHWARTZ



SABLE DE HONOR
regalo del Emperador del Japón
á Rius y Taulet



EL MARQUES DE OLÉRDOLA

considerado como administrador

La verdadera economía consiste en gastar bien

¡Paradoja! exclamarán algunos al leer el tema ó máxima con que encabezamos estos renglones. ¿Cómo puede ser que se considere buen administrador á quien gastó grandes cantidades para el embellecimiento de la Ciudad Condal? Contestad á los que duden que, así como es un excelente administrador quien emplea mayores sumas en el laboreo de sus tierras y en la conservación de sus fincas urbanas, con el propósito de obtener más pingües rendimientos, así también merece igual dictado aquel patricio que más gasta para el desarrollo ó engrandecimiento de su pueblo, ciudad ó nación (1). Y dicha excelencia sube de punto cuando se trata de quien, como nuestro biografiado, fué un eximio amante de la patria que se entrega en cuerpo y alma al bien del procomún, y de un modo tan completo, que no le queda tiempo para atender á sus particulares intereses ni al ejercicio de su profesión, llegando hasta consumir en ello su existencia, y muere dejando á su familia casi sumida en la miseria. Ejemplo de civismo poco común en los egoístas tiempos en que vivimos; insólito caso del que, desgraciadamente, no encontraríamos entre nosotros otro parecido.

Para apreciar cuáles hayan sido los beneficios que Barcelona entera ha cosechado del sacrificio de Rius y Taulet, basta saber que, desde que dicho señor ejerció la Alcaldía, la edificación fué extendiéndose por todo el llano como torrente desbordado; los tranvías forman hoy densísima red; los paseos pueden competir con los de las principales capitales del globo; y, como apoteosis de tanta grandeza y reforma, apareció la primera Exposición Universal Española, que, cual piedra miliar, señala el paso de gigante ó sea el adelanto de dos siglos que en seis meses alcanza nuestra ciudad.

Dicho certamen, del que Rius y Taulet constituye el solo protagonista, fué el primero del mundo en que el ocaso del rey de los astros coincidía con la aurora de la electricidad, y el único que ha tenido cómodo acceso al mismo por mar y tierra; pudiendo también afirmarse que pocas manifestaciones de dicha clase podrán ostentar un carácter más genuinamente popular que el que mostró la realizada por Barcelona, pues todos los servicios y todas las comodidades fueron asequibles á las más modestas clases sociales.

Las innumerables y variadas fiestas y regocijos que tuvieron lugar durante el certamen universal de Barcelona, exceden á toda ponderación. Jamás, ni el mismo París, con atribuirse la supremacía respecto de todas las demás ciudades de Europa, ha podido presentar un conjunto tan completo y harmónico en el cual hayan descollado en tan alto grado las sublimes y conmovedoras solemnidades religiosas—fiel trasunto de las que con pompa grandiosa y excepcional celebra la capital del orbe católico—al lado de los festejos profanos, comparables tan solo con los renombrados de la poética Venecia.

Lo que constituye la esencia de Rius y Taulet, la inspiración de su alma y el fanatismo de sus creencias, es el embellecimiento de su ciudad natal, la preponderancia de este pueblo, la dignidad de Cataluña, el honor español, que es el honor de sus hijos, y el culto, casi monomanía, que inspira todos sus afanes.

No se juzguen exageradas nuestras palabras, pues ningún otro vínculo nos ligó con el Excmo. señor don Francisco de Paula Rius y Taulet que el de ser hijos ambos de la ciudad de Barcelona. Así es que ni aficiones políticas (que no hemos sentido jamás), ni agradecimiento de favores, que no hemos recibido, han podido guiar nuestra pluma; son los hechos los que atestiguan cuanto hemos dicho; son los números que lo demuestran; es la realidad que lo afirma; desde las reformas y embellecimiento de Barcelona iniciados por el benemérito Rius y Taulet, la ciudad condal ha centuplicado su poderío y riqueza.

¡Ojalá Dios nos depare en el porvenir otro magistrado municipal émulo del gran Alcalde, cuyo nombre pasará á la posteridad como una gloria nacional!

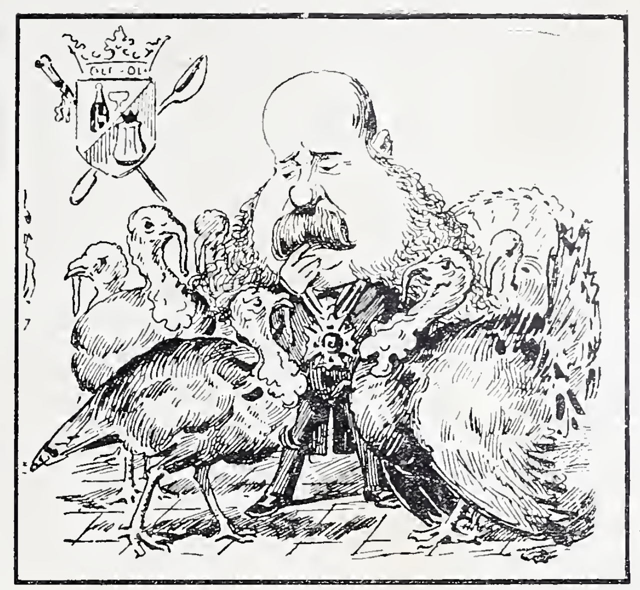
¡Ojalá renazcan para nuestra amada Barcelona aquellos venturosos cuanto inolvidables días de paz y de bienestar en que la fraternidad reinaba entre las distintas clases sociales!

¡Ojalá que la ciudad condal continúe ostentando el dictado que mereció del Príncipe de los ingenios, cuando de ella dijo que era «archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única!»

Antonio Torrents y Monner

(1) Además conviene observar que á las Administraciones municipales que se han sucedido después de las presididas por el malogrado Marques de Olerdola, á pesar de no haber acometido obra alguna de la magnitud de las que este llevo á cabo, no les ha sido posible aliviar el presupuesto municipal, pues, dejando aparte el extraordinario que motivo la Exposición Universal, resulta que los presupuestos municipales refundidos del interior, correspondientes á los años económicos de 1885-1886 á 1889-1890 presentaron, como gastos, un promedio de 27,630,644 pesetas, y el del año 1900, último liquidado, ascendió á 50,600,508 pesetas.

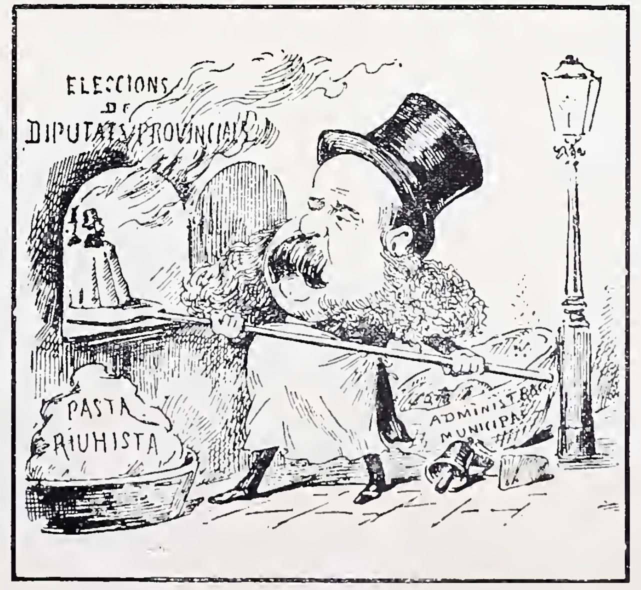








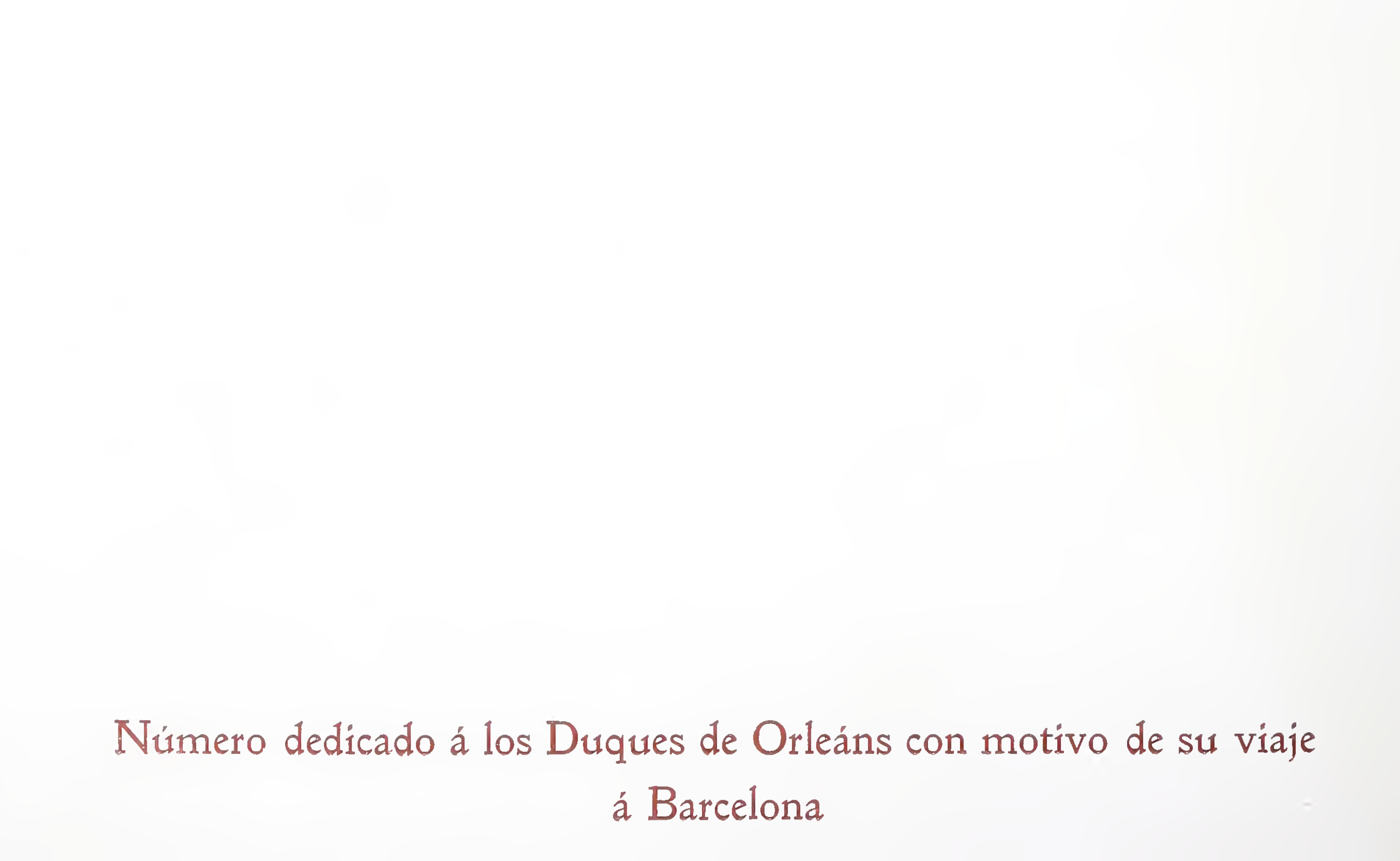




Caricaturas de Moliné, referentes á la vida privada y pública de Rius y Taulet, publicadas en 1888-89 por la casa López


HERMENEGILDO MIRALLES
59 - BAILÉN - 70
BARCELONA
HISPANIA — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.
PANORAMA NACIONAL. 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.
ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.
A LOS TOROS. Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.
LITOGRAFÍA
MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS
RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.
ENCUADERNACIONES industriales y artísticas.
JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.
IMAGENES de todas clases.
AZULEJOS CARTÓN PIEDRA
PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACION INTERIOR
PÍDASE CATÁLOGO


Carlos VÁZQUEZ
1901



Número dedicado á los Duques de Orleáns con motivo de su viaje
á Barcelona



Antiguo Palacio de Eu, hoy propiedad del Duque de Orleáns

Los Duques de Orleáns en España

Hace pocos meses estuvo en estas aguas el precioso yate «Maroussia», propiedad de los duques de Orleáns, á bordo del cual sus augustos dueños visitaron algunos puertos de la costa española del Mediterráneo.

El 8 de Mayo último, ancló en nuestro puerto, junto al acorazado «Pelayo», y habiendo tenido la honra de ser recibidos por los ilustres viajeros, nos permitieron obtener algunas fotografías con que completar el número que *Hispania* se complace en dedicarles.

A bordo del yate «Maroussia» llegaron á esta, Mr. Luís de Joantho, presidente de los comités realistas de los departamentos del Oeste de Francia, el secretario particular del príncipe, Mr. Maurice d'Emery y el médico Dr. Henri Pied, los cuales debían esperar en nuestras aguas á los duques que, desde Sevilla, se dirigieron á Madrid y de la Corte á nuestra ciudad.

El «Maroussia», que lleva el nombre de la Duquesa de Orleáns en lengua de su país y que es un delicioso yate de recreo con verdaderos honores de buque de guerra, fué construído en Glascow, mide 85 metros de largo y desarrolla un andar de 12 á 14 millas por hora. Su máquina «Compound» es de 1,400 caballos. La tripulación de este magnífico barco se compone de 45 hombres, mandados por seis oficiales; lleva varios cañones y ametralladoras de los mejores modelos, y navega al mando de su comandante Mr. de Baichis, distinguido oficial de la marina francesa, hoy al servicio del Príncipe de Orleáns. Los departamentos interiores del «Maroussia» revelan los últimos grados de perfección, tanto desde el punto de vista del *confort* como en lo que se refiere á la decoración artística. La mayor parte de los gabinetes están tapizados de blanco y, así en éstos como en los salones, campean el escudo real francés, y las tres flores de lís ya en oro sobre fondo azul, ya en bordado, ya en pintura, ó en esmalte. En la parte de proa está el alojamiento de la tripulación y detrás, el de los oficiales, con su salón, su comedor y sus literas.

En el centro se han dispuesto hábilmente los gabinetes de los duques, de las damas de honor al ser-



Fot. de Hermenegildo Miralles

Cuarto militar del Duque de Orleáns á bordo del "Maroussia"



Fct. de Hermenegildo Miralles

Los Duques de Orleáns y su alta servidumbre



Posesiones del Duque de Orleáns
Palacio de Woodnorton

vicio de la Princesa y de la alta servidumbre de los príncipes.

El espacioso comedor que, en caso de necesidad, puede servir de sala de recepciones, es de ricas maderas talladas y dispuestas según las tradiciones más puras del arte del Renacimiento.

En el centro hállase el espacio reservado á la máquina, y más hacia atrás, una serie de gabinetes destinados á los príncipes y á los gentileshombres de servicio, á los invitados, al secretario, al médico del Príncipe y el gabinete del comandante.

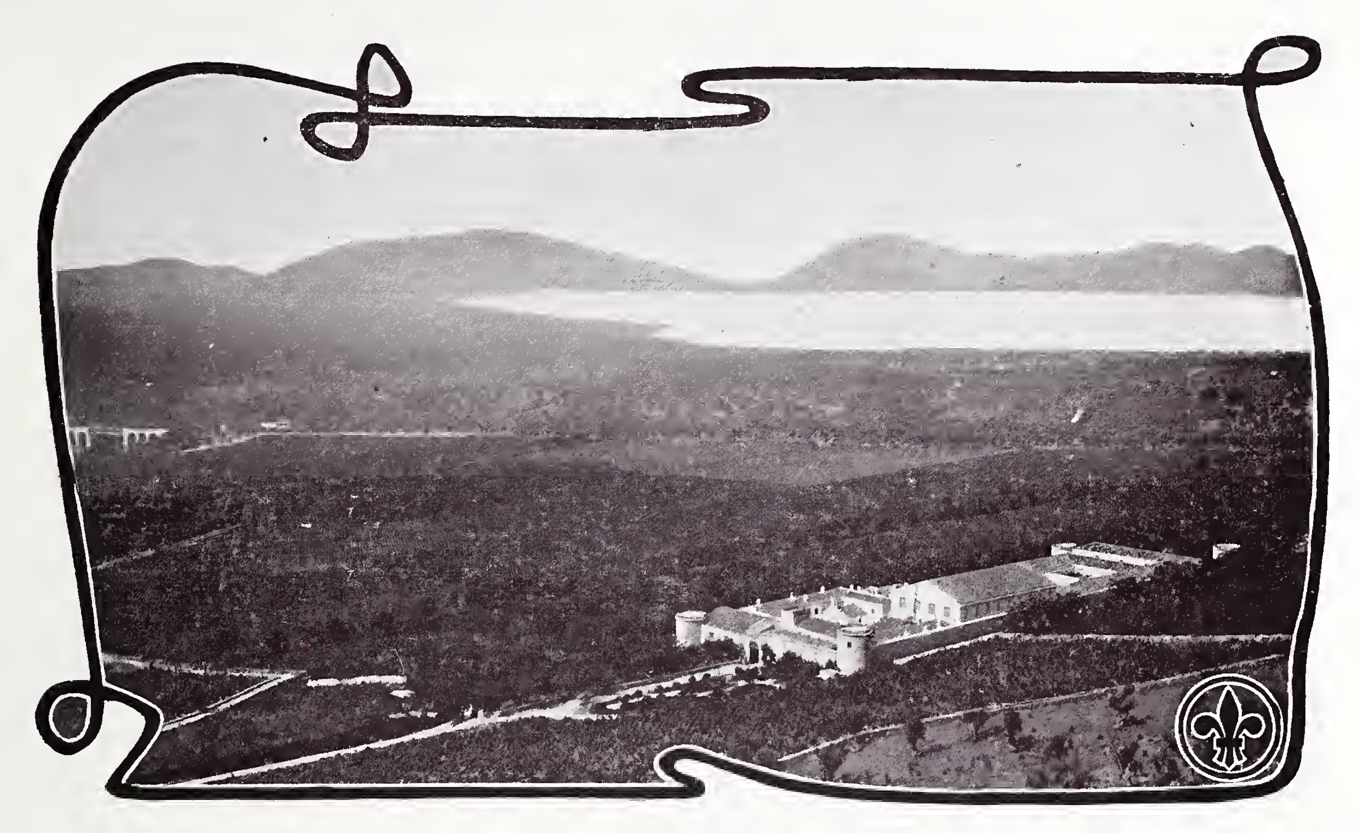
Todo está alumbrado por la electricidad, con muy buena calefacción en invierno y gran ventilación en verano, y varios gabinetes contienen instalaciones hidroterápicas. Sobre el puente se halla un elegantísimo salón, el *deck house,* más especialmente reservado para las reuniones de primavera y de verano.

El destino de este yate no es el de ser exclusivamente un barco de recreo sino el de un buque para largos viajes. El Príncipe pasa en efecto su vida entre Inglaterra, donde tiene numerosas propiedades; España, donde reside frecuentes temporadas al lado de la señora Condesa de Paris, su madre, en el palacio de Villamanrique; Portugal, donde visita á S. M. la Reina, su hermana; Sicilia, donde posee el palacio de Orleáns, en Palermo y la finca de Zucco; y Turín, cerca de su hermana, S. A. R. la Duquesa de Aosta. Con frecuencia desembarca también en los puertos del Adriático para reunirse en Hungría con SS. AA. II. Monseñor el Archiduque José y la Archiduquesa Clotilde, sus padres políticos. Sus afectos y sus intereses le obligan pues á efectuar frecuentes y largos viajes, y si algunas veces en sus itinerarios puede utilizar las vias férreas, pasa largas temporadas en las que no tiene á su vista más que el Océano, el Mediterráneo ó el Adriático.

* * *

Cuando el «Maroussia» hizo su entrada en el puerto de Barcelona, procedía de Sevilla, donde se habían celebrado á su bordo las fiestas de San Felipe, santo patronímico de Monseñor el Duque de Orleáns. Más adelante relataremos estas solemnidades; vamos ahora á dar algunos datos biográficos sobre el jefe de la antigua Casa Real de Francia y sobre su augusta esposa.

Felipe VIII, Duque de Orleáns, nació el 6 de Febrero de 1869 en Inglaterra; es hijo de Felipe VII, Conde de Paris, nieto del Duque de Orleáns, que se cubrió de gloria durante las guerras que terminaron con la conquista de Argelia, y biznieto del Rey Luis Felipe. Desciende directamente del gran Enrique IV



Quinta y Palacio de Zucco (Sicilia)



Palacio de York-House



Fot. de Hermenegildo Miralles

y es el representante legítimo del derecho monárquico hereditario en Francia.

Hoy tiene 32 años y es un joven de arrogante figura, de trato sencillo y agradable lleno, de *sprit* y *charme* á la par que conservando la distinción y la majestad propias de su elevada cuna.

Hizo su educación militar en Inglaterra, en la escuela de Sandhurst, y fué nombrado, después de sufrir exámenes, subteniente en el «King's royal rifle».

Alcanzado por la ley de destierro y no pudiendo servir en Francia, su patria, hizo sus prácticas militares en la India inglesa. Durante las semanas de permiso, que obtenía de vez en cuando, se entregaba á las cacerías más peligrosas y en Népaul se conserva aún el recuerdo de las circunstancias trágicas en que el Duque dió muerte á varios tigres.

En una ocasión, cuéntase que, atacado por un tigre hembra, que se lanzó sobre el elefante que montaba, luchó cuerpo á cuerpo con él después de perder el fusil que tenía en las manos. El príncipe, que se salvó por un milagro, continuó tranquilamente la cacería, con gran admiración de los que le rodeaban. Más tarde cazó en Abyssinia, donde dió muerte personalmente á varios leones é hipopótamos.

* * *

En el mes de Febrero de 1890, el Duque de Orleáns, que acababa de cumplir 21 años, entró resueltamente en Francia y, dirigiéndose al gobierno, reclamó el derecho de prestar sus servicios militares. Como nuestros lectores recordarán, fué detenido y tuvo ocasión de ganarse muchos partidarios á quienes entusiasmó su energía y la naturalidad con que respondió al Prefecto de Policía que le tomaba declaración. «No he venido aquí para hacer un acto político; he venido como un simple ciudadano francés, para reclamar el derecho de servir á mi país; no un derecho particular, sino el derecho común.»

Algunos días después, hizo ante sus jueces la declaración siguiente:

«He venido á Francia para servir como simple soldado. No hago política; eso atañe á mi padre, de quien soy el hijo respetuoso y sumiso, el fiel servidor. No he ido á la Cámara, sino á la oficina de reclutamiento. Sabía á lo que me exponía... ¡esto no me importa!

»Amo á mi país. ¿Es esto un delito? He querido servir á Francia en el ejército. ¿Es esto un crimen? No; yo no soy culpable; yo no tengo necesidad de ser defendido.

. . . .

»Pero si soy condenado, estoy seguro del juicio de los doscientos mil reclutas de mi clase y del de todos los hombres honrados. ¡Esos — estoy de ello seguro — me absolverán!»

Apesar de esas razones fué condenado á dos años de prisión, y se consoló diciendo: «*Un príncipe que quiere reinar, debe estar en el ejército, en prisión ó en el destierro.*»

El simpático y patriótico acto realizado por el joven Príncipe, le proporcionó numerosos partidarios que vieron en él energías é iniciativas, propias de una inteligencia clara y el reflejo de sus ardientes deseos de vivir en ese país que le es tan caro y cuyo suelo le está vedado.

Los que suelen acompañarle en sus viajes nos han

referido el profundo dolor que siente cuando, costeando en aguas francesas, ve pasar ante su vista aquellas deliciosas playas en las que no puede desembarcar.

Y sin embargo siempre le anima la idea del porvenir y cuando sobre el puente de su yate se le ve seguir con el catalejo las bellezas de la costa oceánica ó mediterránea, asegúrase que tras los ratos en que su semblante ha revelado el pesar que embarga su ánimo, no falta nunca el brillo de una ardiente mirada en la que se sorprende un destello de firme esperanza. . . . .

* * *

El 8 de Septiembre de 1894, Monseñor el Conde de París, su padre, murió en Stowe-house.

El Duque de Orleáns se acercó á él en el momento en que acababa de expirar, y díjole emocionado:

— «Duerme en paz, padre mío; yo seré digno de tí.»

A partir de aquel día, el Duque de Orleáns era jefe de la Casa Real de Francia.

El 5 de Noviembre de 1896, el joven Príncipe tomó por esposa á S. A. I. y R. la bella Archiduquesa María Dorotea de Austria, hija del Archiduque José y de la Archiduquesa Clotilde. Los festejos de la boda se celebraron con gran solemnidad. El Emperador de Austria esperaba al Príncipe á su llegada á la estación; le hizo tributar todos los honores reservados á los soberanos y le confirió la orden del Toisón de oro.

Después de la ceremonia nupcial, la nueva Duquesa de Orleáns recibió á la de Luynes, que, al frente de una delegación de damas francesas, le ofreció una hermosa diadema de brillantes producto de una suscripción nacional.

La Princesa, profundamente emocionada, dió las gracias, expresándose así: «Soy muy feliz al recibir esta corona. Ruego á Dios que Él la coloque sobre la cabeza de mi querido Felipe. Ese día, yo sabré secundarle y cumplir mi deber para con Francia, mi nueva patria.»

La simpática afabilidad de la princesa conquistó todos los corazones, pero desde aquel momento la aureola de la desgracia se juntó á su corona de reina, porque su destino quería que, al convertirse en francesa, quedara desde aquel momento desterrada.

* * *

Nuestros lectores recordarán seguramente los estrechos vínculos de parentesco que unen á los príncipes de Orleáns, con la Familia Real española. Felipe, nieto por su madre de la Infanta de España doña María Luisa Fernanda y del Duque de Montpensier, es primo de don Alfonso XIII y su esposa la Archiduquesa María Dorotea prima hermana de la Reina Regente.

Era pues natural que con motivo de su viaje á las costas españolas quisieran cumplimentarles y de ahí que, abandonando el yate en Sevilla, se dirigieran á Madrid donde la Reina, que siente extraordinario afecto por la Princesa María Dorotea, les esperaba con singular anhelo.

Los duques de Orleáns, acompañados de la Condesa de Oillianson, dama de honor, y de Mr. de Tuite, gentilhombre de servicio, fueron recibidos por SS. MM. con gran cordialidad pasando en su compañía algunos días, durante los cuales sus augustos primos los acogieron en familia. Entre los



Fot. de Hermenegildo Miralles



Comedor del Maroussia

obsequios especiales que les tributó la aristocracia madrileña figuró en primera línea la espléndida recepción dada en su honor por la Duquesa de Alba, á la que asistieron todos los ministros y el Cuerpo diplomático y cuyos detalles reseñó en su día la prensa de la capital.

* * *

El Príncipe de Orleáns, por cuyas venas corre pues sangre española, siente especial predilección por las cosas de nuestra tierra.

Muy acostumbrado á la vida de Andalucía, donde pasa algunas temporadas junto á su augusta madre, que como antes se dijo reside habitualmente en su quinta de Villamanrique, goza fama de ser un perfecto jinete, derriba vacas con extraordinaria maestría y es entusiasta de nuestras corridas de toros y de todo lo típico de nuestro país.

Su permanencia en Sevilla, ha tenido este año la nota saliente de haberse celebrado á orillas del Guadalquivir y á bordo del «Maroussia» la tradicional fiesta de San Felipe.

Un testigo presencial nos facilita sobre el particular los siguientes datos.

El yate estaba magníficamente empavesado, ornado con el escudo Real de Francia, reproducido por todas partes en medio de una extraordinaria profusión de flores y de banderas.

Aquel día numerosos telegramas de felicitación llegaron de todos los puntos de Europa, de todas las cortes, y particularmente de los jefes realistas franceses.

M. de Joantho, representante del duque de Orleáns cerca del comité realista de los departamentos del Sud Oeste de Francia, fué comisionado para hacer presente al Príncipe las felicitaciones y los votos de sus servidores en el día de su fiesta onomástica.

Tan pronto como SS. AA. saliendo de su sala particular, llegaron al puente del castillo, la tripulación presentó las armas, las cornetas batieron marcha y M. de Joantho, acompañado de algunos caballeros y damas francesas, del comandante de Baichis, de sus oficiales, del servicio de honor de los príncipes y de la señora Vizcondesa de Gaigneron, dirigióle la siguiente salutación:

«Monseñor:

»En nombre de los franceses que tienen la satisfacción de rodear al Príncipe á bordo de su yate



Philippe Comte de Paris





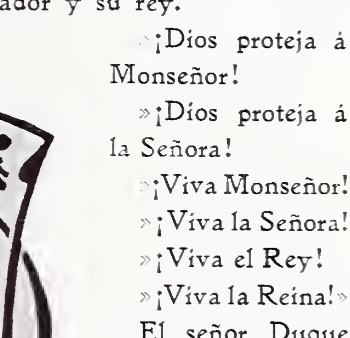
FELIPE DE ORLEANS, POR A. CLAPÉS


Isabelle Comtesse de Paris

Real; en nombre del cuerpo de oficiales y de la tripulación del «Maroussia», ante los colores nacionales que resplandecen alrededor de nosotros, deseo felices días á Monseñor y á la Señora.

»Yo siento en este instante una particular vanagloria, al convertirme ante el Príncipe en eco vivo de todos aquellos que han guardado en su alma el culto á la patria; de todos aquellos que en frente de las tristezas y de las vergüenzas de la hora presente, dirigen hacia el jefe de la Casa de Francia un recuerdo afectuoso y concentran en él sus indiscutibles esperanzas.

»No sería yo, Monseñor, un verdadero bearnés, si no pidiese al Príncipe permiso para invocar aquí la memoria del glorioso antepasado, del cual guardamos tan orgullosamente la cuna y que nosotros no sabemos llamar de otro modo que «nuestro Enrique». Son grandiosas las páginas que aquel ilustre monarca ha trazado en el libro de oro de nuestro país. Páginas de historia, recuerdos de valor que llenan nuestros pechos de vanidad; recuerdos de generosidad real, de inefable bondad hacia los pequeños y los humildes.





El Maroussia

»En ese libro de oro, Monseñor, donde los fastos de la monarquía resplandecen con incomparable brillo, quedan aún numerosas páginas blancas que los buenos genios de Francia han reservado al Príncipe y donde él escribirá, para obedecer á sus destinos históricos, la obra del renacimiento y de la salud de su país. Nuestra confianza en Monseñor es inquebrantable.

»Dudar de la monarquía, sería dudar de Francia.

»Las desdichas son grandes, pero las esperanzas de salud son más grandes aún, porque Monseñor ha comprendido la extensión de sus deberes, y esos deberes los cumplirá. No está lejos el día en que el país aclamará, en una explosión de gratitud, á su libertador, su salvador y su rey.

»¡Dios proteja á Monseñor!

»¡Dios proteja á la Señora!

»¡Viva Monseñor!

»¡Viva la Señora!

»¡Viva el Rey!

»¡Viva la Reina!»

El señor Duque de Orleáns se dirigió entonces hacia M. de Joantho y, tendiéndole la mano, le agradeció el haber invocado la memoria de aquel antepasado suyo, de quien está justamente orgulloso.

«Enrique IV — dijo el Príncipe — me ha dejado grandes enseñanzas y grandes ejemplos. Él también tuvo que luchar con terribles dificultades y grandes responsabilidades. Se apoyó sobre el pueblo y quería que el pueblo se apoyase sobre él. Me agrada evocar este recuerdo, como todos aquellos que se relacionan con la grande y noble existencia de un Rey tan justamente popular.»

Haciendo alusión á una de las frases del discurso de M. de Joantho, el Príncipe añadió:

«Tenéis razón al pensar y decir que yo he medido la extensión de todos mis deberes; y aquí, no me dirijo sólo á los realistas, sino á todos los patriotas. El cumplimiento de estos deberes es mi objetivo supremo. Es preciso que se sepa en Francia en esas horas de preocupación y tristeza. Nada de enerva-



FELIPE DE ORLEÁNS, Á LOS 20 AÑOS

Philippe duc d'Orléans

mientos estériles. No haya en los espíritus desalientos ni dudas. Solo en mis principios está la salud de la patria, y vos sabéis que mi vida entera pertenece á mis principios.»

La señora Vizcondesa de Gaigneron ofreció entonces al Príncipe un ramo de rosas de Francia.

Al mediodía se sirvió un banquete de treinta cubiertos al que asistieron la Condesa de París y Su Alteza Real la Princesa Luisa de Francia.

* * *

El día mismo de su llegada á esta capital, Monseñor el Duque de Orleáns que viajaba como siempre de riguroso incógnito, se instaló á bordo de su yate pero una gran parte del día lo pasaba en tierra, recorriendo los paseos y visitando los monumentos de la ciudad, cuyos esplendores no cesaba de admirar. El Parque fué objeto de su particular atención, así como la longitud y lo confortable de nuestras avenidas, con sus plantaciones de árboles que embellecen sus perspectivas.

Cuando los Duques de Orleáns llegaron á nuestra ciudad condal, las circunstancias anormales porque se atravesaban, la tenían en estado de guerra y las tropas ocupaban los barrios extremos de la ciudad.

Esa circunstancia que en espíritus menos animosos hubiera podido infundir ciertos temores, no fué obstáculo para que viera cuánto se le antojó y era digno de verse en Barcelona.

En ciertos momentos, cuando atravesaba alguno de los barrios ocupados militarmente, yo, que tuve la honra de acompañarles en alguno de sus paseos, sentí cierta intranquilidad, pues el paso de algunos landós de lujo por entre las masas soliviantadas, podía haber bastado para promoverse un conflicto. Como lo hiciera observar al Príncipe, éste me dijo sonriendo: «No hay cuidado; aquí como en todas partes donde el ejército está disciplinado y ocupa la calle no hay nada que temer; ahora podemos pasear más tranquilos que nunca, pues el orden está asegurado». Así fué en efecto y los príncipes pudieron admirar tranquilamente los encantos de Barcelona y sus cercanías.

El Duque, hablando de Barcelona, decía lo que suelen decir los extranjeros que vienen á visitar nuestra ciudad, generalmente tan desconocida: «¿Cómo es posible que haya en Europa una ciudad tan bella, tan poblada, tan alegre, con panoramas tan agradables y tan grandiosos, con monumentos arquitectónicos de tan gran superioridad artística, con paseos tan hermosos y tan frescos, teatros tan numerosos en que el culto al arte es tan puro, y que se la conozca tan poco y se hable tan poco de ella?». . .

El augusto viajero notaba la grandiosidad de nuestras avenidas que comparaba con elogio con muchas ciudades de Francia y de otros países.

Era la primera vez que el Príncipe, que ha viajado mucho y que conoce el mundo entero, venía á Barcelona. Cuando se le indicó que había en la ciu-



Palacio de Orleáns en Palermo



El Duque de Orleáns rodeado de su oficialidad y de la dotación de su yate



Los Duques en el Puerto de Barcelona



Camarote del Duque — Fot. de Hermenegildo Miralles

dad cerca de cuarenta mil franceses, dijo, sonriendo con satisfacción: «Ya notaba yo que estaba aquí, casi como en mi casa».

* * *

El 9 de Mayo los duques asistieron con gran complacencia á un partido de pelota en el *Frontón Condal*.

El Príncipe es muy aficionado á todos los *sports*, cualquiera que sea la forma en que se presenten, y el sport vasco le interesa vivamente.

El día siguiente, el Duque de Orleáns hizo, con un acompañamiento numeroso, la peregrinación tradicional á Montserrat. La Duquesa le acompañaba, formando parte de su séquito la Condesa de Oillianson, dama de honor, el comandante de Baichis, M. de Joantho, M. de Tuite, M. Emery, el Doctor Pied, M. Condolle, segundo comandante del «Maroussia», M. Alain, subteniente, M. Bourguignon, otros oficiales de á bordo y el que tiene la honra de consignar estas noticias, á quien S. A. se dignó distinguir con su amistad y rogó organizara la excursión.

A su llegada al monasterio, los padres benedictinos salieron al encuentro de los príncipes franceses, teniendo preparada en su honor una misa solemne durante la cual la escolanía ejecutó algunas escogidas composiciones.

La iglesia se hallaba profusamente iluminada y junto al presbiterio hallábanse preparados los sillones y adamascados cojines que el convento tiene reservados para las personas reales y los príncipes de la Iglesia, sitios que ocuparon los duques visiblemente emocionados por el majestuoso y celestial ambiente que caracteriza nuestro predilecto santuario.

SS. AA., recibidos, pues, con honores de personas reales, después de oir el canto de la salve, de adorar la imagen milagrosa y de orar en su Camarín, visitaron el convento y sus riquezas artísticas. Como los reverendos padres les pidieran que dejasen sus firmas en el álbum de los visitantes distinguidos, en la primera página de este álbum vieron la firma de la Infanta doña María Luisa Fernanda, Duquesa de Montpensier, madre de la señora Condesa de París.

— «Ahora me doy cuenta — exclamó el Príncipe — de un cuadro que he visto muchas veces en el palacio de Villamanrique, representando á mi abuela montada sobre un burro y bajando la montaña de Montserrat, que reconozco perfectamente.»

Después de comer, los duques, que son excursionistas infatigables, quisieron recorrer á pie el camino de la Cueva y luego subir á la ermita de San Miguel, desde la que se divisa tan espléndido panorama.

Durante el paseo les vimos admirar la original montaña y sus encantos y recoger personalmente numerosas vistas fotográficas.

También las obtuvo la bella y distinguida Condesa de Oillianson á cuya amabilidad debe *Hispania* las instantáneas que intercala y en una de las cuales puede verse al Duque de Orleáns, vistiendo rico traje cordobés y contemplando el panorama desde la elevada miranda de San Miguel.

Aquella misma tarde, y después de haber dejado un generoso donativo para el convento, los duques regresaron á Barcelona, recibiendo inequívocas muestras de simpatía de parte de las muchas personas que se hallaban en aquel entonces en Montserrat y que en numerosos grupos les rodearon hasta el momento de la salida del tren.

* * *

El día siguiente, 11 de Mayo, don Hermenegildo Miralles y su hermano don Benjamín, fueron presentados á SS. AA. los duques de Orleáns, quienes les sentaron á su mesa y les concedieron su autorización para obtener algunas fotografías.

El domingo, día 12, los príncipes oyeron misa en la catedral, y por la tarde, asistieron á la corrida de toros. Las señoras Duquesa de Orleáns y la Condesa de Oillianson, vistiendo mantillas de encaje blanco, presenciaron la corrida desde un palco, acompañadas de algunas personas de su séquito y el Duque de Orleáns desde la barrera con el comandante de Baichis y los señores de Joantho y de Tuite.

Dábase una novillada en la que estoqueaba el diestro Vicente Ferrer.

Como se apercibiera de la llegada de la Duquesa, brindóle un toro y el público le ovacionó. Esto hizo exclamar á uno de los espectadores: «Véase como en una ciudad en estado de guerra y que se pretende entregada á las agitaciones anarquistas, se da el hermoso espectáculo de ver que el pueblo sabe aún manifestar su respeto y admiración á los príncipes y á las princesas de sangre real que se mezclan con él, confiando en su lealtad y en su generosidad ...

La faena del desgraciado Vicente Ferrer no coronó sus esfuerzos y si bien dió muerte al bicho con singular destreza, fué cogido y tuvo que ser conducido á la enfermería.

La Duquesa de Orleáns, muy impresionada, ordenó al Doctor Pied y al Secretario particular del Príncipe que visitaran al diestro, le expresaran su gratitud y sentimiento y le entregaran un recuerdo. Afortunadamente la herida no tuvo consecuencias y pocos momentos después, al terminarse la corrida, el Duque de Orleáns fué á saludarle personalmente, estrechándole la mano y felicitándole por su bravura.

Luego admiró el servicio de enfermería y facultativo de la nueva plaza de Barcelona y entró en su capilla, donde oró breves momentos.

He aquí en breves párrafos la reseña del viaje de los Duques de Orleáns á la Ciudad Condal.

Nos consta que llevaron de ella el más grato recuerdo y á su salida mostrábanse vivamente agradecidos á las atenciones que las autoridades tuvieron



Camarote de la Duquesa — Fot. de Hermenegildo Miralles

para con ellos, sintiendo que el rigor de su incógnito les impidiera corresponder debidamente á ellas.

El Duque y la Duquesa de Orleáns se proponen volver en breve á Barcelona y visitarla más detenidamente. Luego recorrerán las islas Baleares y estudiarán las incomparables cuevas de la de Mallorca y las bellezas naturales de su litoral.

Al dar al público este número, reiteramos á los señores Duques de Orleáns la expresión de nuestra sincera gratitud por las deferencias que para con nosotros tuvieron y particularmente la de autorizarnos para dedicarles este número y hacernos fieles cronistas de su paso por esta Capital.

* * *

El día siguiente el «Maroussia» levó anclas con rumbo á Génova. Era día de gala y el «Pelayo» saludaba el alba con los disparos de ordenanza. El Duque de Orleáns ordenó que su artillería se asociara á las salvas de nuestra armada y entre nubes de pólvora pudo verse al «Maroussia» abandonando majestuosamente nuestras aguas.

Pocas horas después llegaban á mis manos algunas palomas mensajeras soltadas por el augusto navegante en alta mar. Por ellas se supo que el yate Real proseguía felizmente su viaje, y bajo sus alas, en sútiles papeles, el Príncipe nos decía una vez más cuánto sentía alejarse de nuestra querida patria.

Salvador CASTELLÓ



Paloma mensajera soltada en alta mar por el Duque de Orleans
á su salida de Barcelona



Un descanso en la excursión

RECUERDO

del viaje de los

DUQUES DE ORLEÁNS

al

Monasterio de Montserrat





El Duque de Orleáns en la miranda de San Miguel
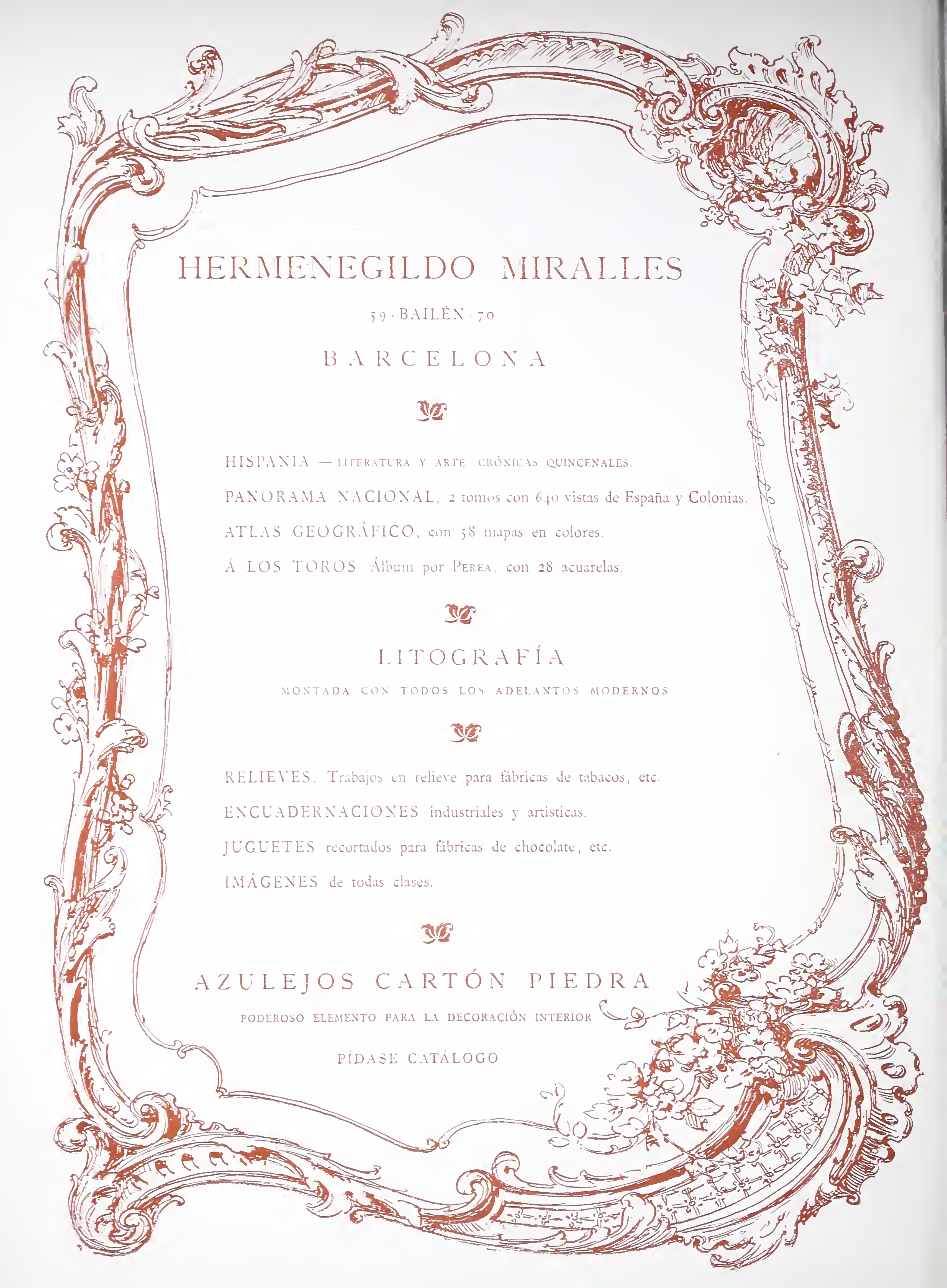




Fotografías instantáneas

de la

Condesa de Oillianson



Saliendo del Monasterio


HERMENEGILDO MIRALLES
59 · BAILÉN · 70
BARCELONA
HISPANIA — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.
PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.
ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.
Á LOS TOROS. Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.
LITOGRAFÍA
MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS
RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.
ENCUADERNACIONES industriales y artísticas.
JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.
IMÁGENES de todas clases.
AZULEJOS CARTÓN PIEDRA
PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR
PÍDASE CATÁLOGO


HISPANIA

Vistas de los Cementerios de Barcelona



LA ETERNA LEY

Eran felices, muy felices; su luna de miel había transcurrido sin menguante, sin que la empañara la más ligera nube; clara, brillante, iluminó la suprema dicha de los jóvenes desposados.

¿Qué más podían desear? Ambos habían llegado al colmo de sus ambiciones, modestas, pero no menos apetecidas; los dos consiguieron realizar sus ensueños acariciados tanto tiempo, desde que la Providencia se encargó de juntarles en alma como ahora lo estaban también en cuerpo, de fundir sus aspiraciones en una sola, de anudar sus corazones con el lazo del más firme, duradero é inquebrantable amor.

Ahora que eran ya el uno para el otro, que ni la maldad de los hombres ni las contingencias de la vida podían separarles, recordaban con fruición las dulzuras y las tristezas de aquellos tiempos, en sus menores detalles, pueriles muchas veces, pero que se agrandaban y robustecían á través del mágico prisma que la pasión colocara en sus ojos y en sus corazones.

En esos dulcísimos coloquios, Dolores recordaba aquellas horas interminables pasadas en el taller de costura, aguardando con impaciencia el momento de la salida para ver otra vez á su Juan, que invariablemente, al terminar también su trabajo, la aguardaba en la escalera amoroso y dicharachero, antojándosele á ella que era aquel hombre el premio que recibía por su honrada cuanto incesante labor, recompensa que á su parecer sobrepujaba á sus esfuerzos, que la resarcía con creces de todos sus afanes y amarguras.

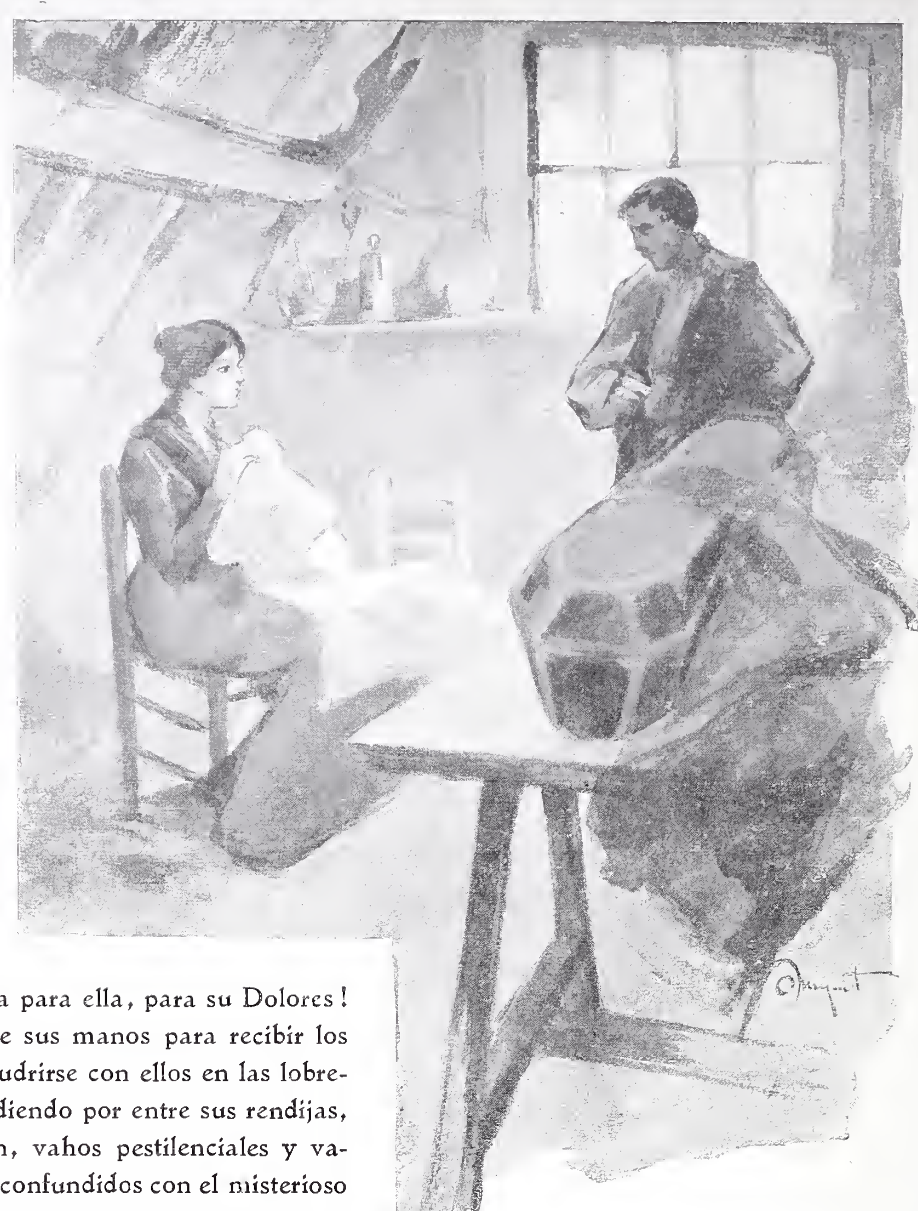
¡Amarguras! Sí, las tuvo su amor, pero sufriólas Dolores con resignación; con firmeza de ánimo, hasta gozándose en ellas, sublimándolas en el amor que por Juan sentía, como el mártir paladeaba con mística fruición las heces de su cáliz de dolor, porque sabía que, sujeto en el potro del tormento, su Dios le veía, su Dios le besaba.

Pero su alma nutrida sólo de amor, rechazaba todo sentimiento innoble, y más que á ninguno al odio, que jamás pudo concebir.

Ahora se los perdonaba á sus compañeras de trabajo, como se los había perdonado siempre, aquellos dicharachos y cuchufletas con que la zaherían constantemente, con que hacían mofa de su amor por un *funerario*, como ellas motejaban á Juan.

Este también parecía deleitarse con el recuerdo de algún tiempo que fué prólogo de su presente felicidad.

No las había olvidado ni las olvidaría nunca las horas pasadas en el taller de ataúdes, donde alegraba su triste trabajo hilvanando ilusiones, forjando esperanzas y saboreando ternuras.



¡Cuánto cariño ponía en su labor sabiendo que trabajaba para ella, para su Dolores! Aquellos ataúdes que salían de sus manos para recibir los despojos de la muerte, iban á pudrirse con ellos en las lobregueces de una sepultura, despidiendo por entre sus rendijas, que crujían y se resquebrajaban, vahos pestilenciales y vapores de muerte, extrañamente confundidos con el misterioso eco de las dulcísimas canciones que recojieron aquellas tablas al juntarse con efluvios de amor y de vida sobre ellas vertidos por un alma pletórica de bienandanzas.

Á Juan, bueno, honrado y laborioso, no le costó mucho trabajo crearse una posición independiente. Con algunos ahorros alcanzados á fuerza de privaciones y con la protección que su principal le dispensara, había conseguido establecer, por su cuenta, una funeraria en uno de los barrios más populares de la capital.

Aquella tienda fué teatro de las dulzuras de sus primeros meses de matrimonio, y allí tuvo ocasión Dolores de apreciar en todo su valor las excelencias del corazón de su marido.

El establecimiento era bastante reducido, constituyéndole un escaparate empotrado en la pared, en el cual se veían algunos ataúdes, modestos en su mayoría.

Acababa de dar carácter á la tienda una pequeña hornacina abierta en el muro, en la cual aparecía un crucifijo débilmente iluminado por una lamparilla de aceite y semi oculto entre dos cortinillas de oro.

La trastienda era algo más desahogada, y habíala escogido Juan para taller.

Allí estaba Dolores aquella noche repasando la ropa de su marido, mientras aguardaba el regreso de éste, que poco antes había sido llamado para vestir un difunto.

El hombre no se hizo esperar mucho tiempo. Indiferente, por la fuerza de la costumbre, al acto que acababa de realizar, besó tiernamente á su mujer y se dispuso á dar la última mano á un ataúd que tenía sobre el banco á punto de terminar.

Ella, más impresionable, provocó la conversación sobre aquel particular.

—Oye, Juan, ¿sabes en qué estoy pensando?

—En que me quieres mucho, ¿no es cierto?

—Eso, por de contado, tontín.

—Pues veamos—repuso Juan sonriendo y abandonando el trabajo por atender mejor á su esposa.

—Que debe ser cosa muy triste perder á una persona á quien se quiere mucho, mucho. Yo como no he visto morir á mis padres...

—Sí lo es, sí; en la casa donde estuve hace poco...

—Díme, ¿es joven el difunto?

Sí, es una mujer; ha muerto al dar la vida á su primer hijo, y lo peor del caso es que el recién nacido no se ha salvado tampoco. ¡Qué le vamos á hacer!

Dolores nada replicó; parecía participar de la pena de la familia que acababa de experimentar aquella desgracia.

Juan principió su trabajo; suspendiólo nuevamente, para decirle á su esposa:

—Mira; este ataúd debe servir para los dos. Después de todo, quizás esto sea un consuelo...

Largo tiempo transcurrió sin que entre los esposos se cruzara una sola palabra; ella dejaba amenudo su costura para dirigir á Juan una mirada en la que se revelaba el deseo de descubrir á su marido algo que no se decidía á manifestar.

Juan, atento á su ocupación, desarrollaba todo su ingenio para fijar sobre la tapa del ataúd una cinta morada, que combinaba en forma de Cruz, obligándola, por medio de clavos, á sujetarse á las líneas del caprichoso dibujo que concibiera.

Terminada la obra, Juan invitó á su mujer á que le ayudara á colocar el fúnebre mueble en el suelo.

Durante esta operación se encontraron sus amorosas miradas que, tal como sucedió esta vez, solían provocar una explosión de besos.

—Juan, Juan...—dijo ella con voz entrecortada.

Daría tal expresión á sus palabras, que él pareció alarmarse.

—¿Qué tienes? ¿Por qué me llamas de ese modo? —la dijo.

—Qué pena, qué pena me da lo que me dijiste...

—Pero mujer...

—Cuando pienso en la pobre madre...—y señaló el ataúd que tenía á sus pies.

—¡Bah! ¿quién se ocupa ahora en eso?

—Es que tengo una idea, una idea muy triste. Si yo estuviera en el caso...—y no pudo seguir, porque la voz se le anudó en la garganta.

Juan soltó una franca carcajada, y oprimiendo dulcemente una mano á Dolores, le dijo riendo todavía:

—¡Vaya con los temores de mi mujercita... Aquello del cantar de las olivas:

«antes de que sean plantadas
ya las tenemos riñidas.»

Y siguió riendo hasta que sintió que los brazos de Dolores, curvándose al rededor de su cuello, le oprimían nerviosamente, obligándole á sentarse junto á su esposa, sobre la fúnebre caja, que crugió sordamente al peso de la pareja.

En esta posición, Dolores, cuyo semblante parecía rodeado de un nimbo de luz resplandeciente, deslizó al oído de Juan algunas palabras...

Ella estaba roja cual la grana; él lívido y trasmudado, pero reflejando en sus ojos el inmenso gozo de que súbitamente se había colmado su alma.

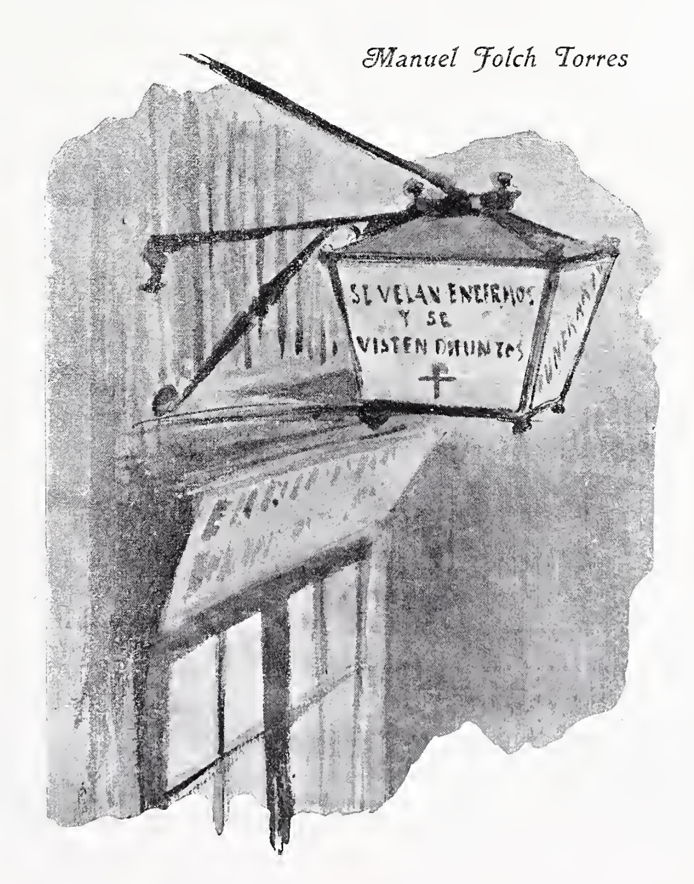
Ambos, entonces, confundidos en apretado abrazo, sin que acertaran á expresar por medio de palabras el tropel de ideas y sentimientos que les asaltó, con voz salida de lo más hondo de sus corazones, entonaron el himno de vida, el mismo que los progenitores de la humanidad elevarían al Cielo al sentir Eva por primera vez anudadas sus entrañas...

Lejos, muy lejos de suponer el tiernísimo idilio que allá dentro se desarrollaba, estaría el transeunte que, frunciendo el ceño instintivamente, leía sin detener el paso en aquel rótulo iluminado apenas por el farol de la esquina:

FUNERARIA

Se velan enfermos y se visten difuntos

Manuel Folch Torres





F. GOYA.—ADORACION DE LA RELIQUIA DE LA SANTA FORMA. PROPIEDAD DE D. LUIS BRUNY MIRÓ

La ceremonia religiosa que sirve de asunto al cuadro que reproducimos, tuvo lugar en el altar llamado de la Santa Forma en la sacristía del Monasterio del Escorial.
El Rey D. Fernando VII, de rodillas, está en actitud de adorar la reliquia que le presenta el prior de los padres Agustinos; á la izquierda del Rey, está su tío el infante D. Antonio, y á su derecha, su hermano Carlos V.; detrás, y también de rodillas, está su Corte, ministros, y el Duque de Osuna, que fué quien encargó á Goya este cuadro que figuró en su colección.
Todos los personajes son verdaderos retratos, y el del Rey es considerado como una obra maestra, pues se adivina por su espresión el alma, el carácter de aquel monarca.
Este cuadro mide 3'60 metros de largo por 2'45 ó 2'50 de ancho. Algunos de los cuadros que figuran en el fondo fueron trasladados de la citada capilla del Escorial al Museo del Prado.

R. Casellas



Don Raimundo Casellas

El nombre del eminente crítico de arte es sobrado conocido para que necesite acompañarse de una larga y minuciosa biografía. Desde mucho tiempo la firma de Casellas está firmemente acreditada entre el público culto que se preocupa de arte en todas sus formas. Hablar de Casellas, como escritor, es repetir lo que todo el mundo sabe, ¿Quién no ha admirado sus hermosos artículos de costumbres y sus cuentos de un gusto exquisito en la prensa diaria ó periódica? Desgraciadamente, esta nueva labor de Sísifo llamada periodismo, absorbe casi todas las horas de su vida, activa y atareada como pocas, privándonos de poseer más frutos de su poderoso ingenio.

Las primeras armas de Casellas datan de la publicación de la revista *L'Avenç*, donde empezaron á demostrarse sus relevantes cualidades con un *retrato* del chispeante escritor Pons y Massaveu. Con todo y lo afortunado de sus primeros ensayos, puede decirse que la época verdaderamente fecunda y productiva en grandes resultados, comienza para Casellas con su entrada en *La Vanguardia*. Allí es donde aparecieron, sin que después se hayan desmentido jamás, sus dotes de periodista militante. No hay que decir si sus críticas de arte siempre originales y nutridas de ideas nuevas, han desagradado á una parte del público, poco acostumbrado á semejantes atrevimientos. Casellas ha sufrido grandes y prolongados ataques; pero, como era de esperar, su variada y extensa cultura, su talento de polemista y su inimitable estilo, le han hecho salir victorioso siempre del conflicto. Sin injusticia, podía decirse que su reputación se ha acrecentado á consecuencia de tales campañas.

Dos son las razones que colocan al crítico en primera línea. En primer lugar, todas sus reseñas son eminentemente instructivas, y en este concepto, han contribuído no poco á la cultura artística en nuestro país. Además, Casellas, poseyendo un gusto refinado y una intuición como pocos, ha podido formar, en gran parte, el criterio de nuestro público, maleado hasta aquí por prejuicios y convencionalismos que desgraciadamente no han desaparecido todavía, A Casellas se debe el primer estudio concienzudo en nuestra patria de la pintura prerafaelista inglesa y de las originalidades del simbolismo y del impresionismo en Francia. Antes que ningún otro ha puesto de relieve el vigoroso talento de Rusiñol, con todas sus tendencias á la *réverie* y la melancolía septentrional; antes que nadie ha contemplado y hecho justicia á la portentosa habilidad y la consumada ejecución artística de Ramón Casas.

Añadamos que á todos los refinamientos de un ingenio helénico, reune Casellas el secreto de un estilo vibrante y sujestivo, cual pocos pueden comparársele. Es imposible dejar de concluir cualquiera de sus trabajos una vez ha comenzado á leerse. Y es tal su arte de apoderarse de la atención del lector, que éste le sigue irresistiblemente, ya á las más conmovedoras escenas de la lucha por la vida entre los humildes, ya á las más bellas regiones de un ideal artístico. Ora nos lleve á las profundidades pavorosas y á las ásperas y montañosas soledades *dels Sots feréstechs*, ó á las turbulentas y febriles escenas del ágio y la política, como en el *Meeting do frac*, siempre es el mismo, siempre es dueño de quien lo lee, haciendo vibrar en él las cuerdas de una simpatía dolorosa ó de la repulsión y de la tristeza.

Si por vida pública debe entenderse la aparición en el palenque de la politica, Casellas puede decirse que apenas la tiene; pero si se entiende por aquélla la lucha por el progreso del pais, en cualquiera de sus manifestaciones, diremos que sí la posee, y bien natable, por cierto. No puede olvidarse su conferencia en el Ateneo Barcelonés acerca «La Pintura Catalana en el siglo XV», durante el año 1892, donde demostró la grandiosa y libre existencia de un Arte Catalán, atrofiado después al compás de nuestra decadencia. En aquella ocasión las polémicas fueron vivas y apasionadas entre los enemigos de toda aparición de glorias nacionales de antigua fecha, y que desean castigar como un crimen todo deseo de resucitarlas.

A menos turbulencias dió lugar la aparición (única por cierto) de Casellas en el escenario, representando en la *Intrusa* de Maeterlinck. Por una coincidencia singular, el nebuloso y oscuro drama flamenco se puso en escena en el *Cau Ferrat*, es decir, junto á una de nuestras playas mediterráneas más *orientales*, por decirlo así, donde el sol reverbera sobre las azules rizadas olas, sobre las blancas y relucientes casas de campo, sobre las doradas viñas, con una esplendidez que llega, en ocasiones, á deslumbrar y hacer cerrar los ojos.

Nada ha descuidado Casellas en pró de la cultura artística de Barcelona. Ultimamente hizo oir en el Centro

Excursionista la historia de sus trabajos ímprobos para una «Exposición de Arte Catalán durante el siglo XIX», que no llegó á ejecutarse, á pesar de los buenos oficios del Ayuntamiento, por los desgraciados tumultos y situaciones de fuerza que han afligido nuestra ciudad en los años que acaban de transcurrir.

Además de un sinnúmero de trabajos acerca exposiciones artísticas de pintura, escultura, mobiliario, etc..., tiene Casellas varios cuentos y relatos diseminados por la prensa barcelonesa, y que es lástima no se hayan coleccionado. En los Juegos Florales de 1896 ha ganado el premio del Consistorio con un hermoso y pintoresco trabajo de una profunda psicología titulado «¡Deunos aygua Majestat!» No puede pasarse por alto sin gran injusticia la nevela que, con el título de *Els sots ferèstechs*, ha sido publicada en parte por la *Veu de Catalunya*. La aparición del referido tomo ha de regocijar á los verdaderos amantes de la literatura catalana, que ven en Casellas uno de los primeros prosistas por su energía, su concisión y su profundo conocimiento del lenguaje.

La personalidad social del crítico es, si cabe, más agradable y cautivadora que la artística. Su trato amable y al propio tiempo sencillo, jovial casi siempre y placentero, pero con un fondo de *bonhommie* nativa, encanta ya á la primera entrevista. A buen seguro que nadie reconocería en su cara musculosa y de bonachona expresión, como en sus bruscos movimientos de alegría ruidosa y comunicativa, al militante crítico de arte, que tantas y tan empeñadas batallas ha sostenido, ni al original escritor que con tanta maestría domina la nota dramática y hasta lúgubre. No parece sino que la melancolía que dormita siempre en el fondo del alma catalana, la conserva y guarda Casellas para embelesar con ella á sus lectores al prodigarla en sus sentidas y poderosas obras de arte literario.

W. Coroleu



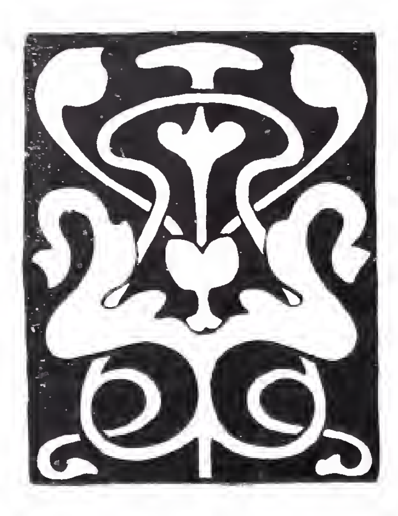
ELS SOTS FERESTECHS

Como muestra de la obra que con el precedente título acaba de publicar el eminente escritor catalán Raimundo Casellas, publicamos á continuación uno de los sugestivos cuadros que la componen, expresamente vertido al idioma castellano para la Revista **HISPANIA**.

LA IGLESIA ABANDONADA

Ya hacía una porción de meses que estaban sin párroco los vecinos de Montmany.

Al último que hubo no le quedó más remedio que abandonar la parroquia el día en que, viéndose enfermo, envejecido y sin recursos, hallóse además desamparado por la gente roñosa que tenía en casa, un matrimonio de bastante edad que le servía á un tiempo en los quehaceres de la sacristía y en los trabajos de la labranza. Eran un par de gruñones que en todo ponían peros. Desde que Dios amanecía, la mujer se pasaba las santas horas clamando que prefería morirse de una vez que vivir en aquel casucho rectoral casi arruinado, con unos techos carcomidos, que se le caían encima por momentos. Juraba á cada dos por tres que ya estaba cansada y harta de limpiar, todo el día de Dios, aquella iglesia roída y lóbrega, tan llena de hendiduras, que la humedad se filtraba por todos lados, y tan herrumbrosa que los vestidos de las imágenes se deshacían, consumidos, y los santos se pudrían de mohosos dentro de los nichos de los altares. El marido también refunfuñaba, quejándose de ser harto viejo para desvivirse, como se desvivía, trabajando... «Riega unas veces el huerto y labra la tierra de pan llevar; ayuda luego la misa y toca las campanas; corre después por la noche, acompañando al Viático por hondonadas y sierras; anda por fin en busca de los difuntos y ayuda á cabar la hoya para enterrarles.



—¡Vaya, que harto suda y resuda uno el plato de patatas que engulle!—decíanse á cada punto marido y mujer, rezungando todo el día por los rincones, y muchas veces en alta voz para que el bueno del cura se enterase.

Mas, lo peor de todo fué que un día se presentaron resueltos al pobre párroco, comunicándole que se iban... «Pues, eso... que les habían hablado de ser hermitaños en Puigraciós, porque los que estaban entonces pensaban ir á la villa.... y era muy del caso aprovechar la ocasión, porque... hasta Dios podía castigarles, si la dejaban perder... Allá, arriba, los domingos y fiestas de guardar, se gana algún dinerico con las gentes que van á la hostería á echar un trago... y una cosa así, no sale cada día, cuando uno quiere...»

Al pobre cura parecióle que con

aquella triste nueva se le derrumbaba encima todo el rocambre de las vecinas montañas. Hasta aquel instante había sacado fuerzas de su propia flaqueza para arrastrar la pesada carga del ministerio por los valles sombríos, henchidos de amargura; pero después del abandono en que le dejaban los criados, se sintió amilanado, abatido, sin espíritu, como si le aplastasen de una vez todas las penas pasadas. Setenta años, eran demasiados años, para subir y bajar montañas, para chapotear entre la nieve y el lodo, para celebrar en el mismo día misa de alba en Puiggraciós y misa mayor en la parroquia, para ir á viaticar ó á ayudar á bien morir á los vecinos desparramados por las salvajes hondonadas.

Más muerto que vivo le llevaron al Figueró, donde tenía parientes, y desde aquella hora en adelante la casa rectoral quedó desierta, abandonada, como un montón de ruinas rodeadas de soledad.

* * *

La iglesia parroquial también tuvo que cerrarse; mas, antes de ponerle los cerrojos, se reunieron junto á la puerta los vecinos más cercanos, para decidir quién tendría que guardar las llaves. La verdad sea dicha: no había nadie que sintiese gran codicia de guardarlas. Las cosas del templo y del altar les daban cierto temor á los silvestres feligreses... y aquella facultad de entrar y salir de la iglesia y de cuidar de todo lo de dentro, les causaba una suerte de terror. Desde los más viejos á los más jóvenes, todos sentían un miedo sagrado de las vestiduras sacerdotales, de los ornamentos de la misa, de la patena y el cáliz. Sabían que todo aquello venía á ser la vajilla y el ropaje del mismo Dios Poderoso, que cura ó mata á los hombres, que manda relampaguear ó manda salir el sol; y tan sólo de acercarse á aquellas cosas del servicio divino, había hombre que sentía escalofríos y temblores. Por eso, aunque hubiesen padecido la más negra de las miserias y aunque se hubiesen muerto de hambre, muchos no se habrían atrevido á poner la mano sobre los sagrados vasos, por temor de que un rayo del cielo no les viniera á aterrar en medio del sacrilegio...

Ademas había otra cosa... y es que para nadie era un secreto el poco valor que tenían aquellas pobres joyas de glesia montañesa. Así como así, todo el mundo sabía que el plato de las vinajeras era de plomo, que el cáliz era de cobre y que las casullas eran todo un zurcido de cabo á rabo. Por eso, cuando llegó la hora de cerrarse, tal vez por siempre, las herradas puertas de la iglesia, alguien preguntó: «¿Quién es el que se lleva las llaves? Y todo el mundo se encogió de hombros... y al fin y la postre se quedaron con ellas los de la masía del Uyá, por ser la casa más cercana de la parroquia.

* * *

Desde aquel punto pareció que aquellos valles, empapados de sombra y de tristeza, acabasen de hundirse en las tinieblas del limbo. Con el último toque de campana se desvanecieron de golpe las ceremonias de la misa y la reunión dominguera de los vecinos y los sermones al pie del altar, y los canturreos de los feligreses en el coro, y las almonedillas de panes y tortas de las ofrendas... como si en un cerrar y abrir ojos se hubiera evaporado la poca alma que les quedaba á los taciturnos habitantes de aquellas hondonadas.



JOSÉ LLIMONA.—ESTUDIO

El montañés que, el día de fiesta, quería misa, tenía que ir á oir la que rezaba á la hora del alba, en Puiggraciós, el capellán de la Ametlla. Si nacía un niño, lo llevaban á bautizar á Sant Bartomeu ó á la parroquia de Bertí. Si algún vecino moría, cualquier cura de los alrededores iba á la casa á buscar el cuerpo, y, cargándolo sobre un mulo, lo trasladaban á Montmany, para darle sepultura.

¡Qué aspecto tan triste ofrecía todo! Hasta los vecinos más rudos echaban de menos algo... algo... que no sabían explicar... y muchos aseguraban que todo aquello era un castigo, un conjuro, una maldición.

Pero lo que sobre todo daba más pena, más dolor, era no oir tocar las campanas á ningún punto del día. Viejos y mozos, todos sentían una suerte de extraña congoja, como si llorasen perdida aquella voz que les media, durante la jornada, las tristes horas de la vida.

A las ocho de la mañana, cuando llamaba á la misa con aquellos toques perezosos, *nanc..... nanc..... nanc.....* seguidos de ruidoso repique, las gentes desparramadas por los bosques ó por los bancales sacaban, para desayunarse, el pan negro del cestón. Al filo del mediodía, así que las doce badajadas caían del campanil, todo el mundo recojía los aperos, disponiéndose á partir á la masía, si el lugar del trabajo no estaba lejos, ó á sentarse en una mancha de sombra para tragarse los bocados. Y sobre todo, al anochecer, cuando se oían los solemnes toques de la oración, hasta los bueyes y las ovejas parecía que conocían la señal y mostraban sentir la comezón de volver á la masía y meterse en el redil.

Nadie, enteramente nadie, se podía persuadir de que hubiera muerto la voz de las campanas. En días de lluvia, en días de niebla, en días de cerrazón, sobre todo en invierno, cuando el sol parece que se esconda para no señalar las horas, cuando lo tierra toda se reviste de negrura... pastores y leñadores perdían, dentro del bosque, la noción del tiempo... é iban á tientas, envueltos en el gran misterio de la obscuridad.

Así pasaron semanas, pasaron meses, y como la miseria humana á todo se habitúa, vino un día en que pastores y labradores también se acostumbraron á la quietud de las campanas, á aquella suerte de silencio, que parecía el de la muerte. Veían que la iglesia se iba hundiendo poco á poco... y de ello no hacían caso. Veían que el enjambre de malvas y ortigas, como un herbaje loco, crecía, henchido de savia y henchido de orgullo, hasta cubrir de obscura verdor el estrecho espacio que mediaba entre la iglesia y la rectoría... y nadie se fijaba en ello. Veían como la hiedra lo invadía todo, amarrándose como garrapata á las paredes del templo, á las tapias de la huerta rectoral, hasta á los rechonchos troncos de los cipreses del cementerio... y nadie paraba mientes en tal cosa. Ya se habían avezado del todo á contemplar cómo en los instantes del crepúsculo, negros pajarracos entraban y salían, chillando, por los ventanales de la iglesia, como si aquel fuese su dominio y su palacio... Todo aquel espectáculo de desolación á que vivían condenados, no les daba frío ni calor.

Solamente alguna vez, cuando atisbaban por detrás del ábside de la iglesia las manadas de aguiluchos que, como si bailasen una danza de brujas, rondaban describiendo círculos por el espacio, sentían algún escalofrío. Pero entonces se persignaban apresuradamente, murmurando una extraña oración que se sabían de memoria para conjurar el sortilegio. Por lo demás, todo les era indiferente. El alma dormilona de los pobladores del bosque había llegado á resignarse á la ruina del templo y al silencio del campanario, como se resignaba á la calamidad y á la miseria.

Por eso, cuando un día empezó á correr la voz, de casa en casa, de que iba á llegar un nuevo cura, todo el mundo quedó extrañado.

—¡Cura nuevo!—decían las gentes.—¿Qué pecado debe de haber hecho que lo traigan aquí para castigo?

JOSÉ LLIMONA.—ESTUDIO



CEMENTERIO DE SAN ISIDRO EN MADRID









Vistas del Cementerio del SO. de Barcelona



ESTUDIO DE JOSÉ LLIMONA

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)



Ella contestó: «Por cuanto lo exigís de mí, lo saludaré. Pero el delito es grande, es vuestro. ¡Me ha causado el rey tantos males sin que yo los merezca! Mis labios le otorgaron el perdón, pero mi corazón le está cerrado para siempre.»

Habiendo ella dado su consentimiento, el rey fué á su presencia, rodeado de sus mejores amigos, pero Hagen no se atrevió á presentarse: tenía remordimiento por su crimen y hubiera hecho muy mal.

Poco tiempo después hicieron de modo que la joven reina mandara llevar á las orillas del Rhin el gran tesoro del país de los Nibelungos: era lo que constituía sus arras y tenía derecho para hacerlo.

Con objeto de traerlo, partieron Geiselher y también Gernot. La señora Crimilda mandó que fueran ocho mil hombres para sacarlo de donde estaba guardado bajo la custodia de Alberico y de sus amigos más valientes.

Cuando estos vieron llegar á los que venían del Rhin, para llevarse el tesoro, el fuerte Alberico, dijo á sus amigos: «Si la noble reina lo reclama, no podemos conservar por más tiempo el tesoro, por que son sus arras.»

Delante de la montaña permanecían los enviados de Crimilda y muchos de sus amigos: recogieron el tesoro y lo llevaron hacia el mar, colocándolo en fuertes barcas, y lo condujeron por las ondas desde la montaña hacia el Rhin.

Podríais oir contar maravillas de aquel tesoro: doce carromatos grandes y fuertes, casi no podían transportarlo en cuatro días y cuatro noches desde la montaña á las barcas, y cada carromato hacía tres viajes diarios.

Sólo consistía en piedras preciosas y oro. Aun cuando se hubiera comprado el mundo, pagándolo con oro, no hubiera disminuído un marco.

En el tesoro se encontraba una maravilla de oro; la de los deseos: el que la tuviera, podía ser dueño de todos los hombres de la tierra. Muchos de los amigos de Alberico, partieron con Gernot.

Cuando el héroe Gernot y el joven Geiselher se hubieron apoderado del tesoro, fueron señores también de los campos, de las ciudades y de muchos guerreros. Todo les quedó sometido de grado ó por fuerza.

Cuando llevaron el tesoro al país del rey Gunter y la reina quedó en posesión de él, sus cámaras y las torres se llenaron. Hasta entonces nunca se había oído hablar de tan gran cantidad de riquezas.

Pero aun cuando el tesoro hubiera sido mil veces más grande, si Sigfrido hubiera podido resucitar sano y salvo, Crimilda hubiera permanecido gustosa á su lado, con las manos vacías. Nunca un héroe tendrá esposa tan fiel.

Cuando tuvo el tesoro, llamó al país á muchos guerreros extranjeros. Tanto daba la mano de aquella mujer, que nunca se vió bondad tan grande.

Dió tanto á los pobres y á los ricos, que Hagen dijo al rey: «Un hombre prevenido no dejaría ese tesoro en manos de una mujer. Ella conseguirá tanto con sus regalos, que llegará un día en que los fuertes Borgoñones tendrán que arrepentirse de habérselos dejado hacer.»

El rey Gunter replicó: «Yo le he jurado que jamás le causaré pena alguna, y quiero cumplírselo: ella es mi hermana.» Hagen le respondió al momento: «Déjame que yo sea el culpable.»

Los juramentos que habían hecho no fueron respetados: quitaron á la viuda sus cuantiosas riquezas. Hagen se había apoderado de todas las llaves. Cuando su hermano Gernot supo esto, se enfureció.

Así dijo el joven Geiselher: «Muchas penas ha inferido Hagen á mi hermana: me opondré á que continúe: sino fuera mi próximo pariente, las pagaría con la vida.»

El rey Gernot dijo: «Más vale que, en vez de atormentarnos por causa de ese oro, lo arrojemos al Rhin, para que no sea de nadie.» Ella llorando se presentó á Geiselher.

Le dijo: «Querido hermano: menester es que pienses en mí; sé el protector de mi vida y de mis bienes.» Le contestó á su hermana: «Así lo haré cuando volvamos: tenemos que hacer un viaje.»

Gunter y sus parientes salieron de su país, al menos los que eran más bravos. Sólo permaneció Hagen por el odio que profesaba á Crimilda; se quedó por hacerle daño.

Antes que el rico rey volviera, Hagen se había apoderado del tesoro: todo entero lo llevó al Rhin, cerca de Lorsche. Esperaba disfrutar de él, pero no fué así.

Después Hagen de Troneja no pudo sacar nada del tesoro, como sucede á los que faltan á los juramentos. El tesoro quedó perdido para él, lo mismo que para los demás.

Después que la señora Crimilda había concedido su perdón al rey Gunter, y después de haber perdido el tesoro por gran traición, sus dolores fueron más crueles: la noble y altiva mujer quería partir de allí.

La señora Uta se hizo preparar una suntuosa y amplia vivienda en el monasterio de Lorsche, á donde se retiró, separándose de sus hijos. Allí reposaba la elevada reina en una tumba.

Así dijo la reina viuda: «Querida hija mía: por cuanto no quieres permanecer aquí, vente conmigo á mi casa de Lorsche, donde te dejaré llorar.» Crimilda le replicó: «¿Voy á dejar aquí á mi esposo?»

«Déjalo reposar aquí,» le contestó la señora Uta. «El Dios del cielo no lo quiera,» replicó la buena esposa; «querida madre, nunca abandonaré á mi esposo; es menester que lo lleve conmigo.»

La viuda dolorida lo hizo sacar de su tumba, y poco después sus nobles restos fueron enterrados en Lorsche con grandes honores, cerca del convento. El héroe reposó allí en gran ataud.

XX

DE COMO EL REY ETZEL BUSCÓ Á CRIMILDA

Por aquel tiempo murió la señora Helke, y el rey Etzel buscaba otra esposa. Sus amigos caminaron hacia el país de Borgoña, donde había una altanera viuda que se llamaba la señora Crimilda.

Cuando murió la hermosa Helke, la reina, le dijeron: «Si queréis conseguir una noble esposa, de elevado nacimiento, hay una princesa cuyo nombre es Crimilda: el fuerte Sigfrido fué su esposo.»

El poderoso rey contestó: «¿Cómo podrá ser eso? Yo soy un pagano, un hombre poco estimado; la que me citáis es cristiana y no querrá casarse conmigo. Sería un milagro que esa alianza pudiera celebrarse alguna vez.»

Los fogosos guerreros respondieron: «Tal vez consienta ella á causa de vuestra elevada posición y de vuestros cuantiosos bienes. Es menester conseguir el éxito cerca de esta noble viuda: mucho podréis amarla, por su extraordinaria belleza.»

El noble rey contestó: «Quién de los que hay aquí conoce la gente y el país del Rhin?» Así dijo el buen Rudiguero de Bechlaren: «Desde mi niñez conozco á los muy altos y poderosos reyes.

»Gunter y Gernot, esos buenos y nobles caballeros; el tercero se llama Geiselher; cada uno de ellos es á cual más virtuoso y honrado, y todos sus antepasados han sido lo mismo.»

El rico rey dijo: «¿Cuándo os dirigireis hacia esa mujer digna de ser amada? Quiera Dios conservaros en completo honor durante el viaje, así como también á mi esposa; y ojalá me sea concedido ese favor por su bondad.»

El margrave replicó: «Quiero hacerte saber que partiremos de aquí dentro de veinte y cuatro días: Haré saber á Gotelinda, mi esposa amada, que soy el mensajero cerca de Crimilda.»

Rudiguero envió un emisario á su esposa, que estaba en Bechlaren, para decirla que iba á pedir una reina para el rey: ella se acordó tiernamente de la buena Helke.

En Bechlaren lo esperaba su esposa Gotelinda con la joven margravita, hija de Rudiguero, la una para ver á su padre y la otra para ver á su esposo.

Gotelinda la rica, experimentó grande alegría al ver llegar al jefe.

Lo mismo sucedió á su amada hija, la joven margrave; nunca la llegada de su padre podía ser más agradable. ¡Con cuánta alegría veía llegar á los héroes del Huneland!

»Por la noche, cuando se acostó al lado de Rudiguero, la margrave, con afectuoso acento, le preguntó á dónde le había enviado el príncipe de los Hunos. «Mi esposa Gotelinda», le dijo, «os lo haré conocer.

«Voy á pedir para mi señor otra esposa, porque ha muerto la hermosa Helke. Viajo hacia el Rhin, donde está Crimilda, que será aquí la elevada reina de los Hunos.»

«Quiera Dios, dijo Gotelinda, que sea así; por cuanto grandes cosas oímos contar de ella, tal vez en remotos días nos consuele de la pérdida de Helke; bien podemos dejarle ceñir la corona de los Hunos.»

Le contestó el margrave Rudiguero: «Querida esposa mía, á los que viajan conmigo hacia el Rhin, es menester ofrecerles amistosamente de nuestros bienes; cuando los héroes están ricos, sienten su espíritu elevado.»

A la séptima mañana salieron de Bechlaren el jefe con sus guerreros. Ellos llevaban en abundancia trajes y armas á través del Baierland.

Después de doce días llegaron al Rhin. El conocimiento de esa noticia no podía ser secreto: al rey y á los suyos hicieron saber que habían llegado extranjeros. El príncipe preguntó:

«¿Hay aquí alguien que los conozca? debe decírmelo.»

Cuando los extranjeros entraron en la población, miraron atentamente á los jefes. Ellos se preguntaban de dónde habían venido al Rhin. El príncipe preguntó á Hagen de dónde habían llegado aquellos guerreros.

Hagen el atrevido dijo: «Si no estoy engañado, pues hace mucho tiempo que no he visto á estos señores, por su aspecto, me parece Rudiguero el de Huneland, ese guerrero fuerte y distinguido.»

«¿Cómo es que el de Bechlaren ha venido á este país?» exclamó el rey. Acababa de pronunciar estas palabras el rey Gunter, cuando el fuerte Hagen vió al buen Rudiguero.

Hagen de Troneja exclamó en alta voz: «Sed bienvenidos, guerreros, príncipe de Bechlaren y todo su acompañamiento.

Ellos dieron las gracias al guerrero por su saludo. Después fueron con su acompañamiento al salón donde estaba el rey con muchos hombres valientes.

Geiselher y Gere habían llegado también con Daukwart y Volker, que supieron pronto la llegada de los extranjeros. Estaban muy contentos; ellos saludaron delante del rey á los caballeros nobles y buenos.

Hagen de Troneja dijo á Gunter, su señor: «Vuestros fieles deben hacer conocer por sus servicios, la deferencia que nos hace el margrave: es menester que reciba recompensa el esposo de la bella Gotelinda.»

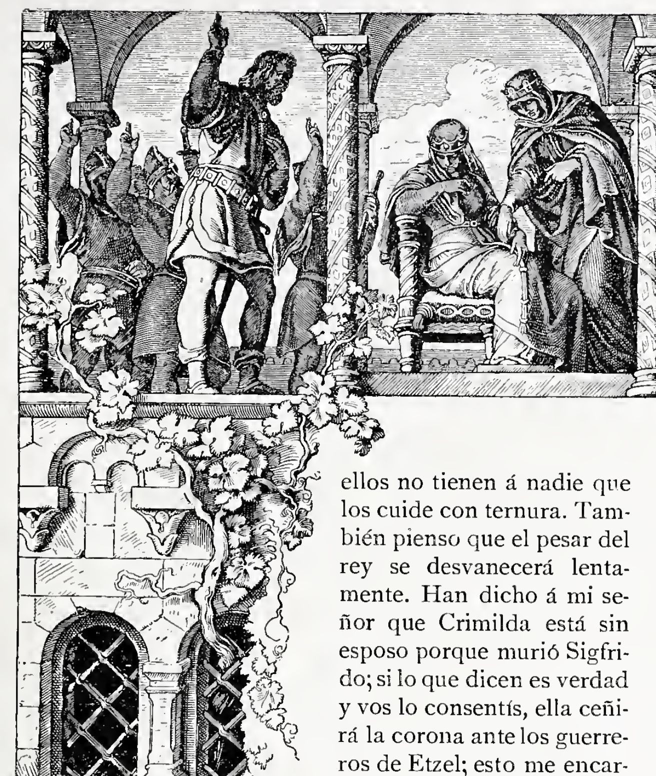
El rey Gunter respondió: «No quiero retardarlo; dime cómo se encuentran Etzel y su esposa Helke en el Huneland.» El margrave respondió enseguida: «Os lo haré saber con gusto.»

Se levantó de su asiento é hicieron lo mismo los que le acompañaban. Dijo al rey: «Por cuanto me permites darte las noticias, no quiero tardar; el rey Etzel me envía al país de Borgoña.»

Gunter contestó: «Cualquiera que sea la noticia que me traigáis, hacédmela saber sin pedir permiso á mis amigos. Dímela á mí y á mis guerreros: aquí puedes pretender todos los honores.»

El elevado mensajero dijo: «Mi gran rey ofrece sus servicios al del Rhin, así como también á todos los amigos que le acompañan; este mensaje lo cumplo con grandísima satisfacción.

»El noble rey hace saber su desgracia: su pueblo no tiene alegría, su señora ha muerto, Helke la rica, la esposa de mi señor: con esto han quedado en gran horfandad muchos jóvenes, nobles hijos de príncipe que ella educaba; por esto el país se encuentra en grande aflicción;



ellos no tienen á nadie que los cuide con ternura. También pienso que el pesar del rey se desvanecerá lentamente. Han dicho á mi señor que Crimilda está sin esposo porque murió Sigfrido; si lo que dicen es verdad y vos lo consentís, ella ceñirá la corona ante los guerreros de Etzel; esto me encargó mi señor que te dijera.»

El rey Gunter respondió con gran benevolencia: «Ella colmará mis deseos si acepta. Yo os lo haré saber dentro de tres días; pues si ella no se niega, no puedo rehusarlo por mí á Etzel.».

El príncipe convocó su consejo é hizo muy bien; preguntó á sus amigos si les parecía bien que Crimilda tomara por esposo al señor Etzel.

Todos se lo aconsejaron menos Hagen. Aquel fuerte guerrero dijo al rey Gunter: «Si tenéis sano el juicio, no hagáis tal cosa; aunque ella quiera no consintáis jamás.»

«¿Por qué no he de consentir?» preguntó Gunter.

Pero Hagen replicó: «Desechad ese propósito. Si se hace esposa de Etzel y sigue viviendo en su país, nos hará experimentar grandes pesares. Allí tendrá á su servicio muchos hombres valientes.»

Entonces dijo con cólera Geiselher, el arrogante hijo de Uta. «Nosotros no obraremos todos traidoramente. Debemos estar contentos del honor que nos hacen. Por más que digáis, Hagen, siempre la serviré fielmente.»

El margrave Gere dijo entonces: «Le preguntaré si quiere complacer á Etzel. Le haré saber que muchos guerreros le están sometidos con respeto, y que él puede resarcirla de todas las penas que ha sufrido.»

El distinguido héroe fué donde estaba Crimilda y le dijo: «Por vuestro amor, señora, un rey poderoso entre todos los que con honor han ceñido corona, envía nobles guerreros para pediros en matrimonio: esto es lo que vuestros hermanos os hacen saber.»

Así contestó la rica en pesares: «Líbreos Dios á vos y á todos mis amigos de gastar esas burlas con una pobre viuda: ¿qué puedo yo ser para un hombre que merece el elevado amor de una buena mujer?»

Por más que hicieron no pudieron lograr que la reina concediera su amor á otro hombre en la tierra. y le dijeron los héroes: «Ya que no hagáis más, recibid al menos con calma á los mensajeros.»

«No me negaré á ello» respondió la elevada señora. «Recibiré con agrado al buen Rudiguero por sus elevadas virtudes, pero no recibiré á ningún mensajero más, cualquiera que venga.»

Añadió: «Decid al héroe que mañana por la mañana venga á mi cámara. Quiero que me escuche, y yo misma le daré á conocer mi decisión.» Después rompió á llorar con gran aflicción.

Lo que más deseaba el noble Rudiguero era ver á la distinguida reina. Se tenía por hábil; si la cosa era posible, el guerrero contaba decidirla en su favor.

A la mañana siguiente, muy temprano, en tanto que cantaban la misa, llegó el noble mensajero; la multitud se apiñaba. Allí con Rudiguero para acompañarlo á la corte, se veían muchos guerreros magníficamente vestidos.

La pobre Crimilda, con el espíritu triste, esperaba á Rudiguero el noble emisario. La halló con el vestido que se ponía todos los días, pero su acompañamiento tenía magníficos trajes.

Salió á su encuentro hasta la puerta y recibió con cariño á los guerreros de Etzel.

Así dijo el margrave Rudiguero de Bechlaren: «Inspirado por el más profundo amor, señora, Etzel, el elevado rey, nos envía á este país: ha enviado para que soliciten vuestro amor á muchos buenos guerreros.

»Os ofrece un tierno amor sin mezcla de pena; promete ser siempre amante como lo fué con Helke que tanto le llenaba el corazón: el llevar solo la corona lo ha entristecido mucho.»

Así le respondió la reina: «Margrave Rudiguero, cualquiera que conociese mi cruel aflicción, no me incitaría ciertamente á amar á otro hombre; yo he perdido un esposo como jamás lo tuvo mujer alguna.»

Los Hunos replicaron enseguida: «Muy rica señora, la vida que llevéis al lado de Etzel será tan cómoda, que si nuestros deseos se realizan, vuestra dicha será completa; muchos fuertes guerreros tiene el rey á su disposición.

»Las jóvenes de Helke y vuestras vírgenes, formarán sólo un acompañamiento que alegrará el alma de muchos guerreros. Seguid nuestro consejo, señora, y será un bien para vos.»

Ella respondió con noble acento: «Dejad ahora esos razonamientos hasta mañana temprano; venid entonces á mí y os responderé á la cuestión que os ocupa.» Los fuertes héroes tuvieron que hacer lo que decía.

Cuando volvieron á sus alojamientos, la noble señora hizo llamar á Geiselher y á su madre; á los dos dijo que ella debía llorar y nada más.

Así le respondió su hermano Geiselher: «Hermana mía, me han hecho saber que el rey Etzel podría consolarte de tus dolores y de tus penas, si lo tomas por esposo: cualquiera cosa que puedan aconsejarte, me parece que debías acceder á ella.»

La señora Uta dijo á su querida hija: «Haz, querida niña, lo que tu hermano te aconseja. Sigue á sus amigos y serás feliz. Hace mucho tiempo que te veo sumida en profundo dolor.»

Ella había rogado mucho al cielo que aún fuera feliz: que pudiera distribuir oro, plata y vestidos como cuando vivía su esposo el altivo héroe; ella no vivió más felices días.

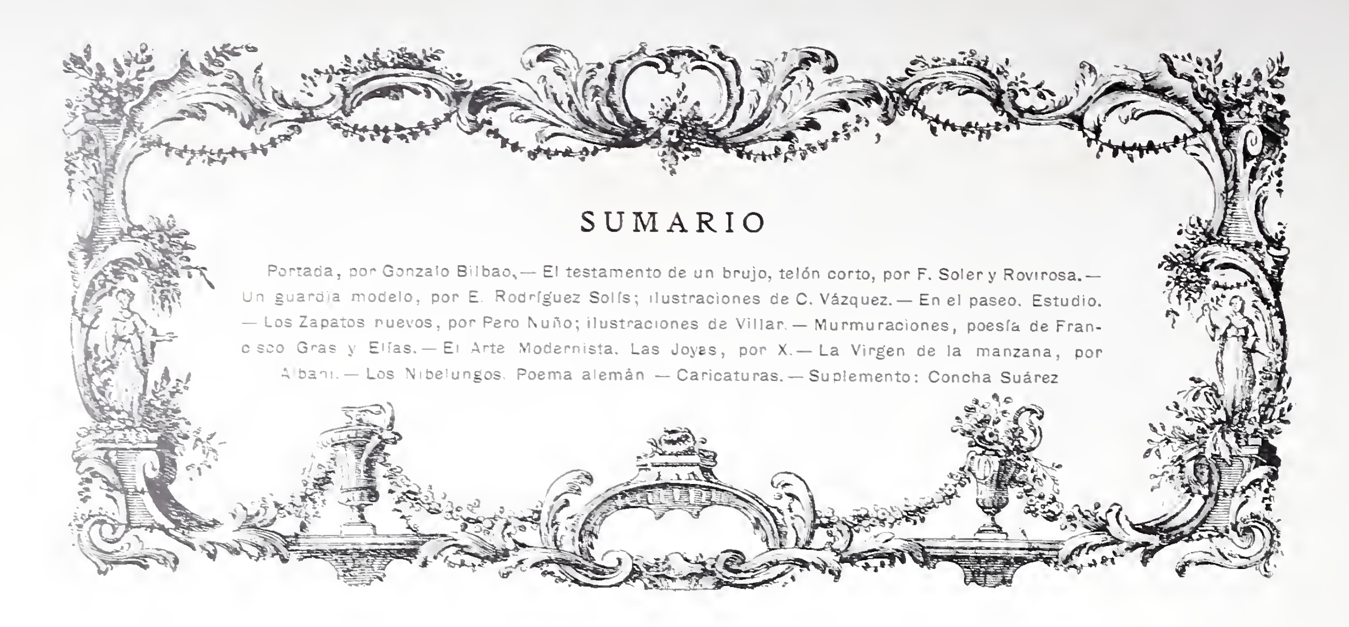
Así pensaba Crimilda: «¿Debo yo entregar mi cuerpo á un pagano? yo soy una mujer cristiana y tendría que arrastrar siempre la vergüenza por todo el mundo; aunque me diera todas las riquezas, no debo seguirle.»

(Continuará)



CEMENTERIO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO


HISPANIA
G. Bilbao. f.w.



SUMARIO

F. Soler y Rovirosa. - Telón corto de «El Testamento de un brujo.» (Teatro Circo de Parish. Madrid)

UN GUARDA MODELO

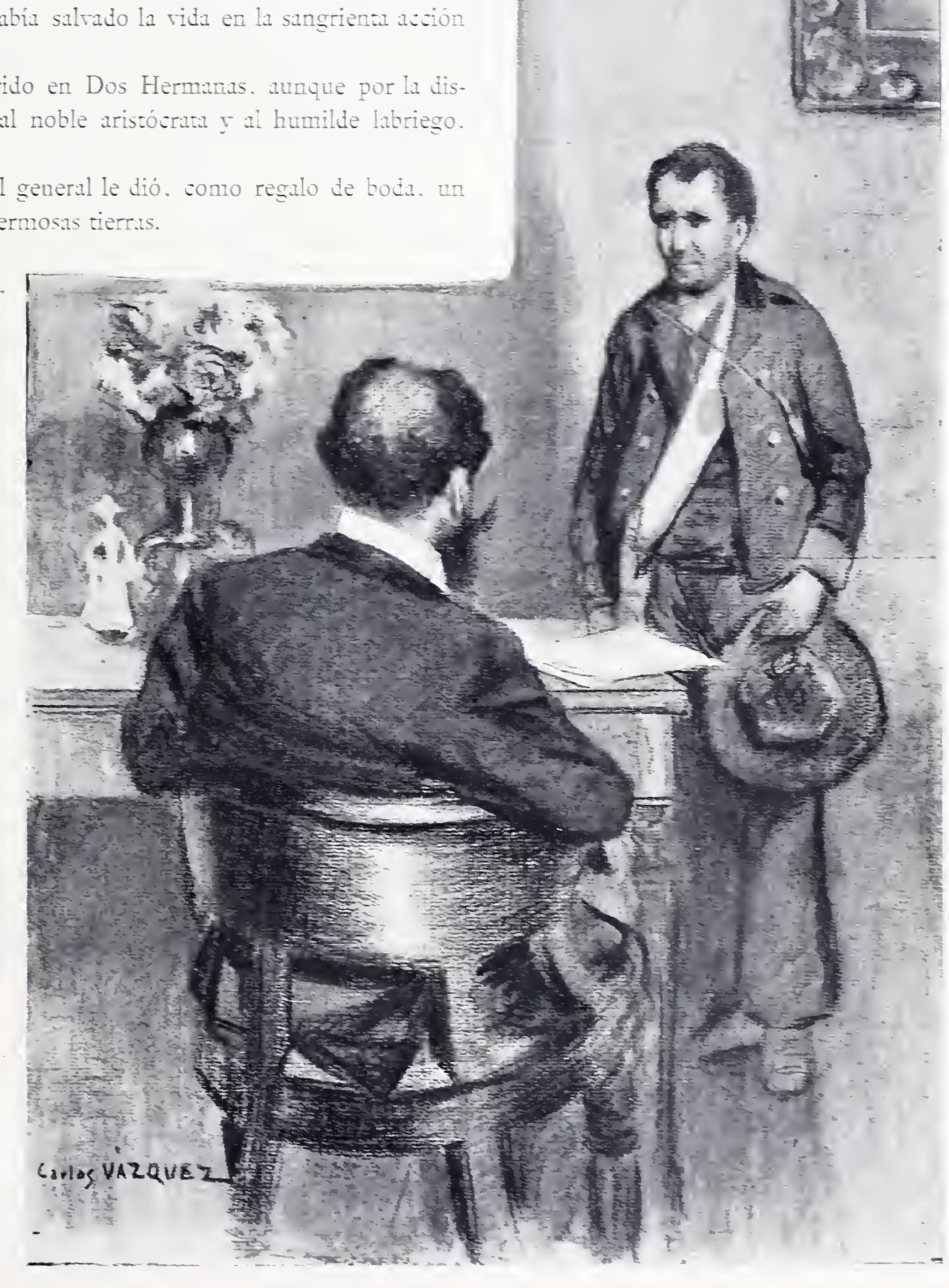
El señor Juan Ledesma era un hombre fuerte y robusto, á pesar de sus sesenta años y de algunas heridas no del todo cicatrizadas.

Había hecho la guerra de África y la campaña de Santo Domingo, aquélla de gloriosa recordación, y ésta de triste memoria para España.

Al tomar la licencia con el grado de sargento, volvió á Dos Hermanas, su pueblo natal, donde aún vivían sus ancianos padres. Allí se casó, y allí su antiguo jefe, el Marqués de Tamares, le hizo guarda mayor de sus extensas propiedades, plaza muy codiciada, pero de escaso valor para los deseos del marqués, á quien Juan había salvado la vida en la sangrienta acción de Monte Cristi.

Ámbos habían nacido en Dos Hermanas, aunque por la distancia que separaba al noble aristócrata y al humilde labriego, apenas se conocían.

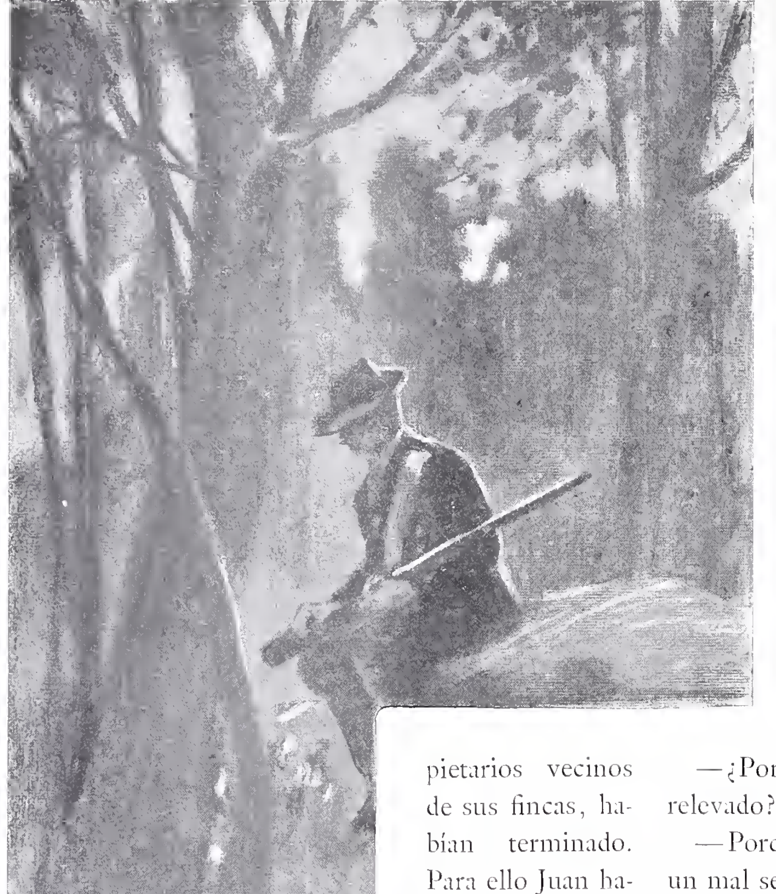
Al casarse Juan, el general le dió, como regalo de boda, un gran cortijo y unas hermosas tierras.



Tuvo Ledesma un hijo, y el marqués ofreció costearle lo carrera que eligiese.

Fernando, que así se llamaba el niño, pasó de la escuela de Dos Hermanas al Instituto, y del Instituto á la Universidad de Sevilla, para seguir la carrera de derecho.

Juan no podia pagar los favores del general más que con un cariño á toda prueba, que ya le había demostrado antes de ser su amo, y con un celo extremado por su hacienda. Desde que Ledesma fué nombrado jefe de los guardias del marqués, las cortas fraudulentas de árboles, los ataques de los malhechores y las intrusiones de los pro-



pietarios vecinos de sus fincas, habían terminado. Para ello Juan había pasado, y aún pasaba, muchas noches en vela, se había expuesto á diversos y graves peligros, pero al fin el éxito había coronado sus esfuerzos, y de ello se mostraba orgulloso. En diversas ocasiones habían querido probarle con generosos ofrecimientos, que había rechazado con la mayor indignación. ¡Fuego de Dios! Ledesma era un espíritu recto, y para él, educado en la religión de las armas, no había otro emblema que el honor. Por la honra estaba dispuesto á sacrificar su vida, la de su propio hijo, y hasta la de sus ancianos padres.

Aquel Fernando, aquel hijo que su madre al morir le dejó encomendado, era su ídolo. Guapo, estudioso, valiente, cifraba en él las mayores esperanzas. Sus lauros en la Universidad habían sido los más preciados dones que creía deber á Dios. Soñaba con la primer defensa que pronunciara en la Audiencia, como no había soñado con el amor de la mujer que fué su esposa y de que Fernando era el vivo retrato.

Perdió á sus padres, pero le quedó su hijo, su hijo querido.

Así transcurrieron algunos años.

Un día el marqués recibió un anónimo. Muchos habían llegado á sus manos, y todos los había despreciado, pero éste no; éste no sólo le conservó, sin poder explicarse la causa, sino que llamó á Juan y se lo dió á leer.

El anónimo decía así:

«Un hombre escala todas las noches el jardín de V. E. ¿Dónde está la decantada vigilancia del famoso Juan Ledesma, que así abandona la defensa de su amo y señor?»

Ledesma se mordió los labios hasta hacerse sangre, y, pálido como un cadáver, devolvió el papel al general, quien, al notar el estado del guardia, ya sintió habérselo dado á leer.

— Indudablemente — dijo el marqués — este anónimo es obra de uno de tantos miserables que tú has castigado.

—¿Sospecha V. E. de alguno?

—¿Por qué me das ese tratamiento de que tú estás relevado?

—Porque si lo que dice ese papel es cierto, yo soy un mal servidor de V. E., un traidor, en fin, que no merece su confianza, ni su perdón.

—No exajeres, Juan.

— Yo bien sé lo que me digo... Y perdone V. E. que insista...

—¿Otra vez?

—Otra vez y cien. ¿Sospecha V. E. de alguno?

—De nadie. Es decir... Ya sabes tú que tenemos en casa á Victorina, la esposa de mi sobrino Luciano; es muy hermosa, y quizá algún galanteador, alguno de esos desocupados de Sevilla, que veranean en Dos Hermanas, pretenda atentar á su honor, que es el de mi sobrino, el mío — repitió con orgullo el viejo militar.

Con efecto, el marqués tenía un sobrino, coronel en uno de los regimientos de la guarnición de Sevilla, el cual se hallaba casado con Victorina Montellano, una sevillana tan hermosa como coqueta, y ambos venían á pasar largas temporadas á Dos Hermanas, al palacio de su tío, acompañándolos Fernando, que era en Sevilla su contertulio y casi su huésped.

—Pues si es verdad — dijo Ledesma con acento sombrío — aconsejo al galanteador que no venga sin traer todos los Sacramentos. Ya se sabe V. E. que tengo el ojo certero.

—No he de encargarte el silencio.

—A la orden, mi general — Y Juan, después de cuadrarse militarmente, abandonó el despacho del marqués profundamente conmovido.

Aquella acusación más ó menos verdadera le había trastornado.

Con todo, procuró serenarse.

Llegada la noche, cargó con cuidado su escopeta. Fernando no había regresado de Sevilla, y el guarda apenas probó bocado. Decidió empezar su ronda desde muy temprano. Para ver sin ser visto, Juan eligió un bosquecillo, que, con un precioso cenador y una fuente en el centro, rodeada de bancos rústicos, servía de grato solaz á los huéspedes del palacio, del que no distaba cien pasos.

Dieron las diez, las once y las doce.

De pronto parecióle á Ledesma que algunas ramas de los árboles se habían movido.

No le engañaba su astuto oído de cazador.

De una alameda cercana, y por un sendero que se dirigía al palacio, salió un hombre que avanzó hasta la casa con grandes precauciones.

Juan le siguió llevando la escopeta preparada. No podía disparar sobre él sin antes convencerse de que aquel desconocido asaltaba el palacio. ¡Quién le decía que no fuese un vecino de alguna finca cercana, ó algún paseante nocturno?...

¡Pero no!... ¡Aquella figura!... ¡aquel aire, el creía reconocerlos!... Una horrible sospecha agitó su cerebro... El desconocido era... Imposible! Pero aunque lo fuese. Su deber estaba primero que todo. El anónimo le acusaba de negligencia; él era un guarda, es decir, un centinela, y sabía que toda negligencia la paga el centinela con la vida. No era posible vacilar. La vacilación era el deshonor, y antes que el deshonor prefería mil muertes.

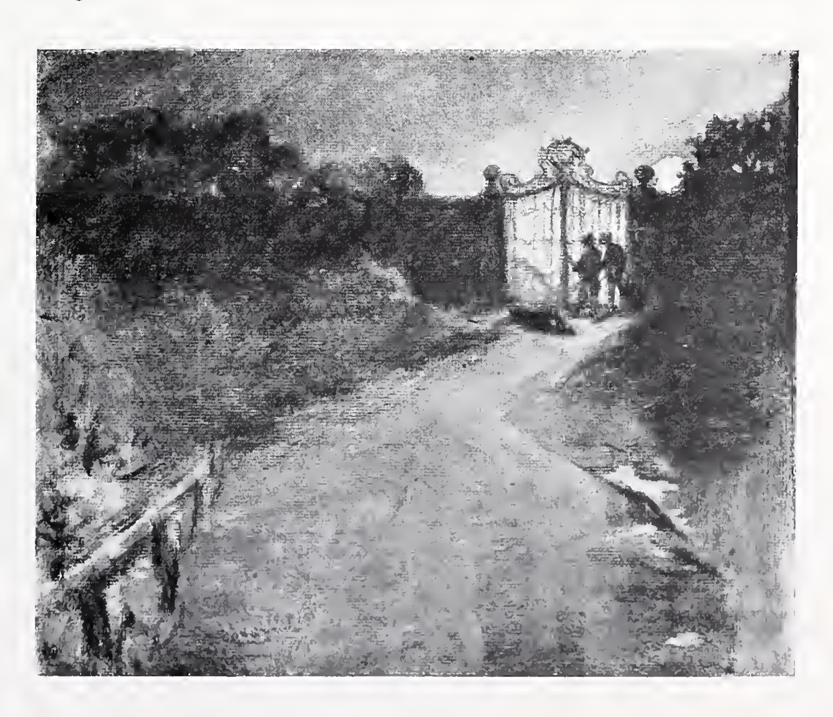
El desconocido llegó cerca de la verja que rodeaba el palacio, miró á todos lados, cercioróse de que estaba sólo, y rápidamente escaló los hierros, ganando las alabardas que coronaban la verja.

Sonó un tiro, al que contestó un grito de mujer que aguardaba al pie de la verja por la parte interior y que huyó á refugiarse en el palacio.

En su huida fué vista por el marqués, que velaba, y que acudió al ruido de la detonación.

Abrió el general la puerta de la verja, cuya llave llevaba, y encontróse frente á frente con Juan, quien, presentándole el cadáver del desconocido, que había arrancado de la verja, le dijo con firme acento:

—Señor marqués, la denuncia era cierta.



El general retrocedió un paso. En el cadáver del desconocido acababa de reconocer á Fernando Ledesma.

—¡Pero tú... sabías?...—preguntóle con voz alterada.

—Le reconocí al asaltar la verja.

—¿Y disparaste?

—Sí, señor. Y lo único que habría sentido sería no haberle acertado. Y ahora, perdone V. E. que le haya arrancado de la verja. No quería que pasara por un ladrón, deshonrando mi nombre.

—¡Era el amante de mi sobrina!

—Así parece.

—¡Pobre Juan mío! ¿Y le has muerto?

—Como lo haría mil veces. Y ahora, una gracia, señor marqués, antes de que lleguen los criados, que ya acuden al tiro.

—Pide lo que quieras.

—Mi hijo venía de ronda conmigo, y sin saber cómo, se me disparó la escopeta...

—¡Pobre de tí, y pobre de él!

—Yo le dí la vida—exclamó Juan con entereza—para que se consagrase al bien. He visto que se dedicaba al mal, y se la he quitado.

E. Rodríguez Solís

Ilustraciones de Carlos Vázquez



EN EL PASEO



Los zapatos nuevos

En la tertulia de doña Lupercia nos aburríamos soberanamente.

La gente joven, más lista que Newton en lo de hacer permutaciones y combinaciones, se hallaba engolfada en el eterno capítulo de las confidencias amorosas, y no hubiera oído un cañonazo disparado á quemaropa.

En el grupo de las personas formales hallábanse varias mamás satisfechas, dos viudas con pretensiones, un general de mal genio, dos ó tres papás cariacontecidos y mi humilde personalidad.

—Que nos cuente algo don Policarpo—dijo una señora ya madura, reprimiendo un bostezo.



—Lo haría con mucho gusto – dijo el aludido – si algo supiera y no fuese un narrador tan torpe; pero mi amigo el general, amenizará el rato mejor que yo.

—No, no: el general nos aterroriza con sus historias guerreras, y cuando me meto en la cama y cierro los ojos, no veo más que lagos de sangre, miembros caídos y hombres sin cabeza, caminando de una parte para otra con el fusil al hombro.

—Gracias, señora — replicó el general con visibles muestras de contrariedad.

—Lo mejor es que el *pollo* nos cuente algo agradable —dijo entonces la dueña de la casa.—Los poetas tienen la mente soñadora, y...

—No soy poeta—dije, dándome por aludido al verme *de non* en aquel grupo de personas mayores,—pero, ya que usted lo desea, contaré un cuento de color de rosa.

—Conformes, conformes—exclamaron todos.

—Empiezo, pues. Candidito era una criatura inocentísima que acababa de cumplir los quince años.

—¡Ay!—suspiró una viuda, y vayan mis lectores á saber por qué.

No hice caso de la interrupción, y proseguí:

—Candidito, á la vez que inocente, era una criatura hermosa y simpática, bien formada y robusta, de ojos negros y cabello rubio, ensortijado sin el auxilio de las tenacillas.

Otro *¡ay!* ligerísimo, y como escapado á pesar de un gran esfuerzo, me distrajo por segunda vez. Volví instintivamente la cabeza, y observé que la otra viuda tenía los ojos fijos en la techumbre del salón. ¿Qué buscaría por aquellos sitios?

—Vamos; continúe usted – me dijo doña Lupercia.

—Continúo. La credulidad es compañera de la inocencia, y no había absurdo que á Cándido dijesen, que no lo creyera como artículo de fe: excuso decir hasta qué punto explotarían aquella credulidad sus compañeros de colegio y otras personas.

En una ocasión le hicieron creer que los duendes, de cuya existencia no dudaba, tomaban distintas formas y disfraces cuando querían hacerse visibles, y no pasó mucho tiempo sin que, saltando alegremente, dijera en plena tertulia:

—Mamá, mamá: ya he visto un duende.

—¿En dónde, hijo mío?

—En casa: salía del cuarto de la doncella é iba andando muy despacio, muy despacio.

—No digas desatinos.

—Te juro que es verdad y que iba disfrazado de trompeta.

Lo del duende no coló á la dueña de la casa; pero Nicanora, que así se llamaba la doncella, se dió tan buenas trazas, que desvirtuó lo dicho por Candidito: el disgusto, sin embargo, nadie se lo quitó de encima, y desde entonces miró de reojo al descubridor de duendes.

En otra ocasión entró éste dando saltos en el cuarto de Soledad, vecina suya, diciendo:

—Ya he visto las brujas; ya he visto las brujas.

—¿Y cómo són, Candidito?—le preguntó Soledad socarronamente.



—Como las mujeres, y van vestidas de negro, y con un velo por la cara.

—¿Dónde las has visto?

—Hace poco ví salir una del despacho de don Luís, y desapareció enseguida como una sombra.

Don Luís era el esposo de Soledad, y fácil es comprender el tiberio que se armaría y la animosidad con que desde entonces vió don Luís al descubridor de brujas.

Las inocentadas de

Cándido iban en aumento, y su padre empezó á sospechar que debía de tomar ya cartas en el asunto para hacer que se le despejaran los sentidos á la criatura; pero tal sospecha no se elevó á la categoría de convicción hasta una noche en que se vió seriamente comprometido por la candidez de su retoño.



Fué el caso que Nicanora, que nunca olvidó lo del trompeta-duende, escondió los zapatos nuevos que Cándido había de ponerse para ir al Retiro la mañana siguiente, é hizo creer á Cándido en la posibilidad de que alguna de las señoras que formaban la tertulia los tuviera puestos, mayormente cuando, en vez de los zapatos nuevos que buscaban, habían encontrado, en el mismo sitio, otros de mujer deteriorados.

Cayó Candidito en el lazo y discurrió, con su natural perspicacia, que lo más fácil y pronto para recobrar sus zapatos era reconocer los piés de las tertulianas; mas, por un asomo de precaución, en él excepcional, procuró hacerlo disimuladamente.

Se trasladó á la sala; se agazapó detrás de una silla; levantó con suavidad el vestido de la que en ella estaba sentada; vió... vió que los zapatos de la dama no eran los suyos; dejó caer el vestido con mucho cuidado, y se corrió hasta la silla inmediata para continuar la investigación.

Hubo reconocimientos más ó menos prolongados en conformidad, según es de creer, con las dudas que tuvo respecto á la propiedad de los zapatos que veía; pero debió de llegar el momento en que las dudas fueran tales que, no bastándole ya la vista, creyó indispensable el tacto, y allí fué Troya.

Dió Soledad un grito al sentir que la andaban cosquilleando por las extremidades inferiores y se levantó asustada, dejando al descubierto, entre otras cosas, á Candidito en posición supina; quedóse frío don Procopio, padre de nuestro párvulo, al comprender los trabajos de ingeniería que éste practicaba; irritóse violentamente don Luís, tanto por aquellos reconocimientos del descubridor de brujas, como por las morbideces que, involuntariamente, dejó su mujer al descubierto cuando se levantó asustada de la silla; rompieron los demás en carcajadas, y de tal suerte se condensó la atmósfera, que la tempestad rugió imponente.

No era don Procopio hombre de armas tomar, y como debía á don Luis una satisfacción que éste le demandaba, halló el medio de dársela cumplida, solfeando á su cachorro de lo lindo delante de la concurrencia; puso el muchacho el grito en el cielo; intervino la pobre madre; mediaron los amigos; pero todo fué inútil: se consumó la lección de solfeo, y Candidito aprendió á ser desde entonces menos cándido, y si ustedes lo vieran hoy, no lo conocerían: es el mayor hipócrita del mundo.

Al termiuar mi relato, observé que las dos viudas tenían el rostro compungido: no les había agradado sin duda la terminación; en cambio, el general me preguntó con socarronería:

—Caballero: ¿sería usted tan amable que nos dijera en dónde está el color de rosa de ese cuento?

—Con mucho gusto, mi general—le repliqué.—En las asentaderas de Candidito.

Pero Nuño

Ilustraciones de Villar



MURMURACIONES

De la Pilarica
es hoy sacristana
la esquiva Mariana,
moza sin galán,
que sólo en novenas,
rosarios, capillas
y en cosas sencillas
muestra dulce afán.

De su alegre barrio
hoy es directora;
la Virgen, que adora,
pone en un altar.
Teje las guirnaldas,
cuelga ricas telas,
enciende las velas
y empieza á rezar.

¡ Qué linda y modesta !
¡ qué humilde y sencilla
vela la capilla
que ella dirijió !...
El santo rosario
repasa su dedo...
las mozas, muy quedo
cuentan... ¡ que se yo !

Que aquella *Santica,*
así se la llama,
en secreto ama
á un guapo doncel
de un lugar vecino,
rico y calavera,
que á misa primera
se avista con él.

Dicen... niñerías...
hay quien asegura,
que su tío el cura
de ello se enteró;
que ella, sollozando,
pareciendo loca,
juró que su boca
de amor no trató.



Notan sus amigas
que aquella velada,
muy triste y callada
la doncella está;
que una negra sombra
tras ella se posa,
que tiembla la hermosa.
¿ Por qué temblará ?

Que una voz murmura:
— Te aguardo mañana.
Que la sacristana
le contesta:— ¡ Ven !...
La sombra se aleja,
y la bella esquiva
queda pensativa
doblando la sien.

Que enciende de nuevo
cirios y velones,
que reza oraciones
con mucho humildad.
¡ Quién está en lo cierto
de comedia tanta !...
¿ Es fácil ó es santa ?
urge la verdad.

— Vaya usté á saberlo,
exclamó una anciana,
como á Mariana,
moza me hizo Dios,
y siendo una chica
del mundo ignorante
di cita á un amante
y á un tiempo á otros dos.

— ¿ Y se supo al cabo
tanta felonía ?
pregunté á la tía
gazmoña é infiel.
Yarticuló — ¡ Calla !...
la chica más boba
al demonio roba
y se burla de él.

Francisco Gras y Elías



Broche para capa ó abrigo en oro esmaltado y perlas finas

El Arte Modernista — LAS JOYAS



Broche en oro cincelado y esmaltado

Entre todas las artes, la de la joyería es, quizá, la más delicada, la más preciosa, la primera del mundo, porque fué creada por el bello sexo para realzar su hermosura y completar su dicha. Pero desde las primeras piedras preciosas, incrustadas por un trabajo semí bárbaro en recios círculos de oro, de plata ó de bronce, algo como un espíritu sutil y agudo ha animado las pedrerías á través de los tiempos; y resultan divinas y como doradas de oculta fuerza, y su destino es soberano, augusto, porque, no bien arrancadas al negro sueño del mundo mineral, ya son suavizadas, solicitadas, verdaderamente adoradas por mujeres y artistas.

Joyas existen, propias de princesas ó de hadas, como estas cuya imagen ofrecemos á nuestros lectores, dándoles la forma deliciosa, pero sin poder reproducir el color; y á pesar de que el más refinado ingenio y el arte más sabio han pareado, á la vuelta de mil pruebas y ensayos, los matices de los esmaltes y de las perlas antes de trazar la línea definitiva, la obra artística no ofrece ninguna extravagancia en su inventiva. No hay aquí el brillo en rústico deslumbrante y efectista de los trabajos de la joyería moderna; es el alma misma de la piedra primitiva que se convierte en símbolo al convertirse en joya.

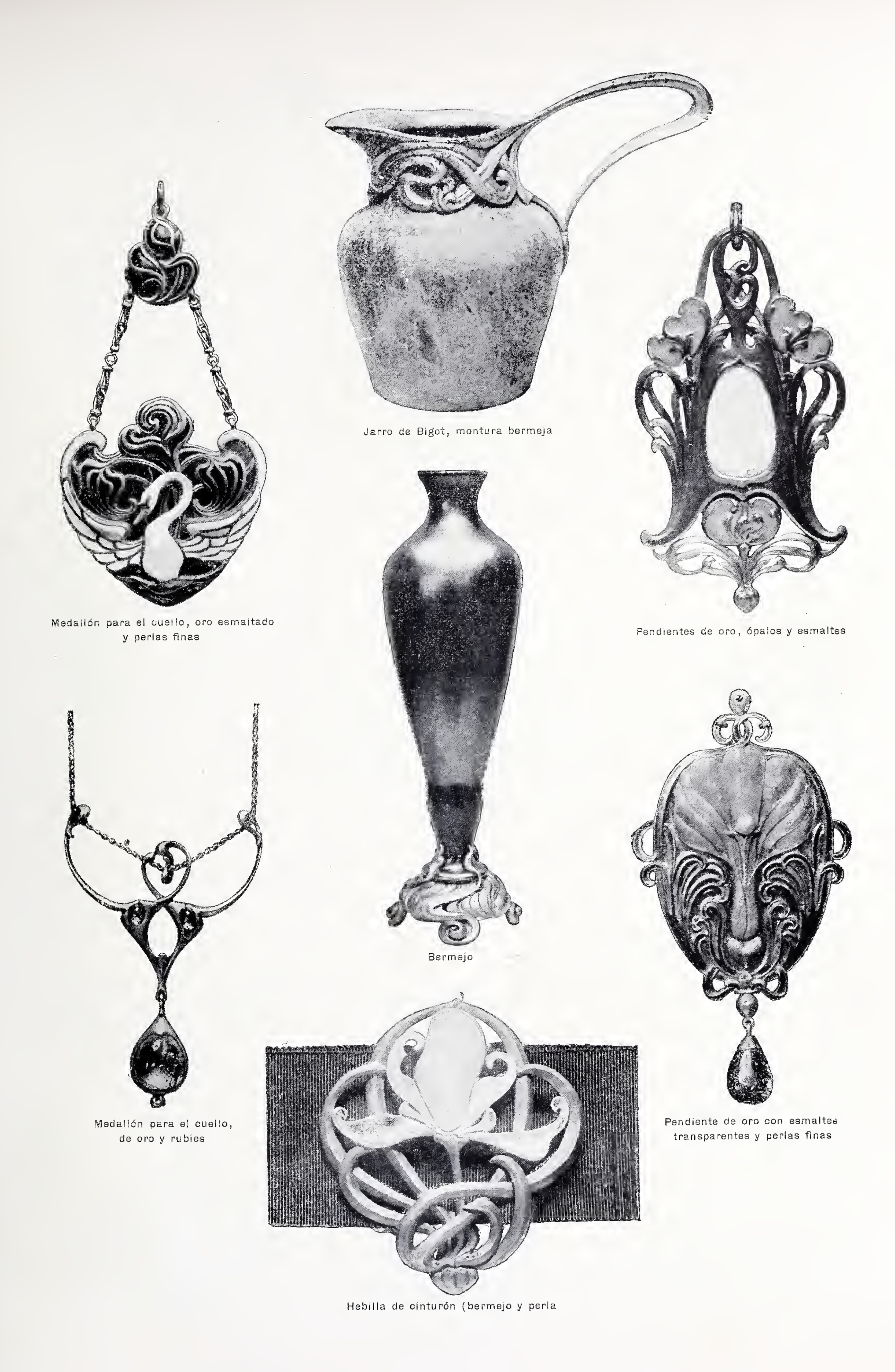
Y en esta exposición variadísima, esplendorosa del *nuevo arte*, donde el esfuerzo artístico crea sin cesar cuanto el lujo y el buen gusto pueden poseer y desear, ante joyas que brillan como los ojos de una beldad: perlas irisadas, turquesas, cinceladuras de oro sombrío,—sobre terciopelos blancos, se siente el escalofrío de la emoción de lo bello, que embarga y subyuga; pero de lo bello y armónico, tomando la palabra en su exacto sentido, es decir: proporciones de feliz sencillez en las relaciones de las líneas y de las tonalidades.

Son alfileres de prendedores, hebillas de cinturón, broches para capas; son, en fin, cadenas sosteniendo en un triple anillo estos maravillosos «pendentifs,» de dibujo tan puro y ligero, en que se incrustan esas perlas llamadas *barrocas* en el *argot* del oficio por su forma irregular y su color tan variado, cambiante y chillón. Todo el mar y todo el cielo se juntan. He aquí una joya de oro y de esmalte en forma de cáliz, y más allá otra en esmalte verde á dos tonos engastando tres ópalos magníficos, cuyo blanco-azul lechoso refleja el verde, dándole su luz.



Cucharilla para azúcar

Tesoro de los museos futuros serán indudablemente éstas joyas; esta cabeza de mujer, perfil cincelado en la piedra y el oro, oro sombrío que hace, en la cabellera desplegada, el mejor efecto, sirviendo de casco á esta cabeza tres pequeñas bandas de diverso oro y de esmalte incrus-



Jarro de Bigot, montura bermeja

Medallón para el cuello, oro esmaltado y perlas finas

Pendientes de oro, ópalos y esmaltes

Bermejo

Medallón para el cuello, de oro y rubies

Pendiente de oro con esmaltes transparentes y perlas finas

Hebilla de cinturón (bermejo y perla

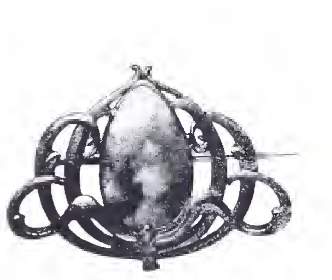


Medallón para el cuello, oro esmaltado y cincelado

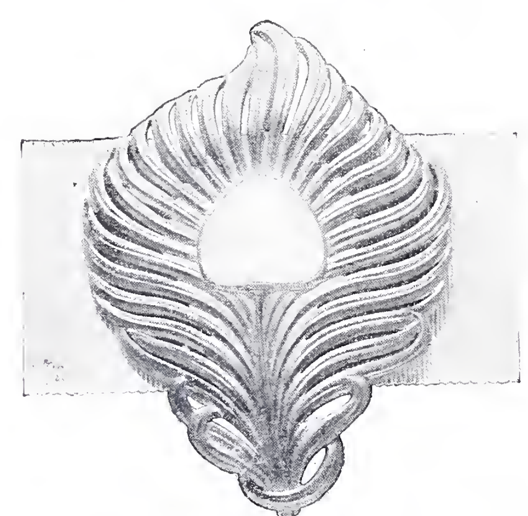


Medallón para cuello, esmaltado y perlas finas

Montura en bermejo con incrustación de coral



Broche de oro y perlas finas





Hebilla de cinturón (bermejo y ópalo



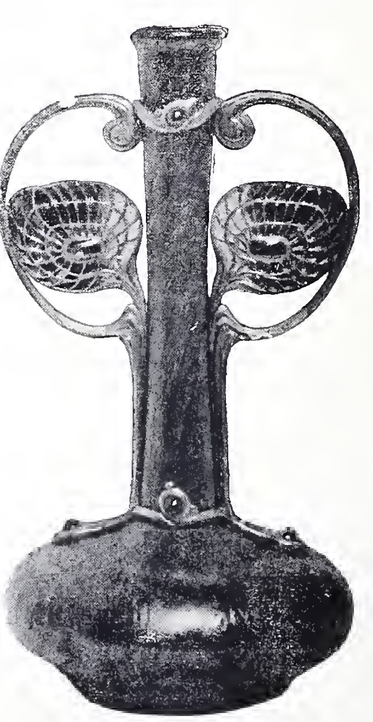
Imperdible de oro y perlas finas



Montura en bermejo y esmaltes opacos



Vaso Tiffany, montura en bermejo

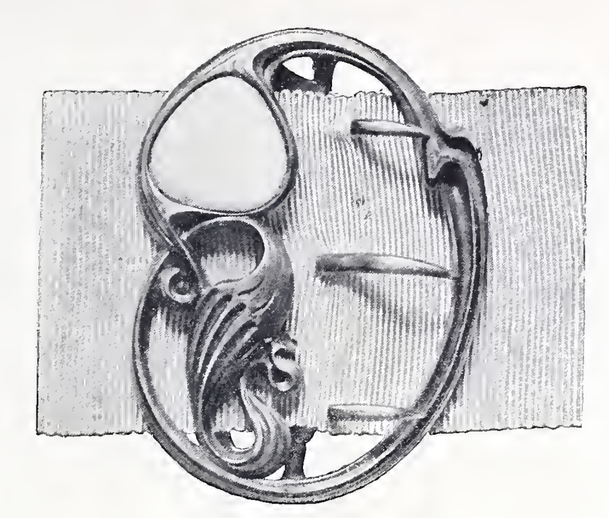


Bermejo y esmaltes transparentes

tado de pedrerías, bandas á la egipcia, que se reunen y se sujetan sobre la oreja por una perla viva como una lágrima; y este «pendentif» en forma de pluma ó tal vez de lágrima, que con un dibujo tan ténue, alargándose en suave curva, con esmaltes de tonos azules y verdes, brilla y centellea; y esta perla gorda ú ópalo bruñido de oro y sosteniendo, con la ayuda de dos cadenitas, un cisne con las alas desplegadas, y cuyo flanco y cuello, lechosos y relumbrantes, parecen surgir del agua que los reflejos del esmalte verde, en la base, simulan.

Hé aquí otra joya que representa un cisne también, pero cisne-quimera, cisne fabuloso, que se destaca en relieve sobre un enorme ópalo en forma de huevo, que encierra el más fino engaste de esmalte. Son broches que han de sujetar á cuellos delicados y friolentos los encajes y las cintas; prendedores delgados, pequeños, pero de un dibujo muy puro dentro de una rareza fantástica; hé aquí, en esmalte verde y obscuro, el relieve exterior de una concha abierta, donde duerme, salpicada de oro, una enorme perla azul, clara y profunda como una mirada. Sí: en los museos, más tarde, cuando estas joyas hayan sufrido, sin obscurecerse, el paso de la vida, se verá á las mujeres y á los artistas detener su planta para imaginar, en dulce añoranza, la vida de hoy, en la que otros artistas hubieron de crear estas joyas para otras mujeres, Y entonces estos broches, doble concha arrollada en forma de oreja, incrustados de ópalos sosteniendo una cadenita de perlas, de donde pende, como lágrima de un hada, una perla *baroque,* y éstas hebillas de cinturón: orquídea abierta de oro, de esmalte ó de perlas; palma ó pluma de pavo real, sembraba de ópalos: estos lazos elegantes, en que el esplendor də la piedra no es menor que la fineza del dibujo, estas pequeñrs cosas frágiles y encantadoras podrán decir á los soñadores de lo porvenir cuánto ha sido el esmero y cuan completa la victoria del arte de hoy.

Pero en esta misma exposición, si la vista no se fatiga, otros prismas de luz la solicitan bien pronto: son las vitrinas donde se muestran, casi en forma de flores, *bibelots* de imperial fantasía; son para las flores naturales, las corolas, los tallos de estos vasos, de estos jarros, firmados «Fiffany»: cristalería transparente, con luz de sol ó de luna, magia inaudita de la luz, luz del ámbar, del oro, del rubí encerrado en una copa ó en un búcaro. Diríase que se está contemplando, ya el cristal verde obscuro de un estanque dormido ó la sombra de los árboles, ya una onda espumosa sobre una playa de suave arena, ó una hermosa pupila mágica, ó una serpiente que arrastra sus anillos de esmeralda. Y estas maravillas están engastadas en oro y en esmalte; tan frágil poesía está rodeada y robustecida por materias inalterables. También aquí el arte de la joyería ha



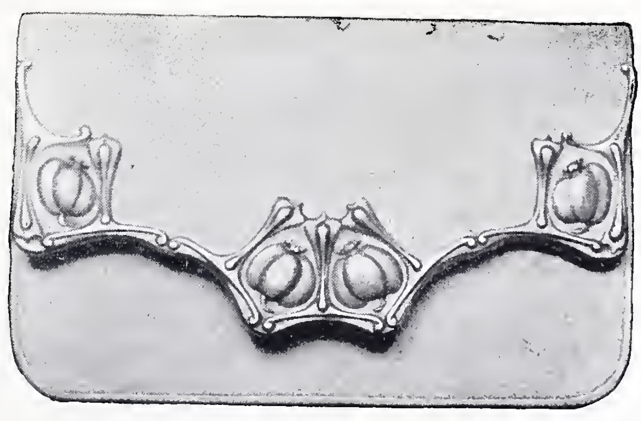
Hebilla de cinturón (bermejo y perla)

secundado al maestro vidriero, y todas estas artes minuciosas de trabajo y paciencia que en épocas más hermosas disfrutaron del favor real, se renuevan y se colocan en el lugar que les corresponde en el terreno de la belleza, este terreno que no ha de ser únicamente para el lujo innaccesible y la fantasía hermosa, pero inútil, sino también para aquellos que, no pudiendo prodigar los caprichos, desean, no obstante, que el arte sea un artículo de primera necesidad en la existencia.

Por eso, entre estas joyas, puede verse el dibujo de un monedero de cuero blanco engastado en oro é incrustado de turquesas. Es hacer de un objeto esencialmeute práctico un objeto de arte, es verdad; mas, para los refinados, ¿no es un refinamiento más y que demuestra buen gusto el desear más el arte en aquello que es para ellos de un uso constante que, por ejemplo, en un *bibelot,* que, aunque muy bonito, no se puede transportar?

Por eso este arte, fuera del precio integral de las materias primas empleadas en la joyería, este arte, llamado *arte nuevo,* no se reserva únicamente para las fortunas reales; no hay más que un exclusivismo: el del gusto, que hace que sólo sea estimado por los verdaderos artistas, lo que le da derecho á ostentar un legítimo orgullo.

X.



Monedero de piel blanca, engastado en oro y turquesas



ALBANI.—LA VIRGEN DE LA MANZANA. (Escuela Boloñesa). Propiedad de D. Luis Bruny Miró



Concha Suárez

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

En esto se afirmó. La noche, hasta el día, la señora la pasó en el lecho torturada por sus pensamientos. Sus brillantes ojos derramaron lágrimas hasta la mañana cuando fué á maitines.

A la hora de la misa llegaron los reyes; ellos tomaron de la mano á su hermana y la aconsejaron corresponder al amor del de Heneland. Ninguno de ellos halló á mujer más contenta.

Hicieron venir á los emisarios de Etzel que deseaban partir del reino de Gunter con un nó ó con un sí.

De nada sirvieron sus ruegos hasta que Rudiguero dijo á la reina que él podría vengarla de las grandes penas que había sufrido. Entonces se comenzó á aliviar su dolor.

Dijo á la reina: «Dejad vuestro llanto; aunque tuvierais sólo entre los Hunos nada más que á mí, á mis decididos parientes y á los que me siguen, cualquiera que os ofenda tendrá mucho que sufrir.»

Con esto comenzó á disminuir la aflicción de la señora y dijo: «Juradme, Rudiguero, que cualquiera que sea el que me ofenda, vos seréis el primero en vengar mi afrenta.» El margrave respondió: «Estoy dispuesto á hacerlo, señora.»

Con todos sus hombres juró aquello Rudiguero, y le prometieron que los distinguidos guerreros del país de Etzel no le negarían nada que pudiera referirse á su honor: así lo juró Rudiguero extendiendo la mano.

La fiel esposa pensaba: «Si puedo hacerme con tantos amigos, dejaré que la gente diga de mí lo que quiera por mi desgracia. Nada me importa: podré vengar la muerte del amado esposo.»

Pensaba: «Ya que el señor Etzel tiene tantos guerreros, haré lo que quiera cuando los mande. Él tiene tantas riquezas que podrá darme mucho; nada me ha dejado de mis bienes el cruel Hagen.»

Así contestó á Rudiguero: «Si no me hubieran dicho que es pagano, yo hubiera accedido con gusto y lo hubiera tomado por esposo.» El margrave contestó enseguida:

«Tiene tantos guerreros que son cristianos, que cerca del rey no sufriréis pesar ninguno; yo creo que el buen rey volverá á Dios si os haceis su esposa.»

Así dijeron sus hermanos: «Concédelo, hermana mía, y desecha la aflicción en que estás.» Le rogaron tanto tiempo, que al cabo dijo con tristeza delante de aquel héroe que sería de Etzel.

Añadió: «Os seguiré al Huneland tan pronto como tenga amigos que me acompañen á ese país.» Después la hermosa Crimilda dió su mano á los guerreros.

El margrave dijo: «Si entre los vuestros teneis dos guerreros, yo tengo aquí muchos más; con estos podremos conduciros con honor fuera del Rhin. No es menester que permanezcais más tiempo entre los Borgoñones.

»Quinientos hombres tengo conmigo y además mis parientes; os servirán aquí, y cuando estemos junto á Etzel harán lo mismo; yo obraré de igual manera cuando me lo advirtais, para no caer en falta.

»Haced preparar vuestros caballos de viaje; nunca los consejos de Rudiguero os causarán pesar. Haced advertir á las vírgenes que deben ir con vos; durante el camino encontraremos muchos guerreros distinguidos.»

Ella poseía aún ricos adornos, por los que se había luchado en tiempo de Sigfrido, y éstos podrían llevarlos con honor, durante el camino, muchas jóvenes.

Los ricos trajes que había llevado en otro tiempo, los prepararon para el viaje, pues les decían muchas cosas del rey; abriéronse entonces los cofres, que hacía mucho tiempo tenían cerrados.

Muy ocupados estuvieron durante cinco días y medio, sacando de sus envolturas lo que tenían guardado. Crimilda abrió su tesoro; quería hacer ricos á todos los que habían acompañado á Rudiguero.

Hagen supo todas las noticias que se referían á Crimilda. El dijo: «Por cuanto Crimilda no me ha de volver nunca á su favor, es menester que aquí se quede el oro de Sigfrido. ¿Por qué he de dejar á mis enemigos tan grandes tesoros? Yo sé muy bien lo que Crimilda quiere hacer con ese tesero.

»Si se lo lleva de aquí, creo que lo distribuirá en hacer crecer el odio en contra mía. Ellos no tienen caballos para llevárselo: Hagen quiere guardarlo; que se lo hagan saber á Crimilda.»

Cuando á ella dieron esta noticia, experimentó amarga pena. También se lo dijeron á los tres reyes, y quisieron oponerse. Como esto no sucediera, el noble Rudiguero dijo con grande alegría:

«Rica hija de reyes, ¿por qué llorais ese oro? Tan sometido os está el rey Etzel, que si os ven sus ojos os dará tantas riquezas, que jamás podreis gastarlas; así os lo garantizo, señora.»

Le respondió la reina: «Muy noble Rudiguero: nunca una hija de reyes ha tenido tantas riquezas como Hagen me ha quitado.» Su hermano Gernot se acercó á la cámara del tesoro.

Con el permiso del rey introdujo la llave en la puerta. Distribuyó el rico tesoro de Crimilda, que valdría treinta mil marcos ó más, y lo hizo aceptar á los extranjeros; Gunter aprobó lo hecho.

Así dijo el de Bechlaren, esposo de Gotelinda: «Aunque mi soberana Crimilda tuviera tantas riquezas como en otro tiempo le trajeron del Nibelungenland, ni mi mano ni la de la reina las tocara.



»Conservadlas para vosotros: yo no las quiero. He traído de mi país bastantes bienes para no carecer de nada en el camino: tengo lo suficiente para hacer todos los gastos de mi viaje.»

Ofrecieron á las vírgenes doce cofres llenos del mejor oro que pudo encontrarse en los antiguos tiempos, dándoles galas de mujeres de que debían de usar en el camino.

La cólera del furioso Hagen era muy fuerte. Ella tenia todavía mil marcos de oro de las ofrendas y las distribuyó por el alma de su querido esposo. Parecía á Rudiguero que obraba con gran bondad.

La desgraciada reina dijo: «¿Dónde están los amigos que por amor á mí quieren viajar en mi compañía hasta el país del rey Etzel? Que tomen de mi oro y compren caballos y vestidos.»

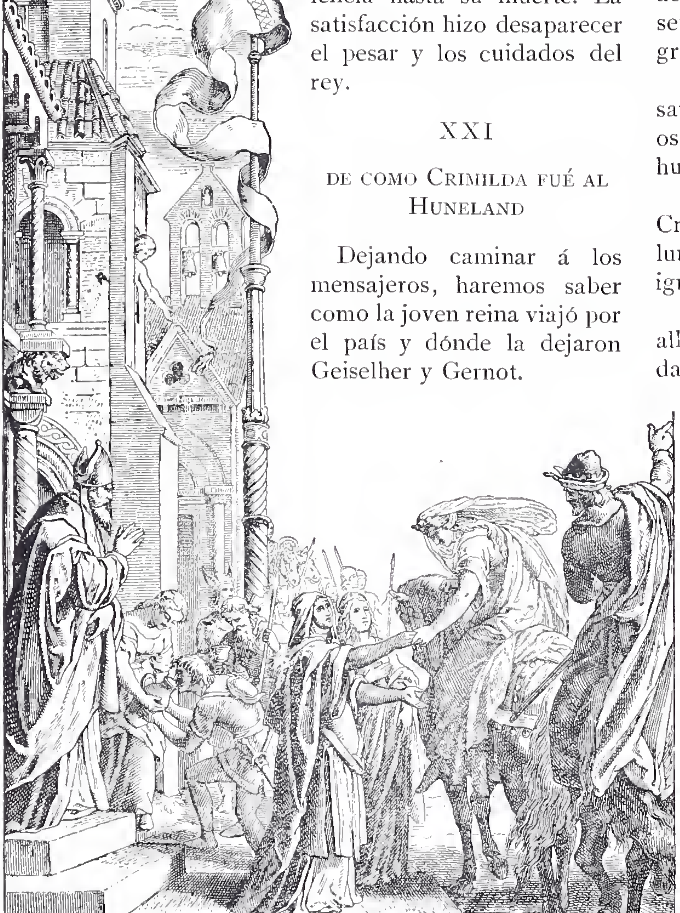
El margrave Eckward dijo: «Todo el tiempo que he sido de vuestro acompañamiento os he servido con fidelidad», y añadió el guerrero: «lo mismo quiero hacer hasta el fin de mi vida.

»Quiero llevar también conmigo quinientos de mis hombres, que os servirán con gran placer. La muerte sólo nos puede separar.»

Antes de abandonar el Rhin enviaron rápidos mensajeros al Huneland para hacer saber al rey que Rudiguero le habia conseguido la noble esposa.

Los mensajeros fueron muy de prisa: querían llegar pronto para conseguir gran honor y la rica recompensa de su mensaje. Cuando llegaron con la noticia, fué la más agradable que el rey Etzel había recibido.

Por esta grande alegría, el rey dió á los mensajeros tantos presentes, que pudieron vivir alegres en la opulencia hasta su muerte. La satisfacción hizo desaparecer el pesar y los cuidados del rey.



XXI

DE COMO CRIMILDA FUÉ AL HUNELAND

Dejando caminar á los mensajeros, haremos saber como la joven reina viajó por el país y dónde la dejaron Geiselher y Gernot.

Llegaron hasta Vergen, sobre el Donau. Allí se despidieron de la reina, pues querían volver al Rhín.

El atrevido Geiselher dijo á su hermana: «Hermana, si en algún tiempo tienes necesidad de mí, si llegaras á tener cualquier peligro, házmelo saber, y por servirte yo iré hasta el país del rey Etzel.»

Muchos altivos guerreros volvieron atrás para regresar á sus pueblos.

Los demás avanzaron siguiendo el Donau hasta el Baierland: cundió la noticia de que habían llegado muchos y desconocidos huéspedes al sitio en que hoy se halla un monasterio y donde el Jura se confunde con el Donau.

En la ciudad de Passau había un obispo. Todos los alojamientos y el palacio del príncipe quedaron desiertos; todos fueron de prisa al Baierland para ver á los huéspedes en el sitio en que el obispo Pilguerin se encontró con la hermosa Crimilda.

Como el obispo creía que iban á quedarse allí algunas noches, el margrave Eckwart le dijo: «No puede ser: debemos encaminarnos hacia las tierras de Rudiguero; muchos guerreros nos esperan, pues saben que llegamos.»

La noticia llegó hasta la hermosa Gotelinda: se preparó de prisa con su hija, pues Rudiguero le había hecho saber que sería bueno consolar en su pesar á la joven reina.

Salieron con muchas damas en su compañía, para encontrarles, hasta el Ence.

Cuando Crimilda vió venir á la margrave con su acompañamiento, dijo que no se siguiera adelante; ella detuvo á su caballo con la brida, y suplicó que la ayudaran á bajar de la silla.

El obispo llevaba á su sobrina hacia Gotelinda, de acuerdo con Eckwart. en el momento en que todos se separaban. Allí la extranjera besó en la boca á la margrave.

Así dijo con tierno acento la noble margrave: «Gran satisfacción es para mí, querida señora, el que mis ojos os hayan podido ver en este país: en ningún tiempo me hubiera podido ocurrir nada más agradable.»

«Dios os lo pague, muy noble Gotelinda», respondió Crimilda. «Si yo conservo la salud con el hijo de Betelungo, será un bien para vos haberme visto aquí» Las dos ignoraban lo que tenía que suceder.

Con mucha cortesía se saludaron las demás jóvenes; allí estaban los guerreros para servirlas. Después de saludarse, se sentaron sobre la yerba, y supieron muchas cosas que ignoraban por completo.

Escanciaron la bebida á las mujeres. Sería próximamente medio día; el noble acompañamiento no reposó mucho tiempo en aquel sitio; se encaminó hacia las tiendas en que tenían preparado cuanto podían desear.

Descansaron toda la noche; los de Bechlaren lo prepararon todo para recibir á tan distinguidos hombres; Rudiguero habia hecho que nada les faltara.

Ninguna de las ventanas que había en los muros se veían cerradas; Bechlaren estaba abierto. Hacia allí se encaminaron los extrajeros, á quienes veían con gusto. El noble Rudiguero les ofreció todo lo que podían desear.

La hija del margrave, con su acompañamiento, salió á recibir á la reina de la manera más cariñosa; allí estaba su madre, la esposa de Rudiguero, y muchas jóvenes, que se saludaron con afecto.

Cogiéronse de la mano, y se dirigieron á una

espaciosa sala muy bien adornada, bajo la que corría el Donau. Sentáronse junto á las ventanas y se distrajeron grandemente.

No os puedo decir todo lo que sé. Se marcharon con pena, y se escuchó cómo se quejaban los guerreros de Crimilda, pues era verdadero su pesar. ¡Cuántos buenos guerreros de Bechlaren se marcharon en su compañía!

El margrave les ofreció cariñosamente sus servicios. La joven reina dió á la hija de Gotelinda doce brazaletes de oro rojo y algunos buenos vestidos, como no los llevaban mejores en el país de Etzel.

Aunque le había sido robado el oro de los Nibelungos, ella se conquistaba la afección de todos con los pocos bienes que le habían quedado. Al acompañamiento del jefe hizo grandes regalos.

Los caballos fueron llevados ante Bechlaren. Allí la noble reina se despidió de la esposa de Rudiguero y de su hija; también, con grandes cumplimientos, se separaron muchas hermosas jóvenes.

Ellos casi no volvieron á verse después de aquel día. De Medelick se trajeron muchas magníficas copas de oro, en las que se escanció vino á los extranjeros durante el viaje; habían sido muy bien recibidos.

Había allí un príncipe llamado Astoldo que les indicó los caminos por el Osterland, hacia Montoron, por el Donau; por aquellos sitios ofrecieron muchos servicios á la rica reina.

El obispo se separó con gran pesar de su sobrina. ¡Con cuánta piedad le deseó feliz viaje y que consiguiera en el país de los Hunos tan grande honor como había conquistado Helke.

En los días siguientes los extranjeros siguieron hacia el Traisem. La gente de Rudiguero los sirvió en su país hasta que llegaran los Hunos. Por todas partes hicieron grande honor á la reina.

El príncipe del Huneland tenía cerca del Traisem una rica población muy célebre, cuyo nombre era Traisemauer, residencia de Helke, donde practicaba sus virtudes de una manera como nadie ha visto, si no es Crimilda que tenía gusto en dar con largueza. Ella podía disfrutar, después de sus infortunios, del placer de verse honrada por la gente de Etzel.

Los dominios del rey Etzel eran conocidos hasta muy lejos, y en todo tiempo se hallaban en su corte fortísimos guerreros de los más renombrados entre los cristianos ó los paganos.

Todos había llegado allí; lo mismo los cristianos que los paganos, se habían reunido siempre en su corte, y cualquiera que fuera la manera de vivir de cada uno, la bondad del rey era tanta, que todos estaban contentos.

XXII

DE COMO CRIMILDA FUÉ RECIBIDA POR LOS HUNOS

Anunciaron al rey Etzel que la muy noble señora Crimilda se adelantaba hacia su reino, y desapareció de su alma todo el dolor; el rey salió al encuentro de la tan digna de honor.

A orillas del Donau, en el Oestereicherland ,hay una ciudad llamada Tulna. Allí aprendió Crimilda muchas extrañas costumbres que jamás había visto. Allí fué recibida por muchos á quienes había de causar grandes males en el tiempo venidero.

Precediendo al rey Etzel, cabalgaba un ejército escogido, alegre y rico, magnífico y numeroso, compuesto de



veinte y cuatro príncipes ricos y de elevado nacimiento: no deseaban otra cosa que ver á su reina.

Llegaba el último el rey Etzel y el señor Dietrich con todos su héroes, entre los que se veían magníficamente equipados muchos nobles guerreros fuertes y también buenos. Al ver esto se elevó el ánimo de Crimilda.

Así dijo á la reina el noble Rudiguero: «Señora, aquí es donde debo recibir al poderoso rey. Dad un beso á los que yo os indique, porque no podéis recibir del mismo modo á todos los guerreros de Etzel.»

Ayudaron á descender de su hacanéa á la reina; el rey Etzel no esperaba otra cosa: echó pie á tierra de su caballo, y con todos sus amigos se adelantó lleno de alegría hasta Crimilda.

Dos opulentos príncipes, según nos han dicho, iban á los lados de la señora, llevando magníficos trajes, cuando el rey Etzel se adelantó á su encuentro y cuando ella lo recibió con afectuosos besos.

Ella separó sus velos; sus magníficos colores brillaban más que el oro que la adornaba. Había allí muchos hombres que decían que la señora Helke no había sido tan bella. A su lado estaba Blodel, el hermano del rey.

Rudiguero, el rico margrave, le dijo que lo besara, y también al rey Gibek y Dietrich que estaban presentes: también besó á doce guerreros del rey Etzel, distinguiendo con un afectuoso saludo á los demás caballeros.

En tanto que el rey Etzel permaneció al lado de Crimilda, los jóvenes guerreros hicieron lo mismo que en nuestro tiempo y en nuestro país; se entregaron á alegres juegos; esto hacían, y los cristianos y los paganos observaban sus costumbres.

(CONTINUARÁ)



Exposición de 1900

— Por lo que veo, esto no vale lo que la Exposición del 55



Sólo cuando uno se ha retirado, comprende algo en cosas de poesía


HISPANIA



SUMARIO

Portada.— Terror, por Sancha.— Alarde amoroso, por Marcos Jesús Bertrán; ilustraciones de A. Mas y Fondevila.— Noticia sensacional, por Julio Borrell.— Noche de verbena, por R. Canals — Wagner, por Enrique Sánchez Torres.— En la academia, por Olegario Junyent.— Fotografías, por J. Francos Rodríguez.— La lágrima y la perla, por F. Bello; ilustración de J. Guardiola.— Los Nibelungos (Poema alemán).

Sancha

SANCHA. —TERROR

ALARDE AMOROSO

La más joven de las cuatro doncellas que, en el reducido cuarto del escenario, atendían al tocado de la célebre trájica, iba desmadejándole la espléndida cabellera, negra como la endrina, y la extendía por los hombros y el pecho hasta la cintura, como si cubriera la aurora de sus ojos brillantes é intensos con el manto densísimo de una noche surgida de improviso.

—¡Oh, Victory! tienes los dedos torpes y pesados.

—¿Miss Mary cree que es tan sencillo desmarañar estas sedas que se trenzan solas, jugando por cosquillear todas juntas la nuca y el cuello de la señora?...

—Qué tonta estás, Victory, y qué desmanotada eres. Recójeme el cabello: yo me arreglaré; ó ¿voy á estar á oscuras toda la noche?

Victory, la dócil, y no desmanotada, sino muy mañosa sirvienta, descorrió la cortina de azabaches que había tendido sobre los ojos de la actriz, y resurgieron éstos con aquel brillo y limpidez que les daba la velocidad de una saeta y la intensa penetración que el mirar de serpiente indica.

La gran trágica revolvía impaciente su cuerpecito apoyado apenas en la sillita de enea dorada, y ya no pudiendo dominar su malestar, dejó escapar un aullido de histérica, diciendo: —¡Deja, deja; eres más tonta!—Y con sus dedos, huesosos y larguiruchos, que se doblaban angulosos como los alambres que aguantan las flores artificiales, fué hilvanando su peinado y sujetándolo con imperdibles de brillantes y orquillas de carey.

Cuando se sintió libre de aquella cascada de sedas onduladas naturalmente, miróse por la primera vez en el espejo, y se satisfizo de ella misma.

No era Miss Mary de aquellas mujeres para quienes el espejo es su más dócil confidente, siempre adulador y servil, sino que, dotada de nada vulgar talento, acudía al cristal, no para imponerse, sino pidiendo consejo con franqueza; y tuteando á su propia imagen, entablaba con ella diálogos y polémicas que siempre versaban sobre el mismo tema: *¿podré gustarle una vez más? ¡nada más que una vez! siempre una sóla vez, ¡y por lo tanto, siempre... siempre!*

¡Oh! Miss Mary estaba bien segura de ser amada.





Creía haber resuelto la longevidad de una pasión que, todos menos ella, consideraron pasajera.

La gran artista sabía que el pretexto de quien adoraba en ella, en toda ella, era la esplendidez de su abundosa cabellera; y como si combinara con molicie refinada la leyenda de un candado que solamente uno podía descifrar, puso toda su astucia felina en tejer un mechoncito de cabellos que, desde lo alto de la frente, se encaramaban por encima de los otros hasta ir á abrocharse en la retorcida madeja de su moño, caído sobre la nuca, más todavía que el de una estátua de mujer helénica.

El único que conocía el secreto de aquel atractivo favorito, era un romántico convencional, hombre de mucho talento y de experimentada mundología.

Era el autor predilecto de la gran trágica, su abastecedor de éxitos seguros en el teatro, y, fuera de allí, pero de modo que todo el mundo lo sabía por sus propios labios, era su amante.

Ninguna mujer ha logrado fingir tan perfectamente las lides del amor, en el escenario: ninguna, como ella, se había entregado con más confianza á las caricias de un embustero.

Cuanto á él, pocos autores han inventado fábulas escénicas de pasiones paradógicas más hábiles ni más ingeniosas que las que andan por ahí con el nombre de Mister Lying. Nadie como él pudo ser llamado más propiamente por su nombre, (*) en la alcoba de una dama, mintiendo amores á los piés de la confiada.

Mister Lying conoció á Miss Mary en calidad de autor primerizo. Cuanto había escrito para sorprender la buena fe del público bonachón, fué trasladado de las cuartillas al escenario por la famosa trágica, con tan pronta fortuna, que el nombre de Lying anduvo inmediatamente y sin tropiezos por las solicitadas regiones de la fama y de la actualidad.

Lying tenía en el rostro tanto actractivo como la mentira de su talento. Escribiendo, él mismo llegaba á creer que hacía arte nuevo (¡como si el verdadero arte envejeciera!), y en su avidez de gloria y con su atrevimiento de granujilla literario, llevado hasta el público por el arte experimentado y sólido de la actriz de moda, apareció como lumbrera. revestido de oropeles que el talento de ella hacía pasar por oro de ley.

Era un hombre atractivo, de femineo rostro, que parecía hermoso por lo minucioso de los detalles y lo atildado de su continente. Sus ojillos, de viveza ratonil, movíanse sin cesar, y, á un espíritu observador, delataban la malicia de un alma de poco ó ningún temple masculino.

Estaba convencido de llegar á la gloria, no en parihuelas como Berlioz, sino montado sabre una colcha de raso y cubierto con los encajes de una sábana prestada, ostentando las iniciales de un ausente.

De ese comercio del escándalo, que se cotiza en todos los mercados del mundo, Lying habíase hecho una fortunita respetable. Y del otro comercio, el de las ficciones teatrales sin otro ideal que sorprender la estupidez de las multitudes, el autor de moda, conocedor de que el criterio y la ilustracióu individuales representan muy poco, había conquistado una fama de actualidad ruidosa.

Sus amores con Miss Mary los explotaba públicamente, con el cálculo desvergonzado del que trata de hacer un negocio con los editores, con los empresarios y con el público. . . . .

....Fuera de la escena, en la cual naturalmente Miss Mary decía lo que se le antojaba á los autores de la obra representada, la gran artista era de un hablar sincero, lacónico, intenso y sin vacilaciones.

Aquella noche, la noche en que Victory tuvo que abandonar las madejas de negrísimas sedas en las manos de su propia dueña, ésta, allá en los rinconcitos de su cerebro, donde tenía ordenado y aguardando turno su inagotable repertorio de atractivos y de secretas coqueterías amorosas, estaba trazando un plan irresistible de nuevos encantos y de nuevos alicientes.

Los grandes éxitos en el mundo, en el teatro, en la guerra, en las ciencias y hasta en las religiones,—pensaba Miss Mary—se deben, las más de las veces, á detalles que parecían insignificantes.

Para la mujer no hay ninguno despreciable,—decía la bella, esmerándose por hacerse resaltar los rizados hilitos de su mechoncito de pelo que prestaba á toda su cabeza y especialmente á su frente despejada y de limpias curvaturas, un aspecto señoril que atraía por la exquisita singularidad de aquel adorno natural.

Era ya la hora, y el mimado amante no llegaba...

La hija del traspunte, una muchachita de precocidad femenina portentosa,—que había nacido allí mismo, en un rinconcito del escenario, una noche de

(*) "Lying" significa mentiroso.

función á beneficio de los empleados subalternos, porteros y acomodadores,—entró en el cuarto saltando como un gorrión, y, poniendo sobre las rodillas de Miss Mary un paquetito, dijo chillando como cuando representaba papeles de niña entrometida:

—Esto me han dado para la señora. Ya sé de quien viene; pero no llore la señora... porque el señorito volverá... Sí, sí, que volverá.

Esta indiscreción le valió un beso y una monedita de oro.

Miss Mary deshizo el lazo del paquete, y halló que era el manuscrito de un nuevo drama.

En la primera página leíase:

MY LOVE

Dedicado á la más grande actriz del mundo

Y debajo, escritas con lápiz, había estas palabras:

«Mary: *my little cat.*

La razón ha triunfado del amor. No te olvidaré nunca. Separándonos irrevocablemente, podemos llegar á la gloria... y escapamos del ridículo.

Adiós.

Lying.»

Miss Mary reclinó la gallarda cabeza hacia atrás, como si se abandonara en el vacío que sentía súbitamente; dejó caer sobre sus rodillas el manuscrito y cayó ella en brazos de sus cuatro doncellas, que comenzaron á gritar destempladamente como conejillos de Indias, de aquellos que parecen ratones disfrazados...

...Se suspendió la función del teatro.

La famosa actriz fué conducida á su hotelito de *Regent's Park* y allí permaneció tres días y tres noches sin recibir la visita de nadie, absolutamente de nadie: ni de su médico, ni de su modisto.

Solamente Victory, la desmanotada y manirota, pudo cuidar á su ama, sirviéndola incesantemente sorbitos de thé, en tazas como dedales de oro, y á oscuras, siempre á oscuras.

A los tres días, Miss Mary mandó abrir las ventanas. El sol entró hambriento por besar á la mujer hermosa, y llegó hasta comunicarse con ella, saturándola de luz y de color.

Victory miró á su ama, y lanzó un grito de extrañeza y de horror.

Miss Mary tenía los cabellos negros como su sufrimiento; pero el mechoncito de la frente era blanco como la nieve, tan fría como la soledad de su dolor...

Al día siguiente, en todos los salones de *Picadilly* y de *Oxford Street*, se sabía que la célebre actriz Miss Mary llevaba sobre la frente la señal de una gran contrariedad, de una crisis pasional intensa: la efeméride de un desengaño de amor.

Tres meses más tarde los carteles del *Royal Theatre* anunciaron la reaparición de la gran trágica y el estreno del nuevo drama de Míster Lying:



MY LOVE

La obra obtuvo un éxiso ruidoso.

Érase un hombre joven y ambicioso de gloria, que se había unido á una actriz de talento extraordinario para hacerla servir de vehículo hacia la notoriedad que él deseaba para sí. La mujer creyó en él y se entregó adorándole.

Luego el egoista, ahito, burlaba la confianza y el corazón de su amante y la abandonaba con el pretexto de una ambición sin límites, disfrazada de ideal artístico.

—Vos sois una mujer superior, que andáis por el camino del mundo, asombrándole con vuestro talento, —dice el protagonista;—yo soy un intelectual; mi reino no es de este mundo; soy un *superhombre*, y vuestro amor, al que yo acudí, no debe detener mi marcha hacia el gran arte; «el arte de hacer valer mi persona.» Separándonos irrevocablemente podemos llegar hasta la gloria, que nos solicita...; y escapamos del ridículo de una pasión sin grandes horizontes...

El pobre público aplaudió el razonamiento del bellaco y lo halló justo, digno del impetuoso talento del autor de moda.

Miss Mary presentóse en escena con buen gusto y lujo inusitados, cuajado su pecho y su cabeza por hilos de perlas, y cubiertos todos los dedos de sus manos y parte de sus brazos por tejidos de brillantes.

Su arrogante cabeza desafiaba al público y sus ojos se clavaban en el auditorio con la intensidad de un espíritu convencido.

Por sobre sus cabellos negros como la endrina, destacábase el mechoncito de hilos de plata, blancos como la nieve...

Las aristocráticas londonenses celebraron la valentía de la mujer joven y hermosa, que no desdeñaba llevar encima de la frente la efeméride de su pasión sacrificada.

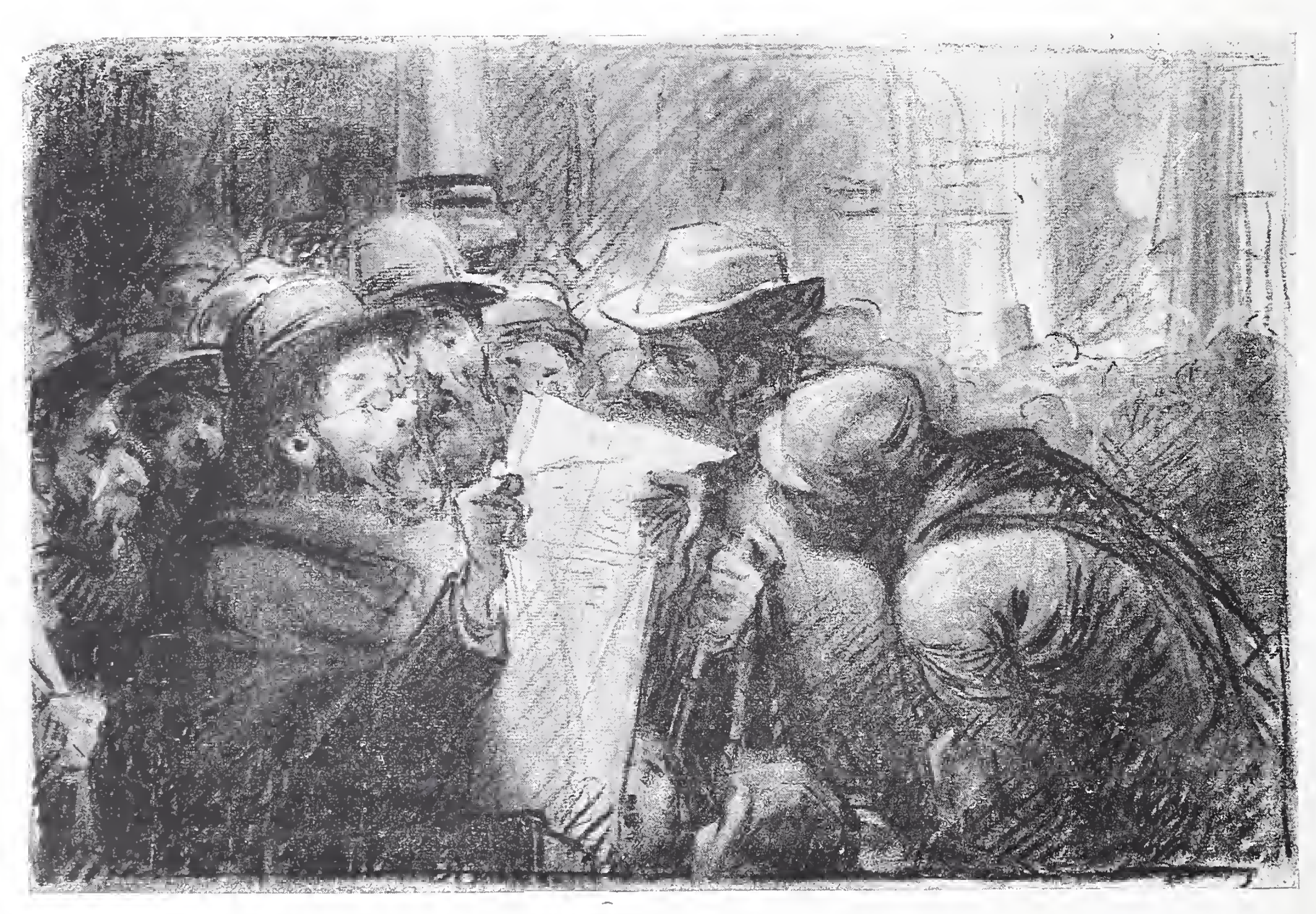
A los pocos días del estreno de *My love*, un célebre *perfumer*, que se había hecho rico vendiendo un tinte infalible para volver el cabello negro como la endrina, presentaba á su elegante clientela femenina otro producto químico, también de seguro éxito y de la más atrayente actualidad:

ALARDE AMOROSO

Última creación: especial para casadas.
¡No mancha!
«Affection withant interest or sensuality.»
Frasco: 3 libras.

Y ganó mucho dinero.

MARCOS JESÚS BERTRÁN



J. BORRELL.—NOTICIA SENSACIONAL



R. CANALS.—NOCHE DE VERBENA

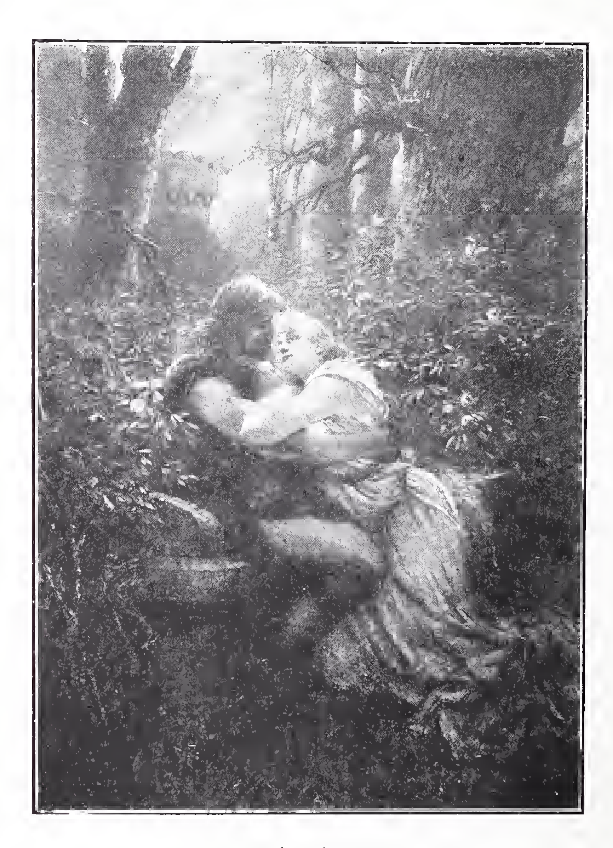


WAGNER

El meollo de Wagner está en su poesía íntima, en sus revelaciones lumínicas y hasta en sus filosofía y mitología erróneas, figura exterior convencional, afectada y groserísima de los purísimos sentimientos y clarísimas luces de su alma, y de la eterna, substancial y riquísima filosofía cristiana. Carácter muy semejante al de un gran engañado, Schopenhauer, es sólo, como éste, un despechado de la mística cristiana; creyendo tocar el fatalismo de aquel caprichoso materialismo del reinado absurdo de la Voluntad, se convierte, como aquel filósofo, en un incomparable Quijote, pretendiendo librar á la divina Inteligencia, esparcida sin orden por el caos (¡qué niñada!) y aherrojada y esclavizada en los grillos universales y tiránicos de esta Voluntad, *Dios*, Fuerza, Impulso universal, lo que sea.

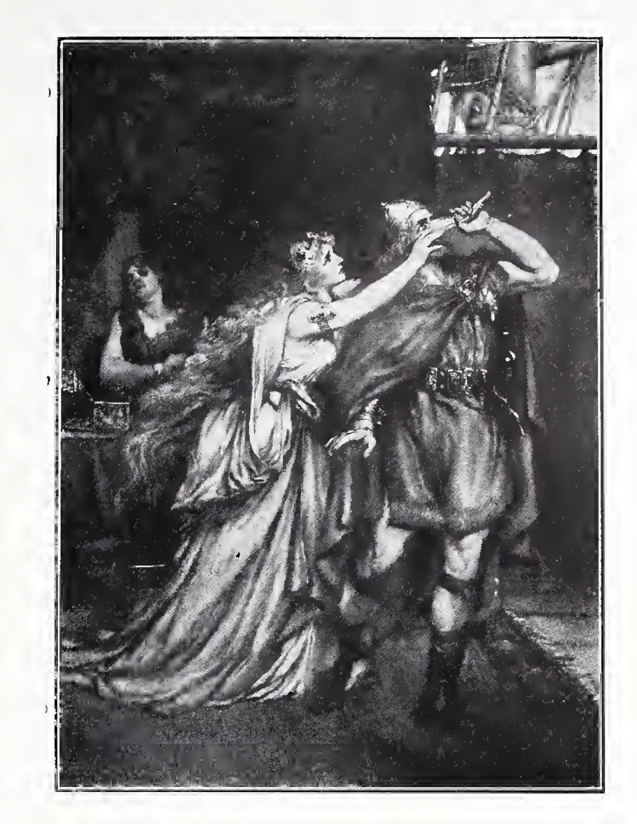
¿Pues á qué esta lucha imposible, á qué esa filosofía, poética y moral *necias, fantásticas, inútiles,* absurdas? Luego creen Schopenhauer, Wagner y todos los pesimistas *serios,* que esta Inteligencia *divina* está llamada á reinar algún día sobre, ó mejor, *en* esta Voluntad *fatal, estúpida, ciega* y universal? Porque aunque no se confiese esta fe con palabras, yo la veo bien afirmada en la luz de la verdad que arrojan en medio de errores las obras de estos dos hombres célebres. Oyéndolas ó leyéndolas, se convence uno de que el impulso individual de los dos tiene un origen en la terrible *hambre y sed de justicia* que padecen. Pues si llega ese día creador, ó mejor dicho, *restaurador* ó *regenerador,* en que la Voluntad universal sea un esplendor ó irradiación de esa *crucificada* ú oprimida Inteligencia ó Sabiduría Eterna, entonces la teología cristiana y más alta es una verdad.

Y si no es así, ¿por qué perseguir la belleza y la luz con tanto afán? Ya dice el maestro Schopenhauer, que lo mejor es dejarse morir por convicción, haciendo que se estinga así la raza humana. Pero los dos buscan y pretenden hacer á su manera prácticas la moral, la virtud, la justicia y la poesía. Y de tal manera lo hace Wagner, que parece que tiene un permiso especial para mostrar multitud de maravillas de belleza, que, si no están en el cielo cristiano, en la naturaleza y humildad animadas por millones de ángeles invisibles, buenos y malos, no pueden estar en parte alguna. Porque todas las leyendas y seres sobrenaturales de su fantasía, se pueden reducir en su realidad racional é ideal artísticas á ángeles, santos ó demonios, y á sus hechos más ó menos velados y con apariencias mitológicas, carnales ó vulgares.



Tristán é Isolda

Si atendemos á algunos efectos de rigor y triste fastidio que causa en el ánimo más ó menos distraído y esteriorizado, el paso de algunos *leit-motiv* ó paráfrasis melódico-anímicas, parecerá quizá que Wagner pretende realizar el suicidio artístico de la poesía y del ideal, cumpliendo la máxima avinagrada de Schopenhauer, reflejada en Wotan, personificación *divina* de esa Voluntad creadora, que tiene como fin inevitable su propia muerte. Pero en el desarrollo estético y aun literario de este principio, aparece, muy al contrario, que Wagner quiere, no la muerte de la Idea y de la Voluntad, sino una glorificación y exaltación eternas é infinitas, una vez cumplida *necesaria,* no fatalmente, la ley, el decreto divino, la palabra de un Dios, una vez *muerta* (léase cumplida ó satisfecha) la divina Voluntad, una vez *crucificada* ú obscurecida por los velos del error, del pecado, de la lucha ó de la prueba, la inteligencia inocente, purísima é inmaculada que existe y ha de existir siempre. Esta tendencia, este anhelo, es lo que se adivina y lee en lo interior de cada melodía y forma wagnerianas: jamás el puro hado del aniquilamiento; porque aun cuando entona una salmodía fúnebre, es para hacer resaltar con sus disonancias de noche las grandezas y perdurabilidad de la luz inestinguible é inefable. ¿De dónde sacaría, sino, Wagner, el profundo misticismo de sus creaciones, de sus formas, que siempre resaltan como afirmaciones rotundas del ideal absoluto y de sus magníficas figuraciones del *Es* constante y perpétuo, jamás (en su resultante) del *debiera de ó pudiera ser, pero no es?* ¿Por qué ese amor á la verdad y á la realidad, en sus más nimios y expresivos detalles, en ocasiones, si no se tiene conciencia cierta de que existen, si no se sienten como un *sí,* como una montaña en lo más íntimo del yo? ¿Qué es, pues, la tan decantada sinceridad artística y filosófica de que hacen gala estos señores pesimistas? No hagamos caso en esto á Wagner: sus obras bellas no afirman la eterna variabilidad, sino la inmutabilidad y fijezas más absolutas. De ahí y por eso las paráfrasis abundantes é indefinidas. Por eso son paráfrasis (figuras) indefinidas y varias, porque existe una inmutabilidad constante de la Idea, del Arquetipo, de la Palabra, del Verbo divino. Y por eso Wagner tiene unidad, estilo, escuela, estética y filosofía; porque la Belleza é Idea inmutables y siempre las mismas las animan: formas de vida y de luz, estados, tiempos, figuras y escenas, sólo son argumentos constantes á favor de la eterna realidad é inmutabilidad del ideal. Este transformismo aparente y superficial, en rigor sólo expresa, no cosas distintas, sino una sóla cosa: inmutabilidad y estabilidad de la Esencia de toda forma y belleza, esto es, del Ideal, de Dios.



Tristán á Isolda

Este pesimismo es, por consiguiente, no una hipocresía, sino una ficción del ánimo perturbado y una venganza contra la farsa del mundo y la maldad del infierno, que es quien impone con su hálito envenenado esa sugestión infame de una fatalidad cruel y un amor que oprime al hombre y á la razón é inteligencia de un modo general. Esto es el Wotan tiránico y odioso que no admite redención, perdón ó graciosa condonación, que quiere su propia extinción. Confundir esta enervante mentira, que atrae como una vorágine, con el suave incumplimiento, á pesar de la cruz, de la adorable voluntad del Dios de bondad y amor, de la divina Ley Moral, sólo puede hacerlo un pesimista que se haya olvidado del Padrenuestro y del más elemental catecismo.

Mas inspirándose la estética práctica wagneriana en el más elevado y candoroso romanticismo, en manera alguna puede llevarnos á la muerte del ideal, sino á una de sus glorificaciones más estupendas, realizada precisamente en el foso de esos pesimismo y materialismo deprimente y malsano, y apareciendo como una robusta confesión de fe en el ideal más depurado, en medio de una época que se complace en acumular inmundicia y tinieblas al rededor de la luz, del pensamiento, de la sinceridad y de la verdad, y cuando el mismo arte de los sonidos parecía llegar á su decadencia.

¿No es divagar y tontear creer que esa luz del cielo



Tristán é Isolda

que cada vez se descubre mejor en las repetidas audiciones de Wagner, pueda ser un fuego fátuo y una mera ilusión sin representación ni objeto, cuando en buena lógica hasta los fuegos fátuos é ilusiones han de tener su realidad y representación?

Cuando Wagner escribe, concibe y siente como poeta, filósofo y artista sus melodías y armonías y combinaciones de timbres, cuando penetra con su puro corazón y entendimiento en el *substratum* ideal (y real á la vez) de los sentimientos y cosas, es sincero, consiente y abandona su alma á la fe é instinto artísticos, y todos le vamos siguiendo llevados por su alada y bellísima fantasía, y *vamos bien en el machito,* hablando prosaica y gráficamente; pero cuando en sus escritos y exterioridades dramáticas ó pictóricas toma al pie de la letra, no como figuras groseras de la verdad, los errores informes del pesimismo absoluto y de la mitología germánica, le hemos de abandonar, porque no sabe lo que se dice. Claro que quiere decir algo bueno, estético, trascendental, y substancial; pero ofuscado por la garrulería de los maestros del gremio y cohibido por sus dogmatismos y fórmulas, no encuentra el modo de expresar con ellos su viva y levantada fe artística, y afirma, como hemos visto en ocasiones, algo que contradice la realidad práctica y lógica de su misma estética.

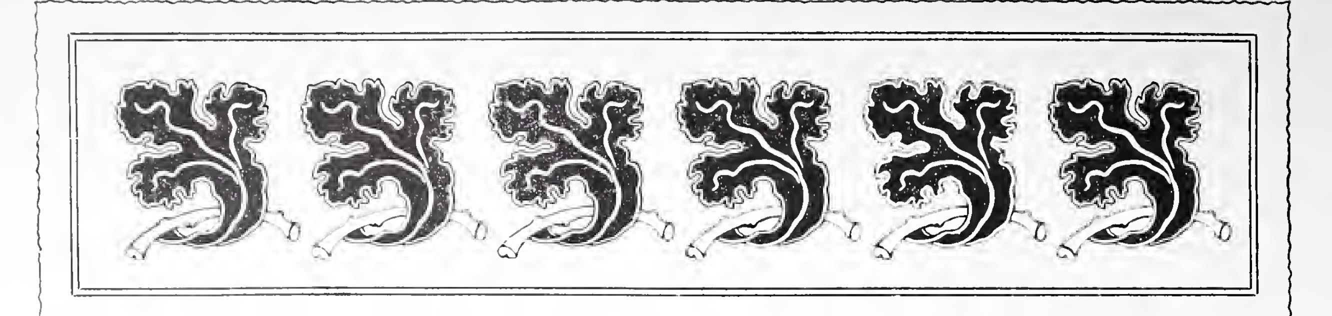
Es la suerte de todos los que creen que, sintiendo y pensando en purísimo cristiano, no puede llegarse absolutamente á todos los ámbitos del cielo, de la tierra y del mismo infierno; de todos aquellos que no ven que sólo hay y puede haber una estética, la cristiana, de la cual hasta los erróneos pesimistas, deterministas, racionalistas y materialistas, sólo son una figura y ruda ó velada expresión.

La mitología germánica, como todas las mitologías, tomada como representación circunstancial de lo sobrenatural cristiano, pudiera sin duda también servir al poeta y al músico, y expresar cosas muy altas y al mismo tiempo muy humanas y reales; con sus afirmaciones *absolutamente* pesimistas, groseras ó literales, Wagner la echa á perder y convierte en ocasiones la acción dramática de por sí más interesante, la pasión más grande y noble, en una ridiculez sin objeto, en una estupidez pueril. En estos casos, digo, debemos escuchar al poeta, y dejar á un lado las declamaciones vacías é inoportunas de sus libros de crítica ó propaganda. Porque ¿qué sabe el poeta de si mismo? En vano nos dirá: seguid por aquí ó por allí, si su inspiración, si sus regueros de luz é ideas nos llevan por otro lado. En vano Wagner puede decir: creed en el hado, en la Voluntad pesimista, si sus inspiradas melodías nos enseñan y descubren los senos de Dios verdadero, todo espíritu, belleza, verdad y esperanza infinita sin mezcla de sombras ni aleaciones impuras, esclavistas é infernales. En vano Wagner dirá: este es Olimpo, esta es Juno, este creador se llama Wotan, si la musa wagneriana está respirando por todos sus poros la inmortalidad y alteza inefables del Ideal, si yo veo que esta poesía inmortal no puede ni debe, ni es digna de existir, sino en el racional, puro y real cielo del cristianismo. Si veo revelación tras de revelación, figura tras de figura y un encanto tras de otro encanto, que me llevan á un altísimo y ardoroso deseo de este Infinito é Inenarrable Bello que yo siento y concibo dentro de mi mismo, y á la visión y contemplación de su glorioso esplendor y majestad, ¿cómo puedo detenerme en ese estúpido Wotan, que no es más que un malandrín con arreos semidivinos, ó á lo más una condición relativa (en figura grosera) de la Ley? Así como Wagner se olvida de la preceptiva ante las irradiaciones del Ideal, así ante Dios y en Dios se llega á olvidar, á hacer inútil su misma Ley, (la Ley, se entiende, que todo lo encerró bajo pecado); ¿cuánto más esa caricatura de lo divino llamada Wotan en la mitología germánica, á la cual Wagner pretende dar tantos sentidos absurdos, frívolos y ridículos?

Enrique Sánchez Torres



O. JUNYENT.—EN LA ACADEMIA



FOTOGRAFÍAS


Joaquina Pino

Colocadas sobre la pared, sin orden, en direcciones distintas, medio ocultando sus tamaños diversos, están las fotografías de mis amigos, de aquellos con quienes compartí horas felices y horas amargas; compañeros á cuyo lado luché por la vida, y de los cuales unos sucumbieron, vencieron otros y algunos están aún en el campo de batalla, peleando con el ánimo que sólo la esperanza infunde.

Allí están las imágenes de rostros conocidos que me recuerdan afectos sinceros, decepciones profundas, desengaños terribles. Aquel es el retrato de quien conocí en la niñez: un vencido. La fotografía ha copiado la amargura que se asoma á los ojos, como si rebosara del alma. De chico era alegre, vivaracho, revoltoso; de mozo parecíale estrecho el mundo para que en él cupiesen sus aspiraciones. Entró en fuego, y á los primeros disparos quedó, no muerto, que la fortuna nególe hasta la felicidad de perecer, sino herido, con herida que le produjo la inutilidad perpétua, convirtiéndole en inválido cuando más ansiaba lauros y provechos que saciasen sus ambiciones.

Aquel otro es el retrato de quien más admira á cuantos le conocemos. Nos pareció siempre carne de cañón, y ahora luce los entorchados de general. Creíamosle záfio, tosco, torpe; le perdimos de vista al empezar la refriega, y andando el tiempo le encontramos satisfecho y triunfador. Mirando atentamente su imagen, se descubre en ella la astucia. Vino al mundo sin la llave de la inteligencia, pero la ha suplido con la ganzúa de la habilidad.

Aquella es la fotografía del premiado con razón. Al lado suyo está la de la medianía endiosada. Muy cerca la del amigo huraño, trabajador, inteligente, con modestia exagerada, una modestia que más parece asco del mundo. En revuelta confusión, las tarjetas colocadas sobre el muro del cuarto donde escribo, parece como que se animan y hablan de cosas que fueron evocadas con la intensa melancolía del recuer-


García, fot.
Carmen Cobeña



Encarnación Cervantes

do y de cosas futuras, que brillaron con la luz clarísima, algo pálida del amanecer.

Los retratos cuchichean, murmuran, ríen, lloran. Descubren sus ilusiones, que necesitan una hora para nacer y un año entero para morir. Relatan triunfos, contrariedades, ansias, temores, asombros. En unas caras asoma la envidia, en otras se expresa el gozo; en estas revélase la satisfacción con inmutable placidez; en aquellas el odio pugna por manifestarse. Aquel coloquio sin palabras parece á ratos diálogo de drama y á ratos escena de sainete. Están al lado de lo que abruma, lo que enardece; juntos á la alegría el pesar; tocándose lo risible y lo severo, lo grande y lo mezquino, lo que eleva y lo que deprime.

Entre los retratos de los que viven, están los de amigos que perecieron. Cuando se contemplan sus efigies diríase que en ellas hay aún algo de la vida que gozaron los originales. ¡Y qué de cosas cuentan las fotografías de los muertos! Parece como que se ríen de las otras, de las pertenecientes á personas que aún existen. «Nosotros ya sabemos á qué atenernos; nuestra historia concluyó, y por lo mismo nos burlamos de los afanes, de las inquietudes, de las vanidades vuestras. Los triunfos, las glorias, las riquezas, todo nos es igual; todo nos infunde desprecio. El día en que yo me puse delante de la cámara obscura, parece decir uno de los retratos, estaba satisfecho, convencido de mi poder. Permanecí quieto, muy quieto, unos segundos, para que al impresionarse la placa no se perdiera ni el menor rasgo de mi fisonomía, ni el menor detalle de mi uniforme, símbolo de mi fatuidad. ¡Mi cara, mi uniforme! Aquí están pintados en una tarjeta, en la cual hay algo de mofa contra las aspiraciones de los hombres»...

Paso horas enteras mirando á la pared donde están clavadas las fotografías; creo percibir como el zumbido de sus conversaciones, y pienso: cuando yo muera, ó antes acaso, todos estos retratos se dispersarán; la acción del tiempo los destruirá poco á poco, y la reunión de amigos quedará disuelta, quedarán destruídas las imágenes, que tantas cosas recordaron é hicieron meditar acerca de tantos incidentes. La desaparición ó el destrozo de estos retratos será una nueva muerte, algo así como el epílogo de la desaparición de unas cuantas criaturas.

Salgo á la calle, y las personas que en ella encuentro me parecen, no seres animados, sino fotografías que hablan, se mueven, piensan, discuten y pelean. Fotografías, sí, clavadas en el mundo para que manifiesten recuerdos, esperanzas, ambiciones, noblezas y perversidades. Fotografías que se borrarán al fin, y luego quedarán destruídas, trocadas en añicos primero, después en polvo.

Todos fotografías, y el único original eterno, inmutable, Dios, que dirige al mundo y consiente las debilidades humanas.

J. Francos Rodríguez



Audouard, fot.

Aurora Guzmán



LA LAGRIMA Y LA PERLA

La lágrima y la perla
en singular porfía,
luchaban cierto día
sobre la estima de su mutuo ser.
Decía la segunda:
« ¡ Oh lágrima sin arte !
¿ Pretendes compararte
á mí, signo de pompa y de poder ? »
» ¿ A mí, que embelleciendo
con ángulo de estrellas
la frente de las bellas,
luz añado á la luz de su mirar ? »
Agota en imitarme
la vanidad su ciencia;
me busca la opulencia
en los abismos húmedos del mar:
» En vano los poetas
comparar han querido
tu esplendor deslucido
con la riqueza que destella en mí;
en vano se ha afanado
su mentido lenguaje:
querer con mi ropaje
de luz engalanarse, es frenesí. »

La lágrima responde:
« Mi luz modesta brilla;
resbalo en la mejilla
revelando el dolor y la aflicción.
De nosotras, ninguna
sus destinos escoge,
y á las dos nos recoge,
á tí la pompa, á mí la compasión.
» Sonrisas ó suspiros
hácenme compañía,
é indican si me envía
á los ojos la pena ó el placer.
Las almas encadeno
con secreta potencia:
tu anuncias la opulencia;
yo anuncio el corazón de la mujer.
» Tu resplandor de hielo
sin sentimiento brilla;
mi gota en la mejilla
derrama celestial animación;
los amores me secan,
me recoge el consuelo,
y me bendice el cielo,
porque la perla soy del corazón.»

F. Bello

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Allí cerca se alzaba una suntuosa tienda; en el campo se veían numerosas cabañas formadas con ramas, donde debían reposar de las fatigas. A ellas llevaron los héroes muchas hermosas jóvenes, siguiendo á Crimilda, la reina, que se sentó en un trono guarnecido de rica tela: el margrave se había apresurado á procurar que fuera bello y bueno. Se veía al rey Etzel en grande alegría y placer.

No sé lo que dijo entonces; entre sus temblorosas manos tenía las blancas de la reina, y estaban sentados amorosamente; pero el héroe Rudiguero no permitió al rey que demostrara su amor á Crimilda á solas.

El día de Pascua se celebró la boda del rey Etzel con Crimilda en la ciudad de Viena. Pienso que con su primer marido no había tenido á su servicio tantos hombres.

Por sus regalos se dió á conocer con aquellos que no habían podido verla. Muchos de entre ellos dijeron á los extranjeros: «Nosotros creíamos que Crimilda carecía de bienes, y con sus regalos nos hace ver grandes maravillas.»

Las bodas duraron siete días. Creo que las de ningún rey fueron tan ricas y magníficas: á lo menos lo ignoro; todos los que estaban allí tenian vestidos nuevos.

Ella no tuvo nunca en el Niderland tantos guerreros; también pienso que Sigfrido, con sus cuantiosas riquezas, no tuvo á sus servicios tantos nobles guerreros como se veían al lado de Etzel.

Crimilda pensó en el tiempo en que al lado de su noble esposo estaba en el Rhin; las lágrimas humedecieron sus ojos, pero los secó para que nadie pudiera verlas. En compensación de sus pasados dolores, recibía grandes honores.

A la décima octava mañana los héroes partieron de Viena. En los torneos quedaron rotos muchos es-cudos por las lanzas que blandían los guerreros. El fuerte Etzel se encaminó hacia el Huneland.

En Misenburg la rica se embarcaron. El río, en toda la distancia á que alcanzaba la vista, se veía cubierto de hombres y caballos de modo que parecía la tierra. Las cansadas mujeres pudieron reposar allí.

Amarraron juntos muchos buenos bajeles, de modo que todos estuvieran libres de las olas y de las corrientes: encima se armaron cómodas tiendas, y estaban lo mismo que si se hubieran hallado en una campiña.

Estas noticias llegaron á la ciudad de Etzel, y los hombres y las mujeres se alegraron. El acompañamiento que en otro tiempo sirvió á Helke, pasó después felices días al lado de Crimilda.

Allí estaban muchas nobles vírgenes que después de la muerte de Helke no habían sentido el corazón alegre. Siete hijas de reyes encontró allí Crimilda, cuya belleza era gala del país de Etzel.

Dirigía aquel acompañamiento la joven Herrat, sobrina de Helke, rica en virtudes, esposa de Dietrich y descendiente de un noble rey, pues era hija de Nentweino; más adelante recibió grandes honores.

Con la llegada de los extranjeros experimentó grande alegría; grandes preparativos se habían hecho para recibirlos. ¿Quién podrá decir la vida que después llevó Etzel? Los Hunos no habían vivido tan bien en tiempo de la otra reina.

Por esto desde entonces, todos los parientes del rey y sus guerreros les estuvieron sometidos de tal modo, que Helke no tuvo tanto poder como disfrutó Crimilda hasta su muerte.

Era tan alegre la vida en la corte y en todo el país, que en cualquier tiempo se hallaban diversiones con arreglo al gusto de cada cual; esto era resultado de la generosidad del rey y de la bondad de la reina.

XXIII

DE COMO CRIMILDA PENSÓ VENGAR SUS OFENSAS

Vivieron siete años en la más perfecta armonía y completo honor: en este tiempo la reina dió á luz un hijo, y nunca fué tan grande la alegría de Etzel.

No dejó de suplicar en mucho tiempo hasta que el hijo del rey Etzel recibió el bautismo, según la costumbre cristiana; pusiéronle Ortlieb.

Todas las virtudes que en otro tiempo practicaba la señora Helke, se afanaba Crimilda por renovarlas cada día con más empeño. Herrat, la noble joven, le hacía conocer las costumbres, pero en su interior sentía mucho la falta de Helke.

Lo mismo los del país que los extranjeros, la conocían muy bien, y sostenían que nunca hubo rey que tuviera esposa más dulce: esto lo tenían por cierto. Las alabanzas de los Hunos no la faltaron durante trece años.

Había advertido que nadie contrariaba sus deseos, como hacen con las reinas los guerreros de los príncipes, y diariamente veía ante ella doce reyes. Ella comenzó á pensar en las ofensas recibidas en otro tiempo.

Peusó también en los honores que le tributaban en el



Nibelungenland, donde era tan poderosa antes que la mano de Hagen, con la muerte de Sigfrido, la despojara de ellos, y buscaba medio de hacerle sufrir la pena de su crimen.

Este deseo no la abandonaba nunca, y pensaba: «Soy tan poderosa y tan rica, que podría hacer aniquilar á mis enemigos; con gusto me vengaría de Hagen de Troneja.»

Una noche que la señora Crimilda reposaba al lado del rey, teniéndola entre sus brazos, según acostumbraba, pues amaba con ternura á la noble mujer, la altiva viuda comenzó á pensar en sus enemigos.

Así dijo al rey: «Tengo elevados parientes: por esto me entristece que tan raras sean sus visitas á este país; oigo que toda la gente me llama desterrada.»

El rey Etzel le dijo: «Muy querida esposa mía: si el viaje no les pareciera demasiado largo, los invitaría con gusto á que vinieran á mi reino.» Grande fué su alegría al observar que su voluntad se iba á cumplir.

Ella le dijo: «Si queréis depositar en mí vuestra confianza, querido señor, enviad mensajeros á Worms sobre el Rhin, y haré saber á mis amigos mis deseos y anhelos: vendrán á este país muchos guerreros nobles y buenos.»

Le respondió: «Cuanto mandéis será hecho; vos no deseáis ver á vuestros parientes los nobles hijos de Uta tanto como yo; para mí es un dolor que permanezcan alejados tanto tiempo.

»Si esto os agrada, querida esposa mía,» añadió, «enviaré por mensajeros á vuestros amigos en el Burgundenland á mis músicos.» Los buenos músicos fueron llamados inmediatamente.

Los jóvenes acudieron enseguida á donde estaba el rey, al lado de la reina. Les dijo que habían de ir como mensajeros al Burgundenland, y les hizo preparar magníficos vestidos.

Para veinte y cuatro guerreros se prepararon trajes, y el rey les explicó enseguida lo que tenían que decir á Gunter y á los que le acompañaban. La señora Crimilda les habló también en secreto.

El rico rey les dijo: «Voy á manifestaros lo que tenéis que hacer: presento á mis amigos todos mis cumplimientos y les ruego que vengan á mi país. No he conocido huéspedes que puedan serme tan queridos.

»Y si los parientes del esposo de Crimilda no se niegan, que vengan también á la fiesta de mi corte, que de la felicidad de mi esposa tengo una parte.»

Así le contestó el músico, el atrevido Schwemmel: «¿Cuándo se verificará la fiesta en esta corte? Esto es menester que se lo digamos á vuestros amigos del Rhin.» El rey Etzel contestó: «En los días con que media el estío.»

«Haremos lo que nos mandáis.» dijo Werbelein. Crimilda hizo que los mensajeros fueran á su cámara y les habló en secreto. A causa de esto perecieron muchos guerreros.

Ella dijo á los mensajeros: «Grandes bienes podéis adquirir si hacéis mis voluntad y si decís en mi país lo que yo os encargue. Yo os daré muchas riquezas y magníficos vestidos.

»A ninguno de mis amigos que veáis en Worms sobre el Rhin, le diréis que habéis advertido mi humor sombrío, y ofreceréis mis servicios á aquellos héroes fuertes y buenos.

»Rogadles que accedan á lo que mi esposo quiere, y que calmen mi pesar, pues aquí creen los Hunos que no tengo amigos. Si fuese caballero, yo misma iría al Rhin.

»Y decid á Gernot, mi noble hermano, que nadie en la tierra me es tan querido; rogadle que venga á este país con sus más fuertes amigos; esto me hará honor.

»Decid también á Geiselher que piense en que por su causa nunca experimenté aflicción alguna; á él lo verán con gusto en este país los ojos míos, porque lo quiero con toda mi vida y me ha prestado buenos servicios.

»Decid también á mi madre con cuanto honor vivo aquí y si Hagen de Troneja se negara á hacer el viaje, ¿quién podría indicarles el camino de este país? Desde su infancia conoce el país de los Hunos.»

Los mensajeros no sabían el motivo porque no podían dejar en las orillas del Rhin á Hagen de Troneja. Por esto fué grande su pesar: con él vinieron á una horrible muerte muchos guerreros.

Les dieron carta de mensaje cerrada; llevaban muchos bienes y podían vivir con opulencia. Los despidieron Etzel y su bella esposa, y partieron con muchos suntuosos trajes.

XXIV

DE COMO WERBEL Y SCHWMMEL LLEVARON Á CABO SU MENSAJE

Cuando Etzel hubo enviado sus mensajeros al Rhin, la noticia se supo de país en país; con rápidos correos rogó y mandó que vinieran á su fiesta; en ella muchos recibieron la muerte.

Los mensajeros, al abandonar el Huneland, se dirigieron hacia los Borgoñones para invitar á los tres nobles reyes y á sus fuertes guerreros á que fueran al lado de Etzel; muchos se apresuraron.

Caminando llegaron á Bechlaren donde fueron muy bien recibidos. Rudiguero y Gotelinda no dejaron de ofrecer sus servicios á los del Rhin, y lo mismo hizo la hija del margrave.

No dejaron ir á los emisarios sin regalos para que pudieran cumplir mejor lo que Etzel les mandara. Rudiguero rogó que dijeran á Uta y á sus hijos, que ningún margrave los quería tanto como él.

Ellos enviaron también á Brunequilda ofrecimientos de su afección, de sus bienes, su cariño y su fidelidad sin fin. Después de estos encargos los mensajeros se dispusieron

á partir; Gotelinda, la noble margrave, pidió á Díos que los condujera con bien.

Antes que los emisarios llegaran á Baierland, Werbel el atrevido fué á ver al buen obispo; lo que él encargó dijeran á sus amigos del Rhin no lo he podido saber: sólo sé que de su oro rojo hizo presentes á los mensajeros. Después les dejó marchar. «Grande sería mi felicidad,» dijo el obispo Pilgerin, si pudiera ver aquí á mis sobrinos; yo casi no puedo ir hasta el Rhin.»

Los caminos que siguieron para llegar hasta el país del Rhin no lo puedo decir. Nadie se atrevió á quitarles su dinero ni sus vestidos temiendo la cólera de Etzel; grande era el poderío de aquel altivo rey, circundado de gloria.

En doce días llegaron al Rhin, en la ciudad de Worms, Werbel y Schwemmel. Hicieron saber al rey y á sus guerreros que se acercaban emisarios desconocidos; Gunter comenzó á preguntar.

Así dijo el jefe del Rhin: «¿Quién nos hará saber de dónde vienen á nuestro país esos extranjeros?» Nadie lo sabía hasta que Hagen de Troneja los vió: él dijo Gunter:

«Puedo afirmaros que nos llegan grandes novedades; he visto venir á los músicos de Etzel; vuestra hermana será quien los envía al Rhin: su señor será causa de que tengan buen recibimiento.»

Bien armados pasaban entonces por delante del palacio; nunca músicos de rey fueron tan bien vestidos. El acompañamiento del rey salió á recibirlos: los alojaron y les dijeron que no se quitaran los trajes.

Los vestidos de viaje eran tan ricos y tan bien hechos, que con honor podían presentare con ellos ante el rey; pero no quisieron llevarlos por más tiempo en la corte. «¿Hay alguno que los quiera?» hicieron preguntar los mensajeros.

Pronto encontraron gentes con las manos tendidas y se los dieron con gusto. Enseguida los extranjeros se pusieron más suntuosas vestiduras, como es bueno que lo hagan los emisarios de un rey,

La embajada de Etzel fué invitada á ir donde estaba el rey; se les veía con placer. El señor Hagen se adelantó hacia los mensajeros, dejando su asiento, y los recibió con cortesía: los jóvenes le dieron las gracias.

Comenzó á pedirle noticias de cómo estaba Etzel y los que le acompañaban. El músico le respondió: «Nunca hubo país más dichoso ni hombres más contentos, podéis creerlo.»

Se adelantaron hacia el jefe. La sala real estaba llena. Recibieron á los extranjeros con amistosas salutaciones, como se hace en los demás reinos. Werbel vió muchos guerreros al lado del rey Gunter.

El rey los recibió muy cortésmente: «Bien venidos seáis, músicos de Etzel, así como también los que os acompañan: ¿por qué os envía Etzel el rico al país de Borgoña?

Se inclinaron ante el rey, y Werbel dijo: «Mi querido señor os ofrece sus servicíos, y también vuestra hermana Crimilda; ellos nos han enviado con los guerreros en buena confianza.»

El rico príncipe respondió: «La noticia me causa alegría. ¿«Cómo están Etzel» preguntó enseguida el héroe «y Crimilda, mi hermana, en el Huneland?» El músico respondió: «Os lo haré saber.

»Nunca hubo nadie más felices que ellos, y lo mismo sucede á los príncipes, guerreros y amigos que los acompañan. Ellos se alegraron cuando emprendimos nuestro viaje

»Damos las gracias por sus servicios á él y á mi hermana: nos alegra saber que viven dichosos el rey y su gente; con gran cuidado había preguntado por ellos.»

Los dos jóvenes reyes habían llegado también, pues supieron la noticia del arribo de los mensajeros. El joven Geiselher los veía con gran contento por causa de su hermana, y les dijo cariñosamente:

«Mensajeros, seais muy bien venidos aquí: si vinierais con más frecuencia al Rhin, hallaríais amigos á los que veríais con placer; en este país nunca tendríais pesar si os quedarais.»

«Nosotros podemos disfrutar de todos los honores por parte vuestra» respondió Schwemmel: «no podré expresaros con mis palabras el cariñoso afecto con que nos han enviado aquí Etzel y vuestra noble hermana, que viven felices.

»La reina os recuerda que siempre la habeis tenido cariño y afección con vuestro corazón y vuestra alma. Después, señor rey, hemos venido para rogaros que vayais al Huneland.

»También nos han encargado que roguemos lo mismo al señor Geiselher y Gernot. Etzel el rico os invita á todos, y si no quereis ir á visitar a vuestra hermana, querría saber por qué dejais de hacerlo.

»¿Por qué prescindís de él y de su esposa? Aun cuando os hubierais olvidado de la reina, él por sí sólo bien marece que lo visiteis: si la visita se lleva á cabo, su alegría sería muy grande.»

El rey Gunter contestó: «Pasadas que sean siete noches, os haré saber la resolución que he tomado con el consejo de mis amigos; entretanto id á vuestro alojamiento y disfrutad de sus comodidades.»

Werbel respondió enseguida: «¿No podríamos ver á nuestra señora la rica Uta antes de que como guerreros fuésemos á reposar?» Muy cortésmente le respondió el noble Geiselher:

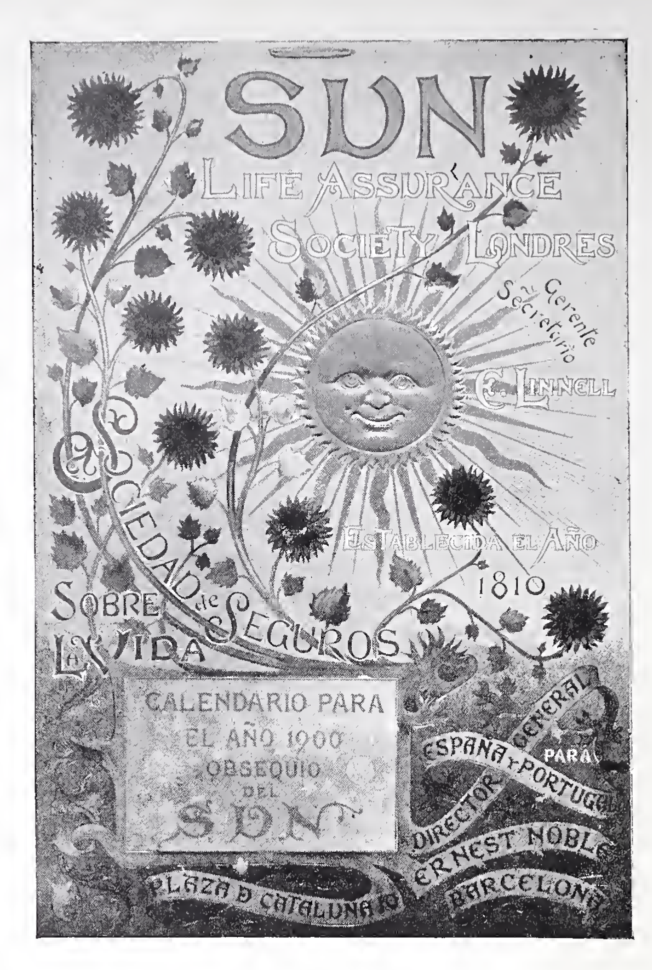
«Nadie os negará tal cosa, y si quereis ir á donde está mi madre, sus deseos y los míos quedarán satisfechos; ella os verá con gusto á causa de mi hermana, la señora Crimilda; sereis muy bien recibidos.»

Geiselher les llevó á donde Uta estaba. Vió con placer á los mensajeros del Huneland y los saludó amistosamente con su alma llena de virtudes. Los mensajeros la hicieron saber el objeto de su embajada.

(Continuará)









OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por* D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

FUERA DE LA COLECCIÓN

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º*, 3 pesetas

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º*, 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º*, 2 pesetas



HISPANIA

REVISTA QUINCENAL

de Arte, Literatura, Viajes, Curiosidades y Vida contemporánea

Suscripción y venta: HERMENEGILDO MIRALLES: Bailén, 59.-BARCELONA

y en la librería de Don Antonio López, Rambla del Centro, Barcelona

HISPANIA en 1902

Parece, en rigor, inútil que **HISPANIA** diga, antes de pisar los umbrales de 1902, cual va á ser el camino que ha de recorrer en aquel lapso de tiempo.

Y decimos inútil, porque los hechos pasados responden de la conducta futura. **HISPANIA** se propuso ser la Revista más artística — en el alto y noble sentido de la palabra — y detrás dejamos, como un reguero glorioso, nuestra colección que alcanzó en el último Certamen de París el voto de un jurado internacional con medalla de oro, y en España el favor de un público que no nos ha regateado su apoyo y sus simpatías.

Bastaría, pues, que afirmáramos que **HISPANIA** será en lo porvenir lo que hasta aquí ha sido, pero á tanto nos obligan las muestras de aprobación de nuestros lectores, que no nos parece bastante lo ya conseguido y queremos más todavía: queremos que **HISPANIA** sea en 1902 la Revista por excelencia, la más artística, amena, variada é interesante. Para llegar á este fin, **HISPANIA** ensanchará su horizonte con objeto de que dentro de él tengan cabida todos los aspectos de la vida moderna, todos los modos de ser de la sociedad contemporánea. Cuanto puedan registrar el lápiz y el pincel como medios materiales y artísticos, la pluma como expresión literaria y la fotografía como recurso para fijar la actualidad fugitiva, vendrá á las páginas de **HISPANIA** como á su lugar propio, para formar al terminar el año un anuario completo y expléndidamente presentado.

Esta amplitud de sus medios de acción en 1902, obligará á **HISPANIA**—sin dejar de responder á su título—á dirigir su mirada fuera de nuestras fronteras, á la América española que habla y siente como nosotros, y que, como nosotros también, tendrá en **HISPANIA** algo de su vida, de sus costumbres y de su raza.

Para lograr estos propósitos, que no son en **HISPANIA** sino una forma de la gratitud que debe á la gran masa de lectores que hasta aquí le ha seguido, continua contando con la cooperación de las mejores firmas literarias y artísticas en lo que pudiéramos llamar *alma* de la Revista, y con los procedimientos materiales más selectos en lo que toca al resto. No se nos motejará de alabanza propia si decimos que podrá hacerse *tanto* como nosotros hagamos, pero que no se llegará *una línea más allá* de adonde **HISPANIA** llegue, afirmación que no es una promesa, sino un simple recuerdo de lo que ya llevamos hecho.

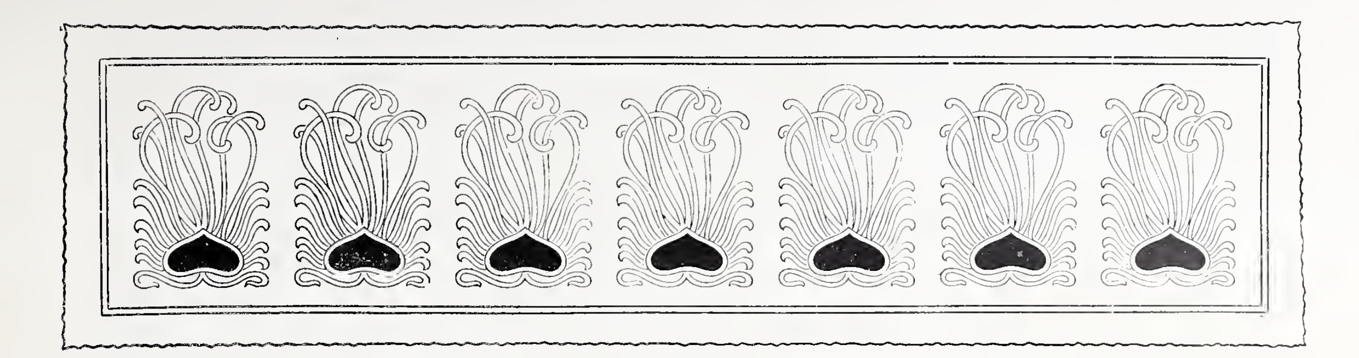
HISPANIA, en 1902, constará de **24 páginas**

Con el objeto de simplificar nuestra administración y evitar molestias á nuestros suscriptores, conviene que, al suscribirse, abonen el importe de la suscripción anual, que asciende á **quince pesetas.**

Los abonados que hayan satisfecho por anticipado el precio de la suscripción, tendrán derecho á los siguientes

Regalos: Unas elegantes tapas para la encuadernación
24 tarjetas postales, una en cada número

Los corresponsales de la Península é islas adyacentes, al hacer suscripciones anuales, enviarán el importe líquido, deducida su comisión, á esta administración, y de aquí se les mandará un recibo formalizado para cada suscriptor. Se remitirán estrictamente los regalos correspondientes á los recibos que esta administración haya librado.



LA PRIMERA NEVADA

Es un *espectáculo* que se contempla todos los años en las provincias Norte-Noroeste de nuestra Península, y, sin embargo, la primera nevada de la temporada constituye, para los naturales de aquellas regiones, algo así como una nevada nunca vista, como un acontecimiento rutinario y antiguo en su fondo, en su forma, y novísimo, de alta novedad, en la manera original de presentarse, en la manera especial de sorprendernos. Porque las nevadas tienen un gran parecido con las mujeres galantes, coquetas y de temperamento sensual y picaresco, que unas veces afectan timidez y tristeza, otras desenvoltura y alegría, en ocasiones debilidad y flaqueza, y á ratos nerviosidad vigorosa, alborotado regocijo, exuberancia de vida y de amor...



Asi son las nevadas: unas veces, obscurecido el 'sol, desciende el congelado líquido miedosamente, con parsimonia y melancolía; otras, brillando en el horizonte el retozón y chispeante astro, bailotean en el espacio menudos y traviesos copos que, mariposeando al ras de la tierra, acaban por convertirse en inofensivo y suave rocío; en ocasiones, encapotado el cielo, cubierto por densos é inmóviles celajes, las mosquitas blancas caen indolentemente, perezosamente, como temerosas de llegar abajo y besar el suelo; y á ratos, escondido el sol, enrarecido el ambiente por espesos y hoscos nubarrones, se desgaja la nieve con furia impetuosa, con loco y laberíntico zarandeo, con plétora de energía, de alientos, de avasalladora potencia...

* * *

Allá, nieva siempre; nieva todos los años, todos los inviernos, y á pesar de lo inmensamente triste, y, á veces, hasta terrorífico que



es el vivir una semana, un mes entero, bloqueados por la nieve, sitiados en el pueblo, incomunicados con el resto del mundo, casi emparedados en muchas ocasiones, tengo la seguridad de que si un año, solamente un año, dejaran de visitarnos las nevadas, las echaríamos de menos, sentiríamos la nostalgia de la nieve, nos resignaríamos de mal grado á no presenciar los indudables encantos del majestuoso y sublime *espectáculo*.

Hasta que la primera nevada nos saluda, ni las castañas asadas en el rescoldo de la fogata tienen su rico sabor, ni la vieja hila atareada y afanosa, ni se congregan los ancianos en las cocinas á contar consejas, chascarrillos y «valentías» de sus mocedades, ni la gente joven se solaza y corteja en arcados establos ó abrigados espadaderos, ni los chiquillos estrenan refrigerantes escarpines de sayal y pintarrajeadas almadreñas... Es preciso que nieve, que caiga la primera nevada, para que nos consideremos en pleno invierno, para entregarnos en cuerpo y alma á los usos y costumbres de la estación invernal, para darnos cuenta de que el frío ha penetrado en nuestros huesos, entumece nuestros cuerpos y aterece nuestras manos.

Entonces es cuando se empieza á tiritar, cuando se dice que ha entrado el invierno y cuando se piensa en buscar cocinas amplias, resguardadas de todos los vientos y provistas de abundante leña, para convertirlas en veladeros.

Y en los veladeros se comen castañas asadas y piñones tostados, se bebe, se canta, se baila, se pellizca á las mozas á hurtadillas, se bromea, se miente sin perjuicio de tercero, se ríe, se reza, hilan las viejas, espolvorean el lino y preparan las ruecas las muchachas casaderas, juegan á la brisca ó cuentan historias los abuelos, danzan los mozos de un escaño á otro á la querencia de las rozagantes dulcineas, y, en la calentita «trébede», duermen apaciblemente el sueño de los felices y justos de la tierra las infelices criaturas....

* * *

Para mi gusto, la primera nevada de cada estación ha de ser abundante, copiosa, con aparato y honores

de monumental; pues así en las nevadas, como en el amor, como en las ideas, como en todo lo que reviste, significa ó encierra algo artístico, sublime, ó espiritual, me seduce y cautiva lo extraordinario, lo grandioso... Además de esto, he oído decir á muchos moradores de aquellas inconmensurables montañas y pelados vericuetos que sirven de línea divisoria entre Castilla y Asturias, que el número de bodas en cada invierno está en relación directa con la magnitud de la primera nevada; y siendo exacto, ó cuando menos aproximado á la verdad este dicho, ¿quién no verá con desinteresada y grata satisfacción caer nieve y más nieve, hasta poder observar que la acumulada en el suelo se besa con los aleros de los tejados?... ¡Dichoso beso que, por inescrutables designios ó fantásticas y gratuitas figuraciones, ha de despertar afectos en estado de somnolencia y promover otros besos más ardientes, más simpáticos y más fecundos!

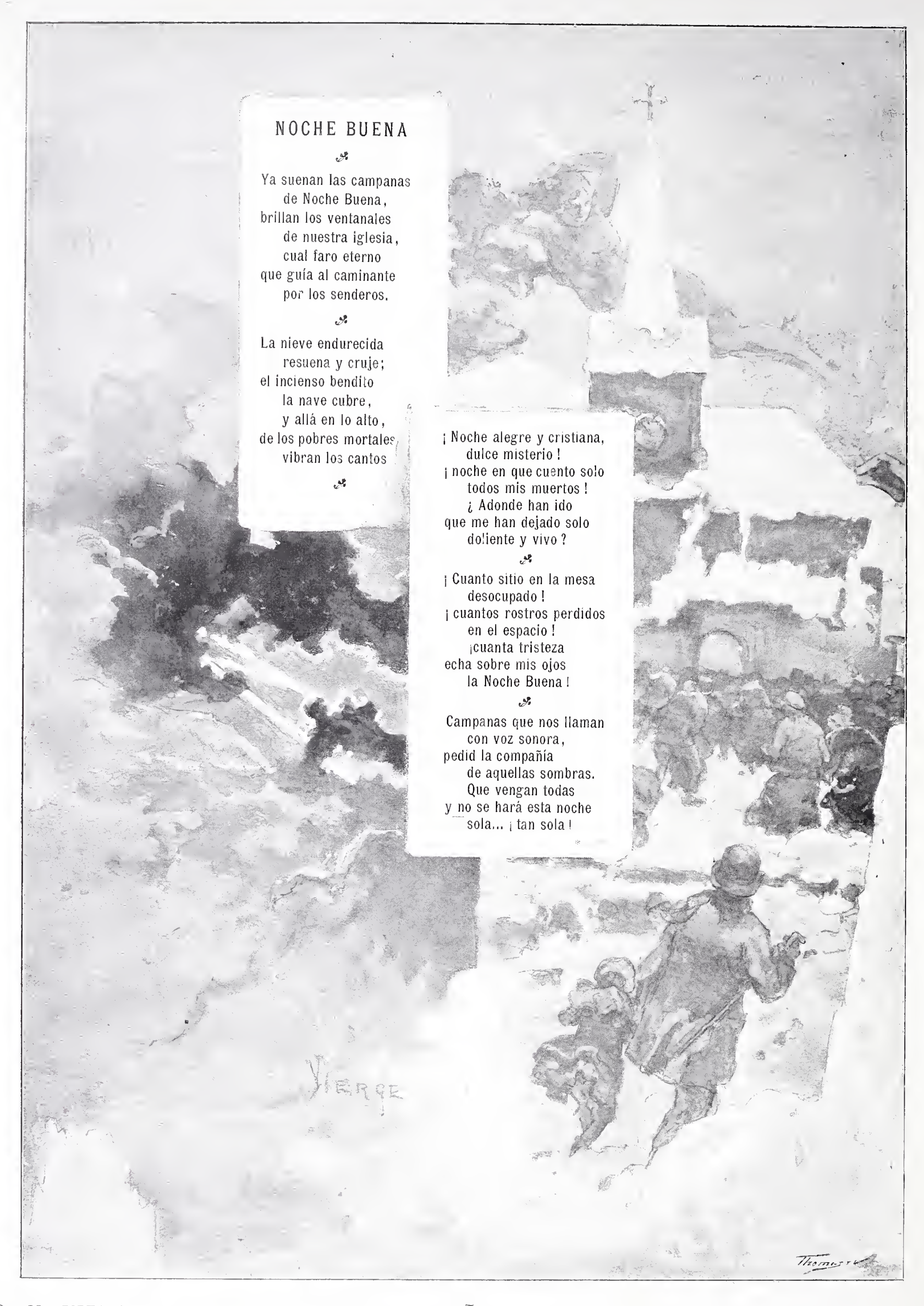


La primera nevada del pasado invierno, ó sea la última que yo presencié, contemplé y *disfruté*, fué de las que hacen época en la historia climatológica de las regiones, de las provincias, ó de los valles.

Era á media tarde; cesó súbitamente el huracanado ventarrón que rugía furioso en la lejana llanura, resonando sus ecos de valle en valle y de montaña en montaña; obscurecióse el firmamento, y comenzó á cernerse sobre la tierra una de las nevadas más tremendas y *sugestivas* que, al decir de las gentes, habían conocido los nacidos. Al salir aquella noche para sus casas los concurrentes al veladero á que yo asistí, los copos de nieve, esponjosos y esparramados, caían serena y pausadamente, con cierto aire de señorial elegancia... ¡Qué delicia, qué maravilla!... Los tejados y la tierra aparecían cubiertos por el blanco sudario, que no tendría menos de un metro de espesor. Y los pacíficos y cachazudos aldeanos, sin arredrarse ante tan pavoroso temporal, reían á carcajada tendida, celebrando con graciosas y picarescas ingeniosidades el brío de la primera nevada del año. Porque, lo que ellos decían:—«Año de nieves, señal, que no falla, de aumento de prole.»

Y tienen razón aquellos montañeses: las *nevadonas* incitan á contraer matrimonio y sugieren voluptuosas ternezas...

DESIDERIO MARCOS



D. U. VIERGE.—NOCHE BUENA EN BRETAÑA

La Casa de los Sres. Calvet

El acuerdo tomado por el Municipio barcelonés de honrar públicamente con un diploma al arquitecto autor del edificio más artístico construído durante el año y de perpetuar el recuerdo de tal honor por medio de una placa alegórica fijada en la fachada de la construcción favorecida, es acuerdo de un Municipio culto, que, tanto como á las necesidades materiales de sus administrados, quiera atender á otras no menos imprescindibles: las estéticas, las morales.

A ejemplo de otras corporaciones populares del extranjero, que, con honoríficas recompensas, han estimulado el que hoy llaman *Arte de la calle*, quiso nuestra corporación municipal contribuir con sus oficiales honores al gran despertamiento arquitectónico iniciado desde hace algunos años en Barcelona, como uno de los signos más patentes del renacimiento catalán.

Cuando no por otra cosa, merecería encomios el referido acuerdo, porque, premiando el mérito individual del artista constructor y la variedad y novedad de estilos en las obras, significa que nuestro Ayuntamiento se aparta definitivamente de aquel anticuado criterio antiartístico que prescribía la regularidad, la cuadriculación, el nivel y la uniformidad.

¡Cuán distanciados nos hallamos ya de aquella estúpida reglamentación que ponía el veto á toda libertad, á toda inspiración, á todo ornato natural, á todo elemento pintoresco! ¡Cuán lejos estamos ya de aquellos días en que las Ordenanzas no consentían cuerpos salientes en las casas y en que los agentes de la municipalidad perseguían el cultivo de flores en los balcones y ventanas!

Para que los aires de la naturaleza y del arte reinen por completo en la urbanización y en la edificación barcelonesa, ya sólo falta el próximo advenimiento en la casa comunal de estos hombres nuevos, por todos esperados, que han de dar enérgico, vigoroso impulso á iniciativas tan laudables y propias para estimular el florecimiento artístico, como esta que nos ocupa.

* * *

Mas si es de feliz augurio para el porvenir del arte arquitectónico en Barcelona la concesión de premios acordada y otorgada por el Municipio, todavía es más lisongero que semejante distinción, al adjudicarse por vez primera, haya recaido en un artista de tan geniales vuelos como es Antonio Gaudí. El eminente constructor que trazó el imponente palacio Güell, que levantó la simbólica fuente de la *Natividad* en el templo de la Sagrada Familia, que está creando en la cordillera que circunda nuestra ciudad un sitio de recreo veraniego sobremanera pintoresco, sobremanera original, era, en verdad, de los que tenían mejor derecho á la primacia de la distinción.

Como todos los hombres verdaderamente creadores, Gaudí es variadísimo en su obra. Los edificios por él ideados revisten los más distintos aspectos, según se trate del recogimiento de la casa conventual ó de la serenidad un tanto glacial del palacio, ó de la majestad grandiosa del templo católico, Pero esta concordancia de la construcción con su destino, pocas veces se habrá visto mejor realizada que en la casa edificada en la calle de Caspe para los señores Calvet.

El adusto arquitecto de la casa de los Fernández Andrés, de León, el babilónico constructor de la Sagrada Familia, de Barcelona, ha querido mostrarse idílico, risueño, por esta vez. Proponiéndose elaborar algo como un nido alegre y cómodo, que sirviera de plácido albergue á los individuos de una familia, estrechamente unidos por lazos de cariño y afección, apeló á las amables artes del siglo XVIII, que parecen tener el privilegio de simbolizar la gracia y el amor.

Elementos y modalidades de estilo Luís XV, libremente adoptados por el insigne arquitecto catalán, han dado á la construcción estos especialísimos caracteres de elegancia, que, al reflejarse en la fachada anterior, evocan el recuerdo de las más agraciadas construcciones del barroquismo, y al reflejarse en la fachada posterior suscitan la imagen coquetona de una *borbonière* salida de la Alcora ó de Moustier.

* * *

Muchas de estas ideas é impresiones se abrían paso en nuestra imaginación al asistir, el día 3 del actual Diciembre, á la solemne ceremonia de descubrirse oficialmente en la casa de los señores Calvet la placa conmemorativa del premio adjudicado, el año anterior, á tan bello ejemplar arquitectónico.

Los concurrentes á la simpática fiesta, entre los cuales figuraban individuos del jurado calificador, notables arquitectos barceloneses, hombres del mundo artístico y literario, no sabían reprimir las muestras de la admiración que les producían, por su arte, por su elegancia, por su ingeniosa resolución, ó por su *confort* notable, las diversas piezas del edificio premiado, mientras las recorrían en toda su extensión.

Hispania, que se esfuerza constantemente en honrar á los hombres eminentes de nuestro país y en conmemorar gráficamente en sus columnas los acontecimientos artísticos y literarios de que es teatro nuestra ciudad, no podía dejar transcurrir esta ocasión sin unir su tributo de entusiasta admiración á los que han sido ya rendidos al genial artista Gaudí, con motivo del premio recientemente otorgado á su obra.

Pero al propio tiempo debe Hispania felicitar á los señores Calvet, por haber confiado á tan eminente maestro la construcción de su casa. El día que los propietarios barceloneses encargen el proyecto de sus viviendas á los arquitectos verdaderamente artistas, que son el orgullo de nuestro renacimiento catalán, habrá quedado en buena parte resuelto el problema estético de nuestra ciudad.

Jacobo de Vignola

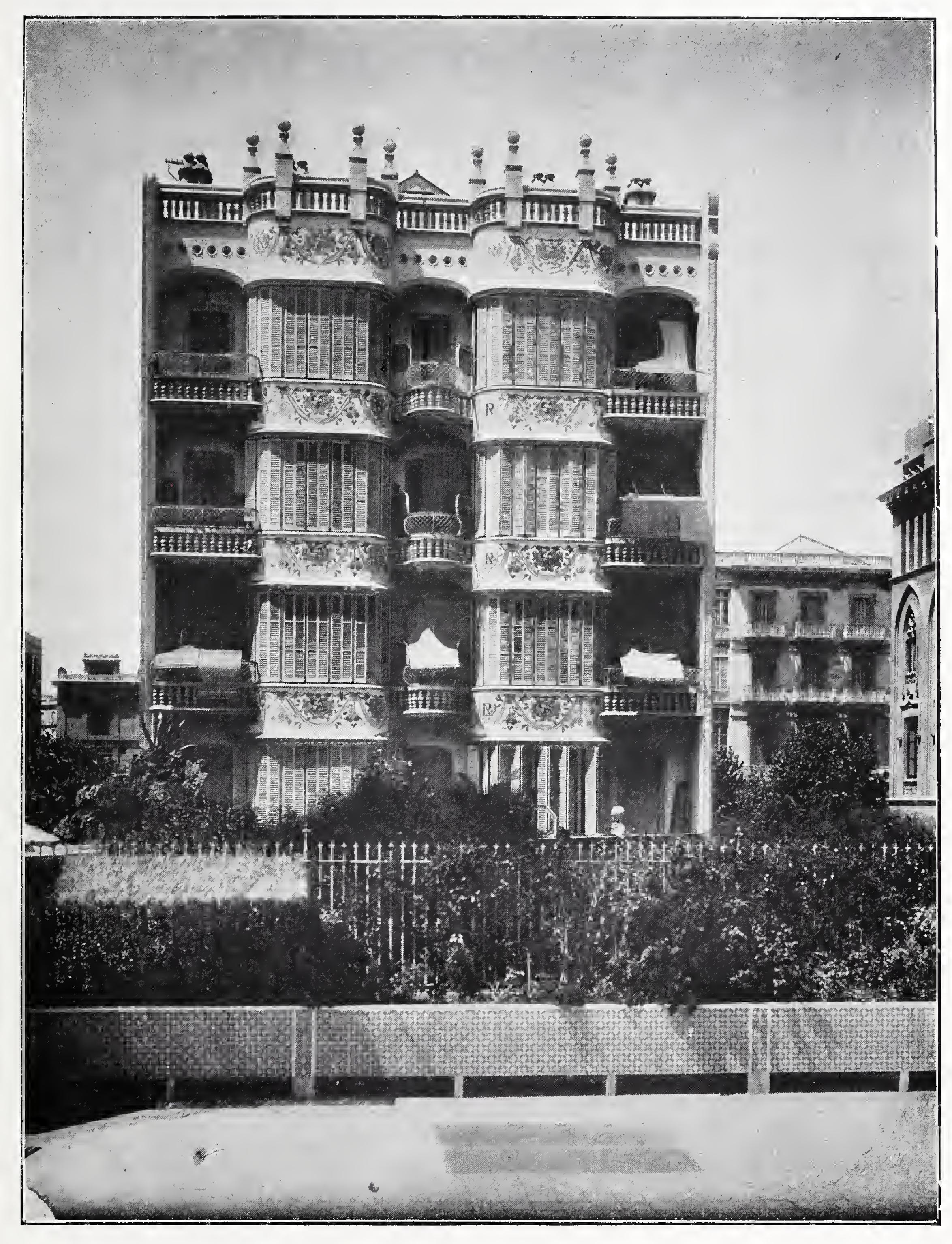


Antonio Gaudí, arquitecto

Propiedad de los Sres. Calvet

Casa premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona

FACHADA ANTERIOR



Antonio Gaudí, arquitecto

Propiedad de los Sres. Calvet

Casa premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona

FACHADA POSTERIOR

POBRE DE ESPÍRITU

I

Muy cerca de Madrid hay pueblos medioevales cuya cultura parece que tiene sus raíces en la más escondida serranía. En pocas horas se llega á ellos desde la corte, y el visitante queda desencantado al ver aquellas tapias de adobes, aquellas casas de aspecto miserable, aquellas callejas desiguales y sucias, aquellas iglesias revocadas por un modernismo de mal gusto... Al volver á Madrid diríase que por una evocación maravillosa acabamos de ver el célebre *lugar* de la Mancha, siglos antes de que naciese el ingenioso hidalgo.

En uno de esos pueblos vivía Adrián con sus padres y con su hermano. Eran labradores bien acomodados y labraban sus tierras con tres pares de mulas. Los dos muchachos trabajaban como lo que eran: como mozos robustos. Los dos valían lo mismo, los dos se alzaban antes del alba de las duras tablas que en el granero les servían de lecho y labraban las tierras con iguales surcos. Los dos aviaban los carros, uncían las parejas, componían los aperos rotos, prevenían las contrariedades del tiempo, resistían el cansancio y adelantaban el trabajo.

Pero Adrián se consumía de tristeza porque el padre no le quería bien y prefería *al pequeño*. El pequeño era el listo, el bien hablado, el buen trabajador. En sus horas de expansión le miraba riéndose con toda la boca, y decía:

—¡Este sale á mí!

Adrián tenía de su parte á la madre; pero la pobre no podía darle más que el consuelo de sus lágrimas. El amo de la casa era el padre. Nadie más que él mandaba y disponía; nadie elogiaba ó castigaba más que él. Adrián sufría siempre los contratiempos y los malos humores.

Llegó á ser tal la preferencia, que se abrió un ancho tajo infranqueable entre los dos hermanos y entre Adrián y su padre.

Para no pensar en ello, las horas libres, las de la noche, hablaba con la novia por las tapias del corral de su casa. Entonces era feliz. La muchacha le quería con el alma porque era una hija sin padres, una chiquilla abandonada y recogida por caridad en una casa pobre. Le quería como á su redentor. Y Adrián la debía en cambio la única hora feliz de sus días negros. Del amor á la novia brotaban en su pecho espigas sanas, y aquel florecimiento de un amor sencillo acababa con las malas hierbas y los malos pensamientos.

Cuando su padre y su hermano lo supieron, creyó Adrián que el mundo se le venía encima.—¡La Petrucha! ¡Un guiñapo *tirao* enmedio *el* arroyo!—decía el viejo—¡Antes cegar que consentirle á un hijo esa mala vergüenza! Y el pequeño aparentaba calmar su indignación.—¡Déjele usted, padre, el pobre no se ha atrevido á mirar más alto! ¡Como es tan *para-poco!*

Adrián buscaba las noches más oscuras para que nadie le viera junto á las tapias del corral. Ella, que sabía sus desdichas, le pedía llorando que se olvidara para siempre de sus amores y que fuera feliz, y él, abrumado por aquellas lágrimas, volvía á casa meditando planes de rebelión y queriéndola cada vez más.

Pero entre los dos le envenenaban la vida. El padre, poniendo su cariño en ridículo con la tremenda sátira campesina, hendida y aplastante como la pezuña de un buey; el hermano sonriendo socarronamente y dejando caer alguna palabra mansa. La conciencia de su situación le hacía cada vez más torpe, y sobre la lluvia menuda de las burlas y de los desprecios caían como chaparrones de tormenta las iras del viejo Las tareas más pesadas eran para Adrían y también las palabras más duras y los golpes. Volvió á pegarle como cuando era chico, sin que la madre lo pudiera impedir.

Un día su corazón desbordó. Llamó á su madre cuando nadie los veía.

—¿Qué hago, madre?—le dijo.—¡Me niegan hasta el agua y el pan! ¡Quieren que me hierva la sangre y que un día me vuelva contra ellos! ¿Verdad que debo irme?

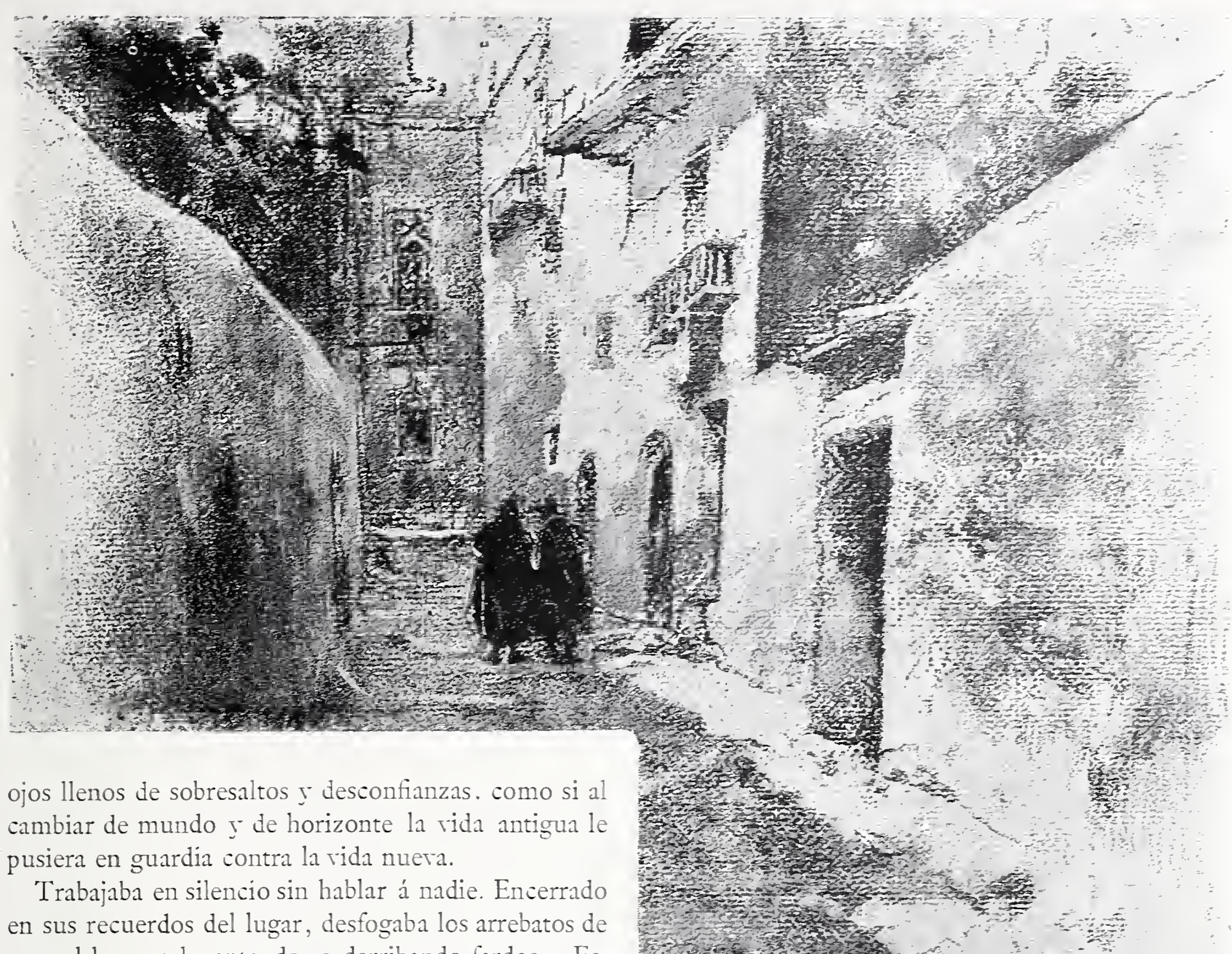
La madre llorando le contestó que sí.—Vete, hijo mío, aunque nos dejes á nosotros. Vete de tu casa. ¡A ver si se ablanda su corazón cuando te echen de menos!

Y Adrián cogió su hatillo, guardó en el pañuelo bordado por la novia los ahorros de la madre y se fué á Madrid.

II

Durante un mes solicitó en todas partes, y al fin se alistó en el muelle de una estación para ganar seis reales diarios por el trabajo asesino de la carga y descarga.

Madrid le aturdía y le anonadaba. Era un muchacho robusto, sanguíneo, curtido por el sol y por el viento, con nervios como cables, con las manos encallecidas por el legón, el bieldo, las riendas y el arado, la voz dura y vibrante, acostumbrada á cruzar las grandes distancias del campo sin límites, y los



ojos llenos de sobresaltos y desconfianzas. como si al cambiar de mundo y de horizonte la vida antigua le pusiera en guardia contra la vida nueva.

Trabajaba en silencio sin hablar á nadie. Encerrado en sus recuerdos del lugar, desfogaba los arrebatos de su mal humor levantando y derribando fardos.—Estoy en lo mío—pensaba.—No soy más que una bestia de carga.

¡Cómo le pesaba la soledad de esta vida cortesana. tan ingrata para los desamparados! Dormía en un cuchitril y comía en un figón, donde pasaban las horas de descanso sus compañeros de trabajo. *El ama* era una matrona de excesivas carnes, ancha y colorada de rostro, el pelo de un rubio ceniciento y las pestañas y las cejas perdidas y difuminadas en la rubicundez de su piel tersa. Como le veía tan apartado de todos y tan mustio, la *señá Ana* llegó á mirarle con ciersimpatía. Si los parroquianos más alborotadores se iban ó se enfrascaban en interminables partidas de mús, la buena mujer se llegaba á la mesa de Adrián y se reía de verle con el cuello doblado y los brazos caídos. fijos los ojos en el suelo como si acabara de hundirse su fortuna en la tablas.

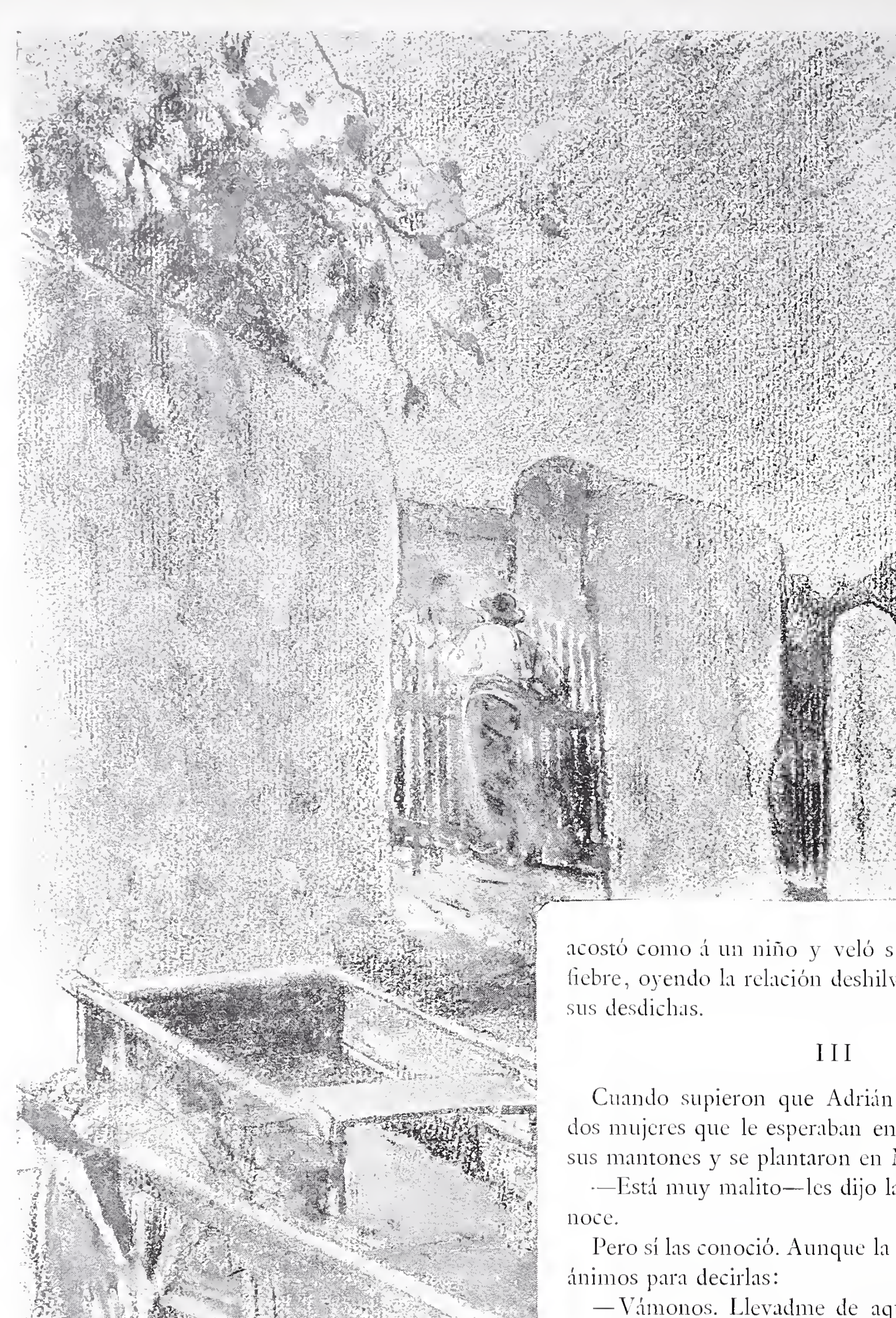
—¿Es rubia ó morena?—le preguntaba.—*De por fuerza* es una moza la que te tiene tan *amilanao.*

Los primeros días Adrián no quiso saber nada del pueblo «¡Como si me hubiera muerto!» Pero luego sintió una necesidad invencible de hablar de los suyos con alguien *de allá*. Su madre le había dicho: —No dejes de ver al ordinario.— Y la oscura posada de la calle de Toledo donde paraban los carros del lugar, se llanaba para Adrián de una luz gloriosa cuando algún paisano le traía lo que la madre apartaba para el hijo perdido, ó la carta que la novia dictaba á alguna amiga para decirle que después de muerta seguiría queriéndole...

Pasaban días y meses. *Aquel corazón no se ablandaba.* El padre quería castigar al hijo que le había abandonado y no le nombraba siquiera. ni dejaba que nadie le nombrase delante de él.—«¡Como si se hubiera muerto!»—decía también. No se limitaba á decirlo, sino que lo creía como si fuera cierto.

Y mientras la madre y la novia vivían toda la semana pensado en el carro del ordinario, con sus mulas llenas de campanillas y su balumba llena de trastos y de encargos, Adrián, con el alma muy lejos de Madrid. veía en sueños el camino del lugar y le parecía el camino de la dicha.

Era en otoño. Llovía. La estación estaba envuelta en una niebla gris y la lluvia caía como un llanto de los cielos sobre la tierra, entristeciéndola. Parecíale á Adrían que siempre. desde que empezó el mundo, había estado lloviendo, y que nunca jamás dejaría de llover. Y la lluvia le entraba hasta los huesos: más profunda todavía, porque inundaba su espiritu de frío y de tristeza.



Pasó un día entero sin ir al trabajo, tiritando en un rincón de la taberna y oyendo á la *señá Ana* que hablaba... hablaba... con el inagotado é inagotable verbo tabernil, infinito como la eternidad. Al fin el ama vió que Adrián estaba enfermo, pálido, con los ojos extraviados.—Este pobre muchacho—dijo á los parroquianos—se nos va á quedar aquí como un pájaro. Y ella misma le subio al su cuchitril donde dormía, le acostó como á un niño y veló su primera noche de fiebre, oyendo la relación deshilvanada y delirante de sus desdichas.

III

Cuando supieron que Adrián estaba enfermo, las dos mujeres que le esperaban en el pueblo, cogieron sus mantones y se plantaron en Madrid.

—Está muy malito—les dijo la *señá Ana*.—No conoce.

Pero sí las conoció. Aunque la fiebre le comía, tuvo ánimos para decirlas:

—Vámonos. Llevadme de aquí. Madrecita... ¡Vámonos!

Toda una noche y todo un día estuvo delirando. No hablaba más que de lo *suyo*, de lo que llevaba en el alma. Las dos mujeres le oían estremeciéndose de tristeza. La joven lloraba, pero la madre no: tenía los ojos encendidos y no los apartaba de los de su hijo.

Aquel cuartucho abohardillado, sucio y estrecho, les parecía la antesala de la muerte. Se ahogaban en aquel aire, y no por ellas, sino pensando en que el pobre Adrián no podía respirar.

La *señá Ana* había avisado un médico. Era un buen

muchacho, practicante de San Carlos, que estuvo toda lo noche junto á la cabecera. Ellas no oyeron lo que dijo á la *señá Ana*, pero lo adivinaron en su cara: «¡No tenía remedio! ¡Se moría!»

Entonces, sin decirse nada, las dos mujeres dejaron libre curso á los impulsos de su corazón.

Le vistieron, le arroparon con sus gruesos mantones, le bajaron en brazos hasta el coche y le llevaron á la posada del lugar. El carro del ordinario volvía al pueblo. ¡Cuántas veces le habían esperado allá para saber del que ahora llevaban! Prepararon blanda cama con sus ropas y le tendieron cuidadosamente. Ellas se pusieron á un lado y á otro, abrigándole con el propio calor, sin mirarse y sin hablar palabra.

Camino adelante... ¡qué camino tan largo! meciéndose al compás monótono de las campanillas, baqueteando en los baches, parándose en las ventas, vieron pasar las interminables horas de una mañana neblinosa y sombría. Adrián apenas respiraba. La fiebre y el delirio habían desaparecido. Una serenidad suprema resplandecía en su rostro.

A la tarde llegó el carro cerca del pueblo. En la línea recta del inmenso horizonte se destacaba la torre con aquel campanario y aquel tejadillo que veía Adrián á ojos cerrados en el figón de la *señá Ana*. Cuando lo vieron, las dos mujeres le incorporaron suavemente é inclinaron hacia la torre su cabeza.

¿Pudo verla? El último destello de sus ojos y el último estremecimiento de sus manos frías, ¿eran la expresión de júbilo del pobre lugareño? ¿Vió la torre á cuya sombra jugó de niño, ó llegó su mirada á otra región más alta, donde tienen los pobres de espíritu la bienaventuranza?

Besaron ellas, llorando, sus manos y su frente, cubrieron el cuerpo con los mantos negros, bajaron del carro, y á través de los campos le siguieron silenciosas.

A derecha é izquierda del camino los labradores trazaban interminables surcos. El campanilleo de las mulas, lento y acompasado, les hacía volver la cabeza é interrumpir su trabajo.

El padre y el hermano labraban sus tierras. Al pasar el carro miraron también, poniendo las manos en los ojos para que no les hiriesen los rayos del sol. Avanzaba pausadamente por la carretera, y la luz roja del crepúsculo le iluminaba con sangrientos reflejos. Detrás del carro caminaban las dos mujeres.

El viejo dijo al pequeño:

—Es tu madre.

Y el pequeño contestó:

—Mi madre y la Petrucha.

El cortejo siguió su camino, y los hombres volvieron á hundir en la tierra la reja del arado.

Luís Bello



CARLOS VAZQUEZ.— PAISAJE

Dicen que no la quieres
ni vas á verla.
pero aquel caminito
no cría yerba.

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Mi señora os ofrece» dijo Schwemmel «sus servicios y su fidelidad, y si le fuera posible veros con frecuencia, creed que ninguna felicidad en la tierra sería mayor para ella.»

La reina Uta les respondió: «Eso no puede ser. Por grande que fuera el placer que tuviera en ver á mi querida hija, la noble reina vive muy lejos; que siempre sea feliz así al lado de Etzel.

»Hacedme saber antes de partir, cuándo pensais volver; hace mucho tiempo que no veo á ningún mensajero con tanto gusto como á vosotros.» Los jóvenes prometieron hacer lo que les pedía.

Los del Huneland se retiraron á sus alojamientos: el rico rey había hecho llamar á sus amigos. El noble Gunter preguntó, uno á uno, á todos sus hombres, si la invitación les parecía bien. Muchos dijeron que irían con gusto al país del rey Etzel, y lo mismo manifestaron los mejores de los que allí se encontraban, excepto Hagen que sentía furiosa cólera. Dijo aparte al rey: «Con vos mismo estais de malas.

»No ignorais nada de lo que hemos hecho: siempre debemos tener gran cuidado con Crimilda, pues por mi mano dí muerte á su esposo. ¿Cómo quereis que vayamos al país del rey Etzel?»

El poderoso rey respondió: «Mi hermana había olvidado su odio: con amorosos besos lo manifestó así antes de marchar de mi reino, si no es, señor Hagen, que á vos sólo haya dejado de perdonaros.»

«No os dejeis engañar» replicó Hagen, «por nada que os digan esos emisarios de los Hunos; quereis ir á ver á Crimilda y puede costaros vida y honor; ¡muy tenaz es en la venganza la esposa del rey Etzel!»

El rey Gernot contestó al consejero: «Porque teneis fundado motivo para temer la muerte en el reino de los Hunos, no debemos nosotros renunciar á ver á nuestra hermana, pues sería obrar mal.»

El joven Geiselher dijo al guerrero: «Ya que os sentís culpable, amigo Hagen, permaneced en el país libre de todo temor: dejad que los más atrevidos vayan al reino de los Hunos.»

El héroe de Troneja comenzó á irritarse. «No quiero que jamás tengais en vuestra corte uno que esté más dispuesto á acompañaros que yo: no quereis renunciar á vuestro proyecto y pronto os lo haré ver.»

Así dijo el héroe Rumoldo jefe de las cocinas: «Podeis tratar como querais á extranjeros y amigos; no creo que nadie os haya dado en gage.

»Ya que no quereis escuchar á Hagen, oid el consejo de Rumoldo, porque él es vuestro decidido servidor: permaneced en vuestro país según mi indicación, y dejad tranquilo al rey Etzel con Crimilda.

»¿En qué parte de la tierra viviríais tan feliz como aquí? Aquí estais á cubierto de vuestros enemigos: vestíos vuestros mejores trajes, bebed el vino que más os guste y amad á muchas hermosas mujeres.

»Aquí tendreis buenos manjares, los mejores que en el mundo haya comido un rey, y si aun esto no bastara, acordaos de vuestra bella esposa antes de ir á exponer vuestra vida.

»Permaneced aquí; el país es rico; más cómodo es pagar aquí rescate que entre los Hunos: ¿quien sabe lo que sucederá allí? Permaneced aquí, señores; este es el consejo de Rumoldo.»

«No queremos permanecer, respondió Gernot. ¿Cómo nos hemos de negar á la amistosa invitación que mi hermana y el rey Etzel nos hacen? El que no quiera venir con nosotros, que permanezca aquí.»

Hagen respondió: «Cualquiera que sea vuestro acuerdo, que no os ofendan mis palabras: creed que mis observaciones son justas, y ya que os decidís á ir al Hunelad, id bien armados.

»Ya que no quereis renunciar, convocad á vuestros hombres más valientes, y entre todos ellos cojed mil buenos caballeros; así no os será peligrosa la cólera de Crimilda.»

«Eso quiero hacer» respondió el rey enseguida. Envió mensajeros por todo su reino, y vinieron unos tres mil guerreros ó más. No sabían que habían de sufrir grandes pesares.

Ellos caminaban con grande alegría por el país del rey Gunter. A todos los que tenían que ir al Huneland, les dieron caballos y vestidos; entre ellos el rey vió á muchos buenos caballeros.

Hagen de Troneja y Dankwart, su hermano, llevaron al Rhin ochenta guerreros armados y vestidos: ricas armaduras llevaban aquellos valientes al país del rey Gunter.

Llegó el fuerte Volker, un noble músico con treinta de sus guerreros, que llevaban magníficos vestidos, dignos de un rey. Hizo saber al rey que iba con él al Huneland.

Quiero deciros quién era aquel Volker. Era un noble señor al que pagaban tributo muchos buenos guerreros de Borgoña: como sabía tocar el laud, le llamaban el artista.

Hagen escogió mil de los que habían ido; sabía las proezas que habían realizado sus brazos y las hazañas que habían hecho, pues por sí mismo las había visto. Nadie podía dudar del honor de ellos.

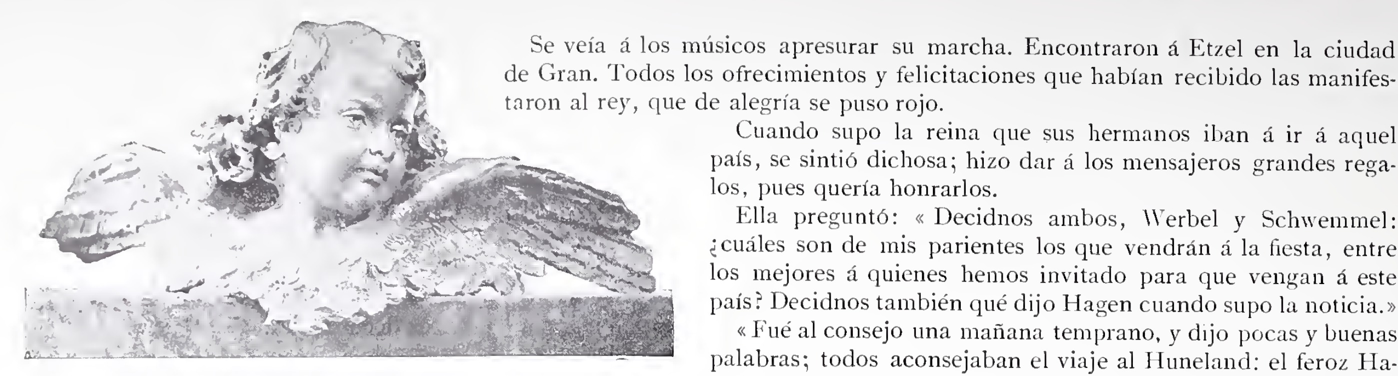
Los mensajeros de Crimilda estaban contrariados, pues tenían gran miedo á su señor; todos los días se despedían para partir, pero Hagen no los dejaba; esto lo hacía con mala intención.

Dijo á su señor: «No debemos dejarlos marchar sino siete días después de que estemos dispuestos á ir al país del rey Etzel; si alguien nos quiere hacer daño, lo sabremos mejor.

»Tampoco la señora Crimilda podrá prepararse á causarnos males por sus consejos. Si ella tiene tal intención, podrá salirle mal, pues al Huneland vendrán con nosotros muchos hombres escogidos.»

Las monturas, los escudos y todos los trajes que habían de llevarse al país del rey Etzel, estaban preparados para





Se veía á los músicos apresurar su marcha. Encontraron á Etzel en la ciudad de Gran. Todos los ofrecimientos y felicitaciones que habían recibido las manifestaron al rey, que de alegría se puso rojo.

Cuando supo la reina que sus hermanos iban á ir á aquel país, se sintió dichosa; hizo dar á los mensajeros grandes regalos, pues quería honrarlos.

Ella preguntó: «Decidnos ambos, Werbel y Schwemmel: ¿cuáles son de mis parientes los que vendrán á la fiesta, entre los mejores á quienes hemos invitado para que vengan á este país? Decidnos también qué dijo Hagen cuando supo la noticia.»

«Fué al consejo una mañana temprano, y dijo pocas y buenas palabras; todos aconsejaban el viaje al Huneland: el feroz Hagen sostuvo que corrían peligro de muerte.

»Vendrán vuestros hermanos, los tres reyes, con suntuoso aparato. En cuanto á los demás que han de venir con ellos no lo he podido saber. Ha prometido acompañarlos Volker el fuerte músico.»

«Con mucho gusto» dijo la reina, «dejaría de ver aquí á Volker. Hagen me es muy querido, por ser de los mejores guerreros. Al saber que voy á verlo experimento grande alegría.»

La reina fué á ver al rey. ¡Qué de amorosas palabras le dijo Crimilda! «¿Os agradan estas noticias, mi querido señor? Lo que tanto deseaba va á cumplirse.»

«Lo que tú quieras me alegra» le respondió el rey; «nunca cuando mis parientes han venido á mi reino he sentido el corazón más alegre. Con la vida de tus amigos desaparecen todos mis cuidados.»

aquellos fuertes guerreros. Los emisarios de Crimilda fueron llamados á la presencia del rey.

Cuando llegaron los mensajeros, el señor Gernot dijo: «El rey acepta la invitación de Etzel: con gusto iremos á su fiesta para ver á nuestra hermana; no tengáis duda de esto.»

El rey Gunter preguntó: «¿Podéis hacernos saber cuándo celebrará la fiesta ó hacia qué día?» Schwemmel le contestó: «Está fijada para mediados del estío.»

El rey los autorizó (cosa que aún no había hecho) para que fueran á ver á la señora Brunequilda si daba su consentimiento. Volker se opuso en su obsequio.

«La señora Brunequilda no está buena para recibirlos» dijo el buen caballero. «Esperad hasta mañana y podréis verla.»

El rico rey que estimaba á los mensajeros, llevado de su generosidad, les hizo dar de su oro sobre anchos escudos; él poseía mucho. Sus amigos les hacían también valiosos obsequios.

Geiselher y Gernot, Gere y Ortewein les demostraban cuan buenos eran; daban ricos regalos á los emisarios, que éstos no quisieron aceptar por temor á su señor.

Así le dijo al rey el mensajero Schwemmel: «Señor rey, dejad estos regalos en vuestro país. Nosotros no podemos llevar nada, porque nuestro señor nos ha prohibido aceptar obsequios; nosotros no necesitamos nada.»

El jefe del Rhin estaba muy disgustado porque ellos rehusaron los bienes de un rey tan rico. Les hizo aceptar su oro y sus trajes, que llevaron consigo al país del rey Etzel.

Antes de emprender su marcha quisieron ver á Uta. El joven Geiselher llevó á los músicos á la corte, cerca de su madre; encargó dijeran á la reina que ella se alegraba de sus honores y de su felicidad.

La reina viuda hizo dar á los músicos bandas y oro por el afecto que profesaba á Crimilda y al rey Etzel. Ellos los aceptaron, pues se los ofrecían con lealtad.

Después los emisarios de Crimilda se despidieron de hombres y mujeres; cabalgaron alegremente según he sabido hasta el Schwobenland: hasta allí Gernot los hizo acompañar por sus guerreros, para que no sufrieran la menor desgracia.

Cuando los dejaron éstos, el poderío de Etzel los protegió en todo el camino. En ellos nadie les quitó ni los caballos ni los vestidos, y cabalgaron con gran rapidez hasta el Huneland.

A todos los amigos que conocían por allí, les anunciaban que los héroes de Borgoña irían dentro de pocos días desde el Rhin al país de Etzel. El obispo Pilgerin supo también la noticia.

Cuando en su camino llegaron cerca de Bechlaren, no ocultaron la noticia á Rudiguero ni á su esposa Gotelinda, la noble margrave. Grande fué su alegría al saber á quienes iban á ver.

XXV

DE CÓMO LOS REYES FUERON AL PAÍS DE LOS HUNOS

Los encargados para ellos por el rey, prepararon en el palacio y en los salones sitios suntuosos para los huéspedes queridos que debían llegar. Después ocurrieron grandísimas desgracias.

El jefe del Rhin hizo vestir á sus hombres en número de mil sesenta, según he sabido, y con nueve mil criados se dirigió á la corte; los que se quedaron en sus casas los lloraron más tarde.

A Worms, residencia de la corte, llevaron todo lo necesario. Un anciano obispo de Spira dijo á la señora Uta: «Nuestros amigos quieren ir á esta fiesta; que Dios los proteja.»

Así dijo á sus hijos la noble y buena Uta: «Permaneced aquí, héroes escogidos; esta noche he soñado cosas espantosas; todos los pájaros de este país se habían muerto.»

«El que fía de los sueños» replicó Hagen, «nunca sabe la verdad de lo que se refiere á su honor. Mi deseo es que los señores después de despedirse vayan á la corte.

»Con placer caminaremos al país del rey Etzel, donde las manos de buenos héroes servirán á los reyes, como hemos de verlo en la fiesta de Crimilda.» Hagen aconsejó el viaje; después sintió pena por ello.

Èl se hubiera opuesto si Gernot no le hubiera zaherido con imperio sus palabras. Él, recordando á Sigfrido, el esposo de Crimilda, decía: «Por esta causa Hagen no quiere realizar el viaje.»

Así le respondió Hagen de Troneja: «Nunca me impuso temor. Realizad, héroes, lo que tenéis deseos de hacer: yo os acompañaré con gusto al país del rey Etzel.» Después tuvo que romper muchos yelmos y muchos escudos.

Los barcos estaban preparados en las orillas del Rhin;

en ellos cargaron todos los vestidos que llevaban. Tuvieron que trabajar hasta por la noche, y bien pronto dejaron sus casas, emprendiendo alegres el viaje.

Establecieron las tiendas y las chozas al otro lado del Rhin en el punto en que querían acampar. La hermosa esposa de Gunter le rogó que permaneciera á su lado, y aquella noche lo tuvo abrazado.

Las trompetas y las flautas resonaron á la otra mañana muy temprano, cuando debían partir. Los que amaban estrecharon entre sus brazos á los que eran amados. Con extraordinaria crueldad los separó luego la esposa del rey Etzel.

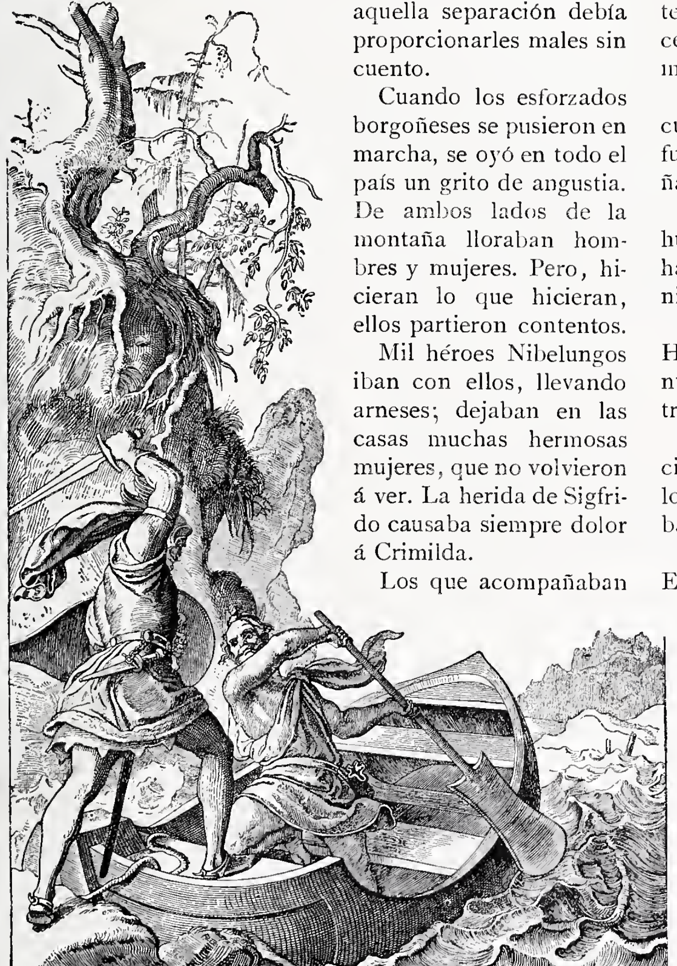
Los hijos de la hermosa Uta tenían un vasallo fuerte y fiel: en el momento de partir dijo en secreto al rey lo que tenía en el alma. Le dijo: «Mucho me hace sufrir que realices este viaje.»

Se llamaba Rodolfo y era un héroe fuerte y valiente. Añadió: «¿A quién queréis dejar vuestra gente y vuestro país? ¡No habrá nadie que pueda haceros desistir de vuestro propósito! La invitación de Crimilda no me parece buena.»

«El país y mi hijo te quedan confiados, y proteje bien á las mujeres: tal es mi voluntad. Consuela al que veas con el corazón y el alma oprimida. Nunca nos hizo mal la reina Crimilda.»

Los caballos estaban dispuestos para los elevados señores y sus hombres. Muchos caballeros que se distinguían por sus pacíficas costumbres, se separaron cariñosamente de sus esposas que pronto debían llorarlos.

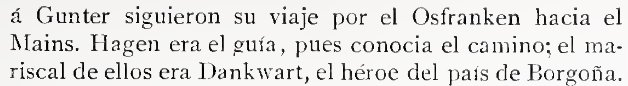
Cuando partieron los atrevidos guerreros sobre sus caballos, las mujeres quedaron en grandísima aflicción: el alma les avisaba de que aquella separación debía proporcionarles males sin cuento.



Cuando los esforzados borgoñeses se pusieron en marcha, se oyó en todo el país un grito de angustia. De ambos lados de la montaña lloraban hombres y mujeres. Pero, hicieran lo que hicieran, ellos partieron contentos.

Mil héroes Nibelungos iban con ellos, llevando arneses; dejaban en las casas muchas hermosas mujeres, que no volvieron á ver. La herida de Sigfrido causaba siempre dolor á Crimilda.

Los que acompañaban



á Gunter siguieron su viaje por el Osfranken hacia el Mains. Hagen era el guía, pues conocia el camino; el mariscal de ellos era Dankwart, el héroe del país de Borgoña.

Mientras caminaron por el Osfranken hacia el Schwanefelde podían ser admirados los príncipes y sus amigos por su aspecto grandioso. A la duodécima mañana el rey llegó al Donau.

Hagen de Troneja caminaba siempre delante, y muchas veces fué á ayudar á los Nibelungos. El fuerte guerrero echó pié á tierra y de prisa amarró su caballo á un árbol.

El río estaba desbordado, las barcas sumergidas. Los Nibelungos se veían apurados sin saber cómo atravesar, pues la corriente era muy ancha. Muchos valientos caballeros se bajaron de sus caballos.

«Aquí» dijo Hagen, «van á ocurrir muchos accidentes, príncipe del Rhin; tú mismo lo puedes ver. El río se ha desbordado y la corriente es muy fuerte. Temo que perezcan muchos esforzados guerreros.»

«Hagen, ¿qué me quieres decir?» le preguntó el rey. «Aquí de vuestro valor: no hay que desanimarse. Procura que pasemos á la otra parte del río con todos nuestros caballos y vestidos.»

«Para mí,» le respondió Hagen, «la vida no tiene tantos pesares que quiera perderla en este revuelto río. Antes que esto suceda, perecerán por mi mano muchos hombres en el país del rey Etzel.»

«Permaneced aquí junto al agua, buenos caballeros; iré á lo largo del río para buscar á los barqueros que nos conduzcan al país de Gelfrat.» Dicho esto el fuerte Hagen cogió su bien templado escudo.

Estaba bien armado; además del escudo que llevaba tenía bien sujeto su brillante yelmo. Sobre su fuerte arnés ceñía una ancha espada de dos filos que cortaba de una manera terrible.

Buscaba á los barqueros por una parte y por otra. Escuchó que el agua se movía, y era que en una límpida fuente jugaban blancas mujeres. Querían refrescarse y bañaban allí sus cuerpos.

Hagen las vió y se acercó con cautela, pero ellas huyeron al divisar al heroe, sintiéndose orgullosas de haber escapado. Él cogió sus vestidos sin hacerles daño ninguno.

Así dijo una de las mujeres del agua que se llamaba Hadburg: «Hagen, noble caballero, si queréis devolvernos nuestros vestidos, os diremos lo que ha de pasar en vuestro viaje al Huneland.»

Semejantes á los pájaros se acercan sobre el río; parecióle que eran avisadas y se manifestó dispuesto á creer lo que le iban á decir. Ellas le manifestaron lo que deseaba saber.

Le dijo: «Podéis seguir vuestro viaje al pueblo del rey Etzel. Os juro por mi fe que nunca héroes se presentarán mejor, ni recibirán mayores honores; esto que os digo es la verdad.»

Al escuchar estas palabras, Hagen sintió alegría en su corazón; sin tardar más les devolvió sus trajes. Cuando se ajustaron sus maravillosos vestidos le dijeron la verdad de lo que les había de ocurrir en el país del rey Etzel.

Así le dijo la otra mujer de las aguas, cuyo nombre era Liegelinda: «Quiero advertirte, Hagen, hijo del Aldriano, que por haberle robado su ropa, te ha engañado mi tía, y si vas al país de los Hunos, serás horriblemente engañado.

(Continuará)


HERMENEGILDO MIRALLES
59-BAILÉN-70
BARCELONA
HISPANIA. — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.
PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.
ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.
Á LOS TOROS. Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.
LITOGRAFÍA
MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS
RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.
ENCUADERNACIONES industriales y artísticas.
JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.
IMÁGENES de todas clases.
AZULEJOS CARTÓN PIEDRA
PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR
PÍDASE CATÁLOGO


HISPANIA

HISPANIA

REVISTA QUINCENAL

de Arte, Literatura, Viajes, Curiosidades y Vida contemporánea

Suscripción y venta: HERMENEGILDO MIRALLES: Bailén, 59.-BARCELONA

y en la librería de Don Antonio López, Rambla del Centro, Barcelona

HISPANIA en 1902

Parece, en rigor, inútil que **HISPANIA** diga, antes de pisar los umbrales de 1902, cual va á ser el camino que ha de recorrer en aquel lapso de tiempo.

Y decimos inútil, porque los hechos pasados responden de la conducta futura. **HISPANIA** se propuso ser la Revista más artística — en el alto y noble sentido de la palabra — y detrás dejamos, como un reguero glorioso, nuestra colección que alcanzó en el último Certamen de París el voto de un jurado internacional con medalla de oro, y en España el favor de un público que no nos ha regateado su apoyo y sus simpatías.

Bastaría, pues, que afirmáramos que **HISPANIA** será en lo porvenir lo que hasta aquí ha sido, pero á tanto nos obligan las muestras de aprobación de nuestros lectores, que no nos parece bastante lo ya conseguido y queremos más todavía: queremos que **HISPANIA** sea en 1902 la Revista por excelencia, la más artística, amena, variada é interesante. Para llegar á este fin, **HISPANIA** ensanchará su horizonte con objeto de que dentro de él tengan cabida todos los aspectos de la vida moderna, todos los modos de ser de la sociedad contemporánea. Cuanto puedan registrar el lápiz y el pincel como medios materiales y artísticos, la pluma como expresión literaria y la fotografía como recurso para fijar la actualidad fugitiva, vendrá á las páginas de **HISPANIA** como á su lugar propio, para formar al terminar el año un anuario completo y expléndidamente presentado.

Esta amplitud de sus medios de acción en 1902, obligará á **HISPANIA**—sin dejar de responder á su título—á dirigir su mirada fuera de nuestras fronteras, á la América española que habla y siente como nosotros, y que, como nosotros también, tendrá en **HISPANIA** algo de su vida, de sus costumbres y de su raza.

Para lograr estos propósitos, que no son en **HISPANIA** sino una forma de la gratitud que debe á la gran masa de lectores que hasta aquí le ha seguido, continua contando con la cooperación de las mejores firmas literarias y artísticas en lo que pudiéramos llamar *alma* de la Revista, y con los procedimientos materiales más selectos en lo que toca al resto. No se nos motejará de alabanza propia si decimos que podrá hacerse *tanto* como nosotros hagamos, pero que no se llegará *una línea más allá* de adonde **HISPANIA** llegue, afirmación que no es una promesa, sino un simple recuerdo de lo que ya llevamos hecho.

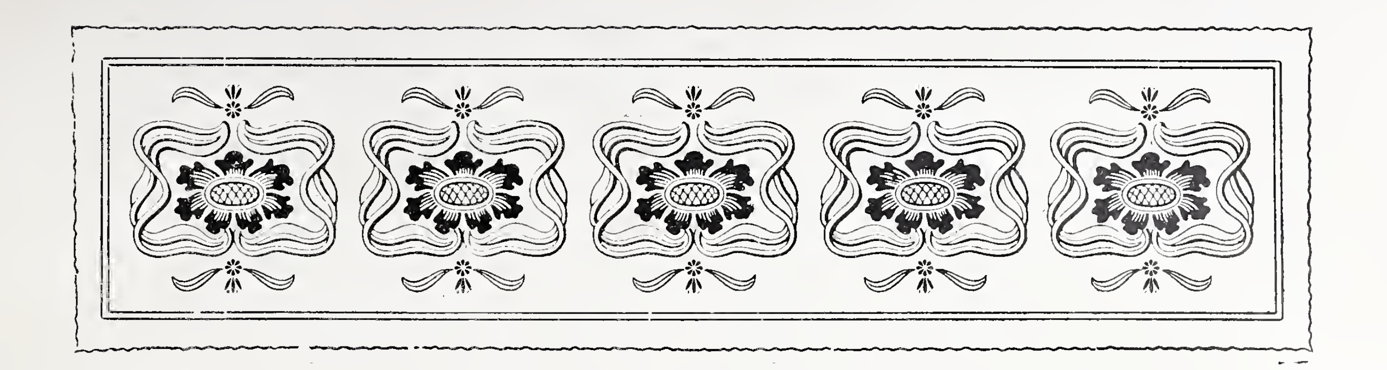
HISPANIA, en 1902, constará de **24 páginas**

Con el objeto de simplificar nuestra administración y evitar molestias á nuestros suscriptores, conviene que, al suscribirse, abonen el importe de la suscripción anual, que asciende á **quince pesetas.**

Los abonados que hayan satisfecho por anticipado el precio de la suscripción, tendrán derecho á los siguientes

Regalos: Unas elegantes tapas para la encuadernación
24 tarjetas postales, una en cada número

Los corresponsales de la Península é islas adyacentes, al hacer suscripciones anuales, enviarán el importe líquido, deducida su comisión, á esta administración, y de aquí se les mandará un recibo formalizado para cada suscriptor. Se remitirán estrictamente los regalos correspondientes á los recibos que esta administración haya librado.

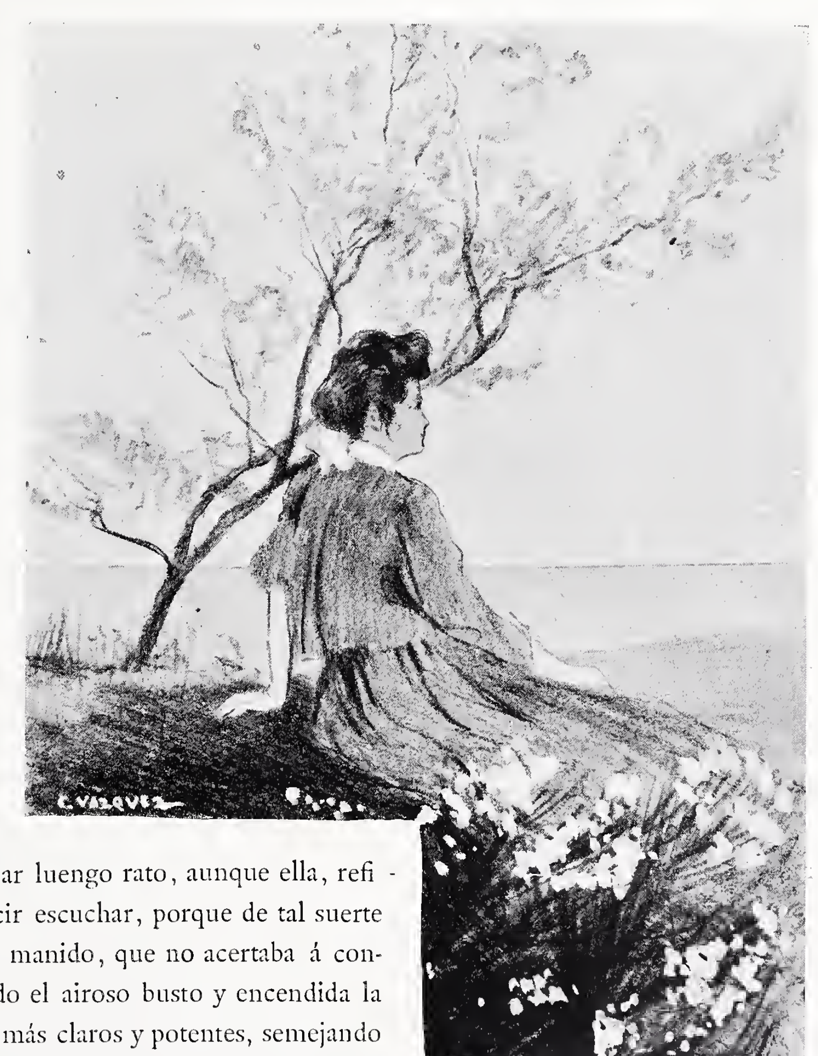


FLOR DE ALMENDRO

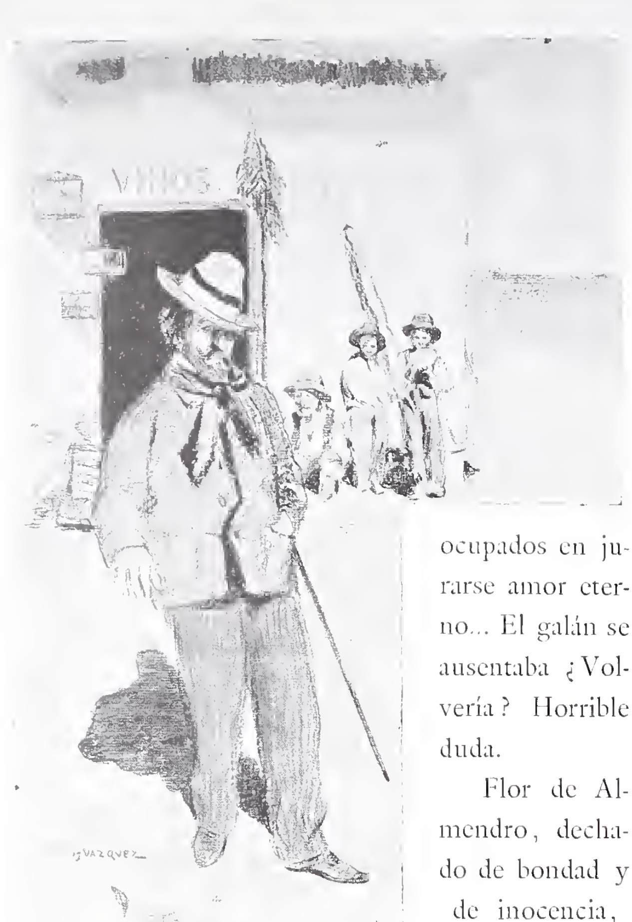
I

Estaba Flor de Almendro sentada tras de la reja, que orlaban rosas silvestres. Sobre los hombros caíale el cabello; tenía la boca entreabierta y suspirante, y aquellos sus ojos, de obscuro azul, miraban al cielo mansos y luminosos, con irisaciones de mar en calma. La una mano tecleaba en los hierros, dejándose acariciar la otra entre las del galán, que con acento blando murmuraba palabras más dulces que miel hiblea..

Era la noche de primavera. Ruidos vagos, como de arpa lejana, turbaban apenas el silencioso encanto del paisaje. El cielo, muy limpio, adornado de infinitos astros, cuyo brillo, inquieto y fascinador como el vaivén del agua, convidaba al éxtasis. Tal le acontecía á Flor de Almendro que, arrullada por el canturreo del galán, parecía soñar con los propios ángeles, entontecida de puro enamorada. Y la charla antojábasele música divina, y el hablador Toño, caballero andante, de atrayente hermosura, que iba á desencantarla de aquel vivir humilde. En verdad que de tal forma derrochaba él elocuencia y amor, que bien hubieran podido envidiarle, si le escucharan, todos los amadores de la historia y de la novela. . ¿ Cantaba la alondra ?...



Flor de Almendro, como Julieta, aseguraba que era el ruiseñor, que el alba estaba lejos, y que aún podría hablar luengo rato, aunque ella, refiriéndose á si misma, hubiera debido decir escuchar, porque de tal suerte le emborrachaba la palabrería del galan manido, que no acertaba á contestar, sonriendo adorablemente, agitado el airoso busto y encendida la faz... Ya parecían oirse los vagos ruidos más claros y potentes, semejando á un bostezo de la naturaleza; las estrellas parpadeaban somnolientas, como cansadas de lucir, y el cielo se manchaba con un tinte amarillento. Pero los enamorados no se fijaban en estos detalles del amanecer, muy



ocupados en jurarse amor eterno... El galán se ausentaba ¿Volvería? Horrible duda.

Flor de Almendro, dechado de bondad y de inocencia, complacíase en creer las protestas de felicidad perdurable que el mozalbete hacía, consolándole del dolor de la separación la certidumbre risueña del regreso... ¿Cantaba el ruiseñor?

Cantaba la alondra. El cielo aparecía iluminado por un fulgor rojizo cuya intensidad aumentaba hacia Oriente hasta tener apariencia de resplandor de jigante hoguera. «Es la alondra, es la alondra», repetía Flor de Almendro como nunca agitada, cayéndole por las mejillas un llanto sereno, á manera de rocío, al par que el mancebo apuraba en afligido tono sus últimas lindezas, con besuqueo de manos, temblores y suspiros. Un rayo de sol iluminó el fresco ambiente... «El día», dijo el galán, y ambos quedaron mudos, aterrados ante aquella invasión de luz rutilante y deíca que ponía fin al amante deliquio... Flor de Almendro preguntó: «¿Te vas?» Toño no sabía qué responder... Sí... Partía... Sonó un beso.

La reja estaba sola, y la brisa de la mañana agitaba las rosas silvestres.

II

Flor de Almendro sentóse en la cumbre del acantilado, fijos los ojos en el mar, cuyo tranquilo oleaje batía la playa con levísimo rumor. Su cara estaba pálida, rígida la boca, como contraída en un perenne gesto de amargura. Y sus manos, cruzadas sobre una rodilla, acababan de darle aspecto de visión dolorida. La tarde iba cayendo tibia y olorosa, prolongándose el crepúsculo en un último reflejo del sol en el agua. Cerca de Flor de Almendro se oyeron pasos. La doliente volvió el rostro. Era el buhonero que regresaba con su misión cumplida. Flor de Almendro nada le dijo; rompió á llorar quedamente, tan á punto de sufrir desmayo, que el buhonero la cogió por la cintura, ayudándola á descender por el tortuoso sendero abierto entre zarzas y peñas. Calmóse el llanto y Flor de Almendro preguntó con trágica seriedad:

—¿Qué?...

El buhonero hallóse perplejo para contestar, adivinándose en el torpe ademán y apurado gesto que la respuesta era larga, casi una narración, y con peliagudos y terribles episodios. Al fin la halló:

—Pues, mire... Me va á escuchar con calma, y me va á perdonar que lo cuente á torcidas, con la lengua que Dios me dió, y pidiéndome que aclare lo que por turbio lo haya menester.

Flor de Almendro asintió con un movimiento de cabeza, entreabriéndole la boca el anheloso respirar.

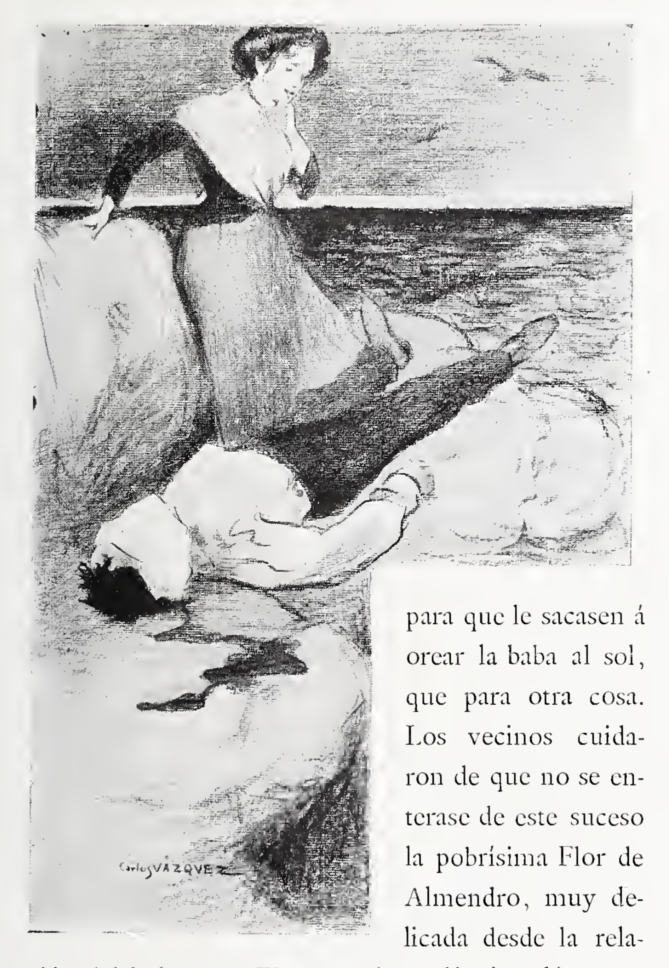
—El señorito se casó... ¡Ah! Verá... Antes de casarse dió en hacer unas estátuas maravillosas; porque según me han dicho, trabajaba en el mármol como usted en la seda. Y con la honra y el provecho que las tales estátuas le dieron, que no fué poco, pues de su nombre hacíanse lenguas en todos los países creados y con las migas de su mantel se hartaban muchos pobrecitos, topóse con una rica hembra, guapa como la Vitgen, muy gran señora, título ó yo no sé qué sonado y almirado. De la boda hablaron los papeles con letras de las gordas, y ellos se marcharon á regodearse anchamente á un pueblo del extranjero, que no sé como se llama, porque no hay cristiano que pueda aprender su nombre de memoria... Pero... ¡Por Dios, Florita, que el muy perro no se merece esos ahogos! (La niña suspiraba tan sin tregua, que no parecía sino que el corazón iba á salírsele por la boca). Sepa que desde el punto y hora en que se unieron, empezaron los disgustos y las tracamundanas, pues á él le dió por emborracharse, insultar á la mujercita, y aún tal cual día maltratarla de obra como si tratara con un pollino. Las riquezas de ella, que tenía montes de pedrería, y las de él, más modestas, pero ¡ay! no despreciables, desaparecieron como por

encanto de brujas, y entre los malos tratos y las privaciones, murió achicharrada la rica-hembra, dejando en este valle de lágrimas un niño de poco más de un mes. El muy bestia siguió dándale gusto al diablo, y con las malditas glorias del vino se le fueron las memorias del trabajo, hasta tal extremo, que concluyó en hacer estátuas mismamente como si las hiciesen estas mis manos cachiporrudas. Y así fué perdiendo la estimación de las gentes, que huían de él como de apestado... Luego no se supo más de su persona... ¡Florita! ¡Florita!...

La zagala había caído sin sentido sobre la hierba.

III

Súpose en la aldea que el señorito Toño regresaba á ella en busca de la perdida salud, más apropósito



para que le sacasen á orear la baba al sol, que para otra cosa. Los vecinos cuidaron de que no se enterase de este suceso la pobrísima Flor de Almendro, muy delicada desde la relación del buhonero. El maltrecho galán instalóse con el niño cerca del mar, y durante tres ó cuatro días nadie lo vió por parte alguna. Pero pasados que fueron, hizo su primera visita á la taberna. Causó espanto. Tenía los ojos cenicientos, viscosos, asustados de la luz entre las húmedas pestañas; el rostro era informe, amoratado y contraído en un gesto de imbécil estupor, y andaba con paso incierto, temblándole piernas y manos. Cuando se sentó, en torno suyo se hizo el vacío en medio de un rumor de odio. Toño no pareció notarlo y pidió vino. Desde aquel día vióscle borracho, vacilante, canturreando cosazas de taberna á lo largo de la playa ó en lo alto de lo acantilado. Al niño no le sacaba nunca; no se sabía de él, ni cuando algún vecino pasó delante de la maldita casa, escuchó entre la voz ronca del padre, la infantil del hijo, el ruido de sus juegos ó el argentilleo de sus risas. Así, no es extraño que rodasen por el pueblo leyendas espantosas respecto de la criatura, asegurándose ora que le había extrangulado y arrojado al mar, ora que lo tenía encerrado y á pan y agua, torturándole sin duelo.

Una tarde... El mar estaba rizado, rumoroso. Flor de Almendro paseaba por la playa, andando lentamente, caída la cabeza sobre el pecho, y aquellos sus ojos de obscuro azul, tenían una pálida fosforescencia de sol de invierno. Súbitamente, al alzar la cabeza, vió ante sí la figura de Toño, sin sombrero, rojo, voceando en plena borrachera. La niña se quedó inmóvil, llena de miedo y de piedad. De los ojos le caía sereno llanto. Toño se llegó á ella sonriendo maliciosamente, la cogió una mano é intentó besarla. Flor de Almendro se desasió, huyendo de él, que corría con paso torpe diciendo brutalidades y amenazándola con la muerte si no se paraba y rendía. Al saltar una peña tropezó y cayóse, abriéndose en la cabeza enorme herida. Un alarido poderoso, de rabia y dolor, hizo detenerse á Flor de Almendro. El bruto, sereno repentinamente por un fenómeno fisiológico de su naturaleza, la llamaba con angustiosa voz. «Flor de Almendro... virgencita, oye... Me muero... Mira... vé á mi casa y recoje al niño. El no tiene la culpa de nada. Recójelo y quiérele mucho... como me querías á mí...» No pudo seguir. Hizo un esfuerzo para incorporarse y se desplomó, rebotando su cabeza en la roca viva. Flor de Almendro arrodillóse y rezó. Después acercóse al muerto y le besó en la frente con religiosa unción, cerrándole los ojos y cubriéndole la cara con su pañuelo. Al día siguiente le dieron sepultura. Flor de Almendro y el niño acompañaron al cadáver.

J. Menéndez Agusty



J. BORRI.—LA VÍSPERA DE LOS REYES

A UNA DESGRACIADA

(A Rafaela)

¿ Pudiste concebir el pensamiento
de hacerme tuyo ? ¿ Cómo ? ¿ Enamorado ?
¿ Seducido quizás en un momento
por tus fáciles gracias ? ¿ Engañado ?
Has visto la verdad ; pero la has visto
á medias solamente.
Yo, contra todo mal, lucho y resisto
y al fin logro vencer honradamente.

Por tí, yo hubiera dado
quizás, en aquel día
en que ya me venciste subyugado,
gloria, poder, fortuna...
¡ cuánto hubiera tenido !
la dicha de mi hogar, mi nombre honrado...
¡ cuánto hubiera gozado
viéndolo por tu amor escarnecido !
Y hubiera dado más... ¡ la vida entera !
con tal de que me hubiera
concedido la suerte
tiempo y amor siquiera
para poder quererte,
sentirte mía y á placer mirarte,
y abrazarte, y besarte
hasta el momento mismo de la muerte.

Y es que á tí me llevaba
no tan solo el poder de tu atractivo
que mi existencia toda trastornaba,
ya con el goce que en dolor acaba,
ó ya con un dolor intenso y vivo
que á veces se trocaba en alegría
en cuanto la ilusión me prometía,
como nuevo incentivo,
tu fresca boca y tu mirar lascivo.
No tan solo el imán de tu hermosura,
cifra de perfecciones que comprende
gracias de la mujer y la paloma,
en esa tu bellísima figura
de la cual se dijera que trasciende
un encanto especial, como un aroma.
Era un afán inmenso
de cariño, de gloria y de placeres
lo que á tí me llevaba...
¡ aire de amor impetüoso, intenso,
impregnado de alientos de mujeres,
que hacia tí me arrastraba !
Y es que se vá mi juventud, y apenas,
apenas la he gozado;
que entre zozobras y continuas penas
mi corazón palpita desmayado...
Y es que mi esfuerzo juvenil reclama
la parte de emoción y de cariño
que á su anhelo de vida corresponde,
que es ¡ ay ! como una voz que llama... y llama,
y á la que nadie escucha ni responde;
que hay algo en mi que me acrimina, y clama
con el ardor de la inpaciencia moza:
« ¡ No; no has amado lo bastante !... ¡ Ama !
¡ No no has gozado lo bastante !... ¡ Goza ! »

Y ya vés tú si es triste
y es negro mi destino
quo para amar, para gozar, tú fuiste,
mujer sin corazón, la que saliste
á mi encuentro, en mitad de mi camino.
¡ Tú, que eres la traición torpe y rastrera,
con cuerpo de mujer encantadora !
Parece que es sincera
tu risa tentadora...
¡ y cuidado que es mala y embustera !
Parece que en tus ojos
irradia, tiembla, flota,
la hermosa luz de un alma;
serenamente, como tiembla rota
la claridad radiante de la luna
en el espejo de la mar en calma
Y en tí todo es mentira, todo engaña:
la falsa candidez con que suspiras,
el fingido querer con que me engries,
la ilusión del cariño cuando miras,
la promesa del goce cuando ríes...
¡ Ay, si fueran verdades tus mentiras !

Bastó con que en silencio te acercaras
un instante á mi lado,
y con que en mí fijaras
esas pupilas transparentes, claras
y que rebosan luz que Dios te ha dado.
Te quise con locura.
Con locura después he maldecido
tu ipócrita terneza
y tu querer fingido.
Burlado por tus tretas he aprendido
á amar, y á aborrecer. Yo no sabía
ni que con tanto emreño se adoraba,
ni que con tanta hiel se aborrecía.

. . . .
. . . .

Mi locura, mi nécio fanatismo,
mi criminal ceguera...
todo, todo pasó. ¡ Ya vés ! Yo mismo
no me doy la razón de que pudiera
haber estado al borde del abismo.
Tú volviste á tu vida licenciosa,
y yo á mi vida de trabajo, hermosa
porque es tranquila y buena.
El agua desbordada y cenagosa
tornó á su cauce y se volvió serena.
Tú volviste al torrente desatado
de vicios y pasiones...
Yo al sueño triste, y al dolor callado...
¡ Y aquí me tienes ya, sin ilusiones,
sin juventud, sin gloria... ¡ pero honrado !!

Carlos Fernández Shaw

FISONOMÍAS BARCELONESAS

VER Y CREER

(Santo Tomás)

... Acabo de desembarcar.

Llego á tiempo, porque no son más que las diez de la mañana del día de Santo Tomás, y el suceso que me trae de tan lejos se verifica por la tarde.

Vengo de muy lejos, sí: de San Francisco de California nada menos. Ya saben ustedes en donde está San Francisco ¿verdad? Entrando en el Pacífico por el Cabo de Hornos, y subiendo á mano derecha. En fin, muy lejos.

Pero merecía la pena el viaje á juzgar por esto que me escribía mi amigo:

«Aunque hagas un sacrificio, no dejes de estar aquí este año por Santo Tomás para ver uno de los aspectos más curiosos de la vida *pschutt*, *bécarre*, *splendide* de la *highe life* barcelonesa: el paseo de coches del Parque durante la tarde de aquel día. No hay nada parecido á esto, amigo mío. »

Y he venido de tan lejos sólo por eso. Soy un excéntrico si ustedes quieren, pero ya estoy aquí y no es cosa de volverme sin ver tamaña maravilla.

No quiero morir sin contemplar el espectáculo.

No ocultaré á ustedes que durante el viaje he venido haciéndome esta pregunta:

— ¿Por qué mil diablos ese paseo de coches se verifica sólo y precisamente el día de Santo Tomás? ¿qué misteriosa relación hay entre el Santo y los coches?

Como durante mi larga navegación no he encontrado respuesta á mi pregunta, he dejado la solución para cuando me vea en el Parque. Porque indudablemente, algo debe de tener que ver el Santo en esto





Iududablemente, el autor de la *Summa Theológica* es un santo elegante, aceptable en el ambiente de la *pschutt* barcelonesa, más que San Atenodoro, por ejemplo, aunque quizás no tanto como S. Expedito, por quien no ha mucho anduvo loca la *pschutt* madrileña.

Almorcemos...

. . . .

¡Hermoso día! Aquella joroba que tiene el planeta debe de ser el famoso Montjuich... ¡Hola! mi respetable señor don Cristóbal Colón señalando con el dedo á un mundo perdido...

— Guardia... ¿Me hace usted el favor de decirme hacia donde cae el Parque?

— Siga usted en línea recta.

— Gracias. ¿Sabe usted si llegaré á tiempo para ver el nunca bastantemente ponderado paseo de coches del día de Santo Tomás?

— Sí, señor: no son más que las tres.

— ¡Loado sea Dios! Porque venir de San Francisco de California sólo por ver eso, y llegar tarde...

El guardia me mira con alguna desconfianza. Me alejo. Es posible que me haya retrasado un poco, pero no será mucho porque el paseo debe *battre son plein* en este momento. Sol espléndido que derrama luz bastante para que las mujeres se contemplen de coche á coche, y para que los jinetes caracoleen al estribo. Esta es la frase clásica. ¡Ole, y que buen gusto demuestra con ello la *haute gomme* de Barcelona! ¡Ah! He aquí el Parque. Entremos... Soberbia estatua. Veamos la guía... ¡Hola! Nada menos que don Juan Prim... Saludemos y adelante.

Hermosa avenida bordeada de arriates floridos. Por

aquí nan pasado carruajes. Debe de ser acceso al camino de coches. ¡ Dios mío, si habré llegado tarde !

— ¡ Guarda ! ¿ Me hace usted el favor de decirme por donde llegaré antes al paseo de coches ? Ya sabe usted: el famoso paseo de coches, el clásico y refinado paseo de coches del día de Santo Tomás...

— ¡ Ah, sí ! Pues... este.

— ¿ Este, qué ?

— Que este es el paseo de coches.

— Bueno: entendámonos. Yo pregunto que cual es el paseo en que á estas horas está reunido el cogollo de la alta sociedad con sus trenes lujosos, sus trajes *dernier cri* sobre cuerpos de mujeres hermosas, sus...

El guarda me mira sin entenderme. Este guarda es un adoquín. Verdad es que si no lo fuera no sería guarda. Probemos otra vez...



— Decía á usted, apreciable señor de guarda, que estoy perdiendo un tiempo precioso, y que necesito saber inmediatamente cual es el *clásico* paseo de coches del día de...

— Sí, señor: del día de Santo Tomás. Pues, este.

— Pero ¡ si aquí no hay nadie !

— No importa: ya vendrán.

— ¡ Aaah !

Me alejo satisfecho. He llegado á tiempo, afortunadamente. ¡Hermoso sol, hermosa luz, tibio ambiente! No siento el viaje, porque dentro de cinco minutos dará gusto ver esto. Paseemos...

. . . .

Las cuatro... Las cuatro y media... ¡Canastos, no se vé á nadie! El sol se pone, el ambiente refresca... ¡Las cinco! Es casi de noche y me estoy calando de humedad... ¡Barástolis, un coche, me parece que es un coche aquello que veo en la oscuridad...! Si, un coche es... y otro... y otro... y ciento más. Pero ¡es imposible que esto sea el *clásico* paseo ! No se vé gota. Ese guarda se ha engañado, sin duda. Volvamos...

— Con perdón, guarda, pero me parece que esos coches que apenas se distinguen vuelven de alguna parte.



— No, señor; vienen ahora. Es la hora del paseo en este día del año.

— ¡ Á las cinco y media y de noche cerrada !

El guarda me mira con cierta compasión, se encoje de hombros filosóficamente y deja caer sobre mi como una sentencia las siguientes palabras :

— Es la costumbre, caballero.

Y se aleja en actitud napoleónica.

. . . .

Salgo del Parque á tientas y renegando del amigo que me ha obligado á hacer el viaje para ser testigo de la falta de sentido común de unas gentes que, teniendo clima dulce, luz brillante y lugar apropiado para ver y ser visto, acuden á este lugar cuando no pueden ser vistos, ni ver, ni bañarse en ambiente tibio. ¿ Por qué ? Porque ¡ no es costumbre !

¡Oh, condición de rebaño que sigue por donde quiere llevarlo el carnero que va delante sonando la esquila!

FEDERICO URRECHA





ENTERRADO VIVO

Rodaba el tren de Barcelona á Port-Bou en aquella prudentísima velcidad peculiar á nuestros ferrocarriles, y procurábamos los cinco viajeros que íbamos instalados en el mismo compartimiento, matar el tiempo y el fastidio fumando pitillos, ojeando distraidamente los papeles públicos ó cambiando impresiones y soltando vaguedades sobre diversidad de temas.

Habíamos, sucesivamente, discurrido acerca de la guerra de Cuba, la situación de los partidos políticos, los progresos de la cirugía moderna, los estragos de las últimas inundaciones, el *Falstaff* de Verdi, la instabilidad de los acorazados; y un señor amarillento, flaco, nos refería con escrupulosa minuciosidad el *procesus* de una dispepsia que desde largo tiempo venía padeciendo, cuando otro señor, gordo este y rechoncho, entregado á la lectura de un periódico, exclamó de pronto:

—¡Dios mío, qué horror!

Volvimos todos las miradas hacia él con aire interrogativo.

—Un suceso espantoso, señores, verdaderamente espantoso; oigan ustedes.

Tratábase de un pobre hombre enterrado vivo. El diario explicaba con muchos detalles el terrible descubrimiento: al procederse á la traslación de un cadáver, en el cementerio de*** habíase encontrado el esqueleto en una posición que revelaba, con extremecedora elocuencia, la tragedia ocurrida entre las paredes del ataúd, un año y medio antes. El muerto guardaba todavía una actitud de desesperada lucha; tenía encogida una de las piernas y apoyada la planta del pié sobre un tablón, cual si se esforzara en hundirlo; de las manos, la derecha dibujaba el sobrehumano esfuerzo para romper la atroz prisión, mientras que las descarnadas mandíbulas seguían mordiendo los dedos de la mano izquierda, en horroroso gesto, que la muerte había, por fin, petrificado.

—En efecto...—opinó un viajero—no cabe concebir nada más espeluznante.

—A mí, con sólo pensarlo, me entran escalofríos... —declaró otro viajero: el de la dispepsia.

—Creo—dije por mi parte—que la imaginación humana no podría inventar un martirio más espantoso.

—¡Ah! no lo saben ustedes bien...—observó el quinto viajero, un señor regordete, de plácida fisonomía.

—¡Hombre!... claro que eso no puede saberlo bien más que el que se ha encontrado en tal trance—repuso el lector de la noticia;—pero, como afortunadamente, nadie de los que aquí estamos se vió en apuros semejantes, no podemos hacer más que suposiciones.

—Suposiciones que no pueden dar ni una ligera idea de la realidad: créalo usted.

—Claro que lo creo; pero me parece que usted estará tan poco enterado de esa realidad como yo.

—Se equivoca usted. Si alguien puede hablar de esta materia con perfecto conocimiento de causa, es un servidor de ustedes.

Y como todos miráramos con cierta sorpresa al señor regordete, prosiguió éste, tras un momento de silencio:

—Pues sí, señores, ni más ni menos, porque ahí donde ustedes me ven, he pasado por el lance en cuestión: *á mí me enterraron una vez en vida.*

Quedamos todos tan asombrados, que en el primer instante no se nos ocurrió siquiera que nuestro compañero de viaje podía tomarnos el pelo. Pero todos hicimos un gesto de asentimiento, cuando el caballero dispéptico pronunció con grave entonación estas palabras:

—Señor mío: á mí me gustan las chanzas, y hasta admito la guasa; pero siempre y cuando sea de buen género. La de usted... la verdad sea dicha, me parece de un gusto dudoso.

—Señores—replicó con vivacidad el viajero:—sepan ustedes que yo no me guaseo nunca. Me llamo Tadeo Villapuya, ejerzo la profesión de notario en Castrolinaje, población de la provincia de Orense, he venido á Cataluña para ciertos asuntos de mi ministerio y tengo la reputación de ser hombre muy serio y muy formal. Además no me permitiría nunca embromar estúpidamente á personas decentes como son ustedes. Lo que hace un momento les dije, podrá parecerles extraño, inverosímil, hasta imposible, pero no es guasa: es verdad pura.

—Caballero... usted me dispensará—balbuceó el de la dispepsia.—Yo no tuve intención de molestar...

—Señor don Tadeo—interrumpí yo sin estar bien convencido de la formalidad del notario, pero pensando que podríamos oir un relato interesante:—¿quiere usted explicarnos *eso?*

—No tengo inconveniente. Así se convencerán ustedes de que no soy ningún embustero, ni ningún guasón de mal género.

Y después de recapacitar un minuto, cruzó sobre el proeminente abdomen las manos blancas y rollizas, carraspeó y habló de esta manera:

—Allá, á principios del año 1873, experimenté los primeros síntomas de una dolencia extraña, síntomas que fueron aumentando en intensidad, y me movieron á consultar á un médico. No supo éste, probablemente, cómo explicárselo ni cómo explicármelo, y acudió al socorrido medio de achacar toda la culpa al sistema nervioso. Me recetó no recuerdo qué, pasaron algunas semanas, aumentó mi malestar, y una noche, en el momento de sentarme á la mesa, sentí en todo mi organismo un algo indefinible. Caí desplomado—según me contaron después—en el suelo y no tuve percepción ninguna de mi estado, hasta pasado algún tiempo, al encontrarme, mejor dicho, al sentirme tendido en mi cama, inmóvil, como un cuerpo privado, por inexplicable fuerza, de toda energía física.

Durante los primeros momentos de aquel extraño despertar, no tuve conciencia alguna de mi situación. Me es todavia imposible definir cómo y de qué manera pudo mi cerebro, aclarándose poco á poco, recobrar la cognoscencia de lo que pasaba en mí y en torno de mí. Gradualmente fué el pensamiento adquiriendo el concepto y la persuasión de un fenómeno extravagante, estremecedor. Mi *yo* físico estaba *casi* muerto, y digo *casi*, porque si bien no esperimentaba ya sensaciones, ni sentia siquiera latir el corazón, pareciéndome que había dentro de mi pecho un vacío, en cambio oía perfectamente y hasta habría visto, á no tener los párpados cerrados. Una vaga claridad rojiza, filtrando á través los endebles tegumentos, indicábame que no lejos de mí, en el mismo cuarto, ardían luces; como ciertos confusos rumores, hiriéndome mis oídos, hablábanme de la vida que se agitaba en derredor.

Luego, á medida que se disipaban las espesas ti-



J. SOROLLA.—CABEZA DE ESTUDIO



nieblas de mi cerebro, fué entrándome la sospecha, pronto convertida en horrible certeza, de ser víctima de una de esas, todavía misteriosas causas, que producen la muerte aparente y llevan á un sér vivo al fondo de una tumba, sin que le sea posible hacer un gesto, exhalar un grito ni un quejido. Un terror inmenso inundó mi alma: quiso mi voluntad romper los lazos que sujetaban mi cuerpo, sacudir la parálisis que mantenían inertes mis miembros... ¿Por qué no se han de mover, decíame, mis brazos y mis piernas?... ¿por qué no se han de abrir mis ojos, puesto que así lo quiero, y por qué no ha de brotar de mis labios el alarido libertador que desvanecería el espantoso misterio?... Pero en vano hacía un esfuerzo moral sobrehumano: *la bestia*, sumida en su estúpida inercia, negábase á obedecer, y mis párpados continuaron caídos, mi boca cerrada, mis manos cruzadas sobre el pecho.

No sé cuántas horas permanecí en esta situación. Por rarísimo fenómeno, en medio de la inmovilidad cadavérica que me sujetaba, iban afinándose no sólo mis percepciones psicológicas, si que también algunas de mis percepciones físicas. La claridad rojiza que hería mi retina á través de los párpados, parecía aumentar; á mis oídos llegaba el leve susurro producido por el chisporroteo de los blandones ardiendo junto el catafalco, y á mis narices el olor de la cera quemada, y con rabiosa ira interna pensaba: si siento, si veo, si oigo, si huelo, ¿por qué, Señor, no he de poder moverme? ¿por qué no puedo gritar? Y para que mi horrible suplicio fuese todavía mayor, ocurrió entonces un episodio atroz. Oí de pronto la voz de mi esposa, su acento desgarrador llamándome... su llanto convulsivo... Creo hasta haber sentido sobre mis mejillas marmóreas el contacto de sus labios húmedos, la quemazón de las lágrimas, cayendo en copioso rocío. Luego oí también otras voces: las de mis parientes interviniendo, apartando á mi mujer, á mi viuda, del aflictivo espectáculo. Después se alejó el clamoreo; durante unos segundos seguí escuchando, debilitados ya, los gritos y los gemidos; en medio del silencio que invadió mi cámara mortuoria, distinguí un murmullo vago, confuso, como de gentes que invadieran las demás habitaciones de la casa. A ese murmullo se mezcló de súbito el de una salmodia lúgubre que subía desde la calle por los balcones abiertos. «¡Ahí están los curas!... ¡ya vienen á buscarte!» rugió mi pensamiento con alveado terror. Y cuando mi voluntad intentaba un postrero á impotente esfuerzo, un golpe seco retumbó á mis oídos: la tapa del ataud acababa de caer, dejándome definitivamente separado del resto del mundo.

¿Definitivamente?... Quizás no, pensé asiéndome á la última esperanza de salvación, por problemática que fuera. En el cementerio, antes de meterte en el panteón, abrirán de nuevo el ataud, para enviarte la última mirada, el último adiós... ¡Quién sabe! tal vez en aquel momento supremo se apiade Dios de tí; tal vez un resto de vida, asomando en tu rostro, en tus manos, en tus labios, revelará á esos insensatos el terrible secreto, y volverás á la existencia, volverás á la luz del día, volverás á ocupar tu puesto entre los hombres... ¡Oh, Virgen Santa, ten compasión de mí!

No me explico todavía cómo pudo resistir mi mente al indecible martirio con que luchaba; cómo con-

servó, en medio del más horrendo pavor que pueda experimentar humana criatura, la claridad de juicio con que iba analizando mi situación. Luego que se hubo cerrado sobre mí la tapa del féretro, adiviné que me levantaban, que iban á trasladarme... «Estás en la escalera de tu casa» — me dije. — Y á poco me pareció oir, al través de las maderas del ataud, el rumor apagado de la calle. «Ahora se ponen en marcha — seguí diciéndome, — se dirigen á la iglesia: dentro de cinco minutos estarán... estarás tú en ella. Ahora están rezando los responsos... En este momento, el Padre Velasco sacude el hisopo y rocía la caja mortuoria. Ahora te levantan de nuevo, te colocan otra vez en el coche y vuelven á andar. Ahora cruzas la Plaza Mayor, para embocar la calle de San Cristóbal y salir enseguida por la Plaza de San Gil y luego por la Alameda...» Y al pensar que al último de la Alameda, se extendía en línea recta el camino del Cementerio y que en diez minutos estaríamos junto á la reja de hierro rematada por la cruz, sentí el delirio apoderarse de mi cerebro. Dejé de pensar, dejé de discurrir, perdí toda conciencia de mi estado...

Cuando recobré el uso de mi inteligencia, la misma impenetrable obscuridad me envolvía, y el más absoluto silencio — ¡silencio de muerte! — reinaba en torno de mi estrecha y espantosa cárcel. En un momento recordé todas las fases del drama que la imaginación había evocado y adquirí la certeza de que todo había concluído, de que me encontraba definitivamente sepultado. Ya no quedaba esperanza ninguna, y el verdadero y horripilante suplicio, el suplicio del hombre enterrado en vida, iba á empezar... Sentí un sudor helado bañar mi frente y pude en aquel instante arrojar un alarido ronco, en tanto que mis manos, recobrando de súbito el movimiento, chocaban furiosas contra las tablas del ataúd.»

Acababa de pronunciar el notario estas palabras, mientras que nosotros seguíamos escuchándole, suspensos, palpitantes de emoción, cuando el tren volvió á detenerse delante de una de las innumerables estaciones de su itinerario.

— *Perelada... un minuto...* — cantó la voz de un empleado sobre el andén.

— ¡Cómo!... ¿qué estación ha dicho? — preguntó inquieto Don Tadeo.

— Perelada...

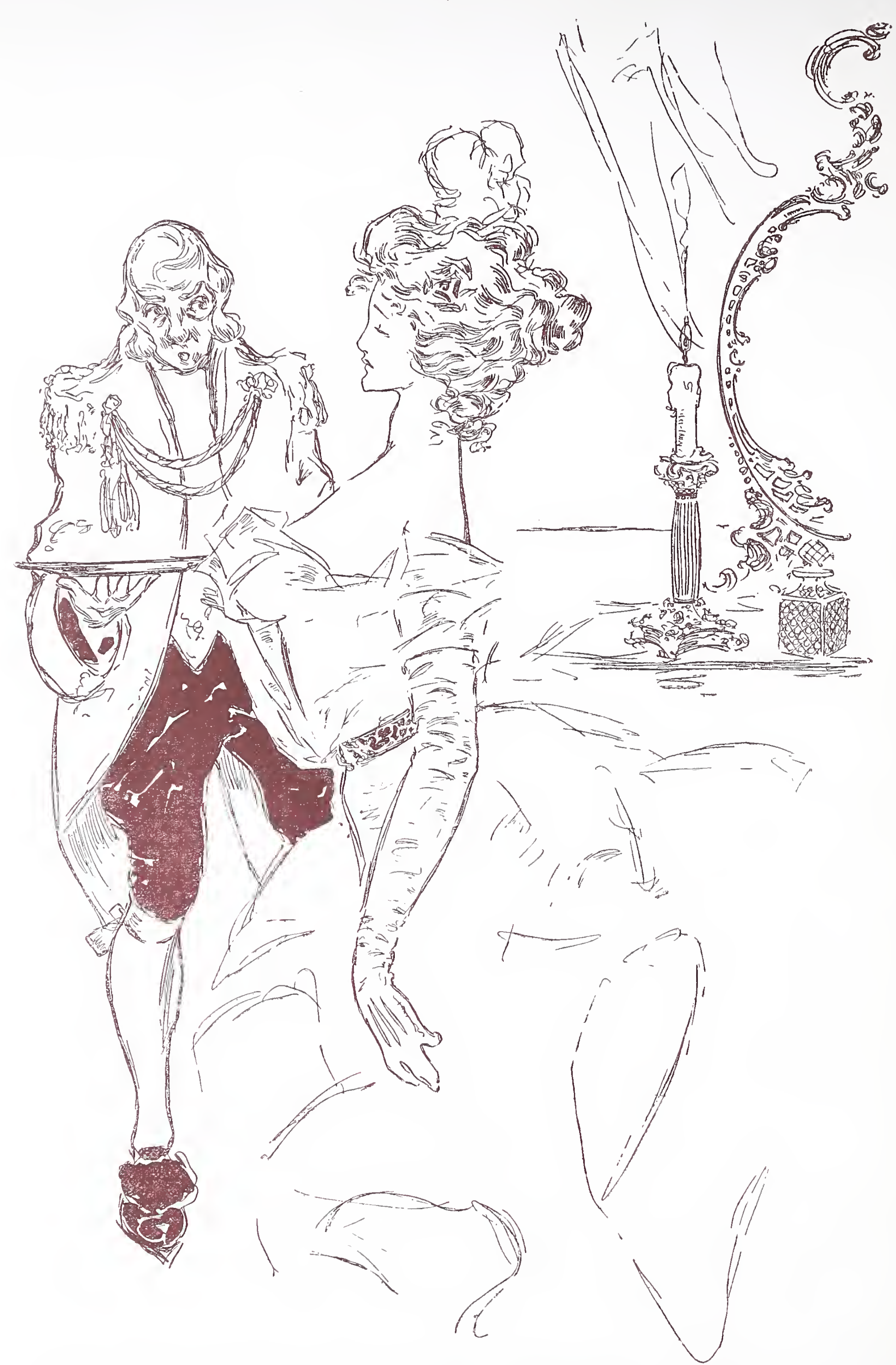
— ¡Ah!... pues yo bajo aquí... Buen viaje, señores, y buenas tardes.

Y echando mano de su maletín y de su paraguas, abrió la portezuela y se alejó, en tanto que la locomotora pitaba, poníase el tren otra vez en marcha y nos mirábamos los cuatro viajeros con ojos entristecidos.

Juan Buscón



DE VIEJA RAZA



Vaya usted á saber cual de los dos está más « apergaminado »...

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Menester es que te vuelvas: aún estás á tiempo. Tu destino, héroe valeroso, es morir en el Huneland. Los que van contigo llevan la muerte en la mano.»

Entonces respondió Hagen: «Me engañáis sin motivo. ¿Cómo puede ser que en la fiesta muramos tantos por la enemistad de una sola persona?» Dieron más claramente al héroe sus noticias.

Le dijo una de ellas: «Así lo has de ver; ninguno de vosotros podrá librarse, excepto el capellán del rey; esto lo sabemos positivamente. Solo él volverá sano y salvo al país del rey Gunter.»

Con furiosa cólera le respondió el fuerte Hagen: «Difícil me será hacer saber á mi señor que debemos perder vida y cuerpo entre los Hunos. Ahora, la más sabia de las mujeres, dinos un medio para atravesar el río.»

Le contestó: «Por cuanto no quieres renunciar á esa expedición, allá, á la parte arriba de las aguas, hay una cabaña. Allí hallarás un barquero y no en ninguna otra parte.» Él creyó en la respuesta que daba á su pregunta.

La otra dijo también al impaciente guerrero: «Esperad un momento, señor Hagen: vais muy deprisa; escucha de qué manera llegarás mejor á la otra orilla. El señor de esta Marca se llama Else.

»Su hermano tiene por nombre Gelfrat el héroe, un señor del Baierland; encontraréis obstáculos para atravesar su Marca; menester es que seáis prudentes y tengais cuidado con el barquero.

»Tiene tan furiosos instintos, que no lo pasaréis bien si no sois espléndidos con ese héroe; dadle buena recompensa. Él guarda este país y es muy fiel á Gelfrat.

»Aunque no venga á tiempo, llamalo á la orilla y dile que te llamas Amelrico; así se llamaba un buen héroe que por enemistades abandonó este país. Inmediatamente que oiga este nombre se acercará á la orilla.»

El altivo Hagen dió las gracias á las sabias mujeres por sus consejos y enseñanzas; no añadió ni una palabra. Siguió el camino hacia lo alto de la corriente hasta que vió el alojamiento en la otra orilla.

El héroe comenzó á gritar: «Ven hacia mí, barquero,» dijo el buen héroe: «yo te daré en pago un brazalete de oro rojo; pues es menester sepas que me es muy necesario pasar.»

No le convenía obedecer al rico barquero; casi nunca aceptaba cualquier pago, y los que le servían tenían también grandes pretensiones. Así, pues, Hagen permanecia en la orilla del río.

Gritó con tanta fuerza, que todos los ecos resonaron; pues el poder del fuerte héroe era muy grande: «Ven por mí, Amelrico: soy uno de los hombres de Else que abandonó este país por un gran disgusto.»

Enseñó en la punta de la espada un hermoso y brillante brazalete de oro rojo, para que lo pasara al país de Gelfrat. El altivo barquero cogió el remo en sus manos.

Tenía muy malos instintos el batelero; el deseo de una gran recompensa le produjo un fin desgraciado. Quiso ganar el oro rojo de Hagen y sufrió una muerte horrible por mano del héroe.

El barquero remó con fuerza hasta la otra orilla. Al escuchar nombrar á uno que no hallaba y ver Hagen, se enfureció, y con terrible cólera le dijo al héroe:

«Puede ser que os llaméis Amelrico, pero no os parecéis en nada al que yo solía ver, el cual es hermano mío de padre y madre: por cuanto me habéis engañado, os quedaréis ahí.»

«¡No por el poderoso Dios!» respondió Hagen. «Yo soy un guerrero extranjero, y además hay muchos héroes encomendados á mi cuidado; aceptad mi recompensa.»

El barquero le contestó: «Eso no puede ser de ningún modo; tienen muchos enemigos mis queridos señores, por lo cual no paso al país á ningún extranjero. Si la vida os es cara, saltad á tierra.»

«No obréis así», respondió Hagen; «mi alma está apesadumbrada. Aceptad mi recompensa, este oro puro, y pasad á la otra orilla mil caballos y otros tantos hombres.» El furioso barquero le dijo: «Eso no lo haré nunca.«

Levantó un fuerte remo, grande y pesado, y lo descargó sobre Hagen, quien sufrió un dolor tan grande que cayó de rodillas en la barca. Jamás el de Troneja habia encontrado un batelero tan terrible.

Redobló su fuerza contra el extranjero; descargó con el remo tan fuerte golpe sobre la cabeza de Hagen, que saltó hecha astillas; era un hombre muy fuerte; pero tenía que sucederle una gran desgracia al barquero de Else.

Con furiosa fuerza Hagen llevó la mano á la empuñadura de la espada y dió al aire su bruñida hoja; con ella le dió en la cabeza y lo tiró por tierra. Los Borgoñones supieron bien pronto la noticia.

En el momento en que hirió al batalero, la barca fué arrastrada por la corriente; esto le disgustó mucho: sentía fatiga antes de comenzar á remar, pues había empleado todas sus fuerzas el compañero del rey Gunter.

Remaba con golpes tan seguidos, que los fuertes remos se rompieron en sus manos. Quería llegar hasta los guerreros que se encontraban en la orilla, pero no tenía otro remo; amarró los pedazos con una correa del escudo, é hizo un lazo estrecho. Bajando la corriente condujo la barca hacia un sitio donde en la orilla encontró á su señor: muchos valerosos héroes salieron á su encuentro.

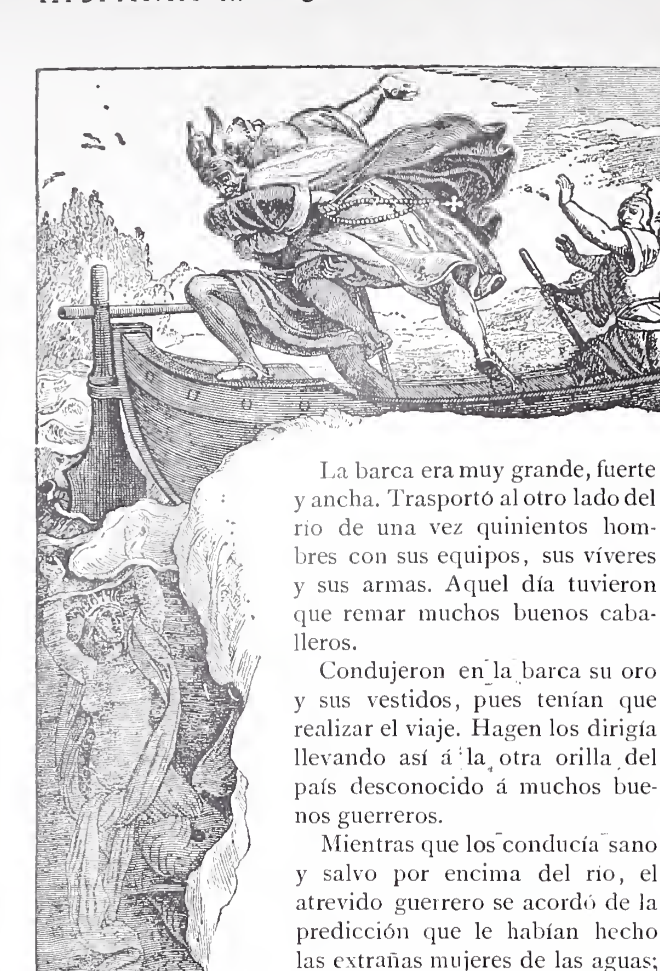
Como el rey Gunter viera correr la sangre por la barca, la sangre aun caliente, le preguntó: «Decidnos, señor Hagen ¿qué le ha pasado al barquero? Vuestra terrible fuerza le habrá quitado la vida.»

Él le respondió con engaño: «He encontrado la barca amarrada á un sauce y mi mano la ha desatado. No he visto allí ningún barquero y por causa mía nadie ha sufrido daño.»

Así dijo Gernot, el rey de Borgoña: «Tendré que llorar la muerte de muchos queridos amigos, porque no tenemos bateleros que nos pasen al otro lado: por esto siento grandes cuidados.»

Hagen gritó: «Vosotros, sirvientes, dejad en el suelo las cargas; yo era, sin alabarme, el mejor barquero que se podía encontrar en las orillas del Rhin: os pasaré al país de Gelfrat, estoy seguro.»

Para llegar mas pronto á la otra orilla, pegaron á sus caballos; estos nadaron tan bien, que la corriente no se tragó ni á uno solo. Algunos fueron arrastrados á causa de la fatiga.



La barca era muy grande, fuerte y ancha. Trasportó al otro lado del río de una vez quinientos hombres con sus equipos, sus víveres y sus armas. Aquel día tuvieron que remar muchos buenos caballeros.

Condujeron en la barca su oro y sus vestidos, pues tenían que realizar el viaje. Hagen los dirigía llevando así á la otra orilla del país desconocido á muchos buenos guerreros.

Mientras que los conducía sano y salvo por encima del río, el atrevido guerrero se acordó de la predicción que le habían hecho las extrañas mujeres de las aguas; el capellán del rey estuvo á punto de perder la vida.

Le vió junto á los objetos sagrados con la mano apoyada en las reliquias: y cuando Hagen lo miró, el desgraciado sacerdote debió sentir inquietud.

Lo atacó bruscamente arrojándolo de la barca. Muchos le gritaron: «¡Deteneos, Hagen, deteneos!» El joven Geiselher se sintió irritado, pero él no atendía á nada que no fuera la realización de su proyecto.

Así dijo Gernot, el rey de Borgoña: «¿Qué conseguís, señor Hagen, con la muerte del capellán? Si otro lo hubiera hecho hubierais sentido pesar. ¿Por qué razón le habéis cobrado odio á ese sacerdote?»

El sacerdote nadaba con fuerza: se hubiera salvado si le ayudara alguien, pero no pudo ser así; porque el fuerte Hagen, llevado de su cólera, lo empujó hasta el fondo del agua; esto no pareció bien á nadie.

El pobre sacerdote, no esperando ningún socorro, nadó hacia la otra orilla; su angustia era grande. Cuando no pudo más le ayudó la mano de Dios y llegó á la arena con vida.

El desgraciado sacerdote se puso de pié y sacudió sus vestidos. Por esto conoció Hagen que tenía que cumplirse la predicción hecha por las extrañas mujeres de las aguas. Él pensó: «Estos héroes perderán vida y cuerpo.»

Cuando descargaron la barca y sacaron lo que habían llevado los reyes y sus caballeros, Hagen la rompió en pedazos y los arrojó al río: grande fué la estrañeza de los caballeros nobles y buenos.

«Hermano, ¿por qué haces eso?» le preguntó Dankwart. «¿Cómo pasaremos cuando volvamos del país de los Hunos dirigiéndonos al Rhin?» Hagen le dijo luégo que no darían la vuelta.

El héroe de Troneja le dijo: «Lo hago porque temo que haya entre nosotros un cobarde que quiera volverse de este país llevado de su pequeñez de corazón: éste hallaría en el río una vergonzosa muerte.»

Cuando el capellán del rey vió que rompía la barca, le dijo á Hagen desde la otra orilla: «Asesino sin fé ¿qué te he hecho yo, desgraciado sacerdote, para que me quieras ahogar?»

Hagen le respondió en seguida: «Déjate de esas palabras; yo siento por mi fé que hoy te hayas escapado de mis manos; no lo digo en broma.» El pobre sacerdote le respondió: «Por ello doy gracias á Dios.»

«Yo te temo muy poco, puedes estar seguro: sigue tu camino hacia los Hunos, yo me vuelvo al Rhin. Dios quiera que nunca volváis, os lo deseo de corazón, pues casi me habéis quitado la vida.»

Llevaban entre ellos un héroe Borgoñon de gran fuerza; se llamaba Volker: sus palabras eran siempre elocuentes y todo lo que hacía Hagen merecía su aprobación.

Sus caballos estaban preparados y las bestias de carga dispuestas; durante el viaje no habían tenido más disgusto que el del capellán del rey: éste tuvo que volverse á pié al Rhin.

XXVI

DE COMO DANKWART MATÓ Á GELFRAT

Cuando todos hubieron llegado á la otra orilla, el rey Gunter preguntó: «¿Quién nos enseñará en este país el recto camino para que no nos perdamos?» El fuerte Volker le respondió: «Déjame á mí ese cuidado.»

«Ahora tened cuidado, dijo Hagen, caballeros y escuderos: no separarse de los amigos, esto me parece bueno. Yo voy á haceros conocer una triste noticia; de los que vamos aquí, ninguno volverá al país de Borgoña.

«Me han dicho dos mujeres de las aguas esta mañana temprano, que ninguno volvería. Esto es lo que os aconsejo: armáos, héroes, y estad con mucho cuidado: aquí tenemos fuertes enemigos, y es menester avanzar á la defensiva.

«Esperaba probar la mentira de las extrañas mujeres de las aguas: me habían dicho que ni uno solo volvería sino el capellán; por esto traté de darle muerte.»

Voló esta noticia de compañía en compañía. Más de un fuerte héroe tornóse sombrío, pues tenían cuidado por la terrible muerte que habían de recibir en aquel país; terrible desgracia tenía que ser aquella.

El río lo habían pasado por cerca de Moerigen, donde el batelero de Else había perdido la vida. Hagen dijo: «Por cuanto yo me he conquistado enemigos en el camino, aquí estoy seguro que nos detendrán. Yo maté al barquero esta mañan temprano, sabedlo. Estemos prevenidos, y si Gelfrat y Else quieren atacar nuestro acompañamiento, les ocurrirán negras desgracias.»

«Yo sé que son muy fuertes y que no esperarán mucho. Por esto haced que vuestros caballos vayan despacio para que nadie pueda pensar que huímos de esos señores.»

«Quiero seguir ese consejo» contestó el joven Geiselher.

«¿Quién guiará nuestro acompañamiento por este país?» Le contestaron: «Volker lo hará, pues conoce los caminos y los atajos este hábil músico.» Antes que acabaran de decir esto, lo vieron armado.

El músico se ajustó su yelmo; hermosos colores tenía su traje de batalla. En el extremo de su lanza fijó una banderola roja; después se halló con el rey en una horrible desgracia.

Había llegado hasta Gelfrat la noticia de la muerte del

barquero; también lo había sabido Else el fuerte y ambos sentían gran pesar. Convocaron á sus héroes y bien pronto estuvieron dispuestos.

Pasado poco tiempo, quiero contároslo, se vieron caminar hacia ellos terribles compañías, que habían realizado prodigios en crueles guerras: próximamente unos setecientos hombres ó más rodearon á Gelfrat.

Cuando se dirigieron al encuentro de sus furiosos enemigos, iban guiados por sus señores, y querían atacar enseguida á los audaces extranjeros. Muchos de los amigos parecieron.

Hagen de Troneja lo arregló así (¿de qué modo un caballero hubiera podido defender mejor á sus amigos?) Por la noche el mismo hacía la guardia con sus hombres y su hermano Dankwart; todos lo hacían con gusto.

Había pasado el día sin alegría ninguna. Él temía peligros para sus amigos, y á cubierto de sus escudos caminaron por el Baierland: á poco tiempo los héroes fueron atacados.

Por ambos lados del camino y por detrás de donde se hallaban, escucharon pisadas de caballo; los enemigos avanzaban con rapidez. El fuerte Dankwart dijo: « Aquí quieren atacarnos; ajustaros los yelmos, seguid mi consejo. »

Hicieron alto en el camino como convenía hacerlo; veían brillar en las tinieblas los bruñidos escudos. No quiso guardar silencio por más tiempo el señor Hagen: « ¿Quién nos persigue así en el camino? » A esto debía contestarle Gelfrat.

El margrave del Baierland le respondió: « Buscamos á nuestros enemigos y hemos corrido detrás de ellos. No sé quién ha matado á mi barquero, que era mi héroe distinguido; por esto siento gran pesar. »

Así le dijo Hagen de Troneja: « ¿Era vuestro el barquero? Él no quería pasarnos; toda la culpa es mía, yo maté al guerrero, pero me ví obligado, pues casi recibí de su mano una terrible muerte. »

« Le ofrecí en recompensa oro y vestidos para que nos pasara á vuestro país, señor. Por esto se irritó tanto, que me hirió con un fuerte remo: por esto se excitó mi furia.

« Saqué mi espada y me defendí de sus ataques, haciéndole una profunda herida: murió aquel hombre valiente, pero dispuesto estoy á dar la compensación que se me exija por su pérdida. » Comenzaron á disputar unos y otros; los ánimos estaban agitados.

« Bien sabía », contestó Gelfrat, « que si alguna vez pasaba por aquí Gunter, la mano de Hagen nos haría daño. Pero no se escapará con vida: de la muerte del barquero, debe responder ese héroe. »

Hagen y Gelfrat embrazaron las lanzas por debajo de los escudos con objeto de poder atravesar á su enemigo. Ambos deseaban la muerte del adversario. Dankwart y Else se lanzaron el uno contra el otro y probaron su valor; aquel fué un combate furioso.

¿Cuándo fuertes guerreros se han batido de mejor manera? De un fuerte golpe del brazo de Gelfrat, Hagen fué sacado del caballo. Las correas se rompieron y pudo saber lo que era un combate.

Desde léjos se escuchaba el ruído de las lanzas de sus hombres. Hagen, arrojado violentamente por tierra, se levantó sintiendo que su furor se redoblaba contra Gelfrat.

No he podido saber quien tenía sus caballos. Hagen y Gelfrat se veían allí de pié sobre la arena. Se arrojaron el uno sobre el otro. Los compañeros se mezclaron en una horrible lucha.

Tan grande fué la rabia de Hagen al acometer á Gelfrat, que el noble margrave perdió una parte de su escudo, saltaban chicas y el vasallo del rey Gunter estuvo próximo á perder la vida.

Gritó á Dankwart en alta voz: « ¡Acude, querido hermano! un atrevido y fuerte hombre me ha asaltado: no me dejará con vida. » El fuerte Dankwart le contestó: « Allá voy á separaros. »

Voló hacia ellos el héroe y esgrimiendo su acerada espada lo mató de un golpe. Else hubiera querido vengarlo, pero él y su acompañamiento tuvieron que retirarse derrotados.

Su hermano estaba muerto, él mismo herido; más de ochenta de sus héroes yacían en tierra víctimas de horrible muerte: ante los hombres de Gunter el jefe tenía que huir por el camino.

Los del Baierland, al separarse del camino, dejaban oir aún fuertes golpes. Los de Troneja fueron á perseguir sus enemigos que no querían morir y huían con precipitación.

Así dijo entónces el héroe Dankwart: « Vamos á seguir nuestro camino y dejemos que se vayan; están bañados en sangre. Reunámonos con nuestros amigos; tal es mi consejo. »

Cuando volvieron á pasar por donde se había dado la batalla, dijo Hagen de Troneja: « Héroes, veamos aquí quién nos falta ó á quiénes hemos perdido en este combate por la cólera de Gelfrat. »

Habían perdido á cuatro de los suyos; los lloraron con razón aunque estaban bien vengados, pues allí, de los del Baierland, había más de cien muertos; los escudos de los de Troneja estaban húmedos y rojos por la sangre.

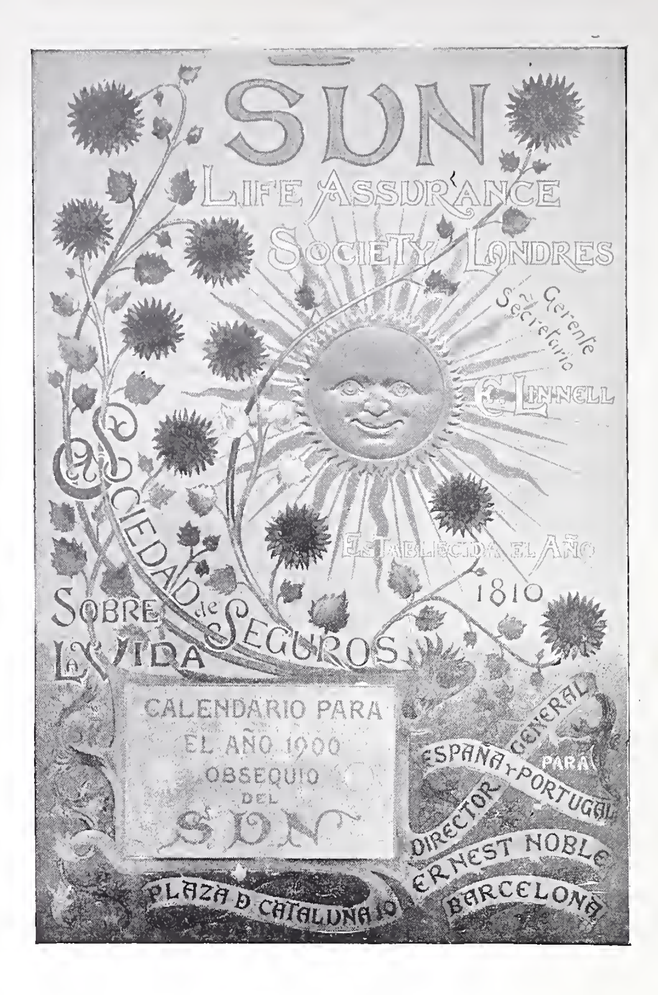
La luna luminosa comenzó á asomar entre las nubes; Hagen dijo: « Nadie diga á mi querido señor lo que aquí ha sucedido: dejémosle hasta mañana sin ningún cuidado. »

Los que habían tomado parte en el encuentro los seguían, pero con fatiga: « ¿Cuánto tiempo tendremos aún que caminar? » preguntaron algunos hombres. El fuerte Dankwart les contestó: « Nosotros no tenemos por aquí alojamiento ninguno.

« Es menester seguir el camino hasta que sea de día. » Volker el atrevido, que cuidaba del acompañamiento, preguntó al mariscal: « ¿Á donde llegaremos hoy? ¿donde podrán reposar nuestros caballos y mi querido señor? »

(Continuará)







OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

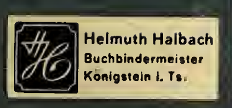
1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por* D. M. Menéndez y Pelayo.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

FUERA DE LA COLECCIÓN

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º*, 3 pesetas

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º*, 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897.* *Un tomo en 8.º*, 2 pesetas


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00617 5018


LABOR·VERITAS·CHARITAS